


SIGILLVM ACADEMIÆ HARVARDIANÆ IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIÆ



# COLECCION

DE LOS MEJORES

# AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO IV.

---

## HISTORIA

DE LA

## CONQUISTA DE MÉJICO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.



D. Antonio de Solis.



Montezuma.



Hernan Cortez.

# HISTORIA

DE LA

# CONQUISTA DE MÉJICO,

POBLACION Y PROGRESOS

## DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE

## DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBIALA

**DON ANTONIO DE SOLIS,**

SECRETARIO DE SU MAJESTAD, Y SU CRONISTA MAYOR DE LAS INDIAS.

NUEVA EDICION

Aumentada con un resúmen histórico, desde la rendicion de Méjico hasta el fallecimiento de Hernan Cortés, é ilustrada con notas

**POR DON JOSÉ DE LA REVILLA,**

INDIVIDUO DE VARIOS CUERPOS LITERARIOS.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

Nº 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS,

Y STASSIN Y XAVIER, 9, CALLE DU COQ, CERCA DEL LOUVRE.

SE VENDE TAMBIEN POR AMYOT, CALLE DE LA PAIX; TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS; BROCKHAUS Y AVENARIUS, CALLE RICHELIEU; LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG; Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE.

1844.

## RETRATO DE HERNAN CORTÉS.

Este retrato grabado de Cortés es copia de otro de cuerpo entero, comprado por don Angel Calderon de la Barca, durante su residencia en Méjico, como enviado de la corte de Madrid. Es una copia fidelísima del cuadro que se ve en el hospital de Jesus; el cual es tambien copia de otro, pintado probablemente algunos años antes de la muerte de Cortés, y durante su última visita á España. No se sabe en que ha parado el original. El retrado de Méjico fue enviado á esta ciudad por la familia de los Monteleones, que desciende del conquistador, como lo evidencian las armas de estos, puestas por el retratista en un ángulo del cuadro. Este retrato parece ser considerado por la familia como el mejor del conquistador, por lo que sin duda se ha mandado copias últimamente por el duque actual de Monteleone en Italia.

## ARMAS DE CORTÉS.



La viñeta grabada aquí abajo representa las armas que le fueron concedidas por diploma del emperador Cárlos Quinto con fecha de 7 de marzo de 1525. Se declara en este instrumento, que una águila de dos cabezas representa las armas del imperio; un leon de oro, símbolo del valor y de la constancia, manifestados por Cortés en la conquista del Imperio Mejicano; las tres coronas de oro conmemorativas de los tres monarcas que tuvo sucesivamente por adversarios en la ciudad capital de Méjico, representada en las armas; y las siete cabezas encadenadas en la orla del escudo representan otros tantos príncipes indios á quienes sojuzgó en el valle.

## RETRATO DE MOTEZUMA.

Dicen que el retrato original fue hecho por un artista ó pintor llamado Maldonado, que fue á Méjico en tiempo de la conquista. Pertenecia á los condes de Miravalle, y hace solo algunos años que vino á parar en manos del señor Smith Wilcox, cónsul de los Estados Unidos en Méjico. Hay que convenir que la cara representa un aspecto afable y agradablemente melancólico, muy de acuerdo con os trágicos sucesos de la vida del desgraciado monarca.

FAC-SIMILE DE LA FIRMA DE CORTÉS.

La firma anterior, Hernando Cortés, con la *rúbrica*, que forma un complemento indispensable del nombre y apellido español, era la del Conquistador ántes de ser creado marques del Valle de Oajaca; firma difícil de hallar, porque en lo sucesivo firmó con el nuevo título de marques de Oajaca.

# PROLOGO

## A ESTA NUEVA EDICION.



La conquista del nuevo mundo por los españoles, fue uno de aquellos memorables acontecimientos que, por la singularidad de sus circunstancias, aun mas que por el hecho mismo, encarecen sobremanera el valor de los que le llevaron á cabo y la gloria de la nacion en donde se concibió tan atrevido pensamiento.

El espíritu belicoso de nuestros antepasados, no debilitado todavía despues de siete siglos de lucha tenaz con los hijos del islamismo, no satisfecha su ambicion de gloria con haber sentado el pendon de Castilla en las almenas de Italia y Flandes, renació con nuevos brios cuando á consecuencia de los descubrimientos de Colon, halló otro nuevo teatro en donde hacer gallarda ostentacion de sus hazañas, otro mundo que someter à la pujanza de sus armas vencedoras. El valor y la fortuna coronaron sus esfuerzos: el valor y la fortuna ofrecieron á la asombrada Europa, el magestuoso espectáculo de un acontecimiento grande y sorprendente, que no tiene igual en la historia moderna de las naciones.

Verificado con los mas escasos medios que pueden emplearse en la guerra; y por un puñado de combatientes cuyo valor y audacia suplia la escasez de su número, no podia menos de lisongear el orgullo nacional, y de excitar á nuestros escritores á dejar consignados en la historia multitud de hechos heróicos que hoy mismo parecen superiores al esfuerzo humano. No pocos se dedicaron, en efecto, á tan noble tarea, supliendo algunos la falta de estudio para escribir acertadamente la historia, con el laudable celo de perpetuar en la posteridad la gloriosa memoria de sus audaces compatriotas. Brindábales á verificarlo la circunstancia especial de hallarse en frecuente comunicacion con los mismos guerreros, testigos y actores de la conquista, y la facilidad de recojer de sus propios labios la narracion circunstanciada de cuantos hechos de armas tuvieron lugar en tan colosal empresa: medio tradicional, que si no es el mas seguro para hallar la verdad desnuda de los atavios que siempre le prestan las afecciones personales y el fervor de la fantasia, sirve á lo menos para aseverar en el fondo la certeza de los hechos.

El primero que dedicó su pluma á referir los memorables acontecimientos que tanta gloria grangearon á Hernan Cortés, único gefe de aquella célebre espedicion para la conquista de Nueva España, fue *Francisco Lopez de Gomara*, capellan particular del mismo Cortés, y por órden del cual sospechó Robertson que aquel escribió su crónica.

Sin embargo de no ser este escritor tan exacto como seria de desear, segun se deduce de su cotejo con Herrera, y con Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular de la conquista, le siguieron en cuanto á la narracion de los sucesos, el doctor Illescas y el obispo Paulo Jobio. Pero ni estos ni otros varios que en aquel y en posteriores tiempos se dedicaron á consignar los acontecimientos de tan memorable empresa, fueron bastante prolijos en examinar los documentos anteriores que podian dar crédito á su narracion, diligencia que no perdonó Antonio de Herrera al escribir sus *Décadas*, que abrazan la historia general de la conquista de América apoyándose, respecto de la de Nueva España lo que el mismo Hernan Cortés referia en sus cartas á Carlos I; al manuscrito que aun no se habia impreso de la historia compuesta por Bernal Diaz del Castillo; y á lo que su recto juicio y sana crítica le daban como ajustado á razon en los demas historiadores que hubo de consultar. Pero este coronista, aunque diligente y laborioso, y adornado sin duda alguna de cualidades muy relevantes para escribir con fruto la historia, ni tuvo acierto en la disposicion del plan de su obra, justamente censurado por Solis y Robertson, ni fue tan diligente como era menester para la rectificacion de los hechos y abundancia de datos morales, científicos, políticos y religiosos de pueblos enteramente desconocidos, ni su crítica es tan severa que no dé fácil cabida en las páginas de su obra á hechos dudosos, á datos que carecen de fundamento seguro, y á exajeraciones y puerilidades reprobadas por la razon y la verdad. Sin embargo de esos lunares su obra es de aquellas que por muchos conceptos merece el aprecio de los entendidos.

Con posterioridad á los referidos historiadores, y ya en el último tercio del siglo XVII, publicó don Antonio Solis la presente *Historia de la Conquista de Méjico*. En ella se limita, como su propio título lo espresa, á referir las heróicas hazañas á que se debió la rendicion de la populosa capital de aquel vasto imperio.

El objeto que se propuso al ceñirse á la parte mas esencial de la conquista de Nueva España, lo declara llanamente el autor en el capítulo 2º de su historia; y por lo tanto á él remitimos á nuestros lectores. Solamente añadiremos á su esposicion, que sin duda no se atrevió á descubrir el pensamiento principal y dominante en su ánimo, al disponer el plan de su obra. Si por ventura nos equivocamos en nuestro juicio, no será ciertamente por falta de fundamentos en que apoyarle. La disposicion particular de esa historia; la unidad de accion que en ella se observa desde el momento en que Hernan Cortés toma el mando de la escuadra; la abundancia poética de sus descripciones; la forma dramática que procura dar á la accion; y el no perder jamás de vista al héroe principal, sin consentir que ningun otro le oscurezca en lo mas mínimo; el modo de desenlazar la accion, de suspenderla, y terminarla en el punto mas interesante, complemento de aquella y de las hazañas de su protagonista; todo descubre el anhelo de dar á su historia el interes y las gigantescas formas de la epopeya. Objeto laudable en sí mismo, si para llenarle cumplidamente no fuese forzoso á veces sacrificar la verdad en obsequio de la poesía, despojando á la historia de uno de sus mas bellos atributos que consiste en ser verídica. Acaso no es otro el origen de las inexactitudes de la de Solís: acaso él mismo las ocasionó, y no tuvo sobrada resolucion para desecharlas, hallando en sus simpatías por Cortés, y en los atrevidos y no siempre justos desahogos de Bernal Diaz del Castillo, suficiente escusa para reusar el testimonio de un testigo como este, actor

en ciento diez y nueve encuentros y batallas sostenidas contra todo el poder de las provincias mejicanas. Pero Solís le recusa en efecto en todo aquello que no va conforme con su modo particular de ver y de sentir; y al formar juicio crítico de la obra de Bernal Diaz, no puede disimular su repugnancia al ver en ella censurada varias veces la conducta de Cortés como particular y como gefe, cuando á sus ojos es el único modelo en su especie: he aquí sus palabras. « Pasa hoy por historia verda» dera (la de Bernal) ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de » su estilo para parecerse á la verdad y acreditar con algunos la since» ridad del escritor: pero aunque le asiste la circunstancia de haber » visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista » libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma: muéstrase » tan satisfecho du su ingenuidad, como quejoso de su fortuna, andan » entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambicion; y paran » muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernan Cortés, » principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios » para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como » infalible, no lo que ordenaba y disponia su capitan, sino lo que mur» muraban los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las » demas; etc. »

Esta censura es justa; y aun cuando por ella no quede Solís á cubierto de la nota de parcial en las cosas relativas á Cortés, tambien es cierto que no siempre puede darse entero crédito á Castillo, sin riesgo de incurrir en errores de gran cuantía respecto de la persona de su gefe. No pocas veces aquel guerrero historiador se alaba á sí mismo ó á sus compañeros de armas, de haber dictado á Cortés disposiciones ya políticas, ya militares, cuyo buen éxito fué coronado por la fortuna: entre las segundas cuenta Bernal Diaz el haberle aconsejado él y sus amigos, la destruccion de los buques, para quitar toda esperanza de salvacion á su pequeño ejército, colocándole en la alternativa de morir ó vencer. Solís combate la osada presuncion de Castillo con buenas razones, y especialmente con la propia contradiccion en que sobre ese punto incurre por su ninguna destreza en escribir. Ningun otro historiador contemporáneo trató nunca de despojar á Cortés de la alta gloria de que se hizo merecedor su nombre por una resolucion tan atrevida, que pudiera pasar por temeraria, si el éxito no hubiese justificado la prudente prevision de tan esforzado capitan. Si Bernal Diaz lo intentó, por simple vanagloria ó por malicia, no es fácil adivinarlo: pero no tiene duda que pudo aventurar impunemente ese y otros semejantes asertos, puesto que cuando escribia su historia, segun él mismo asegura, solamente vivian otros cuatro soldados mas de los que salieron de la isla de Cuba en compañía de Hernan Cortés á la conquista de Nueva España; y aun estos habrian fallecido cuando se dió su obra al público; por consiguiente nadie en el mundo podia desmentirle. Sin embargo de esa jactancia, que tanto repugna en la historia de Bernal Diaz, hace mucho honor á su ingenuidad la justa alabanza que igualmente tributa al valor y altos hechos de Cortés y demas capitanes de su ejército.

La Historia de la Conquista de Méjico ha sido tan celebrada entre nosotros como deprimida entre los estrangeros. Tocaba á nuestro justo orgullo aplaudir con entusiasmo una obra que, á sus buenas prendas literarias, reunia la circunstancia de conceder muy preferente lugar en los anales del mundo á innumerables hazañas ejecutadas gloriosamente

por un puñado de españoles en remotos y desconocidos climas. Pero tambien tenian especial interès los estrangeros en atenuar cuanto fuera dable ese raudal de gloria, empañando su brillante resplandor no pocas veces funesto á su poder y ambicion. Ni han perdonado medio para conseguirlo, ya encareciendo como cruel y sanguinaria la conducta de los conquistadores; ya señalando como único móvil de su arrojo y valentía la sed del oro que se produce en aquellas vastas regiones, ya en fin censurando con sobrado rigor la historia de tan notables acontecimientos. Pero á los ojos de la sensatez y de la severa imparcialidad, tan exagerados se presentan los estraños vituperios como los aplausos propios; y tan disculpables los alhagos del amor nacional, como los celos que despierta la envidia en quien no puede ser partícipe de los aplausos.

Mas los estrangeros no podian juzgar de nuestras cosas de igual manera que nosotros mismos : faltábales para ello el conocimiento de nuestro carácter, de nuestro modo de ver y de sentir con especialidad en el siglo á que tan celebrada conquista se refiere. Cuatro eran los elementos morales que á la sazon constituian nuestra sociedad española, á saber; orgullo nacional, ambicion de gloria, celo fervoroso por la propagacion de la fé, y deseo de aumentar el poder y el esplendor de sus príncipes. Si cupiere alguna duda en ello, examínese cuidadosamente la Historia de Bernal Diaz del Castillo, de ese veterano de la conquista, que si bien quejoso de su fortuna, no escribió capítulo ni página alguna de su obra en que no se descubran esos pensamientos dominantes de la época. Ya viejo, y no tan bien hallado como le correspondia por sus servicios, cèbase su imaginacion sin embargo de eso, en la gran loa que alcanzaron los conquistadores; en el nuevo lustre que daban á su patria con sus relevantes hazañas; en los beneficios que debieron aquellos naturales al cristianismo; y en el poder que ostentaban ante la Europa entera los dos primeros príncipes de la dinastía austriaca, que por entonces ocuparon el sólio español.

El mismo espíritu, aunque ya debilitado, predominaba en el siglo de D. Antonio Solís; si bien este escritor mantenia tan vivo en su ánimo el entusiasmo que le inspiraban Cortés y su pequeño ejército; de tal manera llenaba su fantasía la grandeza de sus hazañas; que no pudo menos de trasladar á su historia, en muchos de sus pormenores, el ansia de ofrecer á la imaginacion de los demas, con la misma fuerza con que se presentaba en la suya, la idea sublime de aquella estraordinaria conquista. Los estrangeros, pues, que por una parte no estudiaron á fondo el carácter y tendencia particular de aquella sociedad española, y que por otra los impulsaba el espíritu de rivalidad á mirar con afectado desden los nuevos triunfos de una nacion temible entonces por su poder, juzgaron de la conquista y de sus historiadores, por las áridas leyes de la crítica que todo lo sujeta al rígido compás del arte, sin tener en cuenta el entusiasmo del corazon y el fuego de la fantasía : con semejante medio lograron que en sus censuras apareciese rebajada la grandeza de los hechos, trivial y defectuosa su narracion histórica.

Por lo mismo que la de Solís era como el resúmen de los coronistas de Nueva España; por lo mismo que la fama literaria del autor daba mas autoridad á los hechos y mayor realce á su historia; se esforzaron en deprimirla, no solo por los defectos que en realidad contiene, sino hasta por los accidentes literarios con que aquel supo adornarla. Oigamos ha-

blar de ella á Mr. Robertson, el mas tolerante de todos, y hallaremos, sin embargo, refundido en su juicio el de los demas críticos estrangeros. « No conozco ningun otro autor cuya gloria literaria sobrepuje en tanto » grado á su mérito positivo. Solís está considerado entre sus compa- » triotas como uno de los escritores mas puros de la lengua castellana : » y si es permitido á un estrangero aventurar su opinion en materia de » la que solamente los españoles deben ser jueces, me atreveré á decir » que tiene derecho para merecer ese título. Pero, aun cuando su len- » guage sea correcto, no por eso es clara su diccion. Demasiado cuidadas » sus frases, participan á veces de cierta dureza y aun de hinchazon : » las figuras de que se vale son comunes é impropias; y sus reflexiones » superficiales. Sin embargo, podríanselc perdonar fácilmente esos de- » fectos, si por otra parte no careciese de todas las grandes cualidades » necesarias á un historiador. Desprovisto de esa industriosa paciencia » que conduce al conocimiento de lo verdadero, y de la imparcialidad » que todo lo pesa con reflexiva atencion, solo ha tratado de establecer » su sistema favorito haciendo de Cortés un héroe perfecto, sin tacha, » y dotado de todo género de virtudes; por cuyo motivo no ha fijado » tanto su atencion en el descubrimiento de la verdad, como en referir » cuanto contribuyese á embellecer su asunto. Todas sus discusiones » críticas son capciosas y fundadas en hechos controvertibles : aun » cuando alguna vez cita las cartas de Cortés (á Carlos I), parece » como si no las hubiese consultado; y aunque critica frecuentemente á » Gomara, no por eso deja de preferir su autoridad, la mas sospechosa » de todas, á la de otros historiadores contemporáneos. »

Semejante censura, vertida por la pluma de un historiador de tan esclarecido mérito como Mr. Robertson, ha hecho enmudecer á los demas críticos, entre ellos los nuestros, y aun obligádoles á no discordar en lo mas mínimo del dictámen de tan respetable escritor, atribuyendo á cortedad de su propia vista lo que no podian considerar enteramente ajustado al rigor de opinion tan terminante.

Sin embargo está muy léjos Solís de merecer esa amarga censura, y mucho mas de faltarle, como asegura Mr. Robertson, todas las grandes cualidades de historiador. No lo sentia así el abate Andrés cuando al hablar de aquel se espresaba en estos términos : « Si hubiese aparecido al- » gunos años antes, libre de las alusiones, símiles, sutilezas y otros » defectos del pasado siglo (el XVII), y se hubiera limitado á escribir la » historia con la viveza y amenidad de las descripciones; con la claridad, » calor y rapidez de la narracion; con la verdad y espresiva exactitud de » los caractéres; con la fluidez, elegancia y dulzura de estilo; y con todas » las dotes que adornan su obra; poco hubiera dejado que desear en ma- » teria de perfeccion histórica. Si hoy á pesar de tantos defectos encanta » y arrebata su lectura sin que se la pueda soltar de la mano, ¿qué seria » si limpia de aquellas no muy leves manchas, se hubiese presentado en » toda su pureza y esplendor? »

Este crítico español, sin desconocer ni disculpar los defectos de la obra de Solís, se acercó mas que Mr. Robertson al verdadero juicio que de ella puede formarse : y por cierto no le niega como este las grandes cualidades históricas; antes considerando que no todas se refunden en la de la exactitud sobre la cual versa el defecto mas notable de la Historia de la Conquista de Méjico, se estendió á enumerar las buenas prendas que el crítico inglés no quiso reconocer en su autor, aunque lamentándose de que

los vicios introducidos en el gusto literario desde el último tercio del siglo XVI, y divulgados con mayor frenesí en el siguiente, hubiesen cubierto de bastantes lunares una obra tan recomendable.

Los juicios que de la misma hicieron separadamente el marqués de Mondejar y el erudito D. Nicolás Antonio que corren unidos asi á esta como á las demas ediciones hasta ahora conocidas, podrian tener algun valor si se fundasen en reglas de buena crítica, y no se descubriese la amistosa indulgencia de ambos con Solis, ataviada con las galas del panegírico. Por eso, y porque pueden ser consultados fácilmente de cuantos gusten leer esta historia, escusamos hacer mérito especial de algunas alabanzas que con sobrada justicia le tributaron aquellos estimables humanistas.

En nuestro modo de sentir, el grande y principal defecto de Solis consiste en haber tenido el obstinado empeño de dar á su obra el carácter de la epopeya: de este nacen todos los demas. Ocupada su mente con ese pensamiento alhagueño, desdeñó multitud de indagaciones minuciosas pero necesarias para darnos á conocer detalladamente las leyes civiles y militares, las costumbres y usos domésticos, el sistema moral, los fundamentos, dogmas y creencia religiosa de un pueblo que se ofrecia á la espectacion del antiguo continente como un estraordinario fenómeno que arrojaba de su seno la inmensidad del Oceano. Util y necesario habria sido tambien que Solis hubiese dado cuenta del verdadero estado de las artes industriales en aquellos paises describiendo en lo posible los medios mecánicos de que se valian unos hombres que desconocieron el uso de los metales para hacer de ellos instrumentos acomodados á la fabricacion: y por último era un punto de sumo interés y de loable empeño, hallar la razon, el fundamento de la singular anomalía que se observa en el estado moral de los mejicanos que por una parte se roza con hechos de una civilizacion bastante adelantada, y por otra con los que son peculiares al estado salvage; indagacion que intentó Robertson, pero que no llevó á cabo con tan cumplido éxito como de su talento debia esperarse. Bien conocemos las muchas dificultades en que hubiera tropezado para llenar satisfactoriamente esa importantísima tarea; pero dado el caso de que aun con el título de coronista de S. M. se le hubiese negado el archivo del Consejo de Indias, y los gabinetes del rey, en donde se hallaban varios objetos curiosos procedentes de Nueva España; todavía le quedaba el recurso de impetrar del monarca las órdenes necesarias para que las autoridades de aquel pais, y aun los mismos misioneros que tantos objetos curiosos inspeccionaron por sí mismos, y tantas narraciones tradicionales recogian de los mismos indios; proporcionasen cuantos datos él juzgase necesarios para dar á su obra la importancia que merecia. Seguramente no contó Herrera con mas medios para llenar un objeto tan vasto como era la conquista de toda la América española; y sin embargo acompañó su obra con varios diseños y observaciones que si bien en corto número, sirven no obstante para dar alguna idea sensible de lo mismo que refiere, como lo hicieron en tiempos mas modernos Boturini, Benaduci, Lorenzana, Robertson y algun otro. Pero Solis perdió de vista ese grande y principal objeto de la historia, y separando lo útil de lo deleitable, contra el consejo de Horacio, se atuvo á lo segundo, como medio mas cierto de ganar aplausos de la muchedumbre. He aquí pues, la parte exacta de la censura que hizo Mr. Robertson al juzgar á Solis *desprovisto de esa industriosa paciencia que conduce al conocimiento de lo verdadero.*

Otro de los defectos que se puede censurar en nuestro historiador por

mas que se encuentre autorizado con el ejemplo de célebres historiadores de la antigüedad, es el uso frecuente de oraciones ó discursos adornados de todas las galas de la elocuencia. Ese artificio retórico-dramático, sobrado repugnante en la historia cuando pertenece á pueblos semisalvages, le comunica cierto sabor fabuloso que hace dudar de su verdad, aun cuando alhague el gusto con las bellezas de elocucion. Y como precisamente los discursos mas notables semejantes á los de Magiscatzin, Xicotencal y Cacumatzin, en que sobresalen pensamientos graves, nobles y elevados, con estilo elegante y conceptuoso, bien agenos de la selvática rusticidad de unos hombres incultos y feroces, son sin duda los mas sobresalientes; á vueltas del agrado de los sentidos desaparece la verdad de las cosas, y se desecha al fin como falso lo que al principio cautivó por agradable: verdad es que en ese punto merece disculpa Solis, por cuanto hubo de sacrificar al gusto de su tiempo la conveniencia histórica que no le era de todo punto desconocida: lo mismo puede decirse respecto del estilo sentencioso, del cual hizo sobrado uso, y no siempre con oportunidad, por obedecer á la moda literaria de su época.

Pero en cambio de estos y algunos otros defectos en que Solis manifiesta no haber consultado detenidamente los documentos de que á la sazon pudo disponer, y no haberse sujetado á las leyes de la crítica sensata, sino en alguna ocasion para juzgar varios hechos que no podia calificar de históricos sin que tuviesen por lo menos el carácter de verosimiles, se hallan tantas cosas que alabar en la obra de nuestro historiador, que hasta en sus mismos errores sobresalen abundantemente las bellezas de lenguage, de estilo y de narracion, y con especialidad de caractéres. En este particular es necesario perdonarle su conato épico, en gracia de la destreza con que acertó á seguir las huellas de los historiadores romanos, que tan detenidamente habia estudiado.

Necesario es todo el empeño de deprimir á un autor, como se echa de ver en la censura de Mr. Robertson, para no conceder á Solis sino el título de escritor puro y correcto: y este dictámen dado con la desconfianza de un estrangero que no puede juzgar enteramente de las buenas cualidades de un lenguage ageno del suyo, le rebaja en seguida añadiendo que no por eso es clara su diccion. No sabemos en que fundaba su juicio aquel crítico, para semejante fallo; porque á escepcion de algun concepto mas ó menos alambicado y del uso de la antitesis de que se hacia gala en tiempo de Solis, y cuyo contagio no pudo evitar, su locucion es tan clara, fácil y corriente, que no pocas veces se le cita como modelo digno de estudiarse. Sus frases demasiado cuidadas, dice aquel censor, participan á veces de cierta dureza y aun de sinrazon. Sin negar que alguna vez incurra en el defecto de su tiempo, no podemos sin embargo convenir en que la frase escogida y la elegancia en la elocucion, se reputen como defectos relativamente al estilo propio de la historia; porque en ese caso condenariamos á Tito Livio, Salustio, y otros historiadores de la antigüedad, por las mismas cualidades que en ellos tanto se aplauden.

Nuestros lectores van á juzgar nuevamente la obra de Solis, y escusado es por lo tanto empeñarnos en prevenir favorablemente su opinion. Sin embargo veamos en que consiste esa cuidada frase, esa dureza, esa hinchazon de que le acusa Robertson. Abrámos el libro por cualquier parte..... « Hallaron resistencia; pero últimamente se abrieron el paso » con la espada, y empezaron su marcha, siempre combatidos y alguna » vez atropellados. Peleaban los unos mientras los otros se mejoraban,

» y siempre que alargaban el paso para ganar algun pedazo de tierra, » cargaba sobre todos el grueso de los enemigos, sin hallar á quien ofen- » der cuando volvian el rostro ; porque se retiraban con la misma velo- » cidad que acometian, moviéndose á una parte y otra estas avenidas » de gente, con aquel ímpetu al parecer que obedecen las olas del mar » á la oposicion de los vientos. »

He aquí la diccion, la fuerza y estilo general de la obra de nuestro autor: dígase si en ese periodo hay oscuridad en la diccion, demasiado aliño en la frase, y la dureza é hinchazon de que se le acusa : dígase si se advierten esos defectos en los rasgos breves, espresivos, enérgicos con que suele darnos idea cumplida de algun personage, tal como él le concibió, y como se ve en esta, de Cisneros. « Quedó la suma del » gobierno á cargo del cardenal arzobispo de Toledo don Fray Francisco » Jimenez de Cisneros, varon de espíritu resuelto, de superior capaci- » dad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente » y sufrido, juntándose en él, sin embarazarse con su diversidad, estas » virtudes morales y aquellos atributos heróicos; pero tan amigo de los » aciertos, y tan activo en la justificacion de sus dictámenes, que perdia » muchas veces lo conveniente, por esforzar lo mejor; y no bastaba su » celo á corregir los ánimos inquietos, tanto como á irritarlos su integri- » dad. » Perdonen los censores de Solís, si al leer este y otros semejantes trozos, nos atrevemos á mirar con desden la poca exactitud de sus críticas.

Conocemos muy bien que estos solos ejemplos no bastan para poner á cubierto de censura los que pueda haber defectuosos el libro de que tratamos. Pero en la imposibilidad de hacinar citas para desvanecer los cargos que hace Robertson á su autor, á menos de dar á este exámen una estension desproporcionada, nos hemos limitado á esos dos ejemplos para dar alguna idea de los que respecto del estilo abundan copiosamente en la historia de Solis.

De superficial en sus reflexiones le acusa igualmente el autor inglés, sin haberse tomado siquiera el trabajo de señalar alguna de las pocas que tienen esa tacha. Si hubiese dicho que anduvo escaso en las reflexiones críticas á que tanto se prestaba su historia, hallando tan discordes en multitud de hechos á los mismos autores de quienes tomó los datos para componerlas, sin duda habria acertado con la verdad. Solís no se tomó ese trabajo : eludió la dificultad cuando de vencerla no se le presentaba ventaja conocida para su principal objeto; y á veces no vaciló en dar cabida á opiniones que podian ser recusadas como contrarias á la buena crítica, si con ellas conseguia dar mayor interés y agrado á sus narraciones.

De ese defecto, que nuestra imparcialidad nos pone en la obligacion de confesar sin reserva, se valió Robertson para despojar á Solis de todas las grandes cualidades necesarias á un historiador. No pretendemos colocarle á igual altura que al mismo Robertson, Millot, Gibbon, Ferguson, y otros esclarecidos escritores del siglo pasado; pero no suscribiremos tampoco á rebajar sus buenas prendas hasta el punto que lo hizo el historiador inglés. Muchos son los requisitos que ha de reunir quien aspire al título de historiador perfecto : la crítica no ha concedido hasta el dia ese dictado á ninguno, así de los antiguos como de los modernos, porque en todos ha echado de menos algunas de las condiciones indispensables para merecer tan superior calificacion. En ese punto corren igual fortuna

los historiadores que los poetas épicos. El mismo Robertson, no obstante su crédito literario, está bien distante de alcanzar semejante título, sin embargo de no haberse detenido ningun español á comentar sus dos notables historias de América y de Carlos V; porque entonces algo sin duda menguaria su reputacion, precisamente por la parte en que mas se apoya para rebajar la de Solís, cual es la exactitud histórica.

Repetimos de nuevo que no tenemos empeño alguno en ocultar los principales defectos de que adolece la obra de Solís; pero entre censurarle segun leyes de buena crítica, y negarle todas las cualidades de historiador, como lo hace Robertson, hay una distancia inmensa. Su estilo elegante y noble, alguna vez afectado por ceñirse con esceso á la construccion latina; su narracion fácil, grave y amena á un mismo tiempo; sus pensamientos nobles, elevados, no todos comunes, aunque no siempre de igual profundidad filosófica, alguna vez afectados por el prurito de parecer sentencioso; descubren sin embargo el talento del autor y su no vulgar instruccion.

Si fijamos la atencion en los caractéres, no podremos menos de admirar la consecuencia de los dos que mas resaltan en la composicion; á saber, el de Hernan Cortés y el de Motezuma. El primero valiente sin segundo, perseverante, sufrido, prudente, sagaz y reflexivo, tan terrible en el combate como compasivo despues de la victoria; sin faltar en ello á la verdad histórica corroborada con el testimonio de quien menos le favorece cual es Bernal Diaz del Castillo, ha logrado el autor formar de su héroe un ser casi ideal que interesa, entusiasma y admira. Motezuma, altivo y fiero por naturaleza, pero débil, irresoluto, y aun pusilánime por circunstancias accidentales, llega á escitar el mas vivo interés viéndole descender de su grandeza hasta el último vilipendio á que puede llegar un monarca, como arrastrado á ello por una mano invisible, por un signo fatal é inevitable que habia cabado su sepulcro bajo el último escabel de su trono. Aquí brilla á un tiempo el historiador y el poeta; y forzoso es convenir que sin faltar á la verdad del primero, supo ostentar Solís la gallarda imaginacion del segundo. Si estos caractéres seducen por los accidentes con que acertó á engalanarlos, no desmerecen sin embargo á su lado las precisas y rápidas pinceladas con que en breve espacio delineó la presuncion, impericia y necia arrogancia de Pánfilo de Narvaez. Mas pudo haber hecho Solís en punto á caractéres, si no hubiese fijado en esos dos su principal atencion; puesto que Sandoval, Alvarado y Cristóbal de Olid, el Ayax de su ejército, pudieron ocupar el segundo término del cuadro; pero los redujo á figurar solo como guerreros llenos de ardimiento y valor, entre otros muchos que les disputaban ese lauro.

Si, las prendas de buen estilo, de narracion clara, noble, sentenciosa y grave, acomodada á la naturaleza de las cosas que describe y refiere; si el adornarla con pensamientos á veces profundos de moral, de religion, de política y de arte militar; en suma si el guardar unidad de objeto en la accion y acrecentar su interés dando relieve y grandeza á los caractéres, calor y vida á las situaciones, viveza y dignidad á los diálogos, sin faltar á la verdad en lo sustancial de los hechos; si todos estos rasgos de ingenio, repetímos nuevamente, son, á juicio de los entendidos, otros tantos defectos suficientes por sí mismos para considerar despojado á Solís de todas las cualidades de historiador, desde luego suscribimos al dictámen de Mr. Robertson; pero mientras no se demuestre

la certeza de su opinion, tendremos de nuestra parte el derecho de recusar la autoridad de un fallo que mas bien parece dictado por espíritu de nueva escuela literaria, que no por los principios de la crítica imparcial.

La suma discordancia de nuestros autores relativamente á las cosas de América, causa de la escesiva libertad que Solís se tomó para adoptar las opiniones mas acomodadas á su intento; la notable falta de exactitud que respecto de aquellos se advierte en las relaciones del mismo Cortés, por su cuidado, nada estraño, en dar á los acontecimientos el barniz mas recomendable á los ojos de Carlos V; la frecuencia con que omitia circunstancias, disimulaba algunas, daba diverso semblante á otras, ó encarecia sobradamente muchas de ellas; todo reunido nos imponia en cierto modo la obligacion de emprender largas y fastidiosas indagaciones históricas, antes de dar á luz esta nueva edicion de la conquista de Méjico. Pero como por una parte esas indagaciones producirian forzosamente estensas y numerosas notas, cuyo conjunto formaria mayor volúmen que la obra misma; y como por otra habian de aparecer, por su propia naturaleza, descosidas, sin sujecion á plan ni unidad de ninguna especie; nos hemos limitado á poner al pie de sus respectivas páginas las que por su brevedad pueden sin interrumpir la atencion del lector, ilustrar algunos puntos curiosos; así como hemos colocado al final las que por su importancia histórica merecian mayor estension, dejando al lector en libertad de consultarlas separadamente despues de concluida la lectura, á fin de no perder el hilo de la narracion. Y con tanto mas motivo nos hemos atenido á este pensamiento, cuanto que, en nuestro juicio nunca las notas suplen suficientemente los vacios de una historia, y por lo tanto seria mas ventajoso y útil que aprovechando los infinitos materiales desparramados en nuestras historias de América, y los muchos documentos sepultados en el archivo de Simancas, entre los voluminosos legajos pertenecientes al antiguo Consejo Real de Indias, se dedicase una pluma inteligente ayudada con auxilios del gobierno, á escribir concienzudamente la historia fiel y completa de aquellas ricas y vastas regiones. Las historias hasta ahora conocidas, inclusa la de Robertson, están muy distantes de llenar ese vacio de tamaña importancia para nuestros anales políticos y militares: y en ello no culpamos á esos historiadores, sino á dificultades que no les fue posible superar.

La escrita por Solís ocupa el segundo lugar despues de la de Herrera atendida la estension, importancia y mérito histórico de la de este diligente escritor; pues aunque la del primero aventaje á la del segundo en cualidades literarias y especialmente en la disposicion del plan, como su autor se propuso desde luego hacer de ella, segun ya hemos dicho, una leyenda agradable, una especie de poema histórico, en donde la erudicion y la crítica cediesen su puesto al lujo de la narracion y á las galas de la elocuencia, hubo de atenerse al asedio y rendicion de Méjico, preparada, emprendida y llevada á cabo por Hernan Cortés, principal objeto del entusiasmo de Solís. Así pues, dejó á otras plumas el cuidado de completar la historia de la total pacificacion de Nueva España, que si bien dirigida en gran parte por el mismo Cortés, fue consumada sin embargo por el valor y pericia de sus capitanes, escepto su penosa y memorable marcha á Honduras para sofocar la rebelion de Cristóbal de Olid, y la que emprendió para reconocer el golfo y costas de la península llamada las Californias. En la presente edicion ha parecido oportuno completar

el cuadro de la conquista de Nueva España hasta el fallecimiento de Cortés; en lo cual se advierten dos ventajas: la primera presentar el conjunto de las hazañas y disgustos de ese héroe memorable; y la segunda ahorrar á los lectores la enojosa fatiga de acudir á las crónicas para llenar ese vacio que dejó Solis, y que Robertson tampoco cuidó de suplir en su historia de América. Ocioso será decir que en el resúmen histórico que sigue al cuerpo de la obra, no se han tenido presentes las pretensiones de historiador: lejos de eso tan solo se ha cuidado de presentar con sencillez, laconismo y brevedad, los sucesos mas notables de ese periodo político y militar de Hernan Cortés: porque de otro modo lo oscuro y dudoso de cuanto refieren los coronistas hubiera hecho necesario un trabajo crítico muy detenido, tan solo digno de una historia estensa y concienzuda de aquella célebre conquista, trabajo improbo para el cual son harto débiles nuestros hombros.

Manifestados con imparcialidad los principales defectos de que adolece la obra de Solís, como historia; y templada la ágria censura que de ella hace Mr. Robertson; réstanos únicamente disculpar á nuestro autor del ciego entusiasmo que en él se descubre á favor del héroe de su poema: entusiasmo que segun dijimos anteriormente, puede considerarse como único origen de los errores históricos de su obra. De todos los aventureros que se arrojaron á probar fortuna en las espediciones al nuevo continente, fue sin duda Hernan Cortés uno de los mas admirables por la elevacion de sus pensamientos, por la rectitud de sus ideas, por su generoso desprendimiento, por su piadoso celo y hasta por los rasgos de humanidad que en él resplandecen durante el curso de sus conquistas; sin que esa prenda quede oscurecida por algunos rasgos inevitables de severidad de que le han acusado los estrangeros con sobrada acrimonia, valiéndose de las piadosas declamaciones de Fr. Bartolomé de las Casas, y del enojo implacable del italiano Benzoni. Tan valiente como caballero, supo con su denuedo y prudencia llevar á cabo una empresa colosal, falto de los recursos materiales que para verificarlo eran indispensables; y leal á su patria y á su rey, aumentó el poder y riqueza de la primera añadiendo una joya de gran precio á la diadema del segundo, al mismo tiempo que resistia con generosa nobleza las sugestiones de algunos que le aconsejaban la emancipacion. Sin embargo, ni sus relevantes prendas, ni la pureza de sus intenciones, ni el haber dado repetidas pruebas de que solo tenia por móvil de sus acciones la noble ambicion de acrecentar la gloria de su pais trayendo á su obediencia y al conocimiento de la religion católica multitud de pueblos entregados á los errores de la idolatria, nada pudo salvarle de la borrasca que el brillo mismo de su nombre atraia sobre su cabeza. En vano habia conquistado con sus hazañas el aprecio y distinciones con que en un principio le honrára Carlos V: en vano habia hecho enmudecer á los mas encarnizados enemigos de su gloria haciendo honroso alarde de sus hondas cicatrices recibidas en cien combates, de los tesoros arrancados al nuevo continente, y de la franqueza y tranquila confianza con que él mismo se presentó en la corte á dar cuenta de sus acciones; los cortesanos, plantas parásitas que viven del jugo de las mas lozanas y frondosas, lograron desviar del héroe la confianza de su príncipe y privarle del único amparo que le pusiera en su vejez á cubierto de los tiros de la envidia. Escrito estaba que habia de bajar al sepulcro de igual manera que Cristóbal Colon, devorado en silencio por el amargo desconsuelo de recibir los desdenes de la ingratitud

por premio de sus inmensos sacrificios. Pero Colon y Cortés fueron dos grandes hombres; y Juan Rodriguez de Fonseca que de la mitra de Badajoz pasó á ceñirse la de Burgos, sin dejar la presidencia del Consejo de Indias, no podia menos de mirar con recelo á unos hombres temibles á su poder por su opinion y grandeza: era necesario para su propio sosiego hundirlos en la nada, y los hundió: hazaña con que á un mismo tiempo ensalzó la gloriosa memoria de sus víctimas y su propio desdoro ante el severo tribunal de la posteridad.

A la vista de este cuadro que por no parecer difusos hemos reducido á las mas diminutas proporciones, no parecerá estraño que un Solís amante de los hombres eminentes, celoso de la gloria de su pais, y en ocasion de dar el debido tributo de gratitud nacional á la memoria del héroe de Nueva España, se olvidase por un momento de los deberes de historiador para usar de las prerogativas de poeta, y se propusiese levantar un monumento de gloria al denodado guerrero que despues de haber sometido aquellas estensas regiones al cetro de Castilla, volvió á su patria para acabar sus dias en la oscuridad y el abandono.

Concluiremos, pues, haciendo una indicacion que en nuestro dictámen debe tenerse muy en cuenta al juzgar la obra de Solís. Cuando este escribia no eran desconocidas las buenas máximas por las cuales debe guiarse el historiador; y de ello nos dá una prueba en su mismo prólogo ó introduccion. Pero al mismo tiempo prevalecian en el gusto dominante de los eruditos las formas usadas por los historiadores latinos, y á ellas hubo de acomodarse Solís. La condicion de obligarse los escritores á dar razon circunstanciada de los usos, leyes, costumbres, religion, comercio, ciencias, artes y literatura de los pueblos, no se introdujo en Europa hasta que Voltaire dió el ejemplo de ese modo de escribir la historia, bajo un estilo fácil, breve y elegante en su Siglo de Luis XIV. Y rigurosamente hablando puede decirse que hasta entonces no era la crítica el arma de mas pujanza en manos de los historiadores, ni la sensatez y cordura el fundamento de sus juicios: examínense las historias escritas en Europa hasta principiar el último tercio del siglo XVII, y no se pondrá en duda esta asercion. Solís, por consiguiente no está en el caso de ser juzgado por las mismas leyes que observaron Robertson y demas historiadores del siglo pasado, puesto que para él fueron desconocidas. Por último repetiremos nuevamente que Solís mas que historiador es un poeta que se propuso levantar un trofeo de perpétua gloria al conquistador de Méjico, no sin la agradable lisonja de que tal vez al lado del nombre de Cortés se leyese con aplauso en la posteridad el de su ilustrado panegirista.

JOSÉ DE LA REVILLA.

# VIDA

# DE DON ANTONIO DE SOLIS,

ESCRITA

POR DON GREGORIO MAYANS Y SISCAR.

---

Uno de los varones mas esclarecidos que han ilustrado la nobilísima ciudad de Alcalá de Henares fue don Antonio de Solís y Rivadeneira. Nació en ella, y fue bautizado en la iglesia magistral dia veinte y ocho de octubre del año de Jesucristo Señor nuestro mil seiscientos y diez. Debió esta dicha Alcalá al licenciado Juan Gerónimo de Solís Ordoñez, y á doña Ana María de Rivadeneira, sus padres; natural aquel de Albalate de las Nogueras, y esta de Toledo.

Luego que don Antonio pudo dar algunas muestras de su gran ingenio, llenó de firmes esperanzas el corazon de sus padres, y de espectacion á todos los que le lograron tratar. Descubria un ánimo capaz de grandes virtudes, un agudísimo ingenio y un juicio superior á su tierna edad. Costábale tan poco hablar discretamente, como proferir las palabras. Cualquiera que le dijeran era proporcionado eslabon para que centellease gracias y brillantes dichos aquel admirable entendimiento; y como esto es gracia natural que no se adquiere con arte ó industria alguna, causaba admiracion estraña á sus mismos maestros, á quienes, aun siendo enseñado, restituia con usuras otra superior enseñanza, de que lograban ellos ser oyentes, mas no discípulos. Luego aprendió don Antonio á leer y escribir: luego supo latin. Iba á pasos largos aquel gran ingenio. Aplicóse al conocimiento y práctica de la retórica, como quien conocia muy bien que es el guardaropa de los adornos del entendimiento humano. De la filosofía solo quiso aprender la dialéctica, llave maestra de todas las otras ciencias. Contentóse con ella, quizá porque en aquellos tiempos (como con daño público frecuentísimamente sucede hoy) se enredarian los ingenios con sofisterías inútiles, sin penetrar de lindes adentro en la filosofía natural, que tanto importa para la sociedad humana y para levantar el entendimiento al conocimiento de Dios.

No pareció á don Antonio terreno muy á propósito para las creces de su ingenio su propia patria. Se trasplantó en Salamanca, ciudad fecunda de varones grandes. Estudió allí ambos derechos con mediano progreso. Empleaba todos sus ócios en la poesía española. Incitábanle á este divino estudio su natural inclinacion, y la competencia noble de muchísimos ingenios que ilustraron entonces esta arte, que se precia de tener su orígen del cielo. Aplicaba á ella de tal modo todas sus potencias, que se podia decir que nunca estaba tan ocupado como cuando mas ocioso. Solos diez y siete años tenia cuando compuso en Salamanca una comedia intitulada *Amor y obligacion.*

Concluyó los cursos de las ciencias mayores; pero no dejó de estudiar: dejó unas ciencias por otras; pero no la vereda de la sabiduría cristiana. Luego que se vió en edad de veinte y seis años, y consideró la importancia de la filosofía moral, sin cuyo conocimiento nadie debe pensar que sabe, se dedicó á ella con mucho estudio. Logró muy presto ser filósofo, adquiriendo un rico caudal de sentencias gravísimas y máximas políticas, con que enriqueció su conversacion y escritos; siendo tanta la copia que hay esparcida en estos de preciosísimos dichos, que los cortesanos atentos los van recogiendo para adornar con ellos su conversacion como con riquísimas perlas

De los estudios de don Antonio resultó en él un sencillo trato como de verdadero filósofo, y un agrado suavísimo digno de tan agudo poeta. La seriedad filosófica y la amenidad poética le hicieron capaz de emprender cualquier asunto, ó bien atado ó suelto: felicidad concedida á Horacio y á muy pocos mas, que supieron escribir en prosa sin acordarse de la poesía, y en verso sin acordarse de la prosa.

A un tan insigne varon, en uno y otro estilo, faltaba solamente un buen Mecenas: hallóle digno de sí en el conde de Oropesa don Duarte de Toledo y Portugal, de quien fue secretario siendo virey de Navarra, y despues de Valencia. En aquel empleo mostró su habilidad: dió en él á entender que sabia escribir con propiedad y sencillez: destreza que hoy se echa menos en muchos secretarios, cuyos señores (ojalá no fuese así) ignorantemente felices, tienen por suma dicha una buena letra, aunque sea sin la substancia de un buen juicio perfeccionado con el estudio y arte. No es el oficio de secretario de pintar letras. Si fuese así, los impresores serían los mas aventajados secretarios. Pide este empleo un ingenio velozmente capaz, que sin gastar el tiempo perezosamente meditando, sepa fácilmente acertar; que con libertad proponga y esfuerce la razon á su dueño; sin contumacia ceda; sin repugnancia obedezca; y últimamente que escriba con claridad, pureza, brevedad, eficacia, discrecion y agrado. Tal era don Antonio, y tales podrán hallarlos hoy y en todos tiempos los que como el conde los busquen y los sepan apreciar debidamente.

El rey don Felipe IV le hizo merced de oficial de la secretaría de estado y de su secretario: agradeció y admitió tan grande honra; pero la trasladó luego á un allegado suyo sin disgustar al rey. Despues la reina madre le repitió la misma merced en el año de mil seiscientos y sesenta y uno; le añadió la de ser cronista mayor de las Indias por muerte de Antonio de Leon Pinelo, escritor docto y de amenísimo ingenio.

Tuvo muchas ocasiones de parecer feliz; mas no logró alguna, ó por el genio filosófico, que naturalmente desestima lo que el mundo aprecia, ó por aquella casi general desgracia de estar condenados los poetas á una miserable vida: de suerte que aquella ciencia parece ser antípoda de la dicha humana. Así en una carta dice: « Las an-
» gustias del tiempo me han obligado á deshacerme del coche, y
» comerme las mulas á fuer de sitiado. » En otra escribe así: « Yo,
» amigo; no estoy en estado de salir en coche á la calle, porque
» tengo muchos acreedores que harán reparo en mí si me ven con
» zapatos nuevos. Si Dios trae con bien la flota, podré pensar en la
» restitucion del coche: agora solo en comer. » En otra dice á don Alonso Carnero, su grande amigo: « A Vd. se debe la (historia) de
» la Nueva España; y tengo por evidente que no se hubiera impreso,
» si no fuera por el socorro de Vd.; porque la ayuda de costa to-
» davía se está en el aire. »

Con esta estrechez vivia don Antonio de Solís, cuando cumplido ya cincuenta y sieté años, conociendo bien los engaños de este mundo, determinó consagrar enteramente á Dios sus postreros dias: recibió pues todas las órdenes sagradas: dijo su primera misa con grande piedad y devocion en el noviciado de la Compañía de Jesus de Madrid. Dijo en adelante las demas, como si fuese la primera: preveníase antes con oracion diligente: daba despues las gracias con rendimiento humilde. En lo demas guardaba una decente compostura, escusando inútiles visitas, hablillas necias y conversaciones ilícitas; procurando solo la comunicacion agradable de pocos amigos buenos, y de sencillo y discreto trato. Era muy amigo del retiro y sosiego, y de la oracion á Dios. Fue devotísimo de María Santísima, y uno de los mas ejemplares congregantes de nuestra Señora del Destierro, en cuyos piadosos obsequios procuraba ser el primero sin rehusar el trabajo. No se acordaba de sí sino para representar en su memoria su pasada vida, y arrepentirse de ella. Mejor que yo lo dirá este su elegantísimo soneto, donde cada palabra es un afecto tiernísimo de un pecador arrepentido.

¿ Hasta cuando mi torpe desvarío
Abusará, Señor, de tu clemencia?
Que parece que aprendo en tu paciencia
Mas libertad que diste á mi alvedrío.
Juzga, corrige, enmienda el error mio
Antes que se pronuncie la sentencia,

No llegue en mi postrera negligencia
La primera señal de tu desvío.
Tú me diste tu imágen : mi pecado
La borró. Mas, ¡ ay triste ! no perezca
Tu retrato en mi ciega destemplanza.
Vuelva á imprimir tu sangre lo borrado :
Y para que la imágen permanezca,
Defiéndame de mí tu semejanza.

En semejantes afectos empleaba su talento; y para no distraerse con el dulce encanto de la poesía, la abandonó del todo; dedicando á Dios hasta su gènio mismo, que fue el sacrificio mas fino que supo y pudo hacer de sí. Estuvo en este propósito tan firmemente constante, que habiendo muerto en el año mil seiscientos ochenta y uno don Pedro Calderon de la Barca, cómico célebre, no hubo instancias que pudiesen recabar con él que continuase la composicion de los autos sacramentales : aun decentemente no quiso autorizar el teatro. ¿Qué mucho? si hubiera querido borrar con sus lágrimas todas sus representaciones cómicas y poesías profanas, aunque decorosas y honestas. Por esta misma causa dejó por acabar la artificiosa comedia de *Amor es arte de amar*, que no habiendo llegado á concluirse, aspira á ser la primera de las suyas por mas ajustada al arte.

Habiendo corrido don Antonio tan lucida carrera, llegó por último al necesario ocaso en que llegando al horizonte de la vida humana, tramonta el alma al descanso de mas dichosa vida : para conseguir esta se preparó como debia : purgó su alma de las heces mundanas con la saludabilísima y necesaria medicina de una verdadera penitencia : recibió el Viático divino y estrema uncion : dejó dispuestas sus cosas, nombrando á don Alonso Carnero por testamentario suyo, en quien dignamente depositó toda su confianza, como quien habia sido el archivo de sus secretos mas íntimos. Asistióle muy puntual su director doctísimo el padre Diego Jacinto de Tebar, de la Compañía de Jesus, aquel que asistió á la muerte de don Francisco de Quevedo, de don Nicolás Antonio, de don José de Pellicer, y otros varones grandes. Alternaba don Antonio el dulce lamentar de sus pasadas culpas con los coloquios tiernos de la esperanza en Dios. Entonces con mayores afectos repetiria devoto aquellas fervorosísimas súplicas que no se pueden leer sin gran ternura.

Vestra sangre, Señor, por mi pecado,
Tan repetidas veces malograda,
Clamando está por mí, por mí aplicada.
Precio infinito, y precio derramado.
Vestra Madre, aunque, al veros injuriado,
Me mire con desvíos de irritada,
Se queda en el oficio de abogada,
Y abogada mayor del mas culpado.

Mi alma en vestro juicio riguroso
No hallará otra razon, pues hoy la ignora,
Con que aplacar á vestro Eterno Padre.
Y así confuso, humilde y temeroso,
Os digo para entonces desde agora :
Vestra sangre, Señor, y vestra Madre.

Entre tan dulces coloquios envió su espíritu al Señor, como piadosamente se cree, dia diez y nueve de abril del año mil seiscientos ochenta y seis, despues de haber vivido setenta y ocho años, ocho meses y un dia. Fue enterrado en la capilla de la congregacion de nuestra Señora del Destierro, procurando en su muerte la proteccion, á que habia siempre anhelado. Supo morir, porque supo vivir; y tuvo por sucesor en el empleo de cronista real de las Indias á don Pedro Fernandez del Pulgar, varon doctísimo; y la futura se dió á don Félix Lucio de Espinosa, de inferior doctrina y afectado estilo.

Cuál haya sido la disposicion y aire de su cuerpo, lo declara muy bien el mismo don Antonio en un romance que anda entre sus poesías varias, y empieza así :

Mi retrato me ha pedido
La Academia mantuana, etc.

De las escelentes dotes de su gallardo entendimiento, mejor que todos informarán sus escritos; pero me es preciso decir con libertad ingénua que fuera del *Amor al uso*, que se tradujo en francés, escribió comedias, que si se hubieran trabajado segun los preceptos rigurosos del arte cómica, hubieran logrado entera aprobacion de los juicios mas críticos; con todo eso merecen estimacion, pues resplandece en ellas una invencion ingeniosa, facilidad corriente, elegantísima pureza, indecible gracia, no afectada discrecion y singular destreza en el jugar de los vocablos con ingeniosos equívocos, segun las costumbres de su tiempo.

Otro libro hay impreso de *Poesias varias*, que en mi juicio merece mucha mayor estimacion. Es en ellas vivísimo y muy discreto, en las burlas dulce, en las veras grave; y lo que es mas de admirar, siempre claro como el agua mas pura, manifestando así que no era uno de aquellos que mezclando su lengua con todas, vienen á hablar ninguna.

Pero lo que grangeó á don Antonio los mayores aplausos fue la *Historia de la conquista de Méjico*. Es tan dulce su estilo, que tiene hidrópicos á muchos discretos. Frecuentemente es poética, y siempre brillante. Remedó á Quinto Curcio sin procurarlo, especialmente en las oraciones, haciendo á los bárbaros menos bárbaros. Toda la contestura de esta preciosa obra es una tela finísima de oro puro, ricamente adornada de cristianas y políticas sentencias,

que lucen como diamantes finísimos. Tuvo por aprobadores de su historia á dos insignes varones, el marqués de Mondejar, y don Nicolás Antonio: á aquel en una carta respondiendo al autor que solicitó su censura; á este en la que hizo por órden del real consejo de Castilla, de la cual quedó mucho mas satisfecho. Tan cierto es aquel dicho de Temístocles, que el cantor que mas agrada es el que mejor alaba. Se tradujo esta historia en francés, en inglés y en italiano.

Otro de los escritos en prosa que confirman la discrecion del juicio de Solís, y la gracia y dulzura de su pluma, son sus *Cartas familiares*, que se han recogido y publicado con las de otros sábios escritores de nuestra nacion. Estas cartas escritas casi todas á su amigo don Alonso Carnero, veedor general en Flándes: ademas de ofrecernos curiosas noticias de la vida de entrambos, y algunas anécdotas políticas del tiempo, nos retratan el genio de Solís severo y festivo juntamente, y pueden ser dechado de correspondencia familiar entre dos amigos cortesanos, por la gracia, ligereza y urbanidad de la espresion con que las viste, sin afectar aquel ornato y pulidez de las que se escriben para dar á la luz pública. Su estilo es claro, breve y agradable, avivado con algunas pinceladas ligeras; pero de grande espíritu y libertad en medio de cierta llaneza y sencillez. En algo se habia de echar de ver que no era solo un amigo comun el que hablaba, sino un escritor, un sábio que habia estudiado los negocios y los hombres, y los pintaba de un rasgo por donde los deben ver los ojos perspicaces.

AL SEÑOR REY

# DON CARLOS SEGUNDO.

Señor:

Llamó la venerable antigüedad libros de Reyes á las historias, ó porque se componen de sus acciones y sucesos, ó porque su principal enseñanza mira derechamente á las artes del reinar; pues se colige de la variedad de sus ejemplos lo que puede recelar la prudencia, y lo que debe abrazar la imitacion. De cuyo principio nace, que la noble osadía de los escritores que dedican sus obras á los grandes reyes, sea menos culpable ó mas generosa en los historiadores, que sin disputar su estimacion á las demas facultades, tienen por suyo el magisterio de los mayores oyentes.

Estas congruencias, señor, me han sido necesarias para vencer el miedo reverente con que pongo á los reales pies de V. M. esta primera conquista de la Nueva España, que andaba obscurecida ó maltratada en diferentes autores: siendo una empresa de inauditas circunstancias, que admiró entonces al mundo, y dura sin perder la novedad en la memoria de los hombres: hallándose tan aplaudida ó tan satisfecha de su fama, que se atreve hoy á no desmerecer la real proteccion de V. M. como no desmereció entonces los favores del cielo, que alguna vez dispensó en su defensa los fueros del poder ordinario, mitigando al parecer lo imposible con lo milagroso.

Los sucesos de que se compone su narracion dan motivo á dife-

rentes reflexiones políticas y militares: una conquista que importó á V. M. no menos que un imperio, y se consiguió, dejando á la posteridad varios ejemplos de lo que pueden contra las dificultades el valor y el entendimiento: una monarquía de príncipes bárbaros, que se dilató sin otro derecho que el de la guerra, y se perdió á fuerza de tiranías, cuya desolacion, mirada como castigo de atrocidades, inclina la voluntad á las virtudes contrarias, pues habla tambien con los reyes justos la ruina de los tiranos. Y no faltan motivos que inducen á la imitacion para mayor ejercicio de la prudencia; pues hallará V. M. en la historia de Nueva España un campo muy dilatado en que seguir las huellas de sus gloriosos progenitores, que miraron siempre la conservacion de aquellos Indios, y la conversion de aquella gentilidad, como la principal riqueza que se pudo esperar de las Indias.

Pero no es mi ánimo que V. M. se digne de conceder el oido á las advertencias de una leccion, que habrá perdido parte de su grandeza en las negligencias de mi pluma: solo aspiro á que V. M. me permita su nombre para ilustrar la frente de mi libro; y no sin algun titulo que da bastante razon á mi disculpa, pues se debe á V. M. cuanto escriben sus cronistas; y yo pago con este corto caudal de mis estudios la deuda de mi profesion: deuda en cuyo reconocimiento desea manifestarse mi humildad, y puede mal encubrirse mi ambicion, pues busco para mi desempeño la gloria de tan alto patrocinio, y hallo en la sombra de V. M. todo el esplendor que falta en mis escritos. Guarde Dios la real católica persona de V. M. como la cristiandad ha menester.

Don Antonio de Solís.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

# CONDE DE OROPESA, ETC.

MI SEÑOR;

GENTIL-HOMBRE DE LA CÁMARA DE S. M., DE SU CONSEJO DE ESTADO, Y PRESIDENTE DE CASTILLA.

EXCMO. SEÑOR:

Ni V. E. debe negar la benignidad de sus oidos á un criado antiguo de su casa, ni yo, que reconozco á esta dicha el carácter de mi primera estimacion, puedo colocar mejor la humildad de mi ruego que donde puse la obligacion de mi obediencia.

Este libro, que mereció tal vez algunos reparos de V. E. quedando con la vanidad de que se aprobaba lo que no se corregia (1) *ita enim magis credam cætera tibi placere, si quædam displicuisse cognovero:* este libro pues tan favorecido entonces, necesita hoy de V. E. para llegar con algun decoro á los reales pies de su Magestad, enmendada tambien á la sombra de V. E. la corta suposicion de su dueño.

No dejo de conocer que busco á V. E. desde mas lejos que solia: porque los negocios de mayor peso á que V. E. rindió el hombro, me han puesto su atencion de V. E. en otra region, donde apenas quedará perceptible mi cortedad; pero los grandes cuidados nunca llegan á estrechar los términos de la providencia, y en ella tienen su lugar determinado las cosas menores.

Dijera lo que siento de sus méritos de V. E., y dijera lo que dicen todos; pero solo esta verdad es intolerable á sus oidos de V. E. Callaré pues contra la razon y contra el voto comun, por no contradecir á una modestia, que amenaza con su indignacion, y se defiende con

(1) Plinio lib. 3. epist. 13.

mi respeto : (1) *nec minus considerabo, quid aures ejus pati possint, quàm quid virtutibus debeatur*. Débame V. E. en obsequio suyo esta violencia ó mortificacion de mi silencio; y séame lícito decir al orígen de nuestra felicidad, cuya suma prudencia supo mandar lo que pedia la causa pública, y lo que deseaban todos. (2)

Felix arbitrii Princeps, qui congrua mundo
Judicat, et primus sentit, quod cernimus omnes.

Guarde Dios á V. E. muchos años, como deseamos y hemos menester sus criados.

DON ANTONIO DE SOLÍS.

(1) Idem in Paneg. Trajani.
(2) Claudian. lib. 1. Stilicon.

# A LOS QUE LEYEREN.

Puse al principio de la historia su introduccion ó proemio, como lo estilaron los antiguos, donde tuvieron su lugar los motivos que me obligaron á escribirla para defenderla de algunas equivocaciones que padeció en sus primeras noticias esta empresa, tratada en la verdad con poca reflexion de nuestros historiadores, y perseguida siempre de los estrangeros, que no pueden sufrir la gloria de nuestra nacion, ni acaban de conocer lo que obran contra sí en estas cavilaciones, pues descubren la flaqueza de su emulacion, y ordinariamente queda mejor el envidiado.

Es la conquista de Nueva España uno de los mayores argumentos que celebra el mundo en sus anales; pero esta grandeza pedia igual historiador, y me desalienta hoy poniéndome á la vista los peligros de mi pluma. Contentaréme con que no pierdan lo admirable y lo heróico los sucesos que refiero; y en lo demas dejo toda su libertad á la censura, pues me hallo en edad que pudiera temer los aplausos, como enemigos de los desengaños.

Los adornos de la elocuencia son accidentes en la historia, cuya substancia es la verdad, que dicha como fue se dice bien, siendo la puntualidad de la noticia la mejor elegancia de la narracion. Con este conocimiento he puesto en la certidumbre de lo que refiero mi principal cuidado: exámen que algunas veces me volvió á la tarea de los libros y papeles; porque hallando en los sucesos ó en sus circunstancias discordantes con notable oposicion á nuestros mismos escritores, me ha sido necesario buscar la verdad con poca luz, ó conjeturarla de lo mas verisímil: pero digo entonces mi reparo; y si llego á formar opinion, conozco la flaqueza de mi dictamen, y dejo lo que afirmo al arbitrio de la razon.

Esta discordancia de los autores me ha puesto en el empeño de impugnar á los de contrario sentir; pero solo en aquella parte que no se pudo escusar, dejándolos en lo demas con toda la estimacion que se debió á su diligencia; porque nunca fuí tan ingenioso en ageno libro, que me pareciese bastante un descuido para destruir un artífice, particularmente cuando en las primeras noticias que vinieron de las Indias, anduvo la verdad algo achacosa, y poco recatado el crédito de las relaciones: siendo cierto que donde salió verdadero un nuevo mundo, pudo abrazarse lo menos creible sin demasiada credulidad.

En cuanto al estilo que deben seguir los historiadores, consista su fábrica ó su acierto en la eleccion de las voces, ó en la colocacion de las palabras, ó en la formacion de los periodos, he deseado gobernarme por lo que observaron los autores de mayor nota, ciñéndome á los términos mas rigurosos de la lengua castellana

capaz en mi sentir de toda la propiedad que corresponde á la esencia de las cosas, y de todo el ornato que alguna vez es necesario para endulzar lo útil de la oracion.

A tres géneros de darse á entender con las palabras, reducen los eruditos el carácter ó el estilo de que se puede usar en diferentes facultades, y todos caben ó son permitidos en la historia. El humilde ó familiar, que se usa en las cartas ó en la conversacion, pertenece á la narracion de los sucesos: el moderado, que se prescribe á los oradores, se debe seguir en los razonamientos, que algunas veces se introducen para dar á entender el fundamento de las resoluciones; y el sublime ó mas elevado, que solo es peculiar á los poetas, se puede introducir con la debida moderacion en las descripciones, que son como unas pinturas ó dibujos de las provincias ó lugares donde sucedió lo que se refiere, y necesitan de algunos colores para la informacion de los ojos.

No presumo de haberme sabido entender con estas diferencias del estilo, que hay mucho que andar entre la especulacion y la práctica; pero hice mis esfuerzos para caminar sobre las mejores huellas; y confieso para confusion mia, que tuve intento de imitar á Tito Livio: inclinacion que á pocas líneas me dió con la dificultad en los ojos, y me volví naturalmente al desaliño de mis locuciones, entrando en conocimiento de que no puede haber perfecta imitacion en el estilo de los hombres; porque cada uno habla y escribe con alguna diferencia de los otros, y tiene su propio dialecto para darse á entender con no sé qué distincion que solo se conoce cuando se compara: providencia maravillosa de la naturaleza, que puso en el decir algunas señas que diferencien los sugetos, hallando cierto género de armonía en lo que importan al mundo estas y otras semejanzas.

En el estilo pues que me señaló esta gran maestra escribí la historia que sale hoy á luz, temiendo hallar esta misma desemejanza en los juicios humanos; pero cumplo como puedo con la profesion de cronista que me puso la pluma en la mano, y quedaría satisfecho con no desagradar á todos: tan lejos estoy de hacer por mi fama lo que obré por mi obligacion. Recíbanse benignamente, como necesarios á la introduccion de la historia, estos presupuestos de mi ingenuidad; y sobre todo imploro la benevolencia de los que leyeren este libro, para que me sean testigos de que no hay en él palabra ó sentencia que no vaya sujeta enteramente á la correccion de la santa iglesia católica romana, á cuyo infalible dictámen rindo mi entendimiento, confesando que pudo errar la ignorancia sin noticia de la voluntad.

# HISTORIA

DE LA

# CONQUISTA DE MÉJICO.

## LIBRO PRIMERO.

### CAPITULO PRIMERO.

**Motivos que obligan á tener por necesario que se divida en diferentes partes la historia de las Indias para que pueda comprenderse.**

Duró algunos dias en nuestra inclinacion el intento de continuar la historia general de las Indias occidentales que dejó el cronista Antonio de Herrera en el año de 1554 (1) de la reparacion humana. Y perseverando en este animoso dictámen, lo que tardó en descubrirse la dificultad, hemos leido con diligente observacion lo que antes y despues de sus Décadas escribieron de aquellos descubrimientos y conquistas diferentes plumas naturales y estrangeras; pero como las regiones de aquel nuevo mundo son tan distantes de nuestro emisferio, hallamos en los autores estrangeros grande osadía y no menor malignidad para inventar lo que quisieron contra nuestra nacion, gastando libros enteros en culpar lo que erraron algunos para deslucir lo que acertaron todos; y en los naturales poca uniformidad y concordia en la narracion de los sucesos: conociéndose en esta diversidad de noticias aquel peligro ordinario de la verdad, que suele desfigurarse cuando viene de lejos, degenerando de su ingenuidad toto aquello que se aparta de su orígen.

(1) Esta fecha está equivocada. Hasta el año 1596 no le mandó Felipe II escribir aquella historia: Felipe III dió el privilegio de impresion en 1600: la dedicatoria del autor al rey, es de 1601; y en igual año se imprimió la obra.

La obligacion de redargüir á los primeros, y el deseo de conciliar á los segundos, nos ha detenido en buscar papeles y esperar relaciones que den fundamento y razon á nuestros escritos : trabajo deslucido, pues sin dejarse ver del mundo consume oscuramente el tiempo y el cuidado; pero trabajo necesario, pues ha de salir de esta confusion y mezcla de noticias pura y sencilla la verdad, que es el alma de la historia : siendo este cuidado en los escritores semejante al de los arquitectos que amontonan primero que fabriquen, y forman despues la ejecucion de sus ideas del embrion de los materiales, sacando poco á poco de entre el polvo y la confusion de la oficina la hermosura y la proporcion del edificio.

Pero llegando á lo estrecho de la pluma con mejores noticias, hallamos en la historia general tanta multitud de cabos pendientes, que nos pareció poco menos que imposible (culpa será de nuestra comprension) el atarlos sin confundirlos. Consta la historia de las Indias de tres acciones grandes que pueden competir con las mayores que han visto los siglos : porque los hechos de Cristóbal Colon en su admirable navegacion y en las primeras empresas de aquel nuevo mundo : lo que obró Hernan Cortés con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavía en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á Francisco Pizarro, y trabajaron los que le sucedieron en sojuzgar aquel dilatadísimo imperio de la América meridional, teatro de varias tragedias y estraordinarias novedades, son tres argumentos de historias grandes, compuestas de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y al valor de los hombres. Pero en la historia general de las Indias, como se hallan mezclados entre sí los tres argumentos, y cualquiera de ellos con infinidad de empresas menores, no es fácil reducirlos al contesto de una sola narracion, ni guardar la série de los tiempos sin interrumpir y despedazar muchas veces lo principal con lo accesorio.

Quieren los maestros del arte que en las transiciones de la historia (asi llaman el paso que se hace de unos sucesos á otros) se guarde tal conformidad de las partes con el todo, que ni se haga monstruoso el cuerpo de la historia con la demasía de los miembros, ni deje de tener los que son necesarios para conseguir la hermosura de la variedad; pero deben estar, segun su doctrina, tan unidos entre sí, que ni se vean las ataduras, ni sea tanta la diferencia de las cosas, que se deje conocer la desemejanza ó sentir la confusion. Y este primor de entreteger los sucesos sin que parezcan los unos digresiones de los otros, es la mayor dificultad de los historiadores; porque si se dan muchas señas del suceso que se dejó atrasado, cuando le vuelve á recoger la narracion se incurre en el inconveniente de la repeticion y de la prolijidad; y si se dan pocas se tropieza en la obscuridad y en la desunion : vicios que se deben huir con igual cuidado porque destruyen los demas aciertos del escritor.

Ese peligro comun de todas las historias generales es mayor y casi imposible de vencer en la nuestra; porque las Indias occidentales se componen de dos monarquias muy dilatadas, y estas de infinidad de provincias y de innumerables islas, dentro de cuyos límites mandaban diferentes régulos ó caciques : unos dependientes y tributarios de los dos emperadores de Méjico y el Perú; y otros que amparados en la distancia se defendian de la sujecion. Todas estas provincias ó reinos pequeños eran diferentes conquistas con diferentes conquistadores. Traíanse entre las manos muchas empresas á un tiempo; salian á ellas diversos capitanes de mucho valor, pero de pocas señas : llevaban á su cargo unas tropas de soldados que se llamaban ejércitos y no sin alguna propiedad por lo que intentaban y por lo que conseguian : peleábase en estas espediciones con unos príncipes y en unas provincias y lugares de nombres esquisitos, no solo dificultosos á la memoria sino á la pronunciacion; de que nacia el ser frecuentes y obscuras las transiciones, y el peligrar en su abundancia la narracion : hallándose el historiador obligado á dejar y recoger muchas veces los sucesos menores, y el lector á volver sobre los que dejó pendientes, ó á tener en pesado ejercicio la memoria.

No negamos que Antonio de Herrera, escritor diligente (á quien no solo procuraremos seguir, pero querríamos imitar), trabajó con acierto una vez elegido el empeño de la historia general; pero no hallamos en sus Décadas todo aquel desahogo y claridad de que necesitan para comprenderse; ni podria dársele mayor habiendo de acudir con la pluma á tanta muchedumbre de acaecimientos, dejándolos y volviendo á ellos segun el arbitrio del tiempo y sin pisar alguna vez la línea de los años.

## CAPITULO II.

**Tócanse las razones que han obligado á escribir con separacion la historia de la América septentrional ó Nueva España.**

Nuestro intento es sacar de este laberinto y poner fuera de esta obscuridad á la historia de Nueva España para poder escribirla separadamente, franqueándola (si cupiere tanto en nuestra cortedad) de modo que en lo admirable de ella se deje hallar sin violencia la suspension, y en lo útil se logre sin desabrimiento la enseñanza. Y nos hallamos obligados á elegir este de los tres argumentos que propusimos; porque los hechos de Cristóbal Colon, y las primeras conquistas de las islas y el Darien, como no tuvieron otros sucesos en que mezclarse, están escritas con felicidad y bastante distincion en la primera y segunda Década de Antonio de Herrera; y la historia del Perú anda separada en los dos tomos que escribió Garcilaso Inga, tan puntual en las noticias y tan suave y ameno en el estilo (segun

la elegancia de su tiempo) que culparíamosde ambicioso al que intentase mejorarle, alabando mucho al que supiese imitarle para proseguirle. Pero la Nueva España, ó está sin historia que merezca este nombre, ó necesita de ponerse en defensa contra las plumas que se encargaron de su posteridad.

Escribióla primero Francisco Lopez de Gomara con poco exámen y puntualidad, porque dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oidos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverisímil, ni resistencia en lo imposible.

Siguióle en el tiempo y en alguna parte de sus noticias Antonio de Herrera, y á este Bartolomé Leonardo de Argensola, incurriendo en la misma desunion y con menor disculpa; porque nos dejó los primeros sucesos de esta conquista entretegidos y mezclados en sus Anales de Aragon, tratándolos como accesorios, y traidos de lejos al propósito de su argumento. Escribió lo mismo que halló en Antonio de Herrera con mejor carácter, pero tan interrumpido y ofuscado con la mezcla de otros acaecimientos, que se disminuye en las digresiones lo heróico del asunto, ó no se conoce su grandeza como se mira de muchas veces.

Salió despues una historia particular de Nueva España, obra póstuma de Bernal Diaz del Castillo, que sacó á luz un religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, habiéndola hallado manuscrita en la librería de un ministro grande y erudito, donde estuvo muchos años retirada, quizá por los inconvenientes que al tiempo que se imprimió se perdonaron ó no se conocieron. Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse á la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor : pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma : muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna : andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambicion; y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernan Cortés, principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible no lo que ordenaba y disponia su capitan, sino lo que murmuraban los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las demas; siendo en todas de igual peligro, que se permita el discurrir á los que nacieron para obedecer.

Por cuyos motivos nos hallamos obligados á entrar en este argumento, procurando desagraviarle de los embarazos que se encuentran en su contesto, y de las ofensas que ha padecido su verdad. Valdrémonos de los mismos autores que dejamos referidos en todo aquello que no hubiere fundamento para desviarnos de lo que escribieron; y nos serviremos de otras relaciones y papeles particulares que hemos juntado para ir formando, con eleccion desapasionada,

de lo mas fidedigno nuestra narracion, sin referir de propósito lo que se debe suponer ó se halla repetido, ni gastar el tiempo en las circunstancias menudas que, ó manchan el papel con lo indecente, ó le llenan de lo menos digno, atendiendo mas al volúmen que á la grandeza de la historia. Pero antes de llegar á lo inmediato de nuestro empeño, será bien que digamos en qué postura se hallaban las cosas de España cuando se dió principio á la conquista de aquel nuevo mundo, para que se vea su principio primero que su aumento; y sirva esta noticia de fundamento al edificio que emprendemos.

## CAPITULO III.

**Refiérense las calamidades que se padecian en España cuando se puso la mano en la conquista de Nueva España.**

Corria el año de mil y quinientos y diez y siete, digno de particular memoria en esta monarquía, no menos por sus turbaciones, que por sus felicidades. Hallábase á la sazon España combatida por todas partes de tumultos, discordias y parcialidades, congojada su quietud con los males internos que amenazaban su ruina; y durando en su fidelidad, mas como reprimida de su propia obligacion, que como enfrenada y obediente á las riendas del gobierno; y al mismo tiempo se andaba disponiendo en las Indias occidentales su mayor prosperidad con el descubrimiento de otra Nueva España, en que no solo se dilatasen sus términos, sino se renovase y duplicase su nombre: asi juegan con el mundo la fortuna y el tiempo; y asi se suceden ó se mezclan con perpétua alteracion los bienes y los males.

Murió en los principios del año antecedente el rey don Fernando el Católico; y desvaneciendo con la falta de su artífice las líneas que tenia tiradas para la conservacion y acrecentamiento de sus estados, se fue conociendo poco á poco en la turbacion, y desconcierto de las cosas públicas la gran pérdida que hicieron estos reinos; al modo que suele rastrearse por el tamaño de los efectos la grandeza de las causas.

Quedó la suma del gobierno á cargo del cardenal arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jimenez de Cisneros, varon de espíritu resuelto, de superior capacidad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente y sufrido: juntándose en él sin embarazarse con su diversidad, estas virtudes morales y aquellos atributos heróicos; pero tan amigo de los aciertos, y tan activo en la justificacion de sus dictámenes, que perdia muchas veces lo conveniente por esforzar lo mejor; y no bastaba su celo á corregir los ánimos inquietos tanto como á irritarlos su integridad.

La reina doña Juana, hija de los reyes don Fernando y doña Isabel, á quien tocaba legítimamente la sucesion del reino, se hallaba en Tordesillas, retirada de la comunicacion humana, por

aquel accidente lastimoso que destempló la armonía de su entendimiento; y del sobrado aprender, la trujo á no discurrir, ó á discurrir desconcertadamente en lo que aprendia.

El príncipe don Cárlos, primero de este nombre en España, y quinto en el imperio de Alemania, á quien anticipó la corona el impedimento de su madre, residia en Flandes; y su poca edad, que no llegaba á los diez y siete años, el no haberse criado en estos reinos, y las noticias que en ellos habia de cuán apoderados estaban los ministros flamencos de la primera inclinacion de su adolescencia, eran unas circunstancias melancólicas que le hacian poco deseado aun de los que le esperaban como necesario.

El infante don Fernando, su hermano, se hallaba, aunque de menos años, no sin alguna madurez, desabrido de que el rey don Fernando su abuelo no le dejase en su último testamento nombrado por principal gobernador de estos reinos, como lo estuvo en el antecedente que se otorgó en Burgos; y aunque se esforzaba á contenerse dentro de su propia obligacion, ponderaba muchas veces y oia ponderar lo mismo á los que le asistian, que el no nombrarle pudiera pasar por disfavor hecho á su poca edad, pero que el escluirle despues de nombrado, era otro género de inconfidencia que tocaba en ofensa de su persona y dignidad: con que se vino á declarar por mal satisfecho del nuevo gobierno; siendo sumamente peligroso para descontento, porque andaban los ánimos inquietos, y por su afabilidad, y ser nacido y criado en Castilla, tenia de su parte la inclinacion del pueblo, que, dado el caso de la turbacion, como se recelaba, le habia de seguir, sirviéndose para sus violencias del movimiento natural.

Sobrevino á este embarazo otro de no menor cuerpo en la estimacion del cardenal; porque el dean de Lobaina Adriano Florencio, que fue despues sumo Pontífice, sesto de este nombre, habia venido desde Flandes con título y apariencias de embajador al rey don Fernando; y luego que sucedió su muerte, manifestó los poderes que tenia ocultos del príncipe don Cárlos, para que en llegando este caso tomase posesion del reino en su nombre, y se encargase de su gobierno; de que resultó una controversia muy reñida, sobre si este poder habia de prevalecer y ser de mejor calidad que el que tenia el cardenal. En cuyo punto discurrian los políticos de aquel tiempo con poco recato, y no sin alguna irreverencia, vistiéndose en todos el discurso de el color de la intencion. Decian los apasionados de la novedad que el cardenal era gobernador nombrado por otro gobernador; pues el rey don Fernando solo tenia este título en Castilla despues que murió la reina doña Isabel. Replicaban otros de no menor atrevimiento, porque caminaban á la esclusion de entrambos, que el nombramiento de Adriano padecia el mismo defecto; porque el príncipe don Cárlos, aunque estaba asistido de la prerogativa de heredero del reino, solo podia viviendo la reina doña Juana su madre, usar de la facultad de goberna-

dor, de la misma suerte que la tuvo su abuelo: con que dejaban á los dos príncipes incapaces de poder comunicar á sus magistrados aquella suprema potestad que falta en el gobernador, por ser inseparable de la persona del rey.

Pero reconociendo los dos gobernadores que estas disputas se iban encendiendo con ofensa de la magestad y de su misma jurisdiccion, trataron de unirse en el gobierno: sana determinacion si se conformáran los genios; pero discordaban ó se compadecian mal la entereza del cardenal con la mansedumbre de Adriano: inclinado el uno á no sufrir compañero en sus resoluciones, y acompañándolas el otro con poca actividad y sin noticia de las leyes y costumbres de la nacion. Produjo este imperio dividido la misma division en los súbditos; con que andaba parcial la obediencia y desunido el poder, obrando esta diferencia de impulsos en la república lo que obrarian en la nave dos timones, que aun en tiempo de bonanza formarian de su propio movimiento la tempestad.

Conociéronse muy presto los efectos de esta mala constitucion, destemplándose enteramente los humores mal corregidos de que abundaba la república. Mandó el cardenal (y necesitó de poca persuasion para que viniese en ello su compañero) que se armasen las ciudades y villas del reino, y que cada una tuviese alistada su milicia, ejercitando la gente en el manejo de las armas y en la obediencia de sus cabos; para cuyo fin señaló sueldos á los capitanes, y concedió exenciones á los soldados. Dicen unos que miró á su propia seguridad, y otros que á tener un nervio de gente con que reprimir el orgullo de los grandes: pero la esperiencia mostró brevemente que en aquella sazon no era conveniente este movimiento, porque los grandes y señores heredados (brazo dificultoso de moderar en tiempos tan revueltos) se dieron por ofendidos de que se armasen los pueblos, creyendo que no carecia de algun fundamento la voz que habia corrido de que los gobernadores querian examinar con esta fuerza reservada el orígen de sus señoríos y el fundamento de sus alcabalas. Y en los mismos pueblos se experimentaron diferentes efectos, porque algunas ciudades alistaron su gente, hicieron sus alardes, y formaron su escuela militar: pero en otras se miraron estos remedos de la guerra como pension de la libertad y como peligros de la paz, siendo en unas y otras igual el inconveniente de la novedad; porque las ciudades que se dispusieron á obedecer, supieron la fuerza que tenian para resistir; y las que resistieron se hallaron con la que habian menester, para llevarse tras sí á las obedientes y ponerlo todo en confusion.

## CAPITULO IV.

**Estado en que se hallaban los reinos distantes y las islas de la América que ya se llamaban Indias occidentales.**

No padecian á este tiempo menos que Castilla los demas dominios de la corona de España, donde apenas hubo piedra que no se moviese, ni parte donde no se temiese con alguna razon el desconcierto de todo el edificio.

Andalucía se hallaba oprimida y asustada con la guerra civil que ocasionó don Pedro Giron, hijo del conde de Ureña, para ocupar los estados del duque de Medina Sidonia, cuya sucesion pretendia por doña Mencía de Guzman su muger; poniendo en el juicio de las armas la interpretacion de su derecho, y autorizando la violencia con el nombre de la justicia.

En Navarra se volvieron á encender impetuosamente aquellas dos parcialidades beamontesa y agramontesa, que hicieron insigne su nombre á costa de su patria. Los beamonteses, que seguian la voz del rey de Castilla, trataban como defensa de la razon la ofensa de sus enemigos. Y los agramonteses, que, muerto Juan de Labrit y la reina doña Catalina, aclamaban al príncipe de Bearne su hijo, fundaban su atrevimiento en las amenazas de Francia; siendo unos y otros dificultosos de reducir, porque andaba en ambos partidos el odio envuelto en apariencias de fidelidad; y mal colocado el nombre del rey, servia de pretexto á la venganza y á la sedicion.

En Aragon se movieron cuestiones poco seguras sobre el gobierno de la corona, que por el testamento del rey don Fernando quedó encargado al arzobispo de Zaragoza don Alfonso de Aragon su hijo, á quien se opuso, no sin alguna tenacidad, el justicia don Juan de Lanuza, con dictámen, ó verdadero ó afectado, de que no convenia para la quietud de aquel reino que residiese la potestad absoluta, en persona de tan altos pensamientos : de cuyo principio resultaron otras disputas, que corrian entre los nobles como sutilezas de la fidelidad, y pasando á la rudeza del pueblo, se convirtieron en peligros de la obediencia y de la sujecion.

Cataluña y Valencia se abrasaban en la natural inclemencia de sus bandos; que no contentos con la jurisdiccion de la campaña, se apoderaban de los pueblos menores, y se hacian temer de las ciudades, con tal insolencia y seguridad, que turbado el órden de la república se escondian los magistrados, y se celebraba la atrocidad tratándose como hazañas los delitos, y como fama la miserable posteridad de los delincuentes.

En Nápoles se oyeron con aplauso las primeras aclamaciones de la reina doña Juana y el príncipe don Cárlos; pero entre ellas mismas se esparció una voz sediciosa de incierto orígen, aunque de conocida malignidad.

Decíase que el rey don Fernando dejaba nombrado por heredero de aquel reino al duque de Calabria, detenido entonces en el castillo de Játiva. Y esta voz que se desestimó dignamente á los principios, bajó como despreciada á los oidos del vulgo, donde corrió algunos dias con recato de murmuracion, hasta que tomando cuerpo en el misterio con que se fomentaba, vino á romper en alarido popular y en tumulto declarado, que puso en congoja mas que vulgar á la nobleza, y á todos los que tenian la parte de la razon y de la verdad.

En Sicilia tambien tomó el pueblo las armas contra el virey don Hugo de Moncada con tanto arrojamiento, que le obligó á dejar el reino en manos de la plebe, cuyas inquietudes llegaron á echar mas hondas raices que las de Nápoles, porque las fomentaban algunos nobles, tomando por pretesto el bien público, que es el primer sobrescrito de las sediciones, y por instrumento al pueblo, para ejecutar sus venganzas, y pasar con el pensamiento á los mayores precipicios de la ambicion.

No por distantes se libraron las Indias de la mala constitucion del tiempo, que á fuer de influencia universal alcanzó tambien á las partes mas remotas de la monarquía. Reducíase entonces todo lo conquistado de aquel nuevo mundo á las cuatro islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico y Jamaica, y á una pequeña parte de tierra firme que se habia poblado en el Darien, á la entrada del golfo de Urába, de cuyos términos constaba lo que se comprendia en este nombre de las Indias occidentales. Llamáronlas así los primeros conquistadores, solo porque se parecian aquellas regiones en la riqueza y en la distancia á las orientales que tomaron este nombre del rio Indo que las baña. Lo demas de aquel imperio consistia no tanto en la verdad, como en las esperanzas que se habian concebido de diferentes descubrimientos y entradas que hicieron nuestros capitanes con varios sucesos, y con mayor peligro que utilidad : pero en aquello poco que se poseía, estaba tan olvidado el valor de los primeros conquistadores, y tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputacion : dos frenos sin cuyas riendas queda el hombre á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos mas enemigos del hombre. Ya solo venian de aquellas partes lamentos y querellas de lo que allí se padecia : el celo de la religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interés y al antojo de los particulares (1), y al mismo paso se iban

(1) La idea que dá Solís del estado de abandono y aun de corrupcion á que habian venido á parar los encargados de la educacion moral y religiosa de los indios en las islas á causa de la relajacion de costumbres que lleva consigo la guerra, duró mucho tiempo, dando ocasion á que personas verdaderamente piadosas y justas elevasen fuertes reclamaciones al Rey, á fin de que pusiera coto á tan grave mal. Es muy notable lo que sobre el particular escribia Hernan Cortés á Cárlos V despues de la conquista; y en verdad que sus palabras, sobre hacer mucho honor á la

acabando aquellos pobres indios que gemian debajo del peso, anhelando por el oro para la avaricia agena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.

Pusieron en gran cuidado estos desórdenes al rey don Fernando,

rectitud de su juicio, demuestran de un modo indudable que fue sin disputa el capitan mas noble, discreto y justo de cuantos tuvieron parte en la conquista de las vastas regiones americanas. He aquí como se expresa. «...E porque con los dichos » procuradores Antonio de Quiñones, y Alonso Dávila, los concejos de las villas » de esta Nueva España, y yó, embiamos á suplicar á Vuestra Magestad mandasse » proveer de Obispos, ó otros prelados, para la administracion de los Oficios y » Culto Divino; y entonces pareciónos, que asi convenia: y agora mirándolo bien, » hame parecido, que Vuestra Sacra Magestad los debe mandar proveer de otra » manera, para que los Naturales de estas partes mas aina se conviertan, y puedan » ser instruidos en las cosas de nuestra Santa Fé Católica: y la manera, que á mí, » en este caso me parece que se debe tener: es, que Vuestra Sacra Magestad mande » que vengan á estas partes muchas Personas Relijiosas, como ya he dicho, y muy » celosas de este fin de la conversion de estas Gentes: y que de estos se hagan Casas » y Monasterios, por las Provincias, que acá nos pareciere, que convienen, y que á » estas se les dé de los Diezmos para hacer sus Casas, y sostener sus vidas, y lo » demas que restare de ellos, sea para las Iglesias, y Ornamentos de los pueblos, » donde estuvieren los Españoles, y para Clérigos, que las sirvan; y que estos » Diezmos los cobren los Oficiales de Vuestra Magestad, y tengan cuenta, y razon » de ellos, y provean de ellos á los dichos Monasterios, y Iglesias, que bastará » para todo, y aun sobra harto, de que Vuestra Magestad se puede servir. Y » que Vuestra Alteza suplique á su Santidad, conceda á Vuestra Magestad los » Diezmos de estas partes, para este efecto, haciéndole entender el Servicio, que á » Dios Nuestro Señor se hace, en que esta Gente se convierta, y que esto no se » podria hacer, sino por esta via; porque habiendo Obispos, y otros Prelados, no » dejarian de seguir la costumbre, que por nuestros pecados hoy tienen, en dis- » poner de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas, y en otros vicios: » en dejar Mayorazgos á sus Hijos ó Parientes: ó aun seria otro mayor mal, que » como los Naturales de estas partes tenian en sus tiempos Personas Relijiosas, » que entendian en sus Ritos, y Ceremonias, y estos eran tan recogidos, así en » honestidad, como en castidad, que si alguna cosa fuera de esto, á alguno se le » sentía, era punido con pena de muerte. E si agora viessen las cosas de la Iglesia, » y servicio de Dios, en poder de los Canónigos ó otras Dignidades; y supiesen que » aquellos eran Ministros de Dios, y los viesen usar de los vicios, y profanidades, » que agora en nuestros tiempos en esos Reinos usan, seria menospreciar nuestra » Fé, y tenerla por cosa de burla: y seria tan gran daño, que no creo aprovecharia » ninguna otra predicacion, que se les hiciese: » etc.

Este párrafo no solo corrobora lo dicho por Solís, sino que hace formar tristísima idea de la relajacion de la disciplina eclesiástica en aquella época. Y tal era el temor de Cortés á las livianas costumbres del alto clero, que en la misma carta propone al Emperador impetre del Papa el permiso para que los generales ó provinciales de las órdenes religiosas que allí se establecieren, pudieran dar órdenes, bendecir Iglesias y ornamentos, oleo y crisma, á fin de excusarse los obispos.

No es menos notable la disposicion propuesta por Cortés de que los diezmos se recaudasen y administrasen por el estado; reservándose el sobrante para las necesidades públicas, despues de cubiertas las indispensables de culto y clero, con el objeto de evitar que sirviesen en manos de este á la disipacion y los vicios que ocasiona la riqueza. Muchos de los males denunciados por Cortés se remediaron con las disposiciones canónicas del concilio de Trento: desde entonces ha sido mas severa la disciplina eclesiástica, si bien no tanto como lo exije la pureza de costumbres que debe brillar en los predicadores del Evangelio.

y particularmente la defensa y conversion de los indios, que fue siempre la principal atencion de nuestros reyes; para cuyo fin formó instrucciones, promulgó leyes y aplicó diferentes medios que perdian la fuerza en la distancia; al modo que la flecha se deja caer á vista del blanco, cuando se aparta sobradamente del brazo que la encamina. Pero sobreviniendo la muerte del rey antes que se lograse el fruto de sus diligencias, entró el cardenal con grandes veras en la sucesion de este cuidado, deseando poner de una vez en razon aquel gobierno; para cuyo efecto se valió de cuatro religiosos graves de la órden de San Gerónimo, enviándolos con título de visitadores; y de un ministro de su eleccion que los acompañase, con despachos de juez de residencia, para que unidas estas dos jurisdicciones lo comprendiesen todo: pero apenas llegaron á las islas, cuando hallaron desarmada toda la severidad de sus instrucciones, con la diferencia que hay entre la práctica y la especulacion; y obraron poco mas que conocer y esperimentar el daño de aquella república, poniéndose de peor condicion la enfermedad con la poca eficacia del remedio.

## CAPITULO V.

**Cesan las calamidades de la monarquía con la venida del rey don Cárlos: dáse principio en este tiempo á la conquista de Nueva España.**

Este estado tenian las cosas de la monarquía cuando entró en la posesion de ella el rey don Cárlos, que llegó á España por setiembre de este año: con cuya venida empezó á serenar la tempestad y se fue poco á poco introduciendo el sosiego, como influido de la presencia del rey, sea por virtud oculta de la corona, ó porque asiste Dios con igual providencia tanto á la magestad del que gobierna, como á la obligacion ó al temor natural del que obedece. Sintiéronse los primeros efectos de esta felicidad en Castilla, cuya quietud se fue comunicando á los demas reinos de España, y pasó á los dominios de afuera, como suele en el cuerpo humano distribuirse el calor natural, saliendo del corazon en beneficio de los miembros mas distantes. Llegaron brevemente á las islas de la América las influencias del nuevo rey, obrando en ellas su nombre tanto como en España su presencia. Dispusiéronse los ánimos á mayores empresas, creció el esfuerzo en los soldados, y se puso la mano en las primeras operaciones que precedieron á la conquista de Nueva España, cuyo imperio tenia el cielo destinado para engrandecer los principios de este augusto monarca.

Gobernaba entonces la isla de Cuba el capitan Diego Velazquez, que pasó á ella como teniente del segundo almirante de las Indias don Diego Colon, con tan buena fortuna que se le debió toda su conquista y la mayor parte de su poblacion. Habia en aquella isla (por

ser la mas occidental de las descubiertas, y mas vecina al continente de la América septentrional) grandes noticias de otras tierras no muy distantes, que se dudaba si eran islas; pero se hablaba en sus riquezas con la misma certidumbre que si se hubieran visto, fuese por lo que prometian las esperiencias de lo descubierto hasta entonces, ó por lo poco que tienen que andar las prosperidades en nuestra aprension para pasar de imaginadas á creidas.

Creció por este tiempo la noticia y la opinion de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acompañaron á Francisco Fernandez de Córdoba en el descubrimiento de Yucatan, península situada en los confines de Nueva España, y aunque fue poco dichosa esta jornada, y no se pudo lograr entonces la conquista porque murieron valerosamente en ella el capitan y la mayor parte de su gente, se logró por lo menos la evidencia de aquellas regiones; y los soldados que iban llegando á esta sazon, aunque heridos y derrotados, traian tan poco escarmentado el valor, que entre los mismos encarecimientos de lo que habian padecido se les conocia el ánimo de volver á la empresa, y le infundian en los demas españoles de la isla, no tanto con la voz y con el ejemplo, como con mostrar algunas joyuelas de oro que traian de la tierra descubierta, bajo de ley y en corta cantidad; pero de tan crecidos quilates en la ponderacion y en el aplauso, que se empezaron todos á prometer grandes riquezas de aquella conquista, volviendo á levantar sus fábricas la imaginacion, fundadas ya sobre esta verdad de los ojos.

Algunos escritores no quieren pasar este primer oro ó metal con mezcla del que vino entonces de Yucatan: fúndanse en que no le hay en aquella provincia, ó en lo poco que es menester para contradecir á quien no se defiende. Nosotros seguimos á los que escriben lo que vieron, sin hallar gran dificultad en que pudiese venir el oro de otra parte á Yucatan, pues no es lo mismo producirle que tenerle. Y el no haberse hallado, segun lo refieren, sino en los adoratorios de aquellos indios, es circunstancia que da á entender que le estimaban como esquisito, pues le aplicaban solamente al culto de sus dioses y á los instrumentos de su adoracion.

Viendo pues Diego Velazquez tan bien acreditado con todos el nombre de Yucatan, empezó á entrar en pensamientos de mayor gerarquía, como quien se hallaba embarazado con reconocer por superior en aquel gobierno al almirante Diego Colon: dependencia que consistia ya mas en el nombre que en la sustancia; pero que á vista de su condicion y de sus buenos sucesos le hacia interior disonancia, y tenia como desairada su felicidad. Trató con este fin de que se volviese á intentar aquel descubrimiento; y concibiendo nuevas esperanzas del fervor con que se le ofrecian los soldados, se publicó la jornada, se alistó la gente, y se previnieron tres bajeles y un bergantin con todo lo necesario para la faccion y para el sustento de la gente. Nombró por cabo principal de la empresa á Juan de Grijalva, pariente suyo, y por capitanes á Pedro de Alvarado, Fran-

cisco Montejo y Alonso Dávila, sugetos de calidad conocida, y mas conocidos en aquellas islas por su valor y proceder: segunda y mayor nobleza de los hombres. Pero aunque se juntaron con facilidad hasta doscientos y cincuenta soldados incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y andaban todos solícitos contra la dilacion, procurando tener parte en adelantar el viage, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de abril del año siguiente de mil y quinientos y diez y ocho.

Iban con ánimo de seguir la misma derrota de la jornada antecedente; pero decayendo algunos grados por el impulso de las corrientes, dieron en la isla de Cozumel, primer descubrimiento de este viage, donde se repararon sin contradiccion de los naturales. Y volviendo á su navegacion cobraron el rumbo, y se hallaron en pocos dias á la vista de Yucatan; en cuya demanda doblaron la punta de Cotoche por lo mas oriental de aquella provincia, y dando las proas al Poniente, y el costado izquierdo á la tierra, la fueron costeando hasta que arribaron al parage de Potonchan, ó Champoton, donde fue desbaratado Francisco Fernandez de Córdoba, cuya venganza aun mas que su necesidad los obligó á saltar en tierra; y dejando vencidos y amedrentados aquellos indios, determinaron seguir su descubrimiento.

Navegaron de comun acuerdo la vuelta del Poniente sin apartarse de la tierra mas de lo que hubieron menester para no peligrar en ella, y fueron descubriendo en una costa muy dilatada y al parecer deliciosa, diferentes poblaciones con edificios de piedra, que hicieron novedad, y que á vista del alborozo con que se iban observando parecian grandes ciudades. Señalábanse con la mano las torres y capiteles que se fingian con el deseo, creciendo esta vez los objetos en la distancia; y porque alguno de los soldados dijo entonces que aquella tierra era semejante á la de España, agradó tanto á los oyentes esta comparacion, y quedó tan impresa en la memoria de todos, que no se halla otro principio de haber quedado aquellas regiones con el nombre de Nueva España: palabras dichas casualmente con fortuna de repetidas, sin que se halle la propiedad ó la gracia de que se valieron para cautivar la memoria de los hombres (1).

## CAPITULO VI.

**Entrada que hizo Juan de Grijalva en el rio de Tabasco, sucesos della.**

Siguieron la costa nuestros bajeles hasta llegar al parage donde se derrama por dos bocas en el mar el rio Tabasco, uno de los nave-

(1) Hernan Cortés en su carta de 30 de octubre de 1520, dirijida al Rey, supone ser él quien puso á aquel pais el nombre de Nueva España; y pide al monarca apruebe esa denominacion.

gables que dan el tributo de sus aguas al golfo mejicano. Llamóse desde aquel descubrimiento rio de Grijalva; pero dejó su nombre á la provincia que baña su corriente, situada en el principio de Nueva España, entre Yucatan y Guazacoalco. Descubríanse por aquella parte grandes arboledas y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable resolvió Juan de Grijalva, con aplauso de los suyos, entrar por el rio á reconocer la tierra, y hallando con la sonda en la mano, que solo podia servirse para este intento de los dos navios menores, embarcó en ellos la gente de guerra, y dejó sobre las áncoras con parte de la marinería los otros dos bajeles.

Empezaban á vencer no sin dificultad el impulso de la corriente, cuando reconocieron á poca distancia considerable número de canoas guarnecidas de indios armados, y en la tierra algunas cuadrillas inquietas que al parecer intimaban la guerra, y con las voces y los movimientos que ya se distinguian, daban á entender la dificultad de la entrada: ademanes que suele producir el temor en los que desean apertar el peligro con la amenaza. Pero los nuestros, enseñados á mayores intentos, se fueron acercando en buena órden hasta ponerse en parage de ofender y ser ofendidos. Mandó el general que ninguno disparase ni hiciese demostracion que no fuese pacífica; y á ellos les debió de ordenar lo mismo su admiracion, porque estrañando la fábrica de las naves, y la diferencia de los hombres y de los trages, quedaron sin movimiento, impedidas violentamente las manos en la suspension natural de los ojos. Sirvióse Juan de Grijalva de esta oportuna y casual diversion del enemigo para saltar en terra: siguióle parte de su gente con mas diligencia que peligro: púsola en escuadron, arbolóse la bandera real, y echas aquellas ordinarias solemnidades, que siendo poco mas que ceremonias se llamaban actos de posesion, trató de que entendiesen aquellos indios que venia de paz y sin ánimo de ofenderlos. Llevaron este mensage dos indios muchachos que se hicieron prisioneros en la primera entrada de Yucatan, y tomaron en el bautismo los nombres de Julian y Melchor. Entendian aquella lengua de Tabasco por ser semejante á la de su patria, y habian aprendido la nuestra, de manera que se daban á entender con alguna dificultad; pero donde se hablaba por señas se tenia por elocuencia su corta esplicacion.

Resultó de esta embajada el acercarse con recatada osadía hasta treinta indios en cuatro canoas. Eran las canoas unas embarcaciones que formaban de los troncos de sus árboles, labrando en ellos el vaso y la quilla con tal disposicion, que cada tronco era un bajel, y los habia capaces de quince y de veinte hombres: tal es la corpulencia de aquellos árboles, y tal la fecundidad de la tierra que los produce. Saludáronse unos y otros cortesmente, y Juan de Grijalva, despues de asegurarlos con algunas dádivas, les hizo un breve razonamiento, dándoles á entender por medio de sus intér-

pretes como él y todos aquellos soldados eran vasallos de un poderoso monarca, que tenia su imperio donde sale el sol, en cuyo nombre venian á ofrecerles la paz y grandes felicidades si trataban de reducirse á su obediencia. Oyeron esta proposicion con señales de atencion desabrida; y no es de omitir la natural discrecion de uno de aquellos bárbaros que poniendo silencio á los demas, respondió á Grijalva con entereza y resolucion : « que no le parecia » buen género de paz la que se queria introducir, envuelta en la » sujecion y en el vasallage; ni podia dejar de estrañar como cosa » intempestiva el hablarles en nuevo señor hasta saber si estaban » descontentos con el que tenian; pero que en el punto de la paz » ó la guerra, pues allí no habia otro en qué discurrir, hablarian » con sus mayores y volverian con la respuesta. »

Despidiéronse con esta resolucion, y quedaron los nuestros igualmente admirados que cuidadosos; mezclándose el gusto de haber hallado indios de mas razon y mejor discurso con la imaginacion de que serian mas dificultosos de vencer, pues sabrian pelear los que discurrir; ó por lo menos se debia temer otro género de valor en otro género de entendimiento : siendo cierto que en la guerra pelea mas la cabeza que las manos. Pero estas consideraciones del peligro en que discurrian variamente los capitanes y los soldados, pasaban como avisos de la prudencia que ó no tocaban ó tocaban poco en la region del ánimo. Desengañáronse brevemente, porque volvieron los mismos indios con señales de paz, diciendo: « que sus caciques la admitian, no porque temiesen » la guerra, ni porque fuesen tan fáciles de vencer como los de » Yucatan (1) (cuyo suceso habia llegado ya á su noticia), sino » porque dejando los nuestros en su arbitrio la paz ó la guerra, se » hallaban obligados á elegir lo mejor. » Y en señas de la nueva amistad que venian á establecer, trajeron un regalo abundante de bastimentos y frutos de la tierra. Llegó poco despues el cacique principal con moderado acompañamiento de gente desarmada, dando á entender la confianza que hacia de sus huéspedes, y que venia seguro en su propia sinceridad. Recibióle Grijalva con demostraciones de agrado y cortesía; y él correspondió con otro género de sumisiones á su modo en que no dejaba de reconocerse alguna gravedad afectada ó verdadera; y despues de los primeros cumplimientos, mandó que llegasen sus criados con otro presente que traian de diversas alhajas de mas artificio que valor, plumages de varios colores, ropas sutiles de algodon, y algunas figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó for-

(1) Cuando los españoles llegaron por primera vez á la península que lleva ese nombre, preguntaron á los indios como se llamaba aquella tierra, y los naturales contestaron *Matan cauyi athán*, que significa, *no entiendo lo que dices:* los españoles contrayendo esa frase pronunciaron *Yucatan;* y creyendo que ese era nombre de aquella península, se le han conservado hasta el dia.

madas de madera primorosamente con engastes y láminas de oro sobrepuesto. Y sin esperar el agradecimiento de Grijalva, le dió á entender el cacique por medio de los intérpretes : « que su fin era » la paz, y el intento de aquel regalo despedir á los huéspedes para » poder mantenerla. » Respondióle ; « que hacia toda estimacion » de su liberalidad, y que su ánimo era pasar adelante sin detenerse » ni hacerles disgusto » : resolucion á que se hallába inclinado, parte por corresponder generosamente á la confianza y buen término de aquella gente, y parte por la conveniencia de tener retirada, y dejar amigos á las espaldas para cualquier accidente que se le ofreciesen; y así se despidió y volvió á embarcar, regalando primero al cacique y á sus criados con algunas bujerías de Castilla, que siendo de cortísimo valor llevaban el precio en la novedad : menos lo estrañarán hoy los españoles hechos á comprar como diamantes los vidrios estrangeros.

Antonio de Herrera y los que le siguen, ó los que escribieron despues, afirman que este cacique presentó á Grijalva unas armas de oro fino con todas las piezas de que se compone un cumplido arnés que le armó con ellas diestramente, y que le vinieron tan bien como si se hubieran hecho á su medida; circunstancias notables para omitidas por los autores mas antiguos. Pudo tomarlo de Francisco Lopez de Gomara, á quien suele refutar en otras noticias; pero Bernal Diaz del Castillo que se halló presente, y Gonzalo Fernandez de Oviedo, que escribió por aquel tiempo en la isla de Santo Domingo, no hacen mencion de estas armas, refiriendo menudamente todas las alhajas que se trajeron de Tabasco. Quede á discrecion del lector la fé que se debe á estos autores, y séanos permitido el referirlo sin hacer desvío á la razon de dudarlo.

## CAPITULO VII.

**Prosigue Juan de Grijalva su navegacion, y entra en el rio de Banderas, donde se halló la primer noticia del rey de Méjico Motezuma.**

Prosiguieron su viage Grijalva y sus compañeros por la misma derrota, descubriendo nuevas tierras y poblaciones sin suceso memorable, hasta que llegaron á un rio que llamaron de Banderas, porque en su márgen y por la costa vecina á él andaban muchos indios con banderas blancas pendientes de sus astas; y en el modo de tremolarlas, acompañado con las señas, voces y movimientos que se distinguian, daban á entender que estaban de paz, y que llamaban al parecer mas que despedian á los pasageros. Ordenó Grijalva que el capitan Francisco de Montejo se adelantase con alguna gente repartida en dos bajeles, para reconocer la entrada y examinar el intento de aquellos indios; el cual hallando buen surgidero, y poco que recelar en el modo de la gente, avisó á los demas que podian acercarse. Desembarcaron todos, y fueron reci-

bidos con grande admiracion y agasajo de los indios; entre cuyo numeroso concurso se adelantaron tres, que en el adorno parecian los principales de la tierra; y deteniéndose lo que hubieron menester para observar en el respeto de los otros cual era el superior, se fueron derechos á Grijalva haciéndole grandes reverencias, y él los recibió con igual demostracion. No entendian aquella lengua nuestros intérpretes, y así se redujeron los cumplimientos á señas de urbanidad, ayudadas con algunas palabras de mas sonido que significacion.

Ofrecióse luego á la vista un banquete que tenian prevenido de mucha diferencia de manjares, puestos ó arrojados sobre algunas esteras de palma que ocupaban las sombras de los árboles : rústica y desaliñada opulencia; pero nada ingrata al apetito de los soldados: despues de cuyo refresco mandaron los tres indios á su gente que manifestase algunas piezas de oro que tenian reservadas; y en el modo de mostrarlas y de tenerlas se conoció que no trataban de presentarlas, sino de comprar con ellas la mercadería de nuestras naves, cuya fama habia llegado ya á su noticia. Pusiéronse luego en feria aquellas sartas de vidrio, peines, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquimia, que en aquella tierra podian llamarse joyas de mucho precio; pues el engaño con que se codiciaban era ya verdad en lo que valian. Fuéronse trocando estas bujerías á diferentes alhajas y preseas de oro no de muchos quilates, pero en tanta abundancia, que en seis dias que se detuvieron aquí los españoles, importaron los rescates mas de quince mil pesos.

No sabemos con qué propiedad se dió el nombre de rescates á este género de permutaciones, ni por qué se llamó rescatado el oro que en la verdad pasaba á mayor cautiverio, y estaba con mas libertad donde le estimaban menos; pero usarémos de este mismo término por hallarle introducido en nuestras historias, y primero en las de la India oriental; puesto que en los modos de hablar con que se esplican las cosas, no se debe buscar tanto la razon como el uso : que segun el sentir de Horacio, es árbitro legítimo de los aciertos de la lengua, y pone ó quita como quiere aquella congruencia que halla el oido entre las voces y lo que significan.

Viendo pues Juan de Grijalva que habian cesado ya los rescates, y que las naves estaban con algun peligro descubiertas á la travesía de los nortes, se despidió de aquella gente, dejándola gustosa y agradecida; y trató de volver á su descubrimiento, llevando entendido, á fuerza de preguntas y señas, que aquellos tres indios principales eran súbditos de un monarca que llamaban Motezuma (1); que las tierras en que dominaba eran muchas y muy abundantes

(1) Hernan Cortés equivoca frecuentemente los nombres americanos por no saberlos escribir; pero respecto del nombre de Motezuma á quien él llama *Muctezuma*, debe dársele crédito; por el mucho tiempo que estuvo á su lado y la proporcion de oir pronunciar diariamente el nombre de aquel príncipe.

de oro y de otras riquezas, y que habian venido de órden suya á examinar pacíficamente el intento de nuestra gente, cuya vecindad le tenia al parecer cuidadoso. A otras noticias se alargaron los escritores; pero no parece posible que se adquiriesen entonces, ni fue poco percibir esto, donde se hablaba con las manos y se entendia con los ojos, que usurpaban necesariamente el oficio de la lengua y de los oidos.

Prosiguieron su navegacion sin perder la tierra de vista; y dejando atrás dos ó tres islas de poco nombre, hicieron pie en una que llamaron de Sacrificios; porque entrando á reconocer unos edificios de cal y canto que sobresalian á los demas, hallaron en ellos diferentes ídolos de horrible figura, y mas horrible culto; pues cerca de las gradas donde estaban colocados habia seis ó siete cadáveres de hombres recien sacrificados hechos pedazos y abiertas las entrañas; miserable espectáculo que dejó á nuestra gente suspensa y atemorizada, vacilando entre contrarios afectos, pues se compadecia el corazon de lo que se irritaba el entendimiento.

Detuviéronse poco en esta isla, porque los habitadores de ella andaban amedrentados; con que no rendian considerable fruto los rescates; y asi pasaron á otra que estaba poco apartada de la tierra firme, y en tal disposicion, que entre ella y la costa se halló parage capaz y abrigado para la seguridad de las naves. Llamáronla isla de San Juan por haber llegado á ella dia del Bautista, y por tener su nombre el general, en que andaria la devocion mezclada con la lisonja; y un indio que señalando con la mano hácia la tierra firme, y dando á entender que la nombraba, repetia mal pronunciada la voz *culúa*, *culúa* (1), dió la ocasion del sobrenombre con que la diferenciaron de San Juan de Puerto-Rico, llamándola San Juan de Ulúa, isla pequeña de mas arena que terreno; cuya campaña tenia sobre las aguas tan moderada superioridad, que algunas veces se dejaba dominar de las inundaciones del mar; pero de estos humildes principios pasó despues á ser el puerto mas frecuentado y mas insigne de la Nueva España en todo lo que mira al mar del Norte.

Aquí se detuvieron algunos dias, porque los indios de la tierra cercana acudian con algunas piezas de oro, creyendo que engañaban con trocarle á cuentas de vidrio. Y viendo Juan de Grijalva que su instruccion era limitada, para que solo descubriese y rescatase sin hacer problacion, cuyo intento se le prohibia expresamente, trató de dar cuenta á Diego Velazquez de las grandes tierras que habia descubierto, para que en caso de resolver que se poblase en ellas le enviase la órden, y le socorriese con alguna gente y otros pertrechos de que necesitaba. Despachó con esta noticia al capitan Pedro

(1) Los indios querian dar á entender con esa palabra que aquella era una provincia de *Culhúa*, ó sea dependiente del imperio mejicano, llamado entonces de *Culhuacán*; por ser este el nombre del primer pueblo que conquistaron los mejicanos cuando se establecieron en aquel vasto territorio.

de Alvarado en uno de los cuatro navios, entregándole todo el oro y las demas alhajas que hasta entonces se habian adquirido, para que con la muestra de aquellas riquezas fuese mejor recibida su embajada, y se facilitase la proposicion de poblar á que estuvo siempre inclinado por mas que lo niegue Francisco Lopez de Gomara que le culpa en esto de pusilánime.

## CAPITULO VIII.

**Prosigue Juan de Grijalva su descubrimiento hasta costear la provincia de Panuco. Sucesos del rio de Canoas, y resolucion de volverse á la isla de Cuba.**

Apenas tomó Pedro de Alvarado la vuelta de Cuba, cuando partieron los demas navios de San Juan de Ulúa en seguimiento de su derrota; y dejándose guiar de la tierra, fueron volviendo con ella hácia la parte del Septentrion, llevando en la vista las dos sierras de Tuspa y de Tusta, que corren largo trecho entre el mar y la provincia de Tlascala: despues de cuya travesía entraron en la ribera de Panuco, última region de Nueva España, por la parte que mira al golfo megicano, y surgieron en el rio de Canoas, que tomó entonces este nombre, porque á poco rato que se detuvieron en reconocerle, fueron asaltados de diez y seis canoas armadas y guarnecidas de indios guerreros, que ayudados de la corriente embistieron al navio que gobernaba Alfonso Dávila; y disparando sobre él la lluvia impetuosa de sus flechas, intentaron llevársele, y tuvieron cortada una de las amarras: bárbara resolucion, que si la hubiera favorecido el suceso, pudiera merecer el nombre de hazaña; pero acudieron luego al socorro los otros dos navios, y la gente que se arrojó apresuradamente en los bateles, cargando sobre las canoas con tanto ardor, que sin que se conociese el tiempo que hubo entre el embestir y el vencer, quedaron algunas de ellas echadas á pique, muertos muchos indios y puestos en fuga los que fueron mas avisados en conocer el peligro ó mas diligentes en apartarse de él.

No pareció conveniente seguir esta victoria por el poco fruto que se podia esperar de gente fugitiva y escarmentada; y así levantaron las áncoras y prosiguieron su viage hasta que llegaron á un promontorio ó punta de tierra introducida en la jurisdiccion del mar, que al parecer se enfurecia con ella sobre cobrar lo usupado, y estaba en continua inquietud porfiando con la resistencia de los peñascos. Grandes diligencias se hicieron para doblar este cabo; pero siempre retrocedian las naves al arbitrio del agua no sin peligro de zozobrar ó embestir con la tierra; cuyo accidente dió ocasion á los pilotos para que hiciesen sus protestas, y á la gente para que las prosiguiese con repetidos clamores: melancólica ya de tan prolija navegacion, y mas discursiva en la aprension de los riesgos. Pero Juan de Grijalva, hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor, convocó á los pilotos y á los capitanes para que se discurriese en lo

que se debia obrar segun el estado en que se hallaban. Consideróse en esta junta la dificultad de pasar adelante y la incertidumbre de la vuelta : que una de las naves venia maltratada y necesitaba de repararse : que los bastimentos empezaban á padecer corrupcion : que la gente venia desabrida y fatigada; y que el intento de poblar tenia contra sí la instruccion de Diego Velazquez, y la poca seguridad de poderlo conseguir sin el socorro que habian pedido : y últimamente se resolvió, sin controversia, que se tomase la vuelta de Cuba, para rehacerse de los medios con que se debia emprender tercera vez aquella grande faccion que dejaban imperfecta. Ejecutóse luego esta resolucion, y volviendo las naves á desandar los rumbos que habian traido, y á reconocer otros parajes de la misma costa con poca detencion y alguna utilidad en los rescates, arribaron ultimamente al puerto de Santiago de Cuba en quince de noviembre de mil y quinientos y diez y ocho.

Habia llegado pocos dias antes al mismo puerto Pedro de Alvarado, y fue muy bien recibido del gobernador Diego Velasquez, que celebró con increible alborozo la noticia de aquellas grandes tierras que se habian descubierto; y sobre todo los quince mil pesos de oro que apoyaban su relacion sin necesitar de su encarecimiento.

Miraba el gobernador aquellas riquezas, y no acertando á creer á sus ojos, volvia á socorrerse de los oidos, preguntando segunda y tercera vez á Pedro de Alvarado lo que le habia referido, y hallando novedad en lo mismo que acababa de oir, como el músico que se deleita en las cláusulas repetidas. No tardó mucho este alborozo en descubrir sus quilates, mezclándose con el desabrimiento; porque luego empezó á sentir con impaciencia que Juan de Grijalva no hubiese fundado alguna poblacion en aquellas tierras donde le hicieron buena acogida: y aunque Pedro de Alvarado intentaba disculparle, fue de los que sintieron que se debia poblar en el rio de Banderas; y siempre se dice flojamente lo que se procura esforzar contra el propio dictámen. Acusábale Diego Velazquez de poco resuelto; y enojándose con su eleccion, confesaba la culpa de haberle enviado, proponiendo encargar aquella faccion á persona de mayor actividad, sin reparar en el desaire de su pariente, á quien debia aquella misma felicidad que ponderaba; pero lo primero que hace la fortuna en los ambiciosos, es cautivar la razon para que no se ponga de parte del agradecimiento. Ya nada le hacia fuerza, sino el conseguir apriesa y á cualquiera costa toda la prosperidad que se prometia de aquel descubrimiento, elevando á grandes cosas la imaginacion, y llegando con las esperanzas adonde antes no llegaba con los deseos.

Trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion y sonido á la empresa. Comunicó su resolucion á los religiosos de San Gerónimo, que residian en la isla de Santo Domingo, con palabras que se inclinaban mas á pedir aprobacion que licencia;

y envió persona á la córte con larga relacion y encarecidas señas de lo descubierto, y un memorial en que no iban oscurecidos de mal ponderados sus servicios; por cuya recompensa pedia algunas mercedes, y el título de adelantado de las tierras que conquistase (1).

Ya tenia comprados algunos bajeles y empezado el apresto de nueva armada, cuando llegó Juan de Grijalva, y le halló tan irritado como pudiera esperarle agradecido. Reprendióle con aspereza y publicidad, y él desayudaba con su modestia sus disculpas, aunque le puso delante de los ojos su misma instruccion, en que le ordenaba que no se detuviese á poblar; pero estaba ya tan fuera de los términos razonables con la novedad de sus pensamientos, que confesaba la órden, y trataba como delito la obediencia.

## CAPITULO IX.

**Dificultades que se ofrecieron en la eleccion de cabo para la nueva armada; y quién era Hernan Cortés, que últimamente la llevó á su cargo.**

Pero conociendo entonces Diego Velazquez cuanto importa la celeridad en las resoluciones, y que si se deja perder el tiempo suele desazonarse la ocasion, ordenó luego que se diese carena á los cuatro bajeles que sirvieron en la jornada de Grijalva; con los cuales, y con los que se habian comprado, se juntaron diez de ochenta hasta cien toneladas: y caminando al mismo paso en el cuidado de armarlos, pertrecharlos y bastecerlos, se halló brevemente indeciso y receloso en la dificultad de nombrar cabo que los gobernase. Era su intento buscar persona tan resuelta que supiese desembarazarse de las dificultades, y tomar partido con los accidentes; pero tan apagada, que no supiese dar unos celos, ni tener otra ambicion que de la gloria agena. La cual, en su modo de discurrir, era lo mismo que buscar un hombre de mucho corazon y de poco espíritu; pero no siendo fáciles de juntar estos estremos, tardó la resolucion algunos dias. La gente se inclinaba á Juan de Grijalva, y la voz comun suele hacer justicia en sus elecciones, porque le asistian sus buenas partes, lo que habia trabajado en aquel descubrimiento, y la noticia con que se hallaba de la navegacion y de la tierra.

Salieron á la pretension Antonio y Bernardino Velazquez, parientes mas cercanos del gobernador, Baltasar Bermudez, Vasco Porcallo, y otros caballeros que habia en aquella isla capaces de aspirar á mayores empleos; y cada uno discurria en este como si estuviera sola su razon: que ordinariamente quien dilata la provision de los

(1) Velazquez tuvo maña para arrancar á Cárlos V, una capitulacion fecha en Barcelona á 13 de noviembre de 1518, por la cual se le nombraba Adelantado y Capitan por el Rey, de todo lo hasta entonces descubierto y que en adelante se descubriese á costa suya; concediéndole ademas varias mercedes y privilegios (*Coleccion de documentos inéditos de los señores Navarrete, Salvá, y Baranda.*)

cargos, convida pretendientes, y parece que trata de atesorar quejosos.

Pero Diego Velazquez duraba en su irresolucion, hallando en unos que temer, y en otros que desear; hasta que aconsejándose con Amador de Lariz, contador del rey, y con Andrés de Duero, su secretario, que eran toda su confianza, y conocian su condicion, le propusieron á Hernan Cortés, grande amigo de los dos, alabándole con moderacion por no hacer sospechoso el consejo: y dando á entender que hablaban por el acierto de la eleccion mas que por la conveniencia de su amigo. Fue bien oida la proposicion, y ellos se contentaron con verle inclinado, dándole tiempo para que lo meditase y volviese persuadido á la plática, ó mejor dispuesto para dejarse persuadir.

Pero antes que pasemos adelante, será bien que digamos quién era Hernan Cortés, y por cuantos rodeos vino á ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino: llamamos destino, hablando cristianamente, aquella soberana y altísima disposicion de la primera causa que deja obrar á las segundas, como dependientes suyas y medianeras de la natureleza, en órden á que suceda con la eleccion del hombre, lo que permite ó lo que ordena Dios. Nació en Medellin, villa de Estremadura, hijo de Martin Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no solo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra; y sus padres le encaminaron á la de Italia, que entonces era la de mas pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitan; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias, de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecian con el valor mas que con la codicia. Ejecutó su pasage con gusto de sus padres el año de mil quinientos y cuatro, y llevó cartas de recomendacion para don Nicolás de Obando, comendador mayor de la órden de Alcántara, que era su deudo y gobernaba en esta sazon la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entonces las armas en las manos: y haciendo este viage con beneplácito de su pariente, trató

de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco mas en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro (1); y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio natural que le hacian amable porque hablaba bien de los ausentes: era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos. Casó en aquella isla con doña Catalina Suarez Pacheco, doncella noble y recatada; sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velazquez, y le tuvo preso hasta que ajustado el casamiento fue su padrino, y quedaron tan amigos que se trataban con familiaridad; y le dió brevemente repartimiento de indios y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago: ocupacion que servian entonces las personas de mas cuenta, y que solia andar entre los conquistadores mas calificados.

En este parage se hallaba Hernan Cortés, cuando Amador de Lariz y Andres de Duero le propusieron para la conquista de Nueva España; y fue con tanta destreza, que cuando volvieron á verse con Diego Velazquez, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le hallaron declarado por Hernan Cortés, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada, y trataron solo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la convenencia de que se hiciese luego el nombramiento para desarmar de una vez á los pretendientes; y no se descuidó Andres de Duero en pasar por diligencia de su profesion la brevedad del despacho, cuya sustancia fue « que Diego Velazquez, como gobernador de la isla de » Cuba, y promovedor de los descubrimientos de Yucatan y Nueva » España, nombraba á Hernan Cortés por capitan general de la ar- » mada, y tierras descubiertas y que se descubriesen, » con todas aquellas estensiones de jurisdiccion, y cláusulas honoríficas que la amistad del secretario puede ingerir, como primores de la formalidad.

(1) Segun Bernal Diaz del Castillo: « Fue de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre; y si tuviera el rostro mas largo mejor le pareciera: los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espada de buena manera, y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y los múslos bien sacados, y era buen ginete, y diestro de todas armas, ansi á pie como á caballo, y sabia muy bien menearlas, y sobre todo corazon, y ánimo, que es lo que hace al caso. »

# CAPITULO X.

**Tratan los émulos de Cortés vivamente de descomponerle con Diego Velazquez: no lo consiguen, y sale con la armada del puerto de Santiago.**

Aceptó Cortés el nuevo cargo con todo rendimiento y estimacion, agradeciendo entonces la confianza que se hacia de su persona, con las mismas veras que sintió despues la desconfianza. Publicóse la resolucion, y fue bien recibida entre los que deseaban el acierto; pero murmurada de los que deseaban el cargo: entre los cuales sacaron la cara con mayor osadía los parientes de Diego Velazquez, que hicieron grandes esfuerzos para desconfiarle de Hernan Cortés. Decíanle: « que fiaba mucho de un hombre poco arraigado en su » obligacion: que si volvia los ojos á su modo de obrar y discurrir, » le hallaria de ánimo poco seguro, porque no solian andar juntas su » intencion y sus palabras: que su agrado y liberalidad tenian » mucho de astucia, y le hacian sospechoso á los que no se go- » biernan por las apariencias de la virtud; porque cuidaba dema- » siadamente de ganar voluntades; y los amigos cuando son muchos » suelen abultar como parciales: que se acordase de que le tuvo » preso y disgustado, y que pocas veces salen buenos los confidentes » que se hacen de los quejosos; porque en las heridas del ánimo » quedan cicatrices como en las demas, y suelen estas acordar la « ofensa cuando se mira como posible la venganza. » A que añadian otras razones de mas ruido que sustancia, sin acertar con el camino de la sinceridad, porque querian parecer celosos para disimular que lo estaban.

Cuentan que saliendo un dia á pasearse Diego Valazquez con Hernan Cortés y con sus parientes y amigos, le dijo un loco gracioso, de cuyos delirios gustaba: « buena la has hecho, amigo » Diego: presto será menester otra armada para salir á caza de » Cortés. » Y hay quien lo refiera como vaticinio, ponderando lo que suelen acertar los locos, y la impresion que hizo esta profecía (asi se resuelven á llamarla) en el ánimo de Diego Velazquez. Dejemos á los filósofos el discurrir sobre si cabe el acierto de las cosas futuras entre los errores de la imaginacion, ó si es posible á la destemplanza del juicio el encontrar con la adivinacion: que ellos gastarán el ingenio en fingir habilidades á la melancolía, y nosotros creeremos que lo dijo el loco porque le impusieron en ello los émulos de Cortés; y que andaba pobre de medios la malicia, cuando se llegaba á socorrer de la locura.

Pero Diego Velazquez mantuvo á rostro firme su resolucion, y Hernan Cortés trató de ganar el tiempo en sus prevenciones. Fue la primera arbolar su estandarte, poniendo en él por empresa la señal de la cruz con una letra latina, cuya version era: *sigamos la cruz, que en esta señal venceremos.* Dejóse ver con galas de

soldado que parecian bien en su talle, y venian mejor á su inclinacion: empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos en comprar vituallas y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada, cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir; en que fue menester poca diligencia, porque el ruido de las cajas tenia sus écos en el nombre de la empresa y en la fama del capitan. Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, y entre ellos sentaron plaza Diego de Ordaz, criado principal del gobernador, Francisco de Morla, Bernal Diaz del Castillo, escritor de nuestra historia, y otros hidalgos que se irán nombrando en su lugar.

Llegó el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente con bando público que se embarcase; lo cual se ejecutó de dia concurriendo todo el pueblo: y aquella misma noche fue Hernan Cortés acompañado de sus amigos á la casa del gobernador, donde se despidieron los dos dándose los brazos y las manos con amigable sinceridad; y la mañana siguiente le acompanó Diego Velazquez hasta la marina, y asistió á la embarcacion: circunstancias menores que hacen poco en la narracion, y se pudieran omitir si no fueran necesarias para borrar la temprana ingratitud con que manchan á Cortés los que dicen que salió del puerto alzado con la armada. Asi lo refieren Antonio de Herrera y todos los que le trasladan; afirmando con poca razon que en el medio silencio de la noche convocó á los soldados por sus casas, y se embarcó furtivamente con ellos; y que saliendo al amanecer Diego Velazquez en seguimiento de esta novedad, se acercó á él en un barco guarnecido de gente armada, y le dió á entender con despego y libertad su inobediencia. Nosotros seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que dice lo que vió, y lo mas semejante á la verdad; pues no cabe en humano discurso que un hombre tan avisado como Hernan Cortés, cuando tuviera entonces esta resolucion, se adelantase á desconfiar descubiertamente á Diego Velazquez hasta salir de su jurisdiccion, pues habia de tocar con la armada en otros lugares de la misma isla, para recoger los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos; ni cuando diéramos en su entendimiento y sagacidad esta inadvertencia, parece creible que en un lugar de tan corta poblacion como era entonces la villa de Santiago, se pudiesen embarcar trescientos hombres llamados de noche por sus casas, y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que le avisase de aquella novedad, ó despertasen los que observaban sus acciones al ruido de tanta conmocion: admirable silencio en los unos, y estraordinario descuido en los otros. No negaremos que Hernan Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velazquez, pero fue despues, y con la causa que veremos.

# CAPITULO XI.

**Pasa Cortés con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente: consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligencias para detenerle.**

Partió la armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de noviembre del año de mil quinientos y diez y ocho; y costeando la isla por la banda del Norte hácia el Oriente, llegó en pocos dias á la villa de la Trinidad, donde tenia Cortés algunos amigos que le hicieron grata acogida. Publicó luego su jornada, y se ofrecieron á seguirle en ella Juan de Escalante, Pedro Sanchez Farfan, Gonzalo Mejía, y otras personas principales de aquella poblacion. Llegaron poco despues en su seguimiento Pedro de Alvarado y Alonso Dávila, que fueron capitanes en la entrada de Juan de Grijalva, y cuatro hermanos de Pedro de Alvarado, que se llamaban Gonzalo, Jorje, Gomez y Juan de Alvarado. Pasó la noticia á la villa de Sancti Spíritus, que estaba poco distante de la Trinidad, y de ella vinieron con el mismo intento de seguir á Cortés, Alonso Hernandez Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel, Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador, y otras personas de calidad, cuyos nombres tendrán mejor lugar cuando se refieran sus hazañas. Con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntaron de ambas poblaciones, iba tomando considerable cuerpo la armada; y al mismo tiempo se compraban bastimentos, municiones, armas y algunos caballos, ayudando todos á Cortés con su caudal y con sus diligencias; porque sabia grangear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior sin dejar de ser compañero.

Pero apenas volvió las espaldas al puerto de Santiago, cuando sus émulos empezaron á levantar la voz contra él, hablando ya en su inobediencia con aquel atrevimiento cobarde que suele facilitar los cargos del ausente. Oyólos Diego Velazquez, y aunque fue con desagrado, reconocieron en su ánimo una seguridad inclinada al recelo, y fácil de llevar hácia la desconfianza; para cuyo fin se ayudaron de un viejo que llamaban Juan Millan, hombre que sin dejar de ser ignorante profesaba la astrología; loco de otro género, y locura de otra especie. Este, inducido de los demas, le dijo con grandes prevenciones del secreto algunas palabras misteriosas de la incierta inseguridad de aquella armada, dándole á entender que hablaban en su lengua las estrellas; y aunque Diego Velazquez tenia entendimiento para conocer la vanidad de estos pronósticos, pudo tanto el hablarle á propósito de lo que temia, que el despreciar al astrólogo fue principio de creer á los demas.

De tan débiles principios como estos nació la primera resolucion que tomó Diego Velazquez de romper con Hernan Cortés, quitándole el gobierno de la armada. Despachó luego dos correos á la

villa de la Trinidad, con cartas para todos sus confidentes, y una órden espresa para que Francisco Verdugo su cuñado, que entonces era su alcalde mayor en aquella villa, le desposeyese judicialmente de la capitanía general; suponiendo que ya estaba revocado el título con que la servia, y nombrada persona en su lugar. Llegó brevemente á noticia de Cortés este contratiempo, y sin rendir el ánimo á la dificultad del remedio, se dejó ver de sus amigos y soldados para saber cómo tomaban el agravio de su capitan, y conocer si podia fiarse de su razon en el juicio que hacian de ella los demas. Hallólos á todos no solo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Y aunque Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon estuvieron algo remisos, como mas dependientes del gobernador, se redujeron fácilmente á lo que no pudieran resistir; con cuya seguridad pasó despues á verse con el alcalde mayor, sabiendo ya lo que llevaba en su queja. Ponderóle cuánto aventuraba en ponerse de parte de aquella sinrazon, disgustando á tanta gente principal como le seguia, y cuánto se podia temer la irritacion de los soldados, cuya voluntad habia grangeado para servir mejor con ellos á Diego Velazquez, y le embarazaba ya para poder obedecerle; hablando en uno y otro con un género de resolucion que sin dejar de ser modestia, estaba lejos de parecer humildad ó falta de espíritu. Conoció Francisco Verdugo la razon que le asistia, y poco inclinado por su misma generosidad á ser instrumento de semejante violencia, le ofreció no solamente suspender la órden, sino replicar á ella y escribir á Diego Velazquez para que desistiese de aquella resolucion, que ya no era practicable por el disgusto de los soldados, ni se podria ejecutar sin graves inconvenientes. Ofrecieron lo mismo Diego de Ordaz, y los demas que tenian con él alguna autoridad, cuyo medio se ejecutó luego, y Hernan Cortés le escribió tambien, doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin ponderar su desaire ni olvidar el rendimiento, como quien se hallaba obligado á quejarse, y deseaba no tener razon de parecer quejoso, ni ponerse en términos de agraviado.

## CAPITULO XII.

**Pasa Hernan Cortés desde la Trinidad á la Habana, donde consigue el último refuerzo de la armada, y padece segunda persecucion de Diego Velazquez.**

Hecha esta diligencia, que pareció entonces bastante para sosegar el ánimo de Diego Velazquez, trató Hernan Cortés de proseguir su navegacion; y enviando por tierra á Pedro de Alvarado con parte de los soldados, para que cuidase de conducir los caballos y hacer alguna gente en las estancias del camino, partió con la armada al puerto de la Habana, último parage de aquella isla, por donde empieza lo mas occidental de ella á dejarse ver del Septentrion. Salie-

ron los navíos de la Trinidad con viento favorable; pero sobreviniendo la noche se desviaron de la capitana donde iba Cortés, sin observar como debian su derrota, ni echarle menos, hasta que la luz del dia les puzo á la vista el error de sus pilotos; y empeñados ya en proseguirle continuaron su viage, y llegaron al puerto donde saltó la gente en tierra. Hospedóla con agasajo y liberalidad Pedro de Barba, que á la sazon era gobernador de la Habana por Diego Velazquez; y andaban todos pesarosos de no haber esperado á su capitan ó vuelto en su demanda; sin pasar entonces con el discurso á mas que prevenir sus disculpas para cuando llegase.

Peró viendo que tardaba mas de lo que parecia posible, sin haberle sucedido algun fracaso, empezaron á inquietarse divididos en varias opiniones: porque unos clamaban que volviesen dos ó tres bajeles á buscarle por las islas de aquella vecindad; otros proponian que se nombrase gobernador en su ausencia, y algunos tenian por intempestiva ó sospechosa esta proposicion: y como no habia quien mandase, resolvian todos, y ninguno ejecutaba. El que mas insistia en la opinion de que se nombrase gobernador era Diego de Ordaz, que como primero en la confianza de Diego Velazquez, queria preferir á todos, y hallarse con el ínterin para estar mas cerca de la propiedad; pero despues de siete dias que duraron estas diferencias, llegó á salvamento Hernan Cortés con su capitana.

Fue la causa de su detencion, que aquella noche navegando la armada sobre unos bajos, que están entre el puerto de la Trinidad y el cabo de San Anton, poco distantes de la isla de Pinos, tocó en ellos la capitana, como navío de mayor porte, y quedó encallada en la arena, de suerte que estuvo á pique de zozobrar: accidente de gran cuidado, en que se empezó á descubrir y acreditar el espíritu y la actividad de Cortés; porque animando á todos á vista del peligro, supo templar la diligencia con el sosiego, y obrar lo que convenia sin detenerse ni apresurarse. Su primer cuidado fue que se echase el esquife á la mar; y luego ordenó que en él se fuese transportando la carga del navío á una isleta ó arrecife de arena que estaba á la vista; por cuyo medio le aligeró hasta que pudo nadar sobre los bajíos, y sacándole despues al agua, volvió á cobrar la carga, y prosiguió su derrota; habiendo gastado en esta obra los dias de su detencion, y salido de aquel aprieto con tanto crédito como felicidad.

Alojóle Pedro de Barba en su misma casa, y fue notable la aclamacion con que le recibió la gente; cuyo número empezó luego á crecer, alistándose por sus soldados algunos vecinos de la Habana, y entre ellos Francisco de Montejo, que fue despues adelantado de Yucatan, Diego de Soto el de Toro, Garci Caro, Juan Sedeño, y otras personas de calidad y acomodadas que autorizaron la empresa, y ayudaron con sus haciendas al último apresto de la armada. Gastáronse en estas prevenciones algunos dias; pero no sabia Cortés perder el tiempo que se detenia: y asi ordenó que se sacase á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los

artilleros el alcance de las balas : y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamaban escaupiles; invencion de la necesidad, que aprobó despues la esperiencia, dando á conocer que un poco de algodon flojamente punteado y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los indios; porque perdian la fuerza entre la misma flojedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Al mismo tiempo hacia que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar un escuadron, á dar una carga y á ocupar un puesto, adiestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los visoños la verdad de la guerra; cuya disciplina, practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los romanos, que de este ejercicio tomaron el nombre los ejércitos.

Al mismo paso y con el mismo fervor, se iba caminando en las demas prevenciones; pero cuando estaban todos mas gustosos con la vecindad del dia señalado para la partida, llegó á la Habana Gaspar de Garnica, criado de Diego Velazquez, con nuevos despachos para Pedro de Barba, en que le ordenaba, sin dejarle arbitrio, que quitase luego la armada á Cortés, y se le enviase preso con toda seguridad: ponderándole cuan irritado quedaba con Francisco Verdugo, porque le dejó pasar de la Trinidad; y dándole á entender con este enojo lo que aventuraba en no obedecerle con mayor resolucion. Escribió tambien á Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon, que asistiesen á Pedro de Barba en la ejecucion de esta órden. Pero no faltó quien avisase á Cortés con el mismo Garnica de todo lo que pasaba, exhortándole á que mirase por sí, pues el que le hizo el beneficio de fiarle aquella empresa, trataba de quitársela con tanto desdoro suyo, y le libraba del riesgo de ingrato, arrojándole violentamente de la obligacion en que le habia puesto.

## CAPITULO XIII.

**Resuélvese Hernan Cortés á no dejarse atropellar de Diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion, y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Habana.**

Aunque Hernan Cortés era hombre de gran corazon, no pudo dejar de sobresaltarse con esta noticia, que traia de mas sensible todo aquello que tuvo de menos esperada; porque estaba creyendo que Diego Velazquez se habria dado por satisfecho con lo que le escribieron y aseguraron todos en respuesta de la primera órden que

llegó á la villa de la Trinidad. Pero viendo que esta nueva órden venia ya con señales de obstinacion irremediable, empezó á discurrir con menos templanza en el modo de volver por sí. Considerábase por una parte aplaudido y aclamado de todos los que le seguian, y por otra abatido y condenado á una prision como delincuente. Reconocia que Diego Velazquez tenia empleado algun dinero en la primera formacion de aquella armada; pero que tambien era suya y de sus amigos la mayor parte del gasto, y todo el nervio de la gente. Revolvia en su imaginacion todas las circunstancias de su agravio; y poniendo los ojos en los desaires que habia sufrido hasta entonces, se volvia contra sí, llegando á enojarse con su paciencia, y no sin alguna causa; porque esta virtud se deja irritar y afligir dentro de los límites de la razon, pero en pasando de ellos, declina en bajeza de ánimo y en falta de sentido. Congojábale tambien el mal logro de aquella empresa, que se perderia enteramente si él volviese las espaldas; y sobre todo le apretaba en lo mas vivo del corazon el ver aventurada su honra, cuyos riesgos, en quien sabe lo que vale, tienen el primer lugar en la defensa natural.

Sobre estos discursos, á este tiempo, y con esta irritacion, tomó Hernan Cortés la primera resolucion de romper con Diego Velazquez; de que se convence lo poco que le favoreció Antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia; y no es el autor mas favorable, porque Gonzalo Fernandez de Oviedo asienta que se mantuvo en la dependencia del gobernador Diego Velazquez, hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al emperador de los primeros sucesos de su conquista.

No parezca digresion agena del asunto el habernos detenido en preservar de estos primeros deslucimientos á nuestro Hernan Cortés. Tan lejos tenemos las causas de la lisonja en lo que defendemos, como las del odio en lo que impugnamos: pero cuando la verdad abre camino para desagraviar los principios de un hombre que supo hacerse tan grande con sus obras, debemos seguir sus pasos, y complacernos de que sea lo mas cierto lo que está mejor á su fama.

Bien conocemos que no se debe callar en la historia lo que se tuviere por culpable, ni omitir lo que fuere digno de reprension; pues sirven tanto en ella los ejemplos que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden á la imitacion de la virtud: pero esto de inquirir lo peor de las acciones, y referir como verdad lo que se imaginó, es mala inclinacion del ingenio, y culpa conocida en algunos escritores que leyeron á Cornelio Tácito, con ambicion de imitar lo inimitable; y se persuaden á que le beben el espíritu en lo que malician ó interpretan con menos artificio que veneno.

Volviendo pues á nuestra narracion, resuelto ya Hernan Cortés á que no le convenia disimular su queja, ni era tiempo de consejos, medios que ordinariamente son enemigos de las resoluciones

grandes, trató de mirar por sí, usando de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester; y antes que Pedro de Barba se determinase á publicar la órden que tenia contra él, puso toda su diligencia en apartar de la Habana á Diego de Ordaz, de quien se recelaba mas, despues que supo los intentos que tuvo de hacerse nombrar por gobernador en su ausencia: y así le ordenó que se embarcase luego en uno de los bajeles, y fuese á Guanicanico, poblacion situada de la otra parte del cabo de San Anton, para recoger unos bastimentos que se habian encaminado por aquel parage mientras él llegaba con el resto de la armada: y asistiendo á la ejecucion de esta órden con sosegada actividad, se halló brevemente desembarazado del sugeto que podia hacerle alguna oposicion, y pasó á verse con Juan Velazquez de Leon, á quien redujo fácilmente á su partido, porque estaba algo desabrido con su pariente, y era hombre de mas docilidad y menos artificio que Diego de Ordaz.

Con estas prevenciones se dejó ver de sus soldados, publicando la nueva persecucion de que estaba amenazado; corrió la voz, y vinieron todos á ofrecérsele, conformes en la resolucion de asistirle aunque diferentes en el modo de darse á entender: porque los nobles manifestaban su ánimo como efecto natural de su obligacion; pero los demas tomaron su causa con sobrado fervor, rompiendo en voces descompuestas, que llegaron á poner en cuidado al mismo que favorecian, verificándose en su inquietud y en sus amenazas lo que suele perder la razon cuando se deja tratar de la muchedumbre.

Pero antes que tomase cuerpo este primer movimiento de la gente, conociendo Pedro de Barba lo que aventuraba en la dilacion, buscó á Hernan Cortés, y entró desarmando todo aquel aparato con decir á voces que no trataba de poner en ejecucion la órden de Diego Velazquez, ni queria que por su mano se obrase una sinrazon tan conocida; con que se convirtieron las amenazas en aplausos, y aseguró luego la sinceridad de su ánimo, despachando públicamente á Gaspar de Garnica con una carta para Diego Velazquez, en que le decia que ya no era tiempo de detener á Cortés, porque se hallaba con mucha gente para dejarse maltratar, ó reducirse á obedecer; y le ponderaba, no sin encarecimiento, la inquietud que ocasionó su órden en aquellos soldados, y el peligro en que se vió aquel pueblo de alguna turbacion: concluyendo la carta con aconsejarle que llevase á Cortés por el camino de la confianza, cobrando el beneficio pasado con nuevos beneficios; y se aventurase á fiar de su agradecimiento, lo que ya no se podia esperar de la persuasion ni de la fuerza (1).

(1) Los tres capítulos que Solís emplea en dar cuenta de la prematura desconfianza de Diego Velazquez respecto de Cortés, son una verdadera fábula tomada de Herrera, y confirmada por la autoridad de Bernal Diaz del Castillo; á quien se ha dado siempre sobrado crédito como actor en aquel magnífico drama. Sin embargo

Hecha esta diligencia, se puso todo el cuidado en abreviar la partida, y fue necesario para sosegar la gente, que mal hallada,

esos pormenores han dado lugar á que se juzgue con harta severidad la conducta de Hernan Cortés bajo el aspecto de la gratitud y de la obediencia que debia á Diego Velazquez; singularmente los estrangeros, ávidos de ocasiones que les proporcionen el placer de deprimir la grandeza de nuestros hechos, se han apoderado de la desavenencia entre Velazquez y Cortés para presentar al segundo bajo un punto de vista poco favorable, despojándole de todo cuanto habia en su alma de noble y generoso. Las aclaraciones que vamos á dar en esta nota, bastarán á nuestro entender para dejar desvanecidos esos errores acerca de un punto, que dejará desde luego de ser histórico.

El objeto principal, y puede decirse esclusivo, que llevó Diego Velazquez en el armamento de la pequeña escuadra que encomendó al capitan Juan de Grijalva, fue el hacer descubrimientos en la costa de tierra firme en direccion al Sur y traficar con los rescates ó cambios que de su oro y pedrerías hacian los indios por bujerías y ropas que les daban los europeos. Ni Velazquez le mandó poblar en aquellas costas, ni fue otro el motivo de su enojo con Grijalva, que el poco lucro que este habia sacado de los rescates. La nueva escuadra que confió á Cortés, llevó el mismo objeto, así como el de auxiliar á Grijalva, cuyo paradero ignoraba Velazquez, segun puede verse en la instruccion que dió á Cortés por escrito, y en la que nada le previene acerca de levantar poblaciones en las costas. (*Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, *tomo primero.*)

El declararse Cortés independiente de la autoridad de Velazquez, no tuvo lugar como se supone en las Antillas, sino en San Juan de Ulúa, segun se deduce del memorial que un año despues de la partida de Hernan Cortés, presentó Benito Martinez al Rey en nombre de Diego Velazquez, pidiendo se castigase á aquel brevemente. Para juzgar pues, de ese suceso es preciso no mirarle tan solo bajo el aspecto militar, sino tener tambien en cuenta la combinacion de circunstancias que para ello mediaron. Velazquez buscó á Cortés para la empresa mercantil á que dió principio Grijalva, porque á la sazon se hallaba rico de dinero y tenia ciertos navíos propios suyos, y muchos amigos en Cuba: de manera que ambos se concertaron y asociaron para reunir una buena armada de la que seria capitan general Hernando Cortés en nombre del Rey. En esta asociacion Diego Velazquez solamente puso la tercera parte del número de buques convenidos, y Cortés las restantes y todos los gastos de equipo, segun se halla consignado en la Relacion que de los principios de la conquista de Nueva España, hizo al Rey la Justicia y Regimiento de Vera-Cruz á 10 de julio de 1519. (Coleccion de documentos inéditos, ya citados.) Por estos antecedentes se vé que el contrato de Velazquez y Cortés, antes tiene el aspecto mercantil que no el militar; en cuyo género de comercio mostró bien su codicia el bueno de Velazquez durante la espedicion de Grijalva, y aun en el equívoco de la armada de Cortés, segun lo afirmaron al Rey la Justicia y Regimiento de Vera-Cruz.

Ademas de esas circunstancias que como vá dicho dan á la empresa de Velazquez todo el aspecto de una especulacion mercantil, media otra que atenúa en gran manera el cargo que pudiera hacerse á Cortés como militar. Cuando este llegó á San Juan de Ulúa, sus soldados se decidieron á levantar poblacion en aquella tierra en que tan buenos rescates habian logrado; y concertándose sus gefes para ello, intimaron á Cortés su voluntad requiriéndole á ello en toda forma. Fundábanse en que no llevando otro objeto segun las instrucciones de Velazquez, que hacer rescates con los indios para volverse á la isla Fernandina (Cuba), las utilidades de la empresa únicamente redundarian en beneficio de aquel y de Cortés, y ellos tan solo sacarian su salario, y las penalidades, riesgos y fatigas de la espedicion. Cortés se tomó un dia de término para contestar á semejante demanda; y en efecto lo verificó dando su asentimiento á semejante peticion, aun cuando en ello aventuraba el indemnizarse de los gastos de la armada; pero añadiendo que posponia todo género de consideraciones al deseo de servir á S. M. y estender sus dominios. En consecuencia de esta determinacion, procedió á fundar la rica villa de la Vera-Cruz, y

al parecer, sin la cólera que habia concebido, volvia nuevamente á inquietarse con una voz que corrió, de que Diego Velazquez trataba de venir á ejecutar personalmente aquella violencia, como dicen que lo tuvo resuelto; pero aventurára mucho, y no lo hubiera conseguido, porque suele ser flaco argumento el de la autoridad para disputar con los que tienen la razon y la fuerza de su parte.

## CAPITULO XIV.

**Distribuye Cortés los cargos de su armada: parte de la Habana, y llega á la Isla de Cozumel (1) donde pasa muestra, y anima sus soldados á la empresa.**

Habíase agregado un bergantin de mediano porte á los diez bajeles que estaban prevenidos, y así formó Cortés de su gente once compañías, dando una á cada bajel; para cuyo gobierno nombró por capitanes á Juan Velazquez de Leon, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo y Diego de Ordaz, que no le apartó para olvidarle, ni se resolvió á tenerle ocioso dejándole desobligado: y reservando para sí el goberno de la capitana, encargó el bergantin á Ginés de Nortes. Dió tambien el cuidado de la artillería á Francisco de Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia; y el cargo de piloto mayor á Anton de Alaminos, diestro en aquellos mares, por haber tenido esta misma ocupacion en los dos viages de Francisco Fernandez de Córdoba y Juan de Grijalva. Formó sus instrucciones, previniendo con cuidadosa prolijidad las contingencias, y llegado el dia de la embarcacion, se dijo con solemnidad una misa del

á nombrar alcaldes y regidores de ella, de quienes recibió el juramento en forma. Despues de esto, como espiraba el poder que de Velazquez habia recibido Cortés, y esta es circunstancia que debe tenerse muy en cuenta, la Justicia y Regimiento de Vera-Cruz, en nombre de S. M. le nombró Justicia mayor y capitan de las armas reales, recibiéndole el juramento acostumbrado. Esto es cuanto oficialmente aparece respecto del alzamiento de Cortés. Si él como hombre sagaz y astuto, halló medio de inducir los ánimos de los suyos para que intentasen lo que sin duda deseaba, ese es un hecho que pertenece al fuero interno del individuo. Lo cierto es que sin embargo de las quejas y demandas de Diego Velazquez al Rey, nada pudo conseguir contra el héroe de Nueva España: lejos de eso existe una carta de Cárlos V á Cortés, fecha en Valladolid á 15 de octubre de 1522 (documentos inéditos), en que no tan solo aprueba tácitamente todo lo hecho por aquel, sino que le confiere el cargo de Gobernador y Capitan general de Nueva España, prohibiendo al adelantado Velazquez ponga el menor impedimento á la ejecucion de su voluntad. Esta determinacion y el no haber producido resultado alguno contra Cortés el espediente promovido sobre el asunto en el Consejo de Indias, á cuyo conocimiento lo pasó el Emperador, á pesar de tener por enemigo á su Presidente, prueban que no se halló entonces mérito suficiente para juzgar de la conducta de Cortés tan desventajosamente como se ha hecho en tiempos posteriores.

(1) Santa Cruz suelen llamarla tambien; y con ese nombre la designa Diego Velazquez en sus instrucciones á Cortés.

Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio para asegurar los progresos de la obra que emprendian; y Hernan Cortés, en el primer acto de su jurisdiccion, dió para el regimiento de la armada el nombre de San Pedro, que fue lo mismo que invocarle y reconocerle por patron de aquella empresa, como lo habia sido de todas sus acciones desde sus primeros años. Ordenó luego á Pedro de Alvarado que adelantándose por la banda del Norte, buscase en Guanicanico á Diego de Ordaz, para que juntos le esperasen en el cabo de San Anton, y á los demas que siguiesen la capitana; y en caso que el viento ó algun accidente los apartase, tomasen el rumbo de la isla de Cozumel, que descubrió Juan de Grijalva, poco distante de la tierra que buscaban, donde se habia de tratar y resolver lo que conviniese para entrar en ella y proseguir el intento de su jornada.

Partieron últimamente del puerto de la Habana en diez de febrero del año de mil quinientos y diez y nueve, favorecidos al principio del viento; pero tardó poco en declararles su inconstancia, porque al caer del sol se levantó un recio temporal que los puso en grande turbacion, y al cerrar de la noche fue necesario que los bajeles se apartasen para no ofenderse, y corriesen impetuosamente dejándose llevar del viento, y eligiendo como voluntaria la velocidad que no podian resistir. El navío que gobernaba Francisco de Morla padeció mas que todos, porque un embate de mar le llevó de través el timon y le dejó á pique de perderse. Hizo diferentes llamadas con que puso en nuevo cuidado á los compañeros, que atentos al peligro ageno, sin olvidar el propio, hicieron cuanto les fue posible para mantenerse cerca, forcejeando á veces, y á veces contemporizando con el viento. Cesó la tormenta con la noche, y cuando se pudieron distinguir con la primera luz los bajeles, acudió Cortés y se acercaron todos al que zozobraba, y á costa de alguna detencion se remedió el daño que habia padecido.

En este tiempo Pedro de Alvarado, que como vimos se adelantó en busca de Diego de Ordaz, se halló con el dia arrojado de la tempestad mas dentro del golfo que pensaba, porque el mismo cuidado de apartarse de la tierra que iba costeando le obligó á correr sin reserva, tomando como seguridad el peligro menor. Reconoció el piloto por la brújula y carta de marear que habian decaido tanto del rumbo que traian, y se hallaban ya tan distantes del cabo de San Anton, que seria temeridad el volver atrás; y propuso como conveniente el pasar de una vez á la isla de Cozumel. Dejólo á su arbitrio Pedro de Alvarado, acordándole con flojedad la órden que traia de Hernan Cortés, que fue lo mismo que dispensarla; y así continuaron su viage y surgieron en la isla dos dias antes que la armada. Saltaron en tierra con ánimo de alojarse en un pueblo vecino á la costa, que el capitan y algunos de los soldados conocian ya desde el viage de Juan de Grijalva; pero le hallaron despoblado, porque los indios que le habitaban al reco-

nocer el desembarco de los estrangeros dejaron sus casas, retirándose la tierra adentro con sus pobres alhajas, pequeño estorbo de la fuga.

Era Pedro de Alvarado mozo de espíritu y valor, hecho á obedecer con resolucion, pero nuevo en el mandar para tomarla por sí (1). Engañóse creyendo que mientras llegase la armada seria virtud en un soldado todo lo que no fuese ociosidad, y así ordenó que marchase la gente á reconocer lo interior de la isla; y á poco mas de una legua hallaron otro lugar despoblado tambien, pero no tan desproveido como el primero, porque habia en él alguna ropa, gallinas, y otros bastimentos que se aplicaron los soldados como bienes sin dueño, ó como despojos de la guerra que no habia; y entrando en un adoratorio de aquellos sus ídolos abominables, hallaron algunas joyuelas ó pendientes que servian á su adorno, y algunos instrumentos del sacrificio hechos de oro con mezcla de cobre, que aun siendo valadí se les hacía ligero: jornada sin utilidad ni consejo, que solo sirvió de escarmentar á los naturales de la isla y embarazar el intento que se llevaba de pacificarlos. Conoció aunque tarde Pedro de Alvarado que era licencia lo que tuvo por actividad, y así se retiró con su gente al primer alojamiento, haciendo en el camino tres prisioneros, dos indios y una india, desgraciados en huir, que se dieron sin resistencia.

Llegó la armada el dia siguiente, habiendo recogido el bajel de Diego de Ordaz, porque Hernan Cortés le avisó desde el cabo de San Anton que viniese á incorporarse con ella, temiendo la contingencia de que se hubiese descaminado con la tempestad Pedro de Alvarado, que le traia cuidadoso; y aunque se alegró interiormente de hallarle ya en salvamento, mandó prender al piloto y reprendió ásperamente al capitan porque no habia guardado ni hecho guardar su órden, y por el atrevimiento de hacer entrada en la isla y permitir á sus soldados que saqueasen el lugar donde llegaron: sobre lo cual le dijo algunos pesares en público, y con toda la voz, como quien deseaba que su reprension fuese doctrina para los demas. Llamó luego á los tres prisioneros, y por medio de Melchor el intérprete (que venia solo en esta jornada porque habia muerto su compañero) les dió á entender lo que sentia el mal pasage que hicieron á su pueblo aquellos soldados, y mandando que se les restituyese el oro y la ropa que ellos mismos eligieron, los puso en libertad y les dió algunas bujerías que llevasen de presente á sus caciques, para que á vista de estas señales de paz perdiesen el miedo que habian concebido.

(1) Fue de muy buen cuerpo é bien proporcionado, é tenia el rostro y cara muy alegre, y en el mirar muy amoroso: é por ser tan agraciado, le pusieron por nombre los Indios Mexicanos *Tonatio*, que quiere decir el Sol. Era muy suelto, é buen ginete, y sobre todo ser franco é de buena conversacion..... (Bernal Diaz, cap. 205, pág. 245 vuelta.)

Alojóse la gente en el puerto mas vecino á la costa, y descansó tres dias sin pasar adelante por no aumentar la turbacion de los isleños. Pasó muestra en escuadron el ejército, y se hallaron quinientos y ocho soldados, diez y seis caballos, y ciento y nueve entre maestres, pilotos y marineros, sin los dos capellanes el licenciado Juan Diaz y el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista.

Pasada la muestra volvió á su alojamiento acompañado de los capitanes y soldados mas principales, y tomando entre ellos lugar poco diferente los habló en esta sustancia: « Cuando considero, amigos » y compañeros mios, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra fe» licidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo » se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en » esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima pro» videncia es lo mismo favorecer los principios que prometer los » sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que tambien es » suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá » por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la em» presa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, fac» ciones increibles, batallas desiguales en que habreis menester » socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, incle» mencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será nece» sario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y » tan hijo del corazon como el primero: que en la guerra mas veces » sirve la paciencia que las manos, y quizá por esta razon tuvo Hér» cules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus haza» ñas. Hechos estais á padecer y hechos á pelear en estas islas que » dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir » provenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del » tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los » montes el templo de la fama, y su simulacro en lo mas alto del » templo; dando á entender que para hallarla, aun despues de ven» cida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, » pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad » está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo » en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecucion; comun la » utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de » cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad » de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la » vida por el menor de los soldados: mas tendreis que obedecer en » mi ejemplo que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí que » me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo » promete el corazon con no sé qué movimiento estraordinario, que » suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en » obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia, » pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí todo » lo que espero de vosotros. »

Así los persuadia y animaba, cuando llegó noticia de que se habian dejado ver algunos indios á pequeña distancia, y aunque al parecer venian desunidos y sin aparato de guerra, mandó Cortés que se previniese la gente sin ruido de cajas, y que estuviese encubierta al abrigo del mismo alojamiento, hasta ver si se acercaban y con qué determinacion.

## CAPITULO XV.

**Pacifica Hernan Cortés los isleños de Cozumel: hace amistad con el cacique: derriba los ídolos: da principio á la introduccion del Evangelio; y procura cobrar unos españoles que estaban prisioneros en Yucatan.**

Estaban los indios en pequeñas tropas discurriendo al parecer entre sí, como quien observaba el movimiento, y se animaba en la quietud de nuestra gente. Ibanse acercando los mas atrevidos; y como estos no recibian daño se atrevian los cobardes: con que en breve rato llegaron algunos al cuartel, y hallaron en Cortés y en los demas tan favorable acogida, que convocaron á sus compañeros. Vinieron muchos aquel dia, y andaban entre los soldados con alegre familiaridad, tan hallados con sus huéspedes, que apenas se les conocia la admiracion: antes se portaban como gente enseñada á tratar con forasteros. Habia en esta isla un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia inficionada la devocion de diferentes provincias de la tierra firme, que frecuentaban su templo en contínuas peregrinaciones: y así estaban los isleños de Cozumel hechos á comerciar con naciones estrangeras de diversos trages y lenguas; por cuya causa, ó no estrañarian la novedad de nuestra gente, ó la estrañarian sin encogimiento.

Aquella noche se retiraron todos á sus casas; y el dia siguiente vino el cacique principal de la isla á visitar á Cortés con grande aunque deslucido acompañamiento, trayendo él mismo su embajada y su regalo. Recibióle con agasajo y cortesía, y por medio del intérprete le aseguró de su benevolencia, y le ofreció su amistad y la de su gente; á que respondió que la admitia, y que era hombre que la sabria mantener. Oyóse entre los indios que le acompañaban uno, que al parecer repetia mal pronunciado el nombre de Castilla; y Hernan Cortés, en quien nunca el divertimiento llegaba á ser descuido, reparó en ello y mandó al intérprete que averiguase la significacion de aquella palabra; cuya advertencia, aunque pareció entonces casual, fue de tanta consideracion para facilitar la conquista de Nueva España como veremos despues.

Decia el indio que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en Yucatan, naturales de una tierra que se llamaba Castilla; y apenas lo oyó Cortés, cuando resolvió ponerlos en liber-

tad y traerlos á su compañía (1). Informóse mejor, y hallando que estaban en poder de unos indios principales que residian dos jornadas la tierra adentro de Yucatan, comunicó su intento al cacique para que le dijese si eran indios guerreros los que tenian en su dominio aquellos cristianos, y con qué fuerza se podria conseguir el sacarlos de la esclavitud. Respondióle con pronta y notable advertencia que seria lo mas seguro tratar de rescatarlos á trueque de algunas dádivas; porque entrando de guerra se espondria á que matasen los esclavos, y á no quedar airoso con el castigo de sus dueños. Abrazó Hernan Cortés su consejo, admirándose de hallar tan buena política en el cacique, á quien debió de enseñar algo de la razon que llaman de estado aquello poco que tenia de príncipe.

Dispuso luego que Diego de Ordaz pasase con su bajel y con la gente de su cargo á la costa de Yucatan por la parte mas vecina á Cozumel, que serian cuatro leguas de travesía, y que echase en tierra los indios que señaló el mismo cacique, para esta diligencia: los cuales llevaron carta de Cortés para los prisioneros, con algunas bujerías que sirviesen de precio á su rescate; y Diego de Ordaz órden para esperarlos ocho dias, en cuyo término ofrecieron los indios volver con la respuesta.

Entretanto Cortés marchó con su gente unida á reconocer la isla, no porque le pareciese necesario ir en defensa, sino porque no se desmandasen los soldados, y recibiesen algun daño los naturales. Decíales: « que aquella era una pobre gente sin resistencia, cuya » sinceridad pedia como deuda el buen tratamiento, y cuya pobreza » ataba las manos á la codicia: que de aquel pequeño pedazo de » tierra no se habia de sacar otra riqueza que la buena fama. Y no » penseis, proseguia, que la opinion que aquí se ganáre se estrecha » á los cortos límites de una isla miserable; pues el concurso de los » peregrinos que suelen acudir á ella, como habeis entendido, lle- » vará vuestro nombre á otras regiones, donde habremos menester » despues el crédito de piadosos y amigos de la razon para facilitar » nuestros intentos, y tener menos que pelear donde haya mas que » adquirir. » Con estas y otras amigables pláticas los llevaba contentos y reprimidos. Iban siempre acompañados del cacique y de muchos indios que acudian con bastimentos, y pasaban cuentas de vidrio por buena moneda, creyendo que hacian á los compradores el mismo engaño que padecian.

A poco trecho de la costa se hallaron en el templo (2) de aquel idolo tan venerado, fábrica de piedra en forma cuadrada, y de no

(1) Solís estaba mal informado de este asunto. En las instrucciones que dió Velazquez á Cortés cuando este se hizo á la vela, le encargó mucho el rescate de los seis españoles prisioneros que estaban en Yucatan; por consiguiente Cortés lo sabia antes que se lo dijesen los indios.

(2) Los indios daban á sus templos el nombre de *Teucalli*, palabra compuesta de *Teult*, *Dios*; y *calli*, *casa*: esto es, casa de Dios: significacion semejante á la que dan los cristianos á los suyos.

despreciable arquitectura. Era el ídolo de figura humana; pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejanza de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que adoraba aquella gentilidad, diferentes en la hechura y en la significacion; pero conformes en lo feo y abominable: ó acertasen aquellos bárbaros en lo que fingian; ó fuese que el demonio se les aparecia como es, y dejaba en su imaginacion aquellas especies; con que sería primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro.

Dicen que se llamaba este ídolo Cozumel, y que dió á la isla el nombre que se conserva hoy en ella: mal conservado, si es el mismo que el demonio tomó para sí: falta de advertencia que se ha vinculado en los mapas contra toda razon. Habia gran concurso de indios cuando llegaron los españoles; y en medio de ellos estaba un sacerdote que se diferenciaba de los demas en no sé qué ornamento ó media vestidura, de que tenia mal cubiertas las carnes: y al parecer los predicaba ó inducia con voces y ademanes dignos de risa; porque desvariaba en tono de sermon, y con toda aquella gravedad y ponderacion que cabe en un hombre desnudo. Interrumpióle Cortés, y vuelto al cacique le dijo: « que para mantener la amistad que » entre los dos tenian asentada, era necesario que dejase la falsa » adoracion de sus ídolos, y que á su ejemplo hiciesen lo mismo sus » vasallos. » Y apartándose con él y con el intérprete, le dió á entender su engaño, y la verdad de nuestra religion, con argumentos manuables acomodados á la rudeza de sus oidos; pero tan eficaces, que el indio quedó asombrado sin acertar á responder, como quien tenia entendimiento para conocer su ignorancia. Cobróse y pidió licencia para comunicar aquel negocio á los sacerdotes: porque en puntos de religion les dejaba ó les cedia la suprema autoridad. De cuya conferencia resultó el venir aquel venerable predicador acompañado de otros de su profesion, y el dar todos grandes voces que, descifradas por el intérprete, contenian diferentes protestas de parte del cielo contra cualquiera que se atreviese á turbar el culto de sus dioses, intimando que se veria el castigo al mismo instante que se intentase el atrevimiento. Irritóse Cortés de oir semejante amenaza, y los soldados, hechos á observar su semblante, conocieron su determinacion y embistieron con el ídolo, arrojándole del altar hecho pedazos, y ejecutando lo mismo con otros ídolos menores que ocupaban diferentes nichos. Quedaron atónitos los indios de ver posible aquel destrozo: y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza que esperaban, se fue convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezaron á correrse de tener dioses tan sufridos: siendo esta vergüenza el primer esfuerzo que hizo la verdad en sus corazones. Corrieron la misma fortuna otros adoratorios; y en el principal de ellos, limpio ya de aquellos fragmentos inmundos, se fabricó un altar y se colocó una imágen de nuestra Señora, fijando á la entrada una cruz grande que labraron con piadosa diligencia los carpinteros

de la armada. Díjose misa en aquel altar el dia siguiente, y asistieron á ella, mezclados con los españoles, el cacique y mucho número de indios con un silencio que parecia devocion; y pudo ser efecto natural del respeto que infunden aquellas santas ceremonias, ó sobrenatural del mismo inefable misterio.

Así ocuparon el tiempo Cortés y sus soldados, hasta que pasados los ocho dias que llevó de término Diego de Ordaz para esperar á los españoles que estaban cautivos en Yucatan, volvió á la isla sin traer noticia de ellos ni de los indios que se encargaron de buscarlos. Sintiólo mucho Hernan Cortés; pero en la duda de que le hubiesen engañado aquellos bárbaros por quedarse con los rescates que tanto codiciaban, no quiso detener su viage ni dar á entender su recelo al cacique; antes se despidió de él con urbanidad y agasajo, encargándole mucho la cruz y aquella santa imágen que dejaba en su poder, cuya veneracion fiaba de su amistad, entretanto que mejor instruido pudiese abrazar la verdad con el entendimiento.

## CAPITULO XVI.

**Prosigue Hernan Cortés su viage, y se halla obligado de un accidente á volver á la misma isla: recoge con esta detencion á Gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatan, y se da cuenta de su cautiverio.**

Volvió Cortés á su navegacion con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva, y buscar aquellas tierras de donde le retiró su demasiada obediencia. Iba la armada viento en popa, y todos alegres de verse ya en viage; pero á pocas horas de prosperidad se hallaron en un accidente que los puso en cuidado. Disparó una pieza el navío de Juan de Escalante; y volviendo todos á mirarle, repararon al principio en que seguia con dificultad, y despues en que tomaba la vuelta de la isla. Conoció Hernan Cortés lo que aquellas señas daban á entender; y sin detener en el discurso la resolucion, mandó que toda la armada volviese en su seguimiento. Fue bien necesaria la diligencia de Juan de Escalante para escapar el bajel; porque se iba llenando de agua tan irremediablemente, que llegó á la isla en términos de anegarse, aunque tardaron poco los que venian en su socorro. Desembarcó la gente; y acudieron luego á la costa el cacique y algunos de sus indios, que al parecer no dejaban de estrañar con algun recelo la brevedad de la vuelta; pero luego que entendieron la causa ayudaron con alegre solicitud á la descarga del bajel, y asistieron despues á los reparos y á la carena de que necesitaba; siendo en uno y en otro de mucho servicio sus canoas, y la destreza con que las manejaban.

Entretanto que esto se disponia, fue Hernan Cortés acompañado del cacique y de algunos de sus soldados, á visitar y reconocer el templo; y halló la cruz y la imágen de nuestra Señora en el mismo lugar donde quedaron colocadas: notando con gran consuelo suyo

algunas señales de veneracion que se reconocian en la limpieza y perfumes del templo, y en diferentes flores y ramos con que tenian adornado el altar. Dió las gracias al cacique de que se hubiese tenido en su ausencia aquel cuidado; y él las admitia, y se congratulaba con todos, encareciendo como hazaña de su buen proceder aquellas dos ó tres horas de constancia.

Digno es de particular reparo este accidente que detuvo el viage de Cortés, obligándole á desandar aquellas leguas que habia navegado. Algunos sucesos, aunque caben en la posibilidad y en la contingencia, se hacen advertir como algo mas que casuales. Quien vió interrumpida la navegacion de la armada, y aquel navío que se anegaba, pudo tener este embarazo por una desgracia fácil de suceder; pero quien viere que aquel mismo tiempo que fue necesario para reparar el navío, lo fue tambien para que llegase á la isla uno de los cautivos cristianos que estaban en Yucatan, y que se hallaba este con bastante noticia de aquellas lenguas para suplir la falta del intérprete, y que fue despues uno de los principales instrumentos de aquella conquista, no se contentará con poner todo este suceso en la jurisdiccion de los acasos, ni dejará de buscar, á mayores fines superior providencia.

Cuatro dias tardaron en el aderezo del bajel; y el último de ellos, cuando ya se trataba de la embarcacion, se dejó ver á larga distancia una canoa que venia atravesando el golfo de Yucatan en derechura de la isla. Conocióse á breve rato que traia indios armados, y pareció novedad la diligencia con que se aprovechaban de los remos, y se iban acercando á la isla sin recelarse de nuestra armada. Llegó esta novedad á noticia de Hernan Cortés, y ordenó que Andrés de Tapia se alargase con algunos soldados hácia el parage donde se encaminaba la canoa, y procurase examinar el intento de aquellos indios. Tomó Andres de Tapia puesto acomodado para no ser descubierto; pero al reconocer que saltaban en tierra con prevencion de arcos y flechas, los dejó que se apartasen de la costa, y los embistió con la mar á las espaldas, porque no se le pudiesen escapar. Quisieron huir luego que le descubrieron; pero uno de ellos, sosegando á los demas, se detuvo á tres ó cuatro pasos, y dijo en voz alta algunas palabras castellanas, dándose á conocer por el nombre de cristiano. Recibióle Andrés de Tapia con los brazos; y gustoso de su buena suerte le llevó á la presencia de Hernan Cortés acompañado de aquellos indios, que segun lo que se conoció despues, eran los mensageros que dejó Diego de Ordaz en la costa de Yucatan. Venia desnudo el cristiano, aunque no sin algun género de ropa que hacia decente la desnudez: ocupado el un hombro con el arco y el carcax, y terciada sobre el otro una manta á manera de capa, en cuyo estremo traia atacadas unas horas de nuestra Señora, que manifestó luego, enseñándolas á todos los españoles, y atribuyendo á su devocion la dicha de verse con los cristianos: tan bozal en las cortesías, que no acertaba á desasirse de la costumbre, ni á formar cláu-

sulas enteras, sin que tropezase la lengua en palabras que no se dejaban entender. Agasajóle mucho Hernan Cortés; y cubriéndole entonces con su mismo capote, se informó por mayor de quien era, y ordenó que le vistiesen y regalasen; celebrando entre todos sus soldados como felicidad suya y de su jornada el haber redimido de aquella esclavitud á un cristiano; que por entonces solo se habian descubierto los motivos de la piedad.

Llamábase Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija: estaba ordenado de Evangelio; y segun lo que despues refirió de su fortuna y sucesos, habia estado cerca de ocho años en aquel miserable cautiverio. Padeció naufragio en los bajos que llaman de los Alacranes una carabela en que pasaba del Darien á la isla de Santo Domingo; y escapando en el esquife con otros veinte compañeros, se hallaron todos arrojados del mar en la costa de Yucatan, donde los prendieron y llevaron á una tierra de indios caribes: cuyo cacique mandó apartar luego á los que venian mejor tratados para sacrificarlos á sus ídolos, y celebrar despues un banquete con los miserables despojos del sacrificio. Uno de los que se reservaron para otra ocasion (defendidos entonces de su misma flaqueza) fue Gerónimo de Aguilar; pero le prendieron rigurosamente, y le regalaban con igual inhumanidad, pues le iban disponiendo para el segundo banquete. ¡Rara bestialidad, horrible á la naturaleza y á la pluma! Escapó como pudo de una jaula de madera en que le tenian, no tanto porque le pareciese posible salvar la vida, como para buscar otro género de muerte: y caminando algunos dias apartado de las poblaciones, sin otro alimento que el que le daban las yerbas del campo, cayó despues en manos de unos indios que le presentaron á otro cacique enemigo del primero, á quien hizo menos inhumano la oposicion á su contrario, y el deseo de afectar mejores costumbres. Sirvióle algunos años, esperimentando en esta nueva esclavitud diferentes fortunas; porque al principio le obligó á trabajar mas de lo que alcanzaban sus fuerzas; pero despues le hizo mejor tratamiento, pagado al parecer de su obediencia, y particularmente de su honestidad; para cuya esperiencia le puso en algunas ocasiones menos decentes en la narracion, que admirables en su continencia: que no hay tan bárbaro entendimiento donde no se deje conocer alguna inclinacion á las virtudes. Dióle ocupacion cerca de su persona, y en breves dias tuvo su estimacion y su confianza.

Muerto este cacique, le dejó recomendado á un hijo suyo, con quien se hizo el mismo lugar, y le favorecieron mas las ocasiones de acreditarse; porque le movieron guerra los caciques comarcanos y en ella se debieron á su valor y consejo diferentes victorias: con que ya tenia el valimiento de su amo y la veneracion de todos, hallándose con tanta autoridad, que cuando llegó la carta de Cortés pudo fácilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva suya las preseas que se le enviaron para su rescate.

Así lo referia él: y que de los otros españoles que estaban cautivos en aquella tierra, solo vivia un marinero natural de Palos de Moguer, que se llamaba Gonzalo Guerrero; pero que habiéndole manifestado la carta de Hernan Cortés, y procurado traerle consigo, no lo pudo conseguir porque se hallaba casado con una india bien acomodada, y tenia en ella tres ó cuatro hijos, á cuyo amor atribuia su ceguedad: fingiendo estos afectos naturales para no dejar aquella lastimosa comodidad que en sus cortas obligaciones pesaba mas que la honra y que la religion (1). No hallamos que se refiera de otro español en estas conquistas semejante maldad: indigno por cierto de esta memoria que hacemos de su nombre; pero no podemos borrar lo que escribieron otros, ni dejan de tener su enseñanza estas miserias á que está sujeta nuestra naturaleza, pues se conoce por ellas á lo que puede llegar el hombre, si le deja Dios.

## CAPITULO XVII.

**Prosigue Hernan Cortés su navegacion, y llega al rio de Grijalva, donde halla resistencia en los indios, y pelea con ellos en el mismo rio, y en la desembarcacion.**

Partieron segunda vez de aquella isla en cuatro de marzo del mismo año de mil quinientos diez y nueve; y sin que se les ofreciese acaecimiento digno de memoria, doblaron la punta de Cotoche, que, como vimos, está en lo mas oriental de Yucatan; y siguiendo la costa llegaron al parage de Champoton, donde se disputó si convenia salir á tierra: opinion á que se inclinaba Hernan Cortés por castigar en aquellos indios la resistencia que hicieron á Juan de Grijalva, y antes á Francisco Fernandez de Córdoba: y algunos soldados de los que se hallaron en ambas ocasiones, fomentaban con espíritu de venganza esta resolucion; pero el piloto mayor y los demas de su profesion se opusieron á ella con evidente demostracion, porque el viento que favorecia para pasar adelante era contrario para acercarse por aquella parte á la tierra; y así continuaron su viage y llegaron al rio de Grijalva, donde hubo menos que discurrir, porque el buen pasage que hicieron á su armada los indios de Tabasco, y el oro que entonces se llevó de aquella provincia eran dos incentivos poderosos que llamaban los ánimos á la tierra. Y Hernan Cortés condescendió con el voto comun de sus soldados, mirando á la conveniencia de conservar aquellos amigos, aunque no pensaba detenerse muchos dias en Tabasco, y siempre llevaba la mira en los dominios del príncipe Motezuma, cuyas

(1) En tiempo de Solís podia mirarse como una maldad el que un hombre no abandonase á su muger y sus hijos por irse con los cristianos. En el siglo presente no puede reputarse así. Guerrero obedeció en aquel acto á la naturaleza y á la religion: ni se desentendió de esta, puesto que la guardó en su alma, que es el verdadero templo de Dios.

noticias tuvo Juan de Grijalva en aquella provincia: siendo su dictámen que en este género de conquistas se debia ir primero á la cabeza que á los miembros, para llegar con las fuerzas enteras á lo mas dificultoso.

Sirvióse de la esperiencia que ya se tenia de aquel parage para disponer la entrada: y dejando aferrados los navíos de mayor porte, hizo pasar á los que podian navegar por el rio, y á los esquifes toda la gente prevenida de sus armas, y empezó á caminar contra la corriente, observando el órden con que gobernó su faccion Juan de Grijalva. Reconocieron á breve rato considerable número de canoas de indios armados, que ocupaban las dos riberas al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en la tierra. Fuese acercando Hernan Cortés con su fuerza unida, y ordenó que ninguno disparase ni diese á entender que se trataba de ofenderlos: imitando tambien en esto á Grijalva, como quien deseaba sin vanidad el acierto, y sabia cuanto se aventuraban los que se precian de abrir sendas, y tiran solo á diferenciarse de sus antecesores. Eran grandes las voces con que los indios procuraban detener á los forasteros: y luego que se pudieron distinguir, se conoció que Gerónimo de Aguilar entendia la lengua de aquella nacion, por ser la misma ó muy semejante á la que se hablaba en Yucatan: y Hernan Cortés tuvo por obra del cielo el hallarse con intérprete de tanta satisfaccion. Dijo Aguilar que las voces que se percibian eran amenazas, y que aquellos indios estaban de guerra; por cuya causa se fue deteniendo Cortés, y le ordenó que se adelantase en uno de los esquifes y los requiriese con la paz, procurando ponerlos en razon. Ejecutólo asi, y volvió brevemente con noticia de que era grande el número de indios que estaban prevenidos para defender la entrada del rio; tan obstinados en su resolucion, que negaron con insolencia los oidos á su embajada. No quisiera Hernan Cortés dar principio en aquella tierra á su conquista, ni embarazar el curso de su navegacion; pero considerando que se hallaba ya en el empeño, no le pareció conveniente volver atrás, ni de buena consecuencia el dejar consentido aquel atrevimiento.

Ibase acercando la noche, que en tierra no conocida trae sobre los soldados segunda obscuridad; y así determinó hacer alto para esperar el dia: y dando al mayor acierto de la faccion aquel tiempo que la dilataba, dispuso que se trajese la artillería de los bajeles mayores, y que se armase toda la gente con aquellos escaupiles ó capotes de algodon que resistian á las flechas; y dió las demas órdenes que tuvo por necesarias sin encarecer el riesgo ni desestimarle. Puso gran cuidado en esta primera empresa de su armada, conociendo lo que importa siempre el empezar bien; y particularmente en la guerra donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados: siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

Luego que llegó la mañana se dispusieron los bajeles en forma de media luna que se iba disminuyendo en su mismo tamaño, y remataba en los esquifes: para cuya ordenanza daba sobrado término la grandeza del rio, y se prosiguió la entrada con un género de sosiego que iba convidando con la paz; pero á breve rato se descubrieron las canoas de los indios que esperaban en la misma disposicion, y con las mismas amenazas que la tarde antes. Ordenó Cortés que ninguno de los suyos se moviese hasta que diesen la carga: diciendo á todos que allí se debia usar primero de la rodela que de la espada, por ser aquella una guerra cuya justicia consistia en la provocacion; y deseoso de hacer algo mas por la razon para tenerla de su parte, dispuso que se adelantase Aguilar segunda vez, y los volviese á requerir con la paz, dándoles á entender que aquella armada era de amigos que solo entraban á tratar de su bien en fé de la confederacion que tenian hecha con Juan de Grijalva; y que el no admitirlos seria faltar á ella, y ocasionarlos á que se abriesen el paso con las armas, quedando por su cuenta el daño que recibiesen.

Respondieron á este segundo requerimiento con hacer la seña de embestir, y se fueron mejorando ayudados de la corriente, hasta que puestos en distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, dispararon á un tiempo tanta multitud de ellas desde las canoas, y desde la márgen mas vecina del rio, que anduvo algo apresurada en los españoles la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa; pero recibida la primera carga, conforme á la órden que llevaban, usaron luego de sus armas y de sus esfuerzos con tanta diligencia, que los indios de las canoas desembarazaron el paso puestos en confusion, arrojándose muchos al agua con el espanto que concibieron del mismo daño que conocian en los suyos. Prosiguieron nuestros bajeles su entrada sin otra oposicion: y acostándose á la ribera sobre el lado izquierdo, trataron de salir á tierra; pero en parage tan pantanoso y cubierto de maleza, que se vieron en segundo conflicto; porque los indios que estaban emboscados, y los que escaparon del rio, se unieron á repetir sus cargas con nueva obstinacion; cuyas flechas, dardos y piedras hacian mayor la dificultad del pantano. Pero Hernan Cortés fue doblando su gente sin dejar de pelear, en tal disposicion, que las hileras que formaba detenian el ímpetu de los indios, y cubrian á los menos diligentes en la desembarcacion.

Formado su escuadron á vista de los enemigos, cuyo número crecia por instantes, ordenó al capitan Alonso Dávila que con cien soldados se adelantase por el bosque á ocupar la villa principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco, y distaba poco de aquel parage, segun las noticias que se tenian de la primera entrada. Cerró luego con la multitud enemiga, y la fue retirando con igual ardimiento que dificultad; porque se peleaba muchas veces con el lodo á la rodilla: y se refiere de Hernan Cortés, que forcejeando para vencer aquel impedimento, perdió en el lodo uno de los zapatos, y

peleó mucho rato con el pie descalzo sin conocer la falta ni el desabrigo : generoso divertimiento, dejar de estar en sí para estar mejor en lo que hacia.

Vencido el pantano se conoció flaqueza en los indios, que en un instante desaparecieron entre la maleza, parte atemorizados de verse ya sin las ventajas del terreno, y parte cuidadosos de acudir á Tabasco : de cuyo riesgo tuvieron noticia por haberse descubierto la marcha de Alonso Dávila; como se verificó despues en la multitud de gente que acudió á la defensa de aquella poblacion.

Teníanla fortificada con un género de muralla que usaban casi en todas las Indias, hecha de troncos robustos de árboles fijos en la tierra, al modo de nuestras estacadas; pero apretados entre sí con tal disposicion, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. Era el recinto de figura redonda, sin traveses ni otras defensas; y al cerrarse el círculo dejaba hecha la entrada, cruzando por algun espacio las dos líneas que componian una calle angosta en forma de caracol, donde acomodaban dos ó tres garitas ó castillejos de madera que estrechaban el paso, y servian de ordinario á sus centinelas : bastante fortaleza para las armas de aquel nuevo mundo, donde no se entendian, con feliz ignorancia, las artes de la guerra, ni aquellas ofensas y reparos que enseñó la malicia y aprendió la necesidad de los hombres.

## CAPITULO XVIII.

**Ganan los españoles á Tabasco : salen despues doscientos hombres á reconocer la tierra, los cuales vuelven rechazados de los indios, mostrando su valor en la resistencia y en la retirada.**

A esta villa, corte de aquella provincia, y de esta suerte fortificada, llegó Hernan Cortes algo antes que Alonzo Dávila, á quien detuvieron otros pantanos y lagunas, donde le llevó engañosamente el camino; y sin dar tiempo á los indios para que se reparasen, ni á los suyos para que discurriesen en la dificultad, incorporó con su gente los cien hombres que venian de refresco : y repartiendo algunos instrumentos que parecieron necesarios para deshacer la estacada, dió la señal de acometer, deteniéndose á decir solamente : « Aquel pueblo, amigos, ha de ser esta noche nuestro alojamiento : » en él se han retraido los mismos que acabais de vencer en la campaña. Esa frágil muralla que los defiende, sirve mas á su temor » que á su seguridad. Vamos pues á seguir la victoria comenzada, » antes que pierdan estos bárbaros la costumbre de huir, ó sirva » nuestra detencion á su atrevimiento. » Esto acabó de pronunciar con la espada en la mano; y diciendo lo demas con el ejemplo, se adelantó á todos, infundiendo en todos el deseo de adelantarse.

Embistieron á un tiempo con igual resolucion; y desviando con

las rodelas y con las espadas la lluvia de flechas que cegaba el camino, se hallaron brevemente al pie de aquella rústica fortificacion que cercaba al lugar. Sirvieron entonces sus mismas troneras á los arcabuces y ballestas de nuestra gente, con que se apartó el enemigo, y tuvieron lugar los que no peleaban de echar en tierra parte de la estacada. No hubo dificultad en la entrada, porque los indios se retiraron á lo interior de la villa; pero á pocos pasos se reconoció que tenian atajadas las calles con otras estacadas del mismo género, donde iban haciendo rostro y dando sus cargas, aunque con poco efecto, porque se embarazaban en su muchedumbre; y los que se retiraban huyendo de un reparo en otro, desordenaban á los que acometian.

Habia en el centro de la villa una gran plaza donde los indios hicieron el último esfuerzo; pero á breve resistencia volvieron las espaldas, desamparando el lugar, y corriendo atropelladamente á los bosques. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance, por dar tiempo á sus soldados para que descansasen, y á los fugitivos para que se inclinasen á la paz, dejándose aconsejar de su escarmiento.

Quedó entonces Tabasco por los españoles: poblacion grande y con todas las prevenciones de puesta en defensa, porque habian retirado sus familias y haciendas, y tenian hecha su provision de bastimentos, con que faltó el pillage á la codicia; pero se halló lo que pedia la necesidad. Quedaron heridos catorce ó quince de nuestros soldados, y con ellos nuestro historiador Bernal Diaz del Castillo: sigámosle tambien en lo que dice de sí, pues no se puede negar que fue valiente soldado, y en el estilo de su historia se conoce que se esplicaba mejor con la espada. Murieron de los indios considerable número, y no se averiguó el de sus heridos porque cuidaban mucho de retirarlos; teniendo á gran primor en su milicia que el enemigo no se alegrase de ver el daño que recibian.

Aquella noche se alojó nuestro ejército en tres adoratorios (1) que estaban dentro de la misma plaza donde sucedió el último combate; y Hernan Cortés echó su ronda y distribuyó sus centinelas, tan cuidadoso y tan desvelado como si estuviera en la frente de un ejército enemigo y veterano: que nunca sobran en la guerra estas prevenciones, donde suelen nacer de la seguridad los mayores peligros, y sirve tanto el recelo como el valor de los capitanes.

Hallóse con el dia la campaña desierta, y al parecer segura, porque en todo lo que alcanzaban la vista y el oido, ni habia señal, ni se percibia rumor del enemigo: reconociéronse, y se hallaron con la misma soledad los bosques vecinos al cuartel; pero no se resolvió Hernan Cortés á desampararle, ni dejó de tener por sospechosa tanta quietud; entrando en mayor cuidado cuando supo que el intérprete Melchor, que vino de la isla de Cuba, se habia escapado aquella

(1) Los adoratorios y los altares tenian entre los indios el nombre comun de *Cues* ó *Zues*: de ambos modos suelen llamarlos nuestros historiadores.

misma noche, dejando pendientes de un árbol los vestidos de cristiano : cuyos informes podian hacer daño entre aquellos bárbaros, como se verificó despues, siendo él quien los indujo á que prosiguiesen la guerra, dándoles á entender el corto número de nuestros soldados, y que no eran inmortales como creian, ni rayos las armas de fuego que manejaban; cuya aprension los tenia en términos de rogar con la paz. Pero no tardó mucho en pagar su delito; pues aquellos mismos que tomaron las armas á su persuasion, hallándose vencidos segunda vez, se vengaron de su consejo, sacrificándole miserablemente á sus idolos.

Resolvió Hernan Cortés en esta incertidumbre de indicios, que Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo, cada uno con cien hombres, marchasen por dos sendas que se descubrian algo distantes á reconocer la tierra; y que si hallasen gente de guerra, procurasen retirarse al cuartel, sin entrar en empeño superior á sus fuerzas. Ejecutóse luego esta resolucion; y Francisco de Lugo, á poco mas de una hora de marcha, dió en una emboscada de innumerables indios que le acometieron por todas partes, cargándole con tanta ferocidad, que se halló necesitado á formar de sus cien hombres un escuadroncillo pequeño con cuatro frentes, donde peleaban todos á un tiempo, y no habia parte que no fuese vanguardia. Crecia el número de los enemigos y la fatiga de los españoles, cuando permitió Dios que Pedro de Alvarado, á quien iba apartando de su compañero la misma senda que seguia, encontrase con unos pantanos que le obligaron á torcer el camino, poniéndole este accidente en parage donde pudo oir las respuestas de los arcabuces : con cuyo aviso aceleró la marcha, dejándose llevar del rumor de la batalla, y llegó á descubrir los escuadrones del enemigo á tiempo que los nuestros andaban forcejeando con la última necesidad. Acercóse cuanto pudo, amparado entre la maleza de un bosque, y avisando á Cortés de aquella novedad, con un indio de Cuba que venia en su compañía, puso en órden su gente, cerró con el escuadron de su banda tan determinadamente, que los indios, atemorizados del repentino asalto, le abrieron la entrada, huyendo á diversas partes, sin darle lugar para que los rompiese.

Respiraron con este socorro los soldados de Francisco de Luzo; y luego que los dos capitanes tuvieron unida su gente y dobladas sus hileras, embistieron con otro escuadron que cerraba el camino del cuartel, para ponerse en disposicion de ejecutar la órden que tenian de retirarse.

Hallaron resistencia; pero últimamente se abrieron el paso con la espada, y empezaron su marcha, siempre combatidos y alguna vez atropellados. Peleaban los unos mientras los otros se mejoraban : y siempre que alargaban el paso para ganar algun pedazo de tierra, cargaba sobre todos el grueso de los enemigos, sin hallar á quien ofender cuando volvian el rostro : porque se retiraban con la misma velocidad que acometian, moviéndose á una parte y otra estas ave-

nidas de gente, con aquel ímpetu al parecer que obedecen las olas del mar á la oposicion de los vientos.

Tres cuartos de legua habrian caminado los españoles, teniendo siempre en ejercicio las armas y el cuidado, cuando se dejó ver á poca distancia Hernan Cortés, que con el aviso que tuvo de Pedro de Alvarado, venia marchando al socorro de estas dos compañías con todo el resto de la gente: y luego que le descubrieron los indios se detuvieron, dejando alejar á los que le perseguian, y estuvieron un rato á la vista, dando á entender que amenazaban ó que no temian; aunque despues se fueron deshaciendo en varias tropas, y dejaron á sus enemigos la campaña. Pero Hernan Cortés se volvió á su cuartel sin entrar en mayor empeño; porque instaba la necesidad de que curasen los que venian heridos, que fueron once de ambas compañías, de los cuales murieron dos; que en esta guerra era número de mayor sonido, y se ponderó entre todos como pérdida que hizo costosa la jornada.

## CAPITULO XIX.

**Pelean los españoles con un ejército poderoso de los indios de Tabasco y su comarca; descríbese su modo de guerrear, y como quedó por Hernan Cortés la victoria.**

Hiciéronse en esta ocasion algunos prisioneros: y Hernan Cortés ordenó que Gerónimo de Aguilar los fuese examinando separadamente, para saber en qué fundaban su obstinacion aquellos indios, y con qué fuerza se hallaban para mantenerla. Respondieron con alguna variedad de las circunstancias; pero concordaron en decir que estaban convocados todos los caciques de la comarca para asistir á los de Tabasco; y que el dia siguiente se habia de juntar un ejército poderoso para acabar con los españoles, de cuya prevencion era un pequeño trozo el que peleó con Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado. Pusieron en algun cuidado á Hernan Cortés estas noticias; y sin dudar en lo que convenia, resolvió preguntarlo á sus capitanes, y obrar con su consejo lo que se habia de ejecutar con sus manos. Propúsoles « la dificultad en que se hallaban, el corto número de su » gente, y la prevencion grande que tenian hecha los indios para » deshacerlos, » sin encubrirles circunstancia alguna de lo que decian los prisioneros. Y pasó despues á considerar por otra parte « el » empeño de sus armas, poniéndoles delante de su mismo valor la » desnudez y flaqueza de sus contrarios, y la facilidad con que los » habian vencido en Tabasco y en la desembarcacion. » Y sobre todo cargó la consideracion « en la mala consecuencia de volver las » espaldas á la amenaza de aquellos bárbaros, cuya jactancia podria » llevar la voz á la misma tierra donde caminaban: siendo de tanto » peso este descrédito, que en su modo de entender, ó se debia dejar » enteramente la empresa de Nueva España, ó no pasar de allí sin

» que se consiguiese la paz ó la sujecion de aquella provincia; pero » que este dictámen suyo se quedaba en términos de proposicion, » porque su ánimo era ejecutar lo que tuviesen por mejor. »

Bien sabian todos que no era afectada en él esta docilidad, porque se preciaba mucho de amigo del consejo, y de conocer el acierto aunque le hallase en opinion agena: siendo esta una de sus mejores propiedades, y bastante argumento de su prudencia; pues no sobresale tanto el entendimiento en la razon que forma como en la que reconoce. Votaron con esta seguridad, y concordaron todos en que ya no era practicable el salir de aquella tierra, sin que sus habitadores quedasen reducidos ó castigados; con que pasó Cortés á las prevenciones de su empresa. Hizo luego que se llevasen los heridos á los bajeles, que se sacasen á la tierra los caballos, y que se previniese la artillería, y estuviese todo á punto para la mañana siguiente, que fue dia de la Anunciacion de nuestra Señora: memorable hasta hoy en aquella tierra por el suceso de esta batalla.

Luego que amaneció dispuso que oyese misa toda la gente: y encargando el gobierno de la infantería á Diego de Ordaz, montaron á caballo él y los demas capitanes, y empezaron su marcha al paso de la artillería que caminaba con dificultad por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al parage donde, segun las noticias de los prisioneros, se habia de juntar la gente del enemigo; y no hallaron persona de quien poder informarse, hasta que llegando cerca de un lugar que llamaban Cinthla, poco menos de una legua del cuartel, descubrieron á larga distancia un ejército de indios tan numeroso y tan dilatado que no se le hallaba el término con lo que alcanzaba la vista.

Describirémos cómo venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demas ocasiones de esta conquista, por ser uno en casi todas las naciones de Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, ó correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban tambien un género de dardos, que jugaban ó despedian segun la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimian á dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerian, para formar el corte, algunos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los estremos, que encargaban á los mas robustos: y habia indios pedreros, que revolvian y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodon mal aplicados al pecho; petos y rodelas de tabla ó conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban; y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demas venian desnudos, y todos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de

que usaban, creyendo que se hacian horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania: por cuya costumbre, semejante á la de estos indios, dice Tácito, que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñian las cabezas con unas como coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto; persuadidos tambien á que el penacho los hacia mayores y daba cuerpo á sus ejércitos. Tenian sus instrumentos y toques de guerra, con que se entendian y animaban en las ocasiones: flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de cajas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo, hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido: desapacible música, que debia de ajustarse con la desproporcion de sus ánimos.

Formaban sus escuadrones amontonando mas que distribuyendo la gente; y dejaban algunas tropas de reten que socorriesen á los que peligraban. Embestian con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad, y no la despreciaron los romanos; pues Julio César alaba los clamores de sus soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo; y Caton el mayor solia decir que debia mas victorias á las voces que á las espadas: creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazon. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; solo decimos que no era tan bárbara en los indios que no tuviese algunos ejemplares. Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudian á sus confederados, conducidas por sus caciques, ó por algun indio principal de su parentela, y se dividian en compañías, cuyos capitanes guiaban; pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasion mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que á la fuga.

De este género era la milicia de los indios; y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros españoles aquel ejército, ó aquella inundacion de gente, que venia al parecer, anegando la campaña. Reconoció Hernan Cortés la dificultad en que se hallaba, pero no desconfió del suceso, antes animó con alegre semblante á sus soldados; y poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince caballos, alargándose entre la maleza, para salir de través cuando lo dictase la ocasion. Llegó el ejército de los indios á distancia proporcionada, y dando primero la carga de sus flechas, embistieron con el escuadron de los españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que no bastando los arcabuces y las ballestas á detenerlos, se llegó breve-

mente á las espadas. Era grande el estrago que se hacia en ellos: y la artillería, como venian tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estaban tan obstinados y tan en sí, que en pasando la bala se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al aire puñados de tierra, para que no se viesen los que caian, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudia Diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de capitan sin olvidar el de soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacia poco en resistir: y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que no pudo acudir antes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió á la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo mas denso de los escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban solo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordaz que habiá llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenia á las espaldas; y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion que los obligó á ceder, y fue ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al paraje que tenian despejado Hernan Cortés y sus capitanes. Uniéronse todos para hacer el último esfuerzo, y fue necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear á lo largo con las armas arrojadizas: en cuya forma de apartarse, y escusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

Mandó Hernan Cortés que hiciese alto su gente, sin permitir que se ensangrentase mas la victoria: solo dispuso que se trajesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para volver á las pláticas de la paz, único fin de aquella guerra, que se miraba solo como circunstancia del intento principal. Quedaron muertos en la campaña mas de ochocientos indios, y fue grande el número de los heridos. De los nuestros murieron dos soldados, y salieron heridos setenta.

Constaba el ejército enemigo de cuarenta mil hombres (1), segun lo que hallamos escrito; que aunque bárbaros y desnudos, como ponderan algunos estrangeros, tenian manos para ofender; y cuando les faltase el valor, que es propio de los hombres, no les faltaria la ferocidad de que son capaces los brutos.

Fue la faccion de Tabasco, diga lo que quisiere la envidia, verdaderamente digna de la demostracion que se hizo despues, edifi-

(1) El mismo número escribe Cortés, y de él lo tomaron los demas historiadores; pero está evidentemente exajerado.

cando en memoria de ella y del dia en que sucedió, un templo con la advocacion de nuestra Señora de la Victoria, y dando el mismo nombre á la primera villa que se pobló de españoles en esta provincia. Débese atribuir al valor de los soldados la mayor parte del suceso, pues suplieron la desigualdad del número con la constancia y con la resolucion; aunque tuvieron de su parte la ventaja de pelear bien ordenados contra un ejército sin disciplina. Hizo Hernan Cortés posible la victoria rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: accion en que lucieron igualmente las manos y el consejo del capitan, siendo tanto el discurrirlo antes, como el ejecutarlo despues; y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente á los indios, porque no los habian visto hasta entonces, y aprendieron con el primer asombro que eran monstruos feroces, compuestos de hombre y bruto, al modo que, con menor disculpa, creyó la otra gentilidad sus centauros.

Algunos escriben que anduvo en esta batalla el apóstol Santiago pelando en un caballo blanco por sus españoles: y añaden que Hernan Cortés, fiado en su devocion, aplicaba este socorro al apóstol San Pedro; pero Bernal Diaz del Castillo niega con aseveracion este milagro, diciendo que ni le vió, ni oyó hablar en él á sus compañeros. Esceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza ó fuera de la opinion: á que confesamos poca inclinacion, y que en cualquier acontecimiento estraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia á las causas naturales; pero es cierto que los que leyeren la historia de las Indias, hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que para hacerse creibles fue necesario tenerlos por milagrosos.

## CAPITULO XX.

**Efectúase la paz con el cacique de Tabasco: y celebrándose en esta provincia la festividad del Domingo de Ramos, se vuelven á embarcar los españoles para continuar su viage.**

El dia siguiente mandó Hernan Cortés que se trajesen á su presencia los prisioneros, entre los cuales habia dos ó tres capitanes. Venian temerosos, creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad que usaban ellos con sus rendidos; pero Hernan Cortés los recibió con grande benignidad: y animándoles con el semblante y con los brazos, los puso en libertad, dándoles algunas bujerías, y diciéndoles solamente: « que él sabia vencer, y sabria perdonar. »

Pudo tanto esta piadosa demostracion, que dentro de pocas horas vinieron al cuartel algunos indios cargados de maiz, gallinas y otros bastimentos para facilitar con este regalo la paz, que venian á proponer de parte del cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar

y deslucida la que traia esta embajada; reparo que hizo Gerónimo de Aguilar, por ser estilo de aquella tierra el enviar á semejantes funciones indios principales con el mejor adorno de sus galas. Y aunque Hernan Cortés deseaba la paz, no quiso admitirla sin que viniese la proposicion como debia; antes mandó que los dispidiesen, y sin dejarse ver respondió al cacique por medio del intérprete: « que si deseaba su amistad, enviase personas de mas razon » y mas decentes á solicitarla. » Siendo de opinion, que no se debia dispensar en estas esterioridades de que se compone la autoridad, ni sufrir inadvertencias en el respeto del que viene á rogar: porque en este género de negocios suele andar el modo muy cerca de la substancia.

Enmendó el cacique su falta de reparo, enviando el dia despues treinta indios de mayor porte, con aquellos adornos de plumas y pendientes, á que se reducia toda su ostentacion. Traian estos su acompañamiento de indios cargados con otro regalo del mismo género, pero mas abundante. Admitiólos Hernan Cortés á su presencia asistido de todos sus capitanes, afectando alguna gravidad y entereza; porque le pareció conveniente suspender en aquel acto su agrado natural. Llegaron con grandes sumisiones; y echa la ceremonia de incensarle con unos braserillos en que se administraba el humo del aníme copal y otros perfumes, obsequio de que usaban en las ocasiones de su mayor veneracion, propusieron su embajada, que empezó en disculpas frívolas de la guerra pasada, y paró en pedir rendidamente la paz. Respondió Hernan Cortés ponderando su irritacion, para que se hiciese mas estimable lo que concedia á vista de las ofensas que olvidaba; y últimamente se asentó la paz con grande aplauso de los embajadores, que se retiraron muy contentos, y fácilmente enriquecidos con aquellas preseas valadíes de que hacian tanta estimacion.

Vino despues el cacique á visitar á Cortés con todo el séquito de sus capitanes y aliados, y con un presente de ropas de algodon, plumas de varios colores, y algunas piezas de oro bajo de mas artificio que valor. Manifestó luego su regalo como quien obligaba para ser admitido, y ponia la liberalidad al principio del rendimiento. Agasajóle mucho Hernan Cortés; y la visita fue toda cumplimientos y seguridades de la nueva amistad, dadas y recibidas por medio del intérprete con igual correspondencia. Hacian el mismo agasajo los capitanes españoles á los indios principales del acompañamiento; y andaba entre unos y otros la paz alegrando los semblantes, y supliendo con los brazos los defectos de la lengua.

Despidióse el cacique, dejando aplazada sesion para otro dia; y dió á entender su confianza y sinceridad con mandar á sus vasallos que volviesen luego á poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consigo sus familias para que asistiesen al servicio de los españoles.

El dia siguiente volvió al cuartel con el mismo acompañamiento, y con veinte indias bien adornadas á la usanza de su tierra, las

cuales dijo traia de presente á Cortés para que en el viage cuidasen de su regalo y el de sus campañeros, por ser diestras en acomodar al apetito la variedad de sus manjares, y en hacer el pan de maiz, cuya fábrica era desde su principio ministerio de mugeres.

Molian estas el grano entre dos piedras, al modo de las que nos dió á conocer el uso del chocolate: y hecho harina lo reducian á masa, sin necesitar de levadura, y lo tendian ó amoldaban sobre unos instrumentos como torteras de barro, de que se valian para darle en el fuego la última sazon: siendo este el pan, de cuya abundancia proveyó Dios aquel nuevo mundo para suplir la falta del trigo, y un género de mantenimiento agradable al paladar sin ofensa del estómago. Venia con estas mugeres una india principal de buen talle y mas que ordinaria hermosura, que recibió despues con el bautismo el nombre de Marina, y fue tan necesaria en la conquista como veremos en su lugar.

Apartóse Hernan Cortés con el cacique y con los principales de su séquito, y les hizo un razonamiento con la voz de su intérprete, dándoles á entender: « como era vasallo y ministro de un poderoso » monarca, y que su intento era hacerlos felices poniéndolos en la » obediencia de su príncipe; reducirlos á la verdadera religion, y » destruir los errores de su idolatría. » Esforzó estas dos proposiciones con su natural elocuencia y con su autoridad, de modo que los indios quedaron persuadidos, ó por lo menos inclinados á la razon. Su respuesta fue « que tendrian á gran conveniencia suya el » obedecer á un monarca, cuyo poder y grandeza se dejaba conocer » en el valor de tales vasallos. » Pero en el punto de la religion anduvieron mas detenidos.

Hacíales fuerza el ver deshecho su ejército por tan pocos españoles, para dudar si estaban asistidos de algun Dios superior á los suyos; pero no se resolvian á confesarlo, ni en admitir entonces la duda hicieron poco por la verdad.

Instaban los pilotos en que se abreviase la partida, porque segun sus observaciones, se aventuraba la armada en la detencion. Y aunque Hernan Cortés sentia el apartarse de aquella gente hasta dejarla mejor instruida, se halló obligado á tratar del viage. Y por venir cerca el Domingo de Ramos, señaló este dia para la embarcacion, disponiendo que se celebrase primero su festividad, segun el rito de la iglesia, observantísimo siempre en estas piedades religiosas; para cuyo efecto se fabricó un altar en el campo, y se cubrió de una enramada en forma de capilla: rústico, pero decente edificio, que tuvo la felicidad de segundo templo en Nueva España; y al mismo tiempo se iban embarcando bastimentos, y caminando en las demas prevenciones del viage. Ayudaban á todo los indios con oficiosa actividad, y el cacique asistia á Cortés con sus capitanes; durando todos en su veneracion, y convidando siempre con su obediencia: de cuya ocasion se valieron algunas veces el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Diaz, para intentar

reducirlos al camino de la verdad, prosiguiendo los buenos principios que dió Cortés á esta plática, y aprovechándose de los deseos de acertar que manifestaron en su respuesta: pero solo se encontraba en ellos una docilidad de rendidos, mas inclinada á recibir otro Dios, que á dejar alguno de los suyos. Oian con agrado, y deseaban al parecer hacerse capaces de lo que oian; pero apenas se hallaba la razon admitida de la voluntad, cuando volvia arrojada del entendimiento. Lo mas que pudieron conseguir entonces los dos sacerdotes fue dejarlos bien dispuestos, y conocer que pedia mas tiempo la obra de habilitar su rudeza, para entenderse mejor con su ceguedad.

El domingo por la mañana acudieron innumerables indios de toda aquella comarca á ver la fiesta de los cristianos, y hecha la bendicion de los ramos con la solemnidad que se acostumbra, se distribuyeron entre los soldados, y se ordenó la procesion, á que asistieron todos con igual modestia y devocion: digno espectáculo de mejor concurso, y que tendria algo de mayor realce á vista de aquella infidelidad, como sobresale ó resalta la luz en la oposicion de las sombras: pero no dejó de influir algun género de edificacion en los mismos infieles, pues decian á voces, segun lo refirió despues Aguilar: « gran Dios debe de ser este á quien se rinden tanto » unos hombres tan valerosos. » Erraban el motivo, y sentian la verdad.

Acabada la misa, se despidió Cortés del cacique y de todos los indios principales; y volviendo á renovar la paz con mayores ofertas y demostraciones de amistad, ejecutó su embarcacion, dejando aquella gente, en cuanto al rey, mas obediente que sujeta; y en cuanto á la religion, con aquella parte de salud, que consiste en desear ó no resistir el remedio.

## CAPITULO XXI.

**Prosigue Hernan Cortés su viage: llegan los bajeles á San Juan de Ulúa: salta la gente en tierra, y reciben embajada de los gobernadores de Motezuma: dáse noticia de quién era doña Marina.**

El lunes siguiente al Domingo de Ramos se hicieron á la vela nuestros españoles; y siguiendo la costa con las proas al Poniente, dieron vista á la provincia de Guazacoalco, y reconocieron, sin detenerse en el rio de Banderas, la isla de Sacrificios y los demas parages que descubrió y desamparó Juan de Grijalva, cuyos sucesos iban refiriendo con presuncion de noticiosos los soldados que le acompañaron; y Cortés aprendiendo en la infelicidad de aquella jornada lo que debia enmendar en la suya, con aquel género de prudencia que se aprovecha del error ageno. Llegaron finalmente á San Juan de Ulúa el Jueves Santo á medio dia: y apenas aferraron las naves entre la isla y la tierra buscando el resguardo de los nortes, cuando vieron salir de la costa mas vecina dos canoas grandes que en

aquella tierra se llamaban piraguas, y en ellas algunos indios que se fueron acercando con poco recelo á la armada, y daban á entender con esta seguridad y con algunos ademanes, que venian de paz y con necesidad de ser oidos.

Puestos á poca distancia de la capitana empezaron á hablar en otro idioma diferente, que no entendió Gerónimo de Aguilar; y fue grande la confusion en que se halló Hernan Cortés, sintiendo como estorbo capital de sus intentos el hallarse sin intérprete cuando mas le habia menester: pero no tardó el cielo en socorrer esta necesidad (grande artífice de traer como casuales las obras de su providencia). Hallábase cerca de los dos aquella india que llamaremos ya doña Marina, y conociendo en los semblantes de entrambos lo que discurrian ó lo que ignoraban, dijo en lengua de Yucatan á Gerónimo de Aguilar, que aquellos indios hablaban la mejicana, y pedian audiencia al capitan de parte del gobernador de aquella provincia. Mandó con esta noticia Hernan Cortés que subiesen á su navío, y cobrándose del cuidado antecedente volvió el corazon á Dios, conociendo que venia de su mano la felicidad de hallarse ya con instrumento, tan fuera de su esperanza, para darse á entender en aquella tierra tan deseada.

Era doña Marina, segun Bernal Diaz del Castillo, hija de un cacique de Guazacoalco, una de las provincias sujetas al rey de Méjico, que partia sus términos con la de Tabasco; y por ciertos accidentes de su fortuna, que refieren con variedad los autores, fue transportada en sus primeros años á Xicalango, plaza fuerte que se conservaba entonces en los confines de Yucatan, con presidio mejicano. Aquí se crió pobremente, desmentida en paños vulgares su nobleza, hasta que declinando mas su fortuna vino á ser, por venta ó por despojo de guerra, esclava del cacique de Tabasco, cuya liberalidad la puso en el dominio de Cortés. Hablábase en Guazacoalco y en Xicalango el idioma general de Méjico, y en Tabasco el de Yucatan, que sabia Gerónimo de Aguilar; con que se hallaba doña Marina capaz de ambas lenguas, y decia á los indios en la mejicana lo que Aguilar á ella en la de Yucatan, durando Hernan Cortés en este rodeo de hablar con dos intérpretes hasta que doña Marina aprendió la castellana, en que tardó pocos dias, porque tenia rara viveza de espíritu y algunos dotes naturales que acordaban la calidad de su nacimiento. Antonio de Herrera dice que fue natural de Xalisco, trayéndola desde muy lejos á Tabasco, pues está Xalisco sobre el otro mar, en lo último de la Nueva Galicia. Pudo hallarlo así en Francisco Lopez de Gomara; pero no sabemos por qué se aparta en esto y en otras noticias mas substanciales de Bernal Diaz del Castillo, cuya obra manuscrita tuvo á la mano, pues le sigue y le cita en muchas partes de su historia. Fue siempre doña Marina fidelísima intérprete de Hernan Cortés, y él la estrechó en esta confidencia por términos menos decentes que debiera, pues tuvo en ella un hijo que se llamó don Martin Cortés, y se puso el

hábito de Santiago, calificando la nobleza de su madre: reprensible medio de asegurarla en su fidelidad, que dicen algunos tuvo parte de política; pero nosotros creeríamos antes que fue desacierto de una pasion mal corregida, y que no es nuevo en el mundo el llamarse razon de estado la flaqueza de la razon.

Lo que dijeron aquellos indios cuando llegaron á la presencia de Cortés fue: « que Pilpatoe y Teutile, gobernador el uno, y el otro » capitan general de aquella provincia por el grande emperador » Motezuma, los enviaban á saber del capitan de aquella armada » con qué intento habia surgido en sus costas, y á ofrecerle el » socorro y la asistencia de que necesitase para continuar su viage. » Hernan Cortés los agasajó mucho, dióles algunas bujerías, hizo que los regalasen con manjares y vino de Castilla; y teniéndolos antes obligados que atentos les respondió: « que su venida era á tratar, » sin género de hostilidad, materias muy importantes á su príncipe » y á toda su monarquía; para cuyo efecto se veria con sus gober- » nadores, y esperaba hallar en ellos la buena acogida que el año » antes esperimentaron los de su nacion. » Y tomando algunas noticias por mayor de la grandeza de Motezuma, de sus riquezas y forma de gobierno, los despidió contentos y asegurados.

El dia siguiente Viernes Santo por la mañana, desembarcaron todos en la playa mas vecina, y mandó Cortés que se sacasen á tierra los caballos y la artillería, y que los soldados repartidos en tropas hiciesen fagina sin descuidarse con las avenidas, y fabricasen número suficiente de barracas en que defenderse del sol, que ardia con bastante fuerza. Plantóse la artillería en parte que mandase la campaña, y tardaron poco en hallarse todos debajo de cubierto, porque acudieron al trabajo muchos indios que envió Teutile con bastimentos y órden para que ayudasen en aquella obra; los cuales fueron de grande alivio, porque traian sus instrumentos de pedernal con que cortaban las estacas, y fijándolas en tierra, entretegian con ellas ramos y hojas de palma, formando las paredes y el techo con presteza y facilidad: maestros en este género de arquitectura que usaban en muchas partes para sus habitaciones; y menos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza que los que fabrican grandes palacios para que viva estrechamente su vanidad. Traian tambien algunas mantas de algodon que acomodaron sobre las barracas principales para que estuviesen mas defendidas del sol; y en la mejor de ellas ordenó Hernan Cortés que se levantase un altar, sobre cuyos adornos se colocó una imágen de nuestra Señora, y se puso una cruz grande á la entrada: prevencion para celebrar la Pascua, y primera atencion de Cortés en que andaba siempre su cuidado compitiendo con el de los sacerdotes. Bernal Diaz del Castillo asienta que se dijo misa en este altar el mismo dia de la desembarcacion: no creemos que el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Diaz ignorasen que no se podia decir en Viernes Santo. Fíase muchas veces

de su memoria con sobrada celeridad; pero mas se debe estrañar que le siga, ó casi le traslade en esto Antonio de Herrera: seria en ambos inadvertencia, cuyo reparo nos obliga menos á la correccion agena que á temer, para nuestra enseñanza, las facilidades de la pluma.

Súpose de aquellos indios que el general Teutile se hallaba con número considerable de gente militar, y andaba introduciendo con las armas el dominio de Motezuma en unos lugares recien conquistados de aquel parage, cuyo gobierno político estaba á cargo de Pilpatoe; y la demostracion de enviar bastimentos, y aquellos paisanos que ayudasen en la obra de las barracas, tuvo, segun lo que se pudo colegir, algo de artificio, porque se hallaban asombrados y recelosos de haber entendido el suceso de Tabasco, cuya noticia se habia divulgado ya por todo el contorno; y considerándose con menores fuerzas, se valieron de aquellos presentes y socorros para obligar á los que no podian resistir: diligencias del temor que suele hacer liberales á los que no se atreven á ser enemigos.



# LIBRO SEGUNDO.

## CAPITULO PRIMERO.

**Vienen el general Teutile y el gobernador Pilpatoe á visitar á Cortés en nombre de Motezuma. Dáse cuenta de lo que pasó con ellos, y con los pintores que andaban dibujando el ejército de los españoles.**

Pasáronse aquella noche y el dia siguiente con mas sosiego que descuido, acudiendo siempre algunos indios al trabajo del alojamiento, y á traer víveres á trueco de bujerías; sin que hubiese novedad, hasta que el primer dia de la Pascua por la mañana vinieron Teutile y Pilpatoe con grande acompañamiento á visitar á Cortés, que los recibió con igual aparato, adornándose del respeto de sus capitanes y soldados, porque le pareció conveniente crecer en la autoridad para tratar con ministros de mayor príncipe. Pasadas las primeras cortesías y cumplimientos, en que cedieron los indios, y Cortés procuró templar la severidad con el agrado, los llevó consigo á la barraca mayor, que tenia veces de templo, por ser ya hora de los divinos oficios, haciendo que Aguilar y doña Marina les dijesen, que antes de proponerles el fin de su jornada queria cumplir con su religion, y encomendar al Dios de sus dioses el acierto de su proposicion.

Celebróse luego la misa con toda la solemnidad que fue posible: cantóla fray Bartolomé de Olmedo, y la oficiaron el licenciado Juan Diaz, Gerónimo de Aguilar y algunos soldados que entendian el canto de la iglesia; asistiendo á todos aquellos indios con un género de asombro que, siendo efecto de la novedad, imitaba la devocion. Volvieron luego á la barraca de Cortés y comieron con él los dos gobernadores, poniéndose igual cuidado en el regalo y en la ostentacion.

Acabado el banquete llamó Hernan Cortés á sus intérpretes, y no sin alguna entereza dijo: « Que su venida era á tratar con el emperador Motezuma de parte de don Cárlos de Austria, monarca del Oriente, materias de gran consideracion, convenientes no solo á su persona y estados, sino al bien de todos sus vasallos; para cuya introduccion necesitaba de llegar á su real presencia, y esperaba ser admitido á ella con toda la benignidad y atencion que se debia á la misma grandeza del rey que le enviaba. » Torcieron el semblante ambos gobernadores á esta proposicion, oyéndola al

parecer con desagrado, y antes de responder á ella mandó Teutile que trajesen á la barraca un regalo que tenia prevenido, y fueron entrando en ella hasta veinte ó treinta indios cargados de bastimentos, ropas sutiles de algodon, plumas de varios colores, y una caja grande en que venian diferentes piezas de oro primorosamente labradas. Hizo su presente con despejo y urbanidad; y despues de verle admitido y celebrado, se volvió á Cortés, y por medio de los mismos intérpretes le dijo: « que recibiese aquella pequeña demostra-
» cion con que le agasajaban dos esclavos de Motezuma, que tenian
» órden para regalar á los estrangeros que llegasen á sus costas;
» pero que tratase luego de proseguir su viage, llevando entendido
» que el hablar á su príncipe era negocio muy árduo, y que no an-
» daban menos liberales en darle de presente aquel desengaño, antes
» que esperimentase la dificultad de su pretension. »

Replicóle Cortés con algun enfado: « que los reyes nunca nega-
» ban los oidos á las embajadas de otros reyes: ni sus ministros
» podian, sin consulta suya, tomar sobre sí tan atrevida resolucion:
» que lo que en este caso les tocaba era avisar á Motezuma de su
» venida, para cuya diligencia les daria tiempo; pero que le avisa-
» sen tambien de que venia resuelto á verle, y con ánimo determi-
» nado de no salir de su tierra llevando desairada la representacion
» de su rey. » Puso en tanto cuidado á los indios esta animosa determinacion de Cortés, que no se atrevieron á replicarle, antes le pidieron encarecidamente que no se moviese de aquel alojamiento hasta que llegase la respuesta de Motezuma, ofreciendo asistirle con todo lo que hubiese menester para el sustento de sus soldados.

Andaban á este tiempo algunos pintores mejicanos, que vinieron entre el acompañamiento de los dos gobernadores, copiando con gran diligencia sobre lienzos de algodon, que traian prevenidos y emprimados para este ministerio, las naves, los soldados, las armas, la artillería y los caballos, con todo lo demas que se hacia reparable á sus ojos; de cuya variedad de objetos formaban diferentes paises de no despreciable dibujo y colorido.

Nuestro Bernal Diaz se alarga demasiado en la habilidad de estos pintores, pues dice que retrataron á todos los capitanes, y que iban muy parecidos los retratos. Pase por encarecimiento menos parecido á la verdad; porque dado que poseyesen con fundamento el arte de la pintura, tuvieron poco tiempo para detenerse á las prolijidades ó primores de la imitacion (1).

Hacíanse estas pinturas de órden de Teutile para avisar con ellas á Motezuma de aquella novedad: y á fin de facilitar su inteligencia iban poniendo á trechos algunos caractéres, con que al parecer esplicaban y daban significacion á lo pintado. Era este su modo de

(1) Bernal Diaz exajera en efecto. El dibujo entre los indios era muy tosco, y mas en la figura humana: su principal habilidad consistia en dibujar animales, plantas, y otros objetos que les servian de geroglíficos á falta de escritura.

escribir, porque no alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones para retratar las sílabas y hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con los pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demas con números y señales significativas; en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto, y daban entera la razon: primoroso artificio, de que se infiere su capacidad semejante á los geroglíficos que practicaron los egipcios, siendo en ellos ostentacion del ingenio lo que en estos indios estilo familiar, de que usaron con tanta destreza y felicidad los mejicanos, que tenian libros enteros de este género de caractéres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades, y daban á la posteridad los anales de sus reyes (1).

Llegó á noticia de Cortés la obra en que se ocupaban estos pintores, y salió á verlos no sin alguna admiracion de su habilidad; pero advertido de que se iba dibujando en aquellos lienzos la consulta que Teutile formaba para que supiese Motezuma su proposicion y las fuerzas con que se hallaba para mantenerla, reparó con la viveza de su ingenio, en que estaban con poca accion y movimiento aquellas imágenes mudas para que se entendiese por ellas el valor de sus soldados, y asi resolvió ponerlos en ejercicio para dar mayor actividad ó representacion á la pintura.

Mandó con este fin que se tomasen las armas; puso en escuadron toda su gente: hizo que se previniese la artillería; y diciendo á Teutile y á Pilpatoe que los queria festejar á la usanza de su tierra, montó á caballo con sus capitanes. Corriéronse primero algunas parejas, y despues se formó una escaramuza con sus ademanes de guerra; en cuya novedad estuvieron los indios como embelesados y fuera de sí, porque reparando en la ferocidad obediente de aquellos brutos, pasaban á considerar algo mas que natural en los hombres que los manejaban. Respondieron luego á una seña de Cortés los arcabuces, y poco despues la artillería; creciendo al paso que se repetia y se aumentaba el estruendo, la turbacion y el asombro de aquella gente, con tan varios efectos que unos se dejaron caer en tierra, otros empezaron á huir, y los mas advertidos afectaban la admiracion para disimular el miedo.

Asegurólos Hernan Cortés, dándoles á entender que entre los españoles eran así las fiestas militares, como quien deseaba hacer formidables las veras con el horror de los entretenimientos; y se reconoció luego que los pintores andaban inventando nuevas efigies y caractéres con que suplir lo que faltaba en sus lienzos. Dibujaban unos la gente armada y puesta en escuadron: otros los caballos en su ejercicio y movimiento: figuraban con la llama y el humo el oficio de la artillería; y pintaban hasta el estruendo con la semejanza

(1) Las provincias tributarias de Méjico se distinguian por atributos que les eran peculiares: solo al lenguage oral estaba encomendado su verdadero nombre.

del rayo, sin omitir alguna de aquellas circunstancias espantosas que hablaban mas derechamente con el cuidado de su rey.

Entretanto Cortés se volvió á su barraca con los gobernadores; y despues de agasajarlos con algunas joyuelas de Castilla, dispuso un presente de varias preseas que remitiesen de su parte á Motezuma; para cuyo regalo se escogieron diferentes curiosidades del vidrio menos valadí ó mas resplandeciente, á que se añadió una camisa de holanda, una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de oro en que estaba la imágen de San Jorge, y una silla labrada de taracea, en que debieron de hacer tanto reparo los indios que se tuvo por alhaja de emperador. Con esta corta demostracion de su liberalidad, que entre aquella gente pareció magnificencia, suavizó Hernan Cortés la dureza de su pretension, y despidió á los dos gobernadores igualmente agradecidos y cuidadosos.

## CAPITULO II.

**Vuelve la respuesta de Motezuma con un presente de mucha riqueza: pero negada la licencia que se pedia para ir á Méjico.**

Hicieron alto los indios á poca distancia del cuartel, y entraron al parecer en consulta sobre lo que debian obrar; porque resultó de esta detencion el quedarse Pilpatoe á la mira de lo que obraban los españoles; para cuyo efecto, determinado el sitio, se formaron diferentes barracas, y en breves horas amaneció fundado un lugar en la campaña de considerable poblacion. Previnose luego Pilpatoe contra el reparo que podia causar esta novedad, avisando á Hernan Cortés que se quedaba en aquel parage para cuidar de su regalo, y asistir mejor á las provisiones de su ejército; y aunque se conoció el artificio de este mensage, porque su fin principal era estar á la vista del ejército y velar sobre sus movimientos, se les dejó el uso de su disimulacion, sacando fruto del mismo pretesto; porque acudian con todo lo necesario, y los traia mas puntuales y cuidadosos el recelo de que se llegase á entender su desconfianza.

Teutile pasó al lugar de su alojamiento, y despachó á Motezuma el aviso de lo que pasaba en aquella costa, remitiéndole con toda diligencia los lienzos que se pintaron de su órden y el regalo de Cortés. Tenian para este efecto los reyes de Méjico grande prevencion de correos distribuidos por todos los caminos principales del reino; á cuyo ministerio aplicaban los indios mas veloces, y los criaban cuidadosamente desde niños, señalando premios del erario público á favor de los que llegasen primero al sitio destinado: y el padre José de Acosta, fiel observador de las costumbres de aquella gente, dice que la escuela principal donde se agilitaban estos indios corredores, era el primer adoratorio de Méjico, donde estaba el ídolo sobre ciento y veinte gradas de piedra, y ganaban el premio los que lle-

gaban primero á sus pies. Notable ejercicio para enseñado en el templo; y seria esta la menor indecencia de aquella miserable palestra. Mudábanse estos correos de lugar en lugar, como los caballos de nuestras postas; y hacian mayor diligencia, porque se iban sucediendo unos á otros antes de fatigarse : con que duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera.

En la historia general hallamos referido que llevó sus despachos y pinturas el mismo Teutile, y que volvió en siete dias con la respuesta : sobrada ligereza para un general. No parece verisímil, habiendo sesenta leguas por el camino mas breve desde Méjico á San Juan de Ulúa : ni se puede creer fácilmente que viniese á esta funcion el embajador mejicano, que nuestro Bernal Diaz llama Quintalbor, ó los cien indios nobles con que le acompaña el rector de Villahermosa; pero esto hace poco en la sustancia. La respuesta llegó en siete dias, número en que concuerdan todos, y Teutile vino con ella al cuartel de los españoles. Traia delante de sí un presente de Motezuma, que ocupaba los hombros de cien indios de carga; y antes de dar su embajada, hizo que se tendiesen sobre la tierra unas esteras de palma, que llamaban petates, y que sobre ellas se fuesen acomodando y poniendo, como en aparador, las alhajas de que se componia el presente.

Venian diferentes ropas de algodon tan delgadas y bien tejidas, que necesitaban del tacto para diferenciarse de la seda; cantidad de penachos, y otras curiosidades de pluma, cuya hermosa y natural variedad de colores, buscados en las aves esquisitas que produce aquella tierra, sobreponian y mezclaban con admirable prolijidad, distribuyendo los matices, y sirviéndose del claro y oscuro tan acertadamente, que sin necesitar de los colores artificiales ni valerse del pincel, llegaban á formar pintura y se atrevian á la imitacion del natural. Sacaron despues muchas armas, arcos, flechas y rodelas de maderas estraordinarias. Dos láminas muy grandes de hechura circular, la una de oro, que mostraba entre sus relieves la imágen del sol, y la otra de plata, en que venia figurada la luna; y últimamente cantidad considerable de joyas y piezas de oro con alguna pedrería, collares, sortijas, y pendientes á su modo, y otros adornos de mayor peso en figuras de aves y animales, tan primorosamente labrados, que á vista del precio se dejaba reparar el artificio.

Luego que Teutile tuvo á la vista de los españoles toda esta riqueza, se volvió á Cortés, y haciendo seña á los intérpretes, le dijo : « que el grande emperador Motezuma le enviaba aquellas » alhajas en agradecimiento de su regalo, y en fé de lo que esti» maba la amistad de su rey; pero que no tenia por conveniente, » ni entonces era posible segun el estado presente de sus cosas, el » conceder su beneplácito á la permision que pedia para pasar á su » corte. » Cuya repulsa procuró Teutile honestar, fingiendo asperezas en el camino, indios indómitos, que tomarian las armas para

embarazar el paso, y otras dificultades que traian muy descubierta la intencion, y daban á entender con algun misterio, que habia razon particular, y era esta la que veremos despues, para que Motezuma no se dejase ver de los españoles.

Agradeció Cortés el presente con palabras de toda veneracion, y respondió á Teutile: « que no era su intento faltar á la obediencia » de Motezuma; pero que tampoco le seria posible retroceder » contra el decoro de su rey, ni dejar de persistir en su demanda » con todo el empeño á que obligaba la reputacion de una corona » venerada y atendida entre los mayores príncipes de la tierra. » Discurriendo en este punto con tanta viveza y resolucion, que los indios no se atrevieron á replicarle; antes le ofrecieron hacer segunda instancia á Motezuma: y él los despidió con otro regalo como el primero, dándoles á entender que esperaria sin moverse de aquel lugar la respuesta de su rey; pero que sentiria mucho que tardase, y hallarse obligado á solicitarla desde mas cerca.

Admiró á todos los españoles el presente de Motezuma, pero no todos hicieron igual concepto de aquellas opulencias: antes discurrian con variedad, y porfiaban entre sí, no sin presuncion de lo que discurrian. Unos entraban en esperanzas de mejor fortuna, prometiéndose grandes progresos de tan favorables principios: otros ponderaban la grandeza del presente, para colegir de ella el poder de Motezuma, y pasar con el discurso á la dificultad de la empresa: muchos acusaban absolutamente como temeridad el intentar con tan poca gente obra tan grande; y los mas defendian el valor y la constancia de su capitan, dando por hecha la conquista, y entendiendo cada uno aquella prosperidad, segun el afecto que predominaba en su ánimo: porfías y corrillos de soldados, donde se conoce mejor que en otras partes lo que puede el corazon con el entendimiento. Pero Hernan Cortés los dejaba discurrir sin manifestar su dictámen, hasta aconsejarse con el tiempo: y para no tener ociosa la gente, que es el mejor camino de tenerla menos discursiva, ordenó que saliesen dos bajeles á reconocer la costa, y á buscar algun puerto ó ensenada de mejor abrigo para la armada, que en aquel parage estaba con poco resguardo contra los vientos septentrionales, y algun pedazo de tierra menos estéril donde acomodar el alojamiento, entretanto que llegase la respuesta de Motezuma; tomando pretesto de lo que padecia la gente en aquellos arenales, donde heria y reverberaba el sol con doblada fuerza, y habia otra persecucion de mosquitos que hacian menos tolerables las horas del descanso. Nombró por cabo de esta jornada al capitan Francisco de Montejo, y eligió los soldados que le habian de acompañar, entresacando los que se inclinaban menos á su opinion. Ordenóle que se alargase cuanto pudiese por el mismo rumbo que llevó el año antes en compañía de Grijalva, y que trajese observadas las poblaciones que se descubriesen desde la costa, sin salir á reconocerlas, señalándole diez dias de término

para la vuelta, por cuyo medio dispuso lo que parecia conveniente: dió que hacer á los inquietos, y entretuvo á los demas con la esperanza del alivio: quedando cuidadoso y desvelado entre la grandeza del intento y la cortedad de los medios; pero resuelto á mantenerse hasta ver todo el fondo á la dificultad, y tan dueño de sí que desmentia la batalla interior con el sosiego y alegría del semblante.

## CAPITULO III.

**Dáse cuenta de lo mal que se recibió en Méjico la porfía de Cortés, de quien era Motezuma, la grandeza de su imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía cuando llegaron los españoles.**

Causó grande turbacion en Méjico la segunda instancia de Cortés. Enojóse Motezuma, y propuso con el primer ímpetu acabar de una vez con aquellos estrangeros que se atrevian á porfiar contra su resolucion; pero entrando despues en mayor consideracion, se cayó de ánimo, y ocupó el lugar de la ira la tristeza y la confusion. Llamó luego á sus ministros y parientes; hiciéronse misteriosas juntas; acudióse á los templos con públicos sacrificios; y el pueblo empezó á desconsolarse de ver tan cuidadoso á su rey, y tan asustados á los que tenian por su cuenta el gobierno: de que resultó el hablarse con poca reserva en la ruina de aquel imperio, y en las señales y presagios de que estaba segun sus tradiciones amenazado. Pero ya parece necesario que averigüemos quién era Motezuma; qué estado tenia en esta sazon su monarquía; y por qué razon se asustaron tanto él y sus vasallos con la venida de los españoles.

Hallábase entonces en su mayor aumento el imperio de Méjico, cuyo domino reconocian casi todas las provincias y regiones que se habian descubierto en la América septentrional, gobernadas entonces por él y por otros régulos ó caciques tributarios suyos. Corria su longitud de Oriente á Poniente mas de quinientas leguas; y su latitud de Norte á Sur llegaba por algunas partes á doscientas: tierra poblada, rica y abundante. Por el Oriente partia sus límites con el mar Atlántico, que hoy se llama del Norte, y discurria sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panuco á Yucatan. Por el Occidente tocaba con el otro mar, registrando el Océano Asiático, ó sea el golfo de Anián, desde el cabo de Mendocino hasta los estremos de la Nueva Galicia. Por la parte del Mediodia se dilataba mas, corriendo sobre el mar del Sur desde Acapulco á Guatemala, y llegaba á introducirse por Nicaragua en aquel istmo ó estrecho de tierra que divide y engaza las dos Américas. Por la banda del Norte se alargaba hácia la parte de Panuco hasta comprender aquella provincia; pero se dejaba estrechar considerablemente de los montes ó serranías que ocupaban los chichimecas

y otomies, gente bárbara sin república ni policía, que habitaba en las cavernas de la tierra, ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistieron varias veces á todo el poder mejicano, enemigos de la sujecion, que se contentaban con no dejarse vencer, y aspiraban solo á conservar entre las fieras su libertad.

Creció este imperio de humildes principios á tan desmesurada grandeza en poco mas de ciento y treinta años: porque los mejicanos, nacion belicosa por naturaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demas naciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero á un capitan valeroso que los hizo soldados, y les dió á conocer la gloria militar: despues eligieron rey, dando el supremo dominio al que tenia mayor crédito de valiente, porque no conocian otra virtud que la fortaleza, y si conocian otras, eran inferiores en su estimacion. Observaron siempre esta costumbre de elegir por su rey al mayor soldado, sin atender á la sucesion, aunque en igualdad de hazañas preferia la sangre real; y la guerra que hacian los reyes, iba poco á poco ensanchando la monarquía. Tuvieron al principio de su parte la justicia de las armas, porque la opresion de sus confinantes los puso en términos de inculpable defensa, y el cielo favoreció su causa con los primeros sucesos; pero creciendo despues el poder, perdió la razon y se hizo tiranía.

Veremos los progresos de esta nacion y sus grandes conquistas cuando hablemos de la série de sus reyes, y esté menos pendiente la narracion principal. Fue el undécimo de ellos, segun lo pintaban sus anales, Motezuma, segundo de este nombre, varon señalado y venerable entre los mejicanos aun antes de reinar.

Era de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitan con diferentes hazañas que le dieron grande opinion. Volvió á la corte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera eleccion: tratándose en lo interior de su ánimo como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la corona.

Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de política: ciencia que no todas veces se desdeña de andar entre los bárbaros, y que antes suele hacerlos, cuando la razon que llaman de estado se apodera de la razon natural. Afectaba grande obediencia y veneracion á su rey, y estraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras: cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solian decir los indios que le venia bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *príncipe sañudo*, aunque procuraba templar esta severidad forzando el agrado con la liberalidad.

Acreditábase tambien de muy observante en el culto de su reli-

gion : poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por lo esterior; y con este fin labró en el templo mas frecuentado un apartamiento á manera de tribuna, donde se recogia muy á la vista de todos, y se estaba muchas horas entregado á la devocion del aura popular, ó colocando entre sus dioses el ídolo de su ambicion.

Hízose tan venerable con este género de esterioridades, que cuando llegó el caso de morir el rey su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptacion con especies de repugnancia: pero apenas ocupó la silla imperial cuando cesó aquel artificio en que traia violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera accion en que manifestó su altivez fue despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya; y con pretesto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios menos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la magestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, estendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo á los demas.

Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallage, trayendo á sus erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia (1).

Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias, á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan celoso de su autoridad, que se ajustaba mal á que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenia inclinacion y espíritu militar. Solo resistieron á su poder y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Tlascala y Tepeaca; y solia decir él, que no las sojuzgaba porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses : tirano hasta en lo que sufria, ó en lo que dejaba de castigar.

Habia reinado catorce años cuando llegó á sus costas Hernan

(1) A esta clase pertenecian los sacos ó zurrones del piojillo y de hormigas con que obligaba á contribuir semanalmente á las personas pobres de Méjico. Aunque semejante exigencia lleve todos los visos de tiránica, tenia sin embargo un objeto laudable, cual era la estincion de aquellos insectos que allí se reproducian prodigiosamente y aniquilaban las sementeras. Solís, al censurarlo, no descubrió en ello una providencia de buen gobierno.

Cortés, y el último de ellos fue todo presagios y portentos de grande horror y admiracion, ordenados ó permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer menos imposible á los españoles aquella grande obra que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su providencia.

## CAPITULO IV.

**Refiérense diferentes prodigios y señales que se vieron en Méjico antes que llegase Cortés, de que aprendieron los indios que se acercaba la ruina de aquel imperio.**

Sabido quién era Motezuma y el estado y grandeza de su imperio, resta inquirir los motivos en que se fundaron este príncipe y sus ministros para resistir porfiadamente á la instancia de Hernan Cortés : primera diligencia del demonio, y primera dificultad de la empresa. Luego que se tuvo en Méjico noticia de los españoles, cuando el año antes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empezaron á verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusieron á Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso, de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir por el Poniente otro cometa ó exalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecian en el aire.

La gran laguna de Méjico rompió sus márgenes, y salió impetuosamente á inundar la tierra, llevándose tras sí algunos edificios con un género de ondas que parecian herbores, sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el origen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarle, se vieron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á poco mas que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas que pronosticaban el fin de aquella monarquía; y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas; ó lo que entenderia quizá del autor de la naturaleza, que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trajéronse á la presencia del rey diferentes monstruos de horrible y nunca vista deformidad, y denotaban grandes infortunios; que á su parecer contenian significacion, y si se llamaron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad que los puso este nombre, no era mucho que se

tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la superstición.

Dos casos muy notables refieren las historias que acabaron de turbar el ánimo de Motezuma, y no son para omitidos, puesto que no los desestiman el padre José de Acosta, Juan Botero y otros escritores de juicio y autoridad. Cogieron unos pescadores cerca de la laguna de Méjico un pájaro monstruoso de estraordinaria hechura y tamaño, y dando estimacion á la novedad, se le presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya obscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol como quien no acababa de creer el dia; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venia de la parte del Oriente haciendo grande estrago en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil hasta que muchos de ellos hicieron la misma experiencia; pero luego se les fué, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.

Pocos dias despues vino al palacio un labrador, tenido en opinion de hombre sencillo, que solicitó con porfiadas y misteriosas instancias la audiencia del rey. Fue introducido á su presencia despues de varias consultas; y hechas sus humillaciones sin género de turbacion ni encogimiento, le dijo en su idioma rústico, pero con un género de libertad y elocuencia que daba á entender algun furor mas que natural, ó que no eran suyas sus palabras: « Ayer » tarde, señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio de » la tierra, ví un águila de estraordinaria grandeza que se abatió » impetuosamente sobre mí, y arrebatándome entre sus garras, me » llevó largo trecho por el aire hasta ponerme cerca de una gruta » espaciosa, donde estaba un hombre con vestiduras reales dur» miendo entre diversas flores y perfumes, con un pebete encendido » en la mano. Acerquéme algo mas y ví una imágen tuya, ó fuese » tu misma persona, que no sabré afirmarlo, aunque á mi parecer » tenia libres los sentidos. Quise retirarme atemorizado y respetivo; » pero una voz impetuosa me detuvo y me sobresaltó de nuevo, » mandándome que te quitase el pebete de la mano, y le aplicase á » una parte del muslo que tenias descubierta: rehusé cuanto pude » el cometer semejante maldad; pero la misma voz, con horrible » superioridad, me violentó á que obedeciese. Yo mismo, señor, » sin poder resistir, hecho entonces del temor el atrevimiento, te » apliqué el pebete encendido sobre el muslo, y tú sufriste el cau» terio sin dispertar ni hacer movimiento. Creyera que estabas

» muerto, si no se diera á conocer la vida en la misma quietud de » tu respiracion, declarándose el sosiego en falta de sentido; y » luego me dijo aquella voz que al parecer se formaba en el viento: » así duerme tu rey, entregado á sus delicias y vanidades, cuando » tiene sobre sí el enojo de los dioses, y tantos enemigos que » vienen de la otra parte del mundo á destruir su monarquía y su » religion. Dirásle que despierte á remediar si puede las miserias y » calamidades que le amenazan: y apenas pronunció esta razon » que traigo impresa en la memoria, cuando me prendió el águila » entre sus garras y me puso en mi heredad sin ofenderme. Yo » cumplo así lo que me ordenan los dioses: despierta, señor, que » los tiene irritados tu soberbia y tu crueldad. Despierta, digo otra » vez, ó mira cómo duermes, pues no te recuerdan los cauterios de » tu conciencia; ni ya puedes ignorar que los clamores de tus pue- » blos llegaron al cielo primero que á tus oidos. »

Estas ó semejantes palabras dijo el villano, ó el espíritu que hablaba en él, y volvió las espaldas con tanto denuedo, que nadie se atrevió á detenerle. Iba Motezuma con el primer movimiento de su ferocidad á mandar que le matasen, y le detuvo un nuevo dolor que sintió en el muslo, donde halló y reconocieron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demostracion le dejó atemorizado y discursivo; pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la aplacacion de sus dioses: avisos ó amonestaciones motivadas por el demonio que traian consigo el vicio de su origen, sirviendo mas á la ira y á la obstinacion, que al conocimiento de la culpa.

En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte (1) la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion lo entendieron así los españoles. Dejamos su recurso á la verdad; pero no tenemos por inverisímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los españoles, y poner estorbos á la introduccion del Evangelio: pues es cierto que pudo (suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia) fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas, ó bien formarse aquellos cuerpos visibles, condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que mas veces sucede viciando los sentidos y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las sagradas letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Estas y otras señales portentosas que se vieron en Méjico y en diferentes partes del imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda embajada de Cortés, creyeron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

(1) No alguna parte, sino el todo; y aun mas todavía la credulidad de los escritores, y su afan por lo maravilloso.

Fueron largas las conferencias, y varios los pareceres. Unos se inclinaban á que viniendo aquella gente armada y forastera en tiempo de tantos prodigios, debia ser tratada como enemiga; porque el admitirla ó el fiarse de ella, seria oponerse á la voluntad de sus dioses, que enviaban delante del golpe aquellos avisos para que procurasen evitarle. Otros andaban mas detenidos ó temerosos, y procuraban escusar el rompimiento, encareciendo el valor de los estrangeros, el rigor de sus armas y la ferocidad de los caballos; y trayendo á la memoria el estrago y mortandad que hicieron en Tabasco, de cuya guerra tuvieron luego noticia: y aunque no se persuadian á que fuesen inmortales, como lo publicaba el temor de aquellos vencidos, no acertaban á considerarlos como animales de su especie, ni dejaban de hallar en ellos alguna semejanza de sus dioses, por el manejo de los rayos con que á su parecer peleaban y por el predominio con que se hacian obedecer de aquellos brutos que entendian sus órdenes y militaban de su parte.

Oyólos Motezuma; y mediando entre ambas opiniones, determinó que se negase á Cortés con toda resolucion la licencia que pedia para venir á su córte, mandándole que desembarazase luego aquellas costas, y enviándole otro regalo como el antecedente para obligarle á obedecer. Pero que si esto no bastase á detenerle, se discurriria en los medios violentos, juntando un ejército poderoso, de tal calidad, que no se pudiese temer otro suceso como el de Tabasco; pues no se debia desestimar el corto número de aquellos estrangeros, en cuyas armas prodigiosas y valor estraordinario se conocian tantas ventajas, particularmente cuando llegaban á sus costas en tiempo tan calamitoso, y de tantas señales espantosas. que al parecer encarecian sus fuerzas, pues llegaban á merecer el cuidado y la prevencion de sus dioses.

## CAPITULO V.

**Vuelve Francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislan: llegan los embajadores de Motezuma y se despiden con desabrimiento: muévense algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortés usa de artificio para sosegarlos.**

Mientras duraban en la corte de Motezuma estos discursos melancólicos, trataba Hernan Cortés de adquirir noticias de la tierra, de ganar las voluntades de los indios que acudian al cuartel y de animar á sus soldados, procurando infundir en ellos aquellas grandes esperanzas que le anunciaba su corazon. Volvió de su viage Francisco de Montejo, habiendo seguido la costa por espacio de algunas leguas la vuelta del Norte, y descubierto una poblacion que se llamaba Quiabislan, situada en tierra fértil y cultivada, cerca de un parage ó ensenada bastantemente capaz, donde al parecer de los pilotos podian surgir los navíos, y mantenerse al abrigo de unos grandes peñascos en que desarmaba la fuerza de los vientos. Distaba

este lugar de San Juan de Ulúa como doce leguas, y Hernan Cortés empezó á mirarle como sitio acomodado para mudar á él su alojamiento; pero antes que lo resolviese llegó la respuesta de Motezuma.

Vinieron Teutile y los cabos principales de sus tropas con aquellos braserillos de copal, y despues de andar un rato envueltas en humo las cortesías, hizo demostracion del presente, que fue algo menor; pero del mismo género de alhajas y piezas de oro que vinieron con la primera embajada: solo traia de particular cuatro piedras verdes, al modo de esmeraldas, que llamaban chalcuítes; y dijo Teutile á Cortés con gran ponderacion, que las enviaba Motezuma señaladamente para el rey de los españoles, por ser joyas de inestimable valor: encarecimiento de que se pudo hacer poco aprecio donde tenia el vidrio tanta estimacion.

La embajada fue resuelta y desabrida, y el fin de ella despedir á los huéspedes, sin dejarles arbitrio para replicar. Era cerca de la noche, y al empezar su respuesta Hernan Cortés, hicieron en la barraca que servia de iglesia la señal del Ave María. Púsose de rodillas á rezarla, y á su imitacion todos los que le asistian, de cuyo silencio y devocion quedaron admirados los indios; y Teutile preguntó á doña Marina la significacion de aquella ceremonia. Entendiólo Cortés, y tuvo por conveniente que con ocasion de satisfacer á su curiosidad se les hablase algo en la religion. Tomó la mano el padre fray Bartolomé de Olmedo, y procuró ajustarse á su ceguedad, dándoles alguna escasa luz de los misterios de nuestra fé. Hizo lo que pudo su elocuencia para que entendiesen que solo habia un Dios, principio y fin de todas las cosas, y que en sus ídolos adoraban al demonio, enemigo mortal del género humano, vistiendo esta proposicion con algunas razones fáciles de comprender, que escuchaban los indios con un género de atencion, como que sentian la fuerza de la verdad. Y Hernan Cortés se valió de este principio para volver á su respuesta, diciendo á Teutile: «que uno de los » puntos de su embajada, y el principal motivo que tenia su rey » para proponer su amistad á Motezuma, era la obligacion con » que deben los príncipes cristianos oponerse á los errores de » la idolatría, y lo que deseaba instruirle para que conociese » la verdad, y ayudarle á salir de aquella esclavitud del de- » monio, tirano invisible de todos sus reinos, que en lo esencial » le tenia sujeto y avasallado, aunque en lo esterior fuese tan po- » deroso monarca. Y que viniendo él de tierras tan distantes á ne- » gocios de semejante calidad, y en nombre de otro rey mas pode- » roso, no podria dejar de hacer nuevos esfuerzos, y perseverar en » sus instancias hasta conseguir que se le oyese, pues venia de » paz como lo daba á entender el corto número de su gente, de » cuya limitada prevencion no se podian recelar mayores in- » tentos.»

Apenas oyó Teutile esta resolucion de Cortés, cuando se levantó

apresuradamente, y con un género de impaciencia entre cólera y turbacion, le dijo: « que el gran Motezuma habia usado hasta en» tonces de su benignidad, tratándole como á huésped; pero que » determinándose á replicarle, sería suya la culpa si se hallase tra» tado como enemigo. » Y sin esperar otra razon ni despedirse, volvió las espaldas, y partió de su presencia con paso acelerado, siguiéndole Pilpatoe y los demas que le acompañaban. Quedó Hernan Cortés algo embarazado al ver semejante resolucion; pero tan en sí que volviendo á los suyos mas inclinado á la risa que á la suspension, les dijo: « veremos en qué pára este desafío; que ya sabemos » cómo pelean sus ejércitos, y las mas veces son diligencias del » temor las amenazas. » Y entretanto que se recogia el presente, prosiguió dando á entender: « que no conseguirian aquellos bárba» ros el comprar á tan corto precio la retirada de un ejército español, » porque aquellas riquezas se debian mirar como dádivas fuera de » tiempo, que traian mas de flaqueza que de liberalidad. » Así procuraba lograr las ocasiones de alentar á los suyos, y aquella noche, aunque no parecia verisímil que los mejicanos tuviesen prevenido ejército con que asaltar el cuartel, se doblaron las guardias, y se miró como contingente lo posible: que nunca sobra el cuidado en los capitanes, y muchas veces suele parecer ocioso, y salir necesario.

Luego que llegó el dia se ofreció novedad considerable que ocasionó alguna turbacion; porque se habian retirado la tierra adentro los indios que poblaban las barracas de Pilpatoe, y no parecia un hombre por toda la campaña. Faltaron tambien los que solian acudir con bastimentos de las poblaciones comarcanas; y estos principios de necesidad, temida mas que tolerada, bastaron para que se empezasen á desazonar algunos soldados, mirando como desacierto el detenerse á poblar en aquella tierra; de cuya murmuracion se valieron para levantar la voz algunos parciales de Diego Velazquez, diciendo con menos recato en las conversaciones: « que Hernan » Cortés queria perderlos, y pasar con su ambicion adonde no al» canzaban sus fuerzas; que nadie podria escusar de temeridad el » intento de mantenerse con tan poca gente en los dominios de un » príncipe tan podoroso; y que ya era necesario que clamasen » todos sobre volver á la isla de Cuba, para que se rehiciesen la ar» mada y el ejército, y se tomase aquella empresa con mayor fun» damento. »

Entendiólo Hernan Cortés, y valiéndose de sus amigos y confidentes, procuró examinar de qué opinion estaba el resto principal de su gente, y halló que tenia de su parte á los mas y á los mejores, sobre cuya seguridad se dejó hallar de los malcontentos. Hablóle en nombre de todos Diego de Ordaz, y no sin alguna destamplanza, en que se dejaba conocer su pasion, le dijo: « que la gente del ejército » estaba sumamente desconsolada, y en términos de romper el freno » de la obediencia porque habia llegado á entender que se trataba

» de proseguir aquella empresa; y que no se le podia negar la razon » porque ni el número de los soldados ni el estado de los bajeles, » ni los bastimentos de reserva, ni las demas prevenciones tenian » proporcion con el intento de conquistar un imperio tan dilatado » y tan poderoso; que nadie estaba tan mal consigo que se quisiese » perder por capricho ageno; y que ya era menester que tratase de « dar la vuelta á la isla de Cuba, para que Diego Velazquez reforzase » su armada, y tomase aquel empeño con mejor acuerdo y con mayo- » res fuerzas. »

Oyóle Hernan Cortés sin darse por ofendido, como pudiera, de la proposicion y del estilo de ella; antes le respondió, sosegada la voz y el semblante: « que estimaba su advertencia, porque no sabia la » desazon de los soldados; antes creia que estaban contentos y ani- » mosos, porque en aquella jornada no se podian quejar de la for- » tuna si no los tenia cansados la felicidad; pues un viage tan sin » zozobras, lisonjeado del mar y de los vientos; unos sucesos como » los pudo fingir el deseo; tan conocidos favores del cielo en Cozu- » mel; una victoria en Tabasco, y en aquella tierra tanto regalo y » prosperidad, no eran antecedentes de que se debia inferir seme- » jante desaliento, ni era de mucho garbo el desistir antes de ver la » cara del peligro; particularmente cuando las dificultades solian » parecer mayores desde lejos, y deshacerse luego en las manos los » encarecimientos de la imaginacion; pero que si la gente estaba » ya tan desconfiada y temerosa como decia, seria locura fiarse de » ella para una empresa tan dificultuosa, y que así trataria luego de » tomar la vuelta de la isla de Cuba, como se lo proponian; confe- » sando que no le hacia tanta fuerza el ver esta opinion en el vulgo » de los soldados, como el hallarla asegurada en el consejo de sus » amigos. » Con estas y otras palabras de este género, desarmó por entonces la intencion de aquellos parciales inquietos, sin dejarles que desear hasta que llegase el tiempo de su desengaño; y con esta disimulacion artificiosa, primor algunas veces permitido á la prudencia, dió á entender que cedia para dar mayores fuerzas á su resolucion.

## CAPITULO VI.

**Publícase la jornada para la isla de Cuba: claman los soldados que tenia prevenidos Cortés: solicita su amistad el cacique de Zempoala (1); y últimamente hace la poblacion.**

Poco rato despues que se apartaron de Hernan Cortés Diego de Ordaz y los demas de su séquito, hizo que se publicase la jornada para la isla de Cuba, distribuyendo las órdenes para que se embar-

(1) Este nombre viene de *Zempoalli*; que significa *veinte*: tal vez aludiendo á un mercado que allí se celebraba de veinte en veinte dias.

casen los capitanes con sus compañías en los mismos bajeles de su cargo, y estuviesen á punto de partir el dia siguiente al amanecer; pero no se divulgó bien entre los soldados esta resolucion, cuando se conmovieron los que estaban prevenidos, diciendo á voces: « que » Hernan Cortés los habia llevado engañados, dándoles á entender » que iban á poblar en aquella tierra, y que no querian salir de » ella, ni volver á la isla de Cuba; á que añadian, que si él estaba » en dictámen de retirarse, podria ejecutarlo con los que se ajus- » tasen á seguirle; que á ellos no les faltaria alguno de aquellos ca- » balleros que se encargase de su gobierno. » Creció tanto y tan bien adornado este clamor, que se llevó tras sí á muchos de los que entraron violentos ó persuadidos en la contraria faccion; y fue menester que los mismos amigos de Cortés que movieron á los unos, apaciguasen á los otros. Alabaron su determinacion, ofrecieron que hablarian á Cortés para que suspendiese la ejecucion del viaje; y antes que se entibiase aquel reciente fervor de los ánimos, partieron á buscarle asistidos de mucha gente, en cuya presencia le dijeron, levantando la voz: « que el ejército estaba en términos de amoti- » narse sobre aquella novedad: quejáronse, ó hicieron que se que- » jaban, de que hubiese tomado semejante resolucion sin el con- » sejo de sus capitanes: ponderábanle, como desaire indigno de » españoles, el dejar aquella empresa en los primeros rumores de » la dificultad, y el volver las espaldas antes de sacar la espada. » Traíanle á la memoria lo que sucedió á Juan de Grijalva; pues » todo el enojo de Diego Velazquez fue porque no hizo alguna po- » blacion en la tierra que descubrió y se mantuvo en ella, por cuya » resolucion le trató de pusilánime y le quitó el gobierno de la ar- » mada. » Y últimamente le dijeron lo que él mismo habia dictado; y él lo escuchó como noticia en que hallaba novedad, y dejándose rogar y persuadir, hizo lo que deseaba, y dió á entender que se reducia. Respondióles: « que estaba mal informado, porque algunos » de los mas interesados en el acierto de aquella faccion (y no los » nombró por dar mayor misterio á su razon) le habian asegurado » que toda la gente clamaba desconsoladamente sobre dejar aquella » tierra y volverse á la isla de Cuba; y que de la misma suerte que » tomó aquella resolucion contra su dictámen, por complacer á sus » soldados, se quedaria con mayor satisfaccion suya, cuando los » hallaba en opinion mas conveniente al servicio de su rey, y á la » obligacion de buenos españoles; pero que tuviesen entendido que » no queria soldados sin voluntad, ni era la guerra ejercicio de » forzados; que cualquiera que tuviese por bien el retirarse á la » isla de Cuba, podria ejecutarlo sin embarazo; y que desde luego » mandaria prevenir embarcacion y bastimentos para el viage de » todos los que no se ajustasen á seguir voluntariamente su for- » tuna. » Tuvo grande aplauso esta resolucion: oyóse aclamado el nombre de Cortés: llenóse el aire de voces y de sombreros, al modo que suelen esplicar su contento los soldados: unos se ale-

graban porque lo sentian así; y otros por no diferenciarse de los que sentian lo mejor. Ninguno se atrevió por entonces á contradecir la poblacion, ni los mismos que tomaron la voz de los malcontentos, acertaban á volver por si; pero Hernan Cortés oyó sus disculpas sin apurarlas, y guardó su queja para mejor ocasion.

Sucedió á este tiempo, que estando de centinela en una de las avenidas Bernal Diaz del Castillo y otro soldado, vieron asomar por el parage mas vecino á la playa cinco indios que venian caminando hácia el cuartel; y pareciéndoles poco número para poner en arma al ejército, los dejaron acercar. Detuviéronse á poca distancia, y dieron á entender con las señas, que venian de paz, y que traian embajada para el general de aquel ejército. Llevólos consigo Bernal Diaz, dejando á su compañero en el mismo sitio, para que cuidase de observar si los seguian algunas tropas. Recibiólos Hernan Cortés con toda gratitud, y mandando que los regalasen antes de oirlos, reparó en que parecian de otra nacion, porque se diferenciaban de los mejicanos en el trage, aunque traian como ellos penetradas las orejas y el labio inferior de gruesos zarcillos y pendientes, que aun siendo de oro los afeaban. La lengua tambien sonaba con otro género de pronunciacion, hasta que viniendo Aguilar y doña Marina, se conoció que hablaban en idioma diferente, y se tuvo á dicha que uno de ellos entendiese y pronunciase dificultosamente la lengua mejicana (1), por cuyo medio, no sin algun embarazo, se averiguó que los enviaba el señor de Zempoala, provincia poco distante, para que visitasen de su parte al caudillo de aquella gente valerosa; porque habian llegado á sus oidos las maravillas que obraron sus armas en la provincia de Tabasco; y por ser príncipe guerrero y amigo de hombres valerosos deseaba su amistad, ponderando mucho la estimacion que hacia su dueño de los grandes soldados, como quien procuraba que no se atribuyese al miedo lo que tenia mejor sonido en la inclinacion.

Admitió Hernan Cortés con toda estimacion la buena correspondencia y amistad que le proponian de parte de su cacique, teniendo á favor del cielo el recibir esta embajada en tiempo que estaba despedido y receloso de los mejicanos: celebrándola mas cuando entendió que la provincia de Zempoala estaba en el paso de aquel lugar que descubrió desde la costa Francisco de Montejo, donde pensaba entonces mudar su alojamiento. Hizo algunas preguntas á los indios para informarse de la intencion y fuerzas de aquel cacique; y una de ellas fue ¿cómo estando tan vecinos habian tardado tanto en venir con aquella proposicion? A que respondieron, que no podian concurrir los de Zempoala donde asistian los mejicanos, cuyas crueldades se sufrian mal entre los de su nacion.

No le sonó mal esta noticia á Hernan Cortés, y apurándola con alguna curiosidad, vino á entender que Motezuma era príncipe vio-

(1) Designábanla los indios con el nombre de *Nahualt*.

lento, y aborrecible por su soberbia y tiranías, que tenia muchos de sus pueblos mas atemorizados que sujetos, y que habia por aquel parage algunas provincias que deseaban sacudir el yugo de su dominio; con que se le hizo menos formidable su poder, y ocurrieron á su imaginacion varias especies de ardides y caminos de aumentar su ejército, que le animaban confusamente. Lo primero que se le ofreció fue ponerse de parte de aquellos afligidos, y que no sería dificultoso ni fuera de razon el formar partido contra un tirano entre sus mismos rebeldes. Así lo discurrió entonces, y así le sucedió despues, verificándose con otro ejemplo en la ruina de aquel imperio tan poderoso, que la mayor fuerza de los reyes consiste en el amor de sus vasallos. Despachó luego á los indios con algunas dádivas en señal de benevolencia, y les ofreció que iria brevemente á visitar á su dueño para establecer su amistad, y estar á su lado en cuanto necesitase de su asistencia.

Era su intento pasar por aquella provincia, y reconocer á Quiabislan, donde pensaba fundar su primera poblacion, por los buenos informes que tenia de su fertilidad; pero le importaba para otros fines que iba madurando, adelantar la formacion de su república en aquellas mismas barracas, suponiendo que se habia de mudar la situacion del pueblo á parte menos desacomodada. Comunicó su resolucion á los capitanes de su confidencia; y suavizada por este medio la proposicion, se convocó la gente para nombrar los ministros del gobierno, en cuya breve conferencia prevalecieron los que sabian el ánimo de Cortés, y salieron por alcaldes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo: por regidores Alonso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval; y por alguacil mayor y procuradorgeneral Juan de Escalante y Francisco Alvarez Chico. Nombróse tambien el escribano de ayuntamiento, con otros ministros inferiores; y hecho el juramento ordinario de guardar razon y justicia segun su obligacion, al mayor servicio de Dios y del rey, tomaron su posesion con la solemnidad que se acostumbra, y comenzaron á ejercer sus oficios dando á la nueva poblacion el nombre de la *Villa Rica de la Vera-Cruz*, cuyo título conservó despues en la parte donde quedó situada; llamándose *Villa Rica*, en memoria del oro que se vió en aquella tierra; y de la *Vera-Cruz*, en reconocimiento de haber saltado en ella el viernes de la Cruz.

Asistió Hernan Cortés á estas funciones como uno de aquella república, haciendo por entonces persona de particular entre los demas vecinos; y aunque no podia fácilmente apartar de sí aquel género de superioridad, que suele consistir en la veneracion agena, procuraba autorizar con su respeto aquellos nuevos ministros, para introducir la obediencia en los demas cuya modestia tenia en el fondo alguna razon de estado, porque le importaba la autoridad de aquel ayuntamiento, y la dependencia de aquellos súbditos, para que el brazo de la justicia y la voz del pueblo llenasen los vacíos de la jurisdiccion militar, que residia en él por delegacion de Diego

Velazquez, y á la verdad estaba revocada, y se mantenia sobre flacos cimientos para entrar con ella en una empresa tan dificultosa: defecto que le traia cuidadoso, porque andaba disimulado entre los que le obedecian, y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

## CAPITULO VII.

**Renuncia Hernan Cortés, en el primer ayuntamiento que se hizo en la Vera-Cruz, el título de capitan general que tenia por Diego Velazquez: vuélvenle á elegir la villa y el pueblo.**

El dia siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento, con pretesto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella poblacion; y poco despues pidió licencia Hernan Cortés para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pie los capitulares para recibirle, y él haciendo reverencia á la villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta sustancia, ó poco diferente.

« Ya, señores, por la misericordia de Dios, tenemos en este consistorio representada la persona de nuestro rey, á quien debemos » descubrir nuestros corazones, y decir sin artificio la verdad, que » es el vasallage en que mas le reconocemos los hombres de bien. » Yo vengo á vuestra presencia, como si llegára á la suya, sin otro » fin que el de su servicio, en cuyo celo me permitireis la ambi- » cion de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en » los medios de establecer esta nueva república; dichosa ya de » estar pendiente de vuestra direccion. No será fuera de propósito » que oigais de mí lo que tengo premeditado y resuelto, para que » no camineis sobre algun presupuesto menos seguro, cuya falta » os obligue á nuevo discurso y nueva resolucion. Esta villa, que » empieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno, se ha fun- » dado en tierra no conocida y de grande poblacion, donde se han » visto ya señales de resistencia, bastantes para creer que nos ha- » llamos en una empresa dificultosa, donde necesitaremos igual- » mente del consejo y de las manos; y donde muchas veces habrá » de proseguir la fuerza lo que empezáre y no consiguiere la pru- » dencia. No es tiempo de máximas políticas, ni de consejos » desarmados. Vuestro primer cuidado debe atender á la conservacion » de este ejército que os sirve de muralla: y mi primera obligacion » es advertiros que no está hoy como debe, para fiarle nuestra segu- » ridad y nuestras esperanzas. Bien sabeis que yo gobierno el ejército, » sin otro título que un nombramiento de Diego Velazquez, que fue » con poca intermision escrito y revocado. Dejo aparte la sinrazon de » su desconfianza, por ser de otro propósito; pero no puedo negar » que la jurisdiccion militar, de que tanto necesitamos, se conserva » hoy en mí contra la voluntad de su dueño, y se funda en un

» título violento, que trae consigo mal disimulada la flaqueza de » su orígen. No ignoran este defecto los soldados, ni yo tengo tan » humilde el espíritu, que quiera mandarlos con autoridad escru- » pulosa; ni es el empeño en que nos hallamos para entrar en él » con un ejército que se mantiene mas en la costumbre de obe- » decer, que en la razon de la obediencia. A vosotros, señores, » toca el remedio de este inconveniente; y el ayuntamiento, en » quien reside hoy la representacion de nuestro rey, puede en su » real nombre proveer el gobierno de sus armas, eligiendo persona » en quien no concurran estas nulidades. Muchos sugetos hay en » el ejército capaces de esta ocupacion, y en cualquiera que tenga » otro género de autoridad, ó que la reciba de vuestra mano, es- » tará mejor empleado. Yo desisto desde luego del derecho que » pudo comunicarme la posesion, y renuncio en vuestras manos » el título que me puso en ella, para que discurrais con todo el » arbitrio en vuestra eleccion, y puedo aseguraros, que toda mi » ambicion se reduce al acierto de nuestra empresa; y que sabré » sin violentarme acomodar la pica en la mano que deja el baston; » que si en la guerra se aprende el mandar obedeciendo; tam- » bien hay casos en que el haber mandado enseña á obedecer.»

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, y dejándole entregado á los alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso, porque tenia dispuestas las cosas de manera, que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó menos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuvieron poco en su eleccion, porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer, y otros no hallarian que replicar. Votaron todos que se admitiese la dejacion de Cortés; pero que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que su magestad otra cosa ordenase; y resolvieron que se comunicase al pueblo la nueva eleccion, para ver como se recibia, ó por que no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente á voz de pregonero; y publicada la renunciacion de Cortés y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba ó el que se habia prevenido. Fueron grandes las aclamaciones y el regocijo de la gente: unos victoreaban al ayuntamiento por su buena eleccion; otros pedian á Cortés, como si se le negáran; y si algunos eran de contrario sentir, ó fingian el contento á voces, ó cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hecha esta diligencia partieron los alcaldes y regidores, llevando tras sí la mayor parte de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, á la barraca de Hernan Cortés, y le dijeron ó notificaron que la Villa Rica de la Vera-Cruz, en nombre del rey don Cárlos, y con sabiduría y aprobacion de sus vecinos en consejo abierto, le habia eligido y nom-

brado por gobernador del ejército de Nueva España; y en caso necesario le requeria y ordenaba que se encargase de esta ocupacion, por ser así conveniente al bien público de la villa, y al mayor servicio de su magestad.

Aceptó Hernan Cortés con grande urbanidad y estimacion el nuevo cargo, que así le llamaba, para diferenciarle hasta en el nombre del que habia renunciado; y empezó á gobernar la milicia con otro género de seguridad interior, que hacia sus efectos en la obediencia de los soldados.

Sintieron esta novedad con grande imprudencia los dependientes de Diego Velazquez, porque no se ajustaron á disimular su pasion, ni supieron ceder á la corriente cuando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar al ayuntamiento, y desacreditar á Cortés, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinacion de los oidos, se hacía lugar en las conversaciones; y no faltaba quien la escuchase y procurase adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortés para remediar en los principios este inconveniente, no sin recelo de que se llevase tras sí á los inquietos, ó perturbase á los fáciles de inquietar. Tenia ya esperimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrarios efectos, poniendo el daño de peor calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que públicamente fuesen llevados á la armada y puestos en cadena Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velazquez de Leon. Puso grande terror en el ejército esta demostracion, y él trataba de aumentarle, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion: en cuya severidad, verdadera ó afectada, se mantuvo algunos dias, sin llegar á lo estrecho de la justicia; porque deseaba mas su enmienda que su castigo. Estuvieron al principio sin comunicacion, pero despues se la concedió dando á entender que la toleraba; y se valió mañosamente de esta permision para introducir algunos de sus confidentes, que procurasen reducirlos y ponerlos en razon, como lo consiguió con el tiempo, dejándose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron á su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron despues.

# CAPITULO VIII.

**Marchan los españoles, y parte la armada la vuelta de Quiabislan: entran de paso en Zempoala, donde los hace buena acogida el cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma.**

Luego que se ejecutaron estas prisiones, salió Pedro de Alvarado con cien hombres á reconocer la tierra y traer algunas vituallas, porque ya se hacia sentir la falta de los indios que proveian el ejército. Ordenósele que no hiciese hostilidad, ni llegase á las armas sin necesidad, en que le pusiesen la defensa ó la provocacion; y tuvo suerte de ejecutarlo así con poca diligencia, porque á breve distancia se halló en unos pueblos ó caserías, cuyos moradores le dejaron libre la entrada huyendo á los bosques. Reconociéronse las casas, que estaban desiertas de gente, pero bien proveidas de maiz, gallinas y otros bastimentos; y sin hacer daño en los edificios ni en las alhajas, tomaron los soldados lo que habian menester, como adquirido con el derecho de la necesidad, y volvieron al cuartel cargados y contentos.

Dispuso luego su marcha Hernan Cortés como lo tenia resuelto, y partieron los bajeles á la ensenada de Quiabislan, y él siguió por tierra el camino de Zempoala, dando el costado derecho á la costa; y echó sus batidores delante que reconociesen la campaña, previniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer, en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Halláronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de la Vera-Cruz (1); y porque iba profundo, fue necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores que hallaron en la orilla, donde pasó la gente, dejando nadar á los caballos. Vencida esta dificultad, llegaron á unos pueblos del distrito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no solo de los indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, con indicios de fuga prevenida y cuidadosa: solo dejaron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de víctimas humanas, que hicieron á un tiempo lástima y horror.

Aquí fue donde se vieron la primera vez, no sin admiracion, los libros mejicanos, de que dejamos hecha mencion. Habia tres ó cuatro en los adoratorios, que debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba

(1) Distinta de la que fundó Hernan Cortés, segun lo refiere el autor en el cap. VII.

una hoja, y todos juntos componian el volúmen; parecidos á los nuestros por la vista esterior, y por el testo escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que dieron á conocer los pintores de Teutile (1).

Alojóse luego el ejército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demas.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino mas hollado que declinaba la vuelta del Poniente, con algun desvío de la costa; y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni mas que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacia ruido en la imaginacion y en el cuidado. Hasta que entrando en unos prados de grande amenidad, se descubrieron doce indios, que venian en busca de Hernan Cortés con un regalo de gallinas y pan de maiz que le enviaba el cacique de Zempoala, pidiéndole con encarecimiento que no dejase de llegar á su pueblo, donde tenia prevenido alojamiento para su gente, y sería regalado con mayor liberalidad. Súpose de estos indios, que el lugar donde residia su cacique distaba un sol de aquel parage, que en su lengua era lo mismo que un dia de marcha; porque no conocian la division de las leguas, y median la distancia con los soles, contando el tiempo, y no los pasos del camino. Despachó Cortés á los seis indios con grande estimacion del regalo y de la oferta, quedándose con los otros seis para que le guiasen, y para hacerles algunas preguntas; porque no acababa de reducirse á la sinceridad de este agasajo, que no esperado parecia poco seguro.

Aquella noche se hizo alto en un pueblo de corta vecindad, cuyos moradores anduvieron solícitos en el hospedage de los españoles, y al parecer poco recelosos; de cuya quietud se conjeturaba que estarian de paz los de su nacion, y no se engañó la esperanza, aunque suele consolarse con facilidad. 'A la mañana se movió el ejército con la frente á Zempoala, dejándose llevar de las guias con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando ya cerca del pueblo, vinieron veinte indios al recibimiento de Cortés, galanes á su modo; y hechas sus ceremonias, dijeron: « que no » salia con ellos su cacique por estar impedido; y así los enviaba » para que cumpliesen por él con aquella demostracion, quedando » con mucho deseo de conocer á tan valerosos huéspedes, y recibir » con su amistad á los que ya tenia en su inclinacion. »

Era lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre

(1) Los indios, con particularidad los mejicanos, tenian dos clases de papel; una llamada *metl* que se hacia de las pencas del *maguei*, que nosotros llamamos pita, pudriéndola para sacar, lavar y unir sus fibras por medio de goma: este le bruñian para pintar en él. La otra clase se hacia de las hojas de la palmera; por un método semejante al anterior: era muy blando y blanco, y en la suavidad parecia de seda, porque tambien le bruñian.

dos rios que fertilizaban la campaña, bajando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza: los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos lejos: tanto que uno de los batidores que iban delante volvió aceleradamente, diciendo á voces que las paredes eran de plata, de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el ejército; y pudo ser que lo creyesen entonces los que despues se burlaban de su credulidad.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumerable pueblo, que concurrió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el cacique á la puerta de su palacio; y era su impedimento una gordura monstruosa que le oprimia y le desfiguraba. Fuése acercando con dificultad, apoyado en los brazos de algunos indios nobles, que al parecer le daban todo el movimiento. Su trage, sobre cuerpo desnudo, una manta de fino algodon, enriquecida con varias joyas y pendientes, de que traia tambien empedradas las orejas y los labios: príncipe de rara hechura, en quien hacian notable consonancia el peso y la gravedad. Fue necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados; y porque tenia que reprimir en sí, dió la órden con forzada severidad; pero luego que empezó el cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortés, y agasajando á los demas capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oido la estimacion de los ojos. Habló concertadamente, y cortó la plática de los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortés que se retirase á descansar del camino y alojar su gente, que despues le visitaria en su cuartel, para que hablasen mas despacio en los intereses comunes.

Tenian prevenido el alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudieron acomodarse todos con bastante desahogo, y fueron asistidos con abundancia de cuanto hubieron menester. Envió despues el cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro y otras curiosidades, que valdrian hasta dos mil pesos, y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas que traian sobre sus hombros los mas principales de su familia, y tendrian entonces esta dignidad los mas robustos. Salió Cortés á recibirle asistido de sus capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pareció conveniente hablarle sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su rey y los errores de la idolatría, pasó á decirle: « que uno de los » fines de aquel ejército valeroso era deshacer agravios, castigar » violencias y ponerse de parte de la justicia y de la razon: » tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que traia, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luego en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida, y

antes de resolverse á la respuesta empezó á suspirar como quien sentia la dificultad de quejarse; pero despues venció la pasion, y prorumpiendo en lamentos de su infelicidad le dijo: « que todos » los caciques de aquella comarca se hallaban en miserable y ver- » gonzosa esclavitud, gimiendo entre las violencias y tiranías de » Motezuma, sin fuerzas para volver por sí, ni espíritu para discurrir » en el remedio: que se hacia servir y adorar de sus vasallos como » uno de sus dioses, y queria que se venerasen sus violencias y » sinrazones como decretos celestiales; pero que no era su ánimo » proponerle que se aventurase á favorecerlos, porque Motezuma » tenia mucho poder y muchas fuerzas para que se resolviese, con » tan poca obligacion, á declararse por su enemigo; ni seria en él » buena urbanidad pretender su benevolencia, vendiendo á tan » costoso precio tan corto servicio. »

Procuró Hernan Cortés consolarle, dándole á entender: « que » temeria poco las fuerzas de Motezuma, porque las suyas tenian al » cielo de su parte y natural predominio contra los tiranos; pero » que necesitaba de pasar luego á Quiabislan, donde le hallarian » los oprimidos y menesterosos, que teniendo la razon de su parte » necesitasen de sus armas; cuya noticia podria comunicar á sus » amigos y confederados, asegurando á todos que Motezuma dejaria » de ofenderlos, ó no lo podria conseguir mientras él asistiese á su » defensa. » Con esto se despidieron los dos, y Hernan Cortés trató luego de su marcha, dejando ganada la voluntad de este cacique, y celebrando para consigo la mejoría de sus intentos, que por aquellos lejos ó espacios de la imaginacion iban pareciendo posibles.

## CAPITULO IX.

**Prosiguen los españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan: refiérese lo que pasó en la entrada de esta villa, donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma.**

Al tiempo de partir el ejército se hallaron prevenidos cuatrocientos indios de carga para que llevasen las balijas y los bastimentos, y ayudasen á conducir la artillería, que fue grande alivio para los soldados; y se ponderaba como atencion estraordinaria del cacique, hasta que se supo de doña Marina que entre aquellos señores de vasallos era estilo corriente asistir á los ejércitos de sus aliados con este género de bagages humanos, que en su lengua se llamaban Tamenes, y tenian por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso. Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa, parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas, y parte fertilizada con el beneficio de las semillas, á cuya vista caminaban nuestros españoles alegres

y divertidos, celebrando la dicha de pisar una campaña tan abundante. Halláronse al caer del sol cerca de un lugarcillo despoblado, donde se hizo mansion por escusar el inconveniente de entrar de noche en Quiabislan, adonde llegaron el dia siguiente á las diez de la mañana.

Descubríanse á largo trecho sus edificios sobre una eminencia de peñascos, que al parecer servian de muralla : sitio fuerte por naturaleza, de surtidas estrechas y pendientes, que se hallaron sin resistencia y se penetraron con dificultad. Habíanse retirado el cacique y los vecinos para averiguar desde lejos la intencion de nuestra gente, y el ejército fue ocupando la villa sin hallar persona de quien informarse, hasta que llegando á una plaza donde tenian sus adoratorios, le salieron al encuentro catorce ó quince indios de trage mas que plebeyo, con grande prevencion de reverencias y perfumes, y anduvieron un rato afectando cortesía y seguridad, ó procurando esconder el temor en el respeto : afectos parecidos y fáciles de equivocar. Animólos Hernan Cortés, tratándolos con mucho agrado, y les dió algunas cuentas de vidrio azules y verdes; moneda que por sus efectos se estimaba ya entre los mismos que la conocian, con cuyo agasajo se cobraron del susto que disimulaban, y dieron á entender : « que su cacique se habia retirado advertida» mente por no llamar la guerra con ponerse en defensa, ni aven» turar su persona, fiándose de gente armada que no conocia; y que » con este ejemplo no fue posible impedir la fuga de los vecinos » menos obligados á esperar el riesgo : accion á que se habian » ofrecido ellos como personas de mas porte y mayor osadía : pero » que en sabiendo todos la benignidad de tan honrados huéspedes » volverian á poblar sus casas, y tendrian á mucha felicidad el ser» virlos y obedecerlos. » Asegurólos de nuevo Hernan Cortés; y luego que partieron con esta noticia, encargó mucho á sus soldados el buen pasage de los indios, cuya confianza se conoció tan presto, que aquella misma noche vinieron algunas familias, y en breve tiempo estuvo el lugar con todos sus moradores.

Entró despues el cacique, trayendo al de Zempoala por su padrino, ambos en sus andas ó literas sobre hombros humanos. Disculpó el de Zempoala, no sin alguna discrecion, á su vecino, y á pocos lances se introdujeron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con impaciencia, y algunas veces con lágrimas, sus tiranías y crueldades, la congoja de sus pueblos y la desesperacion de sus nobles, á que añadió el de Zempoala por última ponderacion : « es tan soberbio y tan feroz este monstruo, que sobre apurarnos y » empobrecernos con sus tributos, formando sus riquezas de nues» tras calamidades, quiere tambien mandar en la honra de sus va» sallos, quitándonos violentamente las hijas y las mugeres para » manchar con nuestra sangre las aras de sus dioses, despues de » sacrificarlas á otros usos mas crueles de menos honestos. »

Procuró Hernan Cortés alentarlos y disponerlos para entrar en su

confederacion; pero al mismo tiempo que trataba de inquirir sus fuerzas y el número de gente que tomaria las armas en defensa de la libertad, llegaron dos ó tres indios muy sobresaltados, y hablando con ellos al oido, los pusieron en tanta confusion que se levantaron perdido el ánimo y el color, y se fueron á paso largo sin despedirse ni acabar la razon. Súpose luego la causa de su turbacion, porque se vieron pasar por el mismo cuartel de los españoles seis ministros ó comisarios reales de aquellos que andaban por el reino cobrando y recogiendo los tributos de Motezuma. Venian adornados con mucha pompa de plumas y pendientes de oro, sobre delgado y limpio algodon, y con bastante número de criados ó ministros inferiores, que moviendo segun la necesidad unos abanicos grandes hechos de la misma pluma, les comunicaban el aire ó la sombra con oficiosa inquietud. Salió Cortés á la puerta con sus capitanes, y ellos pasaron sin hacerle cortesía, vario el semblante entre la indignacion y el desprecio; de cuya soberbia quedaron con algun remordimiento los soldados, y partieran á castigarla si él no los reprimiera, contentándose por entonces con enviar á doña Marina con guardia suficiente para que se informase de lo que obraban.

Entendióse por este medio que asentada su audiencia en la casa de la villa, hicieron llamar á los caciques, y los reprendieron públicamente con grande aspereza el atrevimiento de haber admitido en sus pueblos una gente forastera enemiga de su rey; y que ademas del servicio ordinario á que estaban obligados, les pedian veinte indios que sacrificar á sus dioses en satisfaccion y enmienda de semejante delito.

Llamó Hernan Cortés á los dos caciques, enviando algunos soldados que sin hacer ruido los trajesen á su presencia, y dándoles á entender que penetraba lo mas oculto de sus intentos, para autorizar con este misterio su proposicion, les dijo: « que ya sabia la violencia » de aquellos comisarios, y que sin otra culpa que haber admitido » su ejército trataban de imponerles nuevos tributos de sangre hu- » mana: que ya no era tiempo de semejantes abominaciones, ni él » permitiria que á sus ojos se ejecutase tan horrible precepto; antes » les ordenaba precisamente que, juntando su gente, fuesen luego » á prenderlos, y dejasen á cuenta de sus armas la defensa de lo » que obrasen por su consejo. »

Deteníanse los caciques, rehusando entrar en ejecucion tan violenta, como envilecidos con la costumbre de sufrir el dolor y respetar el azote; pero Hernan Cortés repitió su órden con tanta resolucion, que pasaron luego á ejecutarla, y con grande aplauso de los indios fueron puestos aquellos bárbaros en un género de cepos que usaban en sus cárceles muy desacomodados, porque prendian el delincuente por la garganta, obligando los hombros á forcejear con el peso para el desahogo de la respiracion. Eran dignas de risa las demostraciones de entereza y rectitud con que volvieron los caciques á dar cuenta de su hazaña, porque trataban de ajusticiar-

los aquel mismo dia, segun la pena que señalaban sus leyes contra los traidores; y viendo que no se les permitia tanto, pedian licencia para sacrificarlos á sus dioses como por via de menor atrocidad.

Asegurada la prision con guardia bastante de soldados españoles, se retiró Hernan Cortés á su alojamiento, y entró en consulta consigo sobre lo que debia obrar para salir del empeño en que se hallaba de amparar y defender aquellos caciques del daño que les amenazaba por haberle obedecido; pero no quisiera desconfiar enteramente á Motezuma, ni dejar de tenerle pendiente y cuidadoso. Hacíale disonancia el tomar las armas para defender la razon escrupulosa de unos vasallos quejosos de su rey, dejando sin nueva provocacion ó mejor pretesto el camino de la paz. Y por otra parte consideraba como punto necesario el mantener aquel partido que se iba formando por si llegase el caso de haberle menester. Tuvo finalmente por lo mas acertado cumplir con Motezuma, sacando mérito de suspender los efectos de aquel desacato, y dándose á entender que por lo menos cumpliria consigo en no fomentar la sedicion, ni servirse de ella hasta la última necesidad. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fue mandar á la media noche que le trajesen dos de los prisioneros con todo recato, y recibiéndolos benignamente les dijo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad, y que en fé de que la recibian únicamente de su mano, podrian asegurar á su príncipe: « que con toda brevedad procuraria » enviarle los otros compañeros suyos que quedaban en poder de » los caciques; para cuya enmienda y reduccion obraria lo que fuese » de su mayor servicio, porque deseaba la paz, y merecerle con su » respeto y atenciones toda la gratitud que se le debia por embajador y ministro de mayor príncipe. » No se atrevian los indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen ó volviesen á prender en el paso, y fue menester asegurarlos con alguna escolta de soldados españoles que los guiasen á la vecina ensenada donde se hallaban los bajeles; con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Vinieron á la mañana los caciques muy sobresaltados y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros; y Hernan Cortés recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándolos de poco vigilantes, y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision, y secretamente ordenó á los cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros; con lo cual dejó confiados á los caciques sin olvidar la satisfaccion de Motezuma, cuyo poder tan ponderado y temido entre aquellos indios, le tenia cuidadoso; y así procuraba ocurrir à todo, conservando aquel partido sin empeñarse demasiado en él, ni perder de vista los accidentes que le podrian poner en obligacion de abrazarle: grande artífice de medir lo que disponia con lo que rece-

laba, y prudente capitan el que sabe caminar en alcance de las contingencias, y madrugar con el discurso para quitar la fuerza ó la novedad á los sucesos.

## CAPITULO X.

**Vienen á dar la obediencia y ofrecerse á Cortés los caciques de la serranía: edificase y pónese en defensa la villa de la Vera-Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma.**

Divulgóse por aquellos contornos la benignidad y agradable trato de los españoles, y los dos caciques de Zempoala y Quiabislan avisaron á sus amigos y confederados de la felicidad en que se hallaban libres de tributos, y afianzada su libertad con el amparo de una gente invencible que entendia los pensamientos de los hombres, y parecia de superior naturaleza; con que pasó la palabra, y fue, come suele, adquiriendo fuerzas la fama, en cuyo lenguage tiene sus adiciones la verdad ó se confunde con el encarecimiento. Ya se decia públicamente por aquellos pueblos que habitaban sus dioses en Quiabislan, vibrando rayos contra Motezuma, y duró algunos dias esta credulidad entre los indios, cuya engañada veneracion facilitó mucho los principios de aquella conquista; pero no se apartaban totalmente de la verdad en mirar como enviados del cielo á los que por decreto y ordenacion suya venian á ser instrumentos de su salud: aprension de su rudeza, en que pudo mezclarse alguna luz superior dispensada en favor de su misma sinceridad.

Creció tanto esta opinion de los españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias vinieron á Quiabislan mas de treinta caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos indios que llamaban totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres; pero robusta y no sin presuncion de valiente. Dieron todos la obediencia, ofrecieron sus huestes, y en la forma que se les propuso juraron fidelidad y vasallage al señor de los españoles, de que se recibió auto solemne ante el escribano del ayuntamiento. Dice Antonio de Herrera que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofrecieron estos caciques: no la contó Bernal Diaz del Castillo, ni llegó el caso de alistarla: seria grande el número por ser muchos los pueblos, y fáciles de mover contra Motezuma, particularmente cuando la serranía constaba de indios belicosos, recien sujetos ó mal conquistados (1).

Hecho este género de confederacion, se retiraron los caciques á sus casas, prontos á obedecer lo que se les ordenase; y Hernan Cortés trató de dar asiento á la Villa Rica de la Vera-Cruz, que hasta entonces se movia con el ejército, aunque observaba sus distinciones de república. Eligióse el sitio en lo llano, entre la mar y

(1) Cortés solo dá á Zempoala y sierras comarcanas, 50,000 combatientes.

Quiabislan, media legua de esta poblacion, tierra que convidaba con su fertilidad; abundante de agua y copiosa de árboles, cuya vecindad facilitaba el corte de madera para los edificios. Abriéronse las zanjas, empezando por el templo: repartiéronse los oficiales carpinteros y albañiles que venian con plaza de soldados, y ayudando los indios de Zempoala y Quiabislan con igual maña y actividad, se fueron levantando las casas de humilde arquitectura que miraban mas al cubierto que á la comodidad. Formóse luego el recinto de la muralla con sus traveses de tapia corpulenta; bastante reparo contra las armas de los indios; y en aquella tierra tuvo alguna propiedad el nombre de fortaleza. Asistian á la obra con la mano y con el hombro los soldados principales del ejército; y trabajaba como todos Hernan Cortés, pendiente al parecer de su tarea, ó no contento con aquella escasa diligencia que basta en el superior para el ejemplo.

Entretanto llegaron á Méjico los primeros avisos de que estaban los españoles en Zempoala, admitidos por aquel cacique, hombre á su parecer de fidelidad sospechosa, y de vecinos poco seguros; cuya noticia irritó de suerte á Motezuma que propuso juntar sus fuerzas, y salir personalmente á castigar este delito de los zempoales, y poner debajo del yugo á las damas naciones de la serranía; prendiendo vivos á los españoles destinados ya en su imaginacion para un solemne sacrificio de sus dioses.

Pero al mismo tiempo que se empezaban á disponer las grandes prevenciones de esta jornada, llegaron á Méjico los dos indios que despachó Cortés desde Quiabislan, y refirieron el suceso de su prision, y que debian su libertad al caudillo de los estrangeros, y el haberlos puesto en camino para que le representasen cuanto deseaba la paz, y cuán lejos estaba su ánimo de hacerle algun deservicio; encareciendo su benignidad y mansedumbre con tanta ponderacion, que pudiera conocerse de las alabanzas que daban á Cortés el miedo que tuvieron á los caciques.

Mudaron semblante las cosas con esta novedad: mitigóse la ira de Motezuma: cesaron las prevenciones de la guerra, y se volvió á tentar el camino del ruego, procurando desviar el intento de Cortés con nueva embajada y regalo, á cuyo temperamento se inclinó con facilidad; porque en medio de su irritacion y soberbia no podia olvidar las señales del cielo, y las respuestas de sus ídolos que miraba como agüeros de su jornada, ó por lo menos le obligaban á la dilacion del rompimiento, procurando entenderse con su temor; de manera que los hombres le tuviesen por prudencia, y los dioses por obsequio.

Llegó esta embajada cuando se hallaba perfeccionando la nueva poblacion y fortaleza de la Vera-Cruz. Vinieron con ella dos mancebos de poca edad sobrinos de Motezuma, asistidos de cuatro caciques ancianos que los encaminaban como consejeros, y los autorizaban con su respeto. Era lucido el acompañamiento, y traian

un regalo de oro, pluma y algodon que valdria dos mil pesos. El razonamiento de los embajadores fue: « que el grande emperador » Motezuma, habiendo entendido la inobediencia de aquellos ca- » ciques, y el atrevimiento de prender y maltratar á sus ministros, » tenia prevenido un ejército poderoso para venir personalmente á » castigarlos; y lo habia suspendido por no hallarse obligado á » romper con los españoles, cuya amistad deseaba, y á cuyo capitan » debia estimar y agradecer la atencion de enviarle aquellos dos » criados suyos, sacándolos de prision tan rigurosa. Pero que des- » pues de quedar con toda confianza de que obraria lo mismo en » la libertad de sus compañeros, no podia dejar de quejarse amiga- » blemente de que un hombre tan valeroso y tan puesto en razon se » acomodase á vivir entre sus rebeldes, haciéndolos mas insolentes » con la sombra de sus armas, y siendo poco menos que aprobar » la traicion el dar atrevimiento á los traidores; por cuya conside- » racion le pedia que se apartase luego de aquella tierra para que » pudiese entrar en ella su castigo sin ofensa de su amistad: y con » el mismo buen corazon le amonestaba que no tratase de pasar á » su corte, por ser grandes los estorbos y peligros de esta jornada.» En cuya ponderacion se alargaron con misteriosa prolijidad, por ser ésta la particular advertencia de su instruccion.

Hernan Cortés recibió la embajada y el regalo con respeto y estimacion; y antes de dar su respuesta, mandó que entrasen los cuatro ministros presos que hizo traer de la armada prevenidamente: y captando la benevolencia de los embajadores, con la accion de entregárselos bien tratados y agradecidos, les dijo en sustancia: « que el error de los caciques de Zempoala y Quiabislan quedaba » enmendado con la restitucion de aquellos ministros, y él muy » gustoso de acreditar con ella su atencion, y dar á Motezuma esta » primera señal de su obediencia: que no dejaba de conocer y con- » fesar el atrevimiento de la prision, aunque pudiera disculparle » con el esceso de los mismos ministros: pues no contentos con » los tributos debidos á su corona, pedian con propia autoridad » veinte indios de muerte para sus sacrificios: dura proposicion, » y abuso que no podian tolerar los españoles por ser hijos de otra » religion mas amiga de la piedad y de la naturaleza: que él se » hallaba obligado de aquellos caciques, porque le admitieron y » albergaron en sus tierras, cuando sus gobernadores Teutile y » Pilpatoe le abandonaron desabridamente, faltando á la hospi- » talidad y al derecho de las gentes: accion que se obraria sin su » órden, y le seria desagradable; ó por lo menos él lo debia en- » tender así, porque mirando á la paz, deseaba enflaquecer la razon » de su queja: que aquella tierra ni la serranía de los totonaques, » no se moverian en deservicio suyo, ni él se lo permitiria; porque » los caciques estaban á su devocion, y no saldrian de sus órdenes: » por cuyo motivo se hallaba en obligacion de interceder por ellos » para que se les perdonase la resistencia que hicieron á sus mi-

» nistros por la accion de haber admitido y alojado su ejército; y » que en lo demas solo podia responder, que cuando consiguiese » la dicha de acercarse á sus pies, se conoceria la importancia de » su embajada: sin que le hiciesen fuerza los estorbos y peligros » que le representaban, porque los españoles no conocian al temor; » antes se azoraban y encendian con los impedimentos, como enseñados á grandes peligros, y hechos á buscar la gloria entre las » dificultades. »

Con esta breve y resuelta oracion en que se debe notar la constancia de Hernan Cortés, y el arte con que procuraba dar estimacion á sus intentos, respondió á los embajadores que partieron muy agasajados y ricos de bujerías castellanas; llevando para su rey en forma de presente otra magnificencia del mismo género.

Reconocióse que iban cuidadosos de no haber conseguido que se retirase aquel ejército, á cuyo punto caminaban todas las líneas de su negociacion. Ganóse mucho crédito con esta embajada entre aquellas naciones, porque se confirmaron en la opinion de que venia en la persona de Hernan Cortés alguna deidad, y no de las menos poderosas; pues Motezuma, cuya soberbia se desdeñaba de doblar la rodilla en la presencia de sus dioses, le buscaba con aquel rendimiento, y solicitaba su amistad con dádivas que á su parecer serian poco menos que sacrificios: de cuya notable aprension resultó que perdiesen mucha parte del miedo que tenian á su rey, entregándose con mayor sujecion á la obediencia de los españoles. Y hasta la desproporcion de semejante delirio fue menester para que una obra tan admirable como la que se intentaba con fuerzas tan limitadas, se fuese haciendo posible con estas permisiones del Altísimo sin dejarla toda en términos de milagro, ó en descrédito de temeridad.

## CAPITULO XI.

**Mueven los zempoales con engaño las armas de Hernan Cortés contra los de Zimpacingo sus enemigos: hácelos amigos, y deja reducida aquella tierra.**

Poco despues vino á la Vera-Cruz el cacique de Zempoala en compañía de algunos indios principales que traia como testigos de su proposicion; y dijo á Hernan Cortés, que ya llegaba el caso de amparar y defender su tierra; porque unas tropas de gente mejicana habian hecho pie en Zimpacingo, lugar fuerte que distaria de allí poco menos de dos soles, y salian á correr la campaña, destruyendo los sembrados, y haciendo en su distrito algunas hostilidades con que al parecer daban principio á su venganza. Hallábase Hernan Cortés empeñado en favorecer á los zempoales para mantener el crédito de sus ofertas: parecióle que no seria bien dejar consentido á sus ojos aquel atrevimiento de los mejicanos; y que en caso de ser algunas tropas avanzadas del ejército de Motezuma, convendria enviarlas escarmentadas; para que desanimasen á los de

su nacion; á cuyo efecto determinó salir personalmente á esta faccion; entrando en el empeño con alguna ligereza, porque no conocia los engaños y mentiras de aquella gente (vicio capital entre los indios) y se dejó llevar de lo verisímil con poco exámen de la verdad. Ofrecióles que saldria luego con su ejército á castigar aquellos enemigos que turbaban la quietud de sus aliados, y mandando que le previniesen indios de carga para el bagage y la artillería, dispuso brevemente su marcha, y partió la vuelta de Zimpacingo con cuatrocientos soldados, dejando á los demas en el presidio de la Vera-Cruz.

Al pasar por Zempoala halló dos mil indios de guerra que le tenia prevenidos el cacique para que sirviesen debajo de su mano en esta jornada, divididos en cuatro escuadrones ó capitanías, con sus cabos, insignias y armas á la usanza de su milicia. Agradecióle mucho Hernan Cortés la providencia de este socorro; y aunque le dió á entender que no necesitaba de aquellos soldados suyos para una empresa de tan poco cuidado, los dejó ir por lo que sucediese, como quien se lo permitia para darles parte en la gloria del suceso.

Aquella noche se alojaron en unas estancias tres leguas de Zimpacingo, y otro dia á poco mas de las tres de la tarde se descubrió esta poblacion en lo alto de una colina, ramo de la sierra entre grandes peñas que escondian parte de los edificios, y amenazaban desde lejos con la dificultad del camino. Empezaron los españoles á vencer la aspereza del monte, no sin trabajo considerable, porque recelosos de dar en alguna emboscada, se iban doblando y desfilando á voluntad del terreno; pero los zempoales, ó mas diestros, ó menos embarazados en lo estrecho de las sendas, se adelantaron con un género de ímpetu que parecia valor, siendo venganza y latrocinio. Hallóse obligado Hernan Cortés á mandar que hiciesen alto, á tiempo que estaban ya dentro del pueblo algunas tropas de su vanguardia.

Fue prosiguiendo la marcha sin resistencia; y cuando ya se trataba de asaltar la villa por diferentes partes, salieron de ella ocho sacerdotes ancianos que buscaban al capitan de aquel ejército, á cuya presencia llegaron haciendo grandes sumisiones, y pronunciando algunas palabras humildes y asustadas que sin necesitar de los intérpretes, sonaban á rendimiento. Era su trage ó su ornamento unas mantas negras, cuyos estremos llegaban al suelo, y por la parte superior se recogian y plegaban al cuello, dejando suelto un pedazo en forma de capilla con que abrigaban la cabeza, largo hasta los hombros el cabello, salpicado y endurecido con la sangre humana de los sacrificios, cuyas manchas conservaban supersticiosamente en el rostro y en las manos, porque no les era lícito lavarse: propios ministros de dioses inmundos, cuya torpeza se dejaba conocer en estas y otras deformidades.

Dieron principio á su oracion, preguntando á Cortés: « ¿por qué » resistencia, ó por qué delito merecian los pobres habitadores de » aquel pueblo inocente la indignacion ó el castigo de una gente » conocida ya por su clemencia en aquellos contornos? » Respon-

dióles : « que no trataba de ofender á los vecinos del pueblo, sino » de castigar á los mejicanos que se albergaban en él y salian á in» festar las tierras de sus amigos. »

A que replicaron : « que la gente de guerra mejicana que asistia » de guarnicion en Zimpacingo, se habia retirado, huyendo la tierra » adentro luego que se divulgó la prision de los ministros de Mo» tezuma, ejecutada en Quiabislan; y que si venia contra ellos por » influencia ó sugestion de aquellos indios que le acompañaban, » tuviese entendido que los zempoales eran sus enemigos, y que le » traian engañado, fingiendo aquellas correrías de los mejicanos » para destruirlos, y hacerle instrumento de su venganza. »

Averiguóse fácilmente con la turbacion y frívolas disculpas de los mismos cabos zempoales que decian verdad estos sacerdotes; y Hernan Cortés sintió el engaño como desaire de sus armas, enojado á un tiempo con la malicia de los indios, y con su propia sinceridad; pero acudiendo con el discurso á lo que mas importaba en aquel caso, mandó prontamente que los capitanes Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado fuesen con sus campañías á recoger los indios que se adelantaron á entrar en el pueblo, los cuales andaban ya cebados en el pillage, y tenian hecha considerable presa de ropa y alhajas y maniatados algunos prisioneros. Fueron traidos al ejército, cargados afrentosamente de su mismo robo, y venian en su alcance los miserables despojados clamando por su hacienda; para cuya satisfaccion y consuelo mandó Hernan Cortés que se desatasen los prisioneros, y que la ropa se entregase á los sacerdotes para que la restituyesen á sus dueños. Y llamando á los capitanes y cabos de los zempoales, reprendió públicamente su atrevimiento con palabras de grande indignacion, dándoles á entender que habian incurrido en pena de muerte por el delito de obligarle á mover el ejército para conseguir su venganza : y haciéndose rogar de los capitanes españoles que tenia prevenidos para que le templasen y detuviesen, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre; aunque á la verdad no se atrevió por entonces á castigarlos con el rigor que merecian, pareciéndole que entre aquellos nuevos amigos tenia sus inconvenientes la satisfaccion de la justicia, ó peligraban menos los escesos de la clemencia.

Hecha esta demostracion que le dió crédito con ambas naciones, ordenó que los zempoales se acuartelasen fuera del poblado, y él entró con sus españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitaron luego en su alojamiento el cacique Zimpacingo y otros del contorno, los cuales convidaron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su rey al príncipe de los españoles, amado ya con fervorosa emulacion en aquella tierra, donde le iba ganando súbditos cierto género de razon que les suministraba entonces el aborrecimiento de Motezuma.

Trató despues de ajustar las disensiones que traian entre sí aquellos indios con los de Zempoala, cuyo principio fue sobre division

de términos y celos de jurisdiccion que anduvo primero entre los caciques, y ya se habia hecho rencor de los vecinos, viviendo unos y otros en contínua hostilidad, para cuyo efecto dió forma en la composicion de sus diferencias; y tomando á su cuenta el beneplácito del señor de Zempoala, consiguió el hacerlos amigos, y tomó la vuelta de la Vera-Cruz, dejando adelantado su partido con la obediencia de nuevos caciques, y apagada la enemistad de sus parciales, cuya desunion pudiera embarazarle para servirse de ellos : con que sacó utilidad, y halló conveniencia en el mismo desacierto de su jornada; siendo este fruto que suelen producir los errores, uno de los desengaños de la prudencia humana, cuyas disposiciones se quedan las mas veces en la primera region de las cosas.

## CAPITULO XII.

Vuelven los españoles á Zempoala, donde se consigue derribar los ídolos con alguna resistencia de los indios, y queda hecho templo de nuestra Señora el principal de sus adoratorios.

Estaba el cacique de Zempoala esperando á Cortés en una casería poco distante de su pueblo con grande prevencion de vituallas y manjares, para dar un refresco á su gente; pero muy avergonzado y pesaroso de que se hubiese descubierto su engaño. Quiso disculparse, y Hernan Cortés no se lo permitió diciéndole que ya venia desenojado, y que solo deseaba la enmienda, única satisfaccion de los delitos perdonados. Pasaron luego al lugar donde le tenia prevenido segundo presente de ocho doncellas, vistosamente adornadas : era la una sobrina suya y la traia destinada para que Hernan Cortés le honrase recibiéndola por su muger; y las otras para que las repartiese á sus capitanes como le pareciese : haciendo este ofrecimiento como quien deseaba estrechar su amistad con los vínculos de la sangre. Respondióle que estimaba mucho aquella demostracion de su voluntad y de su ánimo; pero que no era lícito á los españoles el admitir mugeres de otra religion, por cuya causa suspendia el recibirlas hasta que fuesen cristianas. Y con esta ocasion le apretó de nuevo en que dejase la idolatría, porque no podia ser buen amigo suyo quien se quedaba su contrario en lo mas esencial; y como le tenia por hombre de razon, entró con alguna confianza en el intento de convencerle y reducirle; pero él estuvo tan lejos de abrir los ojos, ó sentir la fuerza de la verdad, que fiado en la presuncion de su entendimiento, quiso argumentar en defensa de sus dioses, y Hernan Cortés se enfadó con él, dejándose llevar del celo de la religion, y le volvió las espaldas con algun desabrimiento.

Ocurrió en esta sazon una de las festividades mas solemnes de sus ídolos; y los zempoales se juntaron, no sin algun recato de los españoles, en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana, cuya horrible funcion se ejecutaba por mano de los sacerdotes con las ceremonias que veremos en su lugar-

Vendíanse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion. Vieron parte de este destrozo algunos españoles que vinieron á Cortés con la noticia de su escándalo; y fue tan grande su irritacion, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbacion de su ánimo. Cesaron á vista de mayor causa los motivos que obligaron á conservar aquellos confederados; y como tiene tambien sus primeros ímpetus la ira cuando se acompaña con la razon, prorrumpió en amenazas, mandando que tomasen las armas sus soldados, y que le llamasen al cacique y á los demas indios principales que solian asistirle; y luego que llegaron á su presencia, marchó con ellos al adoratorio, llevando en órden su gente.

Salieron á la puerta de él los sacerdotes que estaban ya recelosos del suceso, y á grandes voces empezaron á convocar el pueblo en defensa de sus dioses; á cuyo tiempo se dejaron ver algunas tropas de indios armados, que segun se entendió despues, habian prevenido los mismos sacerdotes, porque temieron alguna violencia, dando por descubierto el sacrificio que tanto aborrecian los españoles. Era de alguna consideracion el número de la gente que iba ocupando las bocas de las calles; pero Hernan Cortés, poco embarazado en estos accidentes, mandó que doña Marina dijese en voz alta, que á la primera flecha que disparasen, haria degollar al cacique y á los demas zempoales que tenia en su poder, y despues daria permision á sus soldados para que castigasen á sangre y fuego aquel atrevimiento. Temblaron los indios al terror de semejante amenaza; y temblando como todos el cacique, mandó á grandes voces que dejasen las armas y se retirasen, cuyo precepto se ejecutó apresuradamente, conociéndose en la prontitud con que desaparecieron lo que deseaba su temor parecer obediencia.

Quedóse Hernan Cortés con el cacique y con los de su séquito, y llamando á los sacerdotes, oró contra la idolatría con mas que militar elocuencia: « animólos para que no le oyesen atemorizados: » procuró servirse de los términos suaves, y que callase la violen- » cia donde hablaba la razon: lastimóse con ellos del engaño en » que vivian: quejóse de que siendo sus amigos, no le diesen cré- » dito en lo que mas les importaba: ponderóles lo que deseaba su » bien; y de las caricias que hablan con el corazon, pasó á los mo- » tivos que hablaban con el entendimiento: hízoles manifiesta de- » mostracion de sus errores: púsoles delante, casi en forma visi- » ble, la verdad; y últimamente les dijo que venia resuelto á destruir » aquellos simulacros del demonio y que esta obra le seria mas » acepta, si ellos mismos la ejecutasen por sus manos: » á cuyo intento los persuadia y animaba para que subiesen por las gradas del templo á derribar los ídolos, pero ellos se contristaron de manera con esta proposicion, que solo respondian con el llanto y el gemido, hasta que arrojándose en tierra, dijeron á grandes voces que primero

se dejarian hacer pedazos, que poner las manos en sus dioses. No quiso Hernan Cortés empeñarse demasiado en esta circunstancia que tanto resistian; y así mandó que sus soldados lo ejecutasen; por cuya diligencia fueron arrojados desde lo alto de las gradas, y llegaron al pavimento hechos pedazos el ídolo principal y sus colaterales, seguidos y atropellados de sus mismas aras, y de los instrumentos detestables de su adoracion. Fue grande la conmocion y el asombro de los indios: mirábanse unos á otros como echando menos el castigo del cielo, y á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel; porque viendo á sus dioses en aquel abatimiento, sin poder ni actividad para vengarse, les perdieron el miedo, y conocieron su flaqueza: al modo que suele conocer el mundo los engaños de su adoracion en la ruina de sus poderosos.

Quedaron con esta esperiencia los zempoales mas fáciles á la persuasion, y mas atentos á la obediencia de los españoles; porque si antes los miraban como sugetos de superior naturaleza, ya se hallaban obligados á confesar que podian mas que sus dioses. Y Hernan Cortés, conociendo lo que habia crecido con ellos su autoridad, les mandó que limpiasen el templo, cuya órden se ejecutó con tanto fervor y alegría, que afectando su desengaño, arrojaban al fuego los fragmentos de sus ídolos. Ordenó luego el cacique á sus arquitectos que rozasen las paredes, borrando las manchas de sangre humana que se conservaban como adorno. Blanqueáronse despues con una capa de aquel yeso resplandeciente que usaban en sus edificios, y se fabricó un altar, donde se colocó una imágen de nuestra Señora, con algunos adornos de flores y luces; y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fue posible á vista de muchos indios que asistian á la novedad, mas admirados que atentos, aunque algunos doblaban la rodilla, y procuraban remedar la devocion de los españoles.

No hubo lugar entonces de instruirlos con fundamento en los principios de la religion, porque pedia mas espacio su rudeza; y Hernan Cortés llevaba intento de empezar tambien su conquista espiritual desde la corte de Motezuma; pero quedaron inclinados al desprecio de sus ídolos, y dispuestos á la veneracion de aquella santa imágen, ofreciendo que la tendrian por su abogada, para que los favoreciese el Dios de los cristianos; cuyo poder reconocian ya por los efectos, y por algunas vislumbres de la luz natural, bastantes siempre á conocer lo mejor, y á sentir la fuerza de los auxilios con que asiste Dios á todos los racionales.

Y no es de omitir la piadosa resolucion de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida, para cuidar del culto de la imágen, coronando su vejez con este santo ministerio; llamábase Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba. Accion verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado en que hubo mucha parte de valor.

## CAPITULO XIII.

**Vuelve el ejército á la Vera-Cruz : despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado : sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes, y Hernan Cortés ejecuta la resolucion de dar al través con la armada.**

Partieron luego los españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla, y cuando llegaron á la Vera-Cruz, acababa de arribar al parage donde estaba surta la armada, un bajel de poco porte que venia de la isla de Cuba, á cargo del capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el capitan Luis Marin, que lo fue despues en la conquista de Méjico, y traian diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocurrencia se tuvo á socorro considerable. Omitieron nuestros escritores el intento de su viaje; y en esta duda parece lo mas verisímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortés para seguir su fortuna : á que persuade la misma facilidad con que se incorporaron en su ejército. Súpose por este medio que el gobernador Diego Velazquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortés, porque se hallaba con título de adelantado de aquella isla, y con despachos reales para descubrir y poblar, obtenidos por la negociacion de un capellan suyo que habia despachado á la corte para esta y otras pretensiones, cuya merced le tenia inexorable ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Pero Hernan Cortés, empeñado ya en mayores pensamientos, trató esta noticia como negocio indiferente, aunque le apresuró algo en la resolucion de dar cuenta al rey de su persona : para cuyo efecto dispuso que la Vera-Cruz, en nombre de villa, formase una carta, poniendo á los pies de S. M. aquella nueva república, y refiriendo por menor los sucesos de la jornada; las provincias que estaban ya reducidas á su obediencia; la riqueza, fertilidad y abundancia de aquel nuevo mundo; lo que se habia conseguido en favor de la religion, y lo que se iba disponiendo en órden á reconocer lo interior del imperio de Motezuma. Pidió encarecidamente á los capitulares del ayuntamiento, que sin omitir las violencias intentadas por Diego Velazquez y su poca razon, ponderasen mucho el valor y constancia de aquellos españoles, y les dejó el campo abierto para que hablasen de su persona como cada uno sintiese. No sería modestia, sino fiar de su mérito mas que de sus palabras, y desear que se alargasen ellos con mejor tinta en sus alabanzas, que á nadie suenan mal sus mismas acciones bien ponderadas, y mas en esta profesion militar, donde se usan unas virtudes poco desengañadas, que se pagan de su mismo nombre.

La carta (1) se escribió en forma conveniente, cuya conclusion fue pedir á su magestad que le enviase el nombramiento de capitan general de aquella empresa, revalidando el que tenia de la villa y ejército sin dependencia de Diego Velazquez; y él escribió en la misma substancia, hablando con mas fundamento en las esperanzas que tenia de traer aquel imperio á la obediencia de su magestad, y en lo que iba disponiendo para contrastar el poder de Motezuma con su misma tiranía.

Formados los despachos, se cometió á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo esta legacía; y se dispuso que llevasen al rey todo el oro y alhajas de precio y curiosidad que se habian adquirido, así de los presentes de Motezuma, como de los rescates y dádivas de los otros caciques, cediendo su parte los oficiales y soldados, para que fuese mas cuantioso el regalo : llevaron tambien algunos indios que se ofrecieron voluntarios á este viaje; primicias de aquellos nuevos vasallos que se iban conquistando; y Hernan Cortés envió regalo aparte para su padre Martin Cortés : digno cuidado entre las demas atenciones suyas. Fletóse luego el mejor navío de la armada : encargóse el regimiento de la navegacion al piloto mayor Anton de Alaminos; y cuando llegó el dia señalado para la embarcacion, se encomendó al favor divino el acierto del viaje con una misa solemne del Espíritu Santo; y con este feliz auspicio se hicieron á la vela en diez y seis de julio de mil quinientos diez y nueve, con órden precisa de seguir su derrota la vuelta de España, procurando tomar el canal de Bahama, sin tocar en la isla de Cuba, donde se debian recelar como peligro evidente las asechanzas de Diego Velazquez.

En el tiempo que se andaban tratando las prevenciones de esta jornada, se inquietaron nuevamente algunos soldados y marineros, gente de pocas obligaciones, tratando de escaparse para dar aviso á Diego Velazquez de los despachos y riquezas que se remitian al rey en nombre de Cortés : y era su ánimo adelantarse con esta noticia, para que pudiese ocupar los pasos y apresar el navío, á cuyo fin tenian ya ganados los marineros de otro, y prevenido en él todo lo necesario para su viaje ; pero la misma noche de la fuga se arrepintió uno de los conjurados que se llamaba Bernardino de Coria. Iba con los demas á embarcarse, y conociendo desde mas cerca la fealdad de su delito, se apartó cautelosamente de sus compañeros, y vino con el aviso á Cortés. Tratóse luego del remedio, y se dispuso con tanto secreto y diligencia, que fueron aprehendidos todos los cómplices en el mismo bajel sin que pudiesen negar la culpa que cometian. Y Hernan Cortés la tuvo por digna de castigo ejemplar, desconfiando ya de su misma benignidad. Sustancióse en breve la

(1) O mas bien relacion circunstanciada de todo lo descubierto hasta la fecha; esto es, 10 de julio de 1519. Robertson equivoca esta data, tomando la del 16 del mismo mes, dia de la partida de los dos comisionados.

causa, y se dió pena de muerte á dos de los soldados que fueron promovedores del trato, y de azotes á otros dos que tuvieron contra sí la reincidencia; los demas se perdonaron como persuadidos ó engañados: pretesto de que se valió Cortés para no deshacerse de todos los culpados; aunque ordenó tambien que al marinero principal del navío destinado para la fuga, se le cortase uno de los pies. Sentencia estraordinaria, y en aquella ocasion conveniente, para que no se olvidase con el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo: materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginacion.

Bernal Diaz del Castillo, y á su imitacion Antonio de Herrera, dicen que tuvo la culpa en este delito el licenciado Juan Diaz, y que por el respeto del sacerdocio no se hizo con él la demostracion que merecia. Pudiera valerle contra sus plumas esta inmunidad, particularmente cuando es cierto que en una carta que escribió Hernan Cortés al emperador en treinta de octubre de mil quinientos veinte, cuyo contesto debemos á Juan Bautista Ramusio en sus navegaciones, no hace mencion de este sacerdote, aunque nombra todos los cómplices de la misma sedicion; ó no sería verdad el delito que se le imputa, ó tendremos para no creerlo la razon que él tuvo para callarlo.

El dia que se ejecutó la sentencia se fue Cortés con algunos de sus amigos á Zempoala, donde le asaltaron varios pensamientos. Púsole en gran cuidado el atrevimiento de estos soldados: mirábale como resulta de las inquietudes pasadas, y como centella de incendio mal apagado: llegaba ya el caso de pasar adelante con su ejército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma; obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurria en mantenerse algunos dias entre aquellos caciques amigos, en divertir su ejército á menores empresas, en hacer nuevas poblaciones que se diesen la mano con la Vera-Cruz; pero en todo hallaba inconvenientes: y de esta misma turbacion de su espíritu nació una de las acciones en que mas se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse á deshacer la armada y romper todos los bajeles, para acabar de asegurarse de sus soldados, y quedarse con ellos á morir ó vencer; en cuyo dictámen hallaba tambien la conveniencia de aumentar el ejército con mas de cien hombres que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolucion á sus confidentes; y por su medio se dispuso, con algunas dádivas y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen á una voz que las naves se iban á pique sin remedio con el descalabro que habian padecido en la demora y mala calidad de aquel puerto: sobre cuya deposicion cayó como providencia necesaria la órden que les dió Cortés, para que sacando á tierra el velámen, jarcias y tablazon que podia ser de servicio, diesen al través con los buques mayores, reservando solamente los esquifes para el uso de la pesca: resolucion digna-

mente ponderada por una de las mayores de esta conquista; y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias.

De Agatocles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de Africa, encendió los bajeles en que le condujo, para quitar á sus soldados el auxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitan de los etolos. Y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino mas que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye alguna de estas hazañas en el ejemplo de las otras; y si consideramos á Hernan Cortés con menos gente que todos, en tierra mas distante y menos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposicion de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallaremos que fue mayor su empeño y mas heróica su resolucion; ó concediendo á estos grandes capitanes la gloria de ser imitados porque fueron primero, dejaremos á Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de escederlos.

No es sufrible que Bernal Diaz del Castillo con su acostumbrada, no sabemos si malicia ó sinceridad, se quiera introducir á consejero de obra tan grande, usurpando á Cortés la gloria de haberla discurrido. « Le aconsejamos, dice, sus amigos, que no dejase navío en » el puerto, sino que diese al través con ellos. » Pero no supo entenderse con su ambicion, pues añadió poco despues: « y esta » plática de dar al través con los navíos lo tenia ya concertado, » sino que quiso que saliese de nosotros : » con que solo se le debe el consejo, que llegó despues de la resolucion. Menos tolerable nota es la que puso Antonio de Herrera en la misma accion ; pues asienta que se rompió la armada á instancia de los soldados, « y que » fueron persuadidos y solicitados por la astucia de Cortés, » término es suyo, « por no quedar él solo obligado á la paga de los na- » víos, sino que el ejército los pagase. » No parece que Hernan Cortés se hallaba entonces en estado ni en parage de temer pleitos civiles con Diego Velazquez; ni este modo de discurrir tiene conexion con los altos designios que se andaban forjando en su entendimiento : si tomó esta noticia del mismo Bernal Diaz, que lo presumió así, temeroso quizá de que le tocase alguna parte en la paga de los bajeles, pudiera desestimarla como una de sus murmuraciones, que ordinariamente pecan de interesadas; y si fue congetura suya, como lo dá á entender, y tuvo á destreza de historiador el penetrar lo interior de las acciones que refiere, desautorizó la misma accion con la poca nobleza del motivo, y faltó á la proporcion atribuyendo efectos grandes á causas ordinarias (1).

(1) El verdadero motivo que obligó á Cortés á destruir sus naves, fue la poca confianza que tenia en la constancia de sus soldados: las alteraciones que estos

## CAPITULO XIV.

**Dispuesta la jornada llega noticia de que andaban navíos en la costa: parte Cortés á la Vera-Cruz, y prende siete soldados de la armada de Francisco de Garay: dase principio á la marcha, y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el ejército en la provincia de Zocothlan.**

Sintieron mucho algunos soldados este destrozo de la armada; pero se pusieron fácilmente en razon con la memoria del castigo pasado, y con el ejemplo de los que discurrian mejor. Tratóse luego de la jornada; y Hernan Cortés juntó su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dejando ciento cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera-Cruz, y por su gobernador al capitan Juan de Escalante, soldado de valor, muy diligente y de toda su confianza. Encargó mucho á los caciques del contorno que en su ausencia le obedeciesen y respetasen como á persona en quien dejaba toda su autoridad; y que cuidasen de asistirle con bastimentos y gente que ayudase en la fábrica de la iglesia y en las fortificaciones de la villa: á que se atendia, no tanto porque se temiese inquietud entre aquellos indios de la vecindad, como por el recelo de alguna invasion ó contratiempo de Diego Velazquez.

El cacique de Zempoala tenia prevenidos doscientos tamenes ó indios de carga para el bagage, y algunas tropas armadas para agregar al ejército, de los cuales entresacó Hernan Cortés hasta cuatrocientos hombres, incluyendo en este número cuarenta ó cincuenta indios nobles, de los que mas suponian en aquella tierra; y aunque los trató desde luego como á soldados suyos, en lo interior de su ánimo los llevó como rehenes, librando en ellos la seguridad del templo que dejaba en Zempoala, de los españoles que quedaban en la Vera-Cruz, y de un page suyo de poca edad que dejó encargado al cacique para que aprendiese la lengua mejicana, por si le faltasen los intérpretes; adminículo en que se conoce su cuidado, y cuánto se alargaba con el discurso á todo lo posible de los sucesos.

Estando ya en órden las disposiciones de la marcha, llegó un correo de Juan Escalante con aviso de que andaban navíos en la costa de la Vera-Cruz, sin querer dar plática, aunque se habian hecho señas de paz y diferentes diligencias. No era este accidente para dejado á las espaldas; y así partió luego Hernan Cortés con algunos de los suyos á la Vera-Cruz; encargando el gobierno del ejército á Pedro

promovieron á fin de regresar á Cuba, de que ya se ha hecho relacion, le dieron á conocer que solamente podia confiar en ellos quitándoles toda esperanza de salvacion, como no la buscasen en sus fuerzas y valor. Así lo da á entender el mismo Cortés en sus relaciones.

de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval. Estaba, cuando llegó, uno de los bajeles sobre el ferro, al parecer en distancia considerable de la tierra, y á breve rato descubrió en la costa cuatro españoles, que se acercaron sin recelo, dando á entender que le buscaban.

Era el uno de ellos escribano, y los otros venian para testigos de una notificacion que intentaron hacer á Cortés en nombre de su capitan. Traianla por escrito, y contenia que Francisco Garay, gobernador de la isla de Jamáica, con la órden que tenia del rey, para descubrir y poblar, habia fletado tres navios con doscientos y setenta españoles á cargo del capitan Alonso de Pineda, y tomado posesion de aquella tierra por la parte del rio de Panuco; y porque se trataba de hacer una poblacion cerca de Naothlan, doce ó catorce leguas al Poniente, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel parage.

Respondió Hernan Cortés al escribano que no entendia de requerimientos, ni aquella era materia de autos judiciales: que el capitan viniese á verse con él, y se ajustaria lo mas conveniente, pues todos eran vasallos de un rey, y se debian asistir con igual obligacion á su servicio. Decíales que volviesen con este recado; y porque no salieron á ello, antes porfiaba el escribano con poca reverencia en que respondiese derechamente á su notificacion, los mandó prender, y se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, frecuentes en aquella playa, donde estuvo toda la noche y parte del dia siguiente, sin que se moviese la nave, ni se conociese en ella otro designio que esperar á sus mensageros, cuya suspension le obligó á probar con alguna estratagema si podia sacar la gente á tierra. Y lo primero que le ocurrió fue mandar que se desnudasen los presos, y que con sus vestidos se dejasen ver en la playa cuatro de sus soldados, haciendo llamada con las capas y otras señas. Lo que resultó de esta diligencia, fue venir en el esquife doce ó catorce hombres armados con arcabuces y ballestas; pero como se retiraban los cuatro disfrazados por no ser conocidos, y respondian á sus voces recatando el rostro, no se atrevieron á desembarcar, y solo se prendieron tres que saltaron en tierra mas animosos ó menos advertidos; los demas se recogieron al navío, que con este desengaño levó sus áncoras y siguió su derrota. Dudó Hernan Cortés al principio si serian estos bajeles de Diego Velazquez, y temió que le obligasen á detenerse; pero le embarazaron poco los intentos de Francisco de Garay, mas fáciles de ajustar con el tiempo; y así volvió á Zempoala menos cuidadoso, y no sin alguna ganancia, pues llevó siete soldados mas á su ejército; que donde montaba tanto un español pareció felicidad, y se celebró como recluta.

Tratóse poco despues de la jornada; y al tiempo de partir se puso en órden el ejército formando un cuerpo de los españoles á la vanguardia, y otro de los indios en la retaguardia gobernados por Mamegí, Teuche y Tamellí, caciques de la serranía. Encargóse á los tamenes mas robustos la conduccion de la artillería, quedando los

demas para el bagage: y con esta ordenanza y sus batidores delante se dió principio á la marcha el dia diez y seis de agosto de este año. Fue bien recibido el ejército en los primeros tránsitos Jalapa, Socochima y Texucla, pueblos de la misma confederacion. Ibase derramando entre aquellos indios pacíficos la semilla de la religion, no tanto para informarlos de la verdad, como para dejarlos sospechosos de su engaño. Y Hernan Cortés, viéndolos tan dóciles y bien dispuestos, era de parecer que se dejase una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército, y quedase por lo menos introducida su adoracion; pero el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Diaz, se opusieron á este dictámen, persuadiéndole á que seria temeridad fiar la santa cruz de unos bárbaros mal instruidos, que podrian hacer alguna indecencia con ella, ó por lo menos la tratarian como á sus ídolos, si la venerasen supersticiosamente, sin saber el misterio de su representacion. Fue de su piedad el primer movimiento de la proposicion; pero de su entendimiento el conocer sin repugnancia la fuerza de la razon.

Entróse luego en lo áspero de la sierra; primera dificultad del camino de Méjico, donde padeció mucho la gente, porque fue necesario marchar tres dias por una montaña inhabitable, cuyas sendas se formaban de precipicios. Pasaron á fuerza de brazos y de ingenio las piezas de artillería, y fatigaban mas las inclemencias del tiempo. Era destemplado el frio; recios y frecuentes los aguaceros; y los pobres soldados sin forma de abarracarse para pasar las noches, ni otro abrigo que el de sus armas, caminaban para entrar en calor, obligados á buscar el alivio en el cansancio. Faltaron los bastimentos, última calamidad en estos conflictos, y ya empezaba el aliento á porfiar con las fuerzas cuando llegaron á la cumbre. Hallaron en ella un adoratorio y gran cantidad de leña; pero no se detuvieron porque se descubrian de la otra parte algunas poblaciones cercanas, donde acudieron apresuradamente á guarecerse, y hallaron bastante comodidad para olvidar lo padecido.

Empezaba en este parage la tierra de Zocothlan, provincia entonces dilatada y populosa, cuyo cacique residia en una ciudad del mismo nombre, situada en el valle donde terminaba la sierra. Dióle cuenta Hernan Cortés de su venida y designios, haciendo que se adelantasen con esta noticia dos indios zempoales, que volvieron brevemente con grata respuesta, y tardó poco en descubrirse la ciudad, poblacion grande que ocupaba el llano suntuosamente. Blanqueaban desde lejos sus torres (1) y sus edificios; y porque un soldado portugués la comparó á Castilblanco de Portugal, quedó unos dias con este nombre. Salió el cacique á recibir á Cortés con

(1) No sabemos en qué sentido hace uso el autor de la palabra *torres*. Las que nosotros llamamos así, no fueron conocidas de los americanos hasta que los españoles las construyeron en sus templos. Los de los indios tenian la forma de una pirámide truncada pero sin remate alguno.

mucho acompañamiento: pero con un género de agasajo violento, que tenia mas de artificio que de voluntad. La acogida que se hizo al ejército fue poco agradable, desacomodado el alojamiento, limitada la asistencia de los víveres, y en todo se conocia el poco gusto del hospedage; pero Hernan Cortés disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos indios de la paz que les habia propuesto cuando trataba solo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

## CAPITULO XV.

**Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortés: pondera mucho las grandezas de Motezuma: resuélvese el viaje por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Xacazingo.**

El dia siguiente repitió el cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados: llamábase Olinteth, y era hombre de capacidad, señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortés para recibirle con todas las esterioridades que acostumbraba, y fue notable esta sesion, porque despues de agasajarle mucho, y satisfacer á la cortesía sin faltar á la gravedad, le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas, « si era súbdito del rey de Méjico. » A que respondió prontamente: « ¿pues hay alguno en la tierra, que no sea » vasallo y esclavo de Motezuma? » Pudiera embarazarse Cortés de que le respondiesen con otra pregunta de arrojamiento, pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dijo: « que sabia poco del » mundo; pues él y aquellos compañeros suyos eran vasallos de otro » rey tan poderoso, que tenia muchos súbditos mayores príncipes » que Motezuma. » No se alteró el cacique de esta proposicion, antes sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion: « que Motezuma » era el mayor príncipe que en aquel mundo se conocia: que no » cabian en la memoria ni en el número las provincias de su domi- » nio: que tenia su corte en una ciudad incontrastable, fundada en » el agua sobre grandes lagunas: que la entrada era por algunos » diques ó calzadas, interrumpidas con puentes levadizos sobre » diferentes aberturas, por donde se comunicaban las aguas. En- » careció mucho la inmensidad de sus riquezas, la fuerza de sus » ejércitos, y sobre todo la infelicidad de los que no le obedecian, » pues se llenaba con ellos el número de sus sacrificios, y morian » todos los años mas de veinte mil hombres, enemigos ó rebeldes » suyos, en las aras de sus dioses (1). » Era verdad lo que afirmaba,

(1) Este cacique exajeraba sin duda alguna. Los historiadores, sin embargo, andan discordes acerca del número de víctimas humanas que eran sacrificadas en

pero la decia como encarecimiento, y se conocia en su voz la influencia de Motezuma, y que referia sus grandezas mas para causar espanto que admiracion.

Penetró Hernan Cortés lo interior de su razonamiento, y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de aquellas ponderaciones, le respondió : « que ya traia bastante noticia del » imperio y grandezas de Motezuma, y que á ser menor príncipe, » no viniera de tierras tan distantes á introducirle en la amistad de » otro príncipe mayor : que su embajada era pacífica, y aquellas » armas que le acompañaban servian mas á la autoridad que á la » fuerza ; pero que tuviesen entendido él y todos los caciques de su » imperio que deseaba la paz sin temer la guerra, porque el menor » de sus soldados bastaria contra un ejército de su rey : que nunca » sacaria la espada sin justa provocacion ; pero que una vez des- » nuda, llevaré, dijo, á sangre y fuego cuanto se me pusiere de- » lante, y me asistirá la naturaleza con sus prodigios, y el cielo » con sus rayos, pues vengo á defender su causa, desterrando » vuestros vicios, los errores de vuestra religion, y esos mismos » sacrificios de sangre humana, que referís como grandeza de » vuestro rey. » Y luego á sus soldados, disolviendo la vista : « Esto, amigos, es lo que buscamos, grandes dificultades y » grandes riquezas : de las unas se hace la fama, y de las otras la » fortuna. » Con cuya breve oracion dejó á los indios menos orgullosos, y con nuevo aliento á los españoles ; diciendo á unos y otros con poco artificio lo mismo que sentia, porque desde el principio de esta empresa puso Dios en su corazon una seguridad tan estraordinaria, que sin despreciar ni dejar de conocer los peligros, entraba en ellos como si tuviera en la mano los sucesos.

Cinco dias se detuvieron los españoles en Zocothlan, y se conoció luego en el cacique otro género de atencion, porque mejoraron las asistencias del ejército, y andaba mas puntual en el agasajo de sus huéspedes. Dióle gran cuidado la respuesta de Cortés, y se conocia en él una especie de inquietud discursiva, que se formaba de sus mismas observaciones, como lo comunicó despues al padre fray Bartolomé de Olmedo. Juzgaba por una parte que no eran hombres los que se atrevian á Motezúma, y por otra que eran algo mas los que hablaban con tanto desprecio de sus dioses. Notaba con esta aprension la diferencia de los semblantes, la novedad de las armas, la estrañeza de los trages, y la obediencia de los caballos : pareciéndole tambien que tenian los españoles superior razon en lo que discurrian contra la inhumanidad de sus sacrificios, contra la injusticia de sus leyes, y contra las permisiones de la sensualidad, tan

Méjico anualmente. Bernal Diaz dice que subian á 2,000 ; y ese número nos parece mas verosimil, aun cuando escediese en tiempo de guerra ; porque sabido es que los prisioneros eran sacrificados irremisiblemente en las aras de los dioses.

desenfrenada entre aquellos bárbaros, que les eran lícitas las mayores injurias de la naturaleza; y de todos estos principios sacaba consecuencias su estimacion, para creer que residia en ellos alguna deidad: que no hay entendimiento tan incapaz, que no conozca la fealdad de los vicios, por mas que los abrace la voluntad y los desfigure la costumbre. Pero le tenia tan poseido el temor de Motezuma, que aun para confesar la fuerza que le hacian estas consideraciones, echaba menos su licencia. Contentóse con dar lo necesario para el sustento de la gente; y no atreviéndose á manifestar sus riquezas, anduvo escaso en los presentes; y fueron su mayor liberalidad cuatro esclavas, que dió á Cortés para la fábrica del pan, y veinte indios nobles que ofreció para que guiasen el ejército.

Movióse cuestion sobre el camino que se debia elegir para la marcha, y el cacique proponia el de la provincia de Cholula, por ser tierra pingüe y muy poblada; cuya gente mas inclinada á la mercancía que á las armas, daria seguro y acomodado paso al ejército; y aconsejaba con grande aseveracion que no se intentase la marcha por el camino de Tlascala (1), por ser una provincia que estaba siempre de guerra, y sus habitadores de tan sangrienta inclinacion, que ponian su felicidad en hacer y conservar enemigos. Pero los indios principales que gobernaban la gente de Zempoala, dijeron reservadamente á Cortés que no se fiase de este consejo, porque Cholula era una ciudad muy populosa, de gente poco segura, y que en ella y en las poblaciones de su distrito se alojaban ordinariamente los ejércitos de Motezuma; siendo muy posible que aquel cacique los encaminase al riesgo con siniestra intencion, porque la provincia de Tlascala, por mas que fuese grande y belicosa, tenia confederacion y amistad con los totonaques y zempoales que venian en su ejército, y estaba en contínua guerra contra Motezuma: por cuyas dos consideraciones sería mas seguro el paso por su tierra, y en compañía de sus aliados perderian los españoles el horror de estrangeros. Pareció bien este discurso á Cortés, y hallando mayor razon para fiarse de los indios amigos, que de un cacique tan atento á Motezuma, mandó que marchase el ejército á la provincia de Tlascala, cuyos términos tardaron poco en descubrirse, porque confinaban con los de Zocothlan, y en los primeros tránsitos no se ofreció accidente de consideracion; pero despues se fueron hallando algunos rumores de guerra; y se supo que estaba la tierra puesta en armas, y secreto el designio de este movimiento; por cuya causa resolvió Hernan Cortés que se hiciese alto en un lugar de mediana poblacion, que se llamaba Xacazingo, para informarse mejor de esta novedad.

(1) *Tascalteca* la llama Cortés. Débese leer *Tlaxcala;* teniendo presente que la *x* tenia entre los indios un valor semejante en su sonido al que nosotros le damos actualmente. Por eso Cortés, remedando la pronunciacion de aquellos, escribe *Sitouengal* por *Xicotencal.*

Era entonces Tlascala una provincia de numerosa poblacion, cuyo circuito pasaba de cincuenta leguas, tierra montuosa y desigual, compuesta de frecuentes collados, hijos al parecer de la montaña que se llama hoy la gran cordillera. Los pueblos, de fábrica menos hermosa que durable, ocupaban las eminencias donde tenian su habitacion, parte por aprovechar en su defensa las ventajas del terreno y parte por dejar los llanos á la fertilidad de la tierra. Tuvieron reyes al principio, y duró su dominio algunos años, hasta que sobreviniendo unas guerras civiles, perdieron la inclinacion de obedecer, y sacudieron el yugo. Pero como el pueblo no se puede mantener por sí, enemigo de la sujecion hasta que conoce los daños de la libertad, se redujeron á república, nombrando muchos príncipes para deshacerse de uno. Dividiéronse sus poblaciones en diferentes partidos ó cabeceras, y cada faccion nombraba uno de sus magnates que residiese en la corte de Tlascala, donde se formaba un senado, cuyas resoluciones obedecian: notable género de aristocracia, que hallada entre la rudeza de aquella gente, deja menos autorizados los documentos de nuestra política. Con esta forma de gobierno se mantuvieron largo tiempo contra los reyes de Méjico, y entonces se hallaban en su mayor pujanza, porque las tiranías de Motezuma aumentaban sus confederados, y ya estaban en su partido los otomíes, nacion bárbara entre los mismos bárbaros; pero muy solicitada para una guerra, donde no sabian diferenciar la valentía de la ferocidad.

Informado Cortés de estas noticias, y no hallando razon para despreciarlas, trató de enviar sus mensageros á la república, para facilitar el tránsito de su ejército, cuya legacía encargó á cuatro zempoales de los que mas suponian, instruyéndolos por medio de doña Marina y Aguilar en la oracion que habian de hacer al senado, hasta que la tomaron casi de memoria; y los eligió de los mismos que le propusieron en Zocothlan el camino de Tlascala, para que llevasen á la vista su consejo, y fuesen interesados en el buen suceso de la misma negociacion.

## CAPITULO XVI.

**Parten los cuatro enviados de Cortés á Tlascala: dase noticia del trage y estilo con que se daban las embajadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los españoles.**

Adornáronse luego los cuatro zempoales con sus insignias de embajadores, para cuya funcion se ponian sobre los hombros una manta ó beca de algodon torcida y anudada por los estremos; en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conocíase por las plumas de la saeta el intento de la embajada, porque las rojas anunciaban

la guerra, y las blancas denotaban la paz, al modo que los romanos distinguian con diferentes símbolos á sus feciales y caduceadores. Por estas señas eran conocidos y respetados en los tránsitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia donde iban, porque si los hallaban fuera de ellos perdian el fuero y la inmunidad, cuyas exenciones tenian por sacrosantas, observando religiosamente este género de fé pública, que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Con estas insignias de su ministerio entraron en Tlascala los cuatro enviados de Cortés, y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la calpisca; llamábase así la casa que tenian deputada para el recibimiento de los embajadores: y el dia siguiente se convocó el senado para oirlos en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los senadores sentados por su antigüedad sobre unos taburetes bajos de maderas estraordinarias, hechos de una pieza, que llamaban yopales; y luego que se dejaron ver los embajadores, se levantaron un poco de sus asientos, y los agasajaron con moderada cortesía. Entraron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumision; y hecho el acatamiento al senado, caminaron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusieron de rodillas, y sin levantar los ojos esperaron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el mas antiguo que dijesen á lo que venian; y tomando asiento sobre sus mismas piernas, dijo uno de ellos á quien tocó la oracion por mas despejado:

« Noble república, valientes y poderosos tlascaltecas: el señor » de Zempoala, y los caciques de la serranía, vuestros amigos y » confederados, os envian salud; y deseando la fertilidad de vues» tras cosechas y la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber » que de las partes del Oriente han llegado á su tierra unos hom» bres invencibles, que parecen deidades, porque navegan sobre » grandes palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas re» servadas al cielo; ministros de otro Dios superior á los nuestros, » á quien ofenden las tiranías y los sacrificios de sangre humana: » que su capitan es embajador de un príncipe muy poderoso, que » con impulso de su religion desea remediar los abusos de nuestra » tierra, y las violencias de Motezuma; y habiendo redimido ya nues» tras provincias de la opresion en que vivian, se halla obligado á » seguir por vuestra república el camino de Méjico, y quiere saber » en qué os tiene ofendidos aquel tirano, para tomar por suya vuestra » causa, y ponerla entre las demas que justifican su demanda. Con » esta noticia pues de sus designios, y con esta esperiencia de su » benignidad, nos hemos adelantado á pediros y amonestaros de » parte de nuestros caciques y toda su confederacion, que admitais » á estos estrangeros, como á bienhechores y aliados. Y de parte » de su capitan os hacemos saber que viene de paz: y solo pretende

» que le concedais el paso de vuestras tierras, teniendo entendido » que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la » justicia y de la razon que defienden la causa del cielo: benignas » por su propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito y la pro- » vocacion. » Dicho esto, se levantaron los cuatro sobre las rodillas, y haciendo una profunda humillacion al senado, se volvieron á sentar como estaban para esperar la respuesta.

Confiriéronla entre sí brevemente los senadores, y uno de ellos les dijo en nombre de todos, que se admitia con toda gratitud la proposicion de los zempoales y totonaques sus confederados; pero que pedia mayor deliberacion lo que se debia responder al capitan de aquellos estrangeros: con cuya resolucion se retiraron los embajadores á su alojamiento, y el senado se encerró para discurrir en las dificultades ó conveniencias de aquella demanda. Ponderóse mucho al principio la importancia del negocio, digno á su parecer de grande consideracion, y luego fueron discordando los votos, hasta que se redujo á porfía la variedad de los dictámenes. Unos esforzaban que se diese á los estrangeros el paso que pedian; otros que se les hiciese guerra, procurando acabar con ellos de una vez; y otros que se les negase el paso; pero que se les permitiese la marcha por fuera de sus términos: cuya diferencia de pareceres duró con mas voces que resolucion, hasta que Magiscatzin, uno de los senadores, el mas anciano y de mayor autoridad en la república, tomó la mano, y haciéndose escuchar de todos, es tradicion que habló en esta sustancia:

« Bien sabeis, nobles y valerosos tlascaltecas, que fue revelado » á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de nuestra anti- » güedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, » que ha de venir á este mundo que habitamos una gente invencible » de las regiones orientales, con tanto dominio sobre los ele- » mentos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirvién- » dose del fuego y del aire para sujetar la tierra; y aunque entre » la gente de juicio no se crea que han de ser dioses vivos, como » lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion que » serán unos hombres celestiales, tan valerosos que valdrá uno » por mil, y tan benignos, que tratarán solo de que vivamos segun » razon y justicia. No puedo negaros que me ha puesto en gran » cuidado lo que conforman estas señas con las de esos estrangeros » que teneis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo del » Oriente: sus armas son de fuego: casas marítimas sus embar- » caciones: de su valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron » en Tabasco: su benignidad ya la veis en el agradecimiento de » vuestros mismos confederados; y si volvemos los ojos á esos » cometas y señales del cielo, que repetidamente nos asombran, » parece que nos hablan al cuidado, y vienen como avisos ó men- » sageros de esta gran novedad. ¿ Pues quién habrá tan atrevido y » temerario, que si es esta la gente de nuestras profecías, quiera

» probar sus fuerzas con el cielo, y tratar como enemigos á los » que traen por armas sus mismos decretos? Yo por lo menos » temeria la indignacion de los dioses, que castigan rigurosamente » á sus rebeldes, y con sus mismos rayos parece que nos están » enseñando á obedecer, pues habla con todos la amenaza del » trueno, y solo se vé el estrago donde se conoció la resistencia. » Pero yo quiero que se desestimen como casuales estas evidencias, » y que los estrangeros sean hombres como nosotros; ¿ qué daño » nos han hecho para que tratemos de la venganza? ¿ Sobre qué » injuria se ha de fundar esta violencia? Tlascala, que mantiene su » libertad con sus victorias, y sus victorias con la razon de sus » armas, ¿moverá una guerra voluntaria que desacredite su go- » bierno y su valor? Esta gente viene de paz, su pretension es » pasar por nuestra república, no lo intenta sin nuestra permision; » ¿ pues dónde está su delito? ¿dónde nuestra provocacion? Llegan á » nuestros umbrales fiados en la sombra de nuestros amigos; ¿y » perderemos los amigos por atropellar á los que desean nuestra » amistad? ¿ Qué dirán de esta accion los demas confederados? ¿ Y » qué dirá la fama de nosotros si quinientos hombres nos obligan » á tomar las armas? ¿ Ganaráse tanto en vencerlos, como se per- » derá en haberlos temido? Mi sentir es que los admitamos con » benignidad, y se les conceda el paso que pretenden: si son » hombres porque está de su parte la razon; y si son algo mas, » porque les basta para razon la voluntad de los dioses. »

Tuvo grande aplauso el parecer de Magiscatzin, y todos los votos se inclinaban á seguirle por aclamacion, cuando pidió licencia para hablar uno de los senadores, que se llamaba Xicotencal, mozo de grande espíritu, que por su talento y hazañas ocupaba el puesto de general de las armas; y conseguida la licencia, y poco despues el silencio: « no en todos los negocios, dijo, se debe á las canas la » primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que » á la osadía, y mejores consejeras de la paciencia que del valor. » Venero como vosotros la autoridad y el discurso de Magiscatzin; » pero no estrañareis en mi edad y en mi profesion otros dictámenes » menos desengañados, y no sé si mejores; que cuando se habla de » la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene » de pasion todo aquello que se parece al miedo. Verdad es que se » esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya ve- » nida dura en el vaticinio, y tarda en el desengaño. No es mi » ánimo desvanecer esta voz, que se ha hecho venerable con el » sufrimiento de los siglos; pero dejadme que os pregunte, ¿ qué » seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos estos estran- » geros? ¿ Es lo mismo caminar por el rumbo del Oriente, que » venir de las regiones celestiales, que consideramos donde nace » el sol? Las armas de fuego y las grandes embarcaciones que » llamais palacios marítimos, ¿ no pueden ser obra de la industria » humana, que se admiran porque no se han visto? Y quizá serán

» ilusiones de algun encantamiento semejantes á los engaños de la
» vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. Lo que obraron
» en Tabasco ¿fue mas que romper un ejército superior? ¿Esto se
» pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada
» dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad
» que han usado con los zempoales ¿no puede ser artificio para
» ganar á menos costa los pueblos? Yo por lo menos la tendria por
» dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir
» el veneno; porque no conforma con lo demas que sabemos de su
» codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres (si ya no son algu-
» nos monstruos que arrojó la mar en nuestras costas) roban nues-
» tros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y
» de la plata, y dados á las delicias de la tierra: desprecian nues-
» tras leyes: intentan novedades peligrosas en la justicia y en la
» religion: destruyen los templos: despedazan las aras: blasfeman
» de los dioses, ¿y se les dá estimacion de celestiales? y se duda la
» razon de nuestra resistencia? ¿y se escucha sin escándalo el
» nombre de la paz? Si los zempoales y totonaques los admitieron
» en su amistad, fué sin consulta de nuestra república; y vienen
» amparados en una falta de atencion que merece castigo en sus
» valedores. Y esas impresiones del aire, y señales espantosas tan
» encarecidas por Magiscatzin, antes nos persuaden á que los trate-
» mos como enemigos, porque siempre denotan calamidades y mi-
» serias. No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que espera-
» mos, sino de lo que debemos temer: que nunca se acompañan de
» errores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se
» adormezca nuestro cuidado y se deje estar nuestra negligencia.
» Mi sentir es que se junten nuestras fuerzas y se acabe de una vez
» con ellos, pues vienen á nuestro poder señalados con el índice
» de las estrellas, para que los miremos como tiranos de la patria y
» de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras
» armas, conozca el mundo que no es lo mismo ser inmortales en
» Tabasco, que invencibles en Tlascala.»

Hicieron mayor fuerza en el senado estas razones que las de Magiscatzin, porque conformaban mas con la inclinacion de aquella gente, criada entre las armas, y llena de espíritus militares; pero vuelto á conferir el negocio, se resolvió, como temperamento de ambas opiniones, que Xicotencal juntase luego sus tropas, y saliese á probar la mano con los españoles, suponiendo que si los vencia, se lograba el crédito de la nacion y que si fuese vencido, quedaria lugar para que la república tratase de la paz, echando la culpa de este acometimiento á los otomíes, y dando á entender que fue desórden y contratiempo de su ferocidad; para cuyo efecto dispusieron que fuesen detenidos en prision disimulada los embajadores zempoales, mirando tambien á la conservacion de sus confederados; porque no dejaron de conocer el peligro de aquella guerra, aunque la intentaron con poco recelo: tan valientes que fiaron de

su valor el suceso; pero tan avisados, que no perdieron de vista los accidentes de la otra fortuna.

## CAPITULO XVII.

**Determinan los españoles acercarse á Tlascala, teniendo á mala señal la detencion de sus mensageros: pelean con un grueso de cinco mil indios que los esperaban emboscados, y despues con todo el poder de la república.**

Ocho dias se detuvieron los españoles en Xacazingo esperando á sus mensageros, cuya tardanza se tenia ya por novedad considerable. Y Hernan Cortés, con acuerdo de sus capitanes y parecer de los cabos zempoales, que tambien solia favorecerlos y confiarlos con oir su dictámen, resolvió continuar su marcha, y ponerse mas cerca de Tlascala para descubrir los intentos de aquellos indios, considerando que si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los embajadores, sería mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones y buscarlos en su misma ciudad, antes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y acometer ordenados en la campaña. Movióse luego el ejército puesto en orden, sin que se perdonase alguna de las cautelas que suelen observarse cuando se pisa tierra de enemigos; y caminando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco mas de dos leguas se encontró una gran muralla que corria desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino: fábrica suntuosa y fuerte, que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo esterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenia veinte pies de grueso, de alto estado y medios y remataba en un parapeto al modo que se practica en nuestras fortificaciones. La entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos. Súpose de los indios de Zocothlan que aquella fortaleza señalaba y dividia los términos de la provincia de Tlascala, cuyos antiguos la edificaron para defenderse de las invasiones enemigas; y fue dicha que no la ocupasen contra los españoles, ó porque no se les dió lugar para que saliesen á recibirlos en este reparo, ó porque se resolvieron á esperar en campo abierto para embestir con todas sus fuerzas, y quitar al ejército inferior la ventaja de pelear en lo estrecho.

Pasó la gente de la otra parte sin desórden ni dificultad, y vueltos á formar los escuadrones, se prosiguió la marcha poco á poco, hasta que saliendo á tierra mas espaciosa descubrieron los batidores á larga distancia veinte ó treinta indios, cuyos penachos (ornamento de que solo usaban los soldados) daban á entender que habia gente de guerra en la campaña. Vinieron con el aviso á Cortés, y les ordenó que volviesen alargando el paso y procurasen llamarlos con

señas de paz, sin empeñarse demasiado en seguirlos, porque el parage donde estaban era desigual y se ofrecian á la vista diferentes quiebras y ribazos, capaces de ocultar alguna emboscada. Partió luego en su seguimiento con ocho caballos, dejando á los capitanes órden para que avanzasen con la infantería sin apresurarla mucho, que nunca es acierto gastar en la diligencia el aliento del soldado, y entrar en la ocasion con gente fatigada.

Esperaron los indios en el mismo puesto á que se acercasen los caballos de los batidores, y sin atender á las voces y ademanes con que procuraban persuadirlos á la paz, volvieron las espaldas corriendo hasta incorporarse con una tropa que se descubria mas adelante, donde hicieron cara y se pusieron en defensa. Uniéronse al mismo tiempo los catorce caballos y cerraron con aquella tropa, mas para descubrir la campaña que porque se hiciese caso de su corto número; pero los indios resistieron el choque perdiendo poca tierra, y sirviéndose de sus armas tan valerosamente, que sin atender al daño que recibian hirieron dos soldados y cinco caballos. Salió entonces al socorro de los suyos la emboscada que tenian prevenida, y se dejó ver en lo descubierto un grueso de hasta cinco mil hombres, á tiempo que llegó la infantería y se puso en batalla el ejército para recibir el ímpetu con que venian cerrando los enemigos. Pero á la primera carga de las bocas de fuego conocieron el estrago de los suyos, y dieron principio á la fuga con retirarse apresuradamente, de cuya primera turbacion se valieron los españoles para embestir con ellos; y lo ejecutaron con tan buena órden y tanta resolucion, que á breve rato cedieron la campaña, dejando en ella muertos mas de sesenta hombres y algunos prisioneros. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance porque iba declinando el dia, y porque deseaba mas escarmentarlos que destruirlos. Ocupáronse luego unas caserías que estaban á la vista, donde se hallaron algunos bastimentos, y se pasó la noche con alegría, pero sin descuido, reposando los unos en la vigilancia de los otros.

El dia siguiente se volvió á la marcha con el mismo acierto, y se descubrió segunda vez el enemigo, que con un grueso poco mayor que el pasado venia caminando mas presuroso que ordenado. Acercáronse á nuestro ejército sus tropas con grande orgullo y algazara, y sin proporcionarse con el alcance de sus flechas, dieron la carga inútilmente, y al mismo tiempo empezaron á retirarse, sin dejar de pelear á lo largo, particularmente los pedreros, que á mayor distancia se mostraban mas animosos. Conoció luego Hernan Cortés que aquella retirada tenia mas de estratagema que temor, y receloso interiormente de mayor combate, fue siguiendo con su fuerza unida la huella del enemigo, hasta que vencida una eminencia que se interponia en el camino, se descubrió en lo llano de la otra parte un ejército que dicen pasaria de cuarenta mil hombres. Componiase de varias naciones, que se distinguian por los colores de las divisas y plumages. Venian en él los nobles de Tlascala y toda su confe-

deracion. Gobernábale Xicotencal, que como dijimos, tenia por su cuenta las armas de la república, y dependientes de su órden mandaban las tropas auxiliares sus mismos caciques ó sus mayores soldados.

Pudieran desanimarse los españoles de ver á su oposicion tan desiguales fuerzas; pero sirvió en esta ocasion la esperiencia de Tabasco, y Hernan Cortés se detuvo poco en persuadirlos á la batalla, porque se conocia en los semblantes y en las demostraciones el deseo de pelear. Empezaron luego á bajar la cuesta con alegre seguridad; y por ser la tierra quebrada y desigual, donde no se podian manejar los caballos, ni hacian efecto disparadas de alto á bajo las bocas de fuego, se trabajó mucho en apartar al enemigo, que alargó algunas mangas para que disputasen el paso; pero luego que mejoraron de terreno los caballos y salió á lo llano parte de nuestra infantería, se despejó la campaña, y se hizo lugar para que bajase la artillería y acabase de afirmar el pie la retaguardia. Estaba el grueso del enemigo á poco mas que tiro de arcabuz, peleando solamente con los gritos y las amenazas; y apenas se movió nuestro ejército, hecha la señal de embestir, cuando se empezaron á retirar los indios con apariencias de fuga, siendo en la verdad segunda estratagema de que usó Xicotencal para lograr con el avance de los españoles la intencion que traia de cogerlos en medio y combatirlos por todas partes, como se esperimentó brevemente; porque apenas los reconoció distantes de la eminencia en que pudieran asegurar las espaldas, cuando la mayor parte de su ejército se abrió en dos alas, que corriendo impetuosamente ocuparon por ambos lados la campaña, y cerrando el círculo consiguieron el intento de sitiarlos á lo largo: fuéronse luego doblando con increible diligencia, y trataron de estrechar el sitio, tan cerrados y resueltos, que fue necesario dar cuatro frentes al escuadron y cuidar antes de resistir que de ofender, supliendo con la union y la buena ordenanza la desigualdad del número.

Llenóse el aire de flechas, herido tambien de las voces y del estruendo; llovian dardos y piedras sobre los españoles, y conociendo los indios el poco efecto que hacian sus armas arrojadizas, llegaron brevemente á los chuzos y las espadas. Era grande el estrago que recibian, y mayor su obstinacion: Hernan Cortés acudia con sus caballos á la mayor necesidad, rompiendo y atropellando á los que mas se acercaban. Las bocas de fuego peleaban con el daño que hacian y con el espanto que ocasionaban: la artillería lograba todos sus tiros, derribando el asombro á los que perdonaban las balas. Y como era uno de los primores de su milicia el esconder los heridos y retirar los muertos, se ocupaba en esto mucha gente y se iban disminuyendo sus tropas; con que se redujeron á mayor distancia y empezaron á pelear menos atrevidos; pero Hernan Cortés, antes que se reparasen ó rehiciesen para volver á lo estrecho, determinó embestir con la parte mas flaca de su ejército, y abrir el paso para ocupar algun puesto donde pudiese dar toda la frente al enemigo. Conti-

nicó su intento á todos los capitanes, y puestos en ala sus caballos, seguidos á paso largo de la infantería, cerró con los indios, apellidando á voces el nombre de San Pedro. Resistieron al principio, jugando valerosamente sus armas; pero la ferocidad de los caballos, sobrenatural ó monstruosa en su imaginacion, los puso en tanto pavor y desórden, que huyendo á todas partes se atropellaban y herian unos á otras, haciéndose el mismo daño que recelaban.

Empeñóse demasiado en la escaramuza Pedro de Moron, que iba en una yegua muy revuelta y de grande velocidad, á tiempo que unos tlascaltecas principales, que se convocaron para esta faccion, viéndole solo cerraron con él, y haciendo presa en la misma lanza y en el brazo de la rienda, dieron tantas heridas á la yegua que cayó muerta, y en un instante le cortaron la cabeza, dicen que de una cuchillada: poco añaden á la sustancia los encarecimientos. Pedro de Moron recibió algunas heridas ligeras y le hicieron prisionero; pero fue socorrido brevemente de otros caballos, que con muerte de algunos indios consiguieron su libertad, y le retiraron al ejército, siendo este accidente poco favorable al intento que se llevaba, porque se dió tiempo al enemigo para que se volviese á cerrar y componer por aquella parte; de modo que los españoles fatigados ya de la batalla, que duró por espacio de una hora, empezaron á dudar del suceso; pero esforzados nuevamente de la última necesidad en que se hallaban, se iban disponiendo para volver á embestir cuando cesaron de una vez los gritos del enemigo, y cayendo sobre aquella muchedumbre un repentino silencio, se oyeron solamente sus atabalillos y bocinas, que segun su costumbre tocaban á recojer como se conoció brevemente, porque al mismo tiempo se empezaron á mover las tropas, y marchando poco á poco por el camino de Tlascala traspusieron por lo alto de una colina, y dejaron á sus enemigos la campaña.

Respiraron los españoles con esta novedad, que parecia milagrosa, porque no se hallaba causa natural á que atribuirla; pero supieron despues por medio de algunos prisioneros que Xicotencal ordenó la retirada, porque habiendo muerto en la batalla la mayor parte de sus capitanes, no se atrevió á manejar tanta gente sin cabos que la gobernasen. Murieron tambien muchos nobles, que hicieron costosa la faccion, y fue grande el número de los heridos; pero sobre tanta pérdida, y sobre quedar entero nuestro ejército, y ser ellos los que se retiraban, entraron triunfantes en su alojamiento, teniendo por victoria el no volver vencidos, y siendo la cabeza de la yegua toda la razon y todo el aparato del triunfo. Llevábala delante de sí Xicotencal sobre la punta de una lanza, y la remitió luego á Tlascala, haciendo presente al senado de aquel formidable despojo de la guerra, que causó á todos grande admiracion, y fue despues sacrificada en uno de sus templos con estraordinaria solemnidad: víctima propia de aquellas aras, y menos inmunda que los mismos dioses que se honraban con ella.

De los nuestros quedaron heridos nueve ó diez soldados, y algunos zempoales, cuya asistencia fue de mucho servicio en esta ocasion, porque los hizo valientes el ejemplo de los españoles y la irritacion de ver despreciada y rota su alianza. Descubríase á poca distancia un lugar pequeño en sitio eminente que mandaba la campaña; y Hernan Cortés, atendiendo á la fatiga de su gente, y á lo que necesitaba de repararse, trató de ocuparle para su alojamiento; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los vecinos le desampararon luego que se retiró su ejército, dejando en él abundancia de bastimentos, que ayudaron á conservar la provision y á reparar el cansancio. No se halló bastante comodidad para que estuviese toda la gente debajo de cubierto, pero los zempoales cuidaron del suyo fabricando brevemente algunas barracas: y el sitio que por naturaleza era fuerte, se aseguró lo mejor que fue posible con algunos reparos de tierra y fagina, en que trabajaron todos lo que restaba del dia, con tanto aliento y tan alegres, que al parecer descansaban en su misma diligencia, no porque dejasen de conocer el conflicto en que se hallaron ni diesen por acabada la guerra, sino porque reconocian al cielo todo lo que no esperaron de sus fuerzas, y viéndole ya declarado en su favor, se les hacia posible lo que poco antes tuvieron por milagroso.

## CAPITULO XVIII.

**Rehácese el ejército de Tlascala: vuelven á segunda batalla con mayores fuerzas, y quedan rotos y desbaratados por el valor de los españoles y por otro nuevo accidente que los puso en desconcierto.**

En Tlascala fueron varios los discursos que se ocasionaron de este suceso: lloróse con pública demostracion la muerte de sus capitanes y caciques, y de este mismo sentimiento procedian contrarias opiniones: unos clamaban por la paz, calificando á los españoles con el nombre de inmortales; y otros prorumpian en oprobios y amenazas contra ellos, consolándose con la muerte de la yegua, única ganancia de la guerra: Magiscatzin se jactaba de haber prevenido el suceso, repitiendo á sus amigos lo que representó en el senado, y hablando en la materia como quien halla vanidad en el desaire de su consejo. Xicotencal desde su alojamiento pedia que se reforzase con nuevas reclutas su ejército, disminuyendo la pérdida, y sirviéndose de ella para mover á la venganza. Llegó á Tlascala en esta ocasion uno de los caciques confederados con diez mil guerreros de su nacion, cuyo socorro se tuvo á providencia de los dioses; y creciendo con las fuerzas el ánimo, resolvió el senado que se alistasen nuevas tropas y se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortés, el dia siguiente á la batalla, trató solamente de mejorar sus fortificaciones y cerrar su cuartel, añadiendo nuevos reparos que se diesen la mano con las defensas naturales del sitio.

Quisiera volver á las pláticas de la paz, y no hallaba camino de introducir negociacion, porque los cuatro mensageros zempoales que fueron llegando al ejército por diferentes sendas y rodeos, venian escarmentados y atemorizaban á los demas. Rompieron dichosamente una estrecha prision, donde los pusieron el dia que salió á la campaña Xicotencal, destinados ya para mitigar con su sangre los dioses de la guerra; y á vista de esta inhumanidad no parecia conveniente ni sería fácil esponer otros al mismo peligro.

Dábale cuidado tambien la misma quietud del enemigo, porque no se oia rumor de guerra en todo el contorno: y la retirada de Xicotencal tuvo todas las señales de quedar pendiente la disputa. Debia segun buena razon, mantener aquel puesto para su retirada en caso de haberla menester, y hallaba inconvenientes en esta misma resolucion, porque los indios interpretarian á falta de valor el encierro del cuartel : reparo digno de consideracion en una guerra donde se peleaba mas con la opinion que con la fuerza.

Pero atendiendo á todo como diligente capitan, resolvió salir otro dia por la mañana con alguna gente á tomar lengua, reconocer la campaña y poner en cuidado al enemigo; cuya faccion ejecutó personalmente con sus caballos y doscientos infantes, mitad españoles y mitad zempoales.

No dejamos de conocer que tuvo peligro esta faccion, conocidas las fuerzas del enemigo, y en tierra tan dispuesta para emboscadas. Pudiéra Hernan Cortés aventurar menos su persona, consistiendo en ella la suma de las cosas: y en nuestro sentir no es digno de imitacion este ardimiento en los que gobiernan ejércitos, cuya salud se debe tratar como pública, y cuyo valor nació para inspirado en otros corazones. Pudiéramos disculparle con diferentes ejemplos de varones grandes, que fueron los primeros en el peligro de las batallas, mandando con la voz lo mismo que obraban con la espada; pero mas obligados al acierto que á sus descargos, le dejaremos con esta honrada objecion, que es en la verdad la mejor culpa de los capitanes.

Alargáronse á reconocer algunos lugares por el camino de Tlascala, donde hallaron abundante provision de víveres, y se hicieron diferentes prisioneros, por cuyo medio se supo que Xicotencal tenia su alojamiento dos leguas de allí, no lejos de la ciudad, y que andaba previniendo nuevas fuerzas contra los españoles, con cuya noticia se volvieron al cuartel, dejando hecho algun daño en las poblaciones vecinas; porque los zempoales, que obraban ya con propia irritacion, dieron al hierro y á la llama cuanto encontraron : esceso que reprendia Cortés no sin alguna flojedad, porque no le pesaba de que entendiesen los tlascaltecas cuán lejos estaba de temer la guerra quien los provocaba con la hostilidad.

Dióse luego libertad á los prisioneros de esta salida, haciéndoles todo aquel agasajo que pareció necesario, para que perdiesen el miedo á los españoles, y llevasen noticia de su benignidad. Mandó

luego buscar entre los otros prisioneros que se hicieron el dia de la ocasion, los que pareciesen mas despiertos, y eligió dos ó tres para que llevasen un recado suyo á Xicotencal, cuya substancia fue: « que se hallaba con mucho sentimiento del daño que habia padecido su gente en la batalla; de cuyo rigor tuvo la culpa quien dió » la ocasion, recibiendo con las armas á los que venian proponiendo » la paz: que de nuevo le requeria con ella, deponiendo enteramente la razon de su enojo; pero que si no desarmaban luego y » trataban de admitirla, le obligarian á que los aniquilase y destruyese de una vez, dando al escarmiento de sus vecinos el nombre de su nacion. » Partieron los indios con este mensage bien industriados y contentos, ofreciendo volver con la respuesta, y tardaron pocas horas en cumplir su palabra; pero vinieron sangrientos y maltratados, porque Xicotencal mandó castigar en ellos el atrevimiento de llevarle semejante proposicion, y no los hizo matar porque volviesen heridos á los ojos de Cortés; y llevando esta circunstancia mas de su resolucion, le dijesen de su parte: « que al » primer nacimiento del sol se verian en campaña: que su ánimo » era llevarle vivo con todos los suyos á las aras de sus dioses, » para lisongearlos con la sangre de sus corazones; y que se lo avi- » saba desde luego para que tuviese tiempo de prevenirse; » dando á entender que no acostumbraba disminuir sus victorias con el descuido de sus enemigos.

Causó mayor irritacion que cuidado en el ánimo de Cortés la insolencia del bárbaro; pero no desestimó su aviso ni despreció su consejo: antes con la primera luz del dia sacó su gente á la campaña, dejando en el cuartel la que le pareció necesaria para su defensa; y alargándose poco mas de media legua, eligió puesto conveniente para recibir al enemigo con alguna ventaja, donde formó sus hileras segun el terreno y conforme á la esperiencia que ya se tenia de aquella guerra. Guarneció luego los costados con la artillería, midiendo y regulando sus ofensas: alargó sus batidores, y quedándose con los caballos para cuidar de los socorros, esperó el suceso, manifiesta en el semblante la seguridad del ánimo, sin necesitar mucho de su elocuencia para instruir y animar á sus soldados, porque venian todos alegres y alentados, hecha ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.

No tardaron mucho los batidores en volver con el aviso de que venia marchando el enemigo con un poderoso ejército, y poco mas en descubrirse su vanguardia. Fuése llenando la campaña de indios armados: no se alcanzaba con la vista el fin de sus tropas, escondiéndose ó formándose de nuevo en ellas todo el horizonte. Pasaba el ejército de cincuenta mil hombres (así lo confesaron ellos mismos), último esfuerzo de la república y de todos sus aliados, para coger vivos á los españoles y llevarlos maniatados, primero al sacrificio, y luego al banquete. Traían de novedad una grande águila de oro levantada en alto: insignia de Tlascala, que solo acompañaba sus

huestes en las mayores empresas. Ibanse acercando con increible ligereza; y cuando estuvieron á tiro de cañon empezó á reprimir su celeridad la artillería, poniéndolos en tanto asombro, que se detuvieron un rato neutrales entre la ira y el miedo; pero venciendo la ira, se adelantaron de tropel hasta llegar á distancia que pudieron jugar sus hondas y disparar sus flechas, donde los detuvo segunda vez el terror de los arcabuces y el rigor de las ballestas.

Duró largo tiempo el combate, sangriento de parte de los indios, y con poco daño de los españoles, porque militaba en su favor la diferencia de las armas, y el órden y concierto con que daban y recibian las cargas. Pero reconociendo los indios la sangre que perdian, y que los iba destruyendo su misma tardanza, se movieron de una vez, impelidos al parecer los primeros de los que venian detrás, y cayó toda la multitud sobre los españoles y zempoales, con tanto ímpetu y desesperacion, que los rompieron y desbarataron, deshaciendo enteramente la union y buena ordenanza en que se mantenian; y fue necesario todo el valor de los soldados, todo el aliento y diligencia de los capitanes, todo el esfuerzo de los caballos y toda la ignorancia militar de los indios, para que pudiesen volverse á formar, como lo consiguieron á viva fuerza, con muerte de los que tardaron mas en retirarse.

Sucedió á este tiempo un accidente como el pasado, en que se conoció segunda vez la especial providencia con que miraba el cielo por su causa. Reconocióse gran turbacion en la batalla del campo enemigo: movíanse las tropas á diferentes partes, dividiéndose unos de otros, y volviendo contra sí las frentes y las armas; de que resultó el retirarse todos tumultuosamente, y el volver las espaldas en fuga deshecha los que peleaban en su vanguardia, cuyo alcance se siguió con moderada ejecucion, porque Hernan Cortés no quiso esponerse á que le volviesen á cargar lejos de su cuartel.

Súpose despues que la causa de esta revolucion, y el motivo de esta segunda retirada, fue que Xicotencal, hombre destemplado y soberbio que fundaba su autoridad en la paciencia de los que le obedecian, reprendió con sobrada libertad á uno de los caciques principales, que servia debajo de su mano con mas de diez mil guerreros auxiliares: tratóle de cobarde y pusilánime, porque se detuvo cuando cerraron los demas; y él volvió por sí con tanta osadía, que llegó el caso á términos de rompimiento y desafío de persona á persona; y brevemente se hizo causa de toda la nacion, que sintió el agravio de su capitan, y se previno á su defensa; con cuyo ejemplo se tumultuaron otros caciques parciales del ofendido: y tomando resolucion de retirar sus tropas de un ejército donde se desestimaba su valor, lo ejecutaron con tanto enojo y celeridad, que pusieron en desórden y turbacion á los demas; y Xicotencal conociendo su flaqueza, trató solamente de ponerse en salvo, dejando á sus enemigos el campo y la victoria.

No es nuestro ánimo referir como milagro este suceso tan favo-

rable y tan oportuno á los españoles; antes confesamos que fue casual la desunion de aquellos caciques, y fácil de suceder donde mandaba un general impaciente, con poca superioridad entre los confederados de su república; pero quien viere quebrantado y deshecho primera y segunda vez aquel ejército poderoso de innumerables bárbaros, obra negada ó superior á las fuerzas humanas, conocerá en esta misma casualidad la mano de Dios, cuya inefable sabiduría suele fabricar sus altos fines sobre contingencias ordinarias, sirviéndose muchas veces de lo que permite para encaminar lo mismo que dispone.

Fue grande el número de los indios que murieron en esta ocasion, y mayor el de los heridos (así lo referian ellos despues); y de los nuestros murió solo un soldado, y salieron veinte con algunas heridas de tan poca consideracion, que pudieron asistir á las guardias aquella misma noche. Pero siendo esta victoria tan grande, y mas llenamente admirable que la pasada, porque se peleó con mayor ejército y se retiró deshecho el enemigo; pudo tanto en algunos de los soldados españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volvieron al cuartel melancólicos y desalentados con ánimo y semblante de vencidos. Eran muchos los que decian con poco recato, que no querian perderse de conocido por el antojo de Cortés, y que tratase de volverse á la Vera-Cruz, pues era imposible pasar adelante, ó lo ejecutarian ellos dejándole solo con su ambicion y su temeridad. Entendiólo Hernan Cortés, y se retiró á su barraca sin tratar de reducirlos, hasta que se cobrasen de aquel reciente pavor, y tuviesen tiempo de conocer el desacierto de su proposicion; que en este género de males irritan mas que corrigen los remedios apresurados, siendo el temor en los hombres una pasion violenta que suele tener sus primeros ímpetus contra la razon.

## CAPITULO XIX.

**Sosiega Hernan Cortés la nueva turbacion de su gente: los de Tlascala tienen por encantadores á los españoles: consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su cuartel.**

Iba tomando cuerpo la inquietud de los malcontentos; y no bastando á reducirlos la diligencia de los capitanes, ni el contrario sentir de la gente de obligaciones, fue necesario que Hernan Cortés sacase la cara y tratase de ponerlos en razon: para cuyo efecto mandó que se juntasen en la plaza de armas todos los españoles, con pretesto de tomar acuerdo sobre el estado presente de las cosas: y acomodando cerca de sí á los mas inquietos (especie de favor en que iba envuelta la importancia de que le oyesen mejor) « poco tenemos, dijo, que discurrir en lo que debe obrar nuestro » ejército, vencidas en poco tiempo dos batallas, en que se ha

» conocido igualmente vuestro valor y la flaqueza de vuestros enemigos : y aunque no suele ser el último afan de la guerra el vencer, pues tiene sus dificultades el seguir la victoria, y debemos todavía recatarnos de aquel género de peligros, que andan muchas veces con los buenos sucesos, como pensiones de la humana felicidad : no es este, amigos, mi cuidado; para mayor duda necesito de vuestro consejo. Dícenme que algunos de nuestros soldados vuelven á desear, y se animan á proponer que nos retiremos. Bien creo que fundarán este dictámen sobre alguna razon aparente; pero no es bien que punto de tanta importancia se trate á manera de murmuracion. Decid todos libremente vuestro sentir; no desautoriceis vuestro celo tratándole como delito; y para que discurramos todos sobre lo que conviene á todos, considérese primero el estado en que nos hallamos, y resuélvase de una vez algo que no se pueda contradecir. Esta jornada se intentó con vuestro parecer, y pudiera decir con vuestro aplauso : nuestra resolucion fue pasar á la corte de Motezuma : todos nos sacrificamos á esta empresa por nuestra religion, por nuestro rey, y despues por nuestra honra y nuestras esperanzas. Estos indios de Tlascala, que intentaron oponerse á nuestro designio con todo el poder de su república y confederaciones, están ya vencidos y desbaratados. No es posible, segun las reglas naturales, que tarden mucho en rogarnos con la paz ó cedernos el paso. Si esto se consigue, ¿cómo crecerá nuestro crédito? ¿donde nos pondrá la aprension de estos bárbaros, que hoy nos coloca entre sus dioses? Motezuma, que nos esperaba cuidadoso, como se ha conocido en la repeticion y artificio de sus embajadas, nos ha de mirar con mayor asombro, domados los tlascaltecas, que son los valientes de su tierra, y los que se mantienen con las armas fuera de su dominio. Muy posible será que nos ofrezca partidos ventajosos, temiendo que nos coliguemos con sus rebeldes; y muy posible que esta misma dificultad que hoy esperimentamos, sea el instrumento de que se vale Dios para facilitar nuestra empresa probando nuestra constancia : que no ha de hacer milagros con nosotros sin servirse de nuestro corazon y nuestras manos. Pero si volvemos las espaldas (y seremos los primeros á quien desanimen las victorias) perdióse de una vez la obra y el trabajo. ¿Qué podemos esperar, ó qué no debemos temer? Esos mismos vencidos, que hoy están amedrentados y fugitivos, se han de animar con nuestro desaliento, y dueños de los atajos y asperezas de la tierra, nos han de perseguir y deshacer en la marcha. Los indios amigos que sirven á nuestro lado contentos y animosos, se han de apartar de nuestro ejército y procurar escaparse á sus tierras, publicando en ellas nuestro vituperio. Los zempoales y totonaques, nuestros confederados, que son el unico refugio de nuestra retirada, han de conspirar contra nosotros, perdido el gran concepto que tenian de nues-

» tras fuerzas. Vuelvo á decir que se considere todo con maduro » consejo, y midiendo las esperanzas que abandonamos con los » peligros á que nos esponemos, propongais y delibereis lo que » fuere mas conveniente; que yo dejo toda su libertad á vuestro » discurso: y he tocado estos inconvenientes, mas para disculpar » mi opinion que para defenderla.» Apenas acabó Hernan Cortés su razonamiento, cuando uno de los soldados inquietos, conociendo la razon, levantó la voz diciendo á sus parciales: « amigos, nues- » tro capitan pregunta lo que se ha de hacer, pero enseña pregun- » tando: ya no es posible retirarnos sin perdernos. »

Diéronse los demas por convencidos confesando su error; aplaudió su desengaño el resto de la gente, y se resolvió por aclamacion que se prosiguiese la empresa, quedando enteramente remediada por entonces la inquietud de aquellos soldados que apetecian el descanso de la isla de Cuba: cuya sinrazon fue una de las dificultades que mas trabajaron el ánimo y ejercitaron la constancia de Cortés en esta jornada.

Causó raro desconsuelo en Tlascala esta segunda rota de su ejército. Todos andaban admirados y confusos. El pueblo clamaba por la paz; los magnates no hallaban camino de proseguir la guerra: unos trataban de retirarse á los montes con sus familias: otros decian que los españoles eran deidades, inclinándose á que se les diese la obediencia con circunstancias de adoracion. Juntáronse los senadores para tratar del remedio; y empezando á discurrir por su mismo asombro, confesaron todos que las fuerzas de aquellos estrangeros no parecian naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo, antes vinieron á recaer en el dictámen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamiento, resolviendo que se debia recurrir á la misma ciencia para vencerlos, y desarmar un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenia el demonio muy introducida, y no menos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del senado, y ellos asistieron á él con misteriosa ponderacion; y dando á entender que sabian la duda que se les habia de proponer, y que traian estudiado el caso de prevencion, dijeron: « que mediante la observacion de sus cír- » culos y adivinaciones, tenian ya descubierto y averiguado el » secreto de aquella novedad, y que todo consistia en que los espa- » ñoles eran hijos del sol, producidos de su misma actividad en la » madre tierra de las regiones orientales, siendo su mayor encan- » tamiento la presencia de su padre, cuya fervorosa influencia les » comunicaba un género de fuerza superior á la naturaleza humana, » que los ponia en términos de inmortales. Pero qúe al transponer » por el Occidente cesaba la influencia, y quedaban desalentados y » marchitos como las yerbas del campo, reduciéndose á los límites » de la mortalidad como los otros hombres; por cuya considera-

» cion convendria embestirlos de noche, y acabar con ellos antes
» que el nuevo sol los hiciese invencibles. »

Celebraron mucho aquellos padres conscriptos la gran sabiduría de sus magos, dándose por satisfechos de que habian hallado el punto de la dificultad, y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era contra el estilo de aquella tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto á la costumbre; se comunicó á Xicotencal esta importante noticia, ordenándole que asaltase despues de puesto el sol el cuartel de los españoles, procurando destruirlos y acabarlos antes que volviese al Oriente; y él empezó á disponer su faccion, creyendo con alguna disculpa la impostura de los magos, porque llegó á sus oidos autorizada con el dictámen de los senadores.

En este medio tiempo tuvieron los españoles diferentes reencuentros de poca consecuencia: dejáronse ver en las eminencias vecinas al cuartel algunas tropas del enemigo que huyeron antes de pelear, ó fueron rechazadas con pérdida suya. Hiciéronse algunas salidas á poner en contribucion los pueblos cercanos; donde se hacia buen pasage á los vecinos, y se ganaban voluntades y bastimentos. Cuidaba mucho Hernan Cortés de que no se relajase la disciplina y vigilancia de su gente con el ocio del alojamiento. Tenia siempre sus centinelas á lo largo; hacíanse las guardias con todo el rigor militar; quedaban de noche ensillados los caballos con las bridas en el arzon; y el soldado que se aliviaba de las armas, ó reposaba en ellas mismas, ó no reposaba: puntualidades que solo parecen demasiadas á los negligentes, y que fueron entonces bien necesarias; porque llegando la noche destinada para el asalto que tenian resuelto los de Tlascala, reconocieron las centinelas un grueso del enemigo que venia marchando la vuelta del alojamiento con espacio y silencio fuera de su costumbre. Pasó la noticia sin hacer ruido; y como cayó este accidente sobre la prevencion ordinaria de nuestros soldados, se coronó brevemente la muralla, y se dispuso con facilidad todo lo que pareció conveniente á la defensa.

Venia Xicotencal muy embebido en la fé de sus agoreros, creyendo hallar desalentados y sin fuerzas á los españoles, y acabar su guerra sin que lo supiese el sol; pero traia diez mil guerreros por si no se hubiesen acabado de marchitar. Dejáronle acercar los nuestros sin hacer movimiento, y él dispuso que se atacase por tres partes el cuartel, cuya órden ejecutaron los indios con presteza y resolucion; pero hallaron sobre sí tan poderosa y no esperada resistencia, que murieron muchos en la demanda, y quedaron todos asombrados con otro género de temor, hecho de la misma seguridad con que venian. Conoció Xicotencal, aunque tarde, la ilusion de sus agoreros, y conoció tambien la dificultad de su empresa; pero no se supo entender con su ira y con su corazon: y así ordenó que se embistiese de nuevo por todas partes, y se volvió al asalto, cargando todo el grueso de su ejército sobre nuestras defensas. No se

puede negar á los indios el valor con que intentaron este género de pelear, nuevo en su milicia, por la noche y por la fortificacion. Ayudábanse unos á otros con el hombro y con los brazos para ganar la muralla, y recibian las heridas haciéndolas mayores con su mismo impulso, ó cayendo los primeros, sin escarmiento de los que venian detrás. Duró largo rato el combate, peleando contra ellos tanto como nuestras armas su mismo desórden; hasta que desengañado Xicotencal de que no era posible á sus fuerzas lo que intentaba, mandó que se hiciese la seña de recoger; y trató de retirarse. Peró Hernan Cortés, que velaba sobre todo, luego que reconoció su flaqueza y vió que se apartaban atropelladamente de la muralla, echó fuera parte de su infantería y todos los caballos que tenia ya prevenidos con pretales de cascabeles, para que abultasen mas con el ruido y la novedad, cuyo repentino asalto puso en tanto pavor á los indios, que solo trataron de escapar sin hacer resistencia. Dejaron considerable número de muertos en la campaña, con algunos heridos que no pudieron retirar, y de los españoles quedaron solo heridos dos ó tres soldados, y muerto uno de los zempoales: suceso que pareció tambien milagroso considerada la multitud innumerable de flechas, dardos y piedras que se hallaron dentro del recinto; y victoria, que por su facilidad y poca costa, se celebró con particular demostracion de alegría entre los soldados: aunque no sabian entonces cuánto les importaba el haber sido valientes de noche, ni la obligacion en que estaban á los magos de Tlascala; cuyo desvarío sirvió tambien en esta obra, porque levantó á lo sumo el crédito de los españoles, y les facilitó la paz, que es el mejor fruto de la guerra (1).

(1) Despues del primer encuentro con los 5 mil tlascaltecas, tuvo lugar la primera batalla en la que segun Solís tomaron parte 40 mil indios: Herrera señala 30 mil; y Hernan Cortés dice que peleó contra 150 mil: la diferencia es harto notable. En la segunda pone Solís 50 mil: Herrera 150 mil, y Cortés 149 mil, y añade: *que cubrian toda la tierra:* frase hiperbólica que sienta bien en el soldado, mas no en el historiador. Herrera habla de otras dos batallas que no menciona Cortés; ni tampoco Solís hace mérito de ninguna otra como no sea el asalto nocturno al cuartel de los españoles. Bernal Diaz del Castillo, á quien copia en esto Solís, dá igual número á los ejércitos de Tlascala: pero refiere otra tercer batalla que es la segunda citada por Solís, sin decir el número de los enemigos. Difícil es poner de acuerdo pareceres tan opuestos, aun entre los que tomaron parte en los mismos acontecimientos que refieren.

Solís siguió á Herrera en el episodio del senado de Tlascala sobre la guerra, y discursos de Magiscatzin y Xicotencal. Cortés en sus relaciones no hace mencion de ello.

# CAPITULO XX.

**Manda el senado á su general que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer; antes trata de dar nuevo asalto al cuartel de los españoles : conócense, y castíganse sus espías, y dase principio á las pláticas de la paz.**

Desvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz : inquietáronse los nobles, hechos ya populares con menos ruido ; pero con el mismo sentir : quedaron sin aliento y sin discurso los senadores ; y su primera demostracion fue castigar en los agoreros su propria liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de haberlos creido. Dos ó tres de los mas principales fueron sacrificados en uno de sus templos, y los demas tendrian su reprension, y quedarian obligados á mentir con menos libertad en aquel auditorio.

Juntóse despues el senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron á la paz sin controversia concediendo al entendimiento de Magiscatzin la ventaja de haber conocido antes la verdad; y confesando los mas incrédulos que aquellos estrangeros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecías. Decretóse por primera resolucion que se despachase luego espresa órden á Xicotencal para que suspendiese la guerra y estuviese á la mira, teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del senado quedaba ya resuelta, y se nombrarian luego embajadores que la propusiesen y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Pero Xicotencal estaba tan obstinado contra los españoles, y tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de esta órden, y respondió con arrogancia y desabrimiento que él y sus soldados eran el verdadero senado, y mirarian por el crédito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenia dispuesto el asaltar segunda vez á los españoles de noche, y dentro de su cuartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos á sus manos; pero trataba de ir á esta faccion con mas gente y con mejores noticias; y sabiendo que algunos paisanos de los lugares circunvecinos acudian al cuartel con bastimentos por la codicia de los rescates, se sirvió de este medio para facilitar su empresa, y nombró cuarenta soldados de su satisfaccion, que vestidos en trage de villanos, y cargados de frutas, gallinas y pan de maiz, entrasen dentro de la plaza, y procurasen observar la calidad y fuerza de su fortificacion, y por qué parte se podria dar el asalto con menos dificultad. Algunos dicen que fueron estos indios como embaja-

dores del mismo Xicotencal, con pláticas fingidas de paz; en cuyo caso seria mas culpable la inadvertencia de los nuestros; pero bien fuese con este ó con aquel pretesto, ellos entraron en el cuartel, y estuvieron entre los españoles mucha parte de la mañana sin que se hiciese reparo en su detencion, hasta que uno de los soldados zempoales advirtió que andaban reconociendo cautelosamente la muralla, y asomándose á ella por diferentes partes con recatada curiosi dad, de que avisó luego á Cortés; y como en este género de sospechas no hay indicio leve, ni sombra que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante, lo cual se ejecutó con facilidad, y examinados separadamente, dijeron con poca resistencia la verdad, unos en el tormento, y otros en el temor de recibirle: concordando todos en que aquella misma noche se habia de dar segundo asalto al cuartel, á cuya faccion, vendria ya marchando su general con veinte mil hombres, y los habia de esperar á distancia de una legua para disponer sus ataques segun la noticia que le llevasen de las flaquezas que hubiesen observado en la muralla.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, porque se hallaba con poca salud, y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que padecerla; pero nunca se rindió á la cama, y solo cuidaba de curarse cuando no habia de que cuidar. Refiérese de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascala le halló recien purgado, y que montó á caballo, y anduvo en la disposicion de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque ni sentir el remedio, que hizo el dia siguiente su operacion cobrando con la quietud del sugeto su eficacia y su actividad. Don fray Prudencio de Sandoval en su *historia del Emperador* lo califica por milagro que Dios obró con él: dictámen que impugnarán los filósofos, á cuya profesion toca el discurrir como pudo en este caso arrebatarse la facultad natural en seguimiento de la imaginacion ocupada en mayor negocio: ó cómo se recogieron los espíritus al corazon y á la cabeza, llevándose tras sí el calor natural con que se habia de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narracion de un suceso en que se conoce cuanto se entregaba este capitan al cuidado vigilante de lo que debia mandar y disponer en la batalla: ocupacion verdaderamente que necesita de todo el hombre por grande que sea; y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la historia, por lo que sirven al ejemplo y animan la imitacion.

Averiguados ya los designios de Xicotencal por la confesion de sus espías, trató Hernan Cortés de prevenir todo lo necesario para la defensa de su cuartel, y pasó luego á discurrir en el castigo que merecian aquellos delincuentes condenados á muerte segun las leyes de la guerra: pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos, seria justicia sin escarmiento; y como necesitaba menos de su satisfaccion que del terror ageno, ordenó que á los que estuvieron mas negativos, que serian catorce ó quince, se les cor-

tasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su ejército; mandándoles que dijesen de su parte á Xicotencal que ya le quedaban esperando; y que se los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Hizo grande horror en el ejército de los indios que venia ya marchando á su faccion este sangriento espectáculo: quedaron todos atónitos, notando la novedad y el rigor del castigo; y Xicotencal mas que todos, cuidadoso de que hubiesen descubierto sus designios, siendo este el primer golpe que le tocó en el ánimo, y empezó á quebrantar su resolucion; porque se persuadió á que no podian sin alguna divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías, y penetrado su pensamiento; con cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el partido que debia tomar; pero cuando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Llegaron á este tiempo diferentes ministros del senado, que autorizados con su representacion, le intimaron que arrimase el baston de general; porque vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento, en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandaron tambien á los capitanes que no le obedeciesen, pena de ser declarados por traidores á la patria; y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Xicotencal la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; antes inclinaron las cervices al precepto de la república, deshaciéndose con estraordinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcharon los caciques á sus tierras, la gente de Tlascala tomó el camino sin esperar otra órden; y Xicotencal que estaba ya menos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las manos, y se recogió á la ciudad, acompañado solamente de sus amigos y parientes, donde se presentó al senado, mal escondido su despecho en esta demostracion de su obediencia.

Los españoles pasaron aquella noche con cuidado, y sosegaron el dia siguiente sin descuido porque no se acababan de asegurar de la intencion del enemigo; aunque los indios de la contribucion afirmaban que se habia deshecho el ejército, y esforzado la plática de la paz. Duró esta suspension hasta que otro dia por la mañana descubrieron las centinelas una tropa de indios, que venian al parecer con algunas cargas sobre los hombros, por el camino de Tlascala; y Hernan Cortés mandó que se retirasen á la plaza y los dejasen llegar. Guiaban esta tropa cuatro personages de respeto, bien adornados, cuyo trage y plumas blancas denotaban la paz; detrás de ellos venian sus criados, y despues veinte ó treinta indios tamenes cargados de vituallas. Deteníanse de cuando en cuando, como recelosos de acercarse, y hacian grandes humillaciones hácia el cuartel, entreteniendo el miedo con la cortesía: inclinaban el pecho hasta

tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios: reverencia que solo usaban con sus príncipes; y en estando mas cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dejóse ver entonces sobre la muralla doña Marina, y en su lengua les preguntó de parte de quién y á qué venian. Respondieron, que de parte del senado y república de Tlascala, y á tratar de la paz, con que se les concedió la entrada.

Recibiólos Hernan Cortés con aparato y severidad conveniente; y ellos repitiendo sus reverencias y sus perfumes, dieron su embajada, que se redujo á diferentes disculpas de lo pasado; frívolas, pero de bastante sustancia, para colegir de ellas su arrepentimiento. Decian: « que los otomíes y chontales, naciones bárbaras de su » confederacion, habian juntado sus gentes, y hecho la guerra » contra el parecer del senado, cuya autoridad no habia podido re» primir los primeros ímpetus de su ferocidad; pero que ya que» daban desarmados, y la república muy deseosa de la paz: que no » solo traian la voz del senado sino de la nobleza y del pueblo para » pedirle que marchase luego con todos sus soldados á la ciudad, » donde podrian detenerse lo que gustasen, con seguridad de que » serian asistidos y venerados como hijos del sol y hermanos de sus » dioses: » y últimamente concluyeron su razonamiento, dejando mal encubierto el artificio en todo lo que hablaron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la paz.

Hernan Cortés, afectando segunda vez la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente: « que llevasen entendido, y dijesen de su parte al senado que no » era pequeña demostracion de su benignidad el admitirlos y escu» charlos, cuando podian temer su indignacion como delincuentes, » y debian recibir la ley como vencidos: que la paz que propo» nian era conforme á su inclinacion; pero que la buscaban » despues de una guerra muy injusta y muy porfiada, para que » se dejase hallar fácilmente ó no la encontrasen detenida y re» catada: que se veria cómo perseveraban en desearla, y como » procedian para merecerla: y entretanto procuraria reprimir el » enojo de sus capitanes, y engañar la razon de sus armas, » suspendiendo el castigo con el brazo levantado, para que pudie» sen lograr con la enmienda el tiempo que hay entre la amenaza y » el golpe. »

Así les respondió Cortés, tomando por este medio algun tiempo para convalecer de su enfermedad, y para examinar mejor la verdad de aquella proposicion; á cuyo fin tuvo por conveniente que volviesen cuidadosos y poco asegurados estos mensageros, porque no se ensoberbeciesen ó entibiasen los del senado, hallándole muy fácil ó muy deseoso de la paz: que en este género de negocios suelen ser atajos los que parecen rodeos, y servir como diligencias las dificultades.

# CAPITULO XXI.

**Vienen al cuartel nuevos embajadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascala: persevera el senado en pedirla, y toma el mismo Xicotencal á su cuenta esta negociacion.**

Creció con estas victorias la fama de los españoles; y Motezuma que tenia frecuentes noticias de lo que pasaba en Tlascala, mediante la observacion de sus ministros y la diligencia de sus correos, entró en mayor aprension de su peligro cuando vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres aquella nacion belicosa que tantas veces habia resistido á sus ejércitos. Hacíanle grande admiracion las hazañas que le referian de los estrangeros, y temian que una vez reducidas á su obediencia los tlascaltecas se sirviesen de su rebeldía y de sus armas, y pasasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pero es muy de reparar que en medio de tantas perplejidades y recelos no se acordase de su poder, ni pasase á formar ejército para su defensa y seguridad; antes sin tratar (por no sé qué genio superior á su espíritu) de convocar sus gentes, ni atreverse á romper la guerra, se dejaba todo á las artes de la política, y andaba fluctuando entre los medios suaves. Puso entonces la mira en deshacer esta union de españoles y tlascaltecas; y no lo pensaba mal, que cuando falta la resolucion, suele andar muy despierta y muy solícita la prudencia. Resolvió para este fin hacer nueva embajada y regalo á Cortés; cuyo pretesto fue complacerse de los buenos sucesos de sus armas, y de que le ayudase á castigar la insolencia de sus enemigos los tlascaltecas; pero el fin principal de esta diligencia fue pedirle con nuevo encarecimiento que no tratase de pasar á su corte con mayor ponderacion de las dificultades que le obligaban á no conceder esta permision. Llevaron los embajadores instruccion secreta para reconocer el estado en que se hallaba la guerra de Tlascala, y procurar (en caso que se hablase de la paz, y los españoles se inclinasen á ella) divertir y embarazar su conclusion, sin manifestar el recelo de su príncipe, ni apartarse de la negociacion hasta darle cuenta, y esperar su órden.

Vinieron con esta embajada cinco mejicanos de la primera suposicion entre sus nobles; y pisando con algun recato los términos de Tlascala, llegaron al cuartel poco despues que partieron los ministros de la república. Recibiólos Hernan Cortés con grande agasajo y cortesía, porque ya le tenia con algun cuidado el silencio de Motezuma. Oyó su embajada gratamente, recibió tambien y agradeció el presente, cuyo valor seria de hasta mil pesos en piezas diferentes de oro lijero, sin otras curiosidades de pluma y algodon, y no les dió por entonces su respuesta, porque deseaba que viesen antes de partir á los de Tlascala rendidos y pretendientes de la paz:

ni ellos solicitaron su despacho, porque tambien deseaban detenerse; pero tardaron poco en descubrir todo el secreto de su instruccion, porque decian lo que habian de callar, preguntando con poca industria lo que venian á inquirir; y á breve tiempo se conoció todo el temor de Motezuma, y lo que importaba la paz de Tlascala para que viniese á la razon.

La república entretanto, deseosa de poner en buena fé á los españoles, envió sus órdenes á los lugares del contorno para que acudiesen al cuartel con bastimentos, mandando que no llevasen por ellos precio ni rescate, lo cual se ejecutó puntualmente y creció la provision sin que se atreviesen los paisanos á recibir la menor recompensa. Dos dias despues se descubrió por el camino de la ciudad una considerable tropa de indios que se venian acercando con insignias de paz; y avisado Cortés, mandó que se les franquease la entrada, y para recibirlos mezcló entre su acompañamiento á los embajadores mejicanos, dándoles á entender que les confiaba lo que deseaba poner en su noticia. Venia por cabo de los tlascaltecas el mismo Xicotencal, que tomó la comision de tratar ó concluir este gran negocio, bien fuese por satisfacer al senado, enmendando con esta accion su pasada rebeldía, ó porque se persuadió á que convenia la paz, y como ambicioso de gloria, no quiso que se debiese á otro el bien de su república. Acompañábanle cincuenta caballeros de su faccion y parentela, bien adornados á su modo. Era de mas que mediana estatura, de buen talle, mas robusto que corpulento : el trage, un manto blanco airosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas puestas en su lugar : el rostro de poco agradable proporcion; pero que no dejaba de infundir respeto, haciéndose mas reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortés, y hechas sus reverencias tomó asiento, dijo quien era, y empezó su oracion : « confesando que tenia toda la culpa de la guerra pasada, porque » se persuadió á que los españoles eran parciales de Motezuma, » cuyo nombre aborrecia; pero que ya como primer testigo de sus » hazañas, venia con los méritos de rendido á ponerse en las manos » de su vencedor, deseando merecer con esta sumision y reconocimiento el perdon de su república, cuyo nombre y autoridad » traia, no para proponer sino para pedir rendidamente la paz, y » admitirla como se la quisiesen conceder : que la demandaba una » y dos y tres veces en nombre del senado, nobleza y pueblo de » Tlascala : suplicándole con todo encarecimiento que honrase » luego aquella ciudad con su asistencia, donde hallaria prevenido » alojamiento para toda su gente, y aquella veneracion y servidumbre que se podia fiar de los que siendo valientes se rendian á » rogar y obedecer; pero que solamente le pedia, sin que pareciese condicion de la paz sino dádiva de su piedad, que se hiciese » buen pasage á los vecinos y se reservasen de la licencia militar » sus dioses y sus mugeres. »

Agradó tanto á Cortés el razonamiento y desahogo de Xicotencal, que no pudo dejar de manifestarlo en el semblante á los que le asistian, dejándose llevar del afecto que le merecian siempre los hombres de valor; pero mandó á doña Marina que se lo dijese así, porque no pensase que se alegraba de su proposicion, y volvió á cobrar su entereza para ponderarle no sin alguna vehemencia « la » poca razon que habia tenido su república en mover una guerra » tan injusta, y él en fomentar esta injusticia con tanta obstina- » cion : » en que se alargó sin prolijidad á todo lo que pedia la razon; y despues de acriminar el delito para encarecer el perdon, concluyó « concediendo la paz que le pedian, y que no se les haria » violencia ni estorsion alguna en el paso de su ejército ; » á que añadió : « que cuando llegase el caso de ir á su ciudad, se les avi- » saria con tiempo, y se dispondria lo que fuese necesario para su » entrada y alojamiento. »

Sintió mucho Xicotencal esta dilacion, mirándola como pretesto para examinar mejor la sinceridad del tratado ; y con los ojos en el auditorio, dijo : « razon teneis, ó Teules grandes (así llamaban á sus » dioses), para castigar nuestra verdad con vuestra desconfianza; » pero si no basta para que me creais el hablaros en mí toda la re- » pública de Tlascala, yo que soy el capitan general de sus ejércitos, » y estos caballeros de mi séquito, que son los primeros nobles y » mayores capitanes de mi nacion, nos quedaremos en rehenes de » vuestra seguridad, y estaremos en vuestro poder prisioneros ó » aprisionados todo el tiempo que os detuviereis en nuestra ciudad.» No dejó de asegurarse mucho Hernan Cortés con este ofrecimiento; pero como deseaba siempre quedar superior, le respondió: « que » no era menester aquella demostracion para que se creyese que » deseaban lo que tanto les convenia, ni su gente necesitaba de » rehenes para entrar segura en su ciudad, y mantenerse en ella » sin recelo, como se habia mantenido en medio de sus ejércitos ar- » mados ; pero que la paz quedaba firme y asegurada en su palabra, » y su jornada seria lo mas presto que se pudiese disponer. » Con que disolvió la plática y los salió acompañando hasta la puerta de su alojamiento, donde agasajó de nuevo con los brazos á Xicotencal; y dándole despues la mano, le dijo al despedirse : « que solo tar- » daria en pagarle aquella visita el breve tiempo que habia me- » nester para despachar unos embajadores de Motezuma : » palabras que dieron bastante calor á la negociacion, aunque las dejó caer como cosa en que no reparaba.

Quedóse despues con los mejicanos, y ellos hicieron grande irrision de la paz y de los que la proponian, pasando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dejaron persuadir los españoles; y volviendo el rostro á Cortés le dijeron como que le daban doctrina : « que se admiraban mucho de que un » hombre tan sabio no conociese á los de Tlascala, gente bárbara » que se mantenia de sus ardides mas que de sus fuerzas; y que

» mirase lo que hacia, porque solo trataban de asegurarle para » servirse de su descuido y acabar con él y con los suyos. » Pero cuando vieron que se afirmaba en mantener su palabra, y en que no podia negar la paz á quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus armas, quedaron un rato pensativos; de que resultó el pedirle, convertida en ruego la persuasion, que dilatase por seis dias el marchar á Tlascala: en cuyo tiempo irian los dos mas principales á poner en la noticia de su príncipe todo lo que pasaba, y quedarian los demas á esperar su resolucion. Concediósele Hernan Cortés, porque no le pareció conveniente romper con el respeto de Motezuma, ni dejar de esperar lo que diese de sí esta diligencia, siendo posible que se allanasen con ella las dificultades que ponia en dejarse ver. Así se aprovechaba de los afectos que reconocia en en los tlascaltecas y en los mejicanos; y así daba estimacion á la paz, haciéndosela desear á los unos y temer á los otros.

# LIBRO TERCERO.

## CAPITULO PRIMERO.

**Dase noticia del viaje que hicieron á España los enviados de Cortés, y de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho.**

Razon es ya que volvamos á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, que partieron de la Vera-Cruz con el presente y cartas para el rey : primera noticia y primer tributo de la Nueva España. Hicieron su viaje con felicidad, aunque pudieron aventurarla por no guardar literalmente las órdenes que llevaban ; cuyas interpretaciones suelen destruir los negocios, y aciertan pocas veces con el dictámen del superior. Tenia Francisco de Montejo en la isla de Cuba, cerca de la Habana, una de las estancias de su repartimiento; y cuando llegaron á vista del cabo de San Anton, propuso á su compañero, y al piloto Anton de Alaminos, que sería bien acercarse á ella, y proveerse de algunos bastimentos de regalo para el viaje, pues estando aquella poblacion tan distante de la ciudad de Santiago, donde residia Diego Velazquez, se contravenia poco á la substancia del precepto que les puso Cortés, para que se apartasen de su distrito. Consiguió su intento, logrando con este color el deseo que tenia de ver su hacienda, y arriesgó no solo el bajel, sino el presente, y todo el negocio de su cargo; porque Diego Velazquez, á quien desvelaban contínuamente los celos de Cortés, tenia distribuidas por todas las poblaciones vecinas á la costa diferentes espías que le avisasen de cualquiera novedad, temiendo que enviase alguno de sus navíos á la isla de Santo Domingo para dar cuenta de su descubrimiento, y pedir socorro á los religiosos gobernadores, cuya instancia deseaba prevenir y embarazar. Supo luego por este medio lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortés; disponiendo la faccion con tanta celeridad, que fue necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alaminos para escapar de este peligro que puso en contingencia todos los progresos de Nueva España.

Bernal Diaz del Castillo mancha con poca razon la fama de Fran-

cisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias : cúlpale de que faltó á la obligacion en que le puso la confianza de Cortés : dice que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegacion, para que tuviese tiempo Diego Velazquez de aprehender el navío : que le escribió una carta con el aviso, que la llevó un marinero, arrojándose al agua, y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolucion y actividad con que se opuso Francisco de Montejo en la corte á los agentes y valedores de Diego Velazquez ; pero tambien escribe que no hallaron estos enviados de Cortés al emperador en España, y afirma otras cosas, de que se conoce la facilidad con que daba los oidos, y que se deben leer con recelo sus noticias en todo aquello que no le informaron sus ojos. Continuaron su viage por el canal de Bahama, siendo Anton de Alaminos el primer piloto que se arrojó al peligro de sus corrientes; y fue menester entonces toda la violencia con que se precipitan por aquella parte las aguas entre las islas Lucayas y la Florida, para salir á lo ancho con brevedad, y dejar frustradas las asechanzas de Diego Velazquez.

Favoreciólos el tiempo, y arribaron á Sevilla por octubre de este año, en menos favorable ocasion, porque se hallaba en aquella ciudad el capellan Benito Martin, que vino á la corte, como dijimos, á solicitar las conveniencias de Diego Velazquez ; y habiéndole remitido los títulos de su adelantamiento, aguardaba embarcacion para volverse á la isla de Cuba. Hízole gran novedad este accidente, y valiéndose de su introducion y solicitud, se querelló de Hernan Cortés, y de los que venian en su nombre, ante los ministros de la contratacion, que ya se llamaba de las Indias, refiriendo : « que aquel navío era de su amo Diego Velazquez, y todo » lo que venia en él perteneciente á sus conquistas : que la entrada » en las provincias de Tierra Firme se habia ejecutado furtivamente » y sin autoridad, alzándose Cortés y los que le acompañaban con » la armada que Diego Velazquez tenia prevenida para la misma » empresa : que los capitanes Portocarrero y Montejo eran dignos » de grave castigo, y por lo menos se debia embargar el bajel y su » carga mientras no legitimasen los títulos, de cuya virtud emanaba su comision. » Tenia Diego Velazquez muchos defensores en Sevilla, porque regalaba con liberalidad; y esto era lo mismo que tener razon, por lo menos en los casos dudosos, que se interpretan las mas veces con la voluntad. Admitióse la instancia, y últimamente se hizo el embargo, permitiendo á los enviados de Cortés, por gran equivalencia, que acudiesen al rey.

Partieron con esta permision á Barcelona los dos capitanes y el piloto Alaminos, creyendo hallar la corte en aquella ciudad ; pero llegaron á tiempo que acababa de partir el rey á la Coruña donde tenia convocadas las cortes de Castilla, y prevenida su armada para pasar á Flandes, instado ya prolijamente de los clamores de Ale-

mania, que le llamaban á la corona del imperio. No se resolvieron á seguir la corte, por no hablar de paso en negocio tan grave, que mezclado entre las inquietudes del camino, perderia la novedad sin hallar la consideracion; por cuyo reparo se encaminaron á Medellin con ánimo de visitar á Martin Cortés, y ver si podian conseguir que viniese con ellos á la presencia del rey, para que autorizase con sus canas y con su representacion la instancia y la persona de su hijo. Recibiólos aquel venerable anciano con la ternura que se deja considerar en un padre cuidadoso y desconsolado, que ya le lloraba muerto, y halló con las nuevas de su vida tanto que admirar en sus acciones, y tanto que celebrar en su fortuna.

Determinóse luego á seguirlos, y tomando noticia del parage donde se hallaba el emperador (así le llamaremos ya), supieron que habia de hacer mansion en Tordesillas para despedirse de la reina doña Juana su madre, y despachar algunas dependencias de su jornada. Aquí le esperaron, y aquí tuvieron la primera audiencia, favorecidos de una casualidad oportuna; porque los ministros de Sevilla no se atrevieron á detener en el embargo lo que venia para el emperador, y llegaron á la misma sazon el presente de Cortés, y los indios de la nueva conquista : con cuyo accidente fueron mejor escuchadas las novedades que referian, facilitándose por los ojos la estrañeza de los oidos, porque aquellas alhajas de oro, preciosas por la materia y por el arte, aquellas curiosidades y primores de pluma y algodon, y aquellos racionales de tan rara fisonomía, que parecian hombres de segunda especie, fueron otros tantos testigos, que hicieron creible, dejando admirable su narracion.

Oyólos el emperador con mucha gratitud; y el primer movimiento de aquel ánimo real fue volverse á Dios, y darle rendidas gracias de que en su tiempo se hallasen nuevas regiones donde introducir su nombre y dilatar su evangelio. Tuvo con ellos diferentes conferencias; informóse cuidadosamente de las cosas de aquel nuevo mundo; del dominio y fuerza de Motezuma; de la calidad y talento de Cortés; hizo algunas preguntas al piloto Alaminos concernientes á la navegacion : mandó que los indios se llevasen á Sevilla, para que se conservasen mejor en temple mas benigno ; y segun lo que se pudo colegir entonces del afecto con que deseaba fomentar aquella empresa, fuera breve y favorable su resolucion, si no le embarazáran otras dependencias de gravísimo peso.

Llegaban cada dia nuevas cartas de las ciudades con proposiciones poco reverentes : lamentábase Castilla de que se sacasen sus cortes á Galicia : estaba celoso el reino de que pesase mas el imperio : andaba mezclada con protestas la obediencia; y finalmente se iba derramando poco á poco en los ánimos las semilla de las comunidades. Todos amaban al rey, y todos le perdian el respeto; sentian su ausencia; lloraban su falta; y este amor natural, convertido en pasion ó mal administrado, se hizo brevemente amenaza de su dominio. Resolvió apresurar su jornada por apartarse de las

quejas, y la ejecutó creyendo volver con brevedad, y que no le sería dificultoso corregir despues aquellos malos humores que dejaba movidos. Así lo consiguió; pero respetando los altos motivos que le obligaron á este viage, no podemos dejar de conocer que se aventuró á gran pérdida, y que á la verdad hace poco por la salud quien se fia del esceso, en suposicion de que habrá remedios cuando llegue la necesidad.

Quedó remitida por estos embarazos la instancia de Cortés al cardenal Adriano, y á la junta de prelados y ministros que le habian de aconsejar en el gobierno durante la ausencia del emperador, con órden para que oyendo al consejo de Indias, se tomase medio en las pretensiones de Diego Velazquez, y se diese calor al descubrimiento y conquista espiritual de aquella tierra, que ya se iba dejando conocer por el nombre de Nueva España.

Presidia en este consejo, formado pocos dias antes, Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, concurrian en él Hernando de Vega, señor de Grajal, don Francisco Zapata y don Antonio de Padilla, del consejo real, y Pedro Mártir de Angleria, protonotario de Aragon. Tenia el presidente gran suposicion en las materias de las Indias, porque las habia manejado muchos dias, y todos cedian á su autoridad y á su esperiencia. Favorecia con descubierta voluntad á Diego Velazquez, y pudo ser que le hiciese fuerza su razon, ó el concepto en que le tenia; que Bernal Diaz del Castillo refiere las causas de su pasion con indecencia y prolijidad; pero tambien dice lo que oyó, y seria mucho menos, ó no seria. Lo que no se puede negar es, que perdió mucho en sus informes la causa de Cortés, y que dió mal nombre á su conquista, tratándola como delito de mala consecuencia. Representaba que Diego Velazquez, segun el título que tenia del emperador, era dueño de la empresa; y segun justicia de los mismos medios con que se habia conseguido, ponderaba lo poco que se podia fiar de un hombre rebelde á su mismo superior, y lo que se debian temer en provincias tan remotas estos principios de sedicion; protestaba los daños, y últimamente cargó tanto la mano en sus representaciones, que puso en cuidado al cardenal y á los de la junta. No dejaban de conocer que se afectaba con sobrado fervor la razon de Diego Velazquez; pero no se atrevian á resolver negocio tan grave contra el parecer de un ministro tan graduado; ni tenian por conveniente desconfiar á Cortés, cuando estaba tan arrestado, y en la verdad se le debia un descubrimiento tanto mayor que los pasados. Cuyas dudas y contradicciones fueron retardando la resolucion de modo que volvió el emperador de su jornada, y llegaron segundos comisarios de Cortés primero que se tomase acuerdo en sus pretensiones. Lo mas que pudieron conseguir Martin Cortés y sus compañeros fue, que se les mandasen librar algunas cantidades para su gasto, sobre los mismos efectos que tenian embargados en Sevilla, con cuya moderada subvencion estuvieron dos años en la córte siguiendo los tribunales como pretendientes

desvalidos : hecho esta vez negocio particular el interés de la monarquía, de cuantas suelen hacerse causa pública los intereses particulares.

## CAPITULO II.

**Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala : vienen los de aquella república á continuar su instancia, y Hernan Cortés ejecuta su marcha y hace su entrada en la ciudad.**

En el discurso de los seis dias que se detuvo Hernan Cortés en su alojamiento para cumplir con los mejicanos, se conoció con nuevas esperiencias el afecto con que deseaban la paz los de Tlascala, y cuanto se recelaban de los oficios y diligencias de Motezuma : llegaron dentro del plazo señalado los embajadores que se esperaban, y fueron recibidos con la urbanidad acostumbrada. Venian seis caballeros de la familia real con lucido acompañamiento, y otro presente de la misma calidad y poco mas valor que el pasado. Habló el uno de ellos, y no sin aparato de palabras y exageraciones ponderó « cuánto deseaba el supremo emperador (y al decir su nombre » hicieron todos una profunda humillacion) ser amigo y confede» rado del príncipe grande á quien obedecian los españoles, cuya » magestad resplandecia tanto en el valor de sus vasallos, que se » hallaba inclinado á pagarle todos los años algun tributo, par» tiendo con él las riquezas de que abundaba; porque le tenia en » gran veneracion, considerándole hijo del sol, ó por lo menos se» ñor de las regiones felicísimas donde nace la luz; pero que habian » de preceder á este ajustamiento dos condiciones. La primera, que » se abstuviesen Hernan Cortés y los suyos de confederarse con los » de Tlascala, pues no era bien que hallándose tan obligados de sus » dádivas, se hiciesen parciales de sus enemigos; y la segunda, » que acabasen de persuadirse á que no era posible ni puesto en » razon el intento de pasar á Méjico; porque segun las leyes de su » imperio, ni él podia dejarse ver de gentes estrangeras, ni sus va» sallos lo permitirian : que considerasen bien los peligros de ambas » temeridades, porque los tlascaltecas eran tan inclinados á la trai» cion y al latrocinio, que solo tratarian de asegurarlos para » vengarse de ellos, y aprovecharse del oro con que los habia enri» quecido; y los mejicanos tan celosos de sus leyes y tan mal acon» dicionados, que no podria reprimirlos su autoridad, ni los espa» ñoles quejarse de lo que padeciesen, tantas veces amonestados de » lo que aventuraban. »

De este género fue la oracion del mejicano, y todas las embajadas y diligencias de Motezuma paraban en procurar que no se le acercasen los españoles. Mirábalos con el horror de sus presagios, y fingiéndose la obediencia de sus dioses, hacia religion de su mismo desaliento. Suspendió Cortés por entonces su respuesta, y solo dijo :

« que seria razon que descansasen de su jornada, y que los despa» charia brevemente. » Deseaba que fuesen testigos de la paz de Tlascala, y miró tambien á lo que importaba detenerlos, porque no se despechase Motezuma con la noticia de su resolucion, y tratase de ponerse en defensa; que ya se sabia su desprevencion, y no se ignoraba la facilidad con que podia convocar sus ejércitos.

Dieron tanto cuidado en Tlascala estas embajadas, á que atribuian la detencion de Cortés, que resolvieron los del gobierno, por última demostracion de su afecto, venir al cuartel en forma de senado, para conducirle á su ciudad, ó no volver á ella sin dejar enteramente acreditada la sinceridad de su trato, y desvanecidas las negociaciones de Motezuma.

Era solemne y numeroso el acompañamiento, y pacífico el color de los adornos y las plumas. Venian los senadores en andas ó sillas portátiles, sobre los hombros de ministros inferiores; y en el mejor lugar Magiscatzin, que favoreció siempre la causa de los españoles, y el padre de Xicotencal, anciano venerable, á quien habia quitado los ojos la vejez; pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavía con opinion de sábio entre los consejeros. Apeáronse poco antes de llegar á la casa donde los esperaba Cortés, y el ciego se adelantó á los demas, pidiendo á los que le conducian que le acercasen al capitan de los orientales. Abrazóle con estraordinario contento, y despues le aplicaba por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerlo, supliendo con las manos el defecto de los ojos. Sentáronse todos, y á ruego de Magiscatzin habló el ciego en esta sustancia:

« Ya, valeroso capitan, seas ó no del género mortal, tienes en » tu poder al senado de Tlascala, última señal de nuestro rendi» miento. No venimos á disculpar el yerro de nuestra nacion, sino » á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. » Nuestra fue la resolucion de la guerra, pero tambien ha sido » nuestra la determinacion de la paz. Apresurada fue la pri» mera, y tarda es la segunda; pero no suelen ser de peor calidad » las resoluciones mas consideradas, antes se borra con trabajo lo » que se imprime con dificultad; y puedo asegurar que la misma » detencion nos dió mayor conocimiento de tu valor, y profundó » los cimientos de nuestra constancia. No ignoramos que Motezuma » intenta disuadirte de nuestra confederacion: escúchale como á » nuestro enemigo, si no le considerares como tirano; que ya lo pa» rece quien te busca para la sinrazon. Nosotros no queremos que » nos ayudes contra él, que para todo lo que no eres tu nos bastan » nuestras fuerzas; solo sentiremos que fies tu seguridad de sus ofer» tas, porque conocemos sus artificios y maquinaciones; y acá en » mi ceguedad se me ofrecen algunas luces, que me descubren desde » lejos tu peligro. Puede ser que Tlascala se haga famosa en el mundo » por la defensa de tu razon; pero dejemos al tiempo tu desengaño, » que no es vaticinio lo que se colige fácilmente de su tiranía y de

» nuestra fidelidad. Ya nos ofreciste la paz : si no te detiene Motezuma ¿ qué te detiene? ¿ Por qué te niegas á nuestras instancias? ¿ Por qué dejas de honrar nuestra ciudad con tu presencia? Resueltos venimos á conquistar de una vez tu voluntad y tu confianza, ó poner en tus manos nuestra libertad : elige pues de estos dos partidos el que mas te agradare, que para nosotros nada es tercero entre las dos fortunas de tus amigos ó tus prisioneros. »

Así concluyó su oracion el ciego venerable, porque no faltase algun Apio Claudio en este consistorio, como el otro que oró en el senado contra los epirotas; y no se puede negar que los tlascaltecas eran hombres de mas que ordinario discurso, como se ha visto en su gobierno, acciones y razonamientos. Algunos escritores poco afectos á la nacion española, tratan á los indios como brutos, incapaces de razon, para dar menos estimacion á su conquista. Es verdad que se admiraban con simplicidad de ver hombres de otro género, color y trage : que tenian por monstruosidad las barbas (accidente que negó á sus rostros la naturaleza) : que daban el oro por el vidrio : que tenian por rayos las armas de fuego, y por fieras los caballos; pero todos eran efectos de la novedad, que ofenden poco al entendimiento, porque la admiracion aunque suponga ignorancia, no supone incapacidad, ni propiamente se puede llamar ignorancia la falta de noticia. Dios los hizo racionales, y no porque permitió su ceguedad, dejó de poner en ellos toda la capacidad y dote naturales, que fueron necesarios á la conservacion de la especie, y debidos á la perfeccion de sus obras. Volvamos empero á nuestra narracion, y no autoricemos la calumnia sobrando en la defensa (1).

No pudo resistir Hernan Cortés á esta demostracion del senado, ni tenia ya que esperar, habiéndose cumplido el término que ofreció á los mejicanos, y así respondió con toda estimacion á los senadores, y los hizo regalar con algunos presentes, deseando acreditar con ellos su agrado y su confianza. Fue necesario persuadirlos con resolucion para que se volviesen y lo consiguió, dándoles palabra de mudar luego su alojamiento á la ciudad, sin mas detencion que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos, que condujese la artillería y el bagage. Aceptaron ellos la palabra, haciéndosela repetir con mas afecto que desconfianza, y partieron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los indios de carga que fuesen menester; y apenas rayó la

(1) Herrera hace á la mayor parte de los Tlascaltecas de bajo talento en su ánimo y fuerzas corporales débiles; de bajos pensamientos; pusilánimes; incapaces de cualquiera cosa grave. Mas luego se contradice, porque añade : tienen gran habilidad y aprenden bien cualquier cosa. De aquí se podrá inferir el crédito que merecen autores faltos de sana crítica. Pero si se atiende á su constancia en mantenerse libres del yugo mejicano, al valor con que peleaban al lado de los españoles, á su constancia en las fatigas y á la lealtad que guardaron á estos, se conocerá fácilmente que ni eran pusilánimes ni débiles de fuerzas, ni de tan bajos pensamientos como siente Herrera.

primera luz del dia siguiente, cuando se hallaron á la puerta del cuartel quinientos tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Tratóse luego de la marcha, púsose la gente en escuadron y dando su lugar á la artillería y al bagage, se fue siguiendo el camino de Tlascala, con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército, á cuya rigurosa disciplina se debió mucha parte de sus operaciones. Estaba la campaña por ambos lados poblada de innumerables indios que salian de sus pueblos á la novedad, y eran tantos sus gritos y ademanes, que pudieran pasar por clamores ó amenazas de las que usaban en la guerra, si no dijera doña Marina que usaban tambien de aquellos alaridos en sus mayores fiestas, y que celebrando á su modo la dicha que habian conseguido, victoreaban y bendecian á los nuevos amigos, con cuya noticia se llevó mejor la molestia de las voces, siendo necesaria entonces la paciencia para el aplauso.

Salieron los senadores largo trecho de la ciudad á recibir el ejército con toda la ostentacion y pompa de sus funciones públicas, asistidos de los nobles, que hacian vanidad en semejantes casos de autorizar á los ministros de su república. Hicieron al llegar sus reverencias, y sin detenerse caminaron delante, dando á entender con este apresurado rendimiento lo que deseaban adelantar la marcha, ó no detener á los que acompañaban.

Al entrar en la ciudad resonaron los víctores y aclamaciones con mayor estruendo, porque se mezclaba con el grito popular la música disonante de sus flautas, atabalillos y vocinas. Era tanto el concurso de la gente, que trabajaron mucho los ministros del senado en concertar la muchedumbre, para desembarazar las calles. Arrojaban las mugeres diferentes flores sobre los españoles, y las mas atrevidas ó menos recatadas, se acercaban hasta ponerlas en sus manos. Los sacerdotes, arrastrando las ropas talares de sus sacrificios, salieron al paso con sus braserillos de copal; y sin saber que acertaban, significaron el aplauso con el humo. Dejábase conocer en los semblantes de todos la sinceridad del ánimo; pero con varios afectos, porque andaban la admiracion mezclada con el contento: y el alborozo templado con la veneracion. El alojamiento que tenian prevenido, con todo lo necesario para la comodidad y el regalo, era la mejor casa de la ciudad, donde habia tres ó cuatro patios muy espaciosos, con tantos y tan capaces aposentos, que consiguió Cortés sin dificultad la conveniencia de tener unida su gente. Llevó consigo á los embajadores de Motezuma por mas que lo resistieron, y los alojó cerca de sí, porque iban asegurados en su respeto, y estaban temerosos de que se les hiciese alguna violencia. Fue la entrada y última reduccion de Tlascala en veinte y tres de setiembre del mismo año de mil quinientos diez y nueve, dia en que los españoles consiguieron una paz con circunstancias de triunfo, tan durable y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se con-

servan hoy en aquella provincia diferentes prerogativas y exenciones, obtenidas en remuneracion de aquella primera constancia: honrado monumento de su antigua fidelidad.

## CAPITULO III.

**Descríbese la ciudad de Tlascala: quéjanse los senadores de que anduviesen armados los españoles sintiendo su desconfianza; y Cortés los satisface y procura reducir á que dejen la idolatria.**

Era entonces Tlascala una ciudad muy populosa, fundada sobre cuatro eminencias poco distantes, que se prolongaban de Oriente á Poniente con desigual magnitud; y fiadas en la natural fortaleza de sus peñascos contenian en sí los edificios, formando cuatro cabeceras ó barrios distintos, cuya division se unia y comunicaba por diferentes calles de paredes gruesas que servian de muralla. Gobernaban estas poblaciones con señorío de vasallage cuatro caciques descendientes de sus primeros fundadores, que pendian del senado, y ordinariamente concurrian en él; pero con sujecion á sus órdenes en todo lo político y segundas instancias de sus vasallos. Las casas se levantaban moderadamente de la tierra, porque no usaban segundo techo: su fábrica de piedra y ladrillo, y en vez de tejados azuteas y corredores: las calles angostas y torcidas segun conservaba su dificultad la aspereza de la montaña: estraordinaria situacion y arquitectura, menos á la comodidad que á la defensa (1).

Tenia toda la provincia cincuenta leguas de circunferencia, diez su longitud de Oriente á Poniente, y cuatro su latitud de Norte á

(1) La ciudad de Tlascala, segun Cortés, *era muy mayor que Granada cuando se tomó de los moros:* hipérbole que no hace grande el encarecimiento si se contrae al perimetro; puesto que las casas de los tlascaltecas no tenian mas que un techo y las de Granada tenian varios. Pero no deja de ser notable que siendo Hernan Cortés tan pródigo en aumentar guarismos á la numeracion, se haya contentado con casi equiparar á Tlascala con Granada, cuando da á la provincia de la primera 90 leguas de circuito en vez de 50 que le dan Solís y Herrera, y cuando de una ciudad inmediata á Tlascala asegura que tenia mas de 20 mil casas. Aunque estas fuesen de un solo piso, y habitadas cada una por una sola familia, calculando á cinco individuos cada cual de estas, segun se acostumbra, resultará una poblacion de 100 mil almas, esto es mas numerosa que nuestra Sevilla: de aquí debemos inferir que Tlascala contendria mayor número de habitantes; y así lo afirma Herrera, quien la da 150 mil vecinos inclusos los arrabales, por manera que tomada en su verdadero sentido la palabra vecino, resultaria tener Tlascala 750 mil almas. Añade luego Cortés que la provincia de Tlascala tenia 500 mil vecinos; cuyo calculo arroja una poblacion de 2,500 mil almas; esto es, cerca del duplo de la que tienen las provincias que antes componian nuestro reino de Galicia; lo cual no es creible. Ni Hernan Cortés ni los historiadores que han escrito de América, tuvieron á la vista otros datos que los que pudieron recoger de los mismos indios, poco exactos en su sistema de numeracion: por lo mismo aparecerán siempre muy dudosas en ese punto las relaciones de los historiadores; como aparece dudoso tambien el crecido número de combatientes del pais.

Sur: pais montuoso y quebrado; pero muy fértil y bien cultivado en todos los parages donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por todas partes con provincias de la faccion de Motezuma: solo por la del Norte cerraba mas que dividia sus límites la gran cordillera, por cuyas montañas inaccesibles se comunicaban con los otomíes, totonaques y otras naciones bárbaras de su confederacion. Las poblaciones eran muchas y de numerosa vecindad. La gente inclinada desde la niñez á la supersticion y al ejercicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulacion, hiciéselos montaraces el clima, ó valientes la necesidad. Abundaban de maiz, y esta semilla respondia tan bien al sudor de los villanos, que dió á la provincia el nombre de Tlascala; voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan (1). Habia frutas de gran variedad y regalo, cazas de todo género, y era una de sus fertilidades la cochinilla, cuyo uso no conocian hasta que le aprendieron de los españoles. Debióse de llamar así del grano coccineo, que dió entre nosotros nombre á la grana: pero en aquellas partes es un género de insecto como gusanillo pequeño, que nace y adquiere la última sazon sobre las hojas de un árbol rústico y espinoso, que llamaban entonces tuna silvestre, y ya le benefician como fructífero: debiendo su mayor comercio y utilidad al precioso tinte de sus gusanos, nada inferior al que hallaron los antiguos en la sangre del múrice y la púrpura, tan celebrado en los mantos de sus reyes.

Tenia tambien sus pensiones la felicidad natural de aquella provincia, sujeta por la vecindad de las montañas á grandes tempestades, horribles huracanes y frecuentes inundaciones del rio Zahual, que no contento algunos años con destruir las mieses y arrancar los árboles, solia buscar los edificios en lo mas alto de las eminencias. Dicen que Zahual en su idioma significa rio de sarna, porque se cubrian de ella los que usaban de sus aguas en la bebida ó en el baño: segunda malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecia Tlascala el carecer de sal, cuya falta desazonaba todas sus abundancias; y aunque pudiera traerla fácilmente de las tierras de Motezuma con el precio de sus granos, tenian á menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares que abrir el comercio á sus enemigos.

Estas y otras observaciones de su gobierno, reparables á la verdad en la rudeza de aquella gente, hacian admiracion y ponian en cuidado á los españoles. Cortés escondia su recelo, pero continuaba las guardias en su alojamiento, y cuando salia con los indios á la ciudad, llevaba consigo parte de su gente, sin olvidar las armas de fuego. Andaban tambien en tropas los soldados y con la misma prevencion, procurando todos acreditar la confianza, de manera que no pareciese descuido. Pero los indios que deseaban sin artificio ni afectacion la amistad de los españoles, se desconsolaban pundono-

(1) Otros autores dicen que significa *lugar ó terreno lleno de riscos.*

rosamente de que no se arrimasen las armas, y se acabase de creer su fidelidad; punto que se discurrió en el senado: por cuyo decreto vino Magiscatzin á significar este sentimiento á Cortés, y ponderó mucho « cuanto disonaban aquellas prevenciones de guerra donde » todos estaban sujetos, obedientes y deseosos de agradar: que la » vigilancia con que se vivia en el cuartel denotaba poca seguridad; y los soldados que salian á la ciudad con sus rayos al » hombro, puesto que no hiciesen mal, ofendian mas con la desconfianza, que ofendieran con el agravio: dijo, que las armas se » debian tratar como peso inútil donde no eran necesarias, y parecian mal entre amigos de buena ley y desarmados; » y concluyó suplicando encarecidamente á Cortés, de parte del senado y toda la ciudad, « que mandase cesar en aquellas demostraciones y aparatos, » que al parecer conservaban señales de guerra mal fenecida, ó por » lo menos eran indicios de amistad escrupulosa.

Cortés le respondió: « que tenia conocida la buena correspondencia de sus ciudadanos, y estaba sin recelo de que pudiesen » contravenir á la paz que tanto habian deseado: que las guardias » que se hacian y el cuidado que reparaban en su alojamiento, era » conforme á la usanza de su tierra, donde vivian siempre militarmente los soldados, y se habilitaban en el tiempo de la paz á los » trabajos de la guerra; por cuyo medio se aprendia la obediencia » y se hacia costumbre la vigilancia: que las armas tambien eran » adorno y circunstancia de su trage, y las traian como gala de su » profesion; por cuya causa les pedia que se asegurasen de su » amistad, y no estrañasen aquellas demostraciones propias de su » milicia y compatibles con la paz entre los de su nacion. » Halló camino de satisfacer á sus amigos sin faltar á la razon de su cautela; y Magiscatzin, hombre de espíritu guerrero, que habia gobernado en su mocedad las armas de su república, se agradó tanto de aquel estilo militar y loable costumbre, que no solo volvió sin queja, pero fue deseoso de introducir en sus ejércitos este género de vigilancia y ejercicios, que distinguian y habilitaban los soldados.

Quietáronse con esta noticia los paisanos, y asistian todos con diligente servidumbre al obsequio de los españoles. Conocíase mas cada dia su voluntad: los regalos fueron muchos, cazas de todos géneros y frutas estraordinarias, con algunas ropas y curiosidades de poco precio; pero lo mejor que daba de sí la penuria de aquellos montes cerrados al comercio de las regiones que producian el oro y la plata. La mejor sala del alojamiento se reservó para capilla, donde se levantó sobre gradas el altar, y se colocaron algunas imágenes con la mayor decencia que fue posible. Celebrábase todos los dias el santo sacrificio de la misa con asistencia de los indios principales, que callaban admirados ó respetivos; y aunque no estuviesen devotos, cuidaban de no estorbar la devocion. Todo lo reparaban, y todo les hacia novedad y mayor estimacion de los españoles, cuyas

virtudes conocian y veneraban, mas por lo que se hacen ellas amar, que porque las supiesen el nombre ni las ejercitasen.

Un dia preguntó Magiscatzin á Cortés: « si era mortal; porque » sus obras y las de su gente parecian mas que naturales, y con- » tenia en sí aquel género de bondad y grandeza que consideraban » ellos en sus dioses; pero que no entendian aquellas ceremonias » con que al parecer reconocian otra deidad superior, porque los » aparatos eran de sacrificio, y no hallaban en él la víctima ó la » ofrenda con que se aplacaban los dioses, ni sabian que pudiese » haber sacrificio sin que muriese alguno por la salud de los » demas. »

Con esta ocasion tomó la mano Cortés, y satisfaciendo á sus preguntas confesó con ingenuidad: « que su naturaleza y la de todos sus soldados era mortal: porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion; pero añadió: « que » como hijos de mejor clima, tenian mas espíritu y mayores fuer- » zas que los otros hombres; » y sin admitir el atributo de inmortal se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien; « que no solo reconocian superior en el cielo, donde adoraban al » único Señor de todo el universo; pero tambien eran súbditos y » vasallos del mayor príncipe de la tierra, en cuyo dominio esta- » ban ya los de Tlascala, pues siendo hermanos de los españoles, » no podian dejar de obedecer á quien ellos obedecian. » Pasó luego á discurrir en lo mas esencial, y aunque oró fervorosamente contra la idolatría, hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses, y el horror abominable de sus sacrificios: cuando llegó á tocar en los misterios de la fé le parecieron dignos de mejor esplicacion, y dió lugar (discreto hasta en callar á tiempo) para que hablase el padre fray Bartolomé de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad, esplicando como docto y como prudente los puntos principales de la religion cristiana, de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento; porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la obscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian dieron por entonces poca esperanza de reducirse. Decian « que aquel Dios á quien » adoraban los españoles era muy grande, y seria mayor que los » suyos; pero que cada uno tenia poder en su tierra, y allí nece- » sitaban de un Dios contra los rayos y tempestades: de otro para » las avenidas y las mieses: de otro para la guerra, y así de las » demas necesidades, porque no era posible que uno solo cuidase » de todo. » Mejor admitieron la proposicion del señor temporal, porque se allanaron desde luego á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma: poniendo en esto la razon de su obediencia; pero al mismo tiempo pedian con hu-

mildad y encogimiento : « que no saliese de allí la plática de mu-
» dar religion, porque si lo llegaban á entender sus dioses lla-
» marian á sus tempestades, y echarian mano de sus avenidas
» para que los aniquilasen : » así los tenia poseidos el error y atemorizados el demonio. Lo mas que se pudo conseguir entonces fue que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza lo que se oponia á la ley natural; y con efecto fueron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades, y se rompieron diferentes cárceles y jaulas donde los tenian y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

No quedó satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion, antes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala, como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanto mayor poblacion : engañábale su celo y no le desengañaba su ánimo. Pero el padre fray Bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa : « que no estaba sin escrúpulo de
» la fuerza que se hizo á los de Zempoala, porque se compadecian
» mal la violencia y el Evangelio, y aquello en la substancia era
» derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon. » A que añadió : « que la empresa de reducir aquellos gentiles pedia mas tiempo
» y mas suavidad; porque no era buen camino para darles á co-
» nocer su engaño malquistar con torcedores la verdad; y antes
» de introducir á Dios, se debia desterrar al demonio : guerra de
» otra milicia y de otras armas. » A cuya persuasion y autoridad rindió Hernan Cortés su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad, y de allí adelante se trató solamente de ganar y diponer las voluntades de aquellos indios, haciendo amable con las obras la religion, para que á vista de ellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por estas la deformidad y torpeza de sus dioses.

## CAPITULO IV.

**Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma : reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula (1).**

Pasados tres ó cuatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascala, volvió el ánimo Cortés al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenian por indómitos, y la respuesta que les dió fue breve

(1) Cortés llama á esta provincia *Churultecal*, de ambos modos se la nombra en las historias.

y artificiosa : « que dijesen á Motezuma lo que llevaban entendido y
» habia pasado en su presencia : las instancias y demostraciones
» con que solicitaron y merecieron la paz los de Tlascala : el afecto
» y buena correspondencia con que la mantenian : que ya estaban
» á su disposicion, y era tan dueño de sus voluntades, que espe-
» raba reducirlos á la obediencia de su príncipe, siendo esta una
» de las conveniencias que resultarian de su embajada, entre otras
» de mayor importancia que le obligaban á continuar el viaje ; y á
» solicitar entonces su benignidad para merecer despues su agra-
» decimiento. » Con cuyo despacho y la escolta que pareció nece-saria, partieron luego los embajadores, mas enterados de la verdad que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortés se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascala, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion : cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del rey don Cárlos, conocido ya y venerado entre aquellos indios, con un género de verdad en la sujecion que se dejaba colegir del respeto que tenian á sus vasallos.

Sucedió por este tiempo un accidente que hizo novedad á los españoles y puso en confusion á los indios. Descúbrese desde lo alto del sitio donde estaba entonces la ciudad de Tlascala el volcan de Popocatepec, en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas se descuella considerablemente sobre los otros montes. Empezó en aquella sazon á turbar el dia con grandes y espantosas avenidas de humo, tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del aire sin ceder á los ímpetus del viento, hasta que perdiendo la fuerza en lo alto se dejaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube mas ó menos oscura, segun la porcion de ceniza que llevaba consigo. Salian de cuando en cuando mezcladas con el humo, algunas llamaradas ó globos de fuego que al parecer se dividian en centellas, y serian las piedras encendidas que arrojaba el volcan, ó algunos pedazos de materia combustible que duraban segun su alimento.

No se espantaban los indios de ver el humo por ser frecuente y casi ordinario en este volcan; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecia y atemorizaba como presagio de venideros males; porque tenian aprendido que las centellas cuando se derramaban por el aire y no volvian á caer en el volcan, eran las almas de los tiranos que salian á castigar la tierra, y que sus dioses cuando estaban indignados se valian dellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

En este delirio de su imaginacion estaban discurriendo con Hernan Cortés Magiscatzin y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistian; y él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas, procuraba darles á entender los errores con que tenian

desfigurada esta verdad, cuando entró Diego de Ordaz á pedirle licencia para reconocer desde mas cerca el volcan, ofreciendo subir á lo alto de la sierra y observar todo el secreto de aquella novedad. Espantáronse los indios de oir semejante proposicion, y procurando informarle del peligro y desviarle del intento, decian: « que los mas » valientes de su tierra solo se atrevian á visitar alguna vez unas er- » mitas de sus dioses que estaban á la mitad de la eminencia; pero » que de allí adelante no se hallaria huella de humano pié, ni eran » sufribles los temblores y bramidos con que se defendia la montaña.» Diego de Ordaz se encendió mas en su deseo con la misma dificultad que le ponderaban; y Hernan Cortés, aunque lo tuvo por temeridad, le dió licencia para intentarlo, porque viesen aquellos indios que no estaban negados sus imposibles al valor de los españoles, celoso á todas horas de su reputacion y la de su gente.

Acompañaron á Diego de Ordaz en esta faccion dos soldados de su compañía, y algunos indios principales que ofrecieron llegar con él hasta las ermitas, lastimándose mucho de que iban á ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio; hermoséanle por todas partes frondosas arboledas, que subiendo largo trecho con la cuesta, suavizan el camino con su amenidad, y al parecer con engañoso divertimiento llevan al peligro por el deleite. Váse despues esterilizando la tierra, parte con la nieve, que dura todo el año en los parages que desampara el sol ó perdona el fuego, y parte con la ceniza, que blanquea tambien desde lejos con la oposicion del humo. Quedáronse los indios en la estancia de las ermitas, y partió Diego de Ordaz con sus dos soldados, trepando animosamente por los riscos y poniendo muchas veces los pies donde estuvieron las manos; pero cuando llegaron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tierra con violentos y repetidos vaivenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza; y aunque subió derecho sin calentar lo transversal del aire, se dilató despues en lo alto, y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza tan espesa y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa en el cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los españoles, y quisieron volverse; pero Diego de Ordaz viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo y salia menos denso el humo, los animó con adelantarse, y llegó intrépidamente á la boca del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que al parecer hervia como materia líquida y resplandeciente, y reparó en el tamaño de la boca, que ocupaba casi toda la cumbre y tendria como un cuarto de legua su circunferencia. Volvieron con esta noticia, y recibieron norabuenas de su hazaña, con grande asombro de los indios que redundó en mayor estimacion de los españoles. Esta bizarría de Diego de Ordaz no pasó entonces de una curiosidad temeraria; pero el tiempo la hizo de consecuencia, y todo servia en esta obra, pues hallándose despues el ejército con falta de pólvora para

la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en Méjico, se acordó Cortés de los hervores de fuego líquido que se vieron en este volcan, y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion; con que se hizo recomendable y necesario el arrojamiento de Diego de Ordaz, y fue su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma faccion dándole por armas el volcan.

Veinte dias se detuvieron los españoles en Tlascala, parte por las visitas que ocurrieron de las naciones vecinas, y parte por el consuelo de los mismos naturales, tan bien hallados ya con los españoles, que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos públicos, bailes á su modo, y ejercicios de sus agilidades. Señalado el dia para la jornada, se movió disputa, sobre la eleccion del camino: inclinábase Cortés á ir por Cholula, ciudad, como dijimos, de gran poblacion, en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Contradecian esta resolucion los tlascaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Guajocingo, pais abundante y seguro; porque los de Cholula, sobre ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion; á que añadian: «que aquella ciudad » estaba reputada en todos sus contornos por tierra sagrada y reli» giosa, por tener dentro de sus muros mas de cuatrocientos tem» plos, con unos dioses tan mal acondicionados, que asombraban » el mundo con sus prodigios; por cuya razon no era seguro pene» trar sus términos sin tener primero algunas señales de su bene» plácito.» Los zempoales menos supersticiosos ya con el trato de los españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocothlan para desviar el ejército de aquella ciudad.

Pero antes que se tomase acuerdo en este punto, llegaron nuevos embajadores de Motezuma con otro presente, y noticia de que ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los españoles dignándose de recibir gratamente la embajada que le traian: y entre otras cosas que discurrieron concernientes al viaje, dieron á entender que dejaban prevenido el alojamiento en Cholula: con que se hizo necesario el empeño de ir por aquella ciudad; no porque se fiase mucho de esta inopinada y repentina mudanza de Motezuma, ni dejase de parecer intempestiva y sospechosa tanta facilidad sobre tanta resistencia; pero Hernan Cortés ponia gran cuidado en que no le viesen aquellos mejicanos receloso, de cuyo temor se componia su mayor seguridad. Los tlascaltecas del gobierno, cuando supieron la proposicion de Motezuma, dieron por hecho el trato doble de Cholula, y volvieron á su instancia, temiendo con buena voluntad el peligro de sus amigos; y Magiscatzin, que tenia mayor afecto á los españoles, y amaba particularmente á Cortés con inclinacion apasionada, le apretó

mucho en que no fuese por aquella ciudad : pero él, que deseaba darle satisfaccion de lo que agradecia su cuidado y estimaba su consejo, convocó luego á sus capitanes, y en su presencia se propuso la duda y se pesaron las razones que por una y otra parte ocurrian, cuya resolucion fue : « que ya no era posible dejar de admitir el » alojamiento que proponian los mejicanos sin que pareciese rece- » lo anticipado : ni cuando fuese cierta la sospecha, convenia pasar » á mayor empeño, dejando la traicion á las espaldas; antes se » debia ir á Cholula para descubrir el ánimo de Motezuma, y dar » nueva reputacion al ejército con el castigo de sus asechanzas. » Redújose Magiscatzin al mismo dictámen, venerando con docilidad el superior juicio de los españoles. Pero sin apartarse del recelo que le obligó á sentir lo contrario, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en un peligro tan evidente, que no era razon que por ser ellos invencibles quitasen á los tlascaltecas la gloria de cumplir con su obligacion. Pero Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer el riesgo, ni le sonó mal este ofrecimiento, se detuvo en admitirle porque le hacia disonancia el empezar tan presto á disfrutar los socorros de aquella gente recien pacificada, y así le respondió agradeciendo mucho su atencion; y últimamente le dijo : « que no era necesaria por enton- » ces aquella prevencion; » pero se lo dijo con flojedad, como quien deseaba que se hiciese y no queria darlo á entender : especie de rehusar que suele ser poco menos que pedir.

## CAPITULO V.

**Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula : marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad, reforzado con algunas capitanías de Tlascala.**

Era cierto que Motezuma, sin resolverse á tomar las armas contra los españoles, trataba de acabar con ellos, sirviéndose del ardid primero que de la fuerza. Teníanle de nuevo atemorizado las respuestas de sus oráculos; y el demonio, á quien embarazaba mucho la vecindad de los cristianos, le apretaba con horribles amenazas en que los apartase de sí : unas veces enfurecia los sacerdotes y agoreros para que le irritasen y enfureciesen : otras se le aparecia tomando la figura de sus ídolos, y le hablaba para introducir desde mas cerca el espíritu de la ira en su corazon; pero siempre le dejaba inclinado á la traicion y al engaño, sin proponerle que usase de su poder y de sus fuerzas, ó no tendria permision para mayor violencia, ó como nunca sabe aconsejar lo mejor, le retiraba los medios generosos para envilecerle con lo mismo que le animaba. Por una parte le faltaba el valor para dejarse ver de aquella gente prodigiosa; y por otra le parecia despreciable y de corto número su ejército para empeñar descubiertamente sus armas; y hallando pun-

donor en los engaños, trataba solo de apartarlos de Tlascala, donde no podia introducir las asechanzas, y llevarlos á Cholula, donde las tenia ya dispuestas y prevenidas.

Reparó Hernan Cortés en que no venian los de aquel gobierno á visitarle, y comunicó su reparo á los embajadores mejicanos, estrañando mucho la desatencion de los caciques á cuyo cargo estaba su alojamiento, pues no podian ignorar que le habian visitado con menos obligacion todas las poblaciones del contorno. Procuraron ellos disculpar á los de Cholula, sin dejar de confesar su inadvertencia, y al parecer solicitaron la enmienda con algun aviso en diligencia, porque tardaron poco en venir de parte de la ciudad cuatro indios mal ataviados, gente de poca suposicion para embajadores, segun el uso de aquellas naciones : desacato que acriminaron los de Tlascala como nuevo indicio de su mala intencion; y Hernan Cortés no los quiso admitir, antes mandó que se volviesen luego, diciendo en presencia de los mejicanos : « que sabian poco de urbanidad » los caciques de Cholula, pues querian enmendar un descuido con » una descortesía. »

Llegó el dia de la marcha, y por mas que los españoles tomaron la mañana para formar su escuadron y el de los zempoales, hallaron ya en el campo un ejército de tlascaltecas, prevenido por el senado á instancia de Magiscatzin, cuyos cabos dijeron á Cortés : « que tenian órden de la república para servir debajo de su mano » y seguir sus banderas en aquella jornada, no solo hasta Cholula, » sino hasta Méjico, donde consideraban el mayor peligro de su » empresa. » Estaba la gente puesta en órden, y aunque unida y apretada, segun el estilo de su milicia, ocupaba largo espacio de tierra, porque habian convocado todas las naciones de su confederacion, y hecho un esfuerzo estraordinario para la defensa de sus amigos : suponiendo que llegaria el caso de afrontarse con las huestes de Motezuma. Distinguíanse las capitanías por el color de los penachos, y por la diferencia de las insignias, águilas, leones y otros animales feroces levantados en alto, que no sin presuncion de geroglíficos ó empresas, contenian significacion, y acordaban á los soldados la gloria militar de su nacion. Algunos de nuestros escritores se alargan á decir que constaba todo el grueso de cien mil hombres armados : otros andan mas detenidos en lo verisímil; pero con el número menor, queda grande la accion de los tlascaltecas, digna verdaderamente de ponderacion por la sustancia y por el modo. Agradeció Cortés con palabras de todo encarecimiento esta demostracion, y necesitó de alguna porfía para reducirlos á que no convenia que le siguiese tanta gente cuando iba de paz; pero lo consiguió finalmente, dejándolos satisfechos con permitir que le siguiesen algunas capitanías con sus cabos, y quedase reservado el grueso para marchar en su socorro si lo pidiese la necesidad. Nuestro Bernal Diaz escribe que llevó consigo dos mil tlascaltecas : Antonio de Herrera dice tres mil; pero el mismo Hernan Cortés confiesa en sus

relaciones que llevó seis mil; y no cuidaba tan poco de su gloria, que supondria mayor número de gente para dejar menos admirable su resolucion.

Puesta en órden la marcha...; pero no pasemos en silencio una novedad que merece reflexion, y pertenece á este lugar. Quedó en Tlascala, cuando salieron los españoles de aquella ciudad, una cruz de madera fija en lugar eminente y descubierto, que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada; y Hernan Cortés no quiso que se deshiciese, por mas que se notasen como culpas los escesos de su piedad; antes encargó á los caciques su veneracion: pero debia de ser necesaria mayor recomendacion, para que durase con seguridad entre aquellos infieles : porque apenas se apartaron de la ciudad los cristianos, cuando á vista de los indios bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y esquisita blancura; y fue descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de columna, se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó menos distinta (¡maravillosa providencia!) tres ó cuatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado que infundia veneracion, y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los indios se atemorizaban al principio conociendo el prodigio, sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad, y perdieron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian públicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los españoles : procuraban imitarlos doblando la rodilla en su presencia, y acudian á ella en sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frecuentando menos sus adoratorios; cuya devocion (si así se puede llamar aquel género de afecto que sentian como influencia de causa no conocida) fue creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en celos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedia por no desautorizarse con el pueblo. Así lo refieren autores fidedignos; y así cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos para que recibiesen despues con menos resistencia el Evangelio; como el labrador que antes de repartir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.

No se ofreció novedad en la primera marcha, porque ya no lo era el concurso innumurable de los indios que salian á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Camináronse cuatro leguas de las cinco que distaba entonces Cholula de la antigua Tlascala, y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el cuartel y distribuyeron las órdenes

convenientes á su defensa y seguridad, llegaron segundos embajadores de aquella ciudad, gente de mas porte y mejor adornada. Traian un regalo de vituallas diferentes, y dieron su embajada con grande aparato de reverencias, que se redujo á disculpar la tardanza de sus caciques, con pretesto de que no podian entrar en Tlascala, siendo sus enemigos los de aquella nacion: ofrecer el alojamiento que tenia prevenida su ciudad; y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huéspedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad: dicho uno y otro con palabras al parecer sencillas, ó que traian bien desfigurado el artificio. Hernan Cortés admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad; y el dia siguiente, poco despues de amanecer, se continuó la marcha con la misma órden, y no sin algun cuidado, que obligó á mayor vigilancia, porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dejaba de hacer ruido este reparo entre los demas indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, prevenidas ya las armas para el combate, se dejaron ver los caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortés que se hiciese alto para recibirlos, y ellos cumplieron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dejaron que recelar por entonces al cuidado con que observaban sus acciones y movimientos; pero al reconocer el grueso de los tlascaltecas que venian en la retaguardia torcieron el semblante, y se levantó entre los mas principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el recelo en los españoles. Dióse órden á doña Marina para que averiguase la causa de aquella novedad, y por su medio respondieron « que los de Tlascala no podian entrar con armas en su ciudad, » siendo enemigos de su nacion, y rebeldes á su rey. » Instaban en que se detuviesen, y retirasen luego á su tierra, como estorbos de la paz que se venia publicando; y representaban sus inconvenientes, sin alterarse ni descomponerse: firmes en que no era posible, pero contenida la determinacion en los límites del ruego.

Hallóse Cortés algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento que mediase aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus capitanes, pareció que seria bien proponer á los tlascaltecas que se alojasen fuera de la ciudad hasta que se penetrase la intencion de aquellos caciques, ó se volviese á la marcha. Fueron con esta proposicion, que al parecer tenia su dureza, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóval de Olid; y la hicieron, valiéndose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la órden y obligaba con dar la razon. Pero ellos anduvieron tan atentos, que atajaron la instancia diciendo: « que no venian á disputar, sino á obedecer; y que tratarian luego » de abarracarse fuera de la poblacion, en parage donde pudiesen » acudir prontamente á la defensa de sus amigos, ya que se queria

» aventurar contra toda razon, fiándose de aquellos traidores. » Comunicóse luego este partido con los de Cholula, y le abrazaron tambien con facilidad, quedando ambas naciones no solo satisfechas, sino con algun género de vanidad hecha de su misma oposicion: los unos porque se persuadieron á que vencian, dejando poco airosos y desacomodados á sus enemigos; y los otros porque se dieron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos: así equivoca la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se aprenden, y se aprenden como se desean.

## CAPITULO VI.

**Entran los españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo esterior buena acogida: descúbrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.**

La entrada que los españoles hicieron en Cholula fue semejante á la de Tlascala: innumerable concurso de gente que se dejaba romper con dificultad; aclamaciones de bullicio; mugeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores; caciques y sacerdotes que frecuentaban reverencias y perfumes; variedad de instrumentos, que hacian mas estruendo que música, repartidos por las calles; y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegaron á tenerle por verdadero los mismos que venian recelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del horizonte, y de grande amenidad: dicen que tendria veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaria de este número la poblacion de sus arrabales.

Frecuentábanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de su mercancía. Las calles eran anchas y bien distribuidas; los edificios mayores y de mejor arquitectura que los de Tlascala, cuya opulencia se hacia mas suntuosa con las torres, que daban á conocer la multitud de sus templos; la gente menos belicosa que sagaz; hombres de trato y oficiales; poca distincion, y mucho pueblo.

El alojamiento que tenian prevenido se componia de dos ó tres casas grandes y contiguas, donde cupieron españoles y zempoales, y pudieron fortificarse unos y otros como lo aconsejaba la ocasion y no lo estrañaba la costumbre. Los tlascaltecas eligieron sitio para su cuartel poco distante de la poblacion; y cerrándole con algunos reparos, hacian sus guardias, y ponian sus centinelas, mejorada ya su milicia con la imitacion de sus amigos. Los primeros tres ó cuatro dias fue todo quietud y buen pasage.

Los caciques acudian con puntualidad al obsequio de Cortés, y procuraban familiarizarse con sus capitanes. La provision de las vi-

tuallas corria con abundancia y liberalidad, y todas las demostraciones eran favorables, y convidaban á la seguridad; tanto que se llegaron á tener por falsos y ligeramente creidos los rumores antecedentes (fácil á todas horas en fabricar ó fingir sus alivios el cuidado), pero no tardó mucho en manifestar la verdad, ni aquella gente acertó á dudar en su artificio hasta lograr sus intentos : astuta por naturaleza y profesion, pero no tan despierta y avisada que se supiesen entender su habilidad y su malicia.

Fueron poco á poco retirando los víveres : cesó de una vez el agasajo y asistencia de los caciques. Los embajadores de Motezuma tenian sus conferencias recatadas con los sacerdotes : conocíase algun género de irrision y falsedad en los semblantes; y todas las señales inducian novedad, y despertaban el recelo mal adormecido. Trató Cortés de aplicar algunos medios para inquirir y averiguar el ánimo de aquella gente, y al mismo tiempo se descubrió de sí misma la verdad; adelantándose á las diligencias humanas la providencia del cielo, tantas veces esperimentada en esta conquista.

Estrechó amistad con doña Marina una india anciana, muger principal y emparentada en Cholula. Visitábala muchas veces con familiaridad, y ella no se lo desmerecia con el atractivo natural de su agrado y discrecion. Vino aquel dia mas temprano, y al parecer asustada ó cuidadosa, retiróla misteriosamente de los españoles, y encargando el secreto con lo mismo que recataba la voz, empezó á condolerse de su esclavitud, y á persuadirla « que se apartase de » aquellos estrangeros aborrecibles, y se fuese á su casa, cuyo » albergue la ofrecia como refugio de su libertad. » Doña Marina, que tenia bastante sagacidad, confirió esta prevencion con los demas indicios; y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, facilitó la fuga y aceptó el hospedage con tantas ponderaciones de su agradecimiento, que la india se dió por segura, y descubrió todo el corazon. Díjola : « que convenia en todo » caso que se fuese luego, porque se acercaba el plazo señalado » entre los suyos para destruir á los españoles, y no era razon que » una muger de sus prendas pereciese con ellos; que Motezuma » tenia prevenidos á poca distancia veinte mil hombres de guerra » para dar calor á la faccion : que de este grueso habian entrado ya » en la ciudad á la deshilada seis mil soldados escogidos : que se » habia repartido cantidad de armas entre los paisanos : que tenian » de repuesto muchas piedras sobre los terrados, y abiertas en las » calles profundas zanjas, en cuyo fondo habian fijado estacas puntiagudas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma tierra » fundada sobre apoyos frágiles para que cayesen y se mancasen » los caballos : que Motezuma trataba de acabar con todos los españoles; pero encargaba que le llevasen algunos vivos para satisfacer á su curiosidad y al obsequio de sus dioses, y que habia » presentado á la ciudad una caja de guerra hecha de oro cóncavo » primorosamente vaciado, para escitar los ánimos con este favor

» militár. » Y últimamente doña Marina, dando á entender que se alegraba de lo bien que tenia dispuesta su empresa; y dejando caer algunas preguntas, como quien celebraba lo que inquiria, se halló con noticia cabal de toda la conjuracion. Fingió que se queria ir luego en su compañía; y con pretesto de recoger sus joyas y algunas preseas de su peculio, hizo lugar para desviarse de ella sin desconfiarla: dió cuenta de todo á Cortés, y él mandó prender á la india que á pocas amenazas confesó la verdad, entre turbada y convencida.

Poco despues vinieron unos soldados tlascaltecas recatados en trage de paisanos, y dijeron á Cortés de parte de sus cabos: « que » no se descuidase, porque habian visto desde su cuartel que los de » Cholula retiraban á los lugares del contorno su ropa y sus mu- » geres: » señal evidente de que maquinaban alguna traicion. Súpose tambien que aquella mañana se habia celebrado en el templo mayor de la ciudad un sacrificio de diez niños de ambos sexos; ceremonia de que usaban cuando querian emprender algun hecho militar; y al mismo tiempo llegaron dos ó tres zempoales que saliendo casualmente á la ciudad, habian descubierto el engaño de las zanjas, y visto en las calles de los lados algunos reparos y estacadas que tenian hechos para guiar los caballos al precipicio.

No se necesitaba de mayor comprobacion para verificar el intento de aquella gente; pero Hernan Cortés quiso apurar mas la noticia, y poner su razon en estado que no se la pudiesen negar, teniendo algunos testigos principales de la misma nacion que hubiesen confesado el delito, para cuyo efecto mandó llamar al primer sacerdote, de cuya obediencia pendian los demas, y que le trajesen otros dos ó tres de la misma profesion, gente que tenia grande autoridad con los caciques, y mayor con el pueblo. Fuélos examinando separadamente, no como quien dudaba de su intencion, sino como quien se lamentaba de su alevosía; y dándoles todas las señas de lo que sabia, callaba el modo para cebar su admiracion con el misterio, y dejarlos desvariar en el concepto de su ciencia. Ellos se persuadieron á que hablaban con alguna deidad que penetraba lo mas oculto de los corazones, y no se atrevieron á proseguir su engaño; antes confesaron luego la traicion con todas sus circunstancias, culpando á Motezuma, de cuya órden estaba dispuesta y prevenida. Mandólos aprisionar secretamente por que no moviesen algun ruido en la ciudad. Dispuso tambien que se tuviese cuidado con los embajadores de Motezuma, sin dejarlos salir, ni comunicar con los de la tierra; y convocando á sus capitanes, les refirió todo el caso, y les dió á entender cuanto convenia no dejar sin castigo aquel atentado; facilitando la faccion, y ponderando sus consecuencias con tanta energia y resolucion, que todos se redujeron á obedecerle, dejando á su prudencia la direccion y el acierto.

Hecha esta diligencia, llamó á los caciques gobernadores de la ciudad, y publicó su jornada para otro dia; no porque la tuviese dis-

puesta ni fuese posible, sino por estrechar el término á sus prevenciones. Pidióles bastimentos para la marcha, indios de carga para el bagage, y hasta dos mil hombres de guerra que le acompañasen, como lo habian hecho los tlascaltecas y zempoales. Ellos ofrecieron con alguna tibieza y falsedad los bastimentos y tamenes, y con mayor prontitud la gente armada que se les pedia, en que andaban encontrados los designios. Pedíala Cortés para desunir sus fuerzas y tener en su poder parte de los traidores que habia de castigar; y los caciques la ofrecian para introducir en el ejército contrario aquellos enemigos encubiertos, y servirse de ellos cuando llegase la ocasion: ardides ambos que tenian su razon militar, si puede llamarse razon este género de engaños que hizo lícitos la guerra y nobles el ejemplo.

Dióse noticia de todo á los tlascaltecas, y órden para que estuviesen alerta, y al rayar el dia se fuesen acercando á la poblacion como que se movian para seguir la marcha, y en oyendo el primer golpe de los arcabuces, entrasen á viva fuerza en la ciudad, y viniesen á incorporarse con el ejército, llevándose tras sí toda la gente que hallasen armada. Cuidóse tambien de que los españoles y zempoales tuviesen prevenidas sus armas, y entendida la faccion en que las habian de emplear. Y luego que llegó la noche, cerrado ya el cuartel con las guardias y centinelas á que obligaba la ocurrencia presente, llamó Cortés á los embajadores de Motezuma, y con señas de intimidad, como quien les fiaba lo que no sabian, les dijo: « que habia » descubierto y averiguado una gran conjuracion que le tenian ar- » mada los caciques y ciudadanos de Cholula: dióles señas de todo » lo que ordenaban y disponian contra su persona y ejército: pon- » deró cuánto faltaban á las leyes de la hospitalidad, al estableci- » miento de la paz, y al seguro de su príncipe. » Y añadió: « que no » solamente lo sabia por su propia especulacion y vigilancia: pero » se lo habian confesado ya los principales conjurados; disculpán- » dose del trato doble con otra mayor culpa, pues se atrevian á decir » que tenian órden y asistencias de Motezuma para deshacer alevo- » samente su ejército: lo cual ni era verisímil, ni se podia creer » semejante indignidad de un príncipe tan grande. Por cuya causa » estaba resuelto á tomar satisfaccion de su ofensa con todo el rigor » de sus armas, y se lo comunicaba para que tuviesen comprendida » su razon, y entendido que no le irritaba tanto el delito principal, » como la circunstancia de querer aquellos sediciosos autorizar su » traicion con el nombre de su rey. »

Los embajadores procuraron fingir como pudieron que no sabian la conjuracion, y trataron de salvar el crédito de su príncipe, siguiendo el camino en que los puso Cortés con bajar el punto de su queja. No convenia entonces desconfiar á Motezuma, ni hacer de un poderoso resuelto á disimular, un enemigo poderoso descubierto: por cuya consideracion se determinó á desbaratar sus designios sin darle á entender que los conocia; tratando solamente de castigar la

obra en sus instrumentos, y contentándose con reparar el golpe sin atender al brazo. Miraba como empresa de poca dificultad el deshacer aquel trozo de gente armada que tenian prevenida para socorrer la sedicion, hecho á mayores hazañas con menores fuerzas; y estaba tan lejos de poner duda en el suceso, que tuvo á felicidad (ó por lo menos así lo ponderaba entre los suyos) que se le ofreciese aquella ocasion de adelantar con los mejicanos la reputacion de sus armas: y á la verdad no le pesó de ver tan embarazado en los ardides el ánimo de Motezuma; pareciéndole que no discurriria en mayores intentos quien le buscaba por las espaldas, y descubria entre sus mismos engaños la flaqueza de su resolucion.

## CAPITULO VII.

**Castígase la traicion de Cholula: vuélvese á reducir y pacificar la ciudad, y se hacen amigos los de esta nacion con los tlascaltecas.**

Fueron llegando con el dia los indios de carga que se habian pedido, y algunos bastimentos, prevenido uno y otro con engañosa puntualidad. Vinieron despues en tropas deshiladas los indios armados que con pretesto de acompañar la marcha traian su contraseña para embestir por la retaguardia cuando llegase la ocasion: en cuyo número no anduvieron escasos los caciques; antes dieron otro indicio de su intencion, enviando mas gente que se les pedia; pero Hernan Cortés los hizo dividir en los patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para ir formando los escuadrones á su modo. Puso luego en órden sus soldados bien instruidos en lo que debian ejecutar; y montando á caballo con los que le habian de seguir en la faccion, hizo llamar á los caciques para justificar con ellos su determinacion; de los cuales vinieron algunos, y otros se escusaron. Díjoles en voz alta, y doña Marina se lo interpretó con igual vehemencia: « que ya estaba descubierta su traicion, y resuelto su » castigo, de cuyo rigor conocerian cuánto les convenia la paz que » trataban de romper alevosamente. » Y apenas empezó á protestarles el daño que recibiesen, cuando ellos se retiraron á incorporarse con sus tropas, huyendo en mas que ordinaria diligencia, y rompiendo la guerra con algunas injurias y amenazas que se dejaron oir desde lejos. Mandó entonces Hernan Cortés que cerrase la infantería con los indios naturales que tenia divididos en los patios; y aunque fueron hallados con las armas prevenidas para ejecutar su traicion, y trataron de unirse para defenderse, quedaron rotos y deshechos con poca dificultad; escapando solamente con la vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes, sirvién-

dose de su lijereza y de sus mismas lanzas para saltar de la otra parte (1).

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se hizo la seña para que se moviesen los tlascaltecas; avanzó poco á poco el ejército por la calle principal, dejando en el cuartel la guardia que pareció necesaria. Echáronse delante algunos de los zempoales que fuesen descubriendo las zanjas porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entonces los de Cholula, que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocaron el resto de los mejicanos, y unidos en una gran plaza donde habia tres ó cuatro adoratorios, pusieron en lo alto de sus átrios y torres parte de su gente, y los demas se dividieron en diferentes escuadrones para cerrar con los españoles. Pero al mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortés, y se dió de una parte y otra la primera carga, cerró por la retaguardia con los enemigos el trozo de Tlascala; cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto, que ni pudieron huir ni supieron defenderse; y solo se hallaba mas embarazo que oposicion en algunas tropas descaminadas que andaban de un peligro en otro con poca ó ninguna eleccion: gente sin consejo que acometia para escapar, y las mas veces daban el pecho sin acordarse de las manos. Murieron muchos en este género de combates repetidos, pero el mayor número escapó á los adoratorios, en cuyas gradas y terrados se descubrió una multitud de hombres armados que ocupaban mas que guarnecian las eminencias de aquellos grandes edificios. Encargáronse de su defensa los mejicanos; pero se hallaban ya tan embarazados y oprimidos,

(1) Nada dice Cortés de haber recibido en el cuartel esa fuerza armada de Cholula, y menos haberlos hecho matar dentro de los patios sin medio de defensa: eso hubiera sido ademas de felonia, barbárie. Solamente dice que mandó, á una señal convenida, dar sobre multitud de indios que andaban al rededor del cuartel y otros que habian entrado dentro: no dice si estaban armados; pero era natural que lo estuvieran y fuesen los primeros destinados á cargar sobre los españoles. Añade Cortés que luego soltó á los personages de Cholula que tuvo maniatados, en vista de las protestas que le hicieron de sumision y obediencia. Por estos hechos en que no anduvo Solís muy acertado, se puede decidir si el castigo de esa ciudad fue tan atroz como ponderan los estrangeros, y si entraba ó no en el derecho de la guerra.

Cortés describe la ciudad y provincia de Cholula, encareciendo su mucha poblacion como lo hace hablando de Tlascala; en términos de asegurar que no habia un pedazo de tierra sin labrar, y que á pesar de eso escaseaba el pan por esceso de consumidor. Si hubiéramos de dar crédito á semejantes hipérboles, vendríamos á concluir que los pueblos incultos y bárbaros tienen mayor poblacion que los civilizados, lo cual se halla en contradiccion manifiesta con los resultados que dan los cálculos estadísticos y probabilidades de la vida. El mismo Cortés supone que en Cholula habia 20 mil casas, y otras tantas en los arrabales: por consiguiente haciendo igual cómputo que el hecho en la nota de la pág. 166, resultará en la ciudad y arrabales una poblacion de 200 mil almas: esto es casi tan numerosa como Madrid. Ahora bien: cotéjese esto con lo que dice Herrera, quien compara á Cholula con nuestra Valladolid, y podrá inferirse el crédito que merecen semejantes exajeraciones.

que apenas pudieron revolverse para dar algunas flechas al viento.

Acercóse con su ejército Hernan Cortés al mayor de los adoratorios, y mandó á sus intérpretes que levantando la voz ofreciesen buen pasage á los que voluntariamente bajasen á rendirse; cuya diligencia se repitió con segundo y tercer requerimiento, y viendo que ninguno se movia, ordenó que se pusiese fuego á los torreones del mismo adoratorio; lo cual asientan que llegó á ejecutarse, y que perecieron muchos al rigor del incendio y la ruina. No parece fácil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios sin abrir primero el paso de las gradas, si ya no lo consiguió Hernan Cortés, valiéndose de las flechas encendidas con que arrojaban los indios á larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó dignamente que solo uno de tantos como fueron deshechos en este adoratorio se rindió voluntariamente á la merced de los españoles, ¡notable seña de su obstinacion!

Hízose la misma diligencia en los demas adoratorios, y despues se corrió la ciudad que á breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó la guerra por falta de enemigos. Los tlascaltecas se desmandaron con algun esceso en el pillage, y costó su dificultad el recogerlos: hicieron muchos prisioneros: cargaron de ropas y mercaderías de valor, y particularmente se cebaron en los almacenes de la sal, de cuya provision remitieron luego algunas cargas á su ciudad, atendiendo á la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedaron muertos en las calles, templos y casas fuertes mas de seis mil hombres entre naturales y mejicanos. Faccion bien ordenada, y conseguida sin alguna pérdida de los nuestros, que en la verdad tuvo mas de castigo que de victoria.

Retiróse luego Hernan Cortés á su alojamiento con los españoles y zempoales; y señalando cuartel dentro de la ciudad á los tlascaltecas, trató de que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros de ambas naciones; cuyo número se componia de la gente mas principal que se iba reservando como presa de mas estimacion. Llamólos primero á su presencia, y mandando que saliesen tambien de su retiro los sacerdotes, la india que descubrió el trato y los embajadores de Motezuma, hizo á todos un breve razonamiento, doliéndose de que le hubiesen obligado los vecinos de aquella ciudad á tan severa demostracion; y despues de ponderar el delito y de asegurar á todos que ya estaba desenojado y satisfecho, mandó pregonar el perdon general de lo pasado sin escepcion de personas, y pidió con agradable resolucion á los caciques que tratasen de que se volviese á poblar su ciudad, recojiendo los fugitivos y asegurando á los temerosos.

No acababan ellos de creer su libertad, enseñados al rigor con que solian tratar á sus prisioneros; y besando la tierra en demostracion de su agradecimiento, se ofrecieron con humilde solicitud

á la ejecucion de esta órden. Los embajadores procuraron disimular su confusion, aplaudiendo el suceso de aquel dia; y Hernan Cortés se congratuló con ellos, dejándose llevar de su disimulacion para mantenerlos en buena fé, y afirmarse con nuevas esterioridades en la política de interesar á Motezuma en el castigo de sus mismas estratagemas. Volvióse á poblar brevemente la ciudad, porque la demostracion de poner en libertar á los caciques y sacerdotes con tanta prontitud, y lo que ponderaron ellos esta clemencia de los españoles sobre tan justa provocacion, bastó para que se asegurase la gente que andaba derramada por los lugares del contorno. Restituyéronse luego á sus casas los vecinos con sus familias: abriéronse las tiendas: manifestáronse las mercaderías, y el tumulto se convirtió de una vez en obediencia y seguridad: accion en que no se conoció tanto la natural facilidad con que se movian aquellos indios de un estremo á otro, como el gran concepto en que tenian á los españoles; pues hallaron en la misma justificacion de su castigo, toda la razon que hubieron menester para fiarse de su enmienda.

El dia siguiente á la faccion llegó Xicotencal con un ejército de veinte mil hombres, que al primer aviso de los suyos remitió la república de Tlascala para el socorro de los españoles. Tenian prevenidas sus tropas recelando el suceso, y en todo se iban esperimentando las atenciones de aquella nacion. Hicieron alto fuera de la ciudad, y Hernan Cortés los visitó y regaló con toda estimacion de su fineza; pero los redujo á que se volviesen, diciendo á Xicotencal y á sus capitanes: « que ya no era necesaria su asistencia para » la reduccion de Cholula; y que hallándose con resolucion de marchar brevemente la vuelta de Méjico, no le convenia despertar la » resistencia de Motezuma, ó provocarle á que rompiese la guerra, » introduciendo en su dominio un grueso tan numeroso de tlascal- » tecas, enemigos descubiertos de los mejicanos. » A cuya razon no tuvieron que replicar, antes la conocieron y confesaron con ingenuidad, ofreciendo tener prevenidas sus tropas y acudir al socorro siempre que lo pidiese la necesidad.

Trató Cortés, primero que se retirasen, de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascala y Cholula: introdujo la plática: desvió las dificultades; y como tenia ya tan asentada su autoridad con ambas parcialidades, lo consiguió en breves dias, y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades y sus distritos, con asistencia de sus magistrados, y con las solemnidades y ceremonias de su costumbre: cuerda mediacion á que le obligaria la conveniencia de abrir el paso á los de Tlascala para que pudiesen subministrar con mayor facilidad los socorros de que necesitase, ó no dejar aquel estorbo en su retirada, si el suceso no respondiese favorablemente á su esperanza.

Así pasó el castigo de Cholula tan ponderado en los libros estrangeros, y en alguno de los naturales que consiguió por este medio

el aplauso miserable de verse citado contra su nacion (1). Ponen esta faccion entre las atrocidades que refieren de los españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar ó satirizar la conquista. Quieren dar al impulso de la codicia y á la sed del oro toda la gloria de lo que obraron nuestras armas; sin acordarse de que abrieron el paso á la religion, concurriendo en sus operaciones con especial asistencia el brazo de Dios. Lastímanse mucho de los indios, tratándolos como gente indefensa y sencilla para que sobresalga lo que padecieron: maligna compasion, hija del ódio y de la envidia. No necesita el caso de Cholula de mas defensa que su misma narracion. En él se conoce la malicia de aquellos bárbaros, cómo se sabian aprovechar de la fuerza y del engaño, y cuán justamente fue castigada su alevosía; y de él se puede colegir cuán apasionadamente se refieren otros casos de horrible inhumanidad, ponderados con la misma afectacion. No dejamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de reprension, obradas con queja de la piedad y de la razon: ¿pero en cuál empresa justa ó santa se dejaron de perdonar algunos inconvenientes? ¿De cuál ejército bien disciplinado se pudieron desterrar enteramente los abusos y desórdenes que llama el mundo licencias militares? ¿Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nacion española que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos, la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenacion la conquista de las Indias, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la substancia con los accidentes: que hasta en la obra inefable de nuestra redencion se presupuso como necesaria para la salud universal, la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puédense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones que traen consigo las señales de su providencia; pero la proporcion ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oir con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimiento, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.

(1) Alude con particularidad á los escritos de Fr. Bartolomé de las Casas: de cuyo testo se valen los estrangeros para encarecer la crueldad de los españoles, así en esa como en las demas conquistas de América.

# CAPITULO VIII.

**Parten los españoles de Cholula: ofréceseles nueva dificultad en la montaña de Chalco, y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos.**

Ibase acercando el plazo de la jornada, y algunos zempoales de los que militaban en el ejército (temiesen el empeño de pasar á la corte de Motezuma, ó pudiese mas que su reputacion el amor de la patria) pidieron licencia para retirarse á sus casas. Concediósela Cortés sin dificultad, agradeciéndoles mucho lo bien que le habian asistido; y con esta ocasion envió algunas alhajas de presente al cacique de Zempoala, encargándole de nuevo los españoles que dejó en su distrito sobre la fé de su amistad y confederacion.

Escribió tambien á Juan de Escalante, ordenándole con particular instancia que procurase remitirle alguna cantidad de harina para las hostias y vino para las misas, cuya provision se iba estrechando, y cuya falta seria de gran desconsuelo suyo y de toda su gente. Dióle noticia por menor de los progresos de su jornada, para que estuviese de buen ánimo y asistiese con mayor cuidado á la fortaleza de la Vera-Cruz, tratando de ponerla en defensa, no menos por su propia seguridad, que por lo que se debia recelar de Diego Velazquez, cuya natural inquietud y desconfianza no dejaba de hacer algun ruido entre los demas cuidados.

Llegaron á esta sazon nuevos embajadores de Motezuma, que con noticia ya de todo el suceso de Cholula trató de sincerarse con los españoles, dando las gracias á Cortés de que hubiese castigado aquella sedicion. Ponderaron frívolamente la indignacion y el sentimiento de su rey, cuyo artificio se redujo á infamar con el nombre de traidores á los mismos que le habian obedecido en la traicion. Vino dorada esta noticia con otro presente de igual riqueza y ostentacion; y segun lo que sucedió despues, no dejó de tener mayor designio la embajada, porque miró tambien al intento de poner en nueva seguridad á Cortés para que marchase menos receloso, y se dejase llevar á otra celada que le tenian prevenida en el camino.

Ejecutóse finalmente la marcha despues de catorce dias que ocuparon los accidentes referidos, y la primera noche se acuarteló el ejército en un village de la jurisdiccion de Guajocingo, donde acudieron luego los principales de aquel gobierno y de otras poblaciones vecinas con bastante provision de bastimentos, y algunos presentes de poco valor, bastantes para conocer el afecto con que aguardaban á los españoles. Halló Cortés entre aquella gente las mismas quejas de Motezuma que se oyeron en las provincias mas distantes, y no le pesó de que durasen aquellos humores tan cerca del corazon, pareciéndole que no podia ser muy poderoso un príncipe con

tantas señas de tirano, á quien faltaba en el amor de sus vasallos el mayor presidio de los reyes.

El dia siguiente se prosiguió la marcha por una sierra muy áspera que se comunicaba, mas ó menos eminente, con la montaña del volcan. Iba cuidadoso Cortés, porque uno de los caciques de Guajocingo le dijo al partir que no se fiase de los mejicanos, porque tenian emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre, y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados, el camino real que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el principio de la cuesta por el parage menos penetrable, donde habian aumentado los precipicios naturales con algunas cortaduras hechas á la mano para dejar que se fuese poco á poco empeñando su ejército en la dificultad, y cargarle de improviso cuando no se pudiesen revolver los caballos, ni afirmar el pié los soldados. Fuése venciendo la cumbre no sin alguna fatiga de la gente, porque nevaba con viento destemplado; y en lo mas alto se hallaron poco distantes los dos caminos con las mismas señas que se traian, el uno encubierto y embarazado, y el otro fácil á la vista y recien aderezado. Reconociólos Hernan Cortés, y aunque se irritó de hallar verificada la noticia de aquella nueva traicion, estuvo tan en sí, que sin hacer ruido ni mostrar sentimiento preguntó á los embajadores de Motezuma, que marchaban cerca de su persona: « ¿por qué razon estaban así aquellos dos caminos? » Respondieron: « que habian hecho allanar el mejor para que pasase su ejército, « cegando el otro por ser el mas áspero y dificultoso; » y él con la misma igualdad en la voz y el semblante: « mal conoceis, » dijo, « á los de mi nacion. Ese camino que habeis embarazado se ha de » seguir, sin otra razon que su misma dificultad, porque los espa- » ñoles siempre que tenemos eleccion nos inclinamos á lo mas « dificultoso; » y sin detenerse mandó á los indios amigos que pasasen á desembarazar el camino, desviando á un lado y otro aquellos estorbos mal disimulados que procuraban esconderle; lo cual se ejecutó prontamente con grande asombro de los embajadores, que sin discurrir en que se habia descubierto el ardid de su príncipe, tuvieron á especie de adivinacion aquel acierto casual: hallando que admirar y que temer en la misma bizarría de la resolucion. Sirvióse Cortés primorosamente de la noticia que llevaba, y consiguió el apartarse del peligro sin perder reputacion, cuidando tambien de no desconfiar á Motezuma, diestro ya en el arte de quebrantar insidias con no quererlas entender.

Los indios emboscados luego que reconocieron desde sus puestos que los españoles se apartaban de la celada y seguian el camino real, se dieron por descubiertos, y trataron de retirarse tan amedrentados y en tanto desórden como si volvieran vencidos: con que pudo bajar el ejercito á lo llano sin oposicion, y aquella noche se alojó en unas caserías de bastante capacidad que se hallaron en la misma falda de la sierra, fundadas allí para hospedage de los

mercaderes mejicanos que frecuentaban las ferias de Cholula, donde se dispuso el cuartel con todos los resgardos y prevenciones que aconsejaba la poca seguridad con que se iba pisando aquella tierra.

Motezuma entretanto duraba en su irresolucion, desanimado con el malogro de sus ardides, y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devocion esta falta de espíritu: estrechóse con sus dioses: frecuentaba los templos y los sacrificios: manchó de sangre humana todos sus altares: mas cruel cuando mas afligido: y siempre crecia su confusion y se hallaba en mayor desconsuelo, porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos, y discordes en el dictámen los espíritus inmundos que le hablaban en ellos. Unos le decian que franquease las puertas de la ciudad á los españoles, y así conseguiria el sacrificarlos sin que se pudiesen escapar ni defender: otros que los apartase de sí y tratase de acabar con ellos, sin dejarse ver; y él se inclinaba mas á esta opinion, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su corte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad para mejorar el nombre á la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fue mayor su inquietud y su impaciencia: andaba como fuera de sí: no sabia qué partido tomar: sus consejeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros; profesion muy estimada en aquella tierra, donde habia muchos que se entendian con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinon de sábios á los mas engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos estrangeros, de cuyos designios estaba receloso. Mandóles que saliesen al camino y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solian obrar otros efectos estraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen, y los amenazó con pena de la vida si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Esta órden se puso en ejecucion, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos y salieron contra los españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que á su parecer tenian sobre la naturaleza. Refieren el padre José de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino de Chalco, por donde venia marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlecupa, dios infausto y formidable; por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente; y traia sobre sus adornos ceñida una soga de esparto que le apretaba con diferentes vueltas el

pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion, y él sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, los habló en esta sustancia: « Ya, mejicanos infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros: ya se desató enteramente la trabazon de nuestros » pactos. Decid á Motezuma, que por sus crueldades y tiranías » tiene decretada el cielo su ruina; y para que le representeis mas » vivamente la desolacion de su imperio, volved á mirar esa ciudad » miserable, desamparada ya de vuestros dioses. » Dicho esto desapareció, y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas, que se desvanecieron poco á poco, desocupando el aire y dejando sin alguna lesion los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder, como quien recogia las fuerzas interiores, ó se acordaba de sí para no descaecer; y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar á los magos y á los demas que le asistian: « ¿qué podemos hacer si nos » desamparan nuestros dioses? Vengan los estrangeros, y caiga » sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni es » razon que nos halle fugitivos la calamidad. » Y prosiguió poco despues: « solo me lastiman los viejos, niños y mugeres, á quien » faltan las manos para cuidar de su defensa. » En cuya consideracion se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas. No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion, pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenia por inevitable, y no desdijo de la magestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus vasallos: afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es menos heróica la piedad que la constancia.

Empezóse luego á tratar del hospedage que se habia de hacer á los españoles, de la solemnidad y aparatos del recibimiento; y con esta ocasion se volvió á discurrir en sus hazañas, en los prodigios con que habia prevenido el cielo su venida, en las señas que traian de aquellos hombres orientales prometidos á sus mayores, y en la turbacion y desaliento de sus dioses, que á su parecer se daban por vencidos y cedian el dominio de aquella tierra, como deidades de inferior gerarquía; y todo fue menester para que se llegase á poner en términos posibles aquella gran dificultad de penetrar sobre tan porfiada resistencia, y con tan poca gente, hasta la misma corte de un príncipe tan poderoso, absoluto en sus determinaciones, obedecido con adoracion, y enseñado al temor de sus vasallos.

# CAPITULO IX.

**Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcuco, su sobrino: continúase la marcha y se hace alto en Quitlavaca, dentro ya de la laguna de Méjico.**

De aquellas caserías donde se alojó el ejército de la otra parte de la montaña, pasó el dia siguiente á un pequeño lugar, jurisdiccion de Chalco, situado en el camino real, á poco mas de dos leguas, donde acudieron luego el cacique principal de la misma provincia y otros de la comarca. Traian sus presentes con algunos bastimentos, y Cortés los agasajó con mucha humanidad y con algunas dádivas; pero se reconoció luego en su conversacion que se recataban de los embajadores mejicanos, porque se detenian y embarazaban fuera de tiempo, y daban á entender lo que callaban en lo mismo que decian. Apartóse con ellos Hernan Cortés, y á poca diligencia de los intérpretes dieron todo el veneno del corazon. Quejáronse destempladamente de las crueldades y tiranías de Motezuma: ponderaron lo intolerable de sus tributos, que pasaban ya de las haciendas á las personas, pues los hacia trabajar sin estipendio en sus jardines y en otras obras de su vanidad; decian con lágrimas: « que hasta las mugeres se habian hecho contribucion de » su torpeza y la de sus ministros, puesto que las elegian y dese- » chaban á su antojo, sin que pudiesen defender los brazos de la » madre á la doncella, ni la presencia del marido á la casada. » Representando uno y otro á Hernan Cortés como á quien lo podia remediar, y mirándole como á deidad que bajaba del cielo con jurisdiccion sobre los tiranos. Él los escuchó compadecido, y procuró mantenerlos en la esperanza del remedio, dejándose llevar por entonces del concepto en que le tenian, ó resistiendo á su engaño con alguna falsedad. No pasaba en estas permisiones de su política los términos de la modestia: pero tampoco gustaba de obscurecer su fama, donde se miraba como parte de razon el desvarío de aquella gente.

Volvióse á la marcha el dia siguiente, y se caminaron cuatro leguas por tierra de mejor temple y mayor amenidad, donde se conocia el favor de la naturaleza en las arboledas, y el beneficio del arte en los jardines. Hízose alto en Amecameca, donde se alojó el ejército, lugar de mediana poblacion, fundado en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua y la otra mitad en tierra firme, al pie de una montañuela estéril y fragosa. Concurrieron aquí muchos mejicanos con sus armas y adornos militares; y aunque al principio se creyó que los traia la curiosidad, creció tanto el número, que dieron cuidado y no faltaron indicios que persuadiesen al recelo. Valióse Cortés de algunas esterioridades para detenerlos

y atemorizarlos : hízose ruido con las bocas de fuego : disparáronse al aire algunas piezas de artillería : ponderóse y aun se provocó la ferocidad de los caballos, cuidando los intérpretes de dar significacion al estruendo y engrandecer el peligro; por cuyo medio se consiguió el apartarlos del alojamiento antes que cerrase la noche. No se verificó que viniesen con ánimo de ofender, ni parece verisímil que se intentase nueva traicion cuando estaba Motezuma reducido á dejarse ver; aunque despues mataron las centinelas algunos indios, sobre acercarse demasiado con apariencias de reconocer el cuartel; y pudo ser que alguno de los caudillos mejicanos condujese aquella gente con ánimo de asaltar cautelosamente á los españoles, creyendo no seria desagradable á su rey, por considerarle rendido á la paz con repugnancia de su natural y de su conveniencia; pero esto se quedó en presuncion, porque á la mañana solo se descubrieron en el camino que se habia de seguir, algunas tropas de gente desarmada que tomaban lugar para ver á los estrangeros.

Tratábase ya de poner en marcha el ejército, cuando llegaron al cuartel cuatro caballeros mejicanos, con aviso de que venia el príncipe Cacumatzin, sobrino de Motezuma, y señor de Tezcuco, á visitar á Cortés de parte de su tio, y tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos nobles con insignias de paz, y ricamente adornados. Traíanle sobre sus hombros otros indios de su familia en unas andas cubiertas de varias plumas, cuya diversidad de colores se correspondia con proporcion; era mozo de hasta veinte y cinco años, de recomendable presencia; y luego que se apeó, pasaron delante algunos de sus criados á barrer el suelo que habia de pisar, y á desviar con grandes ademanes y contenencias la gente de los lados; ceremonias que siendo ridículas daban autoridad. Salió Cortés á recibirle hasta la puerta de su alojamiento con todo aquel aparato de que adornaba su persona en semejantes funciones. Hízole al llegar una complida reverencia, y él correspondió tocando la tierra, y despues los labios con la mano derecha. Tomó su lugar despejadamente, y habló con sosiego de hombre que sabia estar sin admiracion á vista de la novedad. La substancia de su razonamiento fue : « dar la bien venida, con palabras puestas en su lugar, » á Cortés y á todos los cabos de su ejército : ponderar la gratitud » con que los esperaba el gran Motezuma, y cuánto deseaba la cor» respondencia y amistad de aquel príncipe del Oriente que los en» viaba, cuya grandeza debia reconocer por algunas razones que » entenderian de su boca : » y por via de discurso propio volvió á dificultar, como los demas embajadores, la entrada de Méjico, fingiendo « que se padecia esterilidad en todos los pueblos de su con» tribucion; » y proponiendo, como punto que sentia su rey, « lo » mal asistidos que se hallarian los españoles donde faltaba el sus» tento para los vecinos. » Cortés respondió, sin apartarse del misterio con que iba cebando las aprensiones de aquella gente, « que su rey, siendo un monarca, sin igual en otro mundo, cercano

» al nacimiento del sol, tenia tambien algunas razones de alta con-
» sideracion para ofrecer su amistad á Motezuma, y comunicarle
» diferentes noticias que miraban á su persona y esencial conve-
» niencia; cuya proposicion no desmereceria su gratitud, ni él
» podia dejar de admitir con singular estimacion la licencia que se
» le concedia para dar su embajada, sin que le hiciese algun em-
» barazo la esterilidad que se padecia en aquella corte; porque sus
» españoles necesitaban de poco alimento para conservar sus fuerzas,
» y venian enseñados á padecer y despreciar las incomodidades y
» trabajos de que se afligian los hombres de inferior naturaleza. »
No tuvo Cacumatzin que replicar á esta resolucion, antes recibió con estimacion y rendimiento algunas joyuelas de vidrio estraordinario que le dió Cortés, y acompañó el ejército hasta Tezcuco, ciudad capital de su dominio, donde se adelantó con la respuesta de su embajada.

Era entonces Tezcuco una de las mayores ciudades de aquel imperio : refieren algunos que seria como dos veces Sevilla, y otros que podia competir con la corte de Motezuma en la grandeza; y presumia no sin fundamento de mayor antigüedad. Estaba la frente principal de sus edificios sobre la orilla de aquel espacioso lago, en parage de grande amenidad, donde tomaba principio la calzada oriental de Méjico. Siguióse por ella la marcha sin detencion, porque se llevaba intento de pasar á Iztacpalapa (1), tres leguas mas adelante, sitio proporcionado para entrar en Méjico el dia siguiente á buena hora. Tendria por esta parte la calzada veinte pies de ancho, y era de piedra y cal, con algunas labores en la superficie. Habia en la mitad del camino sobre la misma calzada otro lugar de hasta dos mil casas, que se llamaba Quitlavaca; y por estar fundado en el agua, le llamaron entonces Venezuela. Salió el cacique muy acompañado y lucido al recibimiento de Cortés, y le pidió que honrase por aquella noche su ciudad, con tanto afecto, y tan repetidas instancias, que fue preciso condescender á sus ruegos por no desconfiarle. Y no dejó de hallarse alguna conveniencia en hacer aquella mansion para tomar noticias; porque viendo desde mas cerca la dificultad, entró Cortés en algun recelo de que le rompiesen la calzada, ó levantasen los puentes para embarazar el paso á su gente.

Registrábase desde allí mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrian varias poblaciones y calzadas, que la interrumpian y la hermoseaban; torres y capiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas, árboles y jardines fuera de su elemento; y una inmensidad de indios, que navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los españoles, siendo mayor la muchedumbre que

(1) *Ixtapalapa*. En su comarca y en la de *Ixtapaluca*, poco distante de aquella. se recogia abundantemente la sal.

se dejaba reparar en los terrados y azoteas mas distantes : hermosa vista y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y fue mayor en los ojos que en la imaginacion.

Tuvo el ejército bastante comodidad en este alojamiento, y los paisanos asistieron con agrado y urbanidad al regalo de sus huéspedes; gente de cuya policía se dejaba conocer la vecindad de la corte. Manifestó el cacique, sin poderse contener, poco afecto á Motezuma, y el mismo deseo que los demas de sacudir el yugo intolerable de aquel gobierno, porque alentaba los soldados y facilitaba la empresa, diciendo á los intérpretes como quien deseaba que lo entendiesen todos, « que la calzada que se habia de seguir hasta
» Méjico era mas capaz y de mejor calidad que la pasada, sin que
» hubiese que recelar en ella ni en las poblaciones de su márgen :
» que la ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer tránsito,
» estaba de paz, y tenia órden para recibir y alojar amigablemente
» á los españoles : que el señor desta ciudad era pariente d Mo-
» tezuma; pero que ya no habia que temer en los de su faccion,
» porque le tenian rendido y sin espíritu los prodigios del cielo,
» las respuestas de sus oráculos y las hazañas que le referian de
» aquel ejército; por cuya razon le hallarian deseoso de la paz, y
» con el ánimo dispuesto antes á sufrir que á provocar. » Decia la verdad este cacique, pero con alguna mezcla de pasion y de lisonja, y Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer este defecto en sus noticias, procuraba divulgarlas y encarecerlas entre sus soldados. Y no se puede negar que llegaron á buen tiempo, para que no se desanimase la gente de menos obligaciones con aquella variedad de objetos admirables que se tenian á la vista, de que se pudiera colegir la grandeza de aquella corte y el poder formidable de aquel príncipe; pero los informes del cacique, y las ponderaciones que se hacian de su turbacion y desaliento, pudieron tanto en esta concurrencia de novedades, que alegrándose todos de lo que se habian de asombrar, se aprovecharon de su admiracion para mejorar las esperanzas de su fortuna.

## CAPITULO X.

**Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone la entrada de Méjico: refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los españoles.**

La mañana siguiente, poco despues de amanecer, se puso en órden la gente sobre la misma calzada, segun su capacidad, bastante por aquella parte para que pudiesen ir ocho caballos en hilera. Constaba entonces el ejército de cuatrocientos y cincuenta españoles no cabales, y hasta seis mil indios tlascaltecas, zempoales y de otras naciones amigas. Siguióse la marcha, sin nuevo accidente que diese cuidado, hasta la misma ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer alto : lugar que sobresalia entre los demas por la

grandeza de sus torres, y por el bulto de sus edificios: seria de hasta diez mil casas de segundo y tercer alto (1), que ocupaban mucha parte de la laguna, y se dilataban algo mas sobre la ribera; en sitio delicioso y abundante. El señor de esta ciudad salió muy autorizado á recibir el ejército; y le asistieron para esta funcion los príncipes de Magicalcingo y Cuyoacan, dominios de la misma laguna. Traian todos tres su presente separado de varias frutas, cazas y otros bastimentos, con algunas piezas de oro, que valdrian hasta dos mil pesos. Llegaron juntos, y se dieron á conocer, diciendo cada uno su nombre y dignidad; y remitiendo á la discrecion de la ofrenda todo lo que faltaba en el razonamiento.

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso, que consistia en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los mas recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los españoles debajo de cubierto, quedando los demas en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche que habia de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separacion de cuartos alto y bajo, muchas salas con techumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenian sus colgaduras de algodon, tejido á colores, con dibujo y proporcion. Habia en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traida por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacia reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, que tenia el cacique para su recreacion; donde llevó aquella tarde á Cortés con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huéspedes, y con su propia jactancia y vanidad. Habia en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardin, que tenia sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacian labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular: fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo: tan grande, que tenia cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudian varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura esquisita y pluma estraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias.

(1) Este cálculo es sin duda exajerado, así en el número de casas como en los pisos de ellas. Para ello seria preciso dar á Iztacpalapa mayor poblacion que á nuestro Madrid, puesto que este solo tiene ocho mil casas. Ademas los Indios no acostumbraban á hacer las suyas con mas de un piso, fuera de algun palacio al que añadian por adorno un segundo cuerpo.

Pasóse bien la noche, y la gente acudió con agrado y sencillez al agasajo de los españoles; solo se reparó en que hablaban ya en este lugar con otro estilo de las cosas de Motezuma: porque alababan todos su gobierno, y encarecian su grandeza; ó contuviese á los de aquella opinion el parentesco del cacique, ó les hiciese menos atrevidos la cercania del tirano. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada, y cumplir con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma órden; y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde mas cerca y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con esceso entre las demas, y al parecer se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco menos que la mitad del camino mas de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha aunque solo hacian reverencias, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco antes de la ciudad un baluarte de piedra, con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en una puente levadiza, que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luego que pasaron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados, para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa (1) de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada; y dijeron á Cortés, que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle, para mayor demostracion de su benevolencia.

Poco despues se fue dejando ver la primera comitiva real, que serian hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra; acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando á las paredes en la misma órden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada, y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba obscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas cuatro personages de gran suposicion, que le llevaban debajo

(1) Cortés dice que esta calle tenia de largo dos tercios de legua: Herrera no le dá mas de un tercio.

de un pálio, hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos indios, que alfombraron el camino, para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer era indigna de sus huellas.

Previnose á la funcion con espacio y gravedad, y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia, su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, mas delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios, el cabello largo hasta el estremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion; su trage un manto de sutilísimo algodon, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servian mas al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo, ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante á las caligas militares de los romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumision; á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los labios: cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad; cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento se reparó mucho entre los indios, y cedió en mayor estimacion de los españoles; porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio; compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender quo no era lícito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer entretanto que llegaban á darse á conocer los demas capitanes, un collar que tenia la primera estimacion entre sus

joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambaros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés : humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los mejicanos. El razonamiento de Cortés fue breve y rendido como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales, que se quedase para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento; y arrimado al otro, volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Fue la entrada en esta ciudad á ocho de noviembre del mismo año de mil y quinientos diez y nueve, dia de los santos cuatro coronados mártires; y el alojamiento que tenian prevenido, una de las casas reales que fabricó Axayaca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con el palacio principal de los reyes, y tenia sus presunciones de fortaleza; paredes gruesas de piedra, con algunos torreones, que servian de traveses y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército y la primera diligencia de Cortés fue reconocerla por todas partes para distribuir sus guardias, alojar su artillería y cerrar su cuartel. Algunas salas, que tenian destinadas para la gente de mas cuenta, estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores hechas de aquel algodon, á que se reducian todas sus telas, mas ó menos delicadas : las sillas de madera, labradas de una pieza, las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componia de aquellas sus esteras de palma, donde servia de cabecera una de las mismas esteras arrollada; no alcanzaban allí mejor cama los príncipes mas regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á la naturaleza, contentándose con los remedios de la necesidad; y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

## CAPITULO XI.

**Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento : refiérese la oracion que hizo antes de oir la embajada, y la respuesta de Cortés.**

Era poco mas de medio dia cuando entraron los españoles en su alojamiento, y hallaron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortés y los cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos menos delicados para el resto de la gente, y muchos indios de servicio, que ministraban los manjares y las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma pompa y acompañamiento á visitar á Cortés, que avisado

poco antes, salió á recibirle hasta el patio principal, con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su cuarto, donde le hizo una profunda reverencia, y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortés: hizo seña para que se apartasen á la pared los caballeros que andaban cerca de su persona, y Cortés advirtió lo mismo á los capitanes que le asistian. Llegaron los intérpretes, y cuando se prevenia Hernan Cortés para dar principio á su oracion, le detuvo Motezuma, dando á entender que tenia que hablar antes de oir; y se refiere que discurrió en esta sustancia:

« Antes que me deis la embajada, ilustre capitan y valerosos » estrangeros, del príncipe grande que os envia, debeis vosotros, » y debo yo desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la » fama de nuestras personas y costumbres, introduciendo en nues» tros oidos aquellos vanos rumores que van delante de la verdad, » y suelen obscurecerla declinando en lisonja ó vituperio. En algu» nas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses in» mortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza: » en otras que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son de » oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, y que no caben » en la tierra mis tesoros; y en otras que soy tirano, cruel y sober» bio; que aborrezco la justicia, y que no conozco la piedad. Pero » los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento; » y para que no imagineis que soy alguno de los dioses, ó conoz» cais el desvario de los que así me imaginan, esta porcion de mi » cuerpo (y desnudó parte del brazo) desengañará vuestros ojos de » que hablais con un hombre mortal de la misma especie; pero mas » noble y mas poderoso que los otros hombres. Mis riquezas no » niego que son grandes; pero las hacen mayores la exageracion » de mis vasallos. Esta casa que habitais es uno de mis palacios » Mirad esas paredes hechas de piedra y cal, materia vil, que debe » al arte su estimacion; y colegid de uno y otro el mismo engaño, » y el mismo encarecimiento en lo que os hubieren dicho de mis » tiranías; suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, » y despreciando ese lenguage de mis rebeldes, hasta que veais si » es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden acusarle sin » dejar de merecerle. No de otra suerte han llegado á nuestros oidos » varios informes de vuestra naturaleza y operaciones. Algunos han » dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, que mane» jais los rayos, y que mandais en los elementos; y otros que sois » facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejais dominar de los » vicios, y que venís con una sed insaciable del oro que produce » nuestra tierra. Pero ya veo que sois hombres de la misma compo» sicion y masa que los demas, aunque os diferencian de nosotros » algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la » tierra en los mortales. Esos brutos que os obedecen ya conozco » que son unos venados grandes, que traeis domesticados é ins-

» truidos en aquella doctrina imperfecta, que puede comprender
» el instinto de los animales. Esas armas que se asemejan á los
» rayos, tambien alcanzo que son unos cañones de metal no cono-
» cido, cuyo efecto es como el de nuestras cerbatanas, aire opri-
» mido, que busca salida, y arroja el impedimento. Ese fuego que
» despiden con mayor estruendo, será cuando mucho algun secreto
» mas que natural de la misma ciencia que alcanzan nuestros magos.
» Y en lo demas que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien,
» segun la observacion que han hecho de vuestras costumbres mis
» embajadores y confidentes, que sois benignos y religiosos, que os
» enojais con razon, que sufrís con alegría los trabajos, y que no
» falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña pocas
» veces con la codicia. De suerte que unos y otros debemos olvidar
» las noticias pasadas, y agradecer á nuestros ojos el desengaño de
» nuestra imaginacion; con cuyo presupuesto quiero que sepais
» antes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesi-
» tamos de vuestra persuasion, para creer que el príncipe grande
» á quien obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo Quezal-
» coal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey legítimo
» de aquellas siete naciones que dieron principio al imperio meji-
» cano. Por una profecia suya, que veneramos como verdad infa-
» lible, y por la tradicion de los siglos que se conserva en nuestros
» anales, sabemos que salió de estas regiones á conquistar nuevas
» tierras hácia la parte del Oriente, y dejó prometido, que an-
» dando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar nuestras
» leyes, ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas
» que traeis conforman con este vaticinio, y el príncipe del Oriente
» que os envia, manifesta en vuestras mismas hazañas la grandeza
» de tan ilustre progenitor, tenemos ya determinado que se haga
» en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas; de que
» me ha parecido advertiros, para que hableis sin embarazo en
» sus proposiciones, y atribuyais á tan alto principio estos escesos
» de mi humanidad. »

Acabó Motezuma su oracion, previniendo el oido con entereza y magestad, cuya sustancia dió bastante disposicion á Cortés para que sin apartarse del engaño que hallaba introducido en el concepto de aquellos hombres, pudiese responderle, segun lo que hallamos escrito, estas ó semejantes razones :

« Despues, señor, de rendiros las gracias por la suma benigni-
» dad con que permitís vuestros oidos á nuestra embajada, y por el
» superior conocimiento con que nos habeis favorecido, menospre-
» ciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion,
» debo deciros que tambien acerca de nosotros se ha tratado la
» vuestra con aquel respeto y veneracion que corresponde á vues-
» tra grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de
» vuestro dominio : unos afeando vuestras obras, y otros poniendo
» entre sus dioses vuestra persona; pero los encarecimientos cre-

» cen ordinariamente con injuria de la verdad, que como es la voz » de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de » sus pasiones; y estas, ó no entienden las cosas como son, ó no » las dicen como las entienden. Los españoles, señor, tenemos » otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, » y por ellas el semblante del corazon: ni hemos creido á vuestros » rebeldes ni á vuestros lisongeros. Con certidumbre de que sois » príncipe grande, y amigo de la razon, venimos á vuestra presencia, sin necesitar de los sentidos para conocer que sois príncipe mortal. Mortales somos tambien los españoles, aunque mas » valerosos, y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por » haber nacido en otro clima de mas robustas influencias. Los animales que nos obedecen, no son como vuestros venados, porque » tienen mayor nobleza y ferocidad: brutos inclinados á la guerra, » que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de » su dueño. El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa » facultad que profesan vuestros magos; ciencia entre nosotros » abominable, y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia: con cuya suposicion, que me ha parecido necesaria para » satisfacer á vuestras advertencias, os hago saber con todo el acatamiento debido á vuestra magestad, que vengo á visitaros como » embajador del mas poderoso monarca que registra el sol desde » su nacimiento; en cuyo nombre os propongo que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos » que habeis referido para otro fin que abrir el comercio entre » ambas monarquías, y conseguir por este medio vuestra comunicacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento en estos dominios, solo quiere usar de su autoridad para » que le creais en lo mismo que os conviene: y daros á entender » que vos, señor, y vosotros mejicanos que me ois (volviendo el » rostro á los circunstantes), vivis engañados en la religion que » profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras » manos y de vuestra fantasía; porque solo hay un Dios verdadero, » principio eterno, sin principio ni fin, de todas las cosas; cuya » omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de los » cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, y el » primer hombre de quien procedemos todos, con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta misma » obligacion teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su » inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adoracion á los » demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo » Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese » fuego subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el » horror de vuestros volcanes. Estos, que por su envidia y malignidad son enemigos mortales del género humano, solicitan

» vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos ídolos abominables:
» suya es la voz que alguna vez escuchais en las respuestas de
» vuestros oráculos, y suyas las ilusiones con que suele introducir
» en vuestro entendimiento los errores de la imaginacion. Ya co-
» nozco, señor, que no son de este lugar los misterios de tan alta
» enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo rey á quien
» reconoceis tan antigua superioridad, que nos oigais en este punto
» cón ánimo indiferente, para que veais como descansa vuestro
» espíritu en la verdad que os anunciamos, y cuántas veces habeis
» resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente para co-
» nocer vuestra ceguedad. Esto es lo primero que desea de vuestra
» magestad el rey mi señor, y esto lo principal que os propone,
» como el medio mas eficaz para que pueda estrecharse con du-
» rable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á
» su firmeza los fundamentos de la religion, que sin dejar alguna
» discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vín-
» culos de la voluntad. »

Así procuró Hernan Cortés mantener entre aquella gente la estimacion de sus fuerzas, sin apartarse de la verdad, y servirse del orígen que buscaban á su rey, ó no contradecir lo que tenian aprendido, para dar mayor autoridad á su embajada. Pero Motezuma oyó con señas de poca docilidad el punto de la religion, obstinado con hipocresía en los errores de su gentilidad; y levantándose de la silla, « yo acepto, dijo, con toda gratitud la confede-
» racion y amistad que me proponeis del gran descendiente de
» Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos, y el vuestro puede
» ser todo lo que decis, sin ofensa de los mios. Descansad, ahora,
» que en vuestra casa estais, donde sereis asistido con todo el
» cuidado que se debe á vuestro valor, y al príncipe que os envia.»
Mandó luego que entrasen algunos indios de carga que traia prevenidos; y antes de partir presentó á Hernan Cortés diferentes piezas de oro, cantidad de ropas de algodon, y varias curiosidades de pluma, dádiva considerable por el valor y por el modo; y repartió algunas joyas y preseas del mismo género entre los españoles que estaban presentes, dando uno y otro con alegre generosidad, sin hacer mucho caso del beneficio; pero mirando á Cortés y á los suyos con un género de satisfaccion, en que se conocia el cuidado antecedente, como los que manifiestan su temor en lo mismo que se complacen de haberle perdido.

# CAPITULO XII.

**Visita Cortés á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe; y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion.**

Pidió Hernan Cortés audiencia el dia siguiente, y la consiguió con tanta prontitud, que vinieron con la respuesta los mismos que le habian de acompañar en esta visita: cierto género de ministros, que solian asistir á los embajadores, y tenian á su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nacion. Vistióse de gala sin dejar las armas, que se habian de introducir á trage militar; y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion, entre los cuales fue Bernal Diaz del Castillo, que ya trataba de observar para escribir.

Las calles estaban pobladas por todas partes de innumerable concurso, que trabajaba en su misma muchedumbre para ver á los españoles sin embarazarles el paso, entre cuyas reverencias y sumisiones, se oia muchas veces la palabra Teules, que en su lengua significa dioses: voz que ya se entendia, y que no sonaba mal á los que fundaban parte de su valor en el respeto ageno.

Dejóse ver á larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba no sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes; edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas á diferentes calles. La fachada principal, que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocacion y pulimento. Sobre la portada se hacian reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas: un grifo, medio águila y medio leon, en ademan de volar, con un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren que fuese águila, y se ponen de propósito á impugnar el grifo con la razon de que no los hay en aquella tierra, como si no se pudiese dudar si los hay en el mundo, segun los autores que los pusieron entre las aves fabulosas. Diríamos antes que pudo inventar acá y allá este género de monstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Al llegar cerca de la puerta principal, se encaminaron hácia el uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atrás con pasos de gran misterio, formaron un semicírculo para llegar á la puerta de dos en dos: ceremonia de su costumbre, porque tenian á falta de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocian con este desvío la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residia Motezuma, en cuyos salones

era de igual admiracion la grandeza y el adorno : los pavimentos con esteras de varias labores, las paredes con diferentes colgaduras de algodon, pelo de conejo, y en lo mas interior de pluma; unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras: los techos de ciprés, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follages y relieves; en cuya contestura se reparó, que sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderámen y las tablas en su misma trabazon.

Habia en cada una de estas salas numerosas y diferentes gerarquías de criados, que tenian la entrada segun su calidad y ministerio; y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados que recibieron á Cortés con grande urbanidad, pero le hicieron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venian adornados, tomando en su lugar otros de menos gala: era entre aquella gente irreverencia el atreverse á lucir delante del rey. Todo lo reparaban los españoles, todo hacia novedad, y todo infundia respeto; la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia.

Estaba Motezuma en pie, con todas sus insignias reales, y dió algunos pasos para recibir á Cortés, poniéndole al llegar los brazos sobre los hombros : agasajó despues con el semblante á los españoles que le acompañaban, y tomando su asiento, mandó sentar á Cortés y á todos los demás, sin dejarles accion para que replicasen. La visita fue larga y de conversacion familiar; hizo varias preguntas á Cortés sobre lo natural y político de las regiones orientales, aprobando á tiempo lo que le pareció bien; y mostrando que sabia discurrir en lo que sabia dudar. Volvió á referir la dependencia y obligacion que tenian los mejicanos al descendiente de su primero rey, y se congratuló muy particularmente de que se hubiese cumplido en su tiempo la profecía de los estrangeros, que tantos siglos antes habian sido prometidos á sus mayores : si fue con afectacion, supo esconder lo que sentia; y siendo esta una credulidad vana y despreciable por su orígen y circunstancias, importó mucho en aquella ocasion, para que los españoles hallasen hecho el camino á su introduccion : así bajan muchas veces encadenadas y dependientes de ligeros principios las cosas mayores. Hernan Cortés le puso con destreza en la plática de la religion, tocando entre las demas noticias que le daba de su nacion, los ritos y costumbres de los cristianos, para que le hiciesen disonancia los vicios y abominaciones de su idolatría; con cuya ocasion esclamó contra los sacrificios de sangre humana, y contra el horror aborrecible á la naturaleza, con que se comian los hombres que sacrificaban : bestialidad muy introducida en aquella corte, por ser mayor el número de los sacrificados, y mas culpable por esta razon el esceso de los banquetes.

No fue del todo inútil esta sesion porque Motezuma sintiendo en algo la fuerza de la razon, desterró de su mesa los platos de carne humana; pero no se atrevió á prohibir de una vez este manjar á

sus vasallos, ni se dió por vencido en el punto de los sacrificios; antes decia que no era crueldad ofrecer á sus dioses unos prisioneros de guerra, que venian ya condenados á muerte; no hallando razon que le hiciese capaz de que fuesen prógimos los enemigos.

Dió pocas esperanzas de reducirse, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo traerle al camino de la verdad; tenia entendimiento para conocer algunas ventajas en la religion católica y para no desconocer en todo los abusos de la suya; pero se volvia luego al tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en su distrito; y se hacia fuerza para no enojarse cuando le apretaban los argumentos, padeciendo mucho consigo en estas conferencias, porque deseaba complacer á los españoles con un género de cuidado que parecia sujecion; y por otra parte le tiraban las afectaciones de religioso, que le adquirieron, y á su parecer le mantenian la corona, obligándole á temer con mayor abatimiento la desestimacion de sus vasallos, si le viesen menos atento al culto de sus dioses: política miserable, propia del tirano, dominar con soberbia y contemplar con servidumbre.

Hacia tanta ostentacion de su resistencia, que llevando consigo, uno de aquellos primeros dias, á Hernan Cortés y al padre fray Bartolomé, con algunos de los capitanes y soldados particulares, para que viesen á su lado las grandezas de su corte, deseó, no sin alguna vanidad, enseñarles el mayor de sus templos. Mandólos que se detuviesen poco antes de la entrada, y se adelantó para conferir con los sacerdotes, si seria lícito que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvióse que podrian entrar, amonestándolos primero que no se descomidiesen; y salieron dos ó tres de los mas ancianos con la permision y el requerimiento. Franqueáronse luego todas las puertas de aquel espantoso edificio; y Motezuma tomó á su cargo el esplicar los secretos, oficinas y simulacros del adoratorio, tan reverente y ceremonioso, que los españoles no pudieron contenerse de hacer alguna irrision, de que no se dió por entendido; pero volvió á mirarlos, como quien deseaba reprimirlos. A cuyo tiempo Hernan Cortés, dejándose llevar del celo que ardia en su corazon, le dijo: « permitidme, señor, » fijar una cruz de Cristo delante de esas imágenes del demonio, » y vereis si merecen adoracion ó menosprecio.» Enfureciéronse los sacerdotes al oir esta proposicion; y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo, y la resolucion para enojarse; pero tomando partido con su primera turbacion, y procurando que no quedase mal su hipocresía: « pudié» rais, dijo á los españoles, conceder á este lugar las atenciones, » por lo menos, que debeis á mi persona: » y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el átrio, y prosiguió diciendo algo mas reportado: « bien podeis, amigos, volveros á » vuestro alojamiento, que yo me quedo á pedir perdon á mis dioses

» de lo mucho que os he sufrido: » notable salida del empeño en que se hallaba, y pocas palabras dignas de reparo, que dieron á entender su resolucion, y lo que se reprimia para no destemplarse.

Con esta esperiencia, y otras que se hicieron del mismo género, resolvió Cortés, siguiendo el parecer del padre fray Bartolomé de Olmedo, y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase mas por entonces en la religion, porque solo servia de irritar y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió fácilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa como le pidiese Cortés: tanto deseaba que le dejasen descansar en su error. Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los españoles, y blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imágen de nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente, y fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los dias, se rezaba el rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado; entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos: gente ciega y supersticiosa que palpaba las tinieblas y se defendia de la razon con la costumbre.

Pero antes de referir los sucesos de aquella corte, nos llama su descripcion la grandeza de sus edificios, su forma de gobierno y policía, con otras noticias que son convenientes para la inteligencia ó concepto de los mismos sucesos: desvíos de la narracion necesarios en la historia, como no sean peregrinos del argumento y carezcan de otros lunares que hacen viciosa la digresion.

## CAPITULO XIII.

**Descríbese la ciudad de Méjico, su temperamento y situacion, el mercado del Tlatelulco y el mayor de sus templos, dedicado al dios de la guerra.**

La gran ciudad de Méjico, que fue conocida en su antigüedad por el nombre de *Tenuchtitlan* (1) ó por otros de poco diferente sonido, sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los autores, tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad (2), re-

(1) Cortés la llama *Timixtitan*, alterando la pronunciacion: vale tanto *como tunal* en piedra. El tunal es un arbusto alto que produce cierta fruta fresca y agradable: en este arbusto se cria la cochinilla.

(2) Aunque Cortés se estiende mucho en describir la riqueza y suntuosidad de Méjico, nada dice del número de su poblacion; solamente afirma que aquella ciudad era tan grande como Sevilla y Córdoba, lo cual debe entenderse respecto

partida en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitacion de gente popular; y el otro *Méjico*, que por residir en él la corte y la nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion mejicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia; y los dos lagos que le formaban, se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento; y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima; no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra, donde se detenian : gruesa y salitrosa por aquel parage, pero de grande utilidad para la fábrica de la sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi de esta laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial hácia el Norte diez y nueve grados y trece minutos dentro aun de la Tórrida Zona, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra esperiencia cuán poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenia hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas

de su estension. Si en efecto contenia 60 mil familias como dice Solís, el número de habitantes subiria à 300 mil; y siendo muy diversa la distribucion de habitaciones de los indios de las que usamos en España, el perimetro de Méjico tendria que ser tres veces mayor que el de Sevilla y Córdoba, y aun mas, si se toma en cuenta la vasta estension que Cortés dá á los palacios, casas de recreo, plazas, templos, jardines, estanques, casas de fieras y aves que existian en la ciudad. Téngase presente ademas para formar juicio de los términos de comparacion de que suelen valerse Cortés y los historiadores, que segun éste, la plaza principal de Méjico era tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca. Respecto de la estension del señorío de Motezuma, *era ( segun el mismo ) tanto casi como España.*

La verdadera poblacion de Méjico no escedia de 60 mil almas segun Mr. Robertson, apoyándose para fijar ese número en un dato que no cita con bastante especificacion, pero que juzgamos muy cercano á la verdad.

principales : fábrica suntuosa que servia tanto al ornamento como á la necesidad : la una de dos leguas hácia la parte del Mediodia, por donde hicieron su entrada los españoles : la otra de una legua mirando al Septentrion ; y la otra poco menor por la porte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas : unas de agua con sus puentes para la comunicacion de los vecinos : otras de tierra sola hechas á la mano ; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes que navegaban por la ciudad ó servian al comercio, cuyo número toca en increible, pues dicen que tendria Méjico entonces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas que allí se llamaban *acales* (1), hechas de un tronco, y capaces de un hombre que remaba para sí.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad, eran de piedra y bien fabricadas ; las que ocupaba la gente popular humildes y desiguales ; pero unas y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen donde tenian sus mercados.

Era entre todas la de Tlatelulco de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del reino con lo mas precioso de sus frutos y manufacturas ; y solian concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas que apenas dejaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles cubiertos de algodon basto, capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el órden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas estraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles que salian así de la fundicion, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Habia tambien hileras de pintores, con raras ideas y paises de aquella interposicion de plumas que daba el colorido y animaba la figura ; en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodon y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros (2) y hechuras esquisitas de finísimo barro que

(1) Así se llamaban tambien en Cuba y Santo Domingo á las que nosotros llamamos canoas.

(2) Su nombre era *Comales*.

traian á vender, diverso en el color y en la fragancia de que labraban con primor estraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa, porque no usaban de oro ni de plata en sus bajillas: profusion que solo era permitida en la mesa real, y esto en dias muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Hacíanse las compras y ventas por via de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester; y el maiz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conocieron; pero tenian diferentes medidas con que distinguir las cantidades, y sus números ó caractéres con que ajustar los precios segun sus tasaciones.

Habia casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes, y otros ministros inferiores que andaban entre la gente cuidando de la igualdad de los contratos, y llevaban al tribunal las causas de fraude ó esceso que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros españoles la primera vista de este mercado por su abundancia, por su variedad, y por el órden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre: aparador verdaderamente maravilloso, en que se venian de una vez á los ojos la grandeza y el gobierno de aquella córte.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios; y el mayor, donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo *Viztcilipuztli* (1), que en su lengua significaba dios de la guerra, y le tenian por el supremo de sus dioses: primacía de que se infiere cuanto se preciaba de militar aquella nacion. El vulgo de los soldados españoles le llamaba *Huchilobos*, tropezando en la pronunciacion; y así le nombra Bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara: los que le vieron entonces tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiraron las líneas á la voluntad de su consideracion: seguimos al padre José de Acosta, y á otros autores de los mejor informados.

Su primera mansion era una gran plaza en cuadro con su muralla de silleria, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de

(1) Otros historiadores escriben *Huitzilopozthli*. Segun las tradiciones ese es el nombre del fundador del imperio mejicano ó Culuacan.

azutea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera : tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número (que no se puede referir sin escándalo) tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo : lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos, que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estátuas de piedra que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos; y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz que solian bailar en ella ocho y diez mil personas cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera : edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto que tenia ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con órden, y unidas con betunes blancos y rojos que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estátuas de mármol, que sustentaban (imitando bien la fuerza de los brazos) unos grandes candeleros de hechura estraordinaria; mas adelante una losa verde que se levantaba cinco palmos del suelo y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon; y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto y detrás de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el

pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra hondeada que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas que veneraban como traidas del cielo, y una rodela con cinco plumages blancos puestos en cruz, sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvaríos con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban *Tlaloch*, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas puestas sobre plumas de colores; y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apenas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de su mismo temor, sin conocer que enflaquecian el poder de los unos con lo que fiaban de los otros; y el demonio ensanchaba su dominio por instantes: violentísimo tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesion de tantos siglos. ¡ O permisiones inescrutables del Altísimo!

## CAPITULO XIV.

**Descríbense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerías, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.**

Demas del palacio principal que dejamos referido, y el que habitaban los españoles, tenia Motezuma diferentes casas de recreacion que adornaban la ciudad y engrandecian su persona. En una de ellas, edificio real, donde se vieron grandes corredores sobre columnas de jaspe, habia cuantos géneros de aves se crian en la Nueva España, dignas de alguna estimacion por la pluma ó por el canto, entre cuya diversidad se hallaron muchas estraordinarias, y no conocidas hasta entonces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre, y en otros de agua dulce las que se traian de rios ó lagunas. Dicen que habia pájaros de cinco y seis colores, y los pelaban á su tiempo dejándolos vivos, para que repitiesen á su dueño la utilidad de la pluma: género de mucho va-

lor entre los mejicanos, porque se aprovechaban de ella en sus telas, en sus pinturas y en todos sus adornos. Era tanto el número de las aves, y se ponia tanto cuidado en su conservacion, que se ocupaban en este ministerio mas de trescientos hombres diestros en el conocimiento de sus enfermedades, y obligados á suministrarles el cebo de que se alimentaban en su libertad.

Poco distante de esta casa tenia otra Motezuma de mayor grandeza y variedad, con habitacion capaz de su persona y familia, donde residian sus cazadores y se criaban las aves de rapiña, unas en jaulas de igual aliño y limpieza que solo servian á la observacion de los ojos, y otras en alcándaras obedientes al lazo de pihuela, y domesticadas para el ejercicio de la cetrería; cuyos primores alcanzaron sirviéndose de algunos pájaros de razas escelentes que se hallan en aquella tierra parecidos á los nuestros, y nada inferiores en la docilidad con que reconocen á su dueño, y en la resolucion con que se arrojan á la presa. Habia entre las aves que tenian encerradas muchas de rara fiereza y tamaño, que parecieron entonces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza esquisita y prodigiosa voracidad : no falta quien diga que una de ellas gastaba un carnero en cada comida : débanos el autor que no apoyemos con su nombre lo que á nuestro parecer creyó con facilidad.

En el segundo patio de la misma casa, estaban las fieras que presentaban á Motezuma ó prendian sus cazadores : en fuertes jaulas de madera, puestas con buena distribucion y debajo de cubierto, leones, tigres, osos, y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España; entre los cuales hizo mayor novedad el toro mejicano, rarísimo compuesto de varios animales, gibada y corva la espalda como el camello, enjuto el ijar, larga la cola, y guedejudo el cuello como el leon, hendido el pie y armada la frente como el toro, cuya ferocidad imita con igual destreza y ejecucion : anfiteatro que pareció á los españoles digno de príncipe grande, por ser tan antiguo en el mundo esto de significarse por las fieras la grandeza de los hombres.

En otra separacion de este palacio, dicen algunos de nuestros escritores, que se criaba con cebo cuotidiano una multitud horrible de animales ponzoñosos; y que anidaban en diferentes vasijas y cabernas las víboras, las culebras de cascabel, los escorpiones; y crece la ponderacion hasta encontrar con los cocodrilos; pero tambien afirman que no alcanzaron esta venenosa grandeza nuestros españoles, y que solo vieron el paraje donde se criaban, cuya limitacion nos basta para tocarlo como inverisímil; creyendo antes que lo entenderian así los indios, de cuya relacion se tomó la noticia; y que seria este uno de aquellos horrores que suele inventar el vulgo contra la fiereza de los tiranos, particularmente cuando sirve afligido y discurre atemorizado.

Sobre la mansion que ocupaban las fieras, habia un cuarto muy capaz donde habitaban los bufones, y otras sabandijas de palacio

que servian al entretenimiento del rey : en cuyo número se contaban los monstruos , los enanos, los corcobados, y otros errores de la naturaleza : cada género tenia su habitacion separada, y cada separacion sus maestros de habilidades, y sus personas diputadas para cuidar de su regalo; donde los servian con tanta puntualidad, que algunos padres, entre la gente pobre, desfiguraban á sus hijos para que lograsen esta conveniencia y enmendar su fortuna, dándoles el mérito en la deformidad.

No se conocia menos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaba su armería. Era la una para la fábrica, y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivian y trabajaban todos los maestros de esta facultad, distribuidos en diferentes oficinas segun sus ministerios : en una parte se adelgazaban las varas para las flechas : en otra se labraban los pedernales para las puntas; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenian su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes que llevaban á su modo la cuenta y razon de lo que se trabajaba. La otra casa, cuyo edificio tenia mayor representacion, servia de almacen, donde se recogian las armas despues de acabadas, cada género en pieza distinta, y de allí se repartian á los ejércitos y fronteras, segun la ocurrencia de las ocasiones. En lo alto se guardaban las armas de la persona real colgadas por las paredes con buena colocacion : en una pieza los arcos, flechas y aljabas con varios embutidos y labores de oro y pedrería : en otras las espadas y montantes de madera estraordinaria con sus filos de pedernal, y la misma riqueza en las empuñaduras : en otra los dardos, y así los demas géneros, tan adornados y resplandecientes, que daban que reparar hasta las hondas y las piedras. Habia diferentes hechuras de petos y celadas con láminas y follages de oro : muchas casacas de aquellos colchados que resistian á las flechas : hermosas invenciones de rodelas ó escudos, y un género de paveses ó adargas de pieles impenetrables que cubrian todo el cuerpo; y hasta la ocasion de pelear andaban arrolladas al hombro izquierdo : fue de admiracion á los españoles esta grande armería, que pareció tambien alhaja de príncipe, y príncipe guerrero, en que se acreditaban igualmente su opulencia y su inclinacion.

En todas estas casas tenian grandes jardines prolijamente cultivados. No gustaba de arboles frutíferos ni plantas comestibles en sus recreaciones; antes solia decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria ; pareciéndole mas propio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y yerbas medicinales que servian á los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer á sus jardines cuantos géneros produce la benignidad de aquella tierra, donde no aprendian los físicos, otra facultad que la noticia de sus nombres y el conocimiento de sus virtudes. Tenian yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componian sus

remedios y lograban admirables efectos, hijos de la esperiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban con la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos ó pedian los dolientes, y solian preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicinas ó persuadido á que cumplia con la obligacion del gobierno, cuidando así de la salud de sus vasallos.

En todos estos jardines y casas de recreacion habia muchas fuentes de agua dulce y saludable que traian de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducian en la ciudad; para cuya provision se dejaban algunas fuentes públicas, y se permitia, no sin tributo considerable, que los indios vendiesen por las calles la que podian conducir de otros manantiales. Creció mucho en tiempo de Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fue suya la obra del gran conducto por donde vienen á Méjico las aguas vivas que se descubrieron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hízose primero de su órden y traza un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinacion que pedia la corriente; y despues un paredon grueso con dos canales descubiertas de fuerte argamasa, de las cuales servia la una mientras que se limpiaba la otra: fábrica de grande utilidad, cuya invencion le dejó tan vanaglorioso, que mandó poner su efigie y la de su padre, no sin alguna semejanza, esculpidas en dos medallas de piedra, con ambicion de hacerse memorable, por aquel beneficio, de su ciudad.

Uno de los edificios que hizo mayor novedad entre las obras de Motezuma, fue la casa que llamaban de la tristeza, donde solia retirarse cuando se morian sus parientes, y en otras ocasiones de calamidad ó mal suceso que pidiese pública demostracion. Era de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos; y tenia un género de claraboyas ó ventanas pequeñas que daban penada la luz, ó permitian solamente la que bastaba para que se viese la obscuridad: formidable habitacion donde se detenia todo lo que tardaba en despedir sus quebrantos, y donde se le aparecia con mas facilidad el demonio; fuese por lo que ama los horrores el príncipe de las tinieblas, ó por la congruencia que tienen entre sí el espíritu maligno y el humor melancólico.

Fuera de la ciudad tenia grandes quintas y casas de recreacion, con muchas y copiosas fuentes que daban agua para los baños y estanques para la pesca; en cuya vecindad habia diferentes bosques para diferentes géneros de caza: ejercicio que frecuentaba y entendia, manejando con primor el arco y la flecha. Era la montería su principal divertimiento, solia muchas veces salir con sus nobles á un parque muy espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes con un foso de agua, donde le traian y encerraban las reses de los montes vecinos, entre las cuales solian venir algu-

nos tigres y leones. Habia gente señalada en Méjico y en otros lugares del contorno, que se adelantaba para estrechar, y conducir las fieras al sitio destinado, siguiendo casi en estas batidas el estilo de nuestros monteros. Tenian aquellos indios mejicanos grande osadía y ajilidad en perseguir y sujetar los animales mas feroces; y Motezuma gustaba mucho de mirar el combate de sus cazadores, y lograr algunos tiros que se aplaudian como aciertos de mayor importancia. Nunca se apeaba de sus andas si no es cuando se ponia en algun lugar eminente, y siempre con bastante circunvalacion de chuzos y flechas que asegurasen su persona; no porque le faltase valor ni dejase de aventajar á todos en la destreza, sino porque miraba como indigno de su majestad aquellos riesgos voluntarios; pareciéndole, y no sin conocimiento de su dignidad, que solo eran decentes para el rey los peligros de la guerra.

## CAPITULO XV.

**Dáse noticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio; del gasto de su mesa, de sus audiencias, y otras particularidades de su economía y divertimientos.**

Era correspondiente á la suntuosidad y soberbia de sus edificios el fausto de su casa, y los aparatos de que adornaba su persona para mantener la reverencia y el temor de sus vasallos; á cuyo fin inventó nuevas ceremonias y superfluidades, enmendando como defecto la humanidad con que se trataron hasta él los reyes mejicanos. Aumentó como dijimos, en los principios de su reinado el número, la calidad y el lucimiento de la familia real, componiéndola de gente noble, mas ó menos ilustre, segun los ministerios de su ocupacion: punto que resistieron entonces sus consejeros, representándole que no convenia desconsolar al pueblo con escluirle totalmente de su servicio; pero él ejecutó lo que le aconsejaba su vanidad, y era una de sus máximas que los príncipes debian favorecer desde lejos á la gente sin obligaciones, y considerar que no se hicieron los beneficios de la confianza para los ánimos plebeyos.

Tenia dos géneros de guardias: una de gente militar y tan numerosa, que ocupaba los patios y repartia diferentes escuadras á las puertas principales; y otra de caballeros cuya introduccion fue tambien de su tiempo: constaba de hasta doscientos hombres de calidad conocida; y estos entraban todos los dias en palacio con el mismo fin de guardar á la persona real y asistir á su cortejo. Estaba repartido por turnos con tiempo señalado este servicio de los nobles, y se iban mudando con tal disposicion, que comprendia toda la nobleza, no solo de la ciudad, sino del reino; y venian á cumplir con esta obligacion cuando les tocaba el turno desde las ciudades mas remotas. Era su asistencia en las antecámaras, donde comian de lo

que sobraba en la mesa del rey. Solia permitir que entrasen algunos en su cámara, mandándolos llamar: no tanto por favorecerlos, como para saber si asistian, y tenerlos á todos en cuidado. Jactábase de haber introducido este género de guardia, y no sin alguna política mas que vulgar; porque solia decir á sus ministros, que le servia de tener en algun ejercicio la obediencia de los nobles para enseñarlos á vivir dependientes, y de conocer los sugetos de su reino para emplearlos segun su capacidad.

Casaban los reyes mejicanos con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenia dos mugeres de esta calidad, con título de reinas, en cuartos separados de igual pompa y ostentacion. El número de sus concubinas era exorbitante y escandaloso; pues hallamos escrito, que habitaban dentro de su palacio mas de tres mil mugeres entre amas y criadas, y que venian al exámen de su antojo cuantas nacian con alguna hermosura en sus dominios; porque sus ministros y ejecutores las recogian á manera de tributo y vasallage, trátandose como importancia del reino la torpeza del rey.

Deshacíase de este género de mugeres con facilidad, poniéndolas en estado para que ocupasen otras su lugar; y hallaban maridos entre la gente de mayor calidad, porque salian ricas, y á su parecer condecoradas; tan lejos estaba de tener estimacion de virtud la honestidad en una religion donde no solo se permitian, pero se mandaban las violencias de la razon natural (1). Afectaba mucho el recogimiento de su casa, y tenia mugeres ancianas que atendiesen al decoro de sus concubinas sin permitir el menor desacierto en su proceder, no tanto porque le disonasen las indecencias, como porque le predominaban los celos; y este cuidado con que procuraba mantener el recato de su familia, que tiene por sí tanto de loable y puesto en razon, era en él segunda liviandad, y pundonor poco generoso que se formaba en la flaqueza de otra pasion.

Sus audiencias no eran fáciles ni frecuentes; pero duraban mucho, y se adornaba esta funcion de grande aparato y solemnidad. Asistian á ella los próceres que tenian entrada en su cuarto: seis ó siete consejeros cerca de la silla, por si ocurriese alguna materia digna de consulta; y diferentes secretarios que iban notando con aquellos símbolos que le servian de letras las resoluciones y decretos, cada uno segun su negociacion. Entraba descalzo el pretendiente y hacia tres reverencias sin levantar los ojos de la tierra, diciendo en la primera *Señor*, en la segunda *mi Señor*, y en la tercera *gran Señor*. Hablaba en acto de mayor humillacion, y se volvia despues á retirar por los mismos pasos, repitiendo sus reverencias sin volver las

(1) Es falso. Así en Nueva España como en el Perú se castigaban las cohabitaciones ilegítimas y hasta las tenidas entre personas libres. Habia ademas unos como monasterios ó conventos semejantes á los de nuestras monjas, en donde vivian mugeres que guardaban castidad y eran castigadas con pena de muerte si la quebrantaban. (Torquemada, lib. 5, cap. 19.—Oríg. de los indios, lib. 3, pág. 116.)

espaldas, y cuidando mucho de los ojos, porque habia ciertos ministros que castigaban luego los menores descuidos; y Motezuma era observantísimo en estas ceremonias : cuidado que no se debe culpar en los príncipes, por consistir en ellas una de las prerogativas que los diferencian de los otros hombres; y tener algo de sustancia en el respeto de los súbditos estas delicadezas de la majestad. Escuchaba con atencion, y respondia con severidad, midiendo al parecer la voz con el semblante. Si alguno se turbaba en el razonamiento, le procuraba cobrar, ó le señalaba uno de los ministros que le asistian para que le hablase con menos embarazo; y solia despacharle mejor, hallando en aquel miedo respectivo, lisonja y discrecion. Preciábase mucho del agrado y humanidad con que sufria las impertinencias de los pretendientes, y la desproporcion de las pretensiones; y á la verdad procuraba por aquel rato corregir los ímpetus de su condicion; pero no todas veces lo podia conseguir, porque cedia lo violento á lo natural, y la soberbia reprimida se parece poco á la benignidad.

Comia solo, y muchas veces en público; pero siempre con igual aparato. Cubríanse los aparadores ordinariamente con mas de doscientos platos de varios manjares á la condicion de su paladar; y algunos de ellos tan bien sazonados, que no solo agradaron entonces á los españoles, pero se han procurado imitar en España: que no hay tierra tan bárbara donde no se precie de ingenioso en sus desórdenes el apetito.

Antes de sentarse á comer registraba los platos, saliendo á reconocer las diferencias de regalos que contenian; y satisfecha la gula de los ojos, elegia los que mas le agradaban, y se repartian los demas entre los caballeros de su guardia : siendo esta profusion cuotidiana una pequeña parte del gasto que se hacia de ordinario en sus cocinas, porque comian á su costa cuantos habitaban en palacio, y cuantos acudian á él por obligacion de su oficio. La mesa era grande, pero baja de pies, y el asiento un taburete proporcionado. Los manteles de blanco y sutil algodon, y las servilletas de lo mismo, algo prolongadas. Atajábase la pieza por la mitad con una baranda ó biombo, que sin impedir la vista, señalaba término al concurso y apartaba la familia. Quedaban dentro cerca de la mesa tres ó cuatro ministros ancianos de los mas favorecidos, y cerca de la baranda uno de los criados mayores que alcanzaba los platos. Salian luego hasta veinte mugeres vistosamente ataviadas que servian la vianda, y ministraban la copa con el mismo género de reverencias que usaban en sus templos. Los platos eran de barro muy fino y solo servian una vez, como los manteles y servilletas que se repartian luego entre los criados. Los vasos de oro sobre salvas de lo mismo; y algunas veces solia beber en cocos ó conchas naturales costosamente guarnecidas. Tenian siempre á la mano diferentes géneros de bebidas, y él señalaba las que apetecia; unas con olor, otras de yerbas saludables, y algunas confecciones de menos honesta cali-

dad. Usaba con moderacion de los vinos, ó mejor diríamos cerbezas que hacian aquellos indios, liquidando los granos del maiz por infusion y cocimiento: bebida que turbaba la cabeza como el vino mas robusto. Al acabar de comer tomaba ordinariamente un género de chocolate á su modo, en que iba la substancia del cacao, batida con el molinillo, hasta llenar la jícara de mas espuma que licor; y despues el humo del tabaco suavizado con liquidámbar; vicio que llamaban medicina, y en ellos tuvo algo de supersticion, por ser el zumo de esta yerba uno de los ingredientes con que se dementaban y enfurecian los sacerdotes siempre que necesitaban de perder el entendimiento para entender al demonio.

Asistian ordinariamente á la comida tres ó cuatro juglares de los que mas sobresalian en el número de sus sabandijas; y estos procuraban entretenerle, poniendo como suelen su felicidad, en la risa de los otros, y vistiendo las mas veces en trage de gracia la falta de respeto. Solia decir Motezuma que los permitia cerca de su persona porque le decian algunas verdades: poco las apeteceria quien las buscaba en ellos, ó tendria por verdades las lisonjas: sentencia que se pondera entre sus discreciones; pero mas reparamos en que llegase á conocer, hasta un príncipe bárbaro, la culpa de admitirlos, pues buscaba colores con que honestarlo.

Despues del rato del sosiego solian entrar sus músicos á divertirle; y al son de flautas y caracoles, cuya desigualdad de sonidos concertaban con algun género de consonancia, le cantaban diferentes composiciones en varios metros que tenian su número y cadencia, variando los tonos con alguna modulacion buscada en la voluntad de su oido. El ordinario asunto de sus canciones eran los acaecimientos de sus mayores, y los hechos memorables de sus reyes; y estas se cantaban en los templos, y enseñaban á los niños para que no olvidasen las hazañas de su nacion: haciendo el oficio de la historia con todos aquellos que no entendian las pinturas y geroglíficos de sus anales. Tenian tambien sus cantilenas alegres, de que usaban en sus bailes con estribillos y repeticiones de música mas bulliciosa; y eran tan inclinados á este género de regocijos, y á otros espectáculos en que mostraban sus habilidades, que casi todas las tardes habia fiestas públicas en alguno de los barrios, unas veces de la nobleza, y otras de la gente popular: y en aquella sazon fueron mas frecuentes y de mayor solemnidad por el agasajo de los españoles; fomentándolas y asistiéndolas Motezuma contra el estilo de su austeridad, como quien deseaba con algun género de ambicion que se contasen los ejercicios de la ociosidad entre las grandezas de su corte.

La mas señalada entre sus fiestas era un género de danzas que llaman «mitotes:» componíanse de innumerable muchedumbre; unos vistosamente adornados, y otros en trages y figuras estraordinarias. Entraban en ellas los nobles, mezclándose con los plebeyos en honor de la festividad, y tenian ejemplar de haber entrado sus

reyes. Hacian el son dos atabales de madera cóncava, desiguales en el tamaño y en el sonido; bajo y tiple, unidos y templados no sin alguna conformidad. Entraban de dos en dos haciendo sus mudanzas, y despues formaban corro, hiriendo todos á un tiempo la tierra y el aire con los pies sin perder el compás. Cansado un corro, sucedia otro con diferentes saltos y movimientos, imitando los tripudios y coreas que celebró la antigüedad; y algunas veces se mezclaban todos en alegre inquietud, hasta que mediando los brindis, y venciendo la embriaguez, de que se hacia gala en estos dias, cesaba la fiesta, ó se convertia en otra locura menos ordenada.

Juntábase otras veces el pueblo en las plazas ó en los átrios de sus templos á diferentes espectáculos y juegos. Habia desafíos de tirar al blanco y hacer otras destrezas admirables con el arco y la flecha. Usaban de la carrera y la lucha con sus apuestas particulares y premios públicos para el vencedor. Tenian hombres agilísimos que bailaban sin equilibrio en la maroma; y otros que hacian mudanzas y vueltas, con segundo bailarin sobre los hombros. Jugaban tambien á la pelota igual número de competidores, con un género de goma que levantaba mucho los botes, y la traian largo rato en el aire, hasta que ganaban la raya los que daban con ella en el término contrapuesto: victoria que se disputaba con tanta solemnidad, que venian los sacerdotes con el dios de la pelota (ridícula supersticion!), y colocándole á la vista, conjuraban el trinquete con ciertas ceremonias, que á su parecer dejaban corregidos los azares del juego, igualando la fortuna de los jugadores.

Raros eran los dias en que no hubiese alguna fiesta que alegrase la ciudad; y Motezuma gustaba de que se frecuentasen los bailes y los regocijos, no porque fuesen de su genio, ni dejase de conocer los inconvenientes que se perdonan ó se disimulan en estos bullicios de la plebe, sino porque hallaba conveniencia en traer divertidos aquellos ánimos inquietos, de cuya fidelidad vivia receloso: propia cavilacion de príncipe tirano, dejar al pueblo estos incitamentos de los vicios para que no discurra en lo que padece; y mayor servidumbre de la tiranía, necesitar de indignas permisiones para introducir la servidumbre con especie de libertad.

## CAPITULO XVI.

**Dáse noticia de las grandes riquezas de Motezuma, del estilo con que se administraba la hacienda y se cuidaba de la justicia, con otras particularidades del gobierno político y militar de los mejicanos.**

Era príncipe tan rico Motezuma, que no solo podia sustentar los gastos y delicias de su corte; pero mantenia continuamente dos ó tres ejércitos en campaña para sujetar sus rebeldes ó cubrir sus fronteras; y sobraba caudal opulento de que se formaban sus te-

soros. Daban grande utilidad á la corona las minas de ora y plata, las salinas y otros derechos de antigua introduccion; pero el mayor capital de las rentas reales se componia de las contribuciones de los vasallos; cuya imposicion creció con exorbitancia en tiempo de Motezuma. Todos los hombres llanos de aquel vasto y populoso dominio pagaban de tres uno al rey de sus labranzas y grangerías: los oficiales debian el tercio de las manufacturas; los pobres conducian sin estipendio los géneros que se remitian á la corte, ó reconocian el vasallage con otro servicio personal.

Andaban por el reino diferentes audiencias que con el auxilio de las justicias ordinarias iban cobrando y remitiendo los tributos. Dependian estos ministros del tribunal de hacienda que residia en la corte; obligados á dar cuenta por menor de lo que producian sus distritos, y se castigaban con pena de la vida sus fraudes ó sus descuidos, de que resultaba mayor violencia en las cobranzas, porque se miraban como igual delito en el ejecutor la piedad y el latrocinio.

Eran grandes los clamores de los pueblos, y no los ignoraba Motezuma; pero solia poner entre los primores de su gobierno la opresion de sus vasallos: diciendo muchas veces que conocia su mala inclinacion, y que necesitaban de aquella carga para su misma quietud, porque no los pudiera sujetar si los dejara enriquecer: grande hambre de buscar pretestos y colores que hiciesen el oficio de la razon. Los lugares vecinos á la ciudad daban gente para las obras reales, proveian de leña el palacio, y pagaban otras pensiones á costa de sus comunidades.

Los nobles contribuian con asistir á las guardias, acudian con sus vasallos á los ejércitos, y hacian contínuos presentes al rey, que se recibian como dádivas, sin perder el nombre de obligacion. Habia diferentes depositarios y tesoreros donde paraban los géneros que procedian de las contribuciones, y el tribunal de hacienda libraba en ellos todo lo necesario para el gasto de las casas reales y provisiones de la guerra; y cuidaba de que se fuese beneficiando lo que sobraba para guardarlo en el tesoro principal, reducido á géneros durables, y particularmente á piezas de oro, cuyo valor conocian y estimaban sin que la copia llegase á envilecerle, antes le apetecian y guardaban los poderosos, ó bien fuese por la nobleza y hermosura del metal, ó porque nació destinado á la codicia mas que á la necesidad de los hombres.

Tenian los mejicanos dispuesto y organizado su gobierno con notable concierto y armonía (1). Demas del consejo de hacienda que corria, como hemos dicho, con las dependencias del patrimonio real, habia consejo de justicia, donde venian las apelaciones de

(1) Un gobierno, organizado en los términos que dice el autor, supone la existencia de leyes tradicionales ó escritas: si no las hubo del segundo modo porque carecian de escritura, las habria del primero; y el conocimiento de semejantes códigos es muy importante en la historia; por esa razon no debió omitirlos Solís.

los tribunales inferiores : consejo de guerra , donde se cuidaba de la informacion y asistencia de los ejércitos ; y consejo de estado, que se hacia las mas veces en presencia del rey, donde se trataban los negocios de mayor peso. Habia tambien jueces del comercio y del abasto, y otro género de ministros, como alcaldes de corte, que rondaban la ciudad y perseguian los delincuentes. Traian sus varas ellos y sus alguaciles para ser conocidos por la insignia del oficio, y tenian su tribunal donde se juntaban á oir las partes, y determinar los pleitos en primera instancia. Los juicios eran sumarios y verbales : el actor y el reo comparecian con su razon y sus testigos, y el pleito se acababa de una vez, durando poco mas si era materia de recurso á tribunal superior. No tenian leyes escritas, pero se gobernaban por el estilo de sus mayores, supliendo la costumbre por la ley, siempre que la voluntad del príncipe no alteraba la costumbre. Todos estos consejos se componian de personas esperimentadas en los cargos de la paz y de la guerra ; y el de estado, superior á todos los demas, se formaba de los electores del imperio, á cuya dignidad ascendian los príncipes ancianos de la sangre real, y cuando se ofrecia materia de mucha consideracion, eran llamados al consejo los reyes de Tezcuco y Tacuba, principales electores, á quien tocaba por sucesion esta prerogativa. Los cuatro primeros vivian en palacio, y andaban siempre cerca del rey para darle su parecer en lo que se ofrecia y autorizar con el pueblo sus resoluciones.

Cuidaban del premio y del castigo con igual atencion. Eran delitos capitales el homicidio, el hurto, el adulterio y cualquier leve desacato contra el rey ó contra la religion. Las demas culpas se perdonaban con facilidad, porque la misma religion desarmaba la justicia permitiendo las iniquidades. Castigábase tambien con pena de la vida la falta de integridad en los ministros, sin que se diese culpa venial en los que servian oficio público; y Motezuma puso en mayor observancia esta costumbre haciendo esquisitas diligencias para saber cómo procedian, hasta examinar su desinterés con algunos regalos ofrecidos por mano de sus confidentes : y el que faltaba en algo á su obligacion, moria por ello irremisiblemente : severidad que merecia príncipe menos bárbaro, y república mejor acostumbrada ; pero no se puede negar á los mejicanos que tuvieron algunas virtudes morales, y particularmente la de procurar que se administrase con rectitud aquel género de justicia que llegaron á conocer, bastante á deshacer los agravios, y á mantener la sociedad entre los suyos, porque no dejaban de conservar entre sus abusos y bestialidades, algunas luces de aquella primitiva equidad que dió á los hombres la naturaleza cuando faltaban las leyes, porque se ignoraban los delitos.

Una de las atenciones mas notables de su gobierno era el cuidado con que se trataba la educacion de los muchachos, y el desvelo con que iban formando y reconociendo sus inclinaciones. Tenian escuelas públicas para la enseñanza de la gente popular, y otros co-

legios ó seminarios de mayor providencia y aparato, donde se criaban los hijos de los nobles, perseverando en ellos desde la tierna edad hasta que salian capaces de hacer su fortuna ó seguir su inclinacion. Habia maestros de niñez, adolescencia y juventud que tenian autoridad y estimacion de ministros, y no sin fundamento, pues cuidaban de aquellos rudimentos y ejercicios que aprovechaban despues á la república. Allí los enseñaban á descifrar los caractéres y figuras de que se componian sus escritos, y los hacian tomar de memoria las canciones historiales, en que se contenian los hechos de sus mayores y las alabanzas de sus dioses. Pasaban despues á otra clase donde se aprendia la modestia y la cortesía, y dicen que hasta la compostura en el andar. Eran de mayor suposicion estos segundos preceptores, porque tenian á su cargo las costumbres de aquella edad en que se dejan corregir los defectos y quebrantar las pasiones.

Despiertos ya y crecidos en este género de sujecion y enseñanza, pasaban á la tercera clase, donde se habilitaban en ejercicios mas robustos, probaban las fuerzas en el peso y la lucha, competian unos con otros en el salto y la carrera, y se enseñaban á manejar las armas, esgrimir el montante, despedir el dardo, y dar impulso y certidumbre á la flecha: hacíanlos sufrir la hambre y la sed; y tenian sus ratos de resistir á las inclemencias del tiempo hasta que volvian hábiles y endurecidos á la casa de sus padres, para ser aplicados, segun la noticia que daban los maestros de sus inclinaciones, al gobierno político, al ejercicio militar ó al sacerdocio: tres caminos en que podia elegir la gente noble, poco diferentes en la estimacion, aunque precedia el de la guerra por ser mayores sus ascensos.

Habia tambien otros colegios de matronas dedicadas al culto de los templos, donde se criaban las doncellas de calidad, guardando clausura, y entregadas á sus maestras desde la niñez hasta que salian á tomar estado con aprobacion de sus padres y licencia del rey, diestras ya en aquellas habilidades y labores que daban opinion á las mugeres.

Los hijos de la gente noble que al salir de los seminarios se inclinaban á la guerra, pasaban por otro exámen digno de consideracion, porque sus padres los enviaban á los ejércitos para que viesen lo que se padecia en la campaña, ó supiesen lo que intentaban antes de alistarse por soldados; y solian enviarlos entre los tamenes vulgares, con su carga de bastimentos al hombro para que perdiesen la vanidad y fuesen enseñados al trabajo.

No se admitian á la profesion los que mudaban el semblante al horror de las batallas, ó no daban alguna esperiencia de su valor; de que resultaba el ser de mucho servicio estos visoños en el tiempo de su aprobacion, porque todos procuraban señalarse con algun hecho particular, arrojándose á los mayores peligros, y conociendo al parecer que para entrar en el número de los valientes era necesario dar algo de temeridad á los principios de la fama.

En nada pusieron tanto su felicidad los mejicanos como en las cosas de la guerra : profesion que miraban los reyes como principal instituto de su poder, y los súbditos como propia de su nacion. Subian por ella los plebeyos á nobles y los nobles á las mayores ocupaciones de la monarquía, con que se animaban todos á servir, ó por lo menos aspiraban á la virtud militar cuantos nacian con ambicion, ó tenian espíritu para salir de su esfera. No habia lugar sin milicia determinada, con preeminencias que diferenciaban al soldado entre los demas vecinos. Formábanse los ejércitos con facilidad, porque los príncipes del reino y los caciques de las provincias tenian obligacion de acudir á la plaza de armas que se les señalaba, con el número de gente que se les repartia; y se pondera entre las grandezas de aquel imperio, que llegó á tener Motezuma treinta vasallos tan poderosos, que podia cado uno poner en campaña cien mil hombres armados (1). Gobernaban estos la gente de su cargo en la ocasion, dependientes del capitan general á quien obedecian, reconociendo en él la representacion de su rey cuando faltaba su persona del ejército, que sucedià pocas veces; porque aquellos príncipes tenian á desaire de su autoridad el apartarse de sus armas, hallando alguna monstruosidad política en aquella disonancia, que hacen fuerzas propias en ageno brazo.

Su modo de pelear era el mismo que dejamos referido en la batalla de Tabasco: mejor disciplinados los ejércitos, menos confusa la obediencia de los soldados, mas nobleza y mayores esperanzas. Deshacíanse brevemente de las armas arrojadizas para llegar á las espadas, y muchas veces á los brazos, por ser entre aquella gente mayor hazaña el cautiverio que la muerte del enemigo, y mas valeroso el que daba mas prisioneros para los sacrificios. Tenian estimacion y conveniencia los cargos militares, y Motezuma premiaba con liberalidad á los que sobresalian en las batallas : tan inclinado á la milicia, y tan atento á la reputacion de sus armas, que inventó premios honoríficos para los nobles que servian en la guerra, instituyendo cierto género de órdenes militares, con sus hábitos ó insignias, que daban honra y distincion. Habia unos caballeros que llamaban de las águilas, otros de los tigres, y otros de los leones, que llevaban pendiente ó pintada en los mantos la empresa de su religion. Fundó tambien otra caballería superior, á que solo eran admitidos los príncipes ó nobles de alcuña real; y para darla mayor estimacion tomó el hábito y se hizo alistar en ella. Traian estos atada parte del cabello con una cinta roja, y entre las plumas de que adornaban la cabeza, unas borlas del mismo color que pendian sobre las espaldas, mas ó menos, segun las hazañas del caballero,

(1) Esto es tres millones en todos, sin contar los caciques menos poderosos que eran en crecido número. Admirable es la facilidad con que los historiadores admiten semejantes hipérboles. El ejército de Jerjes, el mas numeroso de que hacen mencion las historias, solo subia á un millon y setecientos mil combatientes.

las cuales se contaban por el número de las borlas, y se aumentaban con nueva solemnidad como ibán creciendo los hechos memorables de la guerra: con que habia dentro de la misma dignidad algo mas que merecer.

Debemos alabar á los mejicanos la generosidad con que anhelaban á semejantes pundonores, y en Motezuma el haber inventado en su república estos premios honoríficos; que siendo la moneda mas fácil de batir, tienen el primer lugar en los tesoros del rey.

## CAPITULO XVII.

**Dáse noticia del estilo con que se median y computaban en aquella tierra los meses y los años; de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbres dignas de consideracion.**

Tenian los mejicanos dispuesto y regulado su calendario con notable observacion (1). Gobernábanse por el movimiento del sol, y midiendo sus alturas y declinaciones para entenderse con el tiempo, daban al año trescientos sesenta y cinco dias como nosotros; pero le dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo número se componian los trescientos sesenta, y los cinco restantes eran como dias intercalares, que se añadian al fin del año para igualar el curso del sol. Mientras duraban estos cinco dias, que á su parecer dejaron advertidamente sus mayores como vacíos y fuera de cuenta, se daban á la ociosidad, y trataban solo de perder como podian aquellas sobras del tiempo. Dejaban el trabajo los oficiales, cerrábanse las tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitábanse unos á otros, y procuraban todos divertirse con varios entretenimientos, dando á entender que se prevenian con el descanso para entrar en los afanes y tareas del año siguiente, cuyo ingreso ponian en el principio de la primavera, discrepando del año solar, segun el cómputo de los astrólogos, en solos tres dias que venian á tomar de nuestro mes de febrero.

Tenian tambien sus semanas de á trece dias con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el calendario, y sus siglos que constaban de cuatro semanas de años, cuyo método y dibujo era de notable artificio, y se guardaba cuidadosamente para memoria de los sucesos. Formaban un círculo grande y le dividian en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado. En el centro pintaban una efigie del sol, y de sus rayos salian cuatro fajas de colores diferentes, que partian igualmente la circunferencia, de-

(1) El señor Boturini, curioso investigador de las antigüedades mejicanas, ha hallado que los indios tenian cuatro calendarios: uno natural, otro astronómico, otro cronológico, y otro ritual ó de sus festividades.

jando trece grados á cada semidiámetro, cuyas divisiones eran como signos de su zodiaco, donde tenia el siglo sus revoluciones, y el sol sus aspectos prósperos ó adversos, segun el color de la faja. Por defuera iban notando en otro círculo mayor, con sus figuras y caractéres, los acaecimientos del siglo, y cuantas novedades se ofrecian dignas de memoria; y estos mapas seculares eran como instrumentos públicos que servian á la comprobacion de sus historias. Puédese cotar entre las providencias de aquel gobierno el tener historiadores que mandasen á la posteridad los hechos de su nacion.

Habia su mezcla de supersticion en este cómputo de los siglos, porque tenian aprendido que peligraba la duracion del mundo siempre que terminaba el sol aquella carrera de las cuatro semanas mayores; y cuando llegaba el último dia de los cincuenta y dos años, se prevenian todos para la última calamidad. Despedíanse de la luz con lágrimas: disponíanse para morir sin enfermedad: rompian las vasijas de su menage como trastos inútiles: apagaban los fuegos, y andaban toda la noche como frenéticos, sin atreverse á descansar hasta saber si estaban de asiento en la region de las tinieblas. Pero al primer crepúsculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el Oriente, y en saliendo el sol le saludaban con todos sus instrumentos, cantándole diferentes himnos y canciones de alegría desconcertada: congratulábanse despues unos con otros, de que ya tenian segura la duracion del mundo por otro siglo; y acudian luego á los templos á congratularse con sus dioses y á recibir la nueva lumbre de los sacerdotes, que se encendia delante de los altares con vehemente agitacion de leños combustibles. Preveníanse despues de todo lo necesario para empezar á vivir, y este dia se celebraba con públicos regocijos, llenándose la ciudad de bailes y otros ejercicios de agilidad, dedicados á la renovacion del tiempo, no de otra suerte que celebró Roma sus juegos seculares.

La coronacion de sus reyes tenia estraordinarios requisitos. Hecha la eleccion, como se ha dicho, quedaba el nuevo rey obligado á salir en campaña con las armas del imperio, y conseguir alguna victoria de sus enemigos, ó sujetar alguna provincia de las confinantes ó rebeldes, antes de coronarse ni ascender al trono real: costumbre digna de observacion, por cuyo medio creció tanto en pocos años aquella monarquía. Luego que se hallaba capaz del dominio con la recomendacion de victorioso, volvia triunfante á la ciudad, y se hacia público recibimiento de grande ostentacion. Acompañábanle todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo del dios de la guerra, donde se apeaba de sus andas, y hechos los sacrificios de aquella funcion, le ponian los príncipes electores la vestidura y manto real, le armaban la mano diestra con un estoque de oro y pedernal, insignia de la justicia; la siniestra con el arco y flechas que significaban la potestad ó el arbitrio de la guerra, y el rey de Tezcuco le ponia la corona, prerogativa de primer elector.

Oraba despues largo rato uno de los magistrados mas elocuentes, dándole por todo el imperio la enhorabuena de aquella dignidad, y algunos documentos en que le representaba los cuidados y desvelos que traia consigo la corona: lo que debia mirar por el bien público de sus reinos; y le ponia delante la imitacion de sus antecesores. Acabada esta oracion, se acercaba con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacia un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendria la religion de sus mayores: que observaria las leyes y fueros del imperio: que trataria con benignidad á sus vasallos, y que mientras él reinase andarian concertadas las lluvias: que no habria inundaciones en los rios, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol: notable pacto entre rey y vasallos, de que se rie Justo Lipsio: y pudiéramos decir que le querian obligar con este juramento á que reinase con tal moderacion que no mereciese por su parte las iras del cielo; no sin algun conocimiento de que suelen caer sobre los súbditos estos castigos y calamidades públicas por los pecados y exòrbitancias de los reyes.

En los demas ritos y costumbres de aquella nacion tocaremos solamente lo que fuere digno de historia, dejando las supersticiones, indecencias y obscenidades que manchan la narracion por mas que se digan sin ofensa de la verdad. Siendo tanta, como se ha referido, la muchedumbre de sus dioses, y tan obscura la ceguedad de su idolatría, no dejaban de conocer una deidad superior, á quien atribuian la creacion del cielo y de la tierra; y este principio de las cosas era entre los mejicanos un dios sin nombre (1), porque no tenian en su lengua voz con que significarle; solo daban á entender que le conocian mirando al cielo con veneracion, y dándole á su modo el atributo de inefable con aquel género de religiosa incertidumbre que veneraron los atenienses al dios no conocido. Pero esta noticia de la primera causa, que al parecer habia de facilitar su desengaño, sirvió poco en aquella ocasion, porque no se hallaba camino de reducirlos á que pudiese gobernar todo el mundo sin necesitar de otras manos aquella misma deidad, que segun su inteligencia tuvo poder para criarle; y estaban persuadidos á que no hubo dioses de esotra parte del cielo hasta que multiplicándose los hombres empezaron sus calamidades; considerando los dioses como unos genios favorables que se producian cuando era necesaria su operacion, sin hacerles disonancia que adquiriesen el ser y la divinidad en las miserias de la naturaleza (2).

(1) No carecia de nombre pues que le llamaban *Teutle ó Teutzin*, que quiere decir Dios: esto es, daban á aquella palabra el valor y significacion que nosotros damos á esta, aunque bajo diversos principios y no con la misma estension. El mismo Solís dice en otra parte que á los españoles los llamaban *teules* ó dioses.

(2) La religion mejicana no era un simple culto de adoracion como en los pueblos salvages; sino antes bien un sistema completo de dogmas y de preceptos. Unos y

Creian en la inmortalidad del alma, y daban premio y castigo en la eternidad: mal entendido el mérito y la culpa, y obscurecida esta verdad con otros errores, sobre cuyo presupuesto enterraban con los difuntos cantidad de oro y plata para los gastos del viage que consideraban largo y trabajoso. Mataban algunos de sus criados para que los acompañasen, y era fineza ordinaria en las mugeres propias celebrar con su muerte las exequias del marido. Los príncipes necesitaban de gran sepultura, porque se llevaban tras sí la mayor parte de sus riquezas y familia; uno y otro correspondiente á su grandeza, llenos los oficios de la casa, y algunos lisongeros que padecian el engaño de su misma profesion. Los cuerpos se llevaban á los templos con solemnidad y acompañamiento, donde los salian á recibir aquellos que llamaban sacerdotes, con sus braserillos de copal, cantando al son de flautas roncas y destempladas, diferentes himnos y versos fúnebres en tono melancólico. Levantaban repetidas veces en alto el ataud mientras duraba el sacrificio voluntario de aquellos miserables, que introducian en el alma la servidumbre; funcion de notable variedad, compuesta de abusiones ridículas y atrocidades lastimosas.

Sus matrimonios tenian su forma de contrato, y sus ceremonias de religion. Hechos los tratados, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la muger y con otra el manto del marido, y los añudaba por los estremos, significando el vínculo interior de las dos voluntade s Con este género de yugo nupcial volvian á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde (imitando la supersticion de los dioses Lares) entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas á él siguiendo al sacerdote; con cuya diligencia y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio. Haciáse memoria, con instrumento público, de los bienes dotales que llevaba la muger; y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse: lo cual sucedia muchas veces, y se tenia por bastante causa para el divorcio que se conformasen los dos: pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocian. Quedábase con las hijas la muger, llevándose los hijos el marido, y una vez disuelto el matrimonio tenian pena de la vida irremisible si se volvian á juntar; siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro de la reincidencia. Celaban como punto de honra la honestidad y el recato de las mugeres propias, y entre aquella desordenada licencia con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecia y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad como por sus inconvenientes.

**otros debió darnos á conocer Solís para juzgar del sistema moral y religioso de aquellos pueblos.**

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recien nacidos, los sacerdotes los recibian con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacian. Aplicábanles, si eran nobles, á la mano derecha una espada y al brazo izquierdo un escudo que tenian para este ministerio. Si eran plebeyos hacian la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos; y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el uso: manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino. Hecha esta primera ceremonia los llevaban cerca del altar, y con espinas de maguey ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generacion; y despues les echaban agua, ó los bañaban con otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncision, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias, y hasta los mismos sacramentos de la religion católica; pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesion de los pecados, dándoles á entender que se ponian con ella en gracia de sus dioses, y un género de comunion ridícula que ministraban los sacerdotes ciertos dias del año, repartiendo en pequeños bocados un ídolo de harina masada con miel, que llamaban dios de la penitencia. Ordenó tambien sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los sumos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitacion, fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demas ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razon y á la naturaleza: bestialidades, absurdos y locuras que parecieran incompatibles con las demas atenciones que se han notado en su gobierno, si no estuvieran llenas las historias de semejantes engaños de la humana capacidad en otras naciones que vivian mas dentro del mundo, igualmente ciegas en menor obscuridad. Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatría, y siglos antes los introdujo el demonio entre aquellas gentes, de quien vino hasta los israelitas el sacrificar sus hijos á las esculturas de Canam. El horror de comerse los hombres á los hombres se vió primero en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa entre sus antigüedades la Galacia, y en sus antropófagos la Scitia. Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicacion con el demonio en sus oráculos, y otros absurdos de igual abominacion, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que supieron discurrir y obrar con acierto en lo moral y político. Grecia y Roma desatinaron en la religion, y en lo demas dieron leyes al mundo y ejemplos á la posteridad: de que se conoce la corta jurisdiccion del entendimiento humano, que vuela poco sobre las noti-

cias que recibe de los sentidos y de las esperiencias, cuando falta en él aquella luz participada con que se descubre la esencia de la verdad. Era la religion de los mejicanos un compuesto abominable de todos los errores y atrocidades que recibió en diferentes partes la gentilidad; dejamos de referir por menor las circunstancias de sus festividades y sacrificios, sus ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso y con prolija repeticion en las historias de las Indias, y porque, á nuestro parecer, sobre ser materia en que se puede confesar el recelo de la pluma, es leccion poco necesaria, en que falta la dulzura y está lejos la utilidad.

## CAPITULO XVIII.

**Continúa Motezuma sus agasajos y dádivas á los españoles: llegan cartas de la Vera-Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante, y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.**

Observaban los españoles todas estas novedades, no sin grande admiracion, aunque procuraban reprimirla y disimularla; costándoles cuidado el apartarla del semblante por mantener la superioridad que afectaban entre aquellos indios. Los primeros dias se ocuparon en varios entretenimientos. Hicieron los mejicanos vistosa ostentacion de todas sus habilidades, con deseo de festejar á los forasteros, y no sin ambicion de parecer diestros en el manejo de sus armas y ágiles en los demas ejercicios. Motezuma fomentaba los espectáculos y regocijos, depuesta la magestad contra el estilo de su elevacion. Llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes: tratábale con un género de humanidad respetiva que parecia monstruosa en su natural, y daba nueva estimacion á los españoles entre los que le conocian. Frecuentábanse las visitas, unas veces Cortés en el palacio, y otras Motezuma en el alojamiento. No acababa de admirar las cosas de España considerándola como parte del cielo; y hacia tan alto concepto de su rey, que no pensaba tanto de sus dioses. Procuraba siempre ganar las voluntades repartiendo alhajas y joyas entre los capitanes y soldados, no sin discrecion y conocimiento de los sugetos, porque hacia mayor agasajo á los de mayor suposicion, y sabia proporcionar la dádiva con la importancia del agradecimiento. Los nobles, á imitacion de su príncipe, deseaban obligar á todos con un género de obsequio que tocaba en obediencia. El pueblo doblaba las rodillas al menor de los soldados. Gozábase de un sosiego divertido, mucho que ver y nada que recelar. Pero tardó poco en volver á su ejercicio el cuidado, porque llegaron á este tiempo dos soldados tlascaltecas que vinieron á la ciudad por caminos desusados, desmentida su nacion con el trage de los mejicanos, y buscando recatadamente á Cortés, le dieron una carta de la Vera-Cruz, que mudó el semblante de las cosas y obligó á discursos menos sosegados.

Juan de Escalante, que como dijimos quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, trataba de continuar sus fortificaciones, conservando los amigos que le dejó Cortés, y duró en esta quietud sin accidente de cuidado, hasta que recibió noticia de que andaba por aquellos parages un capitan general de Motezuma con ejército considerable, castigando algunos lugares de su confederacion porque habian retirado los tributos con el abrigo de los españoles. Llamábase Qualpopoca, y gobernaba la gente de guerra que residia en las fronteras de Zempoala; y habiendo convocado las milicias de su cargo hacia grandes estorsiones y violencias en aquellos pueblos, acompañando el rigor de los ejecutores con la licencia de los soldados: gente una y otra de insaciable codicia, que tratan el robo como negocio del rey.

Viniéronse á quejar los totonaques de la serranía, cuyas poblaciones andaba destruyendo entonces aquel ejército. Pidieron á Juan de Escalante que los amparase, tomando las armas en defensa de sus aliados, y ofrecieron asistir á la faccion con todo el resto de su gente. Procuró consolarlos tomando por suyo el agravio que padecian; y antes de llegar á los términos de la fuerza resolvió enviar sus mensageros al capitan general, pidiéndole amigablemente: « que suspendiese aquellas hostilidades hasta recibir nueva órden de su rey; » pues no era posible que se la hubiese dado por semejante novedad, cuando habia permitido que pasasen á su corte los embajadores del monarca oriental á introducir pláticas de paz y confederacion entre las dos coronas. » Ejecutaron este mensage dos zempoales de los mas ladinos que residian en la Vera-Cruz; y la respuesta fue atrevida y descortés: « que él sabia entender y ejecutar las órdenes de su rey; y si alguno intentase poner embarazo » en el castigo de aquellos rebeldes, sabria tambien defender en la » campaña su resolucion. »

No pudo Juan de Escalante disimular su enojo, ni debió negarse á este desafío hallándose á la vista de aquellos indios interesados en el suceso de los totonaques, iguales en el riesgo y asegurados en la misma proteccion; y habiéndose informado de que no pasaria de cuatro mil hombres el grueso del enemigo, juntó brevemente un ejército de hasta dos mil indios, la mayor parte de la serranía, que fugitivos ó irritados vinieron á ponerse á su sombra, con los cuales bien armados á su modo y con cuarenta españoles, dos arcabuces, tres ballestas y dos tiros de artillería que pudo sacar de la plaza, dejándola con bien moderada guarnicion, caminó la vuelta de aquellas poblaciones que le llamaban á su defensa. Tuvo Qualpopoca noticia de su marcha, y salió á recibirle con toda su gente puesta en órden cerca de un lugar pequeño que se llamó despues Almería (1). Diéronse vista los dos ejércitos poco despues de amanecer, y se acometieron ambos con igual resolucion; pero á breve rato cedieron

(1) Entre los indios *Nautecal.*

los mejicanos, y empezaron á retirarse puestos en desórden. Sucedió al mismo tiempo que los totonaques de nuestra faccion, ó por no ser soldados, ó por la costumbre que tenian de temer á los mejicanos, se cayeron de ánimo y se fueron quedando atrás, hasta que últimamente se pusieron en fuga, sin que la fuerza ni el ejemplo bastase á detenerlos: raro accidente, que se debe notar entre las monstruosidades de la guerra huir los vencedores de los vencidos. Iba el enemigo tan atemorizado y tan cuidadoso de la propia salud, que no reparó en la diminucion de nuestra gente, y solo trató de retirarse desordenadamente á la poblacion vecina, donde se acercó Juan de Escalante con poco mas que sus cuarenta españoles; y mandando poner fuego al lugar por diferentes partes, acometió al mismo tiempo que tomó cuerpo la llama, con tanta resolucion, que sin dejarles lugar para que pudiesen discurrir en su flaqueza, los rompió y desalojó enteramente, obligándolos á que volviesen las espaldas y se derramasen á los bosques. Dijeron despues aquellos indios haber visto en el aire una señora como la que adoraban los forasteros por madre de su Dios, que los deslumbraba y entorpecia para que no pudiesen pelear. No se manifestó á los españoles este milagro; pero el suceso le hizo creible, y ya estaban todos enseñados á partir con el cielo sus hazañas.

Fue muy señalada esta victoria, pero igualmente costosa; porque Juan de Escalante quedó herido mortalmente con otros siete soldados, de los cuales se llevaron los indios á Juan de Argüello, natural de Leon, hombre muy corpulento y de grandes fuerzas, que cayó peleando valerosamente á tiempo que no pudo ser socorrido, y los demas murieron de las heridas en la Vera-Cruz dentro de tres dias.

De cuya pérdida, con todas sus circunstancias, daba cuenta el ayuntamiento en aquella carta para que se nombrase sucesor á Juan de Escalante, y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Leyóla Cortés con el desconsuelo que pedia semejante novedad. Comunicó el caso á sus capitanes; y sin ponderar entonces sus consecuencias ni manifestarles todo su cuidado, les pidió que discurriesen la materia y se la dejasen discurrir, encomendando á Dios la resolucion que se hubiese de tomar, lo cual encargó muy particularmente al padre fray Bartolomé de Olmedo y á todos el secreto, porque no corriese la voz entre los soldados, y en negocio de tanta importancia se diese lugar á dictámenes vulgares.

Retiróse despues á su aposento, y dejó correr la consideracion por todos los inconvenientes que podian resultar de aquella desgracia. Entraba y salia con dudosa eleccion en los caminos que le ofrecia su discurso; cuya viveza misma le fatigaba, dándole á un tiempo los remedios y las dificultades. Dicen que se anduvo paseando gran parte de la noche, y que descubrió entonces una pieza recien tabicada, en que tenia Motezuma las riquezas de su padre, y aquí las refieren por menor; y que habiéndolas reconocido mandó cerrar el tabique, sin permitir que se tocase á ellas. No nos detengamos en

esta digresion de su cuidado, que no debió de ser larga, pues hizo lugar á otras diligencias para tomar punto fijo en la resolucion que andaba madurando.

Mandó llamar reservadamente á los indios mas capaces y confidentes de su ejército: preguntóles « si habian reconocido alguna » novedad en los ánimos de los mejicanos, y cómo corria entre » aquella gente la estimacion de los españoles. » Respondieron: « que » lo comun del pueblo estaba divertido con sus fiestas, y los vene- » raba por verlos aplaudidos de su rey; pero que los nobles anda- » ban ya pensativos y misteriosos, que se hablaban en secreto, y se » dejaba conocer el recato en sus corrillos. » Tenian observadas algunas medias palabras de sospechosa interpretacion, y una de ellas fue: « que seria fácil romper los puentes, » con otras de este género que juntas decian lo bastante para el recelo. Dos ó tres de aquellos indios habian oido decir que pocos dias antes trajeron de presente á Motezuma la cabeza de un español, y que la mandó esconder y retirar despues de haberla mirado con asombro, por ser muy fiera y desmesurada: señas que convenian con la de Juan de Argüello, y novedad que puso á Cortés en mayor cuidado por el indicio de que hubiese cooperado Motezuma en la faccion de su general (1).

(1) La muerte de Juan de Escalante sucedió, segun Herrera, antes de la primera entrada de Cortés en Méjico. Lo mismo se deja entender por la relacion de este, pues supone haber tenido lugar poco despues de su salida de Vera-Cruz. Respecto de Juan de Argüello y de la presentacion de su cabeza á Motezuma, nada dice Hernan Cortés. No es fácil por lo tanto averiguar por qué motivo hace Solís coincidir aquel suceso con la estancia de Cortés en Méjico, á menos de no ser con el objeto de acriminar la conducta de Motezuma, y dar mayor colorido de justicia á su prision. Pero si se reflexiona bien sobre el carácter tímido é irresoluto de ese príncipe, dificilmente se puede concebir que quien pudo disponer de inmensas fuerzas para detener las rápidas conquistas de los españoles, y careció de arrojo para aventurar siquiera una batalla, aunque no fuese mas que por propio decoro, se arriesgase, estando rodeado del ejército invasor, á dar órdenes atentatorias que pusieran en riesgo evidente su existencia. Mas fácil es de creer que esas órdenes fueron dadas desde luego cuando los españoles emprendieron su marcha á Méjico, y cuando podia Motezuma prometerse distraer la atencion y las fuerzas de Cortés á otros puntos en donde podia hallar tenaz resistencia.

No era menester, pues, que para autorizar la prision de Motezuma, hiciese Solís coincidir con ella la traicion de Qualpopoca y muerte de Escalante. El mismo Hernan Cortés nos esplica el verdadero secreto de su política, y ciertamente son muy notables sus palabras no tan solo por descubrir en ellas su reflexiva prudencia, sino tambien el valor y audacia de que le dotó el cielo. Así dice en su relacion á Cárlos V: « Pasados, invictísimo Príncipe, seis dias despues, que en la gran » ciudad de Temixtitan entré, é habiendo visto algunas cosas de ella, aunque » pocas, segun las que hay que ver y notar; por aquellas me pareció, y aun por lo » que de la tierra habia visto, que convenia al real servicio, y á nuestra seguridad, » que aquel señor (Motezuma) estuviese en mi poder, y no en toda su libertad, » porque no mudase el propósito, y voluntad que mostraba en servir á Vuestra » Alteza, mayormente, que los Españoles somos algo incomportables é importunos, » é porque enojándose nos podria hacer mucho daño, y tanto que no oviese me- » moria de nosotros, segun su gran poder: é tambien, porque teniéndole conmigo, » todas las otras tierras, que á él eran súbditas, venian mas ayna al conocimiento

Con estas noticias, y lo que llevaba discurrido en ellas, se encerró al amanecer con sus capitanes y con algunos de los soldados principales que solian concurrir á las juntas por su calidad ó entendimiento. Propúsoles el caso con todas sus circunstancias; refirió lo que le habian advertido aquella noche los indios confidentes: ponderó sin desaliento las contingencias de que se hallaban amenazados: tocó con espíritu las dificultades que podrian ocurrir; y sin manifestar la inclinacion de su dictámen, calló para que hablasen los demas. Hubo diversos pareceres: unos querian que se pidiese pasaporte á Motezuma, y se acudiese luego al riesgo de la Vera-Cruz: otros dificultaban la retirada, y se inclinaban á salir ocultamente sin dejarse olvidadas las riquezas que habian adquirido: los mas fueron de sentir que convenia perseverar sin darse por entendidos del suceso de la Vera-Cruz hasta sacar algunos partidos para retirarse. Pero Hernan Cortés, recogiendo lo que venia discurrido, y alabando el celo con que deseaban todos el acierto, dijo: « que no » se conformaba con el medio propuesto de pedir pasaporte á Mo» tezuma, porque habiéndose abierto el camino con las armas para » entrar en su corte á pesar de su repugnancia, caerian mucho del » concepto en que los tenia, si llegase á entender que necesitaban » de su favor para retirarse: que si estaba de mal ánimo podia con» cederles el pasaporte para deshacerlos en la retirada; y si le ne» gase quedaban obligados á salir contra su voluntad, entrando en » el peligro descubierta la flaqueza. Que le agradaba menos la reso» lucion de salir ocultamente, porque seria ponerse de una vez en » términos de fugitivos, y Motezuma podria con gran facilidad cor» tarles el paso adelantando por sus correos la noticia de su marcha. » Que á su parecer no era conveniente por entonces la retirada, » porque de cualquiera suerte que la intentasen volverian sin repu» tacion; y perdiendo los amigos y confederados que se mantenian » con ella, se hallarian despues sin un palmo de tierra donde poner » los pies con seguridad. Por cuyas consideraciones, dijo, soy de » sentir que se apartan menos de la razon los que se inclinan á que

» y servicio de Vuestra Magestad, como despues sucedió: determiné de lo prender, » y poner en el aposento donde yo estaba, que era bien fuerte, é porque en su pri» sion no oviese algun escándalo, ni alboroto, pensando todas las formas y mane» ras, que para lo hacer sin este debia tener, *me acordé* (nótense estas palabras) » de lo que el Capitan, que en la Vera-Cruz habia dejado, *me habia escrito*, » acerca de lo que habia acaecido en la ciudad de Almería (Nautecal), y como se » habia sabido que todo lo allí subcedido habia sido por mandado de el dicho Mo» tezuma, y dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles, me fuy á las » casas del dicho Motezuma, etc. » Queda, pues, demostrado que la fechoría de Qualpopoca fue anterior á la entrada de Cortés en Méjico; y que el carecer de causa legítima para reducir á prision á un monarca tan poderoso de quien podia temerlo todo, le sugirió la idea de promoverle cargos por un suceso anterior á su reciente amistad, y muy comun en aquel género de guerra. Hernan Cortés conocia muy bien todo eso; y por lo mismo tan solo pueden ponerle á cubierto de censura por tan enorme atentado contra la fé de la hospitalidad, la grandeza misma del hecho, y la necesidad de atender á su propia conservacion.

» perseveremos sin hacer novedad hasta salir con honra, y ver lo
» que dan de sí nuestras esperanzas. Ambas resoluciones son igual-
» mente aventuradas, pero no igualmente pundonorosas; y seria
» infelicidad indigna de españoles morir por eleccion en el peligro
» mas desairado. Yo no pongo duda en que nos debemos mantener:
» el modo con que se ha de conseguir, es en lo que mas se detiene
» mi cuidado. Viénense á los ojos estos principios de rumor que se
» han reconocido entre los mejicanos : el suceso de la Vera-Cruz,
» ejecutado con las armas de su nacion, pide nuevas considera-
» ciones al discurso; la cabeza de Argüello presentada en lisonja de
» Motezuma, es indicio de que supo antes la faccion de su general;
» y su mismo silencio nos está diciendo lo que debemos recelar de
» su intencion. Pero á vista de todo me parece que para mantener-
» nos en esta ciudad menos aventurados, es necesario que pense-
» mos en algun hecho grande que asombre de nuevo á sus mora-
» dores, resarciendo lo que se hubiere perdido en su estimacion
» con estos accidentes; para cuyo efecto, despues de haber discur-
» rido en otras hazañas de mas ruido que substancia, tengo por
» conveniente que nos apoderemos de Motezuma trayéndole preso á
» nuestro cuartel : resolucion que á mi entender los ha de atemo-
» rizar y reprimir, dándonos disposicion para que podamos capi-
» tular despues con rey y vasallos lo que mas conviniere á nuestro
» príncipe y á nuestra seguridad. El pretesto de la prision, si yo no
» discurro mal, ha de ser la muerte de Argüello que ha llegado á
» su noticia, y el rompimiento de la paz cometido por su general;
» de cuyas dos ofensas debemos darnos por entendidos y pedir sa-
» tisfaccion; porque no conviene suponer una ignorancia de lo que
» saben ellos, cuando están creyendo que lo alcanzamos todo; y
» este y los demas engaños de su imaginacion, se deben por lo
» menos tolerar como parciales de nuestra osadía. Bien reconozco
» las dificultades y contingencias de tan árdua resolucion; pero las
» grandes hazañas son hijas de los grandes peligros; y Dios nos ha
» de favorecer, que son muchas las maravillas, y pudiera decir mi-
» lagros evidentes, con que se ha declarado por nosotros en esta
» jornada, para que no miremos ahora como inspiracion suya nues-
» tra perseverancia. Su causa es la primera razon de nuestros in-
» tentos, y yo no he de creer que nos ha traido en hombros de su
» providencia estraordinaria para introducirnos en el empeño y de-
» jarnos con nuestra flaqueza en la mayor necesidad. » Delatóse con tanta energía en esta piadosa consideracion, que comunicó á los corazones de todos el vigor de su ánimo, y se redujeron al mismo dictámen, primero los capitanes Juan Velazquez de Leon, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval, y despues alabaron todos el discurso de su capitan; hallando al parecer lo eficaz del remedio en lo heróico de la resolucion : con que se disolvió la junta, quedando entonces determinada la prision de Motezuma, y remitida la disposicion de todo á la prudencia de Cortés.

Bernal Diaz del Castillo, que no pierde ocasion de introducirse á inventor de las resoluciones grandes, dice que le aconsejaron esta prision él y otros soldados algunos dias antes que llegase la nueva de la Vera-Cruz: no convienen con él las demas relaciones, ni entonces habia causa para discurrir con tanto arrojamiento: pudiera detenerse un poco, y quedára su consejo sin la nota de inverisímil, ó sin la escepcion de intempestivo.

## CAPITULO XIX.

**Ejecútase la prision de Motezuma: dáse noticia del modo cómo se dispuso, y cómo se recibió entre sus vasallos.**

No se puede negar que fue atrevimiento sin ejemplar esta resolucion que tomaron aquellos pocos españoles, de prender á un rey tan poderoso dentro de su corte: accion que siendo verdad parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporcion cuando se hallára entre las demasías ó licencias de la fábula. Pudiérase llamar temeridad si se hubiera entrado en ella voluntariamente ó con mas eleccion; pero no es temerario propiamente quien se ciega porque no puede mas. Vióse Cortés igualmente perdido si se retiraba sin reputacion, que aventurado si se mantenia sin volver por ella con algun hecho memorable; y el ánimo cuando se halla ceñido por todas partes de la dificultad se arroja violentamente á los peligros mayores: pensó en lo mas difícil por asegurarse de una vez, ó porque no se acomodaba su discurso á las medianías. Pudiéramos decir que fue magnanimidad suya el poner tan alta la mira, ó que la prudencia militar no es tan amiga de los estremos como la prudencia política; pero mejor es que se quede sin nombre su resolucion, ó que mirando al suceso la pongamos entre aquellos medios imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista, escluyendo al parecer los impulsos naturales.

Eligióse finalmente la hora en que solían hacer su visita los españoles, porque no se estrañase la novedad. Ordenó Cortés que se tomasen las armas en su cuartel; que se pusiesen las sillas á los caballos, y estuviesen todos alerta sin hacer ruido, ni moverse hasta nueva órden. Ocupó con algunas cuadrillas á la deshilada las bocas de las calles, y partió al palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso Dávila, y mandó que le siguiesen disimuladamente hasta treinta españoles de su satisfaccion.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las traian ordinariamente introducidas ya como trage militar. Salió Motezuma, segun su costumbre, á recibir la visita, ocuparon todos sus asientos, retiráronse á otra pieza sus criados, como ya lo estilaban, de su órden, y poniendo á doña Marina y Gerónimo de Aguilar en el lugar

que solia, empezó Hernan Cortés á dar su queja, dejando al enojo todo el semblante (1). Refirió primero el hecho de su general, y ponderó despues « el atrevimiento de haber formado ejército y aco-» metido á sus compañeros, rompiendo la paz y la salvaguardia » real en que vivian asegurados : acriminó como delito de que se » debia dar satisfaccion á Dios y al mundo, el haber muerto los » mejicanos á un español que hicieron prisionero, vengando en él » á sangre fria la propia ignominia con que volvieron vencidos; y » últimamente se detuvo en afear, como punto de mayor considera-» cion, la disculpa de que se valian Qualpopoca y sus capitanes » dando á entender que se hacia de su órden aquella guerra tan » fuera de razon : y añadió que le debia su magestad el no haberlo » creido, por ser accion indigna de su grandeza el estarlos favore-» ciendo en una parte para destruirlos en otra. »

Perdió Motezuma el color al oir este cargo suyo y con señales de ánimo convencido interrumpió á Cortés para negar como pudo, el haber dado semejante órden; pero él socorrió su turbacion volviéndole á decir : « que así lo tenia por indubitable; pero que sus sol-» dados no se darian por satisfechos, ni sus mismos vasallos deja-» rian de creer lo que afirmaba su general, si no le viesen hacer » alguna demostracion estraordinaria que borrase totalmente la » impresion de semejante calumnia; y así venia resuelto á supli-» carle que sin hacer ruido, y como que nacia de su propia eleccion, » se fuese luego al alojamiento de los españoles, determinándose á » no salir de él hasta que constase á todos que no habia cooperado » en aquella maldad : á cuyo efecto le ponia en consideracion que

(1) Preciso era que un motivo tan poderoso como el de la propia seguridad, obligase á Cortés á dar un paso tan repugnante como era el apoderarse de la persona de Motezuma, para no sentirse interesado en favor de ese príncipe y poder acallar el grito de su propia conciencia, contra semejante atropellamiento. Cuando se presentó aquel á verificar la prision, el monarca mejicano, segun el mismo Cortés refiere, le regaló una hija suya; así como á los demas capitanes españoles que le acompañaron, hizo igual agasajo de otras doncellas, hijas de diversos señores principales : cóntraste por cierto muy singular en que por una parte resaltaba el homenage forzoso de la humillacion en un príncipe poderoso pero de ánimo abatido; y por otra la altivez y audacia de un guerrero valiente, cuya única esperanza y apoyo tan solo consistia en su espada. Solís guarda silencio acerca de ese regalo, acaso juzgándole perjudicial para el buen nombre de Cortés; pero fué escusada precaucion puesto que lo declara el héroe mismo, y lo dejó confirmado Herrera en sus décadas.

No fue esa la única vez en que Hernan Cortés recibió regalos de igual naturaleza. En sus relaciones habla de otros varios, entre ellos de cuarenta esclavas que le regaló el cacique de Amaqueruca. Bernal Diaz del Castillo refiere como testigo ocular, que cuando Xicotencal y Magiscatzin se presentaron á Cortés para contratar la paz en nombre de la república de Tlascala, el primero le regaló una hija suya y el segundo una sobrina. Aquella, segun el mismo autor, fue dada, mediante el consentimiento de Xicotencal, al capitan Pedro de Alvarado, de la cual tuvo dos hijos varon y hembra. De ese regalo nada habla Cortés en sus relaciones. Semejante especie de obsequios fueron harto comunes en aquella guerra; y harto repugnantes por cierto á la humanidad y la razon.

» con esta generosa confianza, digna de ánimo real, no solo se quietaria el enojo de su príncipe y el recelo de sus compañeros; pero » él volveria por su mismo decoro y pundonor, ofendido entonces » de mayor indecencia; y que le daba su palabra como caballero y » como ministro del mayor rey de la tierra, de que seria tratado » entre los españoles con todo el acatamiento debido á su persona: » porque solo deseaban asegurarse de su voluntad para servirle y » obedecerle con mayor reverencia. » Calló Cortés y calló tambien Motezuma como estrañando el atrevimiento de la proposicion; pero él, deseando reducirle con suavidad antes que se determinase á contrario dictámen, prosiguió diciendo: « que aquel alojamiento » que les habia señalado era otro palacio suyo donde solia residir » algunas veces; y que no se podria estrañar entre sus vasallos que » se mudase á él para deshacerse de una culpa que puesta en su » cabeza seria pleito de rey á rey; y quedando en la de su general, » se podria enmendar con el castigo sin pasar á los inconvenientes » y violencias con que suele decidirse la justicia de los reyes. »

No pudo sufrir Motezuma que se alargasen mas los motivos de una persuasion impraticable á su parecer; y dándose por entendido de lo que llevaba dentro de sí aquella demanda, respondió con alguna impaciencia; « que los príncipes como él no se daban á prision » ni sus vasallos lo permitirian, cuando él se ovidase de su dignidad » ó se dejase humillar á semejante bajeza. » Replicóle Cortés: « que como él fuese voluntariamente sin dar lugar á que le perdiesen » el respeto, importaria poco la resistencia de sus vasallos, contra » los cuales podria usar de sus fuerzas sin queja de su atencion. » Duró largo rato la porfía, resistiendo siempre Motezuma el dejar su palacio; y procurando Hernan Cortés reducirle y asegurarle sin llegar á lo estrecho, salió á diferentes partidos, cuidadoso ya del aprieto en que se hallaba: ofreció enviar luego por Qualpopoca y por los demas cabos de su ejército, y entregárselos á Cortés para que los castigase: daba en rehenes dos hijos suyos para que los tuviese presos en su cuartel hasta que cumpliese su palabra; y repetia con alguna pusilanimidad, que no era hombre que se podia esconder, ni se habia de huir á los montes. A nada salia Cortés ni él se daba por vencido; pero los capitanes que se hallaban presentes, viendo lo que se aventuraba en la dilacion, empezaron á desabrirse deseando que se remitiese á las manos aquella disputa; y Juan Velazquez de Leon dijo en voz alta: « dejémonos de palabras y tratemos » de prenderle ó matarle. » Reparó en ello Motezuma, preguntando á doña Marina qué decia tan descompuesto aquel español. Y ella con este motivo y con aquella discrecion natural que le daba hechas las razones y hallada la oportunidad le dijo, como quien se recataba de ser entendida: « mucho aventurais, señor, si no cedeis á las » instancias de esta gente: ya conoceis su resolucion y la fuerza » superior que los asiste. Yo soy una vasalla vuestra que desea naturalmente vuestra felicidad; y soy una confidente suya que sabe

» todo el secreto de su intencion. Si vais con ellos sereis tratado
» con el respeto que se debe á vuestra persona; y si haceis mayor
» resistencia peligra vuestra vida. »

Esta breve oracion, dicha con buen modo y en buena ocasion, le acabó de reducir; y sin dar lugar á nuevas réplicas, se levantó de la silla diciendo á los españoles : « yo me fio de vosotros, vamos
» á vuestro alojamiento, que así lo quieren los dioses, pues voso-
» tros lo conseguís y yo lo determino. » Llamó luego á sus criados, mandó prevenir sus andas y su acompañamiento, y dijo á sus ministros : « que por ciertas consideraciones de estado que tenia comu-
» nicadas con sus dioses, habia resuelto mudar su habitacion por
» unos dias al cuartel de los españoles : que lo tuviesen entendido
» y lo publicasen así, diciendo á todos que iba por su voluntad y
» conveniencia. » Ordenó despues á uno de los capitanes de sus guardias que le trajese preso á Qualpopoca, y á los demas cabos que hubiesen cooperado en la invasion de Zempoala, para cuyo efecto le dió el sello real que traia siempre atado al brazo derecho; y le advirtió que llevase gente armada para no aventurar la prision. Todas estas órdenes se daban en público, y doña Marina se las iba interpretando á Cortés y á los demas capitanes, porque no se recelasen de verle hablar con los suyos, y quisiesen pasar á la violencia fuera de tiempo.

Salió sin mas dilacion de su palacio, llevando consigo todo el acompañamiento que solia : los españoles iban á pie junto á las andas, y le cercaban con pretesto de acompañarle. Corrió luego la voz de que se llevaban á su rey los estrangeros, y se llenaron de gente las calles, no sin algunos indicios de tumulto, porque daban grandes voces y se arrojaban en tierra, unos despechados y otros enternecidos; pero Motezuma, con esterior alegría y seguridad, los iba sosegando y satisfaciendo. Mandábales primero que callasen, y al movimiento de su mano sucedia repentino el silencio. Decíales despues que aquella no era prision, sino ir por su gusto á vivir unos dias con sus amigos los estrangeros : satisfacciones adelantadas, ó respuestas sin pregunta que niegan lo que afirman. En llegando al cuartel, que como dijimos era la casa real que fabricó su padre, mandó á su guardia que despejase la gente popular, y á sus ministros que impusiesen pena de la vida contra los que se moviesen á la menor inquietud. Agasajó mucho á los soldados españoles que le salieron á recibir con reverente alborozo. Eligió despues el cuarto donde queria residir, y la casa era capaz de separacion decente. Adornóse luego por sus mismos criados con las mejores alhajas de su guarda-ropa : púsose á la entrada suficiente guardia de soldados españoles; dobláronse las que solian asistir á la seguridad ordinaria del cuartel : alargáronse á las calles vecinas algunas centinelas, y no se perdonó diligencia de las que correspondian á la novedad del empeño. Dióse órden á todos para que dejasen entrar á los que fuesen de la familia real, que ya eran co-

nocidos, y á los nobles y ministros que viniesen á verle: cuidando de que entrasen unos y saliesen otros con pretesto de que no embarazasen. Cortés entró á visitarle aquella misma tarde, pidiendo licencia y observando las puntualidades y ceremonias que cuando le visitaba en su palacio. Hicieron la misma diligencia los capitanes y soldados de cuenta: diéronle rendidas gracias de que honrase aquella casa como si le hubiera traido á ella su eleccion; y él estuvo tan alegre y agradable con todos, como si no se halláran presentes los que fueron testigos de su resistencia. Repartió por su mano algunas joyas que hizo traer advertidamente para ostentar su desenojo; y por mas que se observaban sus acciones y palabras, no se conocia flaqueza en su seguridad, ni dejaba de parecer rey en la constancia con que procuraba juntar los dos estremos de la dependencia y de la magestad. A ninguno de sus criados y ministros, cuya comunicacion se le permitió desde luego, descubrió el secreto de su opresion, ó porque se avergonzase de confesarla, ó porque temió perder la vida si ellos se inquietasen. Todos miraron por entonces como resolucion suya este retiro, con que no pasaron á discurrir en la osadía de los españoles, que de muy grande se les pudo esconder entre los imposibles á que no está obligada la imaginacion.

Así se dispuso y consiguió la prision de Motezuma: y él estuvo dentro de pocos dias tan bien hallado en ella, que apenas tuvo espíritu para desear otra fortuna. Pero sus vasallos vinieron á conocer con el tiempo que le tenian preso los españoles por mas que le dorasen con el respeto la sujecion. No se lo dejaron dudar las guardias que asistian á su cuarto, y el nuevo cuidado con que se tomaban las armas en el cuartel. Pero ninguno se movió á tratar de su libertad, ni se sabe qué razon tuviesen él para dejarse estar sin repugnancia en aquella opresion, y ellos para vivir en la misma insensibilidad sin estrañar la indecencia de su rey. Digno fue de grande admiracion el ardimiento de los españoles; pero no se debe admirar menos este apocamiento de ánimo en Motezuma, príncipe tan poderoso y de tan soberbio natural, y esta falta de resolucion en los mejicanos, gente belicosa y de suma vigilancia en la defensa de sus reyes. Podríamos decir que anduvo tambien la mano de Dios en estos corazones, y no pareceria sobrada credulidad, ni seria nuevo en su providencia, que ya le vió el mundo facilitar las empresas de su pueblo quitando el espíritu á sus enemigos.

# CAPITULO XX.

**Cómo se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los españoles: traen preso á Qualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma mientras se ejecutaba la sentencia.**

Vieron los españoles dentro de breves dias convertido en palacio su alojamiento, sin dejar de guardarle como cárcel de tal prisionero. Perdió la novedad entre los mejicanos aquella gran resolucion. Algunos, sintiendo mal de la guerra que movió Qualpopoca en la Vera-Cruz, alababan la demostracion de Motezuma, y ponderaban como grandeza suya el haber dado su libertad en rehenes de su inocencia. Otros creian que los dioses, con quien tenia familiar comunicacion, le habrian aconsejado lo mas conveniente á su persona; y otros, que iban mejor, veneraban su determinacion sin atreverse á examinarla; que la razon de los reyes no habla con el entendimiento, sino con la obligacion de los vasallos. Él hacia sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia: daba sus audiencias: escuchaba las consultas ó representaciones de sus ministros, y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos poniendo particular estudio en que no se conociese la falta de su libertad.

La comida se le traia de palacio con numeroso acompañamiento de criados, y con mayor abundancia que otras veces; repartíanse las sobras entre los soldados españoles; y él enviaba los platos mas regalados á Cortés y á sus capitanes; conocíalos á todos por sus nombres, y tenia observados hasta los genios y las condiciones, de cuya noticia usaba en la conversacion, dando al buen gusto y á la discrecion algunos ratos sin ofender á la magestad ni á la decencia. Estaba con los españoles todo el tiempo que le dejaban los negocios; y solia decir que no se hallaba sin ellos. Procuraban todos agradarle, y era su mayor lisonja el respeto con que le trataban; desagradábase de las llanezas; y si alguno se descuidaba en ellas, procuraba reprimir el esceso, dando á entender que le conocia: tan celoso de su dignidad, que sucedió el ofenderse con grande irritacion de una indecencia que le pareció advertida en cierto soldado español, y pidió al cabo de la guardia que le ocupase otra vez lejos de su persona, ó le mandaria castigar si se le pusiese delante.

Algunas tardes jugaba con Hernan Cortés al totoloque, juego que se componia de unas bolas pequeñas de oro, con que tiraban á herir ó derribar ciertos bolillos ó señales del mismo metal á distancia proporcionada. Jugábanse diferentes joyas y otras alhajas que se perdian ó ganaban á cinco rayas. Motezuma repartia sus ganancias con los españoles, y Cortés hacia lo mismo con sus criados. Solia

tantear Pedro de Alvarado; y porque algunas veces se descuidaba en añadir algunas rayas á Cortés, le motejaba con galantería de mal contador; pero no por eso dejaba de pedirle otras veces que tentease, y que tuviese cuenta de que no se le olvidase la verdad. Parecia señor hasta en el juego, sintiendo el perder como desaire de la fortuna, y estimando la ganancia como premio de la victoria.

No se dejaba de introducir en estas conversaciones privadas el punto de la religion: Hernan Cortés le habló diferentes veces, procurando reducirle con suavidad á que conociese su engaño: fray Bartolomé de Olmedo repetia sus argumentos con la misma piedad y con mayor fundamento: doña Marina interpretaba estos razonamientos con particular afecto; y añadia sus razones caseras, como persona recien desengañada, que tenia presentes los motivos que la redujeron: pero el demonio le tenia tan ocupado el ánimo, que se dejaba conquistar su entendimiento, y se quedaba inexpugnable su corazon; no se sabe que le hablase ó se le apareciese como solia desde que los españoles entraron en Méjico, antes se tiene por cierto, que al dejarse ver la cruz de Cristo en aquella ciudad, perdieron la fuerza los conjuros, y enmudecieron los oráculos; pero estaba tan ciego y tan dejado á sus errores, que no tuvo actividad para desviarlos, ni supo aprovecharse de la luz que se le puso delante; pudo ser esta dureza de su ánimo, fruto miserable de los otros vicios y atrocidades con que tenia desobligado á Dios, ó castigo de aquella misma negligencia con que daba los oidos y negaba la inclinacion á la verdad.

A veinte dias, ó poco mas, llegó el capitan de la guardia, que partió á la frontera de la Vera-Cruz, y trajo preso á Qualpopoca, con otros cabos de su ejército, que se dieron al sello real sin resistencia. Entró con ellos á la presencia de Motezuma: y él los habló reservadamente, permitiéndolo Cortés, porque deseaba que los redujese á callar la órden que tuvieron suya, y dejarse engañar de aquella esterior confianza en que le mantenia. Pasó despues con ellos el mismo capitan al cuarto de Cortés, y se los entregó, diciéndole de parte de su amo: « que se los enviaba para que averiguase » la verdad y los castigase por su mano con el rigor que merecian. » Encerróse con ellos, y confesaron luego los cargos « de haber roto » la paz de su autoridad, haber provocado con las armas á los espa- » ñoles de la Vera-Cruz, y ocasionado la muerte de Argüello, » hecha de su órden á sangre fria en un prisionero de guerra, » sin tomar en la boca la órden que tuvieron de su rey; hasta que reconociendo que iba de veras su castigo, tentaron el camino de hacerle cómplice para escapar las vidas: pero Hernan Cortés negó los oidos á este descargo, tratándole como invencion de los delincuentes. Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos delante del palacio real; como reos que habian incurrido en caso de lesa magestad. Discurrióse luego en la ejecucion,

y pareció no dilatarla; pero temiendo Hernan Cortés que se inquietase Motezuma, ó quisiese defender á los que morian por haber ejecutado sus órdenes, resolvió atemorizarle con alguna bizarría que tuviese apariencias de amenaza, y le acordase la sujecion en que se hallaba. Ocurrióle otro arrojamiento notable, á que le debió de inducir la facilidad con que se consiguió el de su prision, ó el ver tan rendida su paciencia. Mandó buscar unos grillos de los que se traian prevenidos para los delincuentes, y con ellos descubiertos en las manos de un soldado, se puso en su presencia, llevando consigo á doña Marina y tres ó cuatro de sus capitanes. No perdonó las reverencias con que solia respetarle; pero dando á la voz y al semblante mayor entereza, le dijo: « que ya quedaban condenados á » muerte Qualpopoca y los demas delincuentes por haber confesado su delito, y ser digno de semejante demostracion; pero que » le habian culpado en él, diciendo afirmativamente que le cometieron de su órden; y así era necesario que purgase aquellos in» dicios vehementes con alguna mortificacion personal, porque » los reyes, aunque no están obligados á las penas ordinarias, » eran súbditos de otra ley superior que mandaba en las coronas; » y debian imitar en algo á los reos, cuando se hallaban culpados » y trataban de satisfacer á la justicia del cielo. » Dicho esto, mandó con imperio y resolucion que le pusiesen las prisiones, sin dar lugar á que le replicase; y en dejándole con ellas, le volvió las espaldas, y se retiró á su cuarto, dando nueva órden á las guardias para que no se le permitiese por entonces la comunicacion de sus ministros.

Fue tanto el asombro de Motezuma cuando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo mucho rato como fuera de sí: los criados que le asistian acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos: y él volvió de su confusion con principios de impaciencia; pero se reprimió brevemente, y atribuyendo su infelicidad á la disposicion de sus dioses, esperó el suceso, no sin cuidado al parecer de que peligraba su vida; pero acordándose de quién era para temer sin falta de valor.

No perdió tiempo Cortés en lo que llevaba resuelto: salieron los reos al suplicio, hechas las prevenciones necesarias para que no se aventurase la ejecucion. Consiguióse á vista de innumerable pueblo, sin que se oyese una voz descompuesta, ni hubiese que recelar. Cayó sobre aquella gente un terror que tenia parte de admiracion, y parte de respeto. Estrañaban aquellos actos de jurisdiccion en unos estrangeros, que cuando mucho se debian portar como embajadores de otro príncipe; y no se atrevieron á poner duda en su potestad, viéndola establecida con la tolerancia de su rey; de que resultó el concurrir todos al espectáculo con un género de quietud amortiguada, que sin saber en qué consistia, dejó su lugar al escar-

miento. Ayudó mucho en esta ocasion el estar mal recibida entre los mejicanos la invasion de Qualpopoca, y se hizo su delito mas aborrecible con la circunstancia de culpar á su rey: descargo que pasó por increible, y aun siendo verdadero se culpára como atrevido y sedicioso. Débese mirar este castigo como tercer atrevimiento de Cortés, que se logró como se habia discurrido, y se discurrió sobre principios irregulares. Él lo resolvió, y lo tuvo por conveniente y posible: conocia la gente con quien trataba, y lo que suponia en cualquier acontecimiento la gran prenda que tenia en su poder. Dejémonos cegar de su razon, ó no la traigamos al juicio de la historia, contentándonos con referir el hecho como pasó, y que una vez ejecutado fue de gran consecuencia para dar seguridad á los españoles de la Vera-Cruz, y reprimir por entonces los principios de rumor que andaban entre los nobles de la ciudad.

Volvió luego Cortés al cuarto de Motezuma, y con alegre urbanidad le dijo: « que ya quedaban castigados los traidores que se » atrevieron á manchar su fama, y él habia cumplido ventajosa- » mente con su obligacion, sujetándose á la justicia de Dios con » aquella breve intermision de su libertad. » Y sin mas dilacion le mandó quitar los grillos, ó como escriben algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por sus manos; y se puede creer de su advertencia, que procuraria dar con semejante cortesanía mayor recomendacion al desagravio. Recibió Motezuma con grande alborozo este alivio de su libertad, abrazó dos ó tres veces á Cortés, y no acababa de cumplir con su agradecimiento. Sentáronse luego en conversacion amigable, y Cortés usó con él de otro primor, como los que andaba siempre meditando, porque mandó que se retirasen las guardias, diciéndole que se podria volver á su palacio cuando quisiese, por haber cesado ya la causa de su detencion. Y le ofreció este partido sobre seguro de que no le aceptaria, por haberle oido decir muchas veces con firme resolucion, que ya no le convenia volverse á su palacio, ni apartarse de los españoles hasta que se retirasen de su corte; porque perderia mucho de su estimacion, si llegasen á entender sus vasallos que recibia de agena mano su libertad: dictámen que se hizo suyo con el tiempo, siendo en la verdad influido; porque doña Marina, y algunos de los capitanes le habian puesto en él á instancia de Cortés, que se valia de su misma razon de estado para tenerle mas seguro en la prision: pero entonces, conociendo lo que traia dentro de sí la oferta de Cortés, dejó este motivo, tratándole como ageno de aquella ocasion, y se valió de otro mas artificioso, porque le respondió: « que » agradecia mucho la voluntad con que deseaba restituirle á su » casa; pero que tenia resuelto no hacer novedad, atendiendo á » la conveniencia de los españoles: porque una vez en su palacio » le apretarian sus nobles y ministros en que tomase las armas contra » ellos para satisfacerse del agravio que habia recibido. » Por cuyo medio quiso dar á entender, que se dejaba estar en la prision para

encubrirlos y ampararlos con su autoridad. Alabó Cortés el pensamiento agradeciendo su atencion, como si la creyera, y quedaron los dos satisfechos de su destreza : creyendo entrambos que se entendian, y se dejaban engañar por su conveniencia con aquel género de astucia ó disimulacion que ponen los políticos entre los ministerios de la prudencia, dando el nombre de esta virtud á los artificios de la sagacidad.



# LIBRO CUARTO.

## CAPITULO PRIMERO.

**Permítese á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones : trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias, y se duda que intentasen los españoles en esta sazon derribar los ídolos de Méjico.**

Quedó Motezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los españoles : hízose amable á todos con su agrado y liberalidad. Sus mismos criados desconocian su mansedumbre y moderacion, como virtudes adquiridas en el trato de los estrangeros, ó estrangeras de su natural. Acreditó diversas veces con palabras y acciones la sinceridad de su ánimo; y cuando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortés, se resolvió á esperimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos : dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision que así la solia llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos : díjole « que ya » deseaba por su conveniencia y la de los mismos españoles de- » jarse ver de su pueblo, porque se iba creyendo que le tenian opri- » mido, como habia cesado la causa de su detencion con el castigo » de Qualpopoca; y se podria temer alguna turbacion mas que po- » pular, si no se ocurria brevemente al remedio con aquella de- » mostracion de su libertad. » Hernan Cortés conociendo su razon, y deseando tambien complacer á los mejicanos, le respondió liberal y cortesanamente : « que podria salir cuando gustase, atribuyendo » á esceso de su benignidad el pedir semejante permision cuando él » y todos los suyos estaban á su obediencia. » Pero aceptó la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitacion, como quien deseaba no perder la honra que recibia.

Hízole alguna interior disonancia el motivo de acudir á sus templos, y para cumplir consigo en la forma que podia, capituló con él, que habian de cesar desde aquel dia los sacrificios de sangre humana, contentándose con esta parte de remedio, porque no era tiempo de aspirar á la enmienda total de los demas errores; y siempre que no se puede lo mejor, es prudencia dividir la dificultad para vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo así Motezuma, prohibiendo con efecto en todos sus adoratorios este género de sacrifi-

cios; y aunque se duda si lo cumplió, es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieron alguna vez, fue á puerta cerrada, y tratándolos como delito.

Su primera salida fue al templo mayor de la ciudad, con la misma grandeza y acompañamiento que acostumbraba; llevó consigo algunos españoles, y se previno llamándolos él mismo antes que se los pusiesen al lado como guardas ó testigos. Celebró con grandes regocijos el pueblo esta primera vista de su rey: procuraron todos manifestar su alegría con aquellas demostraciones de que se componian sus aplausos; no porque le amasen ó tuviesen olvidada la opresion en que vivian, sino porque hacia la natural obligacion el oficio de la voluntad; y tiene sus influencias hasta en la frente del tirano la corona. Él iba recibiendo las aclamaciones con gratitud magestuosa, y anduvo aquel dia muy liberal, porque hizo diferentes mercedes á sus nobles, y repartió algunas dádivas entre la gente popular. Subió despues al templo descansando sobre los brazos de los sacerdotes; y en cumpliendo con los ritos menos escandalosos de su adoracion, se volvió al cuartel, donde se congratuló nuevamente con los españoles: dando á entender que le traian con igual fuerza el desempeño de su palabra, y el gusto de vivir entre sus amigos.

Continuáronse despues sus salidas sin hacer novedad, unas veces al palacio donde tenia sus mugeres, y otras á sus adoratorios ó casas de recreacion; usando siempre con Hernan Cortés la ceremonia de tomar su licencia, ó llevándole consigo cuando era decente la funcion: pero nunca hizo noche fuera del alojamiento, ni discurrió en mudar habitacion; antes se llegó á mirar entre los mejicanos aquella perseverancia suya como favor de los españoles; tanto, que ya visitaban á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad, valiéndose de su intercesion para encaminar sus pretensiones, y todos los españoles que tenian algun lugar en su gracia, se hallaron asistidos y contemporizados: achaque ordinario de las cortes, adorar á los favorecidos, fabricando con el ruego estos ídolos humanos.

Entretanto que duraba este género de tranquilidad no se descuidaba Hernan Cortés en las prevenciones que podrian conducir á su seguridad, y adelantar los altos designios que perseveraban en su corazon sin objeto determinado, ni saber hasta entonces hácia donde le llamaba la oscuridad lisonjera de sus esperanzas. Luego que vacó el gobierno de la Vera-Cruz por muerte de Juan de Escalante, y se aseguraron los caminos con el castigo de los culpados, nombró en aquella ocupacion al capitan Gonzalo de Sandoval; y porque no faltase de su lado en esta ocurrencia un cabo de tanta satisfaccion, envió con título de teniente suyo á un soldado particular que llamaban Alonso de Grado, sugeto de habilidad y talento, pero de ánimo inquieto, y uno de los que se hicieron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le ocupaba por satisfacerle y desviarle; pero no fue buena política poner hombre poco seguro en

una plaza que se mantenia para la retirada, y contra las avenidas que se podian temer de la isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente, su asistencia en aquel puerto, si llegáran poco antes los bajeles que fletó Diego Velazquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo Alonso de Grado enmendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque vinieron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fue necesario trarle preso, y enviar al propietario.

Con la ocasion de estos viages dispuso Hernan Cortés que se condujesen de la Vera-Cruz algunas jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que se barrenaron, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion el paso de la laguna; porque no podia echar de sí las medias palabras que oyeron los tlascaltecas sobre cortar los puentes ó romper las calzadas. Introdujo primero esta novedad, haciéndosela desear á Motezuma, con pretesto de que viese las grandes embarcaciones que se usaban en España, y la facilidad con que se movian, haciendo trabajar al viento en alivio de los remos: primor de que no se hacia capaz sin la demostracion, porque ignoraban los mejicanos el uso de las velas, y ya miraba como punto de conveniencia suya, que aprendiesen aquel arte de navegar sus marineros. Llegaron brevemente de la Vera-Cruz los géneros que se habian pedido, y se dió principio á la fábrica por mano de algunos maestros de esta profesion, que vinieron en el ejército con plaza de soldados, asistiendo á cortar y conducir la madera de órden de Motezuma los carpinteros de la ciudad; con que se acabaron los dos bergantines dentro de breves dias, y él mismo determinó estrenarlos, embarcándose con los españoles para conocer desde mas cerca las maestrías de aquella navegacion.

Previno para este fin una de sus monterías mas solemnes en parage de larga travesía porque no faltase tiempo á su observacion; y el dia señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real, con su familia y cazadores, reforzada en ella la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones estrangeras, que á su parecer eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardaron poco en desengañarse, porque los bergantines partieron á vela y remo, favorecidos oportunamente del viento, y se dejaron atrás las canoas con largo espacio y no menor admiracion de los indios. Fue dia muy festivo y de gran divertimiento para los españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete: y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de lo que forcejaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los españoles.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles: hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiraron el manejo del timon, y el oficio de las velas

que á su entender mandaban al agua y al viento; invencion que celebraron los mas avisados como invencion del arte, superior á su ingenio; y el vulgo como sutileza mas que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines que se fabricaron á mayor intento, y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortés, pues se hizo lo que convenia, y se ganó reputacion.

Al mismo tiempo iba caminando en otras diligencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducia con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su rey; ponderaba su clemencia y engrandecia su poder, trayendo á su dictámen los ánimos con tanta suavidad y destreza, que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los españoles, como interés de aquella monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del imperio mejicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros: tan lejos de mostrar cuidado en sus observaciones, que Motezuma para informale mejor y complacerle, hizo que sus pintores delineasen, con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios, á cuya vista le hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexion; y permitió despues que fuesen algunos españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de bajeles: propúsolo Hernan Cortés, con pretesto de llevar á su príncipe distinta relacion de lo mas noble; y él concedió, no solamente su beneplácito, pero señaló gente militar que los acompañase, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias: bastante seña de que vivia sin recelo, y andaban conformes su intencion y sus palabras.

Pero en esta sazon, y cuando mas se debian temer las novedades como peligro de la quietud y de la confianza, refieren nuestros historiadores una resolucion de los españoles, tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla ya que no hallamos razon para omitirla. Dice Bernal Diaz del Castillo, y lo escribió primero Francisco Lopez de Gomara, concordando alguna vez en lo menos tolerable: que se determinaron á derribar los ídolos de Méjico, y convertir en iglesia el adoratorio principal: que salieron á ejecutarlo por mas que lo resistió y procuró embarazar Motezuma: que se armaron los sacerdotes, y estuvo commovida toda la ciudad en defensa de sus dioses; durando la porfía, sin llegar á rompimiento, hasta que por bien de paz se quedaron los ídolos en su lugar, y se limpió una capilla, y levantó un altar dentro del mismo adoratorio, donde se colocó la cruz de Cristo, y la imágen de su Madre Santísima: se celebró misa cantada, y perseveró mu-

chos dias el altar, cuidando de su limpieza y adorno los mismos sacerdotes de los ídolos. Así lo refiere tambien Antonio de Herrera, y se aparta de los dos, añadiendo algunas circunstancias que pasan los límites de la exornacion, si esta puede caber en la retórica del historiador: porque describe una procesion devota y armada, que se ordenó para conducir las santas imágenes al adoratorio: pone á la letra, ó supone la oracion recta que hizo Cortés delante de un crucifijo; y pondera un casi milagro de su devocion, animándose á decir, no sabemos de qué orígen, que se inquietaron poco despues los mejicanos, porque faltó el algua del cielo para el beneficio de sus campos: que acudieron al mismo Cortés con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras: que para conseguir que se quietasen les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas, y que respondió el cielo puntualmente á su promesa con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

No discurrimos del empeño en que se puso, prometiendo milagros delante de unos infieles en prueba de su religion, que pudo ser ímpetu de su piedad; ni estrañamos la maravilla del suceso, que tambien pudo tener entonces aquel átomo de fé viva con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el genio y letras de fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese así el hecho de arruinar los ídolos de Méjico en la forma y en el tiempo que viene supuesto, siendo lícito al historiador el hacer juicio alguna vez de las acciones que refiere, hallamos en esta diferentes reparos, que nos obligan por lo menos á dudar el acierto de semejante determinacion en una ciudad tan populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fue dificultoso en Cozumel. Corríase bien con Motezuma: consistia en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba: no habia dado esperanzas de admitir el evangelio; antes duraba inexorable y obstinado en su idolatria: los mejicanos, sobre la dureza con que adoraban y defendian sus errores, andaban fáciles de inquietar contra los españoles. ¿Pues qué prudencia pudo aconsejar que se intentase contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo? Si miramos al fin que se pretendia, le hallarémos inútil y fuera de toda razon. Empezar por los ídolos el desengaño de los idólatras: tratar una esterioridad infructuosa como triunfo de la religion: colocar las santas imágenes en un lugar inmundo y detestable: dejarlas al arbitrio de los sacerdotes gentiles, aventuradas á la irreverencia y al sacrilegio: celebrar entre los simulacros del demonio el inefable sacrificio de la misa. Y Antonio de Herrera califica estos atentados, con título de faccion memorable. Júzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes; y dejando

en duda el acierto, querríamos antes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la historia las verdades increibles (1).

(1) Solís refuta con sobrado fundamento el supuesto derribo de los ídolos del gran templo de Méjico, porque ninguna razon política ó religiosa podia autorizar un hecho tan imprudente como ridículo é intempestivo: es muy de creer, vista la disposicion de ánimo de los mejicanos, que el haber consumado aquel hecho hubiera sido lo mismo que sonar la hora de muerte para todos los españoles, tal fuerza tiene el espíritu religioso aun en los pueblos mas idiotas, y esa es la razon porque los conquistadores prudentes han respetado en todo tiempo la religion de los vencidos. Hernan Cortés se jacta en su relacion de haber hecho rodar los ídolos por las gradas del templo; accion increible y que hace dudar de la veracidad del historiador en las demas referidas en sus escritos. Bernal Diaz á pesar de no ser siempre muy verídico, y de tener casi igual interes que su gefe en hacer alarde de aquella valentonada religiosa, pues le acompañó al templo, dice que en efecto tuvo aquel pensamiento Cortés; pero que á persuasion de fray Bartolomé de Olmedo, se redujo á proponer á Motezuma le permitiese hacer una capilla inmediata á los ídolos, para que viera en el miedo de estos su falsedad por ser representacion del diablo etc.; de lo cual se mostró muy enojado Motezuma como prudentemente lo habia previsto el padre Olmedo: añadiendo que el emperador se puso á orar como por via de espiacion del pecado cometido en haber mostrado sus dioses á los españoles, y que estos aceleraron su salida del templo para que Motezuma y los sacerdotes no estuviesen inquietos con su presencia. El mismo Cortés haciendo referencia de este suceso, se contradice lastimosamente; porque en una parte asegura que Motezuma y los grandes *sintieron mucho* el derribo de los ídolos; y en otra dice que los mismos estuvieron á su lado *con alegre semblante* hasta que se quitaron aquellos y se colocaron imágenes de la Vírgen, etc., etc. Herrera en su Década solamente refiere haber dicho Cortés á Motezuma que *era gran lástima que señor de tan gran señorío, y tan gran príncipe y tanta gente, estuviesen tan engañados adorando y siguiendo al demonio.* Esto es lo mas verosímil. Robertson, á pesar de su juicio, dá crédito á semejante patraña, para poner una tacha mas á la prudencia de Cortés, harto imprudente en verdad por haberlo escrito en sus relaciones.

Nada dice Cortés de haber ofrecido á los indios, de parte de Dios, la lluvia que apetecian, habiendo respondido en breves horas el cielo á su promesa, con asombro de Motezuma y de toda la ciudad. Por muy hábil que fuese Cortés en la meteorología, era muy de estrañar en su cautela, se aventurase á hacer una promesa en que pudiera faltar la voluntad de Dios para satisfacerla, ó fallar los signos materiales con que suele anunciarse la proximidad de la lluvia.

Muy comun es en nuestros antiguos historiadores atribuir á intervencion de la providencia suprema el buen éxito de aquellos acontecimientos, cuya combinacion no cabe al parecer en el juicio de los hombres. Loable pensamiento en el fondo, pero no pocas veces nocivo á la religion misma, por hacerla con harta frecuencia juguete de nuestros caprichos, y traer al Hacedor, causa primera de todo lo existente, por apoyo y patrono de actos que, aun cubiertos con el velo religioso, tal vez merezcan la eterna reprobacion del Supremo juez de nuestros mas ocultos pensamientos.

Robertson observa con este motivo el gracioso embarazo en que se vió Bernal Diaz del Castillo al referir la batalla contra los indios de Tabasco, incierto sobre si daria ó no crédito á la aparicion de Santiago ó de San Pedro peleando en favor de los españoles, segun lo cuenta Gomara. Aquel ingenuo militar no sabiendo á qué atenerse, pero diciendo de paso que solo habia visto á Francisco de Moria montado en un caballo castaño al lado de Cortés, transije con su duda añadiendo que *pudiera ser que los que dice Gomara fueran los gloriosos apóstoles Señor Santiago ó Señor San Pedro; é yo como pecador no fuese digno de lo ver.* Pero añade que otros pudieron verlos; porque *allí en nuestra compañía habia sobre cuatrocientos soldados, y Cortés, y otros muchos caballeros, platicárase dello, y tomárase por testimonio etc.* Cortés nada dice tampoco de semejante aparicion.

# CAPITULO II.

**Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los españoles, ordenada por el rey de Tezcuco (1); y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba.**

Tuvo desde sus principios esta empresa de los españoles notable desigualdad de accidentes : alternábanse contínuamente la quietud y los cuidados : unos dias reinaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacian los peligros de la misma seguridad : propia condicion de los sucesos humanos, encadenarse y sucederse con breve intermision los bienes y los males. Y debemos creer que fue conveniente su instabilidad para corregir la destemplanza de nuestras pasiones.

La ciega gentilidad ponia esta série de los acaecimientos en una rueda imaginaria que se formaba en la trabazon de lo próspero y lo adverso, á cuyo movimiento daban cierta inteligencia sin eleccion, que llamaron fortuna, con que dejaban al acaso todo lo que deseaban ó temian; siendo en la verdad alta disposicion de la divina Providencia que duren poco en un estado las felicidades y los infortunios de la tierra, para que se posean ó toleren con moderacion, y suba el entendimiento á buscar la realidad de las cosas en la region de las almas.

Hallábanse ya los españoles bastantemente asegurados en la voluntad de Motezuma y en la estimacion de los mejicanos; pero al mismo tiempo que se gozaba de aquel sosiego favorable, se levantó nueva tempestad que puso en contingencia todas las prevenciones de Cortés. Movióla Cacumatzin, sobrino de Motezuma, rey de Tezcuco y primer elector del imperio. Era mozo inconsiderado y bullicioso, y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los españoles con pretesto de poner en libertad á su rey : favorecíanle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el imperio; y le pareció que una vez desnuda la espada podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fue desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dejaba estar en aquella violenta sujecion. Acusó despues á los españoles, culpando como principio de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno, sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma cizaña entre los demas reyezuelos de la laguna : y hallando

(1) En la época de la conquista eran reputados por monarcas los señores de *Tezcuco, Méjico, Clacopan, y Gulhuacan :* de este y del reino de *Tlatilulco,* era monarca Motezuma, y los demas súbditos y feudatarios suyos.

bastante disposicion en los ánimos, se resolvió á poner en ejecucion sus intentos, á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes, que se hizo de secreto en su palacio, concurriendo en ella los reyes de Cuyoacan, Iztacpalapa, Tacuba y Matalcingo (1), y otros señores ó caciques del contorno, personas de séquito y suposicion que mandaban gente de guerra y se preciaban de soldados.

Hízoles un razonamiento de grande aparato; y dando colores de celo á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su rey, olvidado al parecer de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos como buenos vasallos á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proximidad de la sangre que le interesaba en los aciertos de su tio, y volviendo la mira contra los españoles: « ¿á qué aguardamos, amigos y parientes, dijo, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion, y á la vileza de nuestro sufrimiento? ¿Nosotros que nacimos á las armas y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una gente avenediza? ¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad y desprecios de nuestra paciencia? Consideremos lo que han conseguido en breves dias, y conoceremos primero nuestro desaire, y despues nuestra obligacion. Arrojáronse á la corte de Méjico, insolentes de cuatro victorias en que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron en ella triunfantes á despecho de nuestro rey, y contra la voluntad de la nobleza y gobierno. Introdujeron consigo nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos dando vanidad á los tlascaltecas, y pisando el pundonor de los mejicanos. Quitaron la vida con público y escandaloso castigo á un general del imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de magistrados, ó autoridad de legisladores. Y últimamente, prendieron al gran Motezuma en su alojamiento sacándole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de sus delincuentes. Así pasó: todos lo sabemos; ¿pero quién habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡O verdad ignominiosa, digna del silencio y mejor para el olvido! ¿Pues en qué os deteneis, ilustres mejicanos? ¿Preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esa libertad aparente de que le veis gozar estos dias no es libertad, sino un tránsito engañoso, por el cual ha pasado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes. Ellos nos gobiernan y nos mandan, pues el que nos habia de mandar los obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion de sus dominios, desatento á la defensa de sus leyes, y convertido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros

(1) Estos no eran reyes; pero sí tenian el señorío de sus respectivas ciudades y términos anexos.

» que suponemos tanto en el imperio mejicano, debemos impedir » con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca es juntar nuestras » fuerzas, acabar con estos avenedizos, y poner en libertad á nues- » tro rey. Si le desagradáremos, dejándole de obedecer en lo que » conviene, conocerá el remedio cuando convalezca de la enferme- » dad; y si no le conociere, hombres tiene Méjico que sabrán lle- » nar con sus sienes la corona; y no será el primero de nuestros » reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó » caer el cetro de las manos. »

En esta sustancia oró Cacumatzin, y con tanto fervor, que le siguieron todos, prorrumpiendo en grandes amenazas contra los españoles, y ofreciendo servir en la faccion personalmente. Solo el señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado, pariente de Motezuma, y tenia sus pensamientos de reinar, conoció lo interior de la propuesta, y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo : « que tenia por necesario, y por mas conve- » niente á la obligacion de todos, que se previniese á Motezuma de » lo que intentaban y se tomase primero su licencia; pues no era » razon que se arrojasen armados á la casa donde residia sin poner » en salvo su persona, tanto por el peligro de su vida, como por » la disonancia de que pereciesen aquellos hombres debajo de las » alas de su rey. » Bajaron los demas esta proposicion como impraticable, diciéndole Cacumatzin algunos pesares que sufrió por no descomponer sus esperanzas, y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supieron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortés esta conjuracion : Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al señor de Matalcingo; y Cortés por la inteligencia de sus espías y confidentes. Buscáronse luego los dos para comunicarse la noticia de semejante novedad, y tuvo Motezuma la dicha de hablar primero, con que dejó saneada su intencion. Dióle cuenta de lo que pasaba : mostró grande irritacion contra su sobrino el de Tezcuco, y contra los demas conjurados, y propuso castigarlos con el rigor que merecian. Pero Hernan Cortés, dándole á entender que sabia todo el caso con algunas circunstancias que no dejasen en duda su comprension, le respondió : « que sentia mucho haber ocasionado » aquella inquietud en sus vasallos, y que por la misma razon » se hallaba obligado á tomar por su cuenta el remedio y venia con » ánimo de pedirle licencia para marchar con sus españoles á » Tezcuco, y atajar en su orígen el daño, trayéndole preso á Cacu- » matzin, antes que se uniese con los demas coligados, y fuese » necesario pasar á mayores remedios. » No admitió Motezuma esta proposicion, antes procuró desviarla con total repugnancia, conociendo lo que perderia su autoridad y su poder, si se valiese de armas forasteras para castigar atrevimiento de esta calidad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimulase por él su desabrimiento; y le dijo por última resolucion : « que no queria ni

» era conveniente que se moviesen los españoles, porque no se » hiciese obstinacion el odio con que procuraban apartarlos de su » lado, sino que le ayudasen á sujetar aquellos rebeldes, asistién» dole con el consejo, y haciendo si fuese menester el oficio de » medianeros. »

Parecióle despues que seria bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona mas dependiente de su respeto, seria fácil de reducir á la quietud acordándole su obligacion, y haciéndole amigo de los españoles. Para cuyo efecto le envió á llamar con uno de sus criados principales, el cual le intimó la órden que llevaba de su rey, y le dijo de parte de Cortés: « que » deseaba su amistad, y tenerle mas cerca para que la esperi» mentase. » Pero él que se hallaba ya lejos de la obediencia, ó tenia mas cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortés con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á pedir con nueva instancia la empresa de sujetarle, cuya propuesta reprimió segunda vez Motezuma; diciéndole: « que aquel era de los casos en que se debia usar primero » del entendimiento que de las manos, y que le dejase obrar segun la » esperiencia y conocimiento que tenia de aquellos humores y de » sus causas. »

Portóse despues con gran reserva entre sus ministros, despreciando el delito para descuidar al delincuente; á cuyo fin les decia: « que aquel atrevimiento de su sobrino se debia tomar como ardor » juvenil, ó primer movimiento de hombre sin capacidad. » Y al mismo tiempo formó una conjuracion secreta contra el mismo conjurado, valiéndose de algunos criados suyos que atendieron á su primera obligacion, ó la conocieron á vista de las dádivas y las promesas. por cuyo medio consiguió que le asaltasen una noche dentro de su casa, y embarcándose con él en una canoa que tenian prevenida, le trajesen preso á Méjico sin que pudiese resistirlo. Descubrió entonces Motezuma todo el enojo que disimulaba, y sin permitir que le viese ni dar lugar á sus disculpas, le mandó poner, con acuerdo y parecer de Cortés, en la cárcel mas estrecha de sus nobles, tratándole como á reo de culpa irremisible y de pena capital.

Hallábase á esta sazon en Méjico un hermano de Cacumatzin, que pocos dias antes escapó dichosamente de sus manos, porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor y grandes habilidades, bien recibido en la corte y entre los vasallos de su hermano, haciéndole con unos y otros mas recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortés los ojos en él, y deseando ganarle por amigo y traerle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar, habiendo conspirado

contra su príncipe: díjole « que no era seguro castigar por entonces » con pena de la vida á un delincuente de tanto séquito cuando » estaban conmovidos los ánimos de los nobles: que privándole » del reino le daba otro género de muerte menos ruidosa y de bastante severidad para el terror de sus parciales: que aquel mozo » tenia mejor natural; y debiéndole ya la vida le deberia tambien la corona, y quedaria mas obligado á su obediencia por la » oposicion de su hermano; y últimamente que con esta demostracion daba el reino á quien debia suceder en él, y dejaba » en su sangre la dignidad de primer elector que tanto suponia en » el imperio. »

Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortés que le comunicó luego á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion, y autorizando los ministros el decreto real, fue desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como rebelde á su príncipe; y nombrado su hermano por sucesor del reino y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura que tenia sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion magestuosa en que redujo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad, y le dijo públicamente: « que habia tomado aquella » determinacion por consejo de Hernan Cortés; » dándole á conocer que le debia la corona. Puédese creer que ya lo sabria el interesado, porque no era tiempo de obscurecer los beneficios; pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de ganar los ánimos de los suyos á favor de los españoles.

Partió luego el nuevo rey á su corte, y fue recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exaltacion con diferentes motivos: unos porque le amaban y sentian su persecucion: otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzin; y los mas por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion; y fue de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento, que los demas conjurados derramaron luego sus tropas, y trataron de recurrir desarmados á la clemencia de su rey. Valiéronse de Cortés, y últimamente consiguieron por su medio el perdon, con que se deshizo aquella tempestad; y habiéndose levantado contra él, salió del peligro mejorado, parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes; pues Motezuma le agradeció la quietud de su reino, se declaró por su hechura el mayor príncipe del imperio, y favoreciendo á los demas que intentaban destruirle, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.

## CAPITULO III.

**Resuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada : junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio, determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador.**

Sosegados aquellos rumores que llegaron á ocupar todo el cuidado, sintió Motezuma el ruido que deja en la imaginacion la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consigo el estado en que se hallaba; parecióle que ya se detenian mucho los españoles, y que habiéndose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba, debia familiarizarse menos, y dar otro color á las esterioridades. Avergonzábase del pretesto que tomó Cacumatzin para su conjuracion, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion: sentia la flaqueza de su autoridad, cuyos celos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temia que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortés que tratase de abreviar su jornada, y no hallaba camino decente de proponérselo; ni los recelos por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta resolucion, y últimamente determinó que le convenia en todo caso despachar luego á los españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispuso la materia con noble sagacidad; porque antes de comunicar su intento á Cortés, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudieran fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como solia : recibióle sin hacer novedad en el agrado ni en el cumplimiento : introdujo la plática de su rey al modo que otras veces : ponderó cuanto le veneraba, y dejando traer su propuesta de la misma conversacion, le dijo : « que habia discurrido en reconocerle de su propia voluntad el vasallage que se le debia, como á sucesor de Quezalcoal y dueño propietario de aquel imperio. » Así lo entendia, y en esto solo habló con afectacion; pero no se trataba entonces de restituirle sus dominios, sino de apartar á Cortés y facilitar su despacho; á cuyo fin añadió : « que pensaba convocar la nobleza de sus reinos, y hacer en su presencia este reconocimiento para que todos á su imitacion le diesen la obediencia y estableciesen el vasallage con alguna contribucion en que pensaba tambien darles ejemplo, pues tenia ya prevenidas diferentes joyas y preseas de mucho valor para cumplir por su parte con esta obligacion; y no dudaba que sus nobles acudirian á ella con lo mejor de sus riquezas, ni desconfiaba

» de que se juntaria cantidad tan considerable que pudiese llegar
» sin desaire á la presencia de aquel príncipe, como primera de-
» mostracion del imperio mejicano. »

Esta fue su proposicion, y en ella concedia de una vez todo lo que á su parecer podian atreverse á desear los españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia para quitarles enteramente la razon de perseverar en su corte antes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no le conoció entonces Hernan Cortés; antes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin estrañarla ni encarecerla, como quien aceptaba de parte de su rey lo que se le debia, y quedó sumamente gustoso de haber conseguido mas de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus capitanes y soldados el servicio que harian al rey don Cárlos si conseguian que se declarase por súbdito y tributario suyo un monarca tan poderoso: discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia para que no llegase desnuda la relacion y peligrase de increible. Y á la verdad no pensaba entonces apartarse de su empresa, ni le parecia dificultoso el mantenerse hasta que sabiendo en España el estado en que la tenia, se le ordenase lo que debia ejecutar: seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma; los amigos que iba ganando; la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de orígen superior que le dilataba el ánimo para que á vista de cuanto pudiera desear no se acabase de componer con sus esperanzas.

Pero Motezuma que tiraba sus líneas á otro centro, y sabia resolver despacio y ejecutar sin dilacion, despachó luego sus convocatorias á los caciques de su reino como se acostumbraba cuando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los mas distantes por abreviar el intento principal de aquella diligencia. Vinieron todos á Méjico dentro de pocos dias con el séquito que solian asistir en la corte, y tan numerosos, que hiciera ruido en el cuidado si se ignorára la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el cuarto de su habitacion, y en presencia de Cortés que fue llamado á esta conferencia, y concurrió en ella con sus intérpretes y algunos de sus capitanes, los hizo un razonamiento en que dió los motivos y facilitó la dureza de aquella notable resolucion. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortés en la primera: pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada; y cuando se trataba de satisfacerle y confiarle no era tiempo de juntas reservadas.

Fue de grande aparato y autoridad esta funcion, porque asistieron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la corte; y Motezuma despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable magestad, empezó su oracion haciéndolos benévolos y atentos con ponerles delante: « cuánto los amaba, y cuánto le de-

» bian. Acordóles que tenian de su mano todas las riquezas y di-
» gnidades que poseian; y sacó por ilacion deste principio, la
» obligacion en que se hallaban de creer que no les propondria
» materia que no fuese de su mayor conveniencia despues de ha-
» berla premeditado con madura deliberacion, consultando á sus
» dioses el acierto, y tenido señales evidentes de que hacia su
» voluntad. »

Afectaba muchas veces estas vislumbres de inspiracion para dar algo de divinidad á sus resoluciones, y entonces le creyeron, porque no era novedad que le favoreciese con sus respuestas el demonio. Asentada esta reconvencion y este misterio, refirió con brevedad « el orígen del imperio mejicano, la espedicion de los nabatlacas, » las hazañas prodigiosas de Quezalcoal, su primer emperador, y » lo que dejó profetizado cuando se apartó á las conquistas del » Oriente, previniendo con impulso del cielo que habian de volver » á reinar en aquella tierra sus descendientes. Tocó despues como » punto indubitable: que el rey de los españoles que dominaba en » aquellas regiones orientales, era legítimo sucesor del mismo » Quezalcoal. Y añadió: que siendo él monarca, de quien habia » de proceder aquel príncipe tan deseado entre los mejicanos, y tan » prometido en los oráculos y profecías que veneraba su nacion, » debian todos reconocer en su persona este derecho hereditario, » dando á su sangre lo que á falta de ella se introdujo en eleccion: » que si hubiera venido entonces personalmente, como envió sus » embajadores, era tan amigo de la razon, y amaba tanto á sus va- » sallos, que por su mayor felicidad seria el primero en desnudarse » de la dignidad que poseía, rindiendo á sus pies la corona, fuese » para dejarla en sus sienes, ó para recibirla de su mano. Pero que » debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubiese llegado en » su tiempo noticia tan deseada, queria ser el primero en manifestar » la prontitud de su ánimo; y habia discurrido en ofrecerle desde » luego su obediencia, y hacerle algun servivio considerable. A » cuyo fin tenia destinadas las joyas mas preciosas de su tesoro, y » queria que sus nobles le imitasen, no solo en hacer el mismo » reconocimiento, sino en acompañarle con alguna contribucion » de sus riquezas para que siendo mayor el servicio, llegase mas » decoroso á los ojos de aquel príncipe. »

En esta sustancia concluyó Motezuma su razonamiento, aunque no de una vez; porque á despecho de lo que se procuró esforzar en este acto, cuando llegó á pronunciarse vasallo de otro rey, le hizo tal disonancia esta proposicion, que se detuvo un rato sin hallar las palabras con que habia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se vieron algunas lágrimas discurrir por su rostro, como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los mejicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezaron tambien á enternecerse prorrumpiendo en sollozos menos recatados, y deseando al parecer con algo de lisonja que

hiciese ruido su fidelidad. Fue necesario que Cortés pidiese licencia de hablar y alentase á Motezuma diciendo: « que no era el ánimo » de su rey desposeerle de su dignidad, ni trataba de que se hiciese » novedad en sus dominios, porque solo querria que se aclarase » por entonces su derecho á favor de sus descendientes, respecto » de hallarse tan distante de aquellas regiones, y tan ocupado en » otras conquistas, que no podria llegar en muchos años el caso » en que hablaban sus tradiciones y profecías » con cuyo desahogo cobró aliento, volvió á serenar el semblante, y acabó su oracion como se ha referido.

Quedaron los mejicanos atónitos ó confusos de oir semejante resolucion, estrañándola como desproporcionada ó menos decente á la magestad de un príncipe tan grande y tan celoso de su dominacion. Miráronse unos á otros sin atreverse á replicar ni á conceder, dudando en qué se ajustarian mas á su intencion; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados; y con mejor conocimiento de su dictámen respondió por los demas: « que todos los nobles que concurrian en aquella junta le respetaban como á su rey y señor natural, y estarian prontos á obedecer » lo que proponia por su benignidad y mandaba con su ejemplo, » porque no dudaban que lo tendria bien discurrido y consultado » con el cielo, ni tenian instrumento mas sagrado que el de su voz » para entender la voluntad de los dioses: » concurrieron todos en el mismo sentir, y Hernan Cortés cuando llegó el caso de significar su agradecimiento, fue dictando á sus intérpretes otra oracion no menos artificiosa, en que dió las gracias á Motezuma y á todos los circunstantes de aquella demostracion, aceptando en nombre de su rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones con la máxima de no estrañar mucho que asistiesen á su obligacion; al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Pero no bastaron aquellas lágrimas de Motezuma para que recelase Cortés entonces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final, en que se dejó llevar del primer sonido con alguna disculpa; porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprension de los descendientes de Quezalcoal, y tenian á su rey indubitablemente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demostracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las cláusulas del vasallage, á la misma violencia con que se desprende la corona y se mide la suma distancia que hay entre la soberanía y la sujecion: caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por mas que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel imperio, no tuvo intento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fue deshacerse de los españoles y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su pa-

labra; y no estaria fuera de su centro entre aquellos reyes bárbaros la simulacion; cuya indignidad, bastante á manchar el pundonor de un hombre particular, pusieron otros bárbaros estadistas entre las artes necesarias del reinar.

Desde aquel dia, como quiera que fuese, quedó reconocido el emperador Cárlos V, por señor del imperio mejicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente; y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesion de aquella corona, sobre cuya resolucion se formó público instrumento con todas las solemnidades que parecieron necesarias, segun el estilo de los homenajes que solian prestar á sus reyes, dando este allanamiento de príncipe y vasallos, poco mas que el nombre de rey, al emperador; y siendo una como insinuacion misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas sobre justa provocacion, como lo veremos en su lugar, circunstancia particular que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de aquel dominio sobre las demas consideraciones generales, que no solo hicieran lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable, siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio.

## CAPITULO IV.

**Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes: dícele Motezuma con resolucion que trate de su jornada, y él procura dilatarla sin replicarle; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa.**

No se descuidó Motezuma en acercarse como pudo al fin que deseaba, resuelto á ganar las horas en el despacho de los españoles, y ya violento en aquel género de sujecion que se hallaba obligado á conservar porque no dejase de parecer voluntaria. Entregó con este cuidado á Cortés el presente que tenia prevenido, y se componia de varias curiosidades de oro con alguna pedrería; unas de las que usaba en el adorno de su persona, y otras de las que se guardaban por grandeza y servian á la ostentacion: diferentes piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio: cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuis, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes; y algunas pinturas de pluma, cuyo colores naturales, ó imitaban mejor, ó tenian menos que fingir en la imitacion de la naturaleza: dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido y trataba de poner en precio su libertad.

Siguiéronse á esta demostracion los presentes de los nobles que venian con título de contribucion, y se redujeron á piezas de oro y otras preseas de la misma calidad, en que se compitieron unos á

otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su rey, y mezclando esta subordinacion con algo de propia vanidad. Todo venia dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al cuarto de Cortés. Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey, y del resíduo segundo quinto para Hernan Cortés, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velazquez, y lo que le prestaron sus amigos en la isla de Cuba; y lo demas se repartió entre los capitanes y soldados, comprendiendo á los que se hallaban en la Vera-Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenian ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia, porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios; ó menos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortés y contra los capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian menos, y no era posible llenar su codicia, ni conviniera fundar enr azon la desigualdad.

Bernal Diaz del Castillo discurre con indecencia en este punto; y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los pobres soldados en este repartimiento, hasta referir como donaire y discrecion lo que dijo este ó aquel en los corrillos (1).

Habla mas como pobre soldado que como historiador; y Antonio de Herrera le sigue con descuidada seguridad, siendo en la historia igual prevaricacion decir de paso lo que se debe ponderar y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se quietó este desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés del oro que le habia tocado todo lo que fue necesario para satisfacer á los quejosos, y alaban despues su liberalidad y desinterés, deshaciendo en vez de borrar lo que sobra en su narracion.

Motezuma, luego que por su parte y la de sus nobles se dió cumplimiento al servicio que se ofreció en la junta, hizo llamar á Cortés, y con alguna severidad fuera de su costumbre, le dijo: « que » ya era razon que tratase de su jornada, pues se hallaba ente» ramente despachado; y que habiendo cesado todos los motivos ó » pretestos de su detencion, y conseguido en obsequio de su rey tan » favorable respuesta de su embajada, ni sus vasallos dejarian de » presumir intentos mayores si le viesen perseverar en su corte

(1) No es esa efectivamente la ocasion en que Bernal se hace mas recomendable á sus lectores.

» voluntariamente, ni él podria estar de su parte cuando no estaba » de su parte la razon. » Esta breve insinuacion de su ánimo, dicha en términos de amenaza y con señas de resolucion premeditada, hizo tanta novedad á Cortés que tardó en socorrerse de su discrecion para la respuesta; y conociendo entonces el artificio de aquellas liberalidades y favores de la junta pasada, tuvo primeros movimientos de replicarle con alguna entereza, valiéndose del genio superior con que le dominaba; y fuese con este fin, ó porque llegó á recelar viéndole tan sobre sí que traeria guardadas las espaldas, ordenó recatadamente á uno de sus capitanes que hiciese tomar las armas á los soldados, y los tuviese prontos para lo que se ofreciese. Pero entrando en mejor consejo, se determinó á condescender por entónces con su voluntad; y para dar motivo á la detencion de la respuesta, disculpó cortesanamente lo que se habia embarazado, viéndole ménos agradable cuando era tan puesto en razon lo que ordenaba. Díjole: « que trataria luego de abreviar su viage: que ya traia entre las » manos las prevenciones de que necesitaba; y que deseando eje» cutarle sin dilacion, habia discurrido en pedirle licencia para que » se fabricasen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, » por haberse perdido, como sabia, los que le condujeron á sus » costas. » Con que dejó introducida y pendiente su obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion (1).

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance; y que vino con determinacion de hacerse obedecer, valiéndose de la fuerza si fuese necesario; y es cierto que temió la réplica de Cortés, y que deseaba escusar el rompimiento, porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitase la ocasion de irritarse contra él. Amábale con un género de voluntad que tenia parte de inclinacion y parte de respeto; y bien hallado con su mismo desenojo le dijo: « que no era su intento apresurase su jornada sin darle medios » para que la ejecutase: que se dispondria luego la fábrica de los » bajeles, y entretanto no tenia que hacer novedad ni apartarse de » su lado, pues bastaria para la satisfaccion de sus dioses y quietud » de sus vasallos, aquella prontitud con que se trataba de obedecer » á los unos y complacer á los otros. » Fatigábale aquellos dias el demonio con horribles amenazas, dando voz ó semejanza de voz á los ídolos para irritarle contra los españoles. Congojábanle tambien los nuevos rumores que se iban encendiendo entre los suyos por haberse recibido mal que se hiciese tributario de otro príncipe, mirando aquella desautoridad suya como nuevo gravámen que bajaria con el tiempo á los hombros de sus vasallos. De suerte que se

(1) Esta narracion la copió Solís de las décadas de Herrera; pero Cortés nada dice en sus relaciones al Rey; y ciertamente no hubiera omitido en ellas un hecho tan importante, y digámoslo así, diplomático, si hubiese sido cierto.

hallaba combatido por una parte de la política, y por otra de la religion; y fue mucho que se determinase á dar esta permision á Cortés, por ser observantísimo con sus dioses, y no menos supersticioso con el ídolo de su conservacion.

Diéronse luego las órdenes para la fábrica de los bajeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, señalando los parages donde se podria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con indios de carga para que la condujesen al astillero. Hernan Cortés por su parte afectó las esterioridades de obediente. Despachó luego á los maestros y oficiales que fabricaron los bergantines, conocidos ya entre los mejicanos. Discurrió públicamente con ellos del porte y calidad de los bajeles, ordenándoles que se aprovechasen del hierro, jarcias y velámen de los que se barrenaron; y todo era tratar del viage como si le tuviera resuelto; con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera-Cruz habló reservadamente á Martin Lopez, vizcaino de nacion, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabia cumplir mejor con la profesion de soldado. Encargóle « que se » fuese poco á poco en la formacion de los bajeles, y procurase » alargar la obra cuanto pudiese con tal artificio que se consiguiese » la tardanza sin que pareciese dilacion. » Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, con esperanza de que le trajesen algun socorro de gente, ó por lo menos el despacho y órdenes de que necesitaba para la direccion de su empresa, porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera-Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los mejicanos: admirable constancia, que no solo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulúa diez y ocho navíos estrangeros, y los ministros de aquel parage se los enviaron pintados en aquellos lienzos que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dejado ver en ellos, y algunos caractéres en que venia significado lo que se podria recelar de sus intentos, siendo españoles al parecer, y llegando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su corte. Diésele ó no cuidado esta representacion de sus gobernadores, lo que resultó de ella fue llamar luego á Cortés, ponerle delante la pintura, y decirle: « que ya no seria necesaria la prevencion que se hacia

» para su jornada, pues habian llegado á la costa bajeles de su » nacion en que podria ejecutarla. » Miró Cortés la pintura con mas atencion que sobresalto; y aunque no entendió los caractéres que la especificaban, conoció en el trage de la gente, porte y hechura de los navíos, lo bastante para no dudar que fuesen españoles. Su primer movimiento fue alegrarse, teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto número de bajeles. Vase con facilidad la imaginacion á lo que se desea, y no se persuadió entonces á que pudiese venir contra él armada tan poderosa; porque discurria noblemente segun la llaneza de su proceder; y las sinrazones ocurren tarde á los bien intencionados. Su respuesta fue: « que se partiria luego si aquellos » navíos estuviesen de vuelta para los dominios de su rey. » Y no estrañando que hubiese llegado primero á su noticia esta novedad, porque sabia la incesable diligencia de sus correos, añadió: « que » no podia tardar el aviso de los españoles que asistian en Zempoala, » por cuyo medio se sabrian con fundamento la derrota y designios » de aquella gente, y se veria si era necesario proseguir en la fá» brica de los bajeles, ó posible adelantar sin ellos su viage. » Aprobó Motezuma este reparo, agradeciendo la prontitud y conociendo la razon. Pero tardaron poco en llegar las cartas de la Vera-Cruz, en que avisaba Gonzalo de Sandoval: « que aquellos bajeles » eran de Diego Velazquez, y venian en ellos ochocientos españoles » contra Hernan Cortés y su conquista; » cuyo golpe no esperado recibió en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion era terrible: angustias por todas partes: desconfianzas en Méjico y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion, negó su cuidado á Motezuma, endulzó la noticia entre los suyos, y se retiró despues á desapasionar el discurso para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

## CAPITULO V.

**Refiérense las nuevas prevenciones que hizo Diego Velazquez para destruir á Hernan Cortés: el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narbaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los españoles de la Vera-Cruz.**

Dejamos á Diego Velazquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortés, y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionaron sus violencias para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del licenciado Benito Martin, su capellan, con nombramiento de adelantado por el rey, no

solo de aquella isla, sino de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dábale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el presidente de las Indias, obispo de Búrgos, desfavoreciendo por este respeto á los procuradores de Cortés. Pero al mismo tiempo le avisaba de la benignidad con que los oyó el emperador en Tordesillas; del ruido que habian hecho en España las riquezas que llevaron, y del concepto grande con que se hablaba ya en aquella conquista, dándola el primer lugar entre las antecedentes.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamientos. Diéronle osadía y presuncion los favores del presidente, y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar mas en los mas poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion mas empeñada ó con otra especie de superioridad que le desfiguraba la envidia con el trage de justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortés, y aunque no le pesaba de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dejaban siempre su lugar al servicio del rey, no podia sufrir que se llevase otro las gracias que á su parecer se le debian. tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuia, sin otro fundamento, el renombre de conquistador; y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Con estos motivos y con esta destemplanza de aprensiones trató luego de formar armada y ejército con que destruir á Hernan Cortés y á cuantos le seguian : compró bajeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la isla, visitando las estancias de los españoles, y animándolos á la faccion. Poníales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio : partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entonces (así lo decia) por unos rebeldes mal aconsejados que salieron de Cuba fugitivos para no dejar en duda su falta de valor; con cuyas esperanzas y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves dias un ejército, que allí se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes españoles, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Nombró por cabo principal á Pánfilo de Narbaez, natural de Valladolid, sugeto capaz, y en aquella isla de la primera estimacion, aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de teniente suyo, nombrándose gobernador, cuando menos, de la Nueva España.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba : « que procurase prender á Cortés, y se le remitiese con buena guardia para » que recibiese de su mano el castigo que merecia : que hiciese lo » mismo con la gente principal que le seguia si no se redujesen á

» dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo » conquistado, adjudicándolo al distrito de su adelantamiento; » sin detenerse mucho á discurrir en los accidentes que se le podian ofrecer, porque á vista de tan ventajosas fuerzas, le parecia fácil de conseguir cuanto le proponia su deseo y la confianza; vicio familiar de ingenios apasionados; ó mira desde lejos los peligros, ó no conoce, hasta que padece las dificultades.

Tuvieron aviso de este movimiento y prevenciones los religiosos de San Gerónimo que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, con suprema jurisdiccion sobre las otras islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego Velazquez: y no bastando los medios suaves le intimase las órdenes que llevaba, mandándole con graves penas que desarmase la gente, deshiciese la armada, y no perturbase ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so color de pertenecerle por cualquiera razon ó pretesto que fuese; y que dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo, y siete poco mas que bergantines, unos y otros de buena calidad; y Diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle sirviéndose amigablemente de cuantas razones le ocurrieron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer « lo » que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, interesados ya » en defender sus mismas utilidades los soldados que le seguian: » el daño que podria resultar de que viesen aquellos indios belicosos y recien conquistados una guerra civil entre los españoles; » que si por esta desunion se perdiese una conquista, de que ya se » hacia tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un » cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los que mas » le favorecian. » Púsose de parte de su justicia para persuadirle « á que la pidiese, donde se miraria con diferente atencion, si no » la desacreditase con aquella violencia. » Y últimamente, viéndole incapaz de consejo porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion, porque sonaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion hecha ya porfía la inobediencia. Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió

deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viage con apariencias de curiosidad, á que salió fácilmente Diego Velazquez porque llegase mas tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos : resolucion que, bien fuese de su dictámen ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos españoles. Persuadióse con bastante probabilidad á que seria mas fácil de conseguir lejos de Diego Velazquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narbaez, y aunque fue su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer alabanza su celo y su discurso : que los sucesos por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien Andres de Duero, aquel secretario de Velazquez que favoreció tanto á Cortés en los principios de su fortuna. Dicen unos que se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas acordando el beneficio; y otros que fue su intencion mediar con Narbaez y embarazar en cuanto pudiese la ruina de su amigo; á cuyo sentir nos aplicaremos antes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Hiciéronse á la vela, y favoreciéndolos el viento se hallaron en breves dias á vista de la tierra que buscaban. Surgió la armada en el puerto de Ulúa, y Pánfilo de Narbaez echó algunos soldados en tierra para que tomasen lengua y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron estos á poca diligencia dos ó tres españoles que andaban desmandados por aquel parage. Lleváronlos á la presencia de su capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en Méjico y en la Vera-Cruz, buscando su lisonja en el descrédito de Cortés : sobre cuya noticia fue lo primero que resolvió tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniéndola por él, ó la desmantelase, pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consigo, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de condicion menos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenia Gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen unas á otras, por cuyo medio supo que venian mucho antes que llegasen; y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos; y el clérigo, despues de las primeras urbanidades, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pánfilo de

Narbaez á tomar satisfaccion por Diego Velazquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su órden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida en el sosiego esterior: « que Pánfilo de Narbaez era » su amigo, y tan atento vasallo de su rey, que solo desearia lo que » fuese mas conveniente á su servicio: que la ocurrencia de las » cosas y el mismo estado en que se hallaba la conquista pedian que » se uniesen sus fuerzas con las de Cortés, y le ayudasen á perfec» cionar lo que tenia tan adelantado, tratándose primero de la » primera obligacion, pues no se hizo el tribunal de las armas para » querellas de particulares; pero que dado caso que anteponiendo » el interés ó la venganza de su amigo se arrojase á intentar alguna » violencia contra Hernan Cortés, tuviese desde luego enten» dido que así él como todos los soldados de aquella plaza quer» rian antes morir á su lado, que concurrir á semejante desalum» bramiento. »

Sintió el clérigo, como golpe improviso, esta repulsa; y mas acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorrumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortés, llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval, y cuantos le siguiesen. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle acordándole su dignidad, para que supiese á lo menos la razon por qué le sufrian; pero él, levantando la voz sin mudar el estilo, mandó al escribano: « que hiciese notorias las órdenes que llevaba para que » supiesen todos que habian de obedecer á Narbaez, pena de la » vida; » y no pudo lograr esta diligencia porque la embarazó Gonzalo de Sandoval, diciendo al escribano que le haria poner en una horca si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Crecieron tanto las voces y los desacatos, que los mandó llevar presos no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narbaez, resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase de ellos Hernan Cortés, ó procurase reducirlos; y lo ejecutó sin dilacion, haciendo prevenir indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de literas. Fue con ellos por cabo de la guardia un español de su confianza que se llamaba Pedro de Solís: encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino: despachó correo adelantando á Cortés esta noticia, y trató de prevenir su gente y convocar los indios amigos para la defensa de su plaza, disponiendo cuanto le tocaba, como advertido y cuidadoso capitan.

No se puede negar que obró con algun arrojamiento mas que militar en la prision de aquel sacerdote, dando á su irritacion sobrada

licencia, si ya no la resolvió políticamente, considerando que no estaria bien cerca de Narbaez un hombre de aquella violencia y precipitacion, para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Puédese creer que se dieron la mano en su resolucion el propio sentimiento y la conveniencia principal; y si obró con esta mira, como lo persuade la misma reportacion con que le habia sufrido y respetado, no se debe culpar todo el hecho por este ó aquel motivo menos moderado : que algunas veces acierta el enojo lo que no acertára la modestia, y sirve la ira de dar calor á la prudencia.

## CAPITULO VI.

**Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en órden á escusar el rompimiento : introduce tratados de paz : no los admite Narbaez ; antes publica la guerra, y prende al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon.**

De todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortés frecuentes avisos que hicieron evidencia su recelo; y poco despues supo que habia tomado tierra Pánfilo de Narbaez, y marchaba con su ejército en órden la vuelta de Zempoala. Padeció mucho aquellos dias con su mismo discurso, vario en los medios y perspicaz en los inconvenientes. No hallaba partido en que no quedase mal satisfecho su cuidado. Buscar á Narbaez en la campaña con fuerzas tan desiguales era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado á dejar en Méjico parte de su gente para cubrir el cuartel, defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Motezuma. Esperar á su enemigo en la ciudad era revolver los humores sediciosos de que adolecian ya los mejicanos, darles ocasion para que se armasen con pretesto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas : introducir pláticas de paz con Narbaez y solicitar la union, de aquellas fuerzas, siendo lo mas conveniente, le pareció lo mas dificultoso, por conocer la dureza de su condicion y no hallar camino de reducirle, aunque se rindiese á rogarle con su amistad; á que no se determinaba por ser el ruego poco feliz con los porfiados, y en proposiciones de paz desairado medianero. Poníasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey, atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud, y dejando en el pecho la tempestad.

A Motezuma decia que aquellos españoles eran vasallos de su rey que traerian segunda embajada en prosecucion de la primera : que venian con ejército por costumbre de su nacion : que procuraria disponer que se volviesen, y se volveria con ellos pues se hallaba ya despachado, sin que hubiese dejado su grandeza que desear á los que venian de nuevo con la misma proposicion. A sus soldados

animaba con varios presupuestos, cuya falencia conocia. Deciales que Narbaez era su amigo, y hombre de tantas obligaciones y de tan buena capacidad, que no dejaria de inclinarse á la razon, anteponiendo el servicio de Dios y del rey á los intereses de un particular: que Diego Velazquez habia despoblado la isla de Cuba para disponer su venganza, y á su parecer les enviaba un socorro de gente con que proseguir su conquista: porque no desconfiaba de que se hiciesen compañeros los que venian como enemigos. Con sus capitanes andaba menos recatado; comunicábales parte de sus recelos, discurria como de prevencion en los accidentes que se podian ofrecer; ponderaba la poca milicia de Narbaez, la mala calidad de su gente, la injusticia de su causa, y otros motivos de consuelo en que trabajaba tambien su disimulacion, dándoles en la verdad mas esperanzas que tenia.

Pidióles finalmente su parecer, como lo acostumbraba en casos de semejante consecuencia, y disponiendo que le aconsejasen lo que tenia por mejor, resolvió tentar primero el camino de la paz, y hacer tales partidos á Narbaez, que no se pudiese negar á ellos sin cargar sobre sí los inconvenientes del rompimiento. Pero al mismo tiempo hizo algunas prevenciones para cumplir con su actividad. Avisó á sus amigos los de Tlascala que le tuviesen prontos hasta seis mil hombres de guerra para una faccion en que seria posible haberlos menester. Ordenó al cabo de tres ó cuatro soldados españoles que andaban en la provincia de Chinantla descubriendo las minas de aquel parage, que procurase disponer con los caciques una leva de otros dos mil hombres, y que los tuviese prevenidos para marchar con ellos al primer aviso. Eran los chinantecas enemigos de los mejicanos, y se habian declarado con grande afecto por los españoles, y enviado secretamente á dar la obediencia; gente valerosa y guerrera, que le pareció tambien á propósito para reforzar su ejército; y acordándose de haber oido alabar las picas ó lanzas de que usaban en sus guerras, por ser de vara consistente y de mayor alcance que las nuestras, dispuso que le trajesen luego trescientas para repartirlas entre sus soldados, y las hizo armar con puntas de cobre templado que suplia bastantemente la falta del hierro: prevencion que adelantó á las demas porque le daba cuidado la caballería de Narbaez, y porque hubiese tiempo de imponer en el manejo de ellas á los españoles.

Llegó entretanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval: avisó á Cortés, y esperó su órden antes de entrar en la laguna. Pero él que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con mas que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones: abrazólos con grande humanidad, y al licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo. Díjole: « que castigaria á Gonzalo de Sandoval la » desatencion de no respetar como debia su persona y dignidad. » Llevóle á su cuarto, dióle su mesa, y le significó algunas veces con

bien adornada esterioridad « cuánto celebraba la dicha de tener á » Pánfilo de Narbaez en aquella tierra, por lo que se prometia de » su amistad y antiguas obligaciones. » Cuidó de que anduviesen delante de él alegres y animosos los españoles. Púsole donde viese los favores que le hacia Motezuma, y la veneracion con que le trataban los príncipes mejicanos. Dióle algunas joyas de valor con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros, y sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narbaez, los despachó dentro de cuatro dias inclinados á su razon y cautivos de su liberalidad.

Hecha esta primorosa diligencia, y dejando al tiempo lo que podria fructificar, resolvió enviar persona de satisfaccion que propusiese á Narbaez los medios que parecian praticables y eran convenientes. Eligió para esta negociacion al padre fray Bartolomé de Olmedo, en quien concurrian con ventajas conocidas la elocuencia y la autoridad. Abrevió cuanto fue posible su despacho, y le dió cartas para Narbaez, para el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, y para el secretario Andres de Duero con diferentes joyas que repartiese, conforme al dictámen de su prudencia. Era la importancia de la paz el argumento de las cartas, y en la de Narbaez le daba la bien venida con palabras de toda estimacion; y despues de acordarle su amistad y confianza, « le informaba el estado en que tenia » su conquista, descubriéndole por mayor las provincias que habia » sujetado, la sagacidad y valentía de sus naturales, y el poder y » grandezas de Motezuma. » No tanto para encarecer su hazaña, como para traerle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos ejércitos á perfeccionar la empresa. Dábale á entender « cuánto se debia recelar que los mejicanos, gente advertida y » belicosa, llegasen á conocer discordia entre los españoles, por» que sabrian aprovecharse de la ocasion y destruir ambos parti» dos para sacudir el yugo forastero. » Y últimamente le decia: « que para escusar lances y disputas convendria que sin mas di» lacion le hiciese notorias las órdenes que llevaba; porque si » eran del rey estaba pronto á obedecerlas, dejando en sus manos » el baston y el ejército de su cargo; pero si eran de Diego Velaz» quez debian ambos considerar con igual atencion lo que aventu» raban; porque á vista de una dependencia, en que se interponia » la causa del rey, hacian poco bulto las pretensiones de un vasallo, » que se podrian ajustar á menos costa, siendo su ánimo satisfa» cerle todo el gasto de su primer avío, y partir con él no solamente » las riquezas, sino la misma gloria de la conquista. » En este sentir concluyó su carta; y pareciéndole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender « que no se valia de la razon porque le faltasen » las manos; y que de la misma suerte que sabia ponderarla, sabria » defenderla. »

Tenia Pánfilo de Narbaez asentado su cuartel y alojado su ejér-

cito en Zempoala; y el cacique gordo anduvo muy solícito en el agasajo de aquellos españoles, creyendo que venian de socorro á su amigo Hernan Cortés; pero tardó poco en desengañarse, porque no hallaba en ellos el estilo á que le tenian enseñado los primeros; y aunque no traian lengua para darse á entender, hablaban las demostraciones y los diferenciaba el proceder. Reconoció en Narbaez un género de imperiosa desazon que le puso en cuidado, y no le quedó que dudar cuando vió que le quitaba contra su voluntad todas las alhajas y joyas que habia dejado en su casa Hernan Cortés. Los soldados, á quien servia de licencia el ejemplo de su capitan, trataban á sus huéspedes como enemigos, y ejecutaba la estorsion lo que mandaba la codicia.

Llegó el licenciado Guevara y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de Méjico, cuán bien recibido estaba Hernan Cortés en aquella corte, lo que le amaba Motezuma y respetaban sus vasallos: encareció la humanidad y cortesía con que le habia recibido y hospedado: empezó á discurrir en lo que deseaba, que no se llegase á conocer discordia entre los españoles, inclinándose al ajustamiento; y no pudo proseguir porque le atajó Narbaez, diciéndole que se volviese á Méjico si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró en lo que mas importaba la diligencia de Cortés: porque algunos se inclinaron á su razon: otros á su liberalidad, quedando todos aficionados á la paz, y llegando los mas á tener por sospechosa la dureza de Narbaez.

Poco despues vino el padre fray Bartolomé de Olmedo, y halló en Pánfilo de Narbaez mas entereza que agasajo. Puso en sus manos la carta, leyóla por cumplimiento, y con señas de hombre que se reprimia, se dispuso á escucharle, dando á entender que sufria la embajada por el embajador. Fue la oracion del religioso elocuente y sustancial. Acordó en el exordio « las obligaciones de su profe» sion para introducirse á medianero desinteresado en aquellas » diferencias. » Procuró « sincerar el ánimo de Cortés, como tes» tigo de vista obligado á la verdad. » Asentó « que por su parte » seria fácil de conseguir cuanto se le propusiese razonable y con» veniente: » ponderó « lo que se aventuraba en la desunion de » los españoles: cuanto adelantaria Diego Velazquez su derecho » si cooperase con aquellas armas á la perfeccion de la conquista;» y añadió: « que teniéndolas él á su disposicion debia medir el uso » de ellas con el estado presente de las cosas; punto que vendria » presupuesto en su instruccion: pues se dejaba siempre á la pru» dencia de los capitanes el arbitrio de los medios con que se » habia de asegurar el pretendido; y ellos estaban obligados á » obrar segun el tiempo y sus accidentes, para no destruir con la » ejecucion el intento de las órdenes. »

La respuesta de Narbaez fue precipitada y descompuesta: « que » no era decente á Diego Velazquez el pactar con un súbdito rebelde » cuyo castigo era el primer negocio de aquel ejército: que man- » daria luego declarar por traidores á cuantos le siguiesen; y que » traia bastantes fuerzas para quitarle de las manos la conquista, » sin necesitar de advertencias presumidas ó consejos de culpados » que se valian para persuadirle de la razon con que se hallaban » para temerle.» Replicóle fray Bartolomé sin dejar su moderacion: « que mirase bien lo que determinaba, porque antes de llegar á » Méjico habia provincias enteras de indios guerreros amigos de » Cortés que tomarian las armas en su defensa; y que no era tan » fácil como pensaba el atropellarle; porque sus españoles estaban » arrestados á perderse con él, y que tenia de su parte á Motezuma, » príncipe de tantas fuerzas que podria juntar un ejército para cada » uno de sus soldados; y últimamente, que una materia de aquella » calidad no era para resuelta de la primera vez; que la discur- » riese con segunda reflexion, y él volveria por la respuesta.» Con lo cual se despidió, dejando en sus oidos este género de animosidad, porque le pareció necesaria para mitigar aquella confianza de sus fuerzas en que consistia la mayor vehemencia de su obstinacion.

Pasó luego á ejecutar las otras diligencias de su instruccion. Visitó al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon y al secretario Andres de Duero que alabaron su celo, aprobando lo que propuso á Narbaez, y ofreciendo asistir á su despacho con todos los medios posibles, para que consiguiese la paz que tanto convenia. Dejóse ver de los capitanes y soldados que conocia: publicó su comision: procuró acreditar la intencion de Cortés: hizo desear el ajustamiento: repartió con buena eleccion sus joyas y sus ofertas; y pudo esperar que se formase partido á favor de Cortés, ó por lo menos á favor de la paz, si Pánfilo de Narbaez, que tuvo noticia de estas pláticas, no le hubiera estrechado á que no las prosiguiese. Mandóle venir á su presencia y á grandes voces le atropelló con injurias y amenazas. Llamóle amotinador y sedicioso: calificó por especie de traicion el andar sembrando entre su gente las alabanzas de Cortés; y estuvo resuelto á prenderle, como se hubiera ejecutado si no se interpusiera el secretario Andres de Duero; á cuya instancia corrigió su dictámen ordenando que saliese luego de Zempoala.

Pero el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, que llegó advertidamente á la sazon, fue de sentir que se debia convocar antes una junta en que se hallasen todos los cabos del ejército para que se discurriese con mayor acuerdo la respuesta que se habia de dar á Hernan Cortés, puesto que se mostraba inclinado á la paz, y no parecia dificultoso que se llegase á poner en términos proporcionados y decentes; á cuya proposicion se inclinaban algunos de los capitanes que se hallaron presentes; pero Narbaez la oyó con un género de impaciencia que tocaba en desprecio: y para responder de una vez

al oidor y al religioso, mandó publicar á sus oidos con voz de pregonero la guerra contra Hernan Cortés á sangre y fuego, declarándole por traidor al rey, señalando talla para quien le prendiese ó matase y dando las órdenes para que se previniese la marcha del ejército.

No pudo ni debió aquel ministro sufrir ó tolerar semejante desacato, ni dejar de ocurrir al remedio con su autoridad. Mandó que cesasen los pregones: hízole notificar « que no se moviese de Zem» poala pena de la vida, ni usase de aquellas armas sin acuerdo y » parecer de todo el ejército: » ordenó á los capitanes y soldados que no le obedeciesen, y duró en sus protestas y requerimientos con tanta resolucion, que Narbaez, ciego ya de cólera y perdido el respeto á su persona y representacion, le hizo prender ignominiosamente, y dispuso que le llevasen luego á la isla de Cuba en uno de sus bajeles: de cuya ejecucion volvió escandalizado el padre fray Bartolomé de Olmedo sin otra respuesta; y lo quedaron tanto sus mismos capitanes y soldados, que los de mayor discurso viendo prender á un ministro de aquella suposicion, se hallaron obligados á mirar con alguna cautela por el servicio del rey; y los de menos punto con bastante materia para la murmuracion y el desafecto á su capitan; mejorándose con este atrevimiento de Narbaez la causa de Cortés en la inclinacion de los soldados, y sirviéndole como diligencias suyas los mismos desaciertos de su enemigo.

## CAPITULO VII.

**Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narbaez: resuelve Cortés su jornada, y la ejecuta dejando en Méjico parte de su gente.**

Asientan algunos de nuestros escritores, que Pánfilo de Narbaez introdujo pláticas de grande intimidad y confidencia con Motezuma: que iban y venian correos de Méjico á Zempoala, por cuyo medio le dió á entender que traia comision de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés: que no solo él, sino todos los que seguian sus banderas andaban foragidos y fuera de obediencia; y que habiendo sabido la opresion en que se hallaba su persona, trataria luego de marchar con su ejército para dejarle restituido en su libertad, y en pacífica posesion de sus dominios; con otras imposturas de semejante malignidad. A cuyas esperanzas dicen no solo que asintió Motezuma, pero que llegó á entenderse con él, y le hizo grandes presentes, recatándose de Cortés, y deseando romper su prision con ocultas diligencias. No sabemos como pudieron llegar á sus oidos estas sugestiones; porque Narbaez no tuvo intérpretes con que darse á entender á los indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguage de las señas tan concertada negociacion. De

sus españoles solo vinieron á Méjico el licenciado Guevara con los demas que remitió Sandoval, y estos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni cuando se diera en Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los indios zempoales conocieron de los semblantes y señas esteriores la enemistad y oposicion de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó ministros: porque no es dudable que la tuvo antes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasion se arguye que tenia el ánimo seguro, y sin alguna preocupacion de siniestros informes (1).

(1) Los argumentos que hace Solis para probar que no mediaron inteligencias entre Motezuma y Pánfilo de Narvaez, no demuestran suficientemente que no existiesen aquellas. Lisongeado el príncipe con la oferta que Narvaez le hacia de su próxima libertad y de ver desembarazada de españoles su tierra, difícilmente podia haber resistido al deseo de concertar los médios de ver realizada su esperanza. Ni se debe suponer tampoco tal escasez de lenguas ó intérpretes que Narvaez careciese absolutamente de ellos; siendo mas ajustado á razon el dar por supuesto que habiéndose de entender en negocio tan árduo con los naturales del pais para interesarlos en su partido, forzosamente habia de procurarse ese medio único de comunicacion para las negociaciones. Solis no debia ignorar tampoco que á Cortés se le desertaron tres soldados que se fueron con Narvaez, los cuales sirvieron efectivamente de intérpretes, segun lo asegura Bernal Diaz en el capítulo 110 de su historia. Por último las palabras de Cortés á Cárlos V, dichas con el fin de buscar en ellas pretestos para nuevos procedimientos contra Motezuma, no dejan duda de que este tuvo alguna secreta comunicacion con Narvaez, aun cuándo por su timidez se suponga no haber sido ni muy declarada ni haber omitido tampoco el riguroso sigilo.

He aqui como se espresa Cortés: « E tambien me dijo, como habia hallado con » el dicho Narvaez á un señor natural de esta tierra, vasallo del dicho Motezuma: y » que le tenia por gobernador suyo en toda su tierra de los puertos hácia la costa de » la Mar: y que supo que al dicho Narvaez le habia hablado de parte del dicho » Motezuma, y dádole ciertas joyas de oro: y el dicho Narvaez le habia dado tam» bien á él ciertas cosillas: y que supo que habia despachado de alli ciertos men» sajeros para el dicho Motezuma, y enviado á le decir, que él le soltaria, y que » venia á prenderme á mí y á todos los de mi compañía, é irse luego, y dejar la » tierra: y que él no queria oro, sino preso yo, y los que conmigo estaban, vol» verse, y dejar la tierra, y sus naturales de ella en su libertad .....» Y prosigue diciendo luego: « y no queriendo yo, ni los de mi compañía tenerle por capitan, y » justicia en nombre de dicho Diego Velazquez, venir contra nosotros, y tomar» nos por guerra: y que para ello estaba confederado con los naturales de la tierra, » en especial con el dicho Motezuma, por sus mensageros: y como yo viese tan » manifiesto el daño, y deservicio, que a vuestra Magestad de lo susodicho se » podia seguir, etc. »

El lector juzgará del valor que debe darse á los hechos indicados en esa narracion de Cortés al lado de las observaciones de Solis. Herrera, á quien este sigue con mas fidelidad que á ningun otro historiador de América, se estiende á dar largos pormenores de la empresa de Narvaez y de su inteligencia con Motezuma: y hablando de la notificacion que el clérigo Guevara hizo á Sandoval para que entregara á Narvaez la fortaleza de Vera-Cruz, dice que fue acompañado de seis españoles y *algunos* indios venidos de Cuba, lo mismo que refiere Bernal Diaz del Castillo de quien aquel lo tomó. Este dato indica tambien que entre esos indios habria alguno de las costas del continente que conociese el dialecto de los mejicanos, poco diferente del de las demas provincias, y bastante conocido ademas por el vasallage que

No se niega que hizo algunos presentes de consideracion á Narbaez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos; porque aquellos príncipes solian usar este género de agasajo con los estrangeros que arribaban á sus costas, como se hizo con el ejército de Cortés, á quien pudo encubrir sin artificio esta demostracion, por ser materia sin novedad, ó por hacer menos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas, fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales que aprovecharon al crédito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narvaez mas complacencia ó mas aplicacion que fuera conveniente. Mandábalas guardar con demasiada cuenta y razon, sin dar alguna seña de su liberalidad á los que mas favorecia; y los soldados, que no conocen su avaricia cuando culpan la de sus capitanes, empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas; y poniendo el propio interés entre las causas de la guerra, ó daban la razon á Cortés, ó se la quitaban al menos generoso.

Volvió finalmente de su jornada fray Bartolomé de Olmedo, y Hernan Cortés halló en su relacion lo mismo que recelaba de Narbaez: sintió el desprecio de sus proposiciones, menos por sí que por su razon, conoció en la prision del oidor cuán lejos estaba de atender al servicio del rey quien traia tan desenfrenada la osadia: oyó sin enojo, á lo menos esterior, las injurias y denuestos con que maltraba sus ausencias, y ponderan justamente los autores, que llegando á su noticia por diversas partes el menosprecio con que hablaba de su persona, las indecencias de su estilo, y cuanto le repetia el oprobio de traidor, no se le oyó jamas una palabra descompuesta, ni dejar de llamar á Pánfilo de Narbaez por su nombre: ¡rara constancia ó predominio sobre sus pasiones, y digno siempre de envidia un corazon donde caben los agravios sin estorbar el sufrimiento!

Consolóle mucho con la noticia que le dió fray Bartolomé de Olmedo de la buena disposicion que habia reconocido en la gente de Narbaez, por la mayor parte deseosa de la paz, ó con poco afecto á sus dictámenes; y no desconfió de hacerle la guerra, ó traerle al ajustamiento que deseaba, con la fuerza, ó con la flojedad de sus mismos soldados. Comunicó uno y otro á sus capitanes, y considerados los inconvenientes que por todas partes ocurrian, se tuvo por el menor ó el menos aventurado salir á la campaña con el mayor número de gente que fuese posible, procurar incorporarse con los indios que se habian prevenido en Tlascala y Chinantla, y marchar unidos la vuelta de Zempoala; con presupuesto de hacer alto en algun lugar amigo, para volver á introducir desde mas cerca

rendian á Motezuma: lo cual corrobora el juicio que antes hemos formado acerca de la indispensable necesidad que tuvo Narvaez de proveerse de algun intérprete para entablar comunicaciones con los habitantes del pais por donde habia de penetrar.

las pláticas de la paz; logrando la ventaja de capitular con las armas en la mano, y la conveniencia de asistir en paraje donde se pudiese recoger la gente de Narbaez, que se determinase á dejar su partido. Publicóse luego entre los soldados esta resolucion, y se recibió con notable aplauso y alegría. No ignoraban la desigualdad incomparable del ejército contrario; pero estuvieron á vista del peligro tan lejos del temor, que los de menos obligaciones hicieron pretension de salir á la empresa, y fue necesario que trabajasen el ruego y la autoridad, cuando llegó el caso de nombrar á los que se dejaron en Méjico: tanto se fiaban los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su capitan, que así llamaban aquella repeticion estraordinaria de sucesos favorables con que solia conseguir cuanto intentaba: propiedad que puede mucho en el ánimo de los soldados; y pudiera mas, si supieran retribuir á su autor estos efectos inopinados que se llaman felicidades, porque vienen de causa no entendida.

Pasó luego Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, prevenido ya de varios pretestos, para darle cuenta de su viage, sin descubrirle su cuidado; pero él le obligó á tomar nueva senda en su discurso, dando principio á la conversacion. Recibióle diciendo: « que habia » reparado en que andaba cuidadoso; y sentia que le hubiese recatado la ocasion, cuando por diferentes partes le avisaban que » venia de mal ánimo contra él y contra los suyos, aquel capitan de » su nacion que residia en Zempoala; y que no estrañaba tanto que » fuesen enemigos por alguna querella particular, como que siendo » vasallos de un rey, acaudillasen dos ejércitos de contraria faccion, » en los cuales era preciso que por lo menos el uno anduviese fuera » de su obediencia. » Esta noticia no esperada en Motezuma, y esta reconvencion que tenia fuerza de argumento, pudieran embarazar á Cortés; y no dejaron de turbarle interiormente: pero con aquella prontitud natural que le sacaba de semejantes aprietos, le respondió sin detenerse: « que los que habian observado la mala voluntad de » aquella gente, y las amenazas imprudentes de su caudillo, le avisaban la verdad; y él venia con ánimo de comunicársela, no habiendo podido cumplir antes con esta obligacion, porque acababa » de llegar el padre fray Bartolomé de Olmedo con el primer » aviso de semejante novedad. Que aquel capitan de su nacion, » aunque tan arrojado en las demostraciones de su enojo, no se » debia mirar como inobediente, sino como engañado en el servicio » de su rey; porque venia despachado con voces de substituto y » lugar-teniente de un gobernador poco advertido, que por residir » en provincia muy distante no sabia las últimas resoluciones de la » corte, y estaba persuadido á que le tocaba por su puesto la funcion de aquella embajada. Pero que todo el aparato de tan frívola » pretension se desvaneceria fácilmente, sin mas diligencia que » manifestarle sus despachos, en cuya virtud se hallaba con plena » jurisdiccion para que le obedeciesen todos los capitanes y sol-

» dados que se dejasen ver en aquellas costas : y antes que pasase
» á mayor empeño su ceguedad, habia resuelto marchar á Zempoala
» con parte de su gente, para disponer que se volviesen á em-
» barcar aquellos españoles, y darles á entender que ya debian
» respetar los pueblos del imperio mejicano, como admitidos á la
» proteccion de su rey ; lo cual ejecutaria luego : siendo el principal
» motivo de abreviar su jornada la justa consideracion de no per-
» mitir que se acercasen á su corte, por componerse aquel ejército
» de gente menos atenta, y menos corregida que fuera razon, para
» fiarse de su vecindad, sin riesgo de que pudiesen ocasionar al-
» guna turbacion entre sus vasallos. »

Así procuró interesarle como pudo en su resolucion; y Motezuma, que sabia ya las vejaciones de que se quejaban los zempoales, alabó su atencion, teniendo por conveniente que se procurase apartar de su corte aquellos soldados de tan violento proceder; pero le pareció temeridad que habiéndose ya declarado por sus enemigos, y hallándose con fuerzas tan superiores á las suyas, se aventurase á la contingencia de que no le atendiesen ó le atropellasen. Ofrecióle formar ejército que le guardase las espaldas, cuyos cabos irian á su órden, y la llevarian de obedecerle y respetarle como á su misma persona : punto que procuró esforzar con diferentes instancias, en que se dejaba conocer el afecto sin alguna mezcla de afectacion : pero Hernan Cortés agradeció la oferta, y se defendió de admitirla; porque á la verdad fiaba poco de los mejicanos, y no quiso incurrir en el desacierto de admitir armas auxiliares que le pudiesen dominar: como quien sabia cuánto embaraza en las facciones de la guerra tener á un tiempo empeñada la frente, y el lado receloso.

Suavizados en esta forma los motivos de su viage, dió todo el cuidado á las demas prevenciones, con ánimo de volver á sus inteligencias antes que se moviese Narbaez. Resolvió dejar en Méjico hasta ochenta españoles á cargo de Pedro de Alvarado, que pareció á todos mas á propósito, porque tenia el afecto de Motezuma; y sobre ser capitan de valor y entendimiento, le ayudaban mucho la cortesanía y el despejo natural, para no ceder á las dificultades y pedir al ingenio lo que faltase á las fuerzas. Encargóle que procurase mantener á Motezuma en aquella especie de libertad que le hacia desconocer su prision; resistiendo cuanto fuese posible que se estrechase á pláticas secretas con los mejicanos : dejó á su cargo el tesoro del rey y de los particulares, y sobre todo le advirtió « cuánto importaba conservar aquel pie de su ejército en la corte,
» y aquel príncipe á su devocion : » presupuestos á que debia encaminar sus operaciones con igual vigilancia, por consistir en ellos la comun seguridad.

A los soldados ordenó « que obedeciesen á su capitan, que sir-
» viesen y respetasen con mayor solicitud y rendimiento á Mote-
» zuma, que corriesen de buena conformidad con su familia y

» los de su cortejo, » exhortándolos por su misma seguridad á la union entre sí, y á la modestia con los demas.

Despachó correo á Gonzalo de Sandoval, ordenándole que le saliese á recibir, ó le esperase con los españoles de su cargo en el parage donde pensaba detenerse, y que dejase la fortaleza de la Vera-Cruz á la confianza de los confederados, que seria poco menos que abandonarla; porque ya no era tiempo de mantenerse desunidos, ni aquella fortificacion que se fabricaba contra los indios, era capaz de resistir á los españoles. Previno los víveres que parecieron necesarios, para no ir á la providencia ó á la estorsion de los paisanos: hizo juntar los indios de carga que habian de conducir el bagage; y tomando la mañana el dia de la marcha, dispuso que se dijese una misa del Espíritu Santo, y que la oyesen todos sus soldados, y encomendasen á Dios el buen suceso de aquella jornada: protestando en presencia del altar que solo deseaba su servicio y el de su rey, inseparables en aquella ocurrencia; y que iba sin odio ni ambicion, puesta la mira en ambas obligaciones, y asegurado en lo mismo que abogaba por él la justicia de su causa.

Entró luego á despedirse de Motezuma, y le pidió con encarecimiento « que cuidase de aquellos pocos españoles que dejaba en su » compañía, que no los desamparase, ó descubriese con apartarse » de ellos, porque de cualquiera mudanza ó menos gratitud que » reconociesen los suyos, podian resultar graves inconvenientes » que pidiesen graves remedios; y que sentiria mucho hallarse » obligado á volver quejoso, cuando iba tan reconocido: á que aña- » dió: que Pedro de Alvarado quedaba substituyendo su persona; » y así, como le tocaban en su ausencia las prerogativas de emba- » jador, dejaba en él su misma obligacion de asistir en todo á su » mayor servicio; y que no desconfiaba de volver con mucha bre- » vedad á su presencia, libre de aquel embarazo, para recibir sus » órdenes, disponer su viage, y llevar al emperador con sus pre- » sentes la noticia de su amistad y confederacion, que seria la joya » de su mayor aprecio. »

Volvióse á contristar Motezuma de que saliese con fuerzas tan desiguales. Pidióle « que si necesitase de las armas para dar á en- » tender su razon, procurase dilatar el rompimiento hasta que lle- » gasen los socorros de su gente, que tendria prontos en el numéro » que los pidiese. Dióle palabra de no desamparar á los españoles » que dejaba con Pedro de Alvarado, ni hacer mudanza en su habi- » tacion pendiente su ausencia. » Y añade Antonio de Herrera que le salió acompañando largo trecho con todo el séquito de su corte; pero atribuye, con malicia voluntaria, esta demostracion á lo que deseaba verse libre de los españoles, suponiéndole ya desabrido y de mal ánimo contra Hernan Cortés y contra los suyos. Lo que vemos es que cumplió puntualmente su palabra, perseverando en aquel alojamiento, y en su primera benignidad, por mas que se le ofrecieron grandes turbaciones, que pudo remediar con volverse á

su palacio; y tanto en lo que obró para defender á los españoles que le asistian, como en lo que dejó de obrar contra los demas en esta desunion de sus fuerzas se conoce que no hubo doblez ó novedad en su intencion. Es verdad que llegó á desear que se fuesen, porque le instaba la quietud de su república; pero nunca se determinó á romper con ellos, ni dejó de conocer el vínculo de la salvaguardia real en que vivian; y aunque parecen estas atenciones de príncipe menos bárbaro, y poco adecuadas á su condicion, fue una de las maravillas que obró Dios para facilitar esta conquista, la mudanza total de aquel hombre interior, porque la rara inclinacion y el temor reverencial que tuvo siempre á Cortés, se oponian derechamente á su altivez desenfrenada, y se deben mirar como dos afectos enemigos de su genio, que tuvieron de inspirados todo aquello que les faltaba de naturales.

## CAPITULO VIII.

**Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continúa su viage hasta Matalequita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.**

Dióse principio á la marcha, y se fue siguiendo el camino de Cholula con todas las cautelas y resguardos que pedia la seguridad, y abrazaba fácilmente la costumbre de aquellos soldados, diestros en las puntualidades que ordena la milicia, y hechos á obedecer sin discurrir. Fueron recibidos en aquella ciudad con agradable prontitud, convertido ya en veneracion afectuosa el miedo servil con que vinieron á la obediencia. De allí pasaron á Tlascala, y media legua de aquella ciudad hallaron un lucido acompañamiento, que se componia de la nobleza y el senado. La entrada se celebró con notables demostraciones de alegría, correspondientes al nuevo mérito con que volvian los españoles por haber preso á Motezuma, y quebrantado el orgullo de los mejicanos: circunstancia que multiplicó entonces los aplausos, y mejoró las asistencias. Juntóse luego el senado para tratar de la respuesta que se debia dar á Hernan Cortés sobre la gente de guerra que habia pedido á la república. Y aquí hallamos otra de aquellas discordancias de autores, que ocurren con frecuente infelicidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abrace lo mas verisímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Diaz que pidió cuatro mil hombres, y que se los negaron con pretesto de que no se atrevian sus soldados á tomar las armas contra españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego: y Antonio de Herrera, que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecian mayor número; los cuales refiere que se agregaron á las compañías

de los españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear lejos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar), es cierto que no se hallaron los tlascaltecas en esta faccion: pidiólos Hernan Cortés mas por hacer ruido á Narbaez, que porque se fiase de sus armas, ni fuese de codiciar su estilo de pelear contra enemigos españoles: pero tambien es cierto que salió de aquella ciudad sin queja suya ni desconfianza de los tlascaltecas; porque los buscó despues, y los halló cuando los hubo menester contra otros indios, en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los mejicanos, tan cerca de su corte, y en tiempo de un príncipe que tenia su mayor vanidad en el renombre de conquistador.

Detúvose poco el ejército en Tlascala, y alargando los tránsitos, pasó á Matalequita, lugar de indios amigos, distante doce leguas de Zempoala, donde llegó casi al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval con la gente de su cargo, y siete soldados mas, que se pasaron á la Vera-Cruz del ejército de Narbaez el dia siguiente á la prision del oidor, teniendo por sospechoso aquel partido. Supo de ellos Hernan Cortés cuanto pasaba en el cuartel de su enemigo, y Gonzalo de Sandoval le dió mas frescas noticias de todo, porque antes de partir tuvo inteligencia para introducir en Zempoala dos soldados españoles, que imitaban con propiedad los ademanes y movimientos de los indios, y no les desayudaba el color para la semejanza. Estos se desnudaron con alegre solicitud, y cubriendo parte de su desnudez con los arreos de la tierra, entraron al amanecer en Zempoala con dos banastas de fruta sobre la cabeza; y puestos entre los demas que manejaban este género de grangería, la fueron trocando á cuenta de vidrio, tan diestros en fingir la simplicidad y la codicia de los paisanos, que nadie hizo reparo en ellos; con que pudieron discurrir por la villa, y escapar á su salvo con la noticia que buscaban: pero no contentos con esta diligencia, y deseando tambien llevar averiguado con qué género de guardias pasaba la noche aquel ejército volvieron á entrar con segunda carga de yerba entre algunos indios que salian á forragear; y no solo reconocieron la poca vigilancia del cuartel, pero la comprobaron, trayendo á la Vera-Cruz un caballo que pudieron sacar de la misma plaza, sin que hubiese quien se lo embarazase; y acertó á ser del capitan Salvatierra; uno de los que mas irritaban á Narbaez contra Hernan Cortés: circunstancia que dió estimacion á la presa. Hicieron estos esploradores por su fama cuanto cupo en la industria y el valor; y se callaron desgraciadamente sus nombres en una faccion tan bien ejecutada, y en una historia donde se hallan á cada paso hazañas menores con dueño encarecido.

Fundaba Cortés parte de sus esperanzas en la corta milicia de aquella gente; y el descuido con que gobernaba su cuartel Pánfilo de Narbaez, le traia varios designios á la imaginacion: podia nacer

de lo mismo que desestimaba sus fuerzas, y así lo conocia; pero no le pesaba de verlas tan desacreditadas que produjesen aquella seguridad en el ejército contrario, la cual favorecia su intento, y á su parecer militaba de su parte, en que discurria sobre buenos principios; siendo evidente que la seguridad es enemiga del cuidado, y ha destruido á muchos capitanes. Débese poner entre los peligros de la guerra, porque ordinariamente cuando llega el caso de medir las fuerzas, queda mejor el enemigo despreciado. Trató de abreviar sus disposiciones, y estrechar á Narbaez con las instancias de la paz que por su parte debian preceder al rompimiento.

Hizo reseña de su gente, y se halló con doscientos sesenta y seis españoles, inclusos los oficiales y los soldados que vinieron con Gonzalo de Sandoval, sin los indios de carga que fueron necesarios para el bagage. Despachó segunda vez al padre fray Bartolomé de Olmedo, para que volviese á porfiar en el ajustamiento, y le avisó brevemente del poco efecto que producian sus diligencias. Pero deseando hacer algo mas por la razon, ó ganar algun tiempo en que pudiesen llegar los dos mil indios que aguardaba de Chinantla, determinó enviar al capitan Juan Velazquez de Leon, creyendo que por su autoridad y por el parentesco de Diego Velazquez seria mejor admitida su mediacion. Tenia esperimentada su fidelidad, y pocos dias antes le habia repetido las ofertas de morir á su lado, con ocasion de poner en sus manos una carta que le escribió Narbaez, llamándole á su partido con grandes conveniencias: demostracion á cuyo agradecimiento correspondió Hernan Cortés, fiando entonces de su ingenuidad y entereza tan peligrosa negociacion.

Creyeron todos cuando llegó á Zempoala que iba reducido á seguir las banderas de su pariente; y Narbaez salió á recibirle con grande alborozo; pero cuando llegó á entender su comision, y conoció que se iba empeñando en apadrinar la razon de Cortés, atajó el razonamiento, y se apartó de él con alguna desazon, aunque no sin esperanzas de reducirle; porque antes de volver á la plática ordenó que se hiciese un alarde á sus ojos de toda su gente, deseando al parecer atemorizarle, ó convencerle con aquella vana ostentacion de sus fuerzas. Aconsejáronle algunos que le prendiese, pero no se atrevió, porque tenia muchos amigos en aquel ejército; antes le convidó á comer el dia siguiente, y convidó tambien á los capitanes de su confidencia, para que le ayudasen á persuadirle. Diéronse á la urbanidad y cumplimiento los principios de la conversacion; pero á breve rato se introdujo la murmuracion de Cortés entre las licencias del banquete, y aunque procuró disimular Juan Velazquez por no destruir el negocio de su cargo, pasando á términos indecentes la irrision y el desacato, no se pudo contener en el desaire de su paciencia, y dijo en voz alta y descompuesta: « que pa-
» sasen á otra plática, porque delante de un hombre como él no de-
» bian tratar como ausente á su capitan; y que cualquiera dellos
» que no tuviese á Cortés y á cuantos le seguian por buenos vasallos

» del rey, se lo dijese con menos testigos, y le desengañaria como » quisiese. » Cállaron todos, y calló Pánfilo de Narbaez, como embarazado en la dificultad de la respuesta; pero un capitan mozo, sobrino de Diego Velazquez, y de su mismo nombre, se adelantó á decirle : « que no tenia sangre de Velazquez, ó la tenia indignamente » quien apadrinaba con tanto empeño la causa de un traidor : » á que respondió Juan Velazquez desmintiéndole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajaron todos en reprimirle; y últimamente le instaron en que se volviese al real de Cortés, porque temieron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion; y él lo ejecutó luego, llevándose consigo al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diciendo al partir algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Quedaron algunos de los capitanes mal satisfechos de que Narbaez le dejase volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representase; á cuyo propósito decian : « que una persona de aquella suposicion y » autoridad, se debia tratar con otro género de atencion : que de » su juicio y entereza no se podia creer que hubiese venido con » proposiciones descaminadas, ó menos razonables : que las pun» tualidades de la guerra nunca llegaban á impedir la franqueza de » los oidos; ni era buena política, ó buen camino de poner en cui» dado al enemigo, darle á entender que se temia su razon : » discursos que pasaron de los capitanes á los soldados, con tanto conocimiento de la poca justificacion con que se procedia en aquella guerra, que Pánfilo de Narbaez necesitó para sosegarlos de nombrar persona que fuese á disculpar en su nombre y el de todos aquella falta de urbanidad, y á saber de Cortés á qué punto se reducia la comision de Juan Velazquez de Leon; para cuya diligencia eligieron él y los suyos al secretario Andres de Duero, que por menos apasionado contra Hernan Cortés, pareció á propósito para la satisfaccion de los mal contentos; y por criado de Diego Velazquez no desmereció la confianza de los que procuraban estorbar el ajustamiento.

Hernan Cortés entretanto, con las noticias que llevaron fray Bartolomé de Olmedo y Juan Velazquez de Leon, entró en conocimiento de que habia cumplido sobradamente con las diligencias de la paz; y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su ejército con ánimo de acercarse mas, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los chinantecas, y aconsejarse con el tiempo.

Iba continuando su marcha cuando volvieron los batidores con noticia de que venia de Zempoala el secretario Andres de Duero; y Hernan Cortés, no sin esperanza de alguna favorable novedad, se adelantó á recibirle. Saludáronse los dos con igual demostracion de su afecto : renováronse con los abrazos, ó se volvieron á formar los antiguos vínculos de su amistad : concurrieron al aplauso de su venida todos los capitanes, y antes de llegar á lo inmediato de la

negociacion, le hizo Cortés algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detúvose hasta otro dia despues de comer, y en este tiempo se apartaron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurriéronse algunos medios, en órden á la union de ambos partidos, con deseo de hallar camino para reducir á Narbaez, cuya obstinacion era el único impedimento de la paz. Llegó Cortés á ofrecer que le dejaria la empresa de Méjico, y se apartaria con los suyos á otras conquistas: y Andres de Duero, viéndole tan liberal con su enemigo, le propuso que se viese con él, pareciéndole que podria conseguir de Narbaez este abocamiento, y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos que llevaba órden para introducir esta plática: otros que fue pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos capitanes luego que volvió Andres de Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio donde habia de ser la conferencia, y asegurando cada uno con su palabra y su firma, que saldrian al puesto señalado con solos diez compañeros; para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andres de Duero que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó tambien por otros confidentes) le obligó á darse por entendido con Narbaez de que habia descubierto el doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo le escribió una carta rompiendo la capitulacion, y remitiendo á la espada su desagravio. Llevábale ciegamente á las manos de su enemigo la misma nobleza de su proceder, y acertaba mal á disculpar con los suyos aquella falta de cautela, ó precipitada sinceridad con que se fiaba de Narbaez, teniendo conocida su intencion y mala voluntad; pero nadie pudo acusarle de poco advertido capitan en esta confianza, siendo el rompimiento de la palabra en semejantes convenciones una de las malignidades que no se deben recelar del enemigo; porque las supercherías no están en el número de los estratagemas, ni caben estos engaños que manchan el pundonor en toda la malicia de la guerra.

## CAPITULO IX.

**Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narbaez: sobreviene una tempestad y se retira: con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.**

Quedó Hernan Cortés mas animoso que irritado con esta última sinrazon de Narbaez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo

de tan humildes pensamientos; y que no fiaba mucho de su ejército ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria diligencia, no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios, sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala en parage defendido por la frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera-Cruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones: bastante comidad para que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol, y proligidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra; cuyo presupuesto y las cortas esperiencias de Narbaez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narbaez la noticia del parage donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon: mandaba muchas cosas á un tiempo sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas; y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, menos por su disposicion que por lo que acertaron sin obedecer sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto: persuadiéndose á que venia tan desalumbrado que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillage á los soldados: enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes; y hablar mas en la victoria que en la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida, y clamaron por volverse al cuartel: en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narbaez, que sentia tambien su incomodidad, faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortés de la

otra parte del rio, de que no sin alguna disculpa conjeturaron que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto menos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narbaez que su ejército se desuniese aquella noche; mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun recelo de Cortés; aunque afectó por lo demas el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz; á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas. Eligió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas; y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego Andres de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin mas dilacion, y la puso en órden aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden con que habian ocupado los torreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podian

ser asaltados antes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion, « esta noche: prosiguió diciendo con nuevo fervor: » esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la » mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo: vereis ahora » lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro mismo » valor hace grandes mis intentos. Poco há que aguardábamos á » nuestros enemigos con esperanzas de vencerlos al reparo de esa » ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por » nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impacien- » cia vergonzosa con que desampararon la campaña, huyendo esos » rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige » como estarán en el sosiego unos hombres que le buscaron con » flojedad y le disfrutan sin recelo. Narbaez entiende poco de las » puntualidades á que obligan las contingencias de la guerra. Sus » soldados por la mayor parte son visoños, gente de la primera » ocasion que no ha menester la noche para moverse con desacierto » y ceguedad: muchos se hallan desobligados ó quejosos de su » capitan: no faltan algunos á quien debe inclinacion nuestro par- » tido: ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rom- » pimiento; y suelen pesar los brazos cuando se mueven contra el » dictámen ó contra la voluntad: unos y otros se deben tratar » como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos ven- » cen hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es que nos asiste » la razon: pero en la guerra es la razon enemiga de los negli- » gentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden » mas. A usurparos vienen cuanto habeis adquirido: no aspiran á » menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras ha- » ciendas y de vuestras esperanzas: suyas se han de llamar nues- » tras victorias: suya la tierra que habeis conquistado con vuestra » sangre: suya la gloria de vuestras hazañas: y lo peor es que con » el mismo pie que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atrope- » llar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra » religion: porque se han de perder si nos pierden; y siendo suyo » el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre » con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabreis » ejecutarlo que yo discurrirlo: alto á las armas y á la costumbre » de vencer: Dios y el rey en el corazon, el pundonor á la vista, y » la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el pe- » ligro, y entiendo menos de animar con las palabras que de per- » suadir con el ejemplo. »

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narbaez le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó sin perder

tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con setenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristóbal de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Xaramillo, y Bernardino Vazquez de Tapia; y él se quedó con el resto de la gente, y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristóbal y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La órden fue que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería; dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente: que Cristóbal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al torreon de Narbaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demas estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luego fray Bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritual, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino que fijaron ellos mismos cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciéndolos despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero; porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros; ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa diligencia formó Hernan Cortés sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya Pascua sucedió esta interpresa, y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco por que llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase mas del enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba menos valerosamente que solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales: siendo los engaños que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

# CAPITULO X.

**Llega Hernan Cortés á Zempoala, donde halla resistencia: consigue con las armas la victoria: prende á Narbaez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.**

Habria marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua cuando volvieron los batidores con una centinela de Narbaez que cayó en sus manos, y dieron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra que venia poco despues : accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verisímil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro : de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos : suponiendo que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por los menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Así lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demas impedimentos. Pero la centinela que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el cuartel diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos : lleváronle á la presencia de Narbaez, y él despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso, y al que le traia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan obscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbaez, que al parecer perdieron el camino con la obscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narbaez con el soldado que se afirmaba de haber reconocido, no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretestos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el átrio superior : unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el órden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron al arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion: estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse forcejeando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entonces Cristóbal de Olid; y Hernan Cortés dejando formado su reten, se arrojó á lo mas ardiente del conflicto, y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz, á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la última grada, y poco mas en retirarse desordenadamente, desamparando el átrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Páufilo de Narbaez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo mas recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra sin mas aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos, porque unos le desampararon ignominiosamente; otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadron; y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos que le ponian mas lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narbaez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés, y otros por el rey, y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado que ayudaron entonces al terror de

los enemigos, y fue circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura que se persuadiesen los mas á que traia Cortés un ejército muy poderoso : el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la obscuridad parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio : aprension que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que mas se animaban : tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés que cesasen las aclamaciones de la victoria; cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones : dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen : ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas : libertad y pasage á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas : diligencia que fue bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo antes que el dia, cuya primera luz no estaba lejos, desengañase aquella gente de las pocas fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida : que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban, y Cortés sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fue necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia se descubriesen las caras y los efectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narbaez; y Hernan Cortés que acudia incansablemente á todas partes, y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narbaez volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dijo : « tened en mucho, señor capitan, la dicha que habeis conse-
» guido en hacerme vuestro prisionero. » A que le respondió Cortés:
» de todo, amigo, se deben las gracias á Dios; pero sin género de
» vanidad os puedo asegurar que pongo esta victoria y vuestra
» prision entre las cosas menores que se han obrado en esta tierra. »

Llegó entonces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas : hízoles intimar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería, y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Así lo ejecutaron, y no fue necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos : prendieron á los capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narbaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cualès hay quien diga que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alferez y un capitan, y fue mucho mayor el número de los heridos. Narbaez y Salvatierra fueron llevados á la Vera-Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon Diego Velazquez el mozo; y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo : generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado antes de amanecer. ¡Notable faccion! en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés, y los desalumbramientos de Narbaez.

Al romper el alba llegaron los dos mil chinantecas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno para que viesen los de Narbaez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban : dióles el dia con su ignominia en los ojos : vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria : maldecian la confianza de Narbaez : acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia , y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian : pueden sentir su fortuna los perdidosos; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor : máxima que se verificó en esta ocasion, porque cada uno sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion : dieron principio á sus aclamaciones, con que se de-

clararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan: arrojáranse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba; y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer como conquistar aquellos españoles. Fue reconociendo los ánimos; y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas: accion que resistieron algunos de sus capitanes; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella gente, y estando alli los chinantecas que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército que pasaba ya de mil españoles; presos los enemigos de quien se podia recelar, con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion; deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no menos al valor de sus soldados que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa, y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados (1).

(1) En este acontecimiento importante que puso en inminente riesgo la fortuna de Cortés y todo cuanto hasta entonces habia adelantado en la conquista de Nueva España, se manifiestan en todo su esplendor las relevantes cualidades que, como politico y como militar, reunia en su persona aquel hombre estraordinario; cuyo arrojo solo puede medirse por la grandeza misma de los pensamientos que puso en ejecucion. La venida de Pánfilo de Narvaez con fuerzas muy superiores á las suyas, cuando tan crítica era su situacion en medio de un gran pueblo, admirado pero no vencido, rodeado por todas partes de provincias enemigas y belicosas, y mal seguro todavía de la reciente amistad de otros pueblos que fácilmente podian reconocer en la causa comun de todo el pais la salvacion de su independencia; eran por sí mismos suficientes motivos para hacer desmayar otra alma menos varonil y acendrada que la de Hernan Cortés. Este negociando un amistoso acontecimiento legal con el imprudente Narvaez, y obligado por último recurso á apelar á la suerte de las armas habiendo de dividir sus escasas fuerzas para conservar su dominacion en Méjico y arriesgar una dudosa batalla en los campos de Zempoala, se muestra tan grande y sublime como mezquinos sus miserables competidores. Mientras aquel atento á lo que debia á su Rey y á él mismo, procura conservar lo adquirido y combatir valerosamente á sus antagonistas, estos no escuchando otro acento que el de una ruin venganza, apelan á traidoras asechanzas, al soborno y al engaño, para levantar el pais contra el conquistador, aventurando en ello la misma conquista y el honor de las armas españolas: y no satisfechos de la seguridad que su mayor fuerza numérica debia inspirarles, aun conciben la villania de poner á precio las cabezas de Cortés y de sus principales capitanes. Su vergonzosa derrota fué un nuevo baldon para su nombre; y si el de Narvaez ha pasado hasta nosotros con el sello de la

## CAPITULO XI.

**Pone Cortés en obediencia la caballería de Narbaez que andaba en la campaña: recibe noticia de que habian tomado las armas los mejicanos contra los españoles que dejó en aquella córte: marcha luego con su ejército, y entra en ella sin oposicion.**

No se dejó ver aquella noche la caballería de Narbaez, que pudiera embarazar mucho á Cortés, si hubiera quedado en la disposicion que pedia una plaza de armas en tan corta distancia del enemigo; pero allí se olvidaron todas las reglas de la milicia; y dado el yerro de la negligencia en un capitan, ó se hace menos estraño lo que se dejó de advertir, ó pasan por consecuencias los absurdos. Valiéronse de los caballos para escapar los que duraron menos en la ocasion; y á la mañana se tuvo noticia de que andaban incorporados con los batidores que salieron la noche antes, formando un cuerpo de hasta cuarenta caballos, que discurrian por la campaña con señas de resistir. Dió poco recelo esta novedad, y Hernan Cortés, antes de pasar á términos de mayor resolucion, nombró al maestre de campo Cristóbal de Olid, y al capitan Diego de Ordaz para que fuesen á procurar reducirlos con suavidad, como lo ejecutaron y consiguieron á la primera insinuacion, de que serian admitidos en el ejército con la misma gratitud que sus compañeros: cuyo partido y ejemplar bastó para que viniesen todos á rendirse, y tomar servicio con sus armas y caballos. Tratóse luego de curar los heridos y alojar á la gente, á que asistieron alegres y oficiosos el cacique y sus zempoales, celebrando la victoria, y disponiendo el hospedage de sus amigos con un género de regocijo interesado, en que al parecer respiraban de la fatiga y servidumbre antecedente.

No se descuidó Hernan Cortés en asegurarse de la armada: punto esencial en aquella ocurrencia. Despachó sin dilacion al capitan Francisco de Lugo para que hiciese poner en tierra y conducir á la Vera-Cruz las velas, jarcias y timones de todos los bajeles. Ordenó que viniesen á Zempoala los pilotos y marineros de Narbaez, y envió de los suyos los que parecieron bastantes para la seguridad de los buques, por cuyo cabo fue un maestre que se llamaba Pedro Caballero: bastante ocupacion para que le honrase Bernal Diaz con título de almirante de la mar.

Dispuso que se volviesen á su provincia los chinantecas, agradeciendo el socorro como si hubiera servido; y despues se dieron

arrogancia necia, el de Diego Velazquez fautor de tan odiosa tentativa, lleva consigo el de la insaciable codicia ante quien todo lo sacrificaba. El nombre de Cortés brilla en medio de ellos como el astro vespertino entre la densa niebla que viene esparciendo por todas partes la obscuridad de la noche.

algunos dias al descanso de la gente, en los cuales vinieron los pueblos vecinos y caciques del contorno á congratularse con los españoles buenos, ó teules mansos, que así llamaban á los de Cortés. Volvieron á revalidar su obediencia y á ofrecer su amistad, acompañando esta demostracion con varios presentes y regalos, de que no poco se admiraban los de Narbaez, empezando á esperimentar las mejoras del nuevo partido en el agasajo y seguridad de aquella gente que vieron poco antes escarmentada y desabrida.

En todo este fervor de sucesos favorables traia Hernan Cortés á Méjico en el corazon: no se apartaba un instante su memoria del riesgo en que dejó á Pedro de Alvarado y sus españoles, cuya defensa consistia únicamente en aquello poco que se podia fiar de la palabra que le dió Motezuma de no hacer novedad en su ausencia, vínculo desacreditado en la soberana voluntad de los reyes; porque algunos estadistas le procuran desatar con varias soluciones, defendiendo que no les obliga su observancia como á los particulares; en cuyo dictámen pudo hallar entonces Hernan Cortés bastante razon de temer, sin aprobar con su recelo esta política irreverente, por ser lo mismo hallar falencia en las palabras de los reyes, que apartar de los príncipes la obligacion de caballeros.

Hecho el ánimo á volverse luego, y no atreviéndose á llevar consigo tanta gente, por no desconfiar á Motezuma, ó remover los humores de su corte, resolvió dividir el ejército, y emplear alguna parte de él en otras conquistas. Nombró á Juan Velazquez de Leon para que fuese con doscientos hombres á pacificar la provincia de Panuco; y á Diego de Ordaz para que se apartase con otros doscientos á poblar la de Guazacoalco, reservando para sí poco mas de seiscientos españoles: número que le pareció proporcionado para entrar en la corte con apariencias de modesto, sin olvidar las señas de vencedor.

Pero al mismo tiempo que se daba ejecucion á este designio, se ofreció novedad que le obligó á tomar otra senda en sus disposiciones. Llegó carta de Pedro de Alvarado, en que le avisaba « que » habian tomado las armas contra él los mejicanos; y á pesar de » Motezuma, que perseveraba todavía en su alojamiento, le com- » batian con frecuentes asaltos, y tanto número de gente, que se » perderian sin remedio él y todos los suyos, si no fuesen socorri- « dos con brevedad. » Vino con esta noticia un soldado español, y en su escolta un embajador de Motezuma, cuya representacion fue: « darle á entender que no habia sido en su mano el reprimir á sus » vasallos; ponerle delante lo que padecia su autoridad con los » amotinados; asegurarle que no se apartaria de Pedro de Alvarado » y sus españoles; y últimamente, llamarle á su corte para el re- » medio, » fuese de la misma sedicion, ó fuese del peligro en que se hallaban aquellos españoles, que uno y otro arguye confianza y sinceridad.

No fue necesario poner en consulta la resolucion que se debia

tomar en este caso, porque se adelantó el voto comun de los capitanes y soldados á mirar como empeño inescusable la jornada, pasando algunos á tener por oportuno y de buen presagio un accidente que les servia de pretesto para escusar la desunion de sus fuerzas, y volver con todo el grueso á la corte : de cuya reduccion debian tomar su principio las demas conquistas. Nombró luego Hernan Cortés por gobernador de la Vera-Cruz, como teniente de Gonzalo de Sandoval, á Rodrigo Rangel, persona de cuya inteligencia, y cuidado pudo fiar la seguridad de los prisioneros y la conservacion de los aliados. Hizo que pasase muestra su ejército, y dejando en aquella plaza la guarnicion que pareció necesaria, y bastante seguridad en los bajeles, halló que constaba de mil infantes y cien caballos. Dividióse la marcha en diferentes veredas, por no incomodar los pueblos, ó por facilitar la provision de los víveres : señalóse por plaza de armas un parage conocido cerca de Tlascala, donde pareció que debian entrar unidos y ordenados. Y aunque fueron delante algunos comisarios á tener bastecidos los tránsitos, no bastó su diligencia para que dejasen de padecer los que iban fuera del camino principal algunos ratos de hambre y sed intolerable : fatiga que sufrieron los de Narbaez sin descaecer ni murmurar, siendo aquellos mismos que poco antes rindieron el sufrimiento á menor inclemencia. Púdose atribuir esta novedad al ejemplo de los veteranos, ó á las esperanzas que llevaban en el corazon, dejando alguna parte á la diferencia del capitan, cuya opinion suele tener sus influencias ocultas en el valor y en la paciencia de los soldados.

Antes de partir respondió Hernan Cortés por escrito á Pedro de Alvarado, y por su embajador á Motezuma, dándoles cuenta de su victoria, de su vuelta y del aumento de su ejército; al uno para que se alentase con esperanza de mayor socorro, y al otro para que no estrañase verle con tantas fuerzas cuando los tumultos de su corte le obligaban á no dividirlas. Procuró medir el tiempo con la necesidad; alargó las marchas cuanto pudo; estrechó las horas al descanso, hallándole su actividad en su mismo trabajo. Hizo alguna mansion en la plaza de armas para recoger la gente que venia estraviada; y últimamente llegó á Tlascala en diez y siete de junio con todo el ejército puesto en órden, cuya entrada fue lucida y festejada. Magiscatzin hospedó á Cortés en su casa; los demas hallaron comodidad, obsequio y regalo en su alojamiento. Andaba en los tlascaltecas mal encubierto el ódio de los mejicanos con el amor de los españoles : referian su conspiracion y el aprieto en que se hallaba Pedro de Alvarado, con circunstancias de mas afectacion que certidumbre : ponderaban el atrevimiento, y la poca fé de aquella nacion, provocando los ánimos á la venganza, y mezclando con poco artificio el avisar y el influir : culpas encarecidas con celo sospechoso, y verdades en boca del enemigo, que se introducen como informes para declinar en acusaciones.

Resolvió el senado hacer un esfuerzo grande, y convocar todas

sus milicias para que asistiesen á Cortés, en esta ocasion, no sin alguna razon de estado, mejor entendida que recatada; porque deseaban arrimar su interés á la causa del amigo, y servirse de sus fuerzas para destruir de una vez la nacion dominante que tanto aborrecian. Conocióse fácilmente su intencion; y Hernan Cortés, con señas de agradecido y lisongero, reprimió el orgullo con que se disponian á seguirle, contraponiendo á las instancias del senado algunas razones aparentes, que en la sustancia venian á ser pretestos contra pretestos. Peró admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus capitanes ó cabos de cuadrillas, los cuales siguieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Llevó esta gente por dar mayor seguridad á su empresa, ó mantener la confianza de los tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los mejicanos; y no llevó mayor número por no escandalizar á Motezuma, ó poner en desesperacion á los rebeldes. Era su intento entrar en Méjico de paz, y ver si podia reducir aquel pueblo con los remedios moderados, sin acordarse por entonces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados, si ya no queria que fuese primero la quietud; por ser dos cosas que se consiguen mal á un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion y el escarmiento de los sediciosos.

Llegó á Méjico dia de San Juan, sin haber hallado en el camino mas embarazo que la variedad y discordancia de las noticias. Pasó el ejército la laguna sin oposicion, aunque no faltaron señales que hiciesen novedad en el cuidado. Halláronse deshechos y abrasados los dos bergantines de fábrica española; desiertos los arrabales y el barrio de la entrada; rotos los puentes que servian á la comunicacion de las calles, y todo en un silencio que parecia cauteloso: indicios que obligaron á caminar poco á poco, suspendiendo los avances, y ocupando la infantería la que dejaban reconocido los caballos. Duró este recelo hasta que descubriendo el socorro los españoles que asistian á Motezuma, levantaron el grito y aseguraròn la marcha. Bajó con ellos Pedro de Alvarado á la puerta del alojamiento, y se celebró la comun felicidad con igual regocijo. Victoreábanse unos á otros en vez de saludarse: todos hablaban y todos se interrumpian; dijeron mucho los brazos y las medias razones: elocuencias del contento, en que significan mas las voces que las palabras.

Salió Motezuma con algunos de sus criados hasta el primer patio, donde recibió á Cortés, tan copiosa de afectos su alegría, que tocó en esceso, y se llevó tras sí la magestad. Es cierto, y nadie lo niega, que deseaba su venida, porque ya necesitaba de sus fuerzas y consejo para reprimir á los suyos, ó por la misma privacion en que se hallaba de aquel género de libertad que le permitia Cortés, dejándole salir á sus divertimientos: licencia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia; siendo cierto que ya consistia su prision en la fuerza de su palabra, cuyo desempeño le obligó á no desviarse de los españoles en aquella turbacion de su república.

Bernal Diaz del Castillo dice que correspondió Hernan Cortés con desabrimiento á esta demostracion de Motezuma: que le torció el rostro, y se retiró á su cuarto sin visitarle; ni dejarse visitar: que dijo contra él algunas palabras descompuestas delante de sus mismos criados; y añade, como de propio dictámen, « que por tener con» sigo tantos españoles, hablaba tan airado y descomedido. » Términosson de su historia. Y Antonio de Herrera le desautoriza mas en la suya, porque se vale de su misma confesion para comprobar su desacierto con estas palabras: « mucho han dicho haber oido decir á » Hernando Cortés, que si en llegando visitára á Motezuma, sus co» sas pasáran bien, y que lo dejó estimándole en poco, por hallarse » tan poderoso. » Y trae á este propósito un lugar de Cornelio Tácito, cuya sustancia es, que los sucesos prósperos hacen insolentes á los grandes capitanes. No lo dice así Francisco Lopez de Gomara, ni el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada, que pudiera tocarlo para dar los motivos que le obligaron á semejante aspereza, tuviese razon, ó fuese disculpa. Quede al arbitrio de la sinceridad el crédito que se debe á los autores; y séanos lícito dudar en Cortés una sinrazon tan fuera de propósito. Los mismos Herrera y Castillo asientan, que Motezuma resistió esta sedicion de sus vasallos: que los detuvo y reprimió siempre que intentaron asaltar el cuartel; y que si no fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Nadie niega que Cortés lo llevó entendido así; ni el hallarle cumpliendo su palabra le dejaba razon de dudar: siendo fuera de toda proporcion que aquel príncipe moviese las armas que detenia, y se dejase estar cerca de los que intentaba destruir. Accion parece indigna de Cortés el despreciarle, cuando podia llegar el caso de haberle menester; y no era de su genio la destemplanza que se le atribuye, como efecto de la prosperidad. Puédese creer, ó sospechar á lo menos, que Antonio de Herrera entró con poco fundamento en esta noticia, reincidiendo en los manuscritos de Bernal Diaz, apasionado intérprete de Cortés, y pudo ser que se inclinase á seguir su opinion por lograr la sentencia de Tácito: ambicion peligrosa en los historiadores, porque suele torcerse ó ladearse la narracion, para que vengan á propósito las márgenes; y no es de todos entenderse á un tiempo con la verdad y con la erudicion.

## CAPITULO XII.

**Dáse noticia de los motivos que tuvieron los mejicanos para tomar las armas: sale Diego de Ordaz con algunas compañías á reconocer la ciudad: dà en una celada que tenian prevenida, y Hernan Cortés resuelve la guerra.**

Dos ó tres dias antes que llegase á Méjico el ejército de Cortés, se retiraron los rebeldes á la otra parte de la ciudad, cesando en

sus hostilidades cavilosamente, segun lo que se pudo inferir del suceso. Hallábanse asegurados en el esceso de sus fuerzas, y orgullosos de haber muerto en los combates pasados tres ó cuatro españoles : caso estraordinario en que adquirieron, á costa de mucha gente, nueva osadía ó mayor insolencia. Supieron que venia Cortés, y no pudieron ignorar lo que habia crecido su ejército; pero estuvieron tan lejos de temerle, que hicieron aquel ademan de retirarse para dejarle franca la entrada, y acabar con todos los españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. No se llegó á penetrar entonces este designio aunque se tuvo por ardid la retirada, y pocas veces se engaña quien discurre con malicia en las acciones del enemigo.

Alojóse todo el ejército en el recinto del mismo cuartel, donde cupieron españoles y tlascaltecas con bastante comodidad : distribuyéronse las guardias y las centinelas segun el recelo á que obligaba una guerra que habia cesado sin ocasion; y Hernan Cortés se apartó con Pedro de Alvarado para inquirir el orígen de aquella sedicion, y pasar á los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma. Dicen unos, que las inteligencias de Narbaez consiguieron esta conjuracion del pueblo mejicano; y otros que dispuso el motin, y le fomentó Motezuma con ansia de su libertad, en que no es necesario detenernos, pues se ha visto ya el poco fundamento con que se atribuyeron á Narbaez estas negociaciones ocultas; y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconsecuencia. Dieron algunos el principio de la conspiracion á la fidelidad de los mejicanos, refiriendo que tomaron las armas para sacar de opresion á su rey : dictámen que se acerca mas á la razon que á la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al gremio de los sacerdotes, y no sin alguna probalidad, porque anduvieron mezclados en tumulto, publicando á voces las amenazas de sus dioses, y enfureciendo á los demas con aquel mismo furor que los disponia para recibir sus respuestas. Repetian ellos lo que hablaba el demonio en sus ídolos; y aunque no fue suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia y actividad para irritar los ánimos y mantener la sedicion.

Los escritores forasteros se apartan mas de lo verisímil, poniendo el orígen y los motivos de aquella turbacion entre las atrocidades con que procuran desacreditar á los españoles en la conquista de las Indias : y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al padre fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, que fue despues obispo de Chiapa, cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado. Lo que dejó escrito y anda en sus obras es, que los mejicanos dispusieron un baile público, de aquellos que llamaban mitotes, para divertir ó festejar á Motezuma; y que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su gente y embistió con ellos, haciéndolos

pedazos para quitárselas, en cuyo miserable despojo dice que fueron pasados á cuchillo mas de dos mil hombres de la nobleza mejicana; con que deja la conspiracion en términos de justa venganza. Notable despropósito de accion, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entonces este prelado el alivio de los indios, y encareciendo lo que padecian, cuidó menos de la verdad que de la ponderacion. Los mas de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los españoles. Dicha es hallarle impugnado para entendernos mejor con el respeto que se debe á su dignidad.

Pero lo cierto fue, que Pedro de Alvarado, poco despues que se apartó de Méjico Hernan Cortés, reconoció en los nobles de aquella corte menos atencion ó menos agrado; cuya novedad le obligó á vivir cuidadoso y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos confidentes que observasen lo que pasaba en la ciudad. Supo que andaba la gente inquieta y misteriosa, y que se hacian juntas en casas particulares, con un género de recato mal seguro que ocultaba el intento y descubria la intencion. Dió calor á sus inteligencias; y consiguió con ellas la noticia evidente de una conjuracion que se iba forjando contra los españoles, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos afeando la traicion, sin olvidar el interés. Ibase acercando una fiesta muy solemne de ídolos, que celebraban con aquellos bailes públicos, mezcla de nobleza y plebe, y conmocion de toda la ciudad. Eligieron este dia para su faccion, suponiendo que se podrian juntar descubiertamente sin que hiciese novedad. Era su intento dar principio al baile para convocar el pueblo y llevársele tras sí, con la diligencia de apellidar la libertad de su rey y la defensa de sus dioses; reservando para entonces el publicar la conjuracion, por no aventurar el secreto, fiándose anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no lo tenian mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio á la maldad.

Vinieron la mañana precedente al dia señalado algunos de los promovedores del motin á verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su festividad : rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle; y él, mal asegurado todavía en su recelo, se la concedió, con calidad de que no llevasen armas, ni se hiciesen sacrificios de sangre humana; pero aquella misma noche supo que andaban muy solícitos escondiendo las armas en el barrio mas vecino al templo : noticia que no le dejó que dudar, y le dió motivo para discurrir en una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicára con la debida moderacion. Resolvió asaltarlos en el principio de su fiesta, sin dejarles lugar para que tomasen las armas, ni levantasen el pueblo; y así lo puso en ejecucion, saliendo á la hora señalada con cincuenta de los suyos, y dando á entender, que le llevaba la curiosidad ó el divertimiento. Hallólos entregados á la embriaguez, y envueltos en el

regocijo cauteloso de que se iba formando la traicion. Embistió con ellos, y los atropelló con poca ó ninguna resistencia, hiriendo y matando algunos que no pudieron huir, ó tardaron mas en arrojarse por las cercas y ventanas del adoratorio. Su intento fue castigarlos y desunirlos, lo cual se consiguió sin dificultad pero no sin desórden; porque los españoles despojaron de sus joyas á los heridos y á los muertos: licencia mal reprimida entonces, y siempre dificultosa de reprimir en los soldados cuando se hallan con la espada en la mano y el oro á la vista.

Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con mas ardor que providencia. Retiróse con desahogos de vencedor, sin dar á entender al concurso popular los motivos de su enojo. Debiera publicar entonces la traicion que prevenian contra él aquellos nobles, manifestar las armas que tenian escondidas, ó hacer algo de su parte para ganar contra ellos el voto de la plebe, fácil siempre de mover contra la nobleza; pero volvió satisfecho de que habia sido justo el castigo y conveniente la resolucion, ó no conoció lo que importan al acierto los adornos de la razon. Y aquel pueblo, que ignoraba la provocacion, y vió el estrago de los suyos y el despojo de las joyas, atribuyó á la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luego las armas, y dió cuerpo formidable á la sedicion, hallándose dentro del tumulto con poca ó ninguna diligencia de los primeros conjurados (1).

Reprendió Hernan Cortés á Pedro de Alvarado, por el arroja-

(1) No tiene otro apoyo la narracion de suceso de tanta gravedad, que el dicho de Bernal Diaz del Castillo, quien refiere haber venido cuatro embajadores de Motezuma á quejarse ante Cortés de que Pedro de Alvarado, sin causa alguna, habia caido sobre los que estaban celebrando fiestas en el templo de sus dioses y muerto muchos de ellos. Herrera supone una conspiracion premeditada por los mejicanos, quienes para poder reunirse en gran número sin llamar la atencion de los españoles pretestaron la ya citada festividad, teniendo escondidas las armas en las casas inmediatas para usarlas en el momento convenido.

Es singular, que Cortés guarde silencio en sus relaciones acerca de esa conspiracion con la cual hubiera esplicado suficientemente la causa de la rebelion de Méjico. Así como no seria estraño ese silencio si en efecto Alvarado habia cometido el atentado que se le imputa. Pero ¿ como creer que este capitan, aislado con ciento cincuenta españoles en pueblo enemigo y de tan considerable poder, hubiese cometido la imprudencia y excesiva necedad de provocar una lucha tan desigual, de lo que solo podia prometerse una muerte inevitable? No es menester en nuestro juicio apelar á semejantes causas para esplicar en esa ocasion la conducta de los mejicanos. Su odio á los conquistadores era invencible: veian en su poder considerables riquezas, preso su monarca, amenazada su independencia, y próximos á sufrir la ley atroz de la venganza, impuesta por los tlascaltecas y demas provincias rebeladas contra el imperio; y nada mas natural y consiguiente á la irritabilidad que esas ideas debieron producir en aquellos indios, que aprovechándose de la ocasion en que Cortés embarazado con Narvaez y puestas en revolucion las provincias antes obedientes á los españoles, intentasen acabar con la pequeña fuerza de estos en Méjico; devolver á pesar suyo la libertad á un príncipe que tan fácilmente se la habia dejado arrebatar, y coronar despues su obra oprimiendo con sus inmensas fuerzas á los pocos españoles que podian reunirse en Vera-Cruz. Esta esplicacion parece mas conforme á la verosimilitud histórica.

miento y falta de consideracion con que aventuró la mayor parte de sus fuerzas en dia de tanta conmocion, dejando el cuartel, y su primer cuidado al arbitrio de los accidentes que podian sobrevenir. Sintió que recatase á Motezuma los primeros lances de aquella inquietud; porque no se fió de él hasta que le vió á su lado en la ocasion; y debiera comunicarle sus recelos, cuando no para valerse de su autoridad, para sondar su ánimo, y saber si le dejaba seguro con tan poca guarnicion; lo cual fue lo mismo que volver las espaldas al enemigo de quien mas se debia recelar: culpó la inadvertencia de no justificar á voces con el pueblo, y con los mismos delincuentes una resolucion de tan violenta esterioridad: de que se conoce que no hubo en el hecho ni en sus motivos ó circunstancias la maldad que le imputaron; porque no se contentaria Hernan Cortés con reprender solamente un delito de semejante atrocidad, ni perdiera la ocasion de castigarle, ó prenderle por lo menos, para introducir la paz con este género de satisfaccion: antes hallamos que le propuso el mismo Alvarado su prision, como uno de los medios que podrian facilitar la reduccion de aquella gente; y no vino en ello, porque le pareció camino mas real servirse de la razon que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros amotinados, para desengañar el pueblo y enflaquecer la faccion de los nobles.

No se dejaron ver aquella tarde los rebeldes, ni despues hubo accidente que turbase la quietud de la noche. Llegó la mañana, y viendo Hernan Cortés que duraba el silencio del enemigo, con señas de cavilacion, porque no parecia un hombre por las calles, ni en todo lo que se alcanzaba con la vista, dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad y apurar el fondo á este misterio. Llevó cuatrocientos hombres españoles y tlascaltecas: marchó con buena órden por la calle principal, y á poca distancia descubrió una tropa de gente armada, que le arrojaron al parecer los enemigos para cebarle. Y avanzando entonces, con ánimo de hacer algunos prisioneros para tomar lengua, descubrió un ejército de innumerable muchedumbre, que le buscaba por la frente, y otro á las espaldas, que tenian oculto en las calles de los lados, cerrando el paso á la retirada. Embistiéronle unos y otros con igual ferocidad, al mismo tiempo que se dejó ver en las ventanas y azuteas de las casas tercer ejército de gente popular, que cerraba tambien el camino de la respiracion, llenando el aire de piedras y armas arrojadizas.

Pero Diego de Ordaz, que necesitó de su valor y esperiencia para juntar en este conflicto el desahogo con la celeridad, formó y dividió su escuadron segun el terreno, dando segunda frente á la retaguardia, picas y espadas contra las dos avenidas, y bocas de fuego contra las ofensas de arriba. No le fue posible avisar á Cortés del aprieto en que se hallaba; ni él sin esta noticia tuvo por necesario el socorrerle, cuando se suponia con bastantes fuerzas para ejecutar la órden que llevaba. Pero duró poco el calor de la batalla, porque los indios embistieron tumultuariamente, y anegados en su

mismo número, se impedian el uso de las armas, perdiendo tantos la vida en el primer acometimiento, que se redujeron los demas á distancia, que ni podian ofender, ni ser ofendidos. Las bocas de fuego despejaron brevemente los terrados; y Diego de Ordaz, que venia solo á reconocer, y no debia pasar á mayor empeño, viendo que los enemigos le sitiaban á lo largo, reducidos á pelear con las voces y las amenazas, se resolvió á retirarse, abriendo el camino con la espada; y dada la órden, se movió en la misma formacion que se hallaba, cercando á viva fuerza con los que ocupaban el paso del cuartel, y peleando al mismo tiempo con los que se le acercaban por la parte contrapuesta, ó se descubrian en lo alto de las casas. Consiguióse con dificultad la retirada, y no dejó de costar alguna sangre, porque volvieron heridos Diego de Ordaz, y los mas de los suyos, quedando muertos ocho soldados que no se pudieron retirar. Serian acaso tlascaltecas, porque solo se hace memoria de un español que obró señaladamente aquel dia, y murió cumpliendo con su obligacion. Bernal Diaz refiere sus hazañas, y dice que se llamaba Lezcano. Los demas no hablan en él. Quedó sin el nombre cabal que merecia; pero no quede sin la recomendacion de que se puede honrar su apellido. Conoció Hernan Cortés en este suceso que ya no era tiempo de intentar proposiciones de paz, que disminuyendo la reputacion de sus fuerzas aumentasen la insolencia de los sediciosos. Determinó hacérsela desear antes de proponérsela, y salir á la ciudad con la mayor parte de su ejército para llamarlos con el rigor á la quietud. No se hallaba persona entonces por cuyo medio se pudiese introducir el tratado. Motezuma desconfiaba de su autoridad, ó temia la inobediencia de sus vasallos. Entre los rebeldes no habia quien mandase, ni quien obedeciese, ó mandaban todos, y nadie obedecia: vulgo entonces sin distincion ni gobierno, que se componia de nobles y plebeyos. Deseaba Cortés con todo el ánimo seguir el camino de la moderacion, y no desconfió de volverle á cobrar; pero tuvo por necesario hacerse atender antes de ponerse á persuadir; en que obró como diestro capitan, porque nunca es seguro fiarse de la razon desarmada para detener los ímpetus de un pueblo sedicioso: ella encogida ó balbuciente, cuando no lleva seguras las espaldas; y él un monstruo inexorable, que aun teniendo cabeza le faltan los oidos.

## CAPITULO XIII.

**Intentan los mejicanos asaltar el cuartel y son rechazados: hace dos salidas contra ellos Hernan Cortés; y aunque ambas veces fueron vencidos y desbaratados, queda con alguna desconfianza de reducirlos.**

Persiguieron los mejicanos á Diego de Ordaz tratando como fuga su retirada, y siguiendo con ímpetu desordenado el alcance hasta

que los detuvo á su despecho la artillería del cuartel: cuyo estrago los obligó á retroceder, lo que tuvieron por necesario para desviarse del peligro; pero hicieron alto á la vista, y se conoció del silencio y diligencia con que se andaban convocando y disponiendo que trataban de pasar á nuevo designio.

Era su intento asaltar á viva fuerza el cuartel por todas partes, y á breve rato se vieron cubiertas de gentes las calles del contorno. Hicieron poco despues la seña de acometer sus atabales y vocinas, avanzaron todos á un tiempo con igual precipitacion. Traian de vanguardia tropas de flecheros para que barriendo la muralla pudiesen acercarse los demas. Fueron tan cerradas y tan repetidas las cargas que despidieron, haciendo lugar á los que iban señalados para el asalto, que se hallaron los defensores en confusion, acudiendo con dificultad á los dos tiempos de reparar y ofender. Vióse casi anegado en flechas el cuartel; y no parezca locucion sobradamente animosa, pues se llegó á señalar gente que las apartase, porque ofendian segunda vez cerrando el paso á la defensa. Las piezas de artillería y demas bocas de fuego hacian horrible destrozo en los enemigos; pero venian tan resueltos á morir ó vencer, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, y se volvian á cerrar animosamente pisando los muertos y atropellando los heridos.

Llegaron muchos á ponerse debajo del cañon y á intentar el asalto con increible determinacion: valíanse de sus instrumentos de pedernal para romper las puertas y picar las paredes: unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas: otros hacian escalas de sus mismas picas para ganar las ventanas ó terrados, y todos se arrojaban al hierro y al fuego como fieras irritadas: notable repeticion de temeridades que pudieran celebrarse como hazañas si obrára en ellos el valor algo de lo que obraba la ferocidad.

Pero últimamente fueron rechazados, y se retiraron para cubrirse á las travesías de las calles, donde se mantuvieron hasta que los dividió la noche mas por la costumbre que tenian de no pelear en ausencia del sol, que porque diesen esperanzas de haberse decidido la cuestion; antes se atrevieron poco despues á turbar el sosiego de los españoles, poniendo por diferentes partes fuego al cuartel, ó ya lo consiguiesen arrimándose á las puertas y ventanas con el amparo de la obscuridad, ó ya le arrojasen á mayor distancia con las flechas de fuego artificial; que pareció mas verisímil porque la llama creció súbitamente á tomar posesion del edificio con tanto vigor, que fue necesario atajarla derribando algunas paredes, y trabajar despues en cerrar y poner en defensa los portillos que se hicieron para impedir la comunicacion del incendio: fatiga que duró la mayor parte de la noche.

Pero apenas se declaró la primera luz de la mañana cuando se dejaron ver los enemigos, escarmentados al parecer de acercarse á la muralla, porque solo provocaban á los españoles para que saliesen

de sus reparos : llamábanlos á la batalla con grandes injurias : tratábanlos de cobardes porque se defendian encerrados; y Hernan Cortés, que habia resuelto salir contra ellos aquel dia, tuvo por oportuna esta provocacion para encender los ánimos de los suyos. Dispúsolos con una breve oracion al desagravio de su ofensa; y formó sin mas dilacion tres escuadrones del grueso que pareció conveniente, dando á cado uno mas españoles que tlascaltecas : los dos para que fuesen desembarazando las calles vecinas ó colaterales; y el tercero donde iba su persona y la fuerza principal de su ejército, para que acometiese por la calle de Tácuba, donde habia cargado el mayor grueso del enemigo. Dispuso las hileras, y distribuyó las armas segun la necesidad que habia de pelear por la frente y por los lados; acomodándose á lo que observó Diego de Ordaz en su retirada; y teniendo por digno de su imitacion lo que poco antes mereció su alabanza, en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se dedignan de caminar por las huellas de los que fueron delante, cuando hay tan poca distancia entre el errar y el diferenciarse de los que acertaron.

Embistieron todos á un tiempo; y los enemigos dieron y recibieron las primeras cargas sin perder tierra ni conocer el peligro, esperando unas veces, y otras acometiendo, hasta llegar á lo estrecho de las armas y los brazos. Esgrimian los chuzos y los montantes con desesperada intrepidez. Entrábanse por las picas y las espadas para lograr el golpe á precio de la vida. Las bocas de fuego que iban señaladas al opósito de las azoteas y ventanas, no podian atajar la lluvia de las piedras, porque las arrojaban sin descubrirse, y fue necesario poner fuego en algunas casas para que cesase aquella prolija hostilidad.

Cedieron finalmente al esfuerzo de los españoles; pero iban rompiendo los puentes de las calles, y hacian rostro de la otra parte, obligándolos á que cegasen peleando las acequias para seguir en alcance. Los que partieron á desembarazar las calles de los lados, cargaron la multitud que las ocupaba con tanta resolucion que se consiguió por su medio el asegurar la retaguardia y el llevar siempre al enemigo por la frente, hasta que saliendo á lo ancho de una plaza se unieron los tres escuadrones y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas atropelladamente, dando á la fuga el mismo ímpetu que dieron á la batalla.

No permitió Hernan Cortés que se pasase á destruir enteramente aquellos vasallos de Motezuma fugitivos ya y desordenados; ó no le sufrió su ánimo que se hiciese mas sangrienta la victoria, pareciéndole que dejaba castigado con bastante rigor su atrevimiento. Recogióse su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear. Faltaron de su ejército diez ó doce soldados, y hubo muchos heridos, los mas de piedra ó flecha, y ninguno de cuidado. En el ejército de los mejicanos murió innumerable gente : los cuerpos que

no pudieron retirar, llenaban de horror las calles despues de haber teñido en su sangre las acequias. Duró toda la mañana el combate, y se llegaron á ver en conflicto algunas veces los españoles : pero se debió á su valor el suceso, y le hizo posible su esperiencia y buena disciplina. No hubo quien sobresaliese, porque obraron todos con igual bizarría señalándose los soldados como los capitanes, y quitando unas hazañas el nombre de las otras. Hizo la imitacion valientes sin principio á los tlascaltecas; y Hernan Cortés gobernó la faccion como valeroso y prudente capitan, acudiendo á todas partes, y mas diligente á los peligros; siempre la espada en el enemigo; la vista en los suyos, y el consejo en su lugar; dejando en duda si se debió mas á su ardimiento que á su pericia militar: virtudes ambas que poseyó en grado eminente, y que se desean sin distincion, ó concurren sin preferencia en los grandes capitanes.

Fue necesario dejar algun tiempo al descanso de la gente y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias ó poco mas, en que se atendió solamente á la defensa del cuartel, que tuvo siempre á la vista el ejército de los amotinados, y fue algunas veces combatido con ligeras escaramuzas, en que andaba mezclado el huir y el acometer. En este medio tiempo volvió Cortés á las pláticas de la paz, y fueron saliendo con diferentes partidos algunos mejicanos de los que asistian al servicio de Motezuma; pero no se descuidó mientras duraba la negociacion en las demas prevenciones. Hizo fabricar al mismo tiempo cuatro castillos de madera que se movian sobre ruedas con poca dificultad, por si llegase la ocasion de hacer nueva salida. Era capaz cada uno de veinte ó treinta hombres, guarnecido el techo de gruesos tablones contra las piedras que venian de lo alto; frente y lados con sus troneras, para dar la carga sin descubrir el pecho : imitacion de las mantas que usa la milicia para echar gente á picar las murallas; cuyo reparo tuvo entonces por conveniente para que se pudiesen arrimar sus soldados á poner fuego en las casas, y á romper las trincheras con que iban atajando las calles; si ya no fue para que al embestir aquellas máquinas portátiles pelease tambien la novedad asombrando al enemigo.

De los mejicanos que salieron á proponer la paz volvieron unos mal despachados, y otros se quedaron entre los rebeldes, no sin grande irritacion de Motezuma que deseaba con empeño la reducion de sus vasallos, y recataba con artificio fácil de penetrar, el recelo de que acabasen de perder el miedo á su autoridad. Hacíanse á este tiempo nuevas prevenciones de guerra en la ciudad. Los señores de vasallos que andaban en la sedicion iban llamando la gente de sus lugares : crecia por instantes la fuerza del enemigo, y no cesaba la provocacion en el cuartel de los españoles, cansados ya de sufrir la embarazosa repeticion de voces y flechas, que aunque se perdian en el viento, no dejaban de ofender en la paciencia.

Con esta buena disposicion de su gente, con el parecer de sus

capitanes y aprobacion de Motezuma, ejecutó Cortés la segunda salida contra los mejicanos: llevó consigo la mayor parte de los españoles y hasta dos mil tlascaltecas, algunas piezas de artillería, las máquinas de madera con guarnicion proporcionada, y algunos caballos á la mano para usar de ellos cuando lo permitiesen las quiebras del terreno. Estaba entonces el tumulto en un profundo silencio, y apenas se dió principio á la marcha cuando se conoció la primera dificultad de la empresa, en lo que abultaron súbitamente los gritos de la multitud, alternados con el estruendo pavoroso de los atabales y caracoles. No esperaron á ser acometidos, antes se vinieron á los españoles con notable resolucion y movimiento menos atropellado que solian. Dieron y recibieron las primeras cargas sin descomponerse ni precipitarse; pero á breve rato conocieron el daño que recibian, y se fueron retirando poco á poco, sin volver las espaldas al primero de los reparos con que tenian atajadas las calles, en cuya defensa volvieron á pelear con tanta obstinacion, que fue necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos. Tenian cerca las retiradas, y en algunas levantando los puentes de las acequias con que se repetia importunadamente la dificultad, y no se hallaba la sazon de poderlos combatir en descubierto. Viéronse aquel dia en sus operaciones algunas advertencias que parecian de guerra mas que popular. Disparaban á tiempo, y baja la puntería para no malograr el tiro en la resistencia de las armas. Los puestos se defendian con desahogo, y se abandonaban sin desórden. Echaron gente á las acequias para que ofendiesen nadando con el bote de las picas. Hicieron subir grandes peñascos á las azoteas para destruir los castillos de madera, y lo consiguieron haciéndolos pedazos. Todas las señas daban á entender que habia quien gobernase, porque se animaban y socorrian tempestivamente, y se dejaba conocer alguna obediencia entre los mismos desconciertos de la multitud.

Duró el combate la mayor parte del dia, reducidos los españoles y sus aliados á ganar terreno de trinchera en trinchera: hízose gran daño en la ciudad: quemáronse muchas casas; y costó mas sangre á los mejicanos esta ocasion que las dos antecedentes, porque anduvieron mas cerca de las balas, ó porque no pudieron huir como solian con el impedimento de sus mismos reparos.

Ibase acercando la noche, y Hernan Cortés, viéndose obligado, no sin alguna desazon, á la disputa inútil de ganar puestos que no se habian de mantener, se volvió á su alojamiento, dejando en la verdad menos corregida que hostigada la sedicion. Perdió hasta cuarenta soldados, los mas tlascaltecas: salieron heridos y maltratados mas de cincuenta españoles, y él con un flechazo en la mano izquierda; pero mas herido interiormente de haber conocido en esta ocasion que no era posible continuar aquella guerra tan desigual sin riesgo de perder el ejército y la reputacion: primer desaliento suyo, cuya novedad estrañó su corazon y padeció su constancia. Encer-

róse con pretesto de la herida y con deseo de alargar las riendas al discurso. Tuvo mucho que hacer consigo la mayor parte de la noche. Sentia el retirarse de Méjico, y no hallaba camino de mantenerse. Procuraba esforzarse contra la dificultad, y se ponia la razon de parte del recelo. No se conformaban su entendimiento y su valor, y todo era batallar sin resolver : impaciente y desabrido con los dictámenes de la prudencia, ó mal hallado con lo que duele, antes de aprovechar el desengaño.

## CAPITULO XIV.

**Propone á Cortés Motezuma que se retire, y él le ofrece que se retirará luego que dejen las armas sus vasallos : vuelven estos á intentar nuevo asalto : habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido perdiendo las esperanzas de reducirlos.**

No tuvo mejor noche Motezuma, que vacilaba entre mayores inquietudes, dudoso ya en la fidelidad de sus vasallos, y combatido el ánimo de contrarios afectos que unos seguian y otros violentaban su inclinacion : ímpetus de la ira, moderaciones del miedo y repugnancia de la soberbia. Estuvo aquel dia en la torre mas alta del cuartel observando la batalla, y reconoció entre los rebeldes al señor de Iztacpalapa, y otros príncipes de los que podian aspirar al imperio : viólos discurrir á todas partes animando la gente y disponiendò la faccion : no recelaba de sus nobles semejante alevosía : crecieron á un tiempo su enojo y su cuidado; y sobresalió el enojo dando á la sangre y al cuchillo el primer movimiento de su natural; pero conociendo poco despues el cuerpo que habia tomado la dificultad, convertido ya el tumulto en conspiracion, se dejó caer en el desaliento, quedando sin accion para ponerse de parte del remedio, y rindiendo al asombro y á la flaqueza todo el impulso de la ferocidad : horribles siempre al tirano los riesgos de la corona, y fáciles ordinariamente al temor los que se precian de temidos.

Esforzóse á discurrir en diferentes medios para restablecerse, y ninguno le pareció mejor que despachar luego á los españoles y salir á la ciudad, sirviéndose de la mansedumbre y de la equidad antes de levantar el brazo de la justicia. Llamó á Cortés por la mañana y le comunicó lo que habia crecido su cuidado, no sin alguna destreza. Ponderó con afectada seguridad el atrevimiento de sus nobles, dando al empeño de castigarlos algo mas que á la razon de temerlos. Prosiguió diciendo : « que ya pedian pronto remedio aque-
» llas turbaciones de su república, y convenia quitar el pretesto á
» los sediciosos y darles á conocer su engaño antes de castigar su
» delito : que todos los tumultos se fundaban sobre apariencias de
» razon; y en las aprensiones de la multitud era prudencia entrar
» cediendo para salir dominando : que los clamores de sus vasallos

» tenian de su parte la disculpa del buen sonido, pues se reducian » á pedir la libertad de su rey, persuadidos á que no la tenia, y » errando el camino de pretenderla : que ya llegaba el caso de ser » inescusable que saliesen de Méjico sin mas dilacion Cortés y los » suyos para que pudiese volver por su autoridad, poner en suje- » cion á los rebeldes, y atajar el fuego desviando la materia. » Repitió lo que habia padecido por no faltar á su palabra, y tocó ligeramente los recelos que mas le congojaban; pero fueron rendidas las instancias que hizo á Cortés para que no le replicase, que se descubrian las influencias del temor en las eficacias del ruego.

Hallábase ya Hernan Cortés con dictámen de que le convenia retirarse por entonces, aunque no sin esperanzas de volver á la empresa con mayor fundamento; y sirviéndose de lo que llevaba discurrido para estrañar menos esta proposicion, le respondió sin detenerse: « que su ánimo y su entendimiento estaban conformes » en obedecerle con ciega resignacion, porque solo deseaba eje- » cutar lo que fuese de su mayor agrado, sin discurrir en los moti- » vos de aquella resolucion, ni detenerse á representar inconve- » nientes que tendria previstos y considerados; en cuyo exámen » debe rendir su juicio el inferior, ó suele bastar por razon la » voluntad de los príncipes. Que sentiria mucho apartarse de su » lado sin dejarle restituido en la obediencia de sus vasallos, par- » ticularmente cuando pedia mayor precaucion la circunstancia de » haberse declarado la nobleza por los populares : novedad que » necesitaba de todo su cuidado; porque los nobles, roto una vez » el freno de su obligacion, se hallan mas cerca de los mayores » atrevimientos; pero que no le tocaba formar dictámenes que pu- » diesen retardar su obediencia, cuando le proponia, como remedio » necesario, su jornada, conociendo la enfermedad y los humores » de que adolecia su república : sobre cuyo presupuesto, y la cer- » tidumbre de que marcharia luego con su ejército la vuelta de » Zempoala, debia suplicarle que antes de su partida hiciese dejar » las armas á sus vasallos, porque no seria de buena consecuencia » que atribuyesen á su rebeldia lo que debian á la benignidad de » su rey; cuyo reparo hacia mas por el decoro de su autoridad, » que porque le diese cuidado la obtinacion de aquellos rebeldes, » pues dejaba el empeño de castigarlos por complacerle, llevando » en su espada y en el valor de los suyos todo lo que habia menes- » ter para retirarse con seguridad. »

No esperaba Motezuma tanta prontitud en las respuestas de Cortés : creyó hallar en él mayor resistencia, y temia estrecharle con la porfia ó con la desazon en materia que tenia resuelta y deliberada. Dióle á entender su agradecimiento con demostraciones de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luego á sus vasallos que dejasen las armas, y aprobó su advertencia, estimándola como disposicion necesaria

para que llegasen menos indignos á capitular con su rey : punto en que no habia discurrido, aunque sentia interiormente la disonancia de tanto contemporizar con los que merecian su desagrado, y no hallaba camino de componer la soberanía con la disimulacion. Al mismo tiempo que duraba esta conferencia se tocó un arma muy viva en el cuartel. Salió Hernan Cortés á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general que intentaron los enemigos. Estaba siempre vigilante la garnicion, y fueron recibidos con todo el rigor de las bocas de fuego : pero no fue posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peligro y acometieron de golpe, impelidos unos de otros con tanta precipitacion, que caminando al parecer su vanguardia sin propio movimiento, logró al primer avance la determinacion de arrimarse á la muralla. Fuéronse quedando los arcos y las hondas en la distancia que habian menester, y empezaron á repetir sus cargas para desviar la oposicion del asalto, que al mismo tiempo se intentaba y resistia con igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemigo á poner el pie dentro de los reparos; y Hernan Cortés, que tenia formado su retén de tlascaltecas y españoles en el patio principal, acudia con nuevos socorros á los puntos mas aventurados, siendo necesario toda su actividad y todo el ardimiento de los suyos para que no flaquease la defensa, ó se llegase á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés; llamó á doña Marina, y por su medio le propuso : « que segun el estado pre-
» sente de las cosas y lo que tenia discurrido, seria conveniente
» dejarse ver desde la muralla para mandar que se retirasen los se-
» diciosos populares, y viniesen desarmados los nobles á repre-
» sentar lo que unos y otros pretendian. » Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia para que respirase por un rato su gente, cuando no bastase para vencer la obstinacion de aquella multitud inexorable. Y Motezuma se dispuso luego á ejecutar esta diligencia con ansia do reconocer el ánimo de sus vasallos en lo tocante á su persona. Hízose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial : no perdonó las joyas de los actos públicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza, dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenia socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la magestad. Con todo este aparato, y con los mejicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion y asomándose uno de ellos al pretil, dijo en voces altas : que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces y amedrentada la respiracion. Dejóse ver entonces de la mu-

chedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible compuesta de su enojo y su recelo. Doblaron muchos la rodilla cuando le descubrieron, y los mas se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamándolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejeando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento, aunque le hallamos referido con alguna diferencia, fue, segun dicen los mas, en esta conformidad.

« Tan lejos estoy, vasallos mios, de mirar como delito esta con» mocion de vuestros corazones, que no puedo negarme inclinado » á vuestra disculpa. Esceso fue tomar las armas sin mi licencia, » pero esceso de vuestra fidelidad. Creísteis, no sin alguna razon, » que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y vio» lentado : y el sacar de opresion á vuestro rey es empeño grande » para intentado sin desórden, que no hay leyes que puedan sujetar » el nimio dolor á los términos de la prudencia; y aunque tomás» teis con poco fundamento la ocasion de vuestra inquietud (porque » yo estoy sin violencia entre los forasteros que tratais como ene» migos) ya veo que no es descrédito de vuestra voluntad el engaño » de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseverado con ellos; y » he debido toda esta benignidad á su atencion, y todo este obse» quio al príncipe que los envia. Ya están despachados : ya he re» suelto que se retiren : y ellos saldrán luego de mi corte; pero no » es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya de» lante de vuestra obligacion su cortesía. Dejad las armas y venid » como debeis á mi presencia, para que cesando el rumor y ca» llando el tumulto, quedeis capaces de conocer lo que os favorezco » en lo mismo que os perdono. »

Así acabó su oracion y nadie se atrevió á responderle. Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey, ó lo que disuena mas, tan humillado. Pero al mismo tiempo que duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion, fácil siempre de llevar á los estremos su inconstancia, y no faltaria quien la fomentase cuando tenian elegido nuevo emperador, ó estaban resueltos á elegirle, que uno y otro se halla en los historiadores.

Creció el desacato á desprecio, dijéronle á grandes voces que ya no era su rey, que dejase la corona y el cetro por la rueca y el huso, llamándole cobarde, afeminado y prisionero vil de sus enemigos. Perdíanse las injurias en los gritos, y él procuraba, con el sobrecejo y con la mano, hacer lugar á sus palabras, cuando empezó á disparar la multitud, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Procuraron cubrirle con las rodelas dos soldados

que puso Hernan Cortés á su lado previniendo este peligro; pero no bastó su diligencia para que dejasen de alcanzarle algunas flechas, y mas rigurosamente una piedra que le hirió en la cabeza, rompiendo parte de la sien, cuyo golpe le derribó en tierra sin sentido: suceso que sintió Cortés como uno de los mayores contratiempos que se le podian ofrecer. Hízole retirar á su cuarto, y acudió con nueva irritacion á la defensa del cuartel; pero se halló sin enemigos en quien tomar satisfaccion de su enojo; porque al mismo instante que vieron caer á su rey, ó pudieron conocer que iba herido, se asombraron de su misma culpa, y huyendo sin saber de quién, ó creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses, corrieron á esconderse del cielo con aquel género de confusion ó fealdad espantosa que suelen dejar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luego Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fue necesario detenerle para que no se quitase la vida. No era posible curarle porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas que terminaban en gemidos: esforzábase la ira y declinaba en pusilanimidad: la persuasion le ofendia, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dejarle por un rato y dar algun tiempo á la consideracion para que se desembarazase de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural y el abatimiento de su espíritu; sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos: bárbaro recurso de ánimos cobardes que gimen debajo de la calamidad, y solo tienen valor contra el que puede menos.

## CAPITULO XV.

**Muere Motezuma sin querer reducirse á recibir el bautismo: envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exequias los mejicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.**

Perseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociéndose por instantes lo que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal, porque no fue posible curarle como era necesario hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padecíase lo mismo para reducirle á que tomase algun alimento, cuya necesidad le iba estenuando: solo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el pe-

ligro; y Hernan Cortés, que faltaba pocas veces de su lado porque se moderaba y componia en su presencia, trató con todas veras de persuadirle á lo que mas le importaba. Volvióle á tocar el punto de la religion, llamándole con suavidad á la detestacion de sus errores y al conocimiento de la verdad. Habia mostrado en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la fé católica; desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena cuando le dejaba la suya: y dando al temor de sus vasallos mas que á la reverencia de sus dioses.

Hizo Cortés de su parte cuanto pedia la obligacion de cristiano. Rogábale unas veces fervoroso y otras enternecido que se volviese á Dios y asegurase la eternidad recibiendo el bautismo. El padre fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia: los capitanes que se preciaban de sus favorecidos querian entenderse con su voluntad: doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos; y diga lo que quisiere la emulacion ó la malicia, que hasta en este cuidado culpa de omisos á los españoles, no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito: discurrir en su ofensa; prorumpir en amenazas: dejarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores; en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dejando al mundo un ejemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y mas absolutas en los poderosos; porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fue general entre los españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto; unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia mas que todos y hacia mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo; y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dejase de manifestar el secreto de su corazon con algunas lágrimas que se vinieron á sus ojos tarde ó mal detenidas. Tenia fundada en la voluntaria sujecion de aquel príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habíasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia, y sobre todo le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Su primera diligencia fue llamar á los criados del difunto, y ele-

gir seis de los mas principales para que sacasen el cuerpo á la ciudad, en cuyo número fueron comprendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos, unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dijesen de su parte á los príncipes que gobernaban el tumulto popular : « que allí les enviaba el cadá» ver de su rey muerto á sus manos, cuyo enorme delito daba nueva » razon á sus armas. Que antes de morir le pidió repetidas veces, » como sabian, que tomase por su cuenta la venganza de su agravio » y el castigo de tan horrible conspiracion. Pero que mirando » aquella culpa como brutalidad impetuosa de la ínfima plebe, y » como atrevimiento cuya enormidad habrian conocido y castigado » los de mayor entendimiento y obligaciones, volvia de nuevo á » proponer la paz, y estaba pronto á concedérsela viniendo los » diputados que nombrasen á conferir y ajustar los medios que » pareciesen convenientes. Pero que al mismo tiempo tuviesen en» tendido que si no se ponian luego en la razon y en el arrepenti» miento, serian tratados como enemigos, con la circunstancia de » traidores á su rey, esperimentando los últimos rigores de sus » armas; porque muerto Motezuma, cuyo respeto le detenia y mo» deraba, trataria de asolar y destruir enteramente la ciudad, y » conocerian con tardo escarmiento lo que iba de una hostilidad » poco mas que defensiva, en que solo se cuidaba de reducirlos, á » una guerra declarada en que se llevaria delante de los ojos la » obligacion de castigarlos. »

Partieron luego con este mensage los seis mejicanos, llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguiéronle todos arrojando las armas y desamparando sus puestos, y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos: bastante demostracion de que pudo mas el espectáculo miserable ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido emperador segun la noticia que se tuvo despues, y seria dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirándolas en el nombre y no en la persona del rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Algunos dicen que le arrastraron y le hicieron pedazos, sin perdonar á sus hijos y mugeres. Otros que le tuvieron espuesto á la irrision y desacato de la plebe; hasta que un criado suyo formando una humilde pira de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Púdose creer uno y otro de un pueblo desbocado; en cuya inhumanidad se acerca mas á lo verisímil lo que se aparta mas de la razon. Pero lo cierto fue que respetaron el cadáver, afectando en su adorno y en la pompa funeral que sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion; si ya

no aspiraron á conseguir con aquella esterioridad reverente la satisfaccion ó el engaño de sus dioses. Lleváronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exequias y guardaban las cenizas de sus reyes : y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerza los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones : cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su rey como hazaña de su atencion, ó como enmienda sustancial de su delito.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo menos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dijo; y no le defiende ni lo niega : descuido que sin culpa de la intencion, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que le afirmasen años despues los mejicanos por concitar el odio contra los españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dijeron entonces ni lo imaginaron, ni se debia permitir á la pluma sin mayor fundamento un hecho de semejantes inconsecuencias. ¿Cómo era posible que un hombre tan atento y tan avisado como Hernan Cortés, cuando tenia sobre sí todas las armas de aquel imperio, se quisiese deshacer de una prenda en que consistia su mayor seguridad? ¿O qué disposicion le daba la muerte de un rey amigo y sujeto para la conquista de un reino levantado y enemigo? Desgracia es de las grandes acciones la variedad con que se refieren, y empresa fácil de la mala intencion inventar circunstancias, que cuando no basten á deslucir la verdad, la sujetan por entonces á la opinion ó á la ignorancia, empezando muchas veces en la credulidad licenciosa del vulgo, lo que viene á parar á las historias. Notablemente se fatigan los estrangeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiéndale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quédese la envidia en su confusion : vicio sin deleite que atormenta cuando se disimula, y desacredita cuando se conoce; siendo en la verdad lustre del envidiado y desaire de su dueño.

Fue Motezuma, como dijimos, príncipe de raros dotes naturales; de agradable y magestuosa presencia; de claro y perspicaz entendimiento; falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona, y despues le dió entre los estraños la opinion mas venerable de los reyes. Tenia el genio y la inclinacion militar : entendia las artes de la guerra; y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su corte. Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales : conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su imperio, dejando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fue naturalmente dadivoso y liberal : hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y po-

niendo la magnificencia entre los oficios de la magestad. Amaba la justicia y celaba su administracion en los ministros con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes tanto de hombre como de rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacia mas vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tributo de las concubinas: naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de sus moderaciones: desordenado el antojo sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el estremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Su liberalidad ocasionó mayores daños que produjo beneficios, porque llegó á cargar sus reinos de imposiciones y tributos intolerables; y se convertia en sus profusiones y desprecios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitia distincion entre la esclavitud y el vasallage; y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor que de su paciencia. Fue la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus méritos cuando encarecia su fortuna, y pensaba de sí mejor que de sus dioses, aunque fue sumamente dado á la supersticion de su idolatría; y el demonio llegó á favorecerle con frecuentes visitas, cuya malignidad tiene sus hablas y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez. Púdose dudar entonces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este mónstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los españoles: principio de que resultó despues la conversion de aquella gentilidad. Dejó algunos hijos: dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los mejicanos cuando se retiró Cortés: y otros dos ó tres hijas que se convirtieron despues y casaron con españoles. Pero el principal de todos fue don Pedro de Motezuma, que se redujo tambien á la religion católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representacion de su padre por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residian en el palacio real con igual dignidad; la cual se redujo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo doña María de Niagua Suchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el rey á don Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España, con título de conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heróica recordacion de tan alto principio.

Reinó este príncipe diez y siete años: undécimo en el número de aquellos emperadores: segundo en el nombre de Motezuma; y últi-

mamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxilios que parecian eficaces. ¡O siempre inescrutables permisiones de la eterna justicia! Mejores para el corazon que para el entendimiento.

## CAPITULO XVI.

**Vuelven los mejicanos á sitiar el alojamiento de los españoles: hace Cortés nueva salida: gana un adoratorio que habian ocupado y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse.**

No intentaron los indios faccion particular que diese cuidado en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas, aunque siempre hubo tropas á la vista, y algunas ligeras invasiones que se desviaban con facilidad. Púdose dudar si duraba en ellos la turbacion de su delito, y el temor de su rey nuevamente irritado. Pero despues se conoció que aquella tibia continuacion de la guerra nacia de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los magnates de la ciudad en la coronacion del nuevo emperador que, segun lo que se averiguó despues, se llamaba Quetlabaca (1), rey de Iztacpalapa, y segundo elector del imperio: vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre. Los mejicanos que salieron con el cuerpo de Motezuma, y con la proposicion de la paz, no volvieron con respuesta: y esta rebeldía en los principios del nuevo gobierno, traia malas consecuencias á la imaginacion. Deseaba Hernan Cortés retirarse con reputacion, empeñado ya con sus capitanes y soldados en que se dispondria brevemente la salida, y hecho el ánimo á que le convenia rehacerse de nuevas fuerzas para volver á Méjico menos aventurado, cuya conquista miró siempre como cosa que habia de ser, y miraba entonces como empeño necesario muerto Motezuma, cuyas atenciones contenian su resolucion dentro de otros límites menos animosos.

Tardó poco el desengaño de lo que se andaba maquinando en aquella suspension de los indios; porque la mañana siguiente al dia en que se celebraron las exequias de Motezuma, volvieron á la guerra con mas fundamento, y mayor número de gente. Amanecieron ocupadas todas las calles del contorno, y guarnecidas las torres de un adoratorio grande que distaba poco del cuartel, dominando parte del edificio con el alcance de hondas y flechas: puesto en que se hubiera fortificado Hernan Cortés si se hallára con fuerzas

(1) Su verdadero nombre era segun unos *Cuihahuatzin*, y segun otros *Cuitlahuotzin*, que tiene sonido semejante. Herrera y Cortés dicen que era hermano de Motezuma; pero nada de eso se dice en la cronología de los emperadores mejicanos.

bastantes para divididas; pero no quiso incurrir en el desacierto de los que faltan á la necesidad por acudir á la prevencion.

Subíase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algunas torres de bastante capacidad. Habíanse alojado en él hasta quinientos soldados escojidos entre la nobleza mejicana, tomando tan de asiento el mantenerle, que se previnieron de armas y bastimentos para muchos dias.

Hallóse Cortés empeñado en desalojar al enemigo de aquel padrastro, cuyas ventajas una vez conocidas y puestas en uso, pedian breve remedio; y para conseguirlo sin aventurar la faccion, sacó la mayor parte de su gente fuera de la muralla, dividiéndola en escuadrones del grueso que pareció necesario para detener las avenidas y embarazar los socorros. Cometió el ataque del adoratorio al capitan Escobar con su compañía, y hasta cien españoles de buena calidad. Dióse principio al combate, ocupando los españoles todas las bocas de las calles; y al mismo tiempo acometió Escobar penetrando el átrio inferior y parte de las gradas sin hallar oposicion, porque los indios le dejaron empeñar en ellas advertidamente por ofenderle mejor desde mas cerca; y en viendo la ocasion se coronaron de gente los pretiles, y dieron la carga disparando sus flechas y sus dardos con tanto rigor y concierto, que le obligaron á detenerse y á ordenar que peleasen los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian; pero no le fue posible resistir á la segunda carga que fue menos tolerable. Tenian de mampuesto grandes piedras y gruesas vigas, que dejadas caer de lo alto, y cobrando fuerza en el pendiente de las gradas, le obligaron á retroceder primera, segunda y tercera vez: algunas de las vigas bajaban medio encendidas para que hiciesen mayor daño: ruda imitacion de las armas de fuego, que sería grande arbitrio entre sus ingenieros, pero se descomponia la gente para evitar el golpe; y turbada la union, se hacia la retirada inevitable.

Reconociólo Hernan Cortés, que discurria con una tropa de caballos por todas las partes donde se peleaba, y desmontando con el primer consejo de su valor, reforzó la compañía de Escobar con algunos tlascaltecas del reten y la gente de su tropa. Hízose atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y tan segura resolucion, que dejó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Venciéronse con presteza y felicidad los impedimentos del asalto: ganóse del primer abordo la última grada, y poco despues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y los chuzos. Eran nobles aquellos mejicanos, y se conoció en su resistencia lo que diferencia los hombres el incentivo de la reputacion. Dejábanse hacer pedazos por no rendir las armas: algunos se precipitaban de los pretiles, persuadidos á que mejoraban de muerte si la tomaban por sus manos. Los sacerdotes y ministros del adoratorio, despues de apellidar la defensa

de sus dioses, murieron peleando con presuncion de valientes, y á breve rato quedó por Cortés el puesto con total estrago de aquella nobleza mejicana sin perder un hombre ni ser muchos los heridos.

Fue notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos indios valerosos en la misma turbacion de la batalla, y el denuedo con que llegaron á intentar la ejecucion de su designio. Resolviéronse á dar la vida por su patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevándose consigo á Cortés. Anduvieron juntos buscando la ocasion, y apenas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad, y quedó con menos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña.

Hubo algunas circunstancias en esta faccion del adoratorio que la hicieron posible á menos costa. Turbáronse los indios al verse acometer de mayor número, y del mismo capitan á quien tenian por invencible. Anduvieron mas acelerados que diligentes en la defensa de las gradas; y las vigas que arrojaban de lo alto atravesadas, en cuyo golpe consistia su mayor defensa, se observó que bajaron de punta, con que pasaban sin ofender: accidente que pareció muy repetido para casual; y algunos le refieren como una de las maravillas que obró en aquella conquista la divina Providencia. Pudo ser culpa de su turbacion el arrojarlas menos advertidamente; pero es cierto que facilitó el último asalto esta novedad; y á vista de tanto como hubo que atribuir á Dios en esta guerra, no seria mucho esceso equivocar alguna vez lo admirable con lo milagroso.

Hizo Hernan Cortés que se transportasen luego á su cuartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable, y socorro necesario en aquella ocasion. Mandó que se pusiese fuego al mismo adoratorio, y que se diesen á la ruina y al incendio las torres, y algunas casas interpuestas que podian embarazar para que su artillería mandase la eminencia. Cometió este cuidado á los tlascaltecas, que lo pusieron luego en ejecucion; y volviendo os ojos al empeño en que se hallaba su gente, reconoció que habia cargado la mayor fuerza del enemigo á la calle de Tácuba, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquella principal avenida. Cobró luego su caballo, y afianzó la rienda en el brazo herido. Tomó una lanza y partió al socorro haciendo que le siguiesen los demas caballos, y Escobar con la gente de su cargo. Pasa-

ron los caballos delante, cuyo choque rompió la multitud enemiga, hiriendo y atropellando á todas partes sin perder golpe, ni olvidar la defensa. Fue sangriento el combate, porque los indios que se iban quedando atrás, por apartarse de los caballos, daban medio vencidos en la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer. Pero Hernan Cortés, no sin alguna inconsideracion, se adelantó á todos los de su tropa, dejándose lisonjear mas que debiera de sus mismas hazañas, y cuando volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venia cargando todo el tropel de los fugitivos, hecha ya peligro de su vida la victoria de los suyos.

Resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella menos oposicion, y á pocos pasos encontró una partida numerosa de indios mal ordenados que llevaban preso á su grande amigo Andres de Duero, porque dió en sus manos cayendo su caballo; y le valió para que no le hiriesen el ir destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demas, con que pudo el preso desembarazarse de los que le oprimian para servirse de un puñal que le dejaron por descuido cuando le desarmaron. Hízose lugar con muerte de algunos, hasta cobrar su lanza y su caballo; y unidos los dos amigos, pasaron la calle á galope largo, rompiendo por las tropas enemigas hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró este socorro Hernan Cortés como una de sus mayores felicidades: vínosele á las manos la ocasion cuando se hallaba dudoso de la propia salud; pero le ayudaba tanto la fortuna tomada en su real y católica significacion, que hasta sus mismas inadvertencias le producian sucesos oportunos.

Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no pareció conveniente pasar á mayor empeño, porque no era posible seguir el alcance sin desabrigar el cuartel. Hízose la seña de recoger; y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fue sin otra pérdida que la de algunos heridos: cuya felicidad dió nueva sazon al descanso, enjugando brevemente la victoria el sudor de la batalla. Quemáronse muchas casas este dia, y murieron tantos mejicanos, que á vista de su castigo se pudo esperar su escarmiento. Algunos refieren esta salida entre las que se hicieron antes que muriese Motezuma; pero fué despues segun la relacion del mismo Hernan Cortés, á quien seguimos sin mayor exámen, por no ser este de los casos en que importa mucho la graduacion de los sucesos. Debióse principalmente á su valor el asalto del adoratorio, porque hizo superable con su resolucion y con su ejemplo la dificultad en que vacilaban los suyos. Olvidóse dos veces este dia de lo que importaba su persona, entrando en los peligros menos considerado que valiente: escesos del corazon, que aun sucediendo bien, merecen admiracion sin alabanza.

Hicieron tanto aprecio los mejicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimiento memorable, y se hallaron

despues algunos lienzos que contenian toda la faccion, el acometimiento de las gradas, el combate del atrio; y daban últimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo sustancial del suceso por ser estas pinturas sus historias, cuya fé veneraban, teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltase malicia para fingir algunos adminículos que miraban al crédito de su nacion. Pintaron muchos españoles muertos, despeñados y heridos; cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dejando al parecer colorida la pérdida con la circunstancia de costosa: falta de puntualidad en que no pudieron negar la profesion de historiadores, entre los cuales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias hácia la inclinacion que gobierna la pluma; tanto, que son raras las historias en que no se conozca por lo escrito la patria ó el afecto del escritor. Plutarco en la gloria de los atenienses halló alguna paridad entre la historia y la pintura. Quiere que sea un pais bien delineado que ponga delante de los ojos lo que refiere. Pero nunca se verifica mas en la pluma la semejanza del pincel que cuando se aliña el pais en que se retratan los sucesos con este género de pinceladas artificiosas, que pasan como adornos de la narracion, y son distancias de la pintura que pudieran llamarse lejos de la verdad.

## CAPITULO XVII.

**Proponen los mejicanos la paz con ánimo de sitiar por hambre á los españoles: conócese la intention del tratado: junta Hernan Cortés sus capitanes, y se resuelve salir de Méjico aquella misma noche.**

El dia siguiente hicieron llamada los mejicanos, y fueron admitidos no sin esperanza de algun acuerdo conveniente. Salió Hernan Cortés á escucharlos desde la muralla; y acercándose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo emperador: « que tratase de marchar luego con su ejército á la marina, » donde le aguardaban sus grandes canoas, y cesaria la guerra por » el tiempo de que necesitase para disponer su jornada. Pero que » no determinándose á tomar luego esta resolucion, tuviese por » cierto que se perderian él y todos los suyos irremediablemente, » porque ya tenian esperiencia de que no eran inmortales; y cuando » les costase veinte mil hombres cada español que muriese, les » sobraria mucha gente para cantar la última victoria. » Respondióles Hernan Cortés: « que sus españoles nunca presumieron de » inmortales, sino de valerosos y esforzados sobre todos los mor- » tales; y tan superiores á los de su nacion, que sin mas fuerzas » ni mayor número de gente le bastaba el ánimo á destruir no sola-

» mente la ciudad, sino todo el imperio mejicano. Pero que doliéndose de lo que habia padecido por su obstinacion, y hallándose ya sin el motivo de su embajada, muerto el gran Motezuma, cuya benignidad y atenciones le detenian, estaba resuelto á retirarse, y lo ejecutaria sin dilacion, asentándose de una parte y otra los pactos que fuesen convenientes para la disposicion de su viage. » Dieron á entender los mejicanos que volvian satisfechos y bien despachados; y á la verdad llevaron la respuesta que deseaban, aunque tenia su malignidad oculta la proposicion.

Habíanse juntado los ministros del nuevo gobierno para discurrir en presencia de su rey sobre los puntos de la guerra. Y despues de varias conferencias resolvieron que para evitar el daño grande que recibian de las armas españolas, la mortandad lastimosa de su gente y la ruina de la ciudad, seria conveniente sitiarlos por hambre, no porque diesen el caso de aguardar á que se rindiesen, sino por enflaquecerlos y embestirlos cuando les faltasen las fuerzas, inventando este género de asedio: novedad hasta entonces en su milicia. Fue la resolucion que se moviesen pláticas de paz para conseguir la suspension de armas que deseaban, suponiendo que se podria entretener el tratado con varias proposiciones hasta que se acabasen los pocos bastimentos que hubiese de reserva en el cuartel, á cuyo fin ordenaron que se cuidase mucho de impedir los socorros, de cerrar con tropas á lo largo y otros reparos, las surtidas por donde se podian escapar los sitiados, y de romper el paso de las calzadas que salian al camino de la Vera-Cruz, porque ya no era conveniente dejarlos salir de la ciudad para que alborotasen las provincias mal contentas, ó se rehiciesen al abrigo de Tlascala.

Repararon algunos en lo que padecerian diferentes mejicanos de gran suposicion que se hallaban prisioneros en el mismo cuartel: los cuales era necesario que pereciesen de hambre primero que la llegasen á sentir sus enemigos. Pero anduvieron muy celosos de la causa pública, votando que serian felices, y cumplirian con su obligacion, si muriesen por el bien de la patria: y pudo ser que les hiciese daño el hallarse con ellos tres hijos de Motezuma, cuya muerte no seria mal recibida en aquel congreso por ser el mayor mozo capaz de la corona, bien quisto con el pueblo, y el único sugeto de quien se debia recelar el nuevo emperador: flaqueza lastimosa de semejantes ministros dejarse llevar hácia la contemplacion por los rodeos del beneficio comun.

Solamente les daba cuidado el sumo de aquellos inmundos sacerdotes que se hallaba en la misma prision, porque le veneraban como á la segunda persona del rey, y tenian por ofensa de sus dioses el dejarle perecer; pero usaron de un ardid notable para conseguir su libertad. Volvieron aquella misma tarde á nueva conferencia los mismos enviados, y propusieron de parte de su príncipe que para escusar demandas y respuestas que retardasen el tratado, seria bien

que saliese á la ciudad alguno de los mejicanos que tenian prisioneros con noticia de lo que se hubiese de capitular : medio que no hizo disonancia, ni pareció dificultoso; y luego que le vieron admitido, se dejaron caer como por via de consejo amigable que ninguno seria tan á propósito como un sacerdote anciano que paraba en su poder, porque sabria dar á entender la razon y vencer las dificultades que se ofreciesen : cuyo especioso y bien ordenado pretesto bastó para que viniesen á conseguir lo que deseaban, no porque se dejase de conocer el descuido artificioso de la proposicion, sino porque á vista de lo que importaba sondar el ánimo de aquella gente, suponia poco el deshacerse de un prisionero abominable y embarazoso. Salió poco despues el mismo sacerdote bien instruido en algunas demandas fáciles de conceder que miraban á la comodidad y buen pasage de los tránsitos para llegar, caso que volviese á lo que se debia capitular en órden á la deposicion de las armas, rehenes y otros puntos de mas consideracion. Pero no fue necesario esperarle, porque llegó primero el desengaño de que no volveria. Reconocieron las centinelas que los enemigos tenian sitiado el cuartel á mayor distancia que solian : que andaban recatados y solícitos, levantando algunas trincheras y reparos para defender el paso de las acequias, y que habian echado gente á la laguna que iba rompiendo los puentes de la calzada principal, y embarazando el camino de Tlascala : diligencia que dió á conocer enteramente el artificio de su intencion.

Recibió Hernan Cortés con alguna turbacion esta noticia; pero enseñado á vencer mayores dificultades cobró el sosiego natural; y con el primer calor de su discurso, que se iba derechamente á los remedios, mandó fabricar un puente de vigas y tablones para ocupar las divisiones de la calzada que fuese capaz de resistir al peso de la artillería, quedando en tal disposicion que le pudiesen mover y conducir hasta cuarenta hombres. Y sin detenerse mas de lo que fue necesario para dejar esta obra en el astillero, pasó á tomar el parecer de sus capitanes en órden al tiempo en que se debia ejecutar la retirada : punto en cuya proposicion se portó con total indiferencia, ó porque no llevaba hecho dictámen, ó porque le llevaba de no cargar sobre sí la incertidumbre del suceso. Dividiéronse los votos, y paró en disputa la conferencia : unos que se hiciese de noche la retirada : otros que fuese de dia; y por ambas partes habia razones que proponer y que impugnar.

Los primeros decian : « que no siendo contrarios el valor y la » prudencia, se debia elegir el camino mas seguro : que los meji- » canos, fuese costumbre ó superstícion, dejaban las armas en » llegando la noche, y entonces se debia suponer que los tendria » menos desvelados la misma plática de la paz, que juzgaban intro- » ducida y abrazada; y que siendo su intencion el embarazar la » salida, como lo daban á entender sus prevenciones, se conside- » rase cuánto se debia temer una batalla en el paso de la misma

» laguna, donde no era posible doblarse, ni servirse de la caba-
» llería, descubiertos los dos costados á las embarcaciones enemi-
» gas, y obligados á romper por la frente, y resistir por la retaguar-
» dia. Los que llevaban la contraria opinion decian : que no era
» practicable intentar de noche una marcha con bagage y artillería
» por camino incierto, y levantado sobre las aguas, cuando la es-
» tacion del tiempo, nublado entonces y lluvioso, daba en los ojos
» con la ceguedad y el desacierto de semejante resolucion. Que la
» faccion de mover un ejército con todos sus impedimentos, y
» con el embarazo de ir echando puentes para franquear el paso,
» no era obra para ejecutarla sin ruido y sin detencion; ni en la
» guerra eran seguras las cuentas alegres, sobre los descuidos del
» enemigo, que alguna vez se pueden lograr, pero nunca se deben
» presumir : que la costumbre que se daba por cierta en los meji-
» canos de no tomar las armas en llegando la noche, demas de
» haberse visto interrumpida en la faccion de poner fuego al cuartel,
» y en la de ocupar el adoratorio, no era bastante prenda para
» creer que hubiesen abandonado enteramente la única surtida
» que debian asegurar; y que siempre tendrian por menor in-
» conveniente salir peleando á riesgo descubierto, que hacer una
» retirada con apariencias de fuga, para llegar sin crédito al
» abrigo de las naciones confederadas, que acaso desestimarian
» su amistad, perdido el concepto de su valor, ó por lo menos
» seria mala política necesitar de los amigos, y buscarlos sin re-
» putacion. »

Tuvo mas votos la opinion de que se hiciese de noche la retirada; y Hernan Cortés cedió al mayor número dejándose llevar, al parecer, de algun motivo reservado. Convinieron todos en que se apresurase la salida; y últimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dejase tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones, ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras, de las que solian usar en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortés de que se hiciesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro, como fuese pasando el ejército : suposiciones en que ordinariamente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion.

No se puede negar que se portó Hernan Cortés en esta controversia de sus capitanes con mas neutralidad ó menos accion que solia. Túvose por cierto que llegó á la junta inclinado á lo mismo que se resolvió, por haber atendido á la vana prediccion de un astrólogo, que al entrar en ella, le aconsejó misteriosamente que marchase aquella misma noche, porque se perderia la mayor parte de su ejército, si dejaba pasar cierta constelacion favorable, que andabacerca de termin ar en otro aspecto infortunado. Llamábase

Botello este adivino, soldado español, de plaza sencilla, y mas conocido en el ejército por el renombre del Nigromántico, á que respondia sin embarazarse, teniendo este vocablo por atributo de su habilidad: hombre sin letras ni principios, que se preciaba de penetrar los futuros contingentes; pero no tan ignorante como los que saben con fundamento las artes diabólicas, ni tan sencillo, que dejase de gobernarse por algunos caractéres, números ó palabras de las que tienen dentro de sí la estipulacion abominable del primer engañado. Reíase ordinariamente Cortés de sus pronósticos, despreciando el sugeto por la profesion, y entonces le oyó con el mismo desprecio; pero incurrió en la culpa de oirle, poco menor que la de consultarle; y cuando necesitaba de su prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticinio despreciado: gente perjudicial, y observaciones peligrosas, que deben aborrecer los mas advertidos, y particularmente los que gobiernan; porque al mismo tiempo que se conoce su vanidad, dejan preocupado el corazon con algunas especies, que inclinan al temor ó á la seguridad; y cuando llega el caso de resolver, suelen alzarse con el oficio del entendimiento las aprensiones ó los desvaríos de la imaginacion.

## CAPITULO XVIII.

**Marcha el éjercito recatadamente, y al entrar en la calzada le descubren y acometen los indios con todo el grueso por agua y tierra: peléase largo rato, y últimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al parage de Tácuba.**

Envióse aquella misma tarde nuevo embajador mejicano á la ciudad, con pretesto de continuar la proposicion que llevó á su cargo el sacerdote: diligencia que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dándole á entender que se corria de buena inteligencia en el tratado; y que á lo mas largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luego Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes.

Distribuyó las órdenes: instruyó á los capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados españoles, con los tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo y Andres de Tapia. Encargó la retaguardia, con algo mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, y otros cabos de los que vinieron con Narbaez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagage, con el resto del ejército: reser-

vando para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias, donde llamase la necesidad, hasta cien soldados escogidos, con los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vazquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y peligros del intento, porque andaba muy válida en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los mejicanos, y era necesario introducir el recelo para desviar la seguridad, enemiga lisonjera en las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido para entregarlos á la turbacion; así como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Mandó luego sacar á una pieza de su cuarto el oro y plata, joyas y preseas del tesoro que tenia en depósito Cristóbal de Guzman, su camarero: y de él se apartó el quinto del rey en los géneros mas preciosos y de menos volumen, de que se hizo entrega formal á los oficiales que llevaban la cuenta y razon del ejército, dando para su conducion una yegua suya, y algunos caballos heridos, por no embarazar los indios que podian servir en la ocasion. Pasaria el resíduo, segun el cómputo que se pudo hacer, de setecientos mil pesos, cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando públicamente: « que no era tiempo de retirarla, ni to» lerable que se detuviese á ocupar indignamente las manos que » debian ir libres para la defensa de la vida y de la reputacion. » Pero reconociendo en los soldados menos aplaudido el acierto de aquella pérdida inescusable, añadió al apartarse: « que no se debia » mirar entonces la retirada como desamparo del caudal adquirido, » ni del intento principal, sino como una disposicion necesaria » para volver á la empresa con mayor esfuerzo, al modo que suele » servir al impulso del golpe la diligencia de retirar el brazo. » Y les dió á entender, que no seria gran delito aprovecharse de lo que buenamente pudiesen; que fue lo mismo en la sustancia, que dejar la moderacion al arbitrio de la codicia; y aunque los mas, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar aligerados y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narbaez, que se dieron al pillage con sobrada inconsideracion, acusando la estrechez de las mochilas, y sirviéndose de los hombros contra la voluntad de las fuerzas: dispensacion en que al parecer dormitaron las advertencias militares de Cortés: porque no pudo ignorar que la riqueza en el soldado, no solo es embarazo esterior cuando llega el caso de pelear, sino impedimento que suele hacer estorbo en el ánimo, siendo mas fácil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa, que haberse persuadido á que podria ejecutar su marcha sin oposicion; y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar

como nuevo descuido, sino como segundo inconveniente de la primera oulpa.

Seria poco menos de media noche cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la obscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demas canales, como se habia presupuesto, ni llegó el caso de intentarlo, porque antes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fue necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando menos lo recelaban.

Fue digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéronse de la obscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada; entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion; y al empezar la cólera cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los españoles en aquella gente desnuda y desordenada, pero no bastaban las fuerzas al contínuo ejercicio de las espadas y los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas ejecutivo del combate porque los indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro, porque fueron fáciles de romper; y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de

puente al ejército. Así lo refieren algunos escritores, aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese, que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion, la dificultad de aquel paso inescusable se venció mediando la industria ó la felicidad : y la vanguardia prosiguió su marcha, sin detenerse mucho en el último canal, porque se debió á la vecindad de la tierra la disminucion de las aguas, y se pudo esguazar fácilmente lo que restaba del lago : teniéndose á dicha particular, que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera, fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer descubrieron la marcha; ó seria lo mas cierto, que no se hizo lugar entre su confusion y desórden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su gente; y ordenando sin detenerse á Juan de Xaramillo que cuidase de ponerla en escuadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no menos con su presencia que con su ejemplo : reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas, y entretanto mandó que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fue mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traia el aire á los oidos envueltas en el horror de la obscuridad, las voces de los españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida : cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fue mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al crédito de la faccion, porque se pusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena

razon, no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallándose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobra la fuerza de los brazos: maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural; y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dejase de ser fingido este salto; antes le impugnó en su historia, no sin alguna demasía, porque lo deja y vuelve á repetir con desconfianza de hombre que temió ser engañado entonces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es menos tolerable que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña, sin proporcion ni probabilidad, que cuando se creyese, dejaba mas encarecida su ligereza que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demas escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del Salto de Alvarado, sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron concurrir en este caso, como en otros, lo verdadero y lo inverisímil; y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura menos digno de admiracion el suceso, teniéndole no tanto por raro contingente, negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo extraordinario de la última necesidad.

## CAPITULO XIX.

**Marcha Hernan Cortés la vuelta de Tlascala: siguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniéndose con los mejicanos acometen al ejército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.**

Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tácuba; no sin recelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla; y fue bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos españoles y tlascaltecas que mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno. Dieron estos noticia de que se habia perdido totalmente la última

porcion de la retaguardia, y puesta en escuadron la gente, se halló que faltaban del ejército casi doscientos españoles, mas de mil tlascaltecas; cuarenta y seis caballos, y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion (1). Estaba la gente quebrantada y recelosa, disminuido el ejército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada; y sobre tantos motivos de sentimiento, se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos cabos principales, en cuyó número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velazquez de Leon, que se retiraba en lo último de la retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durante en el valor hasta el último aliento: pérdida que fue de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército. Era capitan de grande utilidad, no menos para el consejo, que para las ejecuciones; de austera condicion y contínuas veras, pero sin desagrado ni prolijidad; apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingénuo, que se apartó de su pariente Diego Velazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes, y siguió á Cortés, porque iba en su bando la razon. Murió con opinion de hombre necesario en aquella conquista y dejó su muerte igual ejercicio á la memoria que al deseo.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra, entretanto que sus capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí, para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia, y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dejaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Seria digno espectáculo de grande admiracion, verle afligido sin faltar á la entereza del aliento y bañado el rostro en lágrimas sin perder el semblante de vencedor.

Preguntó por el astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlándose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la calzada, sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon, sino de los que se

(1) Dice Cortés en sus relaciones, que en el paso de la calzada murieron 150 españoles, 45 yeguas y caballos, y mas de 2000 tlascaltecas. No hace mencion de la total pérdida que sufrió en ese y los demas combates hasta llegar á la provincia de Tlascala; pero Bernal Diaz la hace subir en todos esos encuentros á 800 españoles.

introducen á judiciarios ó adivinos : hombres que por la mayor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de agenas felicidades, y siempre infelices ó menos cuidadosos de su fortuna: tanto que alguno de los autores clásicos llegó á presumir, que solo el inclinarse á la vana observacion de las estrellas, se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Fue de gran consuelo para Hernan Cortés y para todo el ejército que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entonces como en lo pasado; porque sin ellos fuera imposible incitar ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los mejicanos en seguir el alcance, porque dieron tiempo á los españoles para que respirasen de su fatiga y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en menos apresurada formacion el ejército. Nació esta detencion de un accidente inopinado que se pudo atribuir á providencia del cielo : murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma, que asistian á su padre, y los demas prisioneros que venian asegurados en el convoy del bagage; porque cebados al amanecer los indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos príncipes miserables que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron á su padre. Quedaron al verlos como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la causa de su turbacion : unos se apartaban para que llegasen otros; y unos y otros enmudecian, dando voces á la curiosidad con el silencio. Corrió finalmente la noticia por sus tropas, cayó sobre todos el miedo y el asombro, suspendiéndose por un rato el uso de sentidos y potencias, con aquel género de súbita enagenacion, que llamaban terror pánico los antiguos. Resolvieron los cabos que se diese cuenta de aquella novedad al emperador; y él, que necesitaba de afectar el sentimiento para cumplir con los que no le fingian, ordenó que hiciese alto el ejército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquellos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los españoles á la muerte de estos príncipes, el primer desahogo de su turbacion y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas, y particularmente Cortés que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor, parte de sus esperanzas (1).

Marchaba entretanto Cortés la vuelta de Tlascala con guias de

(1) La batalla nocturna en la calzada fue la mas horrorosa y funesta para los españoles; é hizo en ellos impresion tan dolorosa, que desde entonces le dieron el sobrenombre de *noche triste*.

aquella nacion, puesto el ejército en batalla, y sin dejar de tener por sospechosa la tardanza del enemigo, en cuyas operaciones acierta mas veces el temor que la seguridad.

Tardaron poco en dejarse ver algunas tropas de guerreros que seguian la huella sin acercarse, gente de Tácuba, Escapuzalco y Tenecuya, convocada por los mejicanos para que saliesen á entretener la marcha en tanto que se desembarazaban ellos de su funcion: ¡notable advertencia en aquellos bárbaros! Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia que solo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad hasta que llegando la multitud mejicana se unieron todos apresuradamente; y sirviéndose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fue necesario hacer alto para detenerlos.

Dióse mas frente al escuadron; pasaron á ella los arcabuces y ballestas; y se volvió á la batalla en parage abierto, sin retirada ni seguridad en las espaldas. Morian cuantos indios se acercaban, sin escarmentar á los demas. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion; pero crecia por instantes el número de los enemigos, y ofendian desde lejos los arcos y las hondas. Cansábanse los españoles de tanto resistir, sin esperanza de vencer; y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que andaba en la batalla como soldado, sin traer embarazadas las atenciones de capitan, descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la campaña, sobre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron así los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel parage las ventajas del sitio; y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerle, movió el ejército y trató de ocuparle, no sin mayor dificultad, porque fue necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuceros contra sus avenidas; pero se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él cuanto pudiera entonces fabricar la imaginacion.

Era un adoratorio de ídolos silvestres, á cuya invocacion encomendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Dejáronle desierto los sacerdotes y ministros que asistian al culto abominable de aquel sitio, huyendo la vecindad de la guerra, como gente de otra profesion. Tenia el átrio bastante capacidad y su género de muralla, que unida con las torres daba conveniente disposicion para quedar en defensa. Empezaron á respirar los españoles al abrigo de aquellos reparos, que allí se miraban como fortaleza inespugnable. Volvieron los ojos y los corazones al cielo, recibiendo todos aquel alivio de su congoja, como socorro de superior providencia, y permaneció fuera del peligro esta devota consideracion; pues en memoria de lo que importó la mansion de aquel adoratorio, para salir de un conflicto, en que se tuvo á la vista el último riesgo,

fabricaron despues en el mismo parage una ermita de nuestra Señora, con título de los Remedios, que se conserva hoy, durando en la santa imágen el oficio de remediar necesidades, y en la devocion de los fieles comarcanos el reconocimiento de aquel beneficio.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro de piedra, ciñendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las mas veces al aire, y algunas con rabiosa puntería las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo era gritos y amenazas que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que declinando el dia se retiraron todos hácia el camino de la ciudad, fuese por cumplir con el sol, volviéndose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en contínua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse, divididos en diferentes ranchos, como si no hubieran dado bastantes evidencias de su intento, y publicando al retirarse que dejaban pendiente la cuestion.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento, con el cuidado á que obligaba una noche mal segura en puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocase á todos el descanso. Hiciéronse algunos fuegos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo como por consumir las flechas mejicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Dióse un refresco limitado á la gente, del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos indios del bagage. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo; pero se inventaron medicinas manuales que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y vendas las mantas de los caballos (1).

Cuidaba de todo Hernan Cortés, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba; y antes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus capitanes para conferir brevemente con ellos lo que se debia ejecutar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas; y era grande artífice de atraer los votos á lo mejor, sin descubrir su dictámen, ni socorrerse de su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dejándoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró suponiendo: « que no era para dos veces la congoja en que se vieron aquella » tarde; ni se podia repetir sin temeridad el empeño de marchar

(1) Segun Bernal Diaz, suplian los españoles la falta de ungüentos para curarse las heridas con unto de hombre que tomaban de los indios muertos en la pelea; y añade que era muy eficaz su efecto.

» peleando con un ejército de número tan desigual, obligados á » traer en contrario movimiento las manos y los pies. » A que añadió: « que para evitar esta resolucion tan peligrosa y de tantos » inconvenientes, habia discurrido en asaltar al enemigo en su alo- » jamiento con el favor de la noche; pero que le parecia diligencia » infructuosa, porque solo se habia de conseguir que huyese la » multitud para volverse á juntar: costumbre á que se reducia lo » mas prolijo de aquella guerra: que despues habia pensado en » mantener aquel puesto; esperando en él á que se cansasen los me- » jicanos de asistir en la campaña; pero que la falta de bastimentos, » que ya se padecia, dejaba este recurso en términos de impracti- » cable. » Y últimamente dijo: « que tambien se le habia ofrecido, » si convendria, » y esto era lo que llevaba resuelto, « marchar » aquella misma noche, y amanecer dos ó tres leguas de aquel pa- » rage: que no moviéndose los enemigos, segun su estilo hasta la » mañana, tendria la conveniencia de adelantar el camino sin otro » cuidado; y cuando se resolviesen á seguir el alcance, llegarian » cansados, y seria mas fácil continuar la retirada con menos » briosa oposicion. Pero que viniendo tan quebrantado el ejército y » tan fatigada la gente, seria inhumanidad, fuera de toda razon, » ponerla, sin nueva causa en el trabajo de una marcha intempes- » tiva, obscura la noche y el camino incierto; aunque la ocasion, » ó el aprieto en que se hallaban, pedia remedios estraordinarios, » breve determinacion; y donde nada era seguro, pesar las dificul- » tades, y fiar el acierto de menor inconveniente. »

Apenas acabó su razonamiento, cuando se conformaron todos los capitanes en que solo era posible, ó menos aventurada la resolucion de adelantar la marcha, sin mas detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformándose Cortés con su mismo dictámen, y tratándole como ageno: primor de que solia valerse para escusar disputas, cuando instaba la resolucion, y de que solo pueden usar los que saben el arte de preguntar decidiendo, que se consigue con no dejar que discurrir preguntando.

## CAPITULO XX.

**Continúan su retirada los españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder mejicano.**

Poco antes de la hora señalada se convocó la gente que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la órden y la razon de la órden, con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo de

aquel movimiento; y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guias de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella por hallarse mas cerca del peligro, y afianzar con su cuidado la seguridad de los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y ordenando á las guias que se apartasen del camino real para volverle á cobrar con el dia, marcharon poco mas de media legua, sin que dejase de perseverar en la vigilancia de los oidos el silencio de la noche.

Pero al entrar en tierra mas quebrada y montuosa, dieron los batidores en una celada que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Bajaban de los montes y salian de la maleza diversas tropas de indios que acometian desunidamente por los costados; y aunque no eran de tanto grueso que obligasen á detener la marcha fue necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscadas, y disputar algunos pasos estrechos. Temióse al principio segunda invasion del ejército que se dejaba de la otra parte del adoratorio; y algunos de nuestros escritores refieren esta faccion como alcance de aquellos mejicanos; pero no fueron conforme á su estilo de pelear estos acometimientos interpolados y desunidos, ni caben con lo que obraron despues: y en nuestro sentir eran las milicias de aquellos lugares cercanos que de órden anterior salian á cortar la marcha ocupando las quiebras del camino; porque si los mejicanos hubieran descubierto la retirada, vinieran de tropel, como solian, entráran al ataque por la retaguardia, y no se hubieran dividido en tropas menores para convertir la guerra en hostilidad.

Con este género de contradiccion, de menos peligro que molestia, caminó dos leguas el ejército, y poco antes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio menos capaz y menos eminente que el pasado; pero bastante para reconocer la campaña y medir con el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos indios; y hallándose reducido á correrías de paisanos, lo que se llegó á recelar como nueva carga del ejército enemigo, se volvió á la marcha sin mas detencion, con ánimo de adelantarla cuanto fuese posible para evitar ó hacer mas dificultoso el alcance de los mejicanos.

Duraron los indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde lejos como perros amedrentados que ponian la cólera en el latido, hasta que dos leguas mas adelante se descubrió un lugar en parage oportuno, y al parecer de considerable poblacion. Eligióle Cortés para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupase por fuerza si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitantes, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entonces como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Aquí se detuvo el ejército un dia, y algunos dicen que fueron dos,

porque no permitió mayor diligencia el estado en que se hallaban los heridos. Hiciéronse despues otras dos marchas, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad, todavía fuera del camino, y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pasar la noche; ni cesaba la persecucion de aquellos indios, que anduvieron siempre á la vista, si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera órden á correr su distrito. Pero sobre todo se dejó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animábanse unos á otros los soldados y los capitanes, y hacia sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegáronse á comer las yerbas y raices del campo, sin atender al recelo de que fuesen venenosas; aunque los mas advertidos gobernaban su eleccion por el conocimiento de los tlascaltecas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó, con alegre facilidad, la falta que hacia en el ejército, porque se repartió como regalo particular entre los mas necesitados, y estos celebraron la fiesta convidando á sus amigos : banquete sazonado entonces, en que cedieron á la necesidad los escrúpulos del apetito.

Terminaron estas dos marchas en un lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada sin retirarse como los demas, ni dejar de asistir con agrado y solicitud á cuanto se les ordenaba : puntualidad y agasajo que fue nuevo ardid de los mejicanos para que sus enemigos se acercasen menos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision, y trajeron de otros lugares cercanos lo que bastó para que se olvidase lo padecido. Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascala. Reconocióse novedad en los indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian mas de contento que de indignacion. Reparó doña Marina en que decian muchas veces : « andad, » tiranos, que presto llegareis donde perezcais. » Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegase á dudar si aquellos indios, confinantes ya con los términos de Tlascala, festejarian el peligro á que iban encaminados los españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad ó en el afecto de aquella nacion; pero Hernan Cortés y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna celada vecina, porque no faltaban esperiencias de la sencillez ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, cuando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era el ejército mismo de los me-

jicanos, que se dejó en el parage del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos capitanes. Reconocieron por la mañana segun la presuncion que se ajusta mas con las circunstancias del suceso, la retirada intempestiva de los españoles, y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la esperiencia de aquella noche, que no seria posible acabar con ellos antes de salir á tierra de Tlascala, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña: y despacharon á Méjico para que se tomase con mayores veras lo que tanto importaba, cuya proposicion fue tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la nobleza con el resto de las milicias que tenian convocadas á incorporarse con su ejército; y en el breve plazo de tres ó cuatro dias se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los españoles y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse y esperar encubiertos: notables advertencias en lo discurrido, y rara ejecucion de lo resuelto, que uno y otro se pudiera envidiar en cabos de mayor esperiencia, y en gente de menos bárbara disciplina.

No se llegó á recelar entonces que fuesen los mejicanos, antes se iba creyendo al subir la cuesta que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y flojedad que solian, pero al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitan general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese al obedecer sus órdenes la presencia de los ojos. Traia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma una red de oro mazizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores: vistosa confusion de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas; volvió Hernan Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos mas cerca de la ira que de la turbacion, « llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros. » Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la órden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion; y apellidando, como solia, unas veces á San-

tiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflito con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion buscando primero á los que parecian capitanes; pero los indios peleaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morian; y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego, y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo dementian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de contínua operacion; y discurriendo en los partidos qne podria tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo estraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente, que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóval de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas, con los demas que asistian á su persona; y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solian, el choque de los caballos; y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al parage donde asistia el estandarte del imperio con todos los nobles

de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el capitan general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitan, le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte (1).

(1) Casi todos los historiadores de la conquista de Nueva España, incluso Mr. Robertson, escriben que el mismo Hernan Cortés derribó de un bote de lanza al general de los mejicanos, y que un soldado de aquel se apoderó del estandarte del Imperio. En esta parte se desvian demasiado de lo que el mismo Cortés escribió á Cárlos V; sin que podamos adivinar porqué Robertson no le siguió esta vez, como lo hace constantemente en lo respectivo á la exactitud de los hechos; puesto que lo hallaba escrito por el que mas interés podia tener en atribuir el buen éxito de batalla tan importante como la de Otumba, á una hazaña personal que de tal manera podia realzar su fama. Pero Cortés nada dice respecto de sí propio; y las palabras con que señala el motivo de haberse alcanzado la victoria, son tan claras y precisas que no dejan lugar á gratuitas interpretaciones. *Duró la batalla* (dice) *mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellos, que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.*

El historiador que mas se desvía de otros coronistas y que por consiguiente dá márgen á dudar de un hecho que Cortés no se attribuyó á sí mismo, es Bernal Diaz, parte activa en aquella batalla. Segun él, *Cortés dió un encuentro con el caballo al capitan mejicano que le hizo abatir su bandera.* Y añade luego: *y quien siguió al capitan, que traia la bandera que aun no habia caido del encuentro que Cortés le dió, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar, y le quitó el rico penacho que traia y se le dió á Cortés.* Obsérvese que este dice haber durado el combate *hasta que murió, y no hasta que derribó de un bote de lanza*, etc., como parecia natural lo hubiese escrito si en efecto lo habia ejecutado. Por consiguiente, la frase de Bernal, *Cortés dió un encuentro al capitan mejicano*, etc., está conforme con lo expresado por este, el cual ó no tuvo por hecho notable el derribo de aquel personage, cuando tanta multitud de ellos habria derribado con ímpetu de su caballo; ó al escribir este suceso juzgó que la gloria principal no le pertenecia á él, sino al soldado que perseguió, alcanzó y mató al gefe mejicano. De todos modos no se puede concebir que Cortés, tan ganoso de fama y de hacerse lugar en el ánimo de su rey, hubiese omitido un hecho personal de tanta importancia en toda guerra, pero mas particularmente en la de América, y en aquella apurada situacion.

Al referir esta batalla Hernan Cortés, no dice cual era el número de combatientes mejicanos, pero supone ser crecidísimo, valiéndose de esta frase hiperbólica: *ninguna cosa de los campos, que se podian ver, habia de ellos vacía.* Faltan palabras para encarecer el valor y sufrimiento de aquel puñado de héroes que fugitivos y acosados por todas partes y experimentando continuas pérdidas, tuvieron el denuedo y corage suficientes para escarmentar en el valle de Otumba la osadía de los mejicanos, sin embargo de que, segun escribe el mismo Cortés, los españoles *iban muy cansados, y casi todos heridos, y desmayados de hambre.* Los extrangeros tan dispuestos á encarecer los actos de barbarie de que acusan á los vencedores de cien y cien combates, no han encarecido en la misma proporcion el indomable valor y constancia á toda prueba de que se hallaban animados en medio de las mas espantosas privaciones.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demas insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales : cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar; y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo y fue considerable; porque los mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla : siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporcion del primer número (1).

Todos los escritores nuestros y estraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se consiguieron en las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el aire por sus españoles, como lo afirman algunos prisioneros, quedará mas creible ó menos encarecido el estrago de aquella gente; aunque no era necesario recurrir al milagro visible donde se conoció con tantas evidencias la mano de Dios; á cuyo poder se deben siempre atribuir, con especial consideracion, los sucesos de las armas : pues se hizo aclamar señor de los ejércitos para que supiesen los hombres que solo deben esperar y reconocer de su altísima disposicion las victorias, sin hacer caso de las mayores fuerzas : porque algunas veces castiga la sinrazon asistiendo á los menos poderosos; ni fiarse de la mejor causa, porque otras veces corrige á los que favorece, fiando el azote de la mano aborrecida.

(1) Solís copia aquí lo que halló escrito en Herrera sobre el número y mortandad del ejército mejicano. Bernal Diaz nada dice de lo primero ni de lo segundo; solamente afirma que en ninguna batalla se vió tal multitud de indios reunidos.



# LIBRO QUINTO.

---

## CAPITULO PRIMERO.

**Entra el ejército en los términos de Tlascala, y alojado en Gualipar visitan á Cortés los caciques y senadores: celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas esperiencias.**

Recogió Hernan Cortés su gente que andaba divertida en el pillage: volvieron á ocupar su puesto los soldados, y se prosiguió la marcha, no sin algun recelo de que se volviese á juntar el enemigo, porque todavía se dejaban reconocer algunas tropas en lo alto de las montañas; pero no siendo posible salir aquel dia de los confines mejicanos, á tiempo que instaba la necesidad de socorrer á los heridos, se ocuparon unas caserías de corta ó ninguna poblacion, donde se pasó la noche como en alojamiento poco seguro, y al amanecer se halló el canimo sin alguna oposicion, despojados ya y libres de asechanzas los llanos convecinos, aunque duraban las señas de que se iba pisando tierra enemiga en aquellos gritos y amenazas distantes que despedian á los que no pudieron detener.

Descubriéronse á breve rato, y se penetraron poco despues los términos de Tlascala, conocidos hasta hoy por los fragmentos de aquella insigne muralla que fabricaron sus antiguos para defender las fronteras de su dominio, atando las eminencias del contorno por todos los parages donde se descuidaba lo inaccesible de las sierras. Celebróse la entrada en el distrito de la república con aclamaciones de todo el ejército. Los tlascaltecas se arrojaron á besar la tierra como hijos desalados al regazo de su madre. Los españoles dieron al cielo con voces de piadoso reconocimiento la primera respiracion de su fatiga. Y todos se reclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entonces de saludable y delicado, porque se refiere con particularidad, lo que celebraron el agua los españoles, fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad, ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve razonamiento á los suyos dándoles á entender: « cuánto importaba conservar con el

» agrado y la modestia el afecto de los tlascaltecas, y que mirase » cada uno en la ciudad, como peligro de todos, la queja de un » paisano. » Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua y disponer la entrada con noticia y permision del senado, y á poco mas de medio dia se hizo alto en Gualipar, villa entonces de considerable poblacion; cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas y cuanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que hasta los que venian recelosos llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedage, y ordenó su cuartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quitar los escrúpulos de la seguridad.

Trató luego de participar al senado la noticia de su retirada y sucesos con dos tlascaltecas; y por mas que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria; y casi al mismo tiempo vinieron á visitarle por la república su grande amigo Magiscatzin, el ciego Xicotencal, su hijo y otros ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzin, arrojándose á sus brazos y apartándose de ellos para mirarle y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Xicotencal se hacia lugar con las manos hácia donde le guiaban los oidos; y manisfestó su voluntad aun mas afectuosamente, porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lágrimas el contento, que al parecer, tomaban á su cargo el ejercicio de los ojos. Iban llegando los demas, entretanto que se apartaban los primeros, á congratularse con los capitanes y soldados conocidos. Pero no dejó de hacerse algun reparo en Xicotencal el mozo, que anduvo mas desagradable ó mas templado en los cumplimientos; y aunque se atribuyó entonces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavía en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion cuantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía. Dijéronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Doliéronse de sus heridas mirándolas como desman sacrílego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los españoles, y particularmente la de Juan Velazquez de Leon, á quien amaban, no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los mejicanos; y últimamente le ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias y con las tropas auxiliares de sus aliados: añadiendo para mayor seguridad, que ya no solo eran amigos de los españoles, sino vasallos de su rey, y debian por ambos motivos estar á sus órdenes y morir á su lado. Así concluyeron su conversacion distinguiendo,

no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallage, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad; y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir, que no solo duraba en su primero vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion : porque la pérdida que se hizo al salir de Méjico se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascala como prodigio del valor y ultimo crédito de la retirada. Propusiéronle que pasase luego á la ciudad, donde tenian prevenido el alojamiento; pero se ajustaron fácilmente á conceder alguna detencion al reparo de la gente, porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad al modo que solian festejar los triunfos de sus generales.

Tres dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido liberalmente de cuanto hubo menester por cuenta de la república; y luego que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad y se trató de la marcha. Adornáronse los españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviéndose de las joyas y plumas de los mejicanos vencidos : esterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria, que hay casos en que importa la ostentacion al crédito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el ejército los caciques y ministros en forma de senado con todo el resto de sus galas y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubriéronse de gente los caminos : hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular : andaban mezclados los víctores de los españoles con los oprobios de los mejicanos : y al entrar en la ciudad hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles distribuidos en diferentes coros que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacíficos los instrumentos militares. Alojado el ejército en forma conveniente, admitió Cortés, despues de larga resistencia, el hospedage de Magiscatzin, cediendo á su porfía por no desconfiarle. Llevóse consigo por esta misma razon el ciego Xicotencal á Pedro de Alvarado; y aunque los demas caciques se querian encargar de otros capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los cabos del cuerpo de guardia principal. Fue la entrada que hicieron los españoles en esta ciudad por el mes de julio del año de mil quinientos y veinte, aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los escritores; pero reservamos este género de reparos para cuando se discuerda en la substancia de los sucesos, donde no cabe la estension del poco mas ó menos.

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando todos sus habilidades al divertimiento de los huéspedes y al aplauso de la victoria, sin

escepcion de los nobles ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla; fuese por no dejar de concurrir á la comun alegría, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por adversa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al mayor acierto de las flechas : ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera : ya ocupaban la tarde aquellos funámbulos ó volatines que se procuraban esceder en los peligros de la maroma, ejercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto parte del entretenimiento; pero se alegraban siempre los fines y las veras del espectáculo con los bailes y dansas de invenciones y disfraces : fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo, y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena correspondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad y veneracion, lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad y celebraba sus ejercios agasajando á los unos y honrando á los otros, con igual confianza y satisfaccion. Los capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas; y hasta los soldados menores cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preseas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que duraba en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado que puso los semblantes de otro color. Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la cabeza : venia mal curada, y el sobrado ejercicio de aquellos dias trajo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas, que postraron el sugeto y las fuerzas, reduciéndole á términos que llegó á temer el peligro de su vida.

Sintieron los españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna; pero fue mas reparable por menos debida, la turbacion de los indios, que apenas supieron la enfermedad cuando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al estremo contrario de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, preguntando á todas horas por el Teule, nombre como dijimos, que daban á sus semi-dioses, ó poco menos que deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida, y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos, y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el senado los médicos mas insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales, que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad, y se les debió enteramente la cura; porque sirviéndose primero de unas yerbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores de que procedia la calentura, pasaron por sus

grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Ríase de los empíricos la medicina racional, que á los principios todo fue de la esperiencia; y donde faltaba la natural filosofía, que buscó la causa por los efectos, no fue poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia; conoció Hernan Cortés con otra esperiencia mas el afecto de los tlascaltecas; y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes y apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimida.

## CAPITULO II.

**Llegan noticias de que se habia levantado la provincia de Tepeaca: vienen embajadores de Méjico á Tlascala: y se descubre una conspiracion que intentaba Xicotencal el mozo contra los españoles.**

Venia Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera-Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las bases principales sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luego á Rodrigo Rangel que, como dijimos, quedó nombrado por teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel gobierno, y llegó brevemente su respuesta, mediante la estraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya substancia fue: « que no se habia ofrecido novedad que pudiese dar » cuidado en la plaza ni en la costa: que Narbaez y Salvatierra » quedaban asegurados en su prision, y que los soldados estaban » gustosos y bien asistidos, porque duraba en su primera puntua- » lidad el afecto y buena correspondencia de los zempoales, toto- » naques y demas naciones confederadas. »

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelto á la plaza ocho soldados con un cabo que fueron á Tlascala por el oro que se dejó repartido á los españoles de aquella garnicion; y que si era cierta la voz que corria entre los indios de que los habian muerto en la provincia de Tapeaca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narbaez que se quedó herida en Zempoala; porque habian marchado en tropas como fueron mejorando, con ansia de llegar á Mejico, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso deja-

ria de quedar grande la pérdida en aquella occasion, y en una tierra donde se contaba por millares de indios lo que suponia cada español. Informóse de los tlascaltecas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rangel, y la notable atencion de habérsela recatado por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Era cierto que los ochos soldados que vinieron de la Vera-Cruz llegaron á Tlascala y volvieron á partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeaca, que fue una de las que dieron la obediencia en el primer viage de Méjico. Y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros; en que no dejaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas mejicanas con ánimo de mantener la traicion: novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo, cuya diligencia no sufria dilacion, por estar situada esta provincia en parage que dificultaba la comunicacion de Méjico á la Vera-Cruz: paso que debia quedar libre y asegurado antes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los tepeaqueses habian penetrado pocos dias antes los confines de Tlascala, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad; porque resolvió el senado que se castigase con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procurase interesar á los españoles en esta guerra, pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros: con que llegó el caso de que le rogasen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los españoles. Avisaron de Gualipar que habian llegado á la frontera tres ó cuatro embajadores del nuevo emperador mejicano, dirigidos á la república de Tlascala, y quedaban esperando licencia del senado para pasar á la ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenazas encubiertas las negociaciones del enemigo: pero aunque se tuvo por cierto que seria la embajada contra los españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderase á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los embajadores, para que se lograse por lo menos aquel acto de igualdad tan desusado en la soberbia de los príncipes mejicanos; y se infiere del mismo suceso que intervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al senado los embajadores, y no hubo recato, disculpa ó pretesto de que se pudiese argüir menos sinceridad en la intencion de los tlascaltecas.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante

los tamenes bien ordenados con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y de plata, ropas finas de la tierra, curiosidades y penachos con muchas cargas de sal, que allí era el contrabando mas apetecido. Traian ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantidad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas (1) y criados: superfluidades en que á su parecer venia figurada la grandeza de su príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embajada, siendo como unas ostentaciones del poder que asombran ó divierten los ojos para introducir la sinrazon en los oidos. Esperóles el senado en su tribunal sin faltar á la cortesía ni esceder en el agasajo; pero celoso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Su proposicion fue, despues de nombar al emperador mejicano con grandes sumisiones y atributos, « ofrecer de su parte la paz y » alianza perpétua entre las dos naciones, libertad de comercio y » comunicacion de intereses; con calidad y condicion que tomasen » luego las armas contra los españoles, ó se aprovechasen de su » descuido y seguridad para deshacerse de ellos. » Y no pudieron acabar su razonamiento porque se hallaron atajados, primero de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia, y despues de una irritacion mal reprimida que prorumpió en voces descompuestas; y se llevó tras sí la circunspeccion.

Pero uno de los senadores ancianos acordó á sus compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los embajadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo cual ejecutado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto, aunque se aliñaron los términos de la repulsa y se hizo lugar la cortesía en la segunda instancia de la cólera, resolviendo que se nombrasen tres ó cuatro diputados que llevasen la respuesta del senado á los embajadores, cuya sustancia fue: « que se admitiria con toda estimacion la paz, como viniese » propuesta con partidos razonables, y proporcionados á la conve- » niencia y pundonor de ambos dominios; pero que los tlascaltecas » observaban religiosamente las leyes del hospedage, y no acos- » tumbraban ofender á nadie sobre seguro; preciándose de tener » por imposible lo ilícito, y de irse derechos á la verdad de las » cosas, porque no entendian de pretestos ni sabian otro nombre á » la traicion. » Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta, porque los embajadores viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luego en camino, llevando tanto miedo como trajeron gravedad; y no pareció conveniente detenerlos porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los españoles, y se temió

(1) Así se halla escrito en varias ediciones: pero debe decir, *camareros*.

algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese las atenciones del senado.

Esta diligencia de los mejicanos, aunque frustrada con tanta satisfaccion de los españoles, no dejó de traer algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Xicotencal el mozo en la junta de los senadores su dictámen, dejándose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embajada para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenia preocupado el corazon, sirviéndose de la paz que proponian los mejicanos, no porque fuese de su genio ni de su conveniencia, sino por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia y dañada intencion. « El emperador mejicano, decia, » cuya potencia formidable nos trae siempre con las armas en las » manos, y envueltos en la contínua infelicidad de una guerra de- » fensiva, nos ruega con su amistad, sin pedirnos otra recompensa » que la muerte de los españoles, en que solo nos propone lo que » debiamos ejecutar por nuestra propia conveniencia y conserva- » cion: pues cuando perdonemos á estos advenedizos el intento de » aniquilar y destruir nuestra religion, no se puede negar que tratan » de alterar nuestras leyes y forma de gobierno, convirtiendo en » monarquía la república venerable de los tlascaltecas, y reducién- » donos al dominio aborrecible de los emperadores : yugo tan pe- » sado y tan violento, que aun visto en la cerviz de nuestros ene- » migos lastima la consideracion. » No le faltaba elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecucion; y aunque le contradecian y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los españoles, que se hicieron poco lugar las diligencias, y llegaron luego á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fue llamado á esta conferencia Xicotencal el viejo, sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delincuente para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nacion. Inclináronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fue su padre uno de los que mas esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria (1).

(1) Este es meramente un episodio, de cuya certeza nos es lícito dudar. Pero dado que fuese cierto, nunca debió condenar Solís en el jóven Xicotencal ese noble sentimiento de amor pátrio, que hace su mayor elogio.

Pudo tanto en los ánimos de aquellos senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó por su contemplacion el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á menos sangrienta demostracion. Hiciéronle traer preso al senado, y despues de reprender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de general, deponiéndole del ejercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal; cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion; y á instancia suya fue restituido en sus honores y en la gracia de su padre; aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud que le costó la vida como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza y dificultoso remedio; pero el de Xicotencal llegó á noticia de Cortés cuando estaba prevenido el daño y castigado el delito, y el de los embajadores mejicanos dejó satisfechos á los menos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los tlascaltecas; que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los medios humanos, llegó á parecer milagrosa, ó por lo menos se miraba enconces como uno de los efectos en que no se halla razon natural si se busca entre las causas inferiores.

## CAPITULO III.

**Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca; y vencidos los rebeldes que aguardaron en campaña con la asistencia de los mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.**

Entretanto que andaba Xicotencal el mozo convocando las milicias de su república, cebado ya en la guerra de Tepeaca, y deseoso entonces de borrar con los escesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia escusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los españoles, y cuantos motivos podian hacer á la compasion y llamar á la venganza; pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narbaez, que á vista de los trabajos padecidos se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las grangerías que dejaron en la isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeaca, insistiendo en que se debia retirar el ejército á la Vera-Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamaica, y volver menos aventurados á la empresa de Méjico, no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun

color á la lengua del agua para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que sustancia, en que andaba el bien público y el servicio del rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la flojedad.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeaca, ocupado el camino de la Vera-Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hízolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportacion para no destemplarse con ellos; porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razon, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los tlascaltecas, aventurando su amistad, y dejando consentida la traicion de los tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacia poca fuerza lo mejor : para cuyo efecto les dijo solamente : « que teniendo el enemigo los pasos es-
» trechos de la montaña, precisamente se habia de pelear para
» salir á lo llano : que ir solos á esta faccion seria perder volunta-
» riamente, ó por lo menos aventurar sin disculpa el ejército : que
» ni era practicable pedir socorro á los tlascaltecas, ni ellos le
» darian para una retirada que se hacia contra su voluntad; y que
» una vez sujeta la provincia rebelde, y asegurado el camino, en
» lo cual asistiria con todas sus fuerzas la república, les ofrecia
» sobre la fé de su palabra que podrian retirarse con licencia suya
» cuantos no se determinasen á seguir sus banderas. » Con que los dejó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños; y trató de poner luego en ejecucion su jornada con que se quietaron por entonces.

Eligió hasta ocho mil tlascaltecas de buena calidad, divididos en tropas segun su costumbre, con algunos capitanes de los que ya tenia esperimentados en el viage de Méjico. Dejó á cargo de su nuevo amigo Xicotencal que siguiese con el resto de sus milicias; y puesta en órden su gente, se halló con cuatrocientos y veinte soldados españoles, inclusos los capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas ballestas y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dejasen los demas en casa de Magiscatzin.

Marchó el ejército con grandes aclamaciones del concurso popular y grande alegría de los mismos soldados tlascaltecas : pronósticos de la victoria en que tenian su parte los espíritus de la venganza.

Hízose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascala y cinco de Tepeaca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del ejército y solo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los españoles, no sin alguna repugnancia de los tlascaltecas, en cuya irritacion tuvieron diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentándolos con algunas dádivas los puso á todos en libertad, encargándoles que por el bien de su nacion dijesen de su parte á los caciques y ministros principales de la ciudad : « que venia » con aquel ejército á castigar la muerte de tantos españoles como » habian perdido alevosamente la vida en su distrito, y la traicion » calificada con que se habian negado á la obediencia de su rey; » pero que determinándose á tomar las armas contra los mejicanos, » para cuyo efecto los asistiria con sus fuerzas y las de Tlascala, » quedaria borrada con un perdon general la memoria de ambas » culpas, y serian restituidos á su amistad, escusando los daños de » una guerra, cuya razon los amenazaba como delincuentes, y los » trataria como enemigos. »

Partieron con este mensage, y al parecer bastantemente asegurados, porque doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés, algunos amigables consejos y seguridades en órden á que podian volver sin recelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y así lo ejecutaron el dia siguiente, acompañándolos en esta funcion dos mejicanos, que al parecer venian como celadores de la embajada para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya sustancia fue insolente y descomedida : « que no querian la » paz, ni tardarian mucho en buscar á sus enemigos en campaña » para volver con ellos maniatados á las aras de sus dioses. » A que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta con el número de su ejército. No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió á despachar con nuevo requerimiento que ordenó para su mayor justificacion, en que les protestaba : « que no admitiendo la paz con las » condiciones propuestas, serian destruidos á fuego y á sangre » como traidores á su rey, y quedarian esclavos de los vencedo» res, perdiendo enteramente la libertad cuantos no perdiesen la » vida. » Hízose la notificacion á los enviados con asistencia de los intérpretes, y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento, no porque le hubiesen de leer, sino porque al oir de sus mensageros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo mas de las palabras sin voz que llevaba el papel : que como estrañaban tanto en los españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobrenatural que pudiesen hablarse y entenderse desde lejos, quiso darles en los ojos con lo que les hacia ruido en el cuidado; que fue como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Pero sirvió de poco este primor, porque fué aun mas briosa y mas descortés la segunda respuesta; con la cual llegó el aviso de que venia marchando en diligencia mas que ordinaria el ejército enemigo, y Hernan Cortés, resuelto á buscarle, ordenó luego su gente, y la puso en marcha sin detenerse á instruirla ni animarla, porque los españoles estaban diestros en aquel género de batallas, y los tlascaltecas iban tan deseosos de pelear, que trabajó mas la razon en detenerlos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados entre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra, que pudieran lograr el lazo si fuera mayor su advertencia; pero se reconoció desde lejos el bullicio de su natural inquietud: y la noticia de los batidores llegó á tiempo que dadas las órdenes y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la celada con un género de sosiego que procuraba imitar el descuido.

Dióse principio al combate prolongando los escuadrones, lo que fue necesario para guardar las espaldas; y los mejicanos que traian la vanguardia, se hallaron acometidos por todas partes cuando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo cuantos no se retiraron anticipadamente. Fuese ganando tierra sin perder la formacion del ejército, y porque las flechas y demas armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehiciéronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los mejicanos cedieron, no solamente la campaña, sino todo el pais buscando su refugio en otros aliados; y á su ejemplo se retiraron los tepeaqueses con el mismo desórden tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus comisarios á rendir la ciudad, pidiendo cuartel, y dejándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas, hiciéronse muchos prisioneros, y el despojo fue considerable. Los tlascaltecas pelearon valerosamente; y lo que mas se pudo estrañar, tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo, y de los españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente que no fue necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad; y así los magistrados como los militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio de los semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Humilláronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra; y fuè necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luego que los intérpretes aclamasen,

levantando la voz, al rey don Cárlos, y publicasen el perdon general en su nombre, cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los tlascaltecas su cuartel fuera de poblado porque se temió que pudiese mas en ellos la costumbre de maltratar á sus enemigos que la sujecion á las órdenes en que se iban habituando; y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion, durando en este género de recelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que á la verdad fueron solicitados y asistidos por los mejicanos, así para la primera traicion, como para los demas atrevimientos.

Hallábanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion; y tan desengañados en el conocimiento de que, aun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas, que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparase la ciudad; de que se tomó pretesto para levantar allí una fortaleza que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos; y sobre todo, para dar seguridad al paso de la Vera Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fagina y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña; y en lo mas eminente se levantó una fortificacion de materia mas sólida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para cualquier accidente de los que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que se puso en defensa dentro de breves dias; y Hernan Cortés señaló algunos españoles que se quedasen á defender aquella plaza que hizo llamar Segura de la Frontera, y fue la segunda poblacion española del imperio mejicano.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones, de los prisioneros mejicanos y tepeaqueses de la victoria pasada; y ordenó que fuesen llevados á Tlascala con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiéndose introducido entonces en aquella tierra el herrarlos y venderlos como esclavos: abuso y falta de humanidad que tuvo su principio en las islas donde se practicaba ya este género de terror contra los indios rebeldes; aunque no se refiere como disculpa el ejemplar, que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable, y por mas que fuese ageno el primer desacierto, quedaria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprension de semejante desórden, aunque llegó á noticia del emperador, fundado en algunos de los motivos que hacen lícita la esclavitud entre los cristianos, y fue punto que ventiló en largas disputas y papeles. Pero

aquel ánimo real, verdaderamente religioso y compasivo, se dejó pendientes las controversias de los teólogos, y ordenó de propio dictámen que fuesen restituidos en su libertad cuando lo permitiese la razon de la guerra, y en el interin tratados como prisioneros y no como esclavos: heróica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallage, ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

## CAPITULO IV.

**Envia Hernan Cortés diferentes capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y va personalmente á la ciudad de Guacachula contra un ejército mejicano que vino á defender su frontera.**

Poco despues que se alojó el ejército en Tepeaca, llegó con el resto de sus tropas Xicotencal, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el ejército auxiliar de los tlascaltecas. Convenia para sosegar á los tepeaqueses, que andaban recelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los mejicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó cuatro lugares de aquel distrito, envió diferentes capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta españoles, y número considerable de tlascaltecas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á castigar con las armas su obstinacion. En todos se halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre, y los capitanes volvieron victoriosos, dejando sujetas aquellas poblaciones rebeldes, y no sin escarmiento á los mejicanos que huyeron rotos y deshechos de la otra parte de los montes. El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fue rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros escedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron solo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los españoles. Y ya no se llamaban prisioneros sino cautivos, hasta que puestos en venta perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal; dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Habia muerto en esta sazon, segun la noticia que se tuvo poco despues, el emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que como dijimos se llamaba Quetlabaca, señor de Iztacpalapa; y juntándose los electores, dieron su voto y la investidura del imperio á Guatimozin (1), sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de

(1) Su nombre era *Quautemoctzin*, que suena casi lo mismo. Herrera dice que era sobrino de Motezuma: pero no aparece semejante parentesco en la cronologia

hasta veinte y cinco años, y de tanto espíritu y vigilancia, que á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luego lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los españoles en la provincia de Tepeaca; y priviniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los tlascaltecas y demas provincias confinantes, entró en aquel temor razonable de que suele formar sus avisos la prudencia.

Hizo notables provenciones que dieron grande recomendacion á los principios de su reinado. Alentó la milicia con premios y exenciones : ganó el aplauso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra : hízose mas señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores : repartió dádivas y ofertas entre los caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa; y porque no se quejasen de que les dejaba todo el peso de la guerra, envió un ejército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que solo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, mas que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenia ejército en la frontera, y no le dejaron que dudar tres ó cuatro mensageros nobles que le despachó el cacique de Guacachula, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de Méjico, y una de las que miraba el nuevo emperador como antemural de sus estados. Venian á pedir socorro contra los mejicanos : quejábanse de sus violencias y desprecios : ofrecian tomar las armas contra ellos luego que se dejase ver de sus murallas el ejército de los españoles. Facilitaban la empresa y la querian justificar, diciendo que su cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles que se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés qué grueso tendria el enemigo en aquel parage; y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de la ciudad, y en otra que se llamaba Izucan, distante cuatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachula y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Examinólos cuidadosamente haciéndoles diferentes instancias, á fin de penetrar al ánimo de su cacique; y dieron tan buena razon de sí, que le dejaron persuadido á que venia sin doblez la proposicion : y cuando le quedase algun recelo procuraria disimularle, porque aun en caso de salir incierto el tratado, era ya ne-

de los emperadores mejicanos. Algunos autores solo le dan de 18 á 19 años de edad cuando tomó el mando.

cesario echar de allí al enemigo, y sujetar aquellas ciudades fronterizas antes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Tomó tan de veras el empeño, que formó aquel mismo dia un ejército de hasta trescientos españoles, con doce ó trece caballos, y mas de treinta mil tlascaltecas, encargando la faccion al maestre de campo Cristóbal de Olid; y andaba tan cerca entonces el disponer del ejecutar, que marchó la mañana siguiente, llevando consigo á los mensageros, y órden para que se procurase adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad; y caso que hubiese algun recelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procurase romper antes á los mejicanos, llamándolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeaca, y casi á la misma distancia de Guacachula, donde hizo alto el ejército, corrió voz de que venia en persona el emperador mejicano á socorrer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decíanlo asi los paisanos sin dar fundamento en el orígen de esta noticia; pero los españoles de Narbaez la creyeron y la multiplicaron sin oir razon ni atender á las órdenes. Contradecian á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarian, con tanta irreverencia que llegó á enojarse con ellos Cristóbal de Olid, y á despedirlos con desabrimiento, amenazándolos con el enojo de Cortés, porque no les hacia fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolucion y el acierto de la misma jornada.

Viéronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercando en mas que ordinaria diligencia; y le obligaron á poner en órden su gente, creyendo que le buscaban ya los mejicanos; en que obró lo que debia, que nunca daña á la salud de los ejércitos los escesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venia por capitan de aquellas tropas el cacique de Guajocingo, á quien acompañaban otros caciques sus confederados con ánimo de asistir á los españoles en aquella guerra contra los mejicanos, que tenian ocupada la frontera y amenazados sus dominios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los caciques á verse con él, como lo ejecutaron luego. Pero de lo mismo que al parecer debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el ejército que tomó su principio en los tlascaltecas, y comprendió brevemente á los españoles. Decian unos y otros que no era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida, y que la enviaban los mejicanos para que se declarase por enemiga cuando llegase la ocasion de la batalla. Oyólos Cristóval de Olid, y dejándose llevar con poco exámen á la misma sospecha, prendió luego á los caciques, y los embió á Tepeaca para que determinase Cortés lo que se debia ejecutar: accion atropellada en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian

como amigos, pero estos perseveraron á vista de aquella desconfianza sin moverse del parage donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad; y los demas no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta y quedaron obligados á esperar la órden.

Llegaron los presos en breve á la presencia de Cortés, y se quejaron de Cristóbal de Olid en términos razonables, dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sino el desaire de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos, porque halló en ellos todas las señas que suele traer consigo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictámen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion, porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el ejército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luego su jornada, y encargando á los ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa que llegó en breves horas al ejército. Alentáronse todos con su presencia: pusiéronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba oscureciendo los ánimos: reprendió á Cristóbal de Olid, no el haberle dado noticia de aquella novedad, hallándose tan cerca, sino el haber manifestado sus recelos con la prision de los caciques. Y unidas las fuerzas, marchó sin mas detencion la vuelta de Guacachula, ordenando que se adelantasen los mensajeros de aquella ciudad, y diesen aviso á su cacique del parage donde se hallaba, y de las fuerzas con que venia; no porque necesitase ya de sus ofertas, sino por escusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar.

Tenian su alojamiento los mejicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los españoles á tiro de arcabuz, habian formado su ejército y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa, cuando el cacique logró la ocasion y desempeñó su fidelidad cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiéndolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buena órden y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco mas de media hora fueron totalmente deshechos los mejicanos, siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los españoles señalando su cuartel fuera de los muros á los tlascaltecas y demas aliados, cuyo número fue creciendo por instantes; porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debajo de su mano; y creció tanto su ejército, que segun su misma relacion, llegó á Guacachula con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al cacique y á

los soldados naturales, atribuyéndoles enteramente la gloria del suceso; y ellos se ofrecieron para la empresa de Izucan, no sin presuncion de necesarios por la noticia con que se hallaban de la tierra, y porque ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañábala un rio, que necesariamente se habia de penetrar, y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciase la faccion, ni se dejase de mover todo el ejército.

Iba Cristóbal de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se arrojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inútil, niños y mugeres, quedándose con mas de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que seria costoso el asalto; pero apenas acabó de pasar el ejército y se dieron las órdenes de acometer, cuando cesaron los gritos y desapareció por todas partes la guarnicion. Púdose temer algun estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los mejicanos, que puestos en desórden iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de españoles con la mayor parte de los tlascaltecas; y aunque militaba por los enemigos lo agrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan ejecutivamente, que apenas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó cuatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demas, enviándolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su parte, y en nombre del rey, ofreciesen perdon y buen pasage á cuantos se volviesen luego á sus casas; cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviéndose casi todos á gozar del indulto. Detúvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo y abrazasen la obediencia con el ejemplo de Guacachula. Despidió al mismo tiempo las tropas de los caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones; y se volvió á Tepeaca con sus españoles y tlascaltecas, dejando libre de mejicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la esperiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo emperador mejicano.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se hallase Cortés en esta espedicion. Puédese dudar si fue por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones antes, ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto, como en todo, á Francisco Lopez de Gomara; porque los demas escritores afirman lo que dejamos referido, y el mismo Hernan Cortés en la carta para el emperador, escrita en treinta de octubre de mil quinientos y veinte, dá los motivos que le obligaron á seguir entonces el ejército. Sentimos que se ofrezcan estas ocasiones de impugnar al autor que vamos siguiendo: pero en este caso fuera culpa de Cortés, indigna en su cuidado, no haber asistido personalmente donde le llamaban desde tan cerca desconfianzas de los suyos, quejas de los confederados, voces de poco respeto entre los de Narbaez, Cristóbal de Olid, que gobernaba el ejército, parcial de los recelosos, y una empresa de tanta consideracion aventurada. Perdone Bernal Diaz, que cuando lo dijese como lo entendió, pudo antes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad, y un desacierto en la vigilancia de Cortés.

## CAPITULO V.

**Procura Hernan Cortés adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de Méjico: hállase casualmente con un socorro de españoles: vuelve á Tlascala y halla muerto á Magiscatzin.**

Apenas llegó Hernan Cortés á Tepeaca y á Segura de la Frontera, cuando le avisaron de Tlascala que su grande amigo Magiscatzin quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo; porque le debia una voluntad apasionada, que se habia hecho recíproca y de igual correspondencia con el trato y la obligacion. Pero deseando socorrerle con la mejor prueba de su amistad, despachó luego al padre fray Bartolomé de Olmedo para que atendiese al socorro de su alma, procurando reducirle al gremio de la iglesia. Estaba cuando llegó este religioso poco menos que rendido á la fuerza de la enfermedad; pero con el juicio libre y el ánimo dispuesto á recibir nueva impresion, porque le desagradaban los ritos y la multiplicidad de sus dioses; y hallaba menos disonancia en la religion de los españoles, inclinado á las congruencias que le dictaba la razon natural, y ciego, al parecer, mas por falta de luz, que por defecto de los ojos. Trabajó poco en persuadirle fray Bartolomé porque halló conocido el error y deseado el acierto: con que solo necesitó de instruirle y amonestarle para escitar la voluntad y quitar el entendimiento. Pidió á breve rato con grandes ansias el bautismo, y le recibió con entera deliberacion, gastando el poco tiempo que le duró la vida en fervorosas ponderaciones de su felicidad, y en exhortar á sus hijos que dejasen la idolatria y obedeciesen á su amigo Hernan

Cortés, procurando con todas veras, y como punto de conveniencia propia, la conservacion de los españoles; porque segun lo que le decia en aquella hora el corazon, estaba creyendo que habia de caer en sus manos el dominio de aquella tierra. Pudo inspirárselo Dios; pero tambien pudo colegirlo de los antecedentes, y ser dictámen suyo este que se refiere como profecía. Lo que no se debe dudar es que le premió Dios con aquella última docilidad y estraordinaria vocacion lo que obró en favor de los cristianos, así como le tomó por instrumento principal del abrigo que tantas veces debieron á la república de Tlascala. Fue hombre de virtudes morales, y de tan ventajosa capacidad, que llegó á ser el primero en el senado, y casi á mandar en sus resoluciones, porque cedian todos á su autoridad y á su talento; y él sabia disponer como absoluto, sin esceder los límites de aconsejar como repúblico. Sintió Hernan Cortés su muerte como pérdida incapaz de consuelo, aunque le hacia mas falta como amigo, que como director de sus intentos, por hallarse ya introducido en la voluntad y en el respeto de toda la república. Pero el cielo que al parecer cuidaba animarle para que no desistiese, le socorrió entonces con un suceso favorable que mitigó su tristeza, y puso de mejor condicion sus esperanzas.

Llegó al surgidero de San Juan de Ulúa un bajel de mediano porte, en que venian trece soldados españoles y dos caballos, con algunos bastimentos y municiones que remitia Diego Velazquez de socorro á Pánfilo de Narbaez, creyendo que tendria ya por suyas las conquistas de aquella tierra, y á su devocion el ejército de Cortés. Venia por cabo de esta gente Pedro de Barba, el que se hallaba gobernador de la Habana cuando salió Hernan Cortés de la isla de Cuba, debiendo á su amistad el último escape de las asechanzas con que se procuró embarazar su viaje. Apenas descubrió el bajel Pedro Caballero, á cuyo cargo estaba el gobierno de la costa, cuando salió en un esquife á reconocerle. Saludó con grande afecto á los recien venidos; y en la cortesía ó sumision con que le preguntó Pedro de Barba por la salud de Pánfilo de Narbaez, conoció á lo que venia. Respondióle sin detenerse : « que no solo se hallaba » con salud, sino en grandes prosperidades , porque todas aquellas » regiones le habian dado la obediencia; y Hernan Cortés andaba » fugitivo por los montes con pocos de los suyos : » cautela ó falta de verdad en que se pudo alabar la prontitud y el desembarazo, pues fue bastante para sacarlos á tierra sin recelo, y para dar con ellos en la Vera-Cruz, donde se descubrió el engaño y se hallaron presos por Hernan Cortés, aplaudiendo Pedro de Barba el ardid y la disimulacion de Pedro Caballero : porque á la verdad no le pesó de hallar á su amigo en mejor fortuna.

Fueron llevados á Segura de la Frontera, y Hernan Cortés celebró con particular gusto la dicha de hallarse con mas españoles, y la notable circunstancia de recibir por mano de su enemigo este socorro. Agasajó mucho á Pedro de Barba, y le dió luego una com-

pañía de ballesteros, en fé de que tenia presente su amistad. Repartió algunas dádivas entre los soldados, con que se ajustaron á servir debajo de su mano. Leyóse despues reservadamente la carta que traia Pedro de Barba para Narbaez, en que le ordenaba Diego Velazquez, suponiéndole vencedor y dueño de aquellas conquistas: « que se mantuviese á toda costa en ellas, para cuyo efecto le ofrecia » grandes socorros. » Y últimamente le decia: « que si no hubiese » muerto á Cortés se le remitiese luego con bastante seguridad, » porque tenia órden espresa del obispo de Burgos para enviarle » preso á la córte: » y seria justificada la órden, si se atendió á no dejar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecia este ministro á Diego Velazquez, se puede temer que solo se trataba de que fuese mas ruidoso y mas ejemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.

Dentro de ocho dias llegó á la costa segundo bajel con nuevo socorro, dirigido á Pánfilo de Narbaez, y le aprendió con la misma industria Pedro Caballero. Traia ocho soldados, una yegua y cantidad considerable de armas y municiones á cargo del capitan Rodrigo Morejon de Lobera, y todos pasaron luego á Segura, donde se incorporaron voluntariamente con el ejército, siguiendo el ejemplar de los que vinieron delante. Llegaban estos socorros por camino tan fuera de la esperanza, que los miraba Hernan Cortés como sucesos de buen auspicio, pareciéndole que traian dentro de sí algunas especies, como intencionales de la felicidad venidera.

Pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenia en su imaginacion resuelta la conquista de Méjico; y la grande asistencia de gente con que se halló en aquella jornada, le confirmó en este dictámen; pero siempre le daba cuidado el paso de la laguna, cuya dificultad era inevitable; porque una vez hallada por los enemigos la defensa de romper los puentes de las calzadas, no se debia fiar de los pontones levadizos: invencion que solo pudieron disculpar las angustias del tiempo; á cuyo fin discurrió en fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los indios, y transportar su ejército á la ciudad. Los cuales pensaba llevar desarmados sobre hombros de indios tamenes á la ribera mas cercana del lago, desde los montes de Tlascala, catorce ó quince leguas por lo menos de áspero camino. Tenia raras ideas su imaginativa, y naturalmente aborrecia los ingenios apagados, á quien parece imposible lo muy dificultoso.

Comunicó su discurso á Martin Lopez, de cuyo ingenio y grande habilidad fiaba el desempeño de aquel notable designio; y hallando en él, no solamente aprobado el intento, sino facilitada la ejecucion que tomó luego por su cuenta, le mandó que se adelantase á Tlascala, llevando consigo los soldados españoles que sabian algo de este ministerio, y diese principio á la obra, sirviéndose tambien de los indios que hubiese menester para el corte de la madera, y lo demas que se pudiese fiar de su industria. Ordenó al

mismo tiempo que se trujese de la Vera-Cruz la clavazon, jarcias y demas adherentes que se reservaron de aquellos bajeles que hizo echar á pique. Y porque tenia observado que producian aquellos montes un género de árboles que daban resina, los hizo beneficiar, y sacó de ellos toda la brea que hubo menester para la carena de los buques.

Hallábase tambien falto de pólvora, y consiguió poco despues el fabricarla de ventajosa calidad, haciendo buscar el azufre, cuyo uso ignoraban los indios, en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente; y hubo algunos soldados españoles, entre los cuales nombra Juan de Laet á Montano y á Mesa el artillero, que se ofrecieron á vencer segunda vez aquella horrible dificultad, y volvieron finalmente con el azufre que fue necesario para la fábrica. En todo estaba y á todo atendia Hernan Cortés, tan lejos de fatigarse, que al parecer descansaba en su misma diligencia.

Hechas todas estas prevenciones que se fueron perfeccionando en breves dias, trató de volverse á Tlascala para estrechar cuanto pudiese los términos de su conquista; y antes de partir dejó sus instrucciones al nuevo ayuntamiento de Segura, y por cabo militar al capitan Francisco de Orozco, dándole hasta veinte soldados españoles, y quedando á su obediencia la milicia del pais.

Resolvió entrar de luto en la ciudad por la muerte de Magiscatzin: previnose de ropas negras que vistieron sobre las armas él y sus capitanes, á cuyo efecto mandó teñir algunas mantas de la tierra. Hízose la entrada sin mas aparato que la buena ordenanza, y un silencio artificioso en los soldados que iba publicando el duelo de su general. Tuvo esta demostracion grande aplauso entre los nobles y plebeyos de la ciudad, porque amaban todos al difunto como padre de la patria; y aunque no se pone duda en el sentimiento de Cortés, que se lamentaba muchas veces de su pérdida, y tenia razon para sentirla, se puede creer que vistió el luto con ánimo de ganar voluntades; y que fue una esterioridad á dos luces, en que hizo cuanto pudo por su dolor, sin olvidarse de hacer algo por el aura popular.

Tenian los senadores sin proveer el cargo de Magiscatzin, que gobernaba como cacique por la república el barrio principal de la ciudad, para que hiciese Cortés la eleccion, ó seguir en ella su dictámen; y él, ponderando las atenciones que se debian á la buena memoria del difunto, nombró y dispuso que nombrasen los demas á su hijo mayor, mozo bien acreditado en el juicio y el valor, y de tanto espíritu, que subió al tribunal sin estrañar la silla ni hallar novedad en las materias del gobierno; y últimamente dió tan buena cuenta de su capacidad en lo mas importante, que poco despues pidió con grandes veras el bautismo, y le recibió con pública solemnidad, llamándose don Lorenzo de Magiscatzin: efecto maravilloso de las razones que oyó á fray Bartolomé de Olmedo en

la conversion de su padre, cuya fuerza meditada y digerida en la consideracion, le fue llamando poco á poco al conocimiento de su ceguedad. Bautizóse tambien por este tiempo el cacique de Izucan, mancebo de poca edad, que vino á Tlascala con la investidura y representacion del nuevo señorío, para dar las gracias á Cortés de que hubiese determinado en su favor un pleito que le ponian sus parientes sobre la herencia de su padre: que todo se lo consultaban, comprometiendo en él sus diferencias los caciques y particulares de los pueblos comarcanos, y recibiendo sus decisiones como leyes inviolables: tanto le veneraban, y tan seguros del acierto le obedecian.

El ruido que hicieron en la ciudad estas conversiones, despertó al anciano Xicotencal, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dejaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertia con facilidad ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Pero el ejemplar de Magiscatzin, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la religion católica en el artículo de la muerte, le hizo tanta fuerza, que dió los oidos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiendo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece á la verdad que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnates y los sábios de la república, por cuyo dictámen se gobernaban los demas; pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista: fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen; y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la religion, hasta que impuesto el yugo á los mejicanos se consiguiese la paz, que miraban como disposicion necesaria para traer aquellos ánimos belicosos de los tlascaltecas al sosiego de que necesitaba la enseñanza y nueva introduccion de la doctrina evangélica. Dejóse para despues lo mas esencial: enfriáronse los ejemplares y duró la idolatría. Púdose lograr en los dias que se detuvo el ejército el primer fruto, por lo menos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentase ó consiguiese otra conversion: tiempo erizado, bullicios de armas y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras sí las demas atenciones, y algunas veces á que se oigan mejor las máximas de la violencia con el silencio de la razon.

## CAPITULO VI.

**Llegan al ejército nuevos socorros de soldados españoles: retíranse á Cuba los de Narbaez que instaron por su licencia: forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos comisarios al emperador.**

Quejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panuco; pero tenia tan rara fortuna sobre sus émulos, que así como le iba socorriendo Diego Velazquez con los medios que juntaba para destruirle y mantener á Pánfilo de Narbaez, le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacia para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como dijimos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia cuando estaba nuestro ejército en Zempoala; y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada, juntó mayor número de gente, y envió sus mejores capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera, porque apenas saltaron en tierra los españoles, cuando hallaron tan valerosa resistencia en los indios naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron; y atendiendo solo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias, y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de la Vera-Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el ejército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Túvose por cuidado y disposicion del cielo este socorro; y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte donde mas eran menester, el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fue un suceso digno de reflexion particular; porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta repeticion de oportunidades, en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navío que gobernaba el capitan Camargo con sesenta soldados españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos, á cargo del capitan Miguel Diaz de Auz, caballero aragonés, y tan señalado en aquellas conquistas, que fue su persona socorro particular; y últimamente, la nave del capitan Ramirez que tardó algo mas y llegó con mas de cuarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Desembarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros á recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascala, dejando ejemplo á los demas para que siguiesen el mismo viage, como lo ejecutaron todos voluntariamente; porque hacian ya tanto

ruido en las islas cercanas los progresos de la Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, fáciles siempre de llevar adonde llama la prosperidad ó la conveniencia.

Creció considerablemente con este socorro el número de españoles: llenáronse los ánimos de nuevas esperanzas: redujéronse á gritos de alegría los cumplimientos de los soldados: abrazábanse como amigos los que solo se conocian como españoles; y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dejó llevar á los escesos del contento, sin olvidarse de levantar al cielo el corazon, atribuyendo á Dios y á la justificacion de la causa que defendia, todo lo maravilloso, y todo lo favorable del suceso.

Pero no bastó esta felicidad para que se quietasen los de Narbaez, que volvieron á instar á Cortés sobre que les diese licencia para retirarse á la isla de Cuba, en que le reconvenian con su misma palabra; y no podia negar que los llevó con este presupuesto á la espedicion de Tepeaca, ni quiso entrar con ellos en nueva negociacion, porque se hallaba con españoles de mejor calidad, y no era tiempo ya de sufrir involuntarios y quejosos que hablasen con desconsuelo en los trabajos que allí se padecian, culpando á todas horas la empresa de que se trataba: gente perjudicial en el cuartel, inútil en la ocasion y engañosa en el número; porque se cuentan como soldados, faltando en el ejército algo mas que los ausentes.

Mandó publicar en el cuerpo de guardia y en los alojamientos: « que todos los que se quisiesen retirar desde luego á sus casas lo » podrian ejecutar libremente, y se les daria embarcacion con todo » lo necesario para el viage; » de cuya permision usaron los mas, quedándose algunos á instancia de su reputacion. Deja de nombrar Bernal Diaz á los que se quedaron, y nombra prolijamente á casi todos los que se fueron, defraudando á los primeros, y gastando el papel en deslucir á los segundos; cuando fuera mas conforme á razon que perdiesen el nombre los que hicieron tan poco por su fama. Pero no se debe pasar en silencio que fue uno de los que se retiraron entonces Andres de Duero, á quien hemos visto en varios lances amigo y confidente de Cortés, y aunque no se dice la causa de esta separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretestos de que se valió para honestar su retirada, porque le hallamos poco despues en la corte del emperador haciendo ruido entre los ministros con la voz y con la causa de Diego Velazquez. Si hubo alguna queja entre los dos que diese motivo al rompimiento, seria la razon de Cortés; porque no parece creible que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por sí, que halló salida para dejar á su amigo en el empeño, y para tomar contra él una comision en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, ó cautivar su entendimiento en obsequio de la sinrazon.

Desembarazado Hernan Cortés de aquella gente mal segura y

descontenta, cuya embarcacion y despacho se cometió al capitan Pedro de Alvarado, tomó sus medidas con el tiempo que podria durar la fábrica de los bergantines: despachó nuevas órdenes á los confederados, previniéndoles para el primer aviso: encargó á cada uno la provision de víveres y armas que debian hacer, segun el número de sus tropas; y en los ratos que le dejaba libre esta ocupacion, trató de acabar una relacion en que iba recapitulando por menor todos los sucesos de aquella conquista para dar cuenta de sí al emperador, con ánimo de fletar bajel para España, y enviar nuevos comisarios que adelantasen el despacho de los primeros, ó le avisasen del estado que tenian sus cosas en aquella corte, cuya dilacion era ya reparable, y se hacia lugar entre sus mayores cuidados.

Puso esta relacion en forma de carta, y resumiendo en ella lo mas substancial de los despachos que remitió el año antecedente con Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, refirió con puntualidad todo lo que despues le habia sucedido, próspero y adverso, desde que salió de Zempoala; y consiguió á fuerza de hazañas y trabajos el entrar victorioso en la corte de aquel imperio, hasta que se retiró quebrantado y con pérdida considerable á Tlascala. Daba noticia de la seguridad con que se podia mantener en aquella provincia, de los soldados españoles con que se iba reforzando su ejército, y de las grandes confederaciones de indios que tenia movidas para volver sobre los mejicanos. Hablaba con alientos generosos en las esperanzas de reducir á la obediencia de su magestad todo aquel nuevo mundo; cuyos términos por la parte septentrional ignoraban los mismos naturales. Ponderaba la fertilidad y abundancia de la tierra, la riqueza de sus minas y las opulencias de aquellos príncipes. Encareció el valor y la constancia de sus españoles, la fidelidad y el afecto de los tlascaltecas; y en lo concerniente á su persona dejaba que hablasen por él sus operaciones, aunque algunas veces se componia con la modestia, dando estimacion á la conquista, sin obscurecer al conquistador. Pedia breve remedio contra las sinrazones de Diego Velazquez y Francisco de Garay, y con mayor encarecimiento, que se le remitiesen luego soldados españoles, con el mayor número que fuese posible de caballos, armas y municiones, haciendo particular instancia en lo que importaba enviar religiosos y sacerdotes de aprobada virtud, que ayudasen al padre fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos indios: punto en que hacia mayor fuerza; refiriendo que se habian reducido y bautizado algunos de los que mas suponian, y dejado en los demas un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta substancia escribió entonces al emperador, poniendo en su real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dijo en todo sencillamente la verdad, dándose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia ó las

dictaba la elocuencia de aquel tiempo : no sabemos si bastante ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar, aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que como eran nuevos en el oido, llegaban mal pronunciados ó mal entendidos á la pluma.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los capitanes Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz; y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verisímil que dejase de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir las contingencias de tan largo viage; y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba que antes de manifestar su comision en España, ni darse á conocer por enviados suyos, se viesen con Martin Cortés su padre, y con los comisarios del año antecedente para seguir ó adelantar la negociacion de su cargo, segun el estado en que se hallase la primera instancia. Remitió con ellos nuevo presente al rey, que se compuso del oro y otras curiosidades que habia de reserva en Tlascala, y de lo que dieron para el mismo efecto los soldados, liberales entonces de sus pobres riquezas, á que se agregó tambien lo que se pudo adquirir en las espediciones de Tepeaca, y Guacachula, menos cuantioso que el pasado, pero mas recomendable por haberse juntado en el tiempo de la calamidad, y deberse considerar como resulta de las pérdidas que iban confesadas en la relacion.

Parecióle tambien que debian escribir al rey en esta ocasion los dos ayuntamientos de la Vera-Cruz y Segura de la Frontera, que tenian voz de república en aquella tierra; y ellos formaron sus cartas, solicitando las mismas asistencias, y representando á su magestad, como punto de su obligacion, lo que importaba mantener á Hernan Cortés en aquel gobierno; porque así como se debian á su valor y prudencia los principios de aquella grande obra, no seria fácil hallar otro cabeza ni otras manos que bastasen á ponerla en perfeccion. En que dijeron con ingenuidad lo que sentian, y lo que verdaderamente convenia en aquella sazon. Dice Bernal Diaz que vió las cartas Hernan Cortés; dando á entender que fue solicitada esta diligencia, y es muy creible que las viese; pero tambien es cierto que hallaria en ellas una verdad, en que pudo añadir poco la lisonja ó la contemplacion; y despues se queja de que no se permitiese á los soldados su representacion á parte, no porque dejase de sentir lo mismo que los dos ayuntamientos, que así lo confiesa y lo repite, sino porque tratándose de la conservacion de su capitan, quisiera decir su parecer con los demas, y suponer en esto lo que verdaderamente suponia en las ocasiones de la guerra. Pase por ambicion de gloria : vicio que se debe perdonar á los que saben merecer, y está cerca de parecer virtud en los soldados.

Partieron luego Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza en uno de los bajeles que arribaron á la Vera-Cruz, con toda la prevencion que pareció necesaria para el viage. Y poco despues resolvió Her-

nan Cortés que se fletase otro, para que pasasen los capitanes Alonso Dávila y Francisco Alvarez Chico con despachos de la misma sustancia para los religiosos de San Gerónimo, que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, única entonces en aquellos parages, y suprema como dijimos para las dependencias de las otras islas, y de la tierra firme que se iba descubriendo. Participóles todas las noticias que habia dado al emperador, solicitando mas breves asistencias para el empeño en que se hallaba, y mas pronto remedio contra los desórdenes de Velazquez y Garay. Y aunque reconocieron aquellos ministros su razon, y admiraron su valor y constancia, no se hallaba entonces la isla de Santo Domingo en estado que pudiese partir con él sus cortas prevenciones. Aprobaron y ofrecieron apoyar con el emperador todo lo que se habia obrado, y solicitar por su parte los socorros de que necesitaba empresa tan grande y tan adelantada, encargándose de reprimir á sus dos émulos con órdenes apretadas y repetidas, en cuya conformidad respondieron á sus cartas, y volvieron brevemente aquellos comisarios mas aplaudidos que bien despachados en el punto de los socorros que se pedian. Pero antes que pasemos á la narraci onde nuestra conquista, y entretanto que se dá calor á la fábrica de los bergantines, y á las demas prevenciones de la nueva entrada, será bien que volvamos al viage de los otros dos comisarios, y al estado en que se hallaban las cosas de la Nueva España en la corte del Emperador: noticia que ya se hace desear, y de aquellas que sirven al intento principal y se permiten al historiador como digresiones necesarias; que importan á la integridad, y no disuenan á la proporcion de la historia.

## CAPITULO VII.

**Llegan á España los procuradores de Hernan Cortés y pasan á Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que mejorando las cosas de Castilla volvieron á la corte, y consiguieron la recusacion del obispo de Burgos.**

Dejamos á Martin Cortés con los dos primeros comisarios de su hijo Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo en la miserable tarea de seguir la corte, donde residian los gobernadores del reino, y frecuentar los zaguanes de los ministros, tan lejos de ser admitidos, que sin atreverse á molestar con sus instancias, se ponian al paso para dejarse ver, reducidos á contentarse con el reparo casual de los ojos: desconsolado memorial de los que tienen razon y temen destruirla con adelantarla. Oyólos el emperador benignamente, como se dijo en su lugar, y aunque le tenian desabrido las porfías y descomedimientos de algunas ciudades que intentaban oponerse al viage de Alemania con protestas irreverentes, ó poco menos que amenazas, hizo lugar para informarse con parti-

cular atencion de lo sucedido en aquellas empresas de la Nueva España, y tomar punto fijo en lo que se podia prometer de su continuacion. Hízose capaz de todo sin desdeñarse de preguntar algunas cosas; que no desdice á la magestad el informarse del vasallo hasta entender el negocio, ni siempre debian ir á los consejos las dudas de los reyes. Conoció luego las grandes consecuencias que se podian colegir de tan admirables principios, y ayudó mucho entonces á ganar su favor el concepto que hizo de Cortés, inclinado naturalmente á los hombres de valor.

No permitieron las dependencias del reino, junto en cortes, ni lo que instaba el viage del César, que se pudiese concluir en la Coruña la resolucion de una materia que tenia sus contradicciones; tanto por las diligencias que interponian los agentes de Diego Velazquez, como por la siniestra inteligencia con que los apoyaban algunos ministros: pero cuando llegó el caso de la embarcacion, que fue á los veinte de mayo de este año de mil quinientos y veinte, dejó su magestad cometidas con particular recomendacion las proposiciones de Cortés al cardenal Adriano, gobernador del reino en su ausencia. Y él deseó con todas veras favorecer esta causa; pero como los informes por donde se habia de gobernar en ellas salian del consejo de Indias, cuyos votos tenia cautivos de su autoridad y de su pasion el presidente obispo de Burgos, se halló embarazado en la resolucion; y no era fácil asegurar el acierto en su dictámen, cuando llegaban á su oido cubiertas con el manto de la justicia las representaciones de Velazquez y desacreditadas con el título de rebeldías las hazañas de Cortés.

Faltó despues el tiempo cuando era mas necesario para que se descubriese ó examinase la verdad, dejándose ocupar de otros cuidados y congojas de primera magnitud. Inquietáronse algunas ciudades, con pretesto de corregir los que llamaban desórdenes del gobierno, y hallaron otras que las siguiesen al precipicio, sin averiguar los achaques del ejemplo. Sintieron todas como última calamidad la ausencia del rey, y algunas creyendo que le servian ó que no le negaban la obediencia, padecian como atenciones de la obligacion los engaños de la fidelidad.

Armóse la plebe para defender los primeros delitos, y no faltaron algunos nobles, á quien hizo plebeyos la corta capacidad: defecto que suele destruir todos los consejos de la buena sangre. Los señores y los ministros defendian la razon á costa de peligros y desacatos. Púsose todo en turbacion: y últimamente llegaron casi á reinar las turbulencias del reino, que llamó la historia *comunidades*, aunque no sabemos con qué propiedad; porque no fue comun la dolencia, donde tuvieron la parte del rey muchas ciudades y casi toda la nobleza. Dieron este nombre á su atrevimiento los delincuentes, y quedó vinculado á la posteridad el vocablo de que se valian para desconocer la sedicion.

No es de nuestro argumento la descripcion de estas inquietudes;

pero hemos debido tocarlas de paso; y decir algo del estado en que se hallaba Castilla, como una de las causas porque se detuvo la resolucion del cardenal, y se atrasaron las dependencias de Cortés: poco favorable sazon para tratar de nuevas empresas, cuando andaban los ministros y el gobernador tan embebidos en los daños internos, que sonaban á despropósitos los cuidados de afuera; por cuya razon, viendo Martin Cortés y sus dos compañeros el poco fruto de sus instancias, y el total desconcierto de las cosas, se retiraron á Medellin con ánimo de aguardar á que pasase la borrasca, ó volviese de su jornada el emperador que tenia comprendida su razon, y los dejó con esperanzas de favorecerla, suponiendo ya que seria necesaria su autoridad para vencer la oposicion del obispo, y los demas embarazos del tiempo.

Llegaron poco despues á Sevilla Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza, habiendo acabado prósperamente su viage; y sin descubrirse ni dar cuenta de su comision, procuraron tomar noticia del estado en que se hallaban las dependencias de Cortés: diligencia que les importó la libertad, porque supieron con grande admiracion suya que los jueces de la contratacion tenian órden espresa del obispo de Burgos para que cuidasen de cerrar el paso y poner en segura prision á cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España, embargando el oro y demas géneros que trujesen de propio caudal ó por via de encomienda, con que trataron solamente de poner en salvo sus personas, y no hicieron poco en escapar los despachos y cartas que traian, dejando el presente del rey con todo lo demas en manos de aquellos ministros, y al arbitrio de aquellas órdenes.

Salieron de Sevilla, no sin recelo de ser conocidos, con determinacion de buscar en la corte á Martin Cortés ó á los dos comisarios que tenian la voz de su hijo, para tomar, segun su instruccion, luz de lo que debian obrar; pero sabiendo en el camino que se habian retirado á Medellin, pasaron á verse con ellos en aquella villa, donde fue celebrada su venida con la demostracion que merecian nuevas tan deseadas y tan admirables. Confirióse despues entre los cinco si convendria llevar los despachos de Cortés al cardenal gobernador, porque no se retardasen noticias de tanta consideracion; pero respecto del estado en que se hallaban las turbaciones del reino, pareció diligencia infructuosa tratar de que se atendiese por entonces á conveniencias distantes que miraban al aumento y no al remedio de la monarquía; y así resolvieron conservar aquel retiro hasta que tomasen algun desahogo las inquietudes presentes, y cupiese otro cuidado en la obligacion de los ministros.

Iban cada dia pasando á mayor rompimiento las turbulencias de Castilla, porque no se contentaban los sediciosos con mantener la rebelion, y salian á infestar la tierra y á sitiar las villas leales; corriéndose ya de parecer tolerados, y entrando ambicion de ser agresores. Tratóse primero de traerlos al conocimiento de su error

con la blandura y la paciencia; pero no estaba la enfermedad para la tarda operacion de los remedios suaves, particularmente cuando á su parecer tenian la fuerza y la razon de su parte. Y no faltaban algunos eclesiásticos desatentos que abusaban del púlpito para mantenerlos en esta opinion, dándoles á entender que hacian el servicio de Dios y del rey en corregir los desórdenes de la república. Llegó el caso finalmente de armarse los señores y toda la nobleza para restituir en su autoridad á la justicia, y dar calor á las ciudades que se mantenian por el emperador; y aunque los rebeldes tuvieron osadía para formar ejércitos y medir las armas con los que llamaban enemigos, á dos malos sucesos en que perdieron gente y reputacion, y á cuatro castigos que se hicieron en los caudillos de la sedicion, quedó su orgullo quebrantado, y se fueron disminuyendo en todas partes sus fuerzas, porque se retiraron al bando mas seguro los advertidos y los temerosos : redujéronse las ciudades, calló el tumulto, y volvió á su oficio la consideracion : movimiento en fin poco mas que popular, que se detiene con la misma facilidad que se desboca.

Importó mucho para que la quietud se acabase de restablecer el aviso que llegó entonces de que se acercaba la vuelta del emperador, resuelto ya, como lo aseguraban sus cartas, á dejarlo todo por asistir á lo que necesitaban de su presencia estos reinos : á cuya noticia se debió que se acabasen de poner las cosas en su lugar. Y hallándose Martin Cortés en el tiempo que deseaba para volver á la continuacion de sus instancias, partió luego á la corte con los cuatro procuradores de su hijo, donde solicitaron y consiguieron, no sin alguna dilacion, audiencia particular del cardenal gobernador. Informáronle por mayor del estado en que se hallaba la conquista de Méjico remitiéndose á las cartas de Cortés, que pusieron en sus manos Diego de Ordaz y Alonzo de Mendoza. Diéronle cuenta de las órdenes que hallaron en Sevilla para su prision, y la de cualesquiera procuradores que viniesen de aquella tierra. Hicieron memoria del embargo en que se habian puesto las joyas y preseas que traian de presente para el rey. Representaron con esta ocasion los motivos que tenian para desconfiar del obispo de Burgos, y últimamente le pidieron licencia para recusarle por términos jurídicos, ofreciendo probar las causas, ó quedar espuestos al castigo de su irreverencia. Oyólos el cardenal con señas de atento y compadecido, alentándolos y ofreciendo cuidar de su despacho. Hiciéronle particular disonancia las órdenes de Sevilla y el embargo del presente, porque uno y otro se habia resuelto sin su noticia; y así les respondió en lo tocante al obispo, que podrian seguir su justicia como les conviniese, y quedaria por su cuenta el defenderlos de cualquiera estorsion que por esta causa pudiesen recelar; en que les dijo lo bastante para que se animasen á entrar en el peligro casi evidente de litigar contra un poderoso : empresa en que se habla desde abajo, y suele perderse de tímida la razon.

Con estas premisas de mejor fortuna, intentaron luego en el consejo de Indias la recusacion de su mismo presidente, dando las causas por escrito, con toda la templanza y moderacion que pareció necesaria, para que no quedase ofendido el respeto: pero ellas eran de calidad, y tan conocidas entre los mismos jueces, que no se atrevieron á repeler la instancia; negando el recurso de la justicia en negocio de tanta consideracion; particularmente cuando se acercaba la vuelta del emperador, cuya voz se divulgaba con aplauso de todos los que no le temian: y así como importó para la quietud del reino, tendria tambien sus influencias en la circunspeccion de los ministros. Bernal Diaz del Castillo y otros que lo tomaron de su historia, refieren destempladamente las causas de esta recusacion. Él dice lo que oyó, y ellos lo que trasladaron; porque no todas parecen creibles de un varon tan venerable y tan graduado: pero es cierto que se probaron algunas: como es el estar actualmente tratando de casar una sobrina suya con Diego Velazquez: el haber hablado con aspereza en diferentes ocasiones á los procuradores de Hernan Cortés, llamándoles rebeldes y traidores alguna vez que se olvidaba de su prudencia: y este con las órdenes que tenia dadas en Sevilla para cerrar el paso á sus instancias, cargos innegables que constaban de su misma publicidad, bastó para que vista la causa conforme á los términos del derecho, y precediendo consulta del consejo y resolucion del cardenal, se diese por legítima la recusacion; quedando resuelto que se abstuviese de todos los negocios que tocasen á Hernan Cortés y á Diego Velazquez. Revocáronse las órdenes y los embargos de Sevilla: convalecieron las importancias de aquella empresa: volviéronse á celebrar las hazañas de Cortés, que ya estaban poco menos que oscurecidas con el descrédito de su fidelidad; y el cardenal empezó á recomendar con varios decretos el despacho de sus procuradores, y á manifestar con tantas veras el deseo de adelantarle, que habiendo recibido en este tiempo la noticia de su exaltacion á la silla de San Pedro, y partido poco despues á embarcarse, despachó en el camino algunas órdenes favorables á este negocio; fuese por la fuerza que le hacia la razon de Cortés, ó por que llevando ya el ánimo embebido en los cuidados de la suprema dignidad, tuvo por de su obligacion desviar los impedimentos de aquella conquista, que habia de allanar el paso al Evangelio, y facilitar la reducion de aquella gentilidad: intereses de la iglesia que ocuparian dignamente las primeras atenciones del sumo Pontificado.

## CAPITULO VIII.

**Prosiguese hasta su conclusion la materia del capitulo precedente.**

Hallábase á la sazon el ya nuevo Pontífice Adriano VI en la ciudad de Vitoria, donde le llevaron las asistencias de Navarra y Guipúzcoa,

cuyas fronteras invadieron los franceses para dar calor á las turbulencias de Castilla; pero las cosas de Italia y las instancias de Roma le obligaron á ponerse luego en camino: dejando el mejor cobro que pudo en las materias de su cargo. Llegó poco despues el emperador á las costas de Cantabria; y tomando tierra en el puerto de Santander, halló sus reinos todavía convalecientes de los males internos que habian padecido. Cesó la borrasca, pero duraba la mareta sorda que suele dejarse conocer entre la tempestad y la bonanza; siendo necesario el castigo de los sediciosos esceptuados en el perdon general, para que acabasen de volver á su centro la quietud y la justicia. Halló tambien no del todo aplacadas las resultas de otra calamidad que padeció España en el tiempo de su ausencia; porque los franceses que ocuparon con ejército improviso el reino de Navarra, aunque fueron rechazados, perdiendo en una batalla la reputacion y la prenda mal adquirida, conservaban Fuenterrabía, y era preciso tratar luego de recuperar esta plaza, porque se disponia para socorrerla el enemigo; pero á vista de estos cuidados y de lo que instaban al mismo tiempo dependencias de Italia, Flandes y Alemania, hizo lugar para los negocios de Nueva España; que siempre le debieron particular atencion. Oyó de nuevo á los procuradores de Cortés; y aunque le hablaron tambien los de Diego Velazquez, como se hallaba con noticia especial de ambas instancias por los informes del Pontífice, confirmó con nuevo despacho la recusacion del obispo de Burgos, y mandó formar una junta de ministros para la determinacion de este negocio, en la cual concurrieron el gran canciller de Aragon Mercurio de Cantinara: Hernando de Vega, señor de Grajal y comendador mayor de Castilla: el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal: y el licenciado Francisco de Vargas, del consejo y cámara del rey; y monsieur de la Rosa, ministro flamenco: y no entró en esta junta monsieur de Laxao, que añadieron á los referidos Bernal Diaz y Antonio de Herrera, porque habia muerto años antes en Zaragoza, y ocupado Mercurio de Cantinara el puesto de gran canciller que vacó por su muerte; pero se conoció en la eleccion de personas tan calificadas, lo que deseaba el acierto de la sentencia; porque no tenia entonces el reino ministros de mayor satisfaccion, ni pudo formarse concurrencia en que se hallasen mejor aseguradas las letras, la rectitud y la prudencia.

Viéronse primero en esta junta los memoriales ajustados, segun las cartas y relaciones que se habian presentado en el proceso; y se halló tanta discordancia en el hecho, y tanta mezcla de noticias encontradas, que se tuvo por necesario mandar á los procuradores de ambas partes que compareciesen á dar razon de sí en la primera junta, porque deseaban todos abreviar el negocio y examinar á cara descubierta, como disculpaban ó como entendian sus proposiciones, para sacar en limpio la verdad sin atarse á los términos del camino judicial, cuyas disputas ó cavilaciones legales son por la mayor parte difugios de la sustancia, y se debieron llamar estorvos de la justicia.

Vinieron el dia siguiente á la junta unos y otros procuradores con sus abogados, y entre los de Diego Velazquez se dejó ver Andres de Duero que llegó en esta ocasion : y con haber faltado primero á su amo, hizo menos estraño el faltar entonces á su amigo. Fuéronse leyendo los memoriales y preguntando al mismo tiempo á las partes lo que parecia conveniente para ver como satisfacian á los cargos que resultaban de la relacion, y como se verificaban las quejas ó las disculpas; de cuyas respuestas iban observando los jueces lo que bastaba para formar dictámen. Y á pocos dias que se repitió este juicio, poco mas que verbal, convinieron todos en que no habia razon para que Diego Velazquez pretendiese apropiarse y tratar como suya la conquista de Nueva España; sin mas título que haber gastado alguna cantidad en la prevencion de esta jornada, y nombrado á Cortés por capitan de la empresa; porque solo podria tener accion á cobrar lo que hubiese gastado, haciendo constar que fue de caudal propio, y no de lo que producian los efectos del rey en su distrito; sin que le pudiese adquirir derecho alguno para llamarse dueño de la empresa el nombramiento que hizo en la persona de Cortés; porque demas de haberse dado este instrumento con falta de autoridad y sin noticia de los gobernadores á cuya órden estaba, perdió esta prerogativa el dia que le revocó; y en cuanto fue de su parte quedó sin accion para decir que se hacia de su órden la conquista, dejando libre á Cortés para que pudiese obrar lo que juzgó mas conveniente al servicio del rey con aquella gente, cuya mayor parte fue conducida por él y con aquellos bajeles, en cuyo apresto habia gastado su caudal y el de sus amigos.

Y aunque se consideró tambien que hubo alguna destemplanza ó menos obediencia de parte de Cortés en los primeros pasos de esta jornada, fueron de parecer que se podia condenar algo á su justa irritacion, y mucho mas á los grandes efectos que resultaron de este principio, cuando se le debia una conquista de tanta importancia y admiracion, en cuyas dificultades se habia conocido su valor incomparable; y sobre todo su fidelidad y honrados pensamientos; por cuya razon le tuvieron por digno de que fuese mantenido por entonces en el gobierno de lo que habia conquistado, alentándole y asistiéndole para que no desistiese de una empresa que tenia tan adelantada; y últimamente culparon como ambicion desordenada en Diego Velazquez el aspirar con tan débiles fundamentos al fruto y á la gloria de los trabajos y hazañas agenas; y como atrevimiento digno de severa reprension, el haber pasado á formar y enviar ejército contra Hernan Cortés, atropellando los inconvenientes que podian resultar de semejante violencia, y menospreciando las órdenes que tuvo en contrario de los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo.

Este parecer de la junta se consultó al emperador, y con su noticia se pronunció la sentencia, cuya substancia fue declarar por buen ministro y fiel vasallo de su magestad á Hernan Cortés : hon-

rar con la misma estimacion á sus capitanes y soldados : imponer perpétuo silencio á Diego Velazquez en la pretension de la conquista : mandarle con graves penas que no la embarazase por sí ni por sus dependientes; y dejarle su derecho á salvo en cuanto á los maravedís, para que pudiese verificar su relacion, y pedirlos donde conviniese á su derecho : con que se concluyó este negocio, reservando las gracias de Cortés, la reprension de Diego Velazquez, y las demas órdenes que resultaban de la consulta para los despachos que se habian de autorizar con el nombre del rey.

Dicen algunos que se gobernó este juicio mas por razon de estado que por el rigor de la justicia : no es de nuestro instituto examinar el derecho de las partes. Hemos tocado los motivos y consideraciones de los jueces, y no dejamos de conocer que hubo que perdonar en la primera determinacion de Cortés; pero tampoco se puede negar que fue suya la conquista, y del rey lo conquistado; sobre cuya verdad y conocimiento pudieron aquellos ministros usar de alguna equidad, sacando este negocio de las reglas comunes, y moderando con la gracia los estremos de la justicia : temperamento á que ayudaria mucho la flaca razon de Diego Velazquez, y lo que se debia reparar en sus violencias y desatenciones. Dicen que vivió pocos dias despues que recibió la reprension del emperador : antiguo privilegio de los reyes tener el premio y el castigo en sus palabras. Confesámosle su calidad, su talento y su valor, que de uno y otro dió bastantes esperiencias en la conquista de Cuba; pero en este caso erró miserablemente los principios, y se dejó precipitar en los medios : con que perdió los fines y vino á morir de su misma impaciencia. Su primera ceguedad consistió en la desconfianza; vicio que tiene sus temeridades como el miedo : la segunda fue de la ira que hace los hombres algo mas que irracionales, pues los deja enemigos de la razon, y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Tratóse luego de las asistencias de Hernan Cortés, corriendo su disposicion por los ministros de la junta : oyó el emperador á sus comisarios con alegre semblante, pagado al parecer de que tuviesen la justicia de su parte; favoreció mucho á Martin Cortés, honrando en él los méritos de su hijo y ofreciendo remunerarlos con liberalidad correspondiente á sus grandes servicios. Nombráronse algunos religiosos que pasasen á entender en la conversion de los indios : primer desvelo del emperador, porque siempre hicieron mas fuerza en su piedad los aumentos de la religion, que ruido en su cuidado los intereses de la monarquía. Mandóse hacer prevencion de gente, armas y caballos que se pudiesen remitir con la primera flota; y considerando cuánto importaba que no se detuviesen los despachos cuando estaba Hernan Cortés con las armas en las manos y tan receloso de sus émulos, se formaron luego las órdenes reducidas á diferentes cartas del emperador.

Una para los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo,

dándoles noticia de su resolucion, y órden para que asistiesen á Cortés con todos los medios posibles, y cuidasen de apartar los impedimentos de su conquista : otra para Diego Velazquez, mandándole con toda resolucion que alzase la mano de ella, y reprendiendo sus escesos son alguna severidad : otra para Francisco de Garay, culpando y prohibiendo sus entradas en el distrito de la Nueva España; y otra para Hernan Cortés, llena de honras y favores de los que saben hacer los reyes cuando se hallan bien servidos, y no se dedignan de quedar obligados. Aprobaba en ella no solamente sus operaciones pasadas, sino sus intentos actuales, y lo que disponia para la recuperacion de Méjico. Dábale á entender que conocia los quilates de su valor y constancia, sin olvidar lo bien que se habia portado con su gente y con sus aliados. Hacia breve mencion de las órdenes que se despachaban concernientes á su conservacion y seguridad, y del título que se le remitia de gobernador y capitan general de aquella tierra. Ofreciale mayores demostraciones de su gratitud, haciendo particular memoria de los capitanes y soldados que le asistian. Encargábale con todo aprieto el buen pasage de los indios, y que fuesen instruidos en la religion y mirados como semilla posible del Evangelio. Y finalmente le daba esperanzas de breves socorros y asistencias, fiando á su capacidad y obligaciones la última perfeccion de obra tan grande : carta de singular estimacion para su ilustre posteridad, y de aquellas que, así como hacen linage donde falta la nobleza, dejan esclarecidos á los que hallaron nobles.

Firmó el emperador estos despachos en Valladolid á veinte y dos de octubre de mil quinientos veinte y dos años; y mandó que partiesen luego con ellos los dos procuradores de Hernan Cortés, quedando los otros dos á la solicitud de las asistencias, y á esperar una instruccion que se quedaba formando sobre las advertencias y disposiciones que se debian observar en el gobierno militar y político de aquella tierra. Y aunque dejamos algo atrasada la empresa de Cortés, ha parecido conveniente seguir hasta su conclusion esta noticia por no dejarla pendiente y destroncada con peligro de otra digresion : licencia de que no solo son capaces las historias, sino alguna vez los anales, que se ciñen al tiempo con leyes mas estrechas, como lo practicó en los suyos Cornelio Tácito, cuando en el imperio de Claudio introdujo y siguió hasta el fin las guerras británicas de los dos vice-prétores Ostorio y Didio; teniendo por menor inconveniente faltar á la série de los años, que incurrir en la desunion de los sucesos.

# CAPITULO IX.

**Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones : pasa muestra el ejército de los españoles, y á su imitacion el de los confederados : publícanse algunas ordenanzas militares, y se dá principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcuco.**

Corrian ya los fines del año mil y quinientos y veinte, cuando Hernan Cortés trató de introducir sus armas en el pais enemigo, y esperar en alguna operacion las últimas disposiciones de su empresa. Recibió pocos dias antes un socorro de aquellos que se le venian á las manos; porque le avisó el gobernador de la Vera-Cruz que habia dado fondo en aquel parage un navío mercantil de las Canarias, que traia cantidad considerable de arcabuces, pólvora y municiones de guerra, con tres caballos y algunos pasageros; cuya intencion era vender estos géneros á los españoles que andaban en aquellas conquistas.

Pagábanse ya las mercaderías en los puertos de las Indias á precio escesivo; y el interés habia quitado el horror á este género de comercio distante y peligroso : cuya noticia puso á Hernan Cortés en deseo de mejorar sus prevenciones, y envió luego un comisario á la Vera-Cruz con barras de oro y plata y la escolta que pareció suficiente, ordenando al gobernador que comprase las armas y las municiones en la mejor forma que pudiese; y él lo ejecutó con tanta destreza y con tanto crédito de la empresa en que se hallaba su general, que no solamente le dieron á precio acomodado lo que traian, pero se fueron con el mismo comisario á militar en el ejército de Cortés el capitan y maestre del navío con trece soldados españoles, que venian á buscar su fortuna en las Indias : asunto que andaba entonces muy válido, y que dura todavía en algunos que anhelan á enriquecer por este camino, sin que baste la perdicion de los engañados para documento de los codiciosos.

Con este socorro, y los demas que habia recibido Hernan Cortés fuera de toda esperanza, entró en deseo de adelantar la marcha de su ejército; y ya no era posible dilatarla ni esperar á que se acabasen los bergantines, porque iban llegando las tropas de la república y de los aliados vecinos, en cuya detencion se debian temer los inconvenientes de la ociosidad.

Juntó sus capitanes para discurrir sobre lo que se podria intentar con aquellas fuerzas, que mirase al intento principal, entretanto que se juntaban las que se habian movido para emprender la recuperacion de Méjico; y aunque hubo diversos pareceres, prevaleció la resolucion de marchar derechamente á Tezcuco, y ocupar en todo caso aquella ciudad, que por estar situada en el camino de Tlascala, y casi en la ribera del lago, pareció á propósito para la plaza de armas, y puesto que se podria fortificar y mantener, así para recibir

menos dificultosamente los socorros que se aguardaban, como para infestar con algunas correrías la tierra del enemigo, y tener retirada poco distante de Méjico, donde repararse contra los accidentes de la guerra. Consideróse que la gente que habia llegado hasta entonces seria bastante para este género de facciones; y aunque los canales por donde se comunicaban con aquella ciudad las aguas de la laguna, parecian estrechos para la introduccion de los bergantines, se reservó para despues la solucion de esta dificultad, y quedó resuelto que se abreviase por instantes el plazo de la marcha.

El dia siguiente á esta determinacion pasó muestra el ejército de los españoles, y se hallaron quinientos y cuarenta infantes, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería que se hicieron traer de los bajeles. Ejecutóse á vista de innumerable concurso esta funcion, y tuvo circunstancias de alarde, porque se atendió menos á registrar el número de la gente que á la ostentacion del espectáculo, sirviendo al intento de hacerle mas recomendable y lucido la gala de los soldados, el tremolar de las banderas, el manejo de los caballos y el uso de las armas con que se prevenia la reverencia del general; ejecutado uno y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el aplauso de la muchedumbre, y llevó que aprender la milicia forastera. Quiso despues Xicotencal el mozo, que iba por general de la república, pasar la muestra de su gente, no porque usasen los de su nacion este género de aparato para contar sus ejércitos, sino por lisonjear á Hernan Cortés con la imitacion de sus españoles. Pasaron delante los timbales y bocinas con los demas instrumentos de su milicia: despues los capitanes en hileras vistosamente ataviados con grandes penachos de varios colores, y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios: las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo y con las puntas en alto: llevaban todos sus pages de gineta, con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus enemigos ó las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos generales, y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas, y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas hacian oficio de banderas. Constaria todo el ejército de hasta diez mil hombres de buena calidad; aunque la prevencion de la república era mucho mayor; pero quedó aplicado el resto de sus levas para que asistiese á la conduccion de los bergantines; cuya seguridad era de tanta consecuencia, que recibió el senado como favor lo que pudiera sentir como desvío.

Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de las tlascaltecas, en que se aparta de Bernal Diaz y de otros autores: si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Cholula y Guajocingo, cuyos dos ejércitos estaban acampados fuera de la ciudad; porque no se duda que salió de

Tlascala Hernan Cortés con mas de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron despues al camino y á la plaza de armas las demas naciones confederadas; cuyo movimiento fue tan numeroso, que durante la espugnacion de Méjico llegó á tener debajo de su mano mas de doscientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! porque no se dice que hubiese falta de provision ni discordia entre naciones tan diferentes, ni embarazo en la distribucion de las órdenes, ni menos puntualidad en la obediencia. Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia de Cortés; pero esta obra no pudo ser toda suya; quiso Dios que se redujese aquel imperio; y sirviéndose de su talento le facilitó los medios que conducian al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.

Publicáronse luego, á fuer de bando militar, unas ordenanzas que habia formado en los ratos de su ociosidad para ocurrir á los inconvenientes en que suele peligrar la guerra, ó perder el atributo de justa. Mandó, pena de la vida, « que ninguno fuese osado á sacar » la espada contra otro en los cuarteles ni en la marcha: que nin» guno de los españoles tratase mal con las obras ó con las palabras » á los indios confederados : que no se hiciese fuerza ó desacato » á las mugeres aunque fuesen del bando enemigo : que ninguno » se apartase del ejército ni saliese á saquear los lugares del con» torno sin llevar licencia y gente con que asegurar la faccion : que » no se jugasen los caballos ni las armas en que se habia tolerado » alguna relajacion ; » y prohibió, con penas particulares de afrenta ó privacion de honores, « los juramentos y blasfemias, » con los demas abusos que suelen introducirse á permitidos con título de licencias militares.

Intimáronse despues estas mismas ordenanzas á los cabos de las tropas estrangeras, asistiendo Cortés á la interpretacion de Aguilar y doña Marina, para darles á entender que las penas hablaban con todos, y que los menores escesos de su gente serian culpas graves militando entre los españoles; con que pasó la voz á los tlascaltecas y á las demas naciones; y fue tan útil esta diligencia, que se conoció desde luego algun cuidado en el proceder menos licencioso de aquellos indios; aunque durante la jornada se desentendieron ó se toleraron algunas demasías en que fue necesario dar algo á la rusticidad ó á su costumbre; pero bastaron dos ó tres castigos que vieron ejecutar, para reducirlos á mejor disciplina, siendo en ellos como enmienda ó parte de satisfaccion, el temor de la pena ó el recato en el delito.

Llegó el dia en que se celebraba la fiesta de los Inocentes, señalado para la marcha; y despues que dijo misa fray Bartolomé de Olmedo, con asistencia de todos los españoles, y se hizo particular rogativa por el suceso de la jornada, mandó Hernan Cortés, que se formasen los escuadrones de los indios en la campaña; y puestos en órden segun el estilo, salió con su ejército en hileras, para que vie-

sen cómo se doblaba, y tomasen algo del sosiego que habian menester; siendo uno de sus defectos militares el ímpetu de sus ejecuciones siempre aceleradas y sujetas al desórden.

Llamó luego al general y cabos principales de aquellas naciones, y con sus intérpretes les hizo una breve exhortacion pidiéndoles: « que animasen á su gente con la esperanza del comun interés, » pues iban á pelear por su libertad y la de su patria: que se deshiciesen de todos los que no fuesen voluntarios: que castigasen » con particular cuidado los escesos que se cometiesen contra las » ordenanzas; » y sobre todo, « que les pusiesen delante la obligacion en que se hallaban de imitar á sus amigos los españoles, no » solo en las hazañas del valor, sino en la moderacion de las costumbres. »

Partieron ellos á obedecerle; y vuelto á los suyos que ya callaban, dando á entender que atendian: « no trato, amigos y compañeros, » dijo, « de acordaros ni engrandeceros el empeño en » que os hallais de obrar como españoles en esta empresa, porque » tengo conocido el esfuerzo de vuestros corazones, y no solo debo » confesar la esperiencia, sino la envidia de vuestras hazañas. Lo » que os propongo, menos como superior que como uno de vosotros, » es que pongamos todos con igual diligencia la vista y la consideracion en esa multitud de indios que nos sigue, tomando por suya » nuestra causa: demostracion que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas ambas de nuestro cuidado: la primera de tratarlos como amigos, sufriéndoles, si fuere necesario, como á menos » capaces de razon; y la otra de advertirlos con nuestro proceder » lo que deben observar en el suyo. Ya llevais entendidas las ordenanzas que se han intimado á todos; cualquiera delito contra » ellas tendrá en vosotros su propia malicia y la malicia del ejemplo. Cada uno debe reparar en lo que podrán influir sus transgresiones, ó será fuerza que reparemos los demas en la que » importan las influencias del castigo. Sentiré mucho hallarme » obligado á proceder contra el menor de mis soldados; pero será » este sentimiento como dolor inescusable, y andarán juntas en mi » resolucion la justicia y la paciencia. Ya sabeis la faccion grande » á que nos disponemos: obra será digna de historia conquistar un » imperio á nuestro rey: las fuerzas que veis y las que se irán » juntando, serán proporcionadas al heróico intento. Y Dios, cuya » causa defendemos, va con nosotros, que nos ha mantenido á » fuerza de milagros, y no es posible que desampare una empresa » en que se ha declarado tantas veces por nuestro capitan. Sigámosle pues, y no le desobliguemos. » Y volviendo á decir: « sigámosle y no le desobliguemos, » acabó su oracion, ó porque no halló mas que decir, ó porque lo dijo todo; y dió principio á la marcha, llevando en el oido las aclamaciones de su gente, y teniendo á buen pronóstico aquel contento con que le seguian, aquella casualidad estraordinaria con que se habian multiplicado

sus españoles, y aquel fervor oficioso con que asistian aquellas naciones. Todo lo consideraba como señal oportuna ó como feliz auspicio del suceso; no porque hiciese mucho caso de semejantes observaciones; pero algunas veces se descuida el entendimiento para que se divierta la esperanza con lo que sueña la imaginacion.

## CAPITULO X.

**Marcha el ejército no sin vencer algunas dificultades: previénese de una embajada cautelosa el rey de Tezcuco, de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia.**

Caminó aquel dia el ejército seis leguas, y se alojó al caer del sol en el lugar de Tezmeluca; nombre que significa en su lengua el Encinar. Era poblacion considerable, situada en los confines mejicanos y en la jurisdiccion de Guajocingo, cuyo cacique tuvo suficiente provision para toda la gente, y algunos regalos particulares para los españoles. El dia siguiente se continuó la marcha por tierra enemiga, con todas las advertencias que parecieron necesarias. Tuviéronse algunos avisos de que habia junta de mejicanos en la parte contrapuesta de una montaña, cuyos peñascos y malezas dificultaban por aquella parte la entrada en el camino de Tezcuco; y porque se llegó á este parage algunas horas despues de medio dia, y era de temer la vecindad de la noche para entrar en disputas de tierra quebrada y montuosa, hizo alto el ejército, y se alojó lo mejor que pudo al pie de la misma sierra; donde se previnieron los ranchos de grandes fuegos, que apenas bastaron para que se pudiese resistir sin alguna incomodidad la destemplanza del frio.

Pero al amanecer empezó la gente á subir la cuesta y á penetrar la maleza del monte al paso de la artillería; pero á poco mas de una legua vinieron los batidores con noticia de que tenian los enemigos cerrado el camino con árboles cortados y estacas puntiagudas embebidas en tierra movediza para mancar los caballos, y Hernan Cortés, que no sabia perder las ocasiones de animar á los suyos, dijo en alta voz hácia los españoles: « no parece que desean mucho » estos valientes verse con nosotros, puesto que nos embarazan el » uso de los pies para que tardemos algo mas en venir á las manos. » Y sin detenerse mandó que pasasen á la vanguardia dos mil tlascaltecas á desviar los impedimentos del camino. Lo cual ejecutaron con tanta celeridad, que apenas se pudo conocer la detencion en la retaguardia. Pasaron delante algunas compañías á reconocer los parages donde se podian temer emboscadas, y con el resguardo que pedian aquellos indicios de vecina oposicion, se caminaron dos leguas que faltaban hasta la cumbre.

Descubríase desde lo mas alto la gran laguna de Méjico, y Hernan Cortés acordó á los suyos con esta ocasion lo que allí se habia

padecido sin olvidar las felicidades y riquezas que se poseyeron en aquella ciudad, mezclando entonces los bienes y los males para dar calor á la venganza con los incentivos del interés. Descubríanse tambien algunos humos en las poblaciones distantes que se iban sucediendo con poca intermision; y aunque no se dudó que serian avisos de haberse descubierto el ejército, se continuó la marcha con poco menor dificultad y con el mismo recelo, porque duraban las asperezas del camino y franqueaba poca tierra la espesura del bosque.

Pero vencido este impedimento, se descubrió á largo trecho el ejército enemigo que ocupaba el llano, sin moverse, con señas de aguardar en algun puesto de fácil retirada. Alegráronse los españoles, celebrando como felicidad la prontitud de la ocasion, y sucedió lo mismo á los tlascaltecas, aunque á breve rato se hizo en ellos furor el contento, y fueron necesarias voces de Cortés y diligencias de sus capitanes para que no se desordenasen con el ansia de pelear. Estaban los mejicanos á la otra parte de un barranco grande ó quiebra del terreno que necesariamente se habia de pasar, por donde iba profundando su camino un arroyo que recogia las corrientes de la sierra, y llevaba entonces agua considerable. Tenia por aquella parte una puentecilla de madera para el uso de los pasageros, la cual pudieran haber cortado con facilidad; pero segun lo que se presumió despues, la dejaron de intento para ir deshaciendo á sus enemigos en el paso estrecho; teniendo por imposible que se pudiesen doblar de la otra parte con tanta oposicion. Así lo discurrieron cuando hacian la cuenta lejos del peligro; pero al reconocer el ejército de Cortés, que no habian considerado tan numeroso, cayeron otras especies menos fantásticas sobre su imaginacion. Faltóles el ánimo para mantener aquel puesto, y deseando afectar el valor ó no descubrir el miedo, tomaron resolucion de irse retirando poco á poco sin volver las espaldas, reconociendo al parecer la diferencia que hay entre fuga y retirada.

Dió Hernan Cortés calor á la marcha, y al reconocer el barranco tuvo á gran fortuna que se hubiese desviado el enemigo; porque aun hallado sin resistencia se pasó con dificultad. Dispuso que se adelantasen veinte caballos con algunas compañías de tlascaltecas á entretener la marcha sin entrar en mayor empeño, hasta que pasando el resto de la gente se asegurase la faccion. Pero apenas reconocieron los mejicanos que se iba doblando el ejército á la otra parte de la zanja, cuando perdieron toda su política y se declararon por fugitivos, desuniéndose á buscar atropelladamente las sendas menos holladas ó el refugio de los montes.

No quiso Hernan Cortés detenerse á seguir el alcance, porque le importaba ocupar brevemente á Tezcuco, y cualquiera dilacion se debia mirar como desvío del intento principal; pero se hizo de paso algun daño en los mejicanos que se hallaban escondidos entre la maleza del bosque. Y aquella noche se alojó el ejército en un lu-

gar recien despoblado, tres leguas de Tezcuco, donde se tomó por cuarteles el descanso, dobladas las centinelas y con las armas casi en las manos. Pero el dia siguiente, á poca distancia de este lugar, se reconoció en el camino una tropa de hasta diez indios, al parecer desarmados, que venian á paso largo con señas de mensageros ó fugitivos, y traian levantada en alto una lámina de oro en forma de bandera que se tuvo por insignia de paz. Era el principal de ellos un embajador, por cuyo medio rogaba el rey de Tezcuco á Cortés que no hiciese daño en los pueblos de su dominio, dando á entender que deseaba entrar en su confederacion, á cuyo fin tenia prevenido en su ciudad alojamiento decente para todos los españoles de su ejército, y serian asistidas fuera de los muros con lo que hubiesen menester las naciones que le acompañaban. Examinóle con algunas preguntas Hernan Cortés, y él que no venia mal instruido, respondió á todas sin embarazarse, añadiendo: que su amo estaba ofendido y quejoso del emperador que reinaba entonces en Méjico, porque no habiéndose ajustado á votar por él en su eleccion, trataba de vengarse con algunas estorsiones indignas de su paciencia, para cuya satisfaccion estaba en ánimo de unirse con los españoles, como uno de los interesados en la ruina de aquel tirano.

No dicen nuestros historiadores, ó lo dicen con variedad, si reinaba entonces en Tezcuco el hermano de Cacumatzin, á quien dejamos preso en Méjico por haber conspirado contra Motezuma y contra los españoles. Queda referido como se le dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés; y segun el suceso parece que ya reinaba el desposeido, siendo muy creible que lo dispusiese así el nuevo emperador, mediando en su restitucion la circunstancia de ser enemigo capital de los españoles, á cuya opinion hace algun viso la desconfianza de Cortés, porque apenas recibió la embajada cuando se apartó del embajador para conferir con sus capitanes la respuesta. Pareció á todos poco segura la proposicion, y que no se debia esperar tanto de un príncipe ofendido; pero que supuesta la resolucion que llevaba de ocupar aquella ciudad por fuerza de armas, se podia tener á buena fortuna que les franqueasen la entrada, cuya primera dificultad escusarian admitiendo la oferta; y una vez dentro de los muros, en lo cual se debia llevar la misma cautela que si se acabára de ganar por asalto, se obraria lo que pidiese la ocasion. Así lo determinaron; y Hernan Cortés despachó al enviado, respondiendo á su príncipe que admitia la paz y aceptaba el alojamiento que le ofrecia, deseando corresponder enteramente á la buena inteligencia con que solicitaba su amistad.

Volvió á marchar el ejército, y aquella tarde se alojó en uno de los arrabales de la ciudad, ó village muy cercano á ella, dilatando la entrada para la mañana siguiente, por lograr el dia entero en una faccion que, segun los indicios, no podia caber en pocas horas,

siendo uno de ellos el hallarse desamparado aquel pueblo; y otro de no menor consideracion, el no haberse dejado ver el cacique, ni enviado persona que visitase á Cortes; pero no se oyó rumor de armas, ni se ofreció novedad hasta que al salir del sol se dieron las órdenes y se dispuso el ejército para el asalto, que ya se tenia por inescusable, aunque se conoció poco despues que no era necesario, porque se halló abierta y desarmada la ciudad. Avanzaron algunas tropas á ocupar las puertas, y se hizo la entrada sin resistencia. Pero Hernan Cortés, dispuesto á pelear, fue penetrando las calles sin perder de vista las apariencias de la paz entre los recelos de la guerra, y caminó en la mejor ordenanza que pudo, hasta que saliendo á una gran plaza se dobló con la mayor parte de su gente; y ocupó con el resto las calles del contorno. Los paisanos, cuya muchedumbre se dejó ver algunas veces en el paso, andaban como asombrados, trayendo en el rostro mal encubiertos los achaques del ánimo, y se reparó en que faltaban las mugeres: circunstancias que se daban la mano con los primeros indicios.

Pareció conveniente ocupar el oratorio principal, cuya eminencia dominaba la ciudad, descubriendo la mayor parte de la laguna; y nombró Hernan Cortés para esta faccion á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Bernal Diaz del Castillo, con algunas bocas de fuego y bastante número de tlascaltecas. Pero hallando aquel puesto sin guarnicion, avisaron desde lo alto que se iba escapando mucha gente de la ciudad; unos por tierra en busca de los montes, y otros en canoas la vuelta de Méjico, cuya noticia no dejó que dudar en el engaño del cacique. Mandó Hernan Cortés que le buscasen para traerle á su presencia, y por este medio averiguó que se habia retirado poco antes al ejército de los mejicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que, segun lo que decian aquellos paisanos, era de cortas obligaciones, porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecian su dominio, y se quedaron con pretesto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenia resuelto agasajar á los españoles hasta merecer su confianza, y conseguir su descuido para introducir despues las tropas mejicanas que acabasen con todos ellos en una noche; pero cuando supo de su embajador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratajema: y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dejando su ciudad y sus vasallos á la discrecion de sus enemigos.

Dió la felicidad en este suceso cuanto pudieran la industria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcuco, puesto ventajoso para su plaza de armas y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad: su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada instante la desconfianza ó el recelo: y el descontento de sus vasallos le facilitó el camino de traerlos á su devocion, que cuando se ha de acertar, todo es oportuno; y quizá por esta consideracion se

puso lo afortunado entre los atributos de los capitanes; en cuyas disposiciones obra el valor lo que ordenó la prudencia, y se hallan la prudencia y el valor, sucedido lo que facilitó la felicidad ó la fortuna. Entendió mal ó no entendió la gentilidad este vocablo de la fortuna; dábale su adoracion como á deidad, aunque achacosa, y deslucida con sus ceguedades y mudanzas; pero nosotros conocemos por este mismo nombre las dádivas gratuitas de la divina beneficencia: con que vino á quedar mejor entendida la felicidad, mejor colocada la fortuna, y mejor favorecido el afortunado.

## CAPITULO XI.

**Alojado el ejército en Tezcuco, vienen los nobles á tomar servicio en él: restituye Cortés aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse.**

Puso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasage, tratando solo de ganar aquellos ánimos que ya se debian mirar como rendidos; y pasó esta orden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus cabos, cuya obediencia fue mas reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el ejército en los palacios del rey fugitivo; y eran tan capaces que hallaron bastante alojamiento en ellos los españoles con alguna parte de los tlascaltecas; y los demas se acomodaron en las calles cercanas, fuera de cubierto, por evitar la estorsion de los vecinos.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasage de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entonces habian esperimentado; y propusieron á Cortés, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad: á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro cuanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues llegaron aquellos nobles, en el trage de que solian usar para sus actos públicos, y acaudillados al parecer por un mozo de poca edad y gentil disposicion que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su ejército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas. A que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion sin desazonar el rendimiento. Escuchóle no sin admiracion, Hernan Cortés, y se pagó tanto de su elocuencia y despejo,

sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los escesos del gusto, volvió á componer el semblante para responder menos alborozado á su proposicion.

Fueron llegando los demas, y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian mas principales; y llamando á sus intérpretes averiguó á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenia dispuesto el cacique, por complacer á los mejicanos; el artificio con que ofreció el alojamiento de aquella ciudad á los españoles; la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro; y últimamente, dieron á entender que haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos: punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas; y halló en la respuesta cuanto pudiera fingir su deseo, porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el mas anciano de aquellos nobles: « que Cacumatzin, señor » de Tezcuco, no era dueño propietario de aquella tierra, sino un » tirano el mas horrible que llegó á producir entre sus monstruos » la naturaleza; porque habia muerto violentamente y por sus manos á Nezabal, su hermano mayor, para echarle de la silla, y » arrancar de sus sienes la corona: que aquel príncipe, á quien » habia tocado el hablar por todos, como el primero de los nobles, » era hijo legítimo del rey difunto; pero que su corta edad negoció » el perdon, ó mereció el desprecio del tirano: y él, conociendo el » peligro que le amenazaba, supo esconder su queja con tanta sagacidad, que ya pasaba por falta de espíritu su disimulacion: » que toda esta maldad se habia fraguado y dispuesto con noticia » y asistencias del emperador mejicano que antecedió á Motezuma, » y de nuevo le favorecia el emperador que reinaba entonces, procurando servirse de su alevosía para destruir á los españoles. » Pero que la nobleza de Tezcuco aborrecia mortalmente las violencias de Cacumatzin, y todos sus pueblos tenian por insufrible » su dominio, porque solo trataba de oprimirlos, errando el camino de sujetarlos. »

En este sentir se hizo entender aquel anciano, y apenas lo acabó de percibir Hernan Cortés cuando le ocurrió en un instante lo que debia ejecutar. Acercóse al príncipe desposeido con algo de mayor reverencia, y poniéndole á su lado convocó los demas nobles que aguardaban su resolucion, y les dijo mandando levantar la voz á sus intérpretes: « aquí teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro » legítimo rey. Ese injusto dueño que tiene mal usurpada vuestra » obediencia, empuñó el cetro de Tezcuco, recien teñido en la » sangre de su hermano mayor; y como no es dada la ciencia de » conservar á los tiranos, reinó como se hizo rey, despreciando el

» aborrecimiento por conseguir el temor de sus vasallos, y tratando » como esclavos á los que habian de tolerar su delito; y última- » mente con la vileza de abandonaros en el riesgo, desestimando » vuestra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y puesto en » las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pudiera yo, si no » fueran otras mis obligaciones, servirme de vuestro desamparo, » y recurrir al derecho de la guerra, sujetando esta ciudad que » tengo, como veis, al arbitrio de mis armas; pero los españoles » nos inclinamos dificultosamente á la sinrazon; y no siendo en la » sustancia vuestro rey el que nos hizo la ofensa, ni vosotros debeis » padecer como vasallos suyos, ni este príncipe quedar sin el reino » que le dió la naturaleza; recibidle de mi mano, como le reci- » bísteis del cielo: dadle por mí la obediencia que le debeis por la » sucesion de su padre: suba en vuestros hombros á la silla de sus » mayores: que yo, menos atento á mi conveniencia que á la » equidad y á la justicia, quiero mas su amistad que su reino, » y mas vuestro agradecimiento que vuestra sujecion. »

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se hallaron sin lo que temian; porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad, y otros acudiendo primero á la obligacion natural, se adelantaron á besar la mano á su príncipe. Divulgóse luego esta noticia en la ciudad; y empezaron las voces á manifestar el albozoro del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bailes y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonia que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona; con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente, que si la hubiera conquistado: siendo este uno de los primeros que le dieron nombre de advertido capitan; porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitucion, dejándola irreconciliable con el tirano, de ganar al pueblo con su desinterés y justificacion; y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa ó mas aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel príncipe lo que pedia la razon; porque á vista de lo que importaban las demas conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo menos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

# CAPITULO XII.

**Bautízase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian prevenida los mejicanos.**

Quedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente: la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los mejicanos: volvióse á poblar la ciudad, restituyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes; y aquel príncipe vivia tan dependiente y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de Méjico, pero le consultaba cuanto disponia; y aunque mandaba entre los suyos como rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Seria de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenia capacidad de hombre nacido en tierra menos bárbara, de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo mas seguro, que le puso en esperanzas de reducirle; porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion, tenia por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones fray Bartolomé de Olmedo, y hallándole tan dudoso en el error como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo, cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Trabajábase ya en la obra de los canales, por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad, y este príncipe dió seis ó siete mil indios, vasallos suyos, para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, segun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de Méjico, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztacpalapa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas mejicanas que se acercaban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores; á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun ejercicio á los indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Estaba situada, como dijimos, la ciudad de Iztacpalapa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los españoles, y en tal disposicion que ocupando alguna parte de la tierra quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas,

dentro de la misma laguna, cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid con trescientos españoles, y hasta diez mil tlascaltecas; y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo rey de Tezcuco, no se lo permitió, dándole á entender que seria mas útil su persona en la ciudad; cuyo gobierno militar dejó encargado á Gonzalo de Sandoval, y á los dos, con todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del cuartel, y los demas accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Ejecutóse la marcha por el camino de la tierra, con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictase la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apenas dió vista el ejército á la plaza cuando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres que habian salido á intentar su defensa en la campaña con tanta resolucion, que hallándose inferiores en número, aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente; lo que bastó al parecer para retirarse con alguna reputacion, porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada ni cerrar las puertas desaparecieron arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenia señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su ejército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edificios de la tierra; y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió, con el parecer de sus cabos, mantener aquel puesto y alojarse dentro de los muros sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apenas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, cuando se reparó en que rebosaban por todas partes las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo mas bajo; y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor lo podrian conseguir sin dificultad: riesgo inevitable que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada, en cuya ejecucion se ganaron los instantes, y todavía escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los indios, como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su ejército á la campaña por el camino de Tezcuco, donde pensaba retirarse, dejando para mejor ocasion la empresa de Iztac-

palapa que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel parage á los mejicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad, mojada la gente y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa que no se oyó una desazon entre los soldados; y Hernan Cortés que andaba por los ranchos infundiendo paciencia con su ejemplo, hacia sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desaire de su engaño, ó el escrúpulo de su inadvertencia.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, mas porque necesitaba la gente del ejercicio para entrar en calor, que porque se recelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos que venian siguiendo la huella del ejército. No se dejó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar el enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida, cada cual segun el dolor que mandaba en él ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Hizo alto el ejército y se volvieron las caras cuando pareció conveniente, y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los españoles, que por venir mojada la pólvora no sirvieron las bocas de fuego, y los arcos de los tlascaltecas, detuvieron el primer ímpetu de su ferocidad, y al mismo tiempo cerraron los caballos haciendo lugar á las demas tropas amigas que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Volvió Hernan Cortés á su marcha sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos, porque necesitaba de todo el dia para llegar á su cuartel antes de la noche. Pero los enemigos, tan diligentes en retirarse como en rehacerse, le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian, hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcuco, donde tenian su fuerza principal los españoles, se volvieron á Iztacpalapa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates mas de seis mil indios; y aunque hubo en el ejército de Cortés algunos heridos, faltaron solos dos tlascaltecas y un caballo, que cubierto de flechas y cuchilladas conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Celebró Hernan Cortés y todo su ejército este principio de venganza, como enmienda ó satisfaccion de lo que se habia padecido; y poco antes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad, con tres ó cuatro victorias de paso que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Pero no se puede negar que los mejicanos tenian bien dispuesto

su estratagema : hicieron salida para llamar al enemigo : dejáronse cargar para empeñarle : fingieron que se retiraban para introducirle dentro del riesgo : dejaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar; y tenian mayor ejército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus ejércitos ; y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dejan la ferocidad para las ejecuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco menos que envidia, de lo bien que habian dispuesto su estratagema, por ser estos ardides ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndolos no solo por razonables, sino por justos, particularmente cuando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos, aunque alguna vez puedan llarmarse justos, por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

## CAPITULO XIII.

**Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los mejicanos: encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador mejicano.**

Tenia Hernan Cortés en Tezcuco frecuentes visitas de los caciques y pueblos comarcanos que venian á dar la obediencia y ofrecer sus milicias : súbditos mal tratados y quejosos del emperador mejicano, cuya gente de guerra los oprimia y disfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los cuales llegaron á esta sazon unos mensageros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba, con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un ejército poderoso del enemigo que traia comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa : instancia que pareció, no solo puesta en razon, sino de propia conveniencia, porque importaba mucho que no hiciesen pie los mejicanos en aquel parage, cortando la comunicacion de Tlascala, que se debia mantener en todo caso. Partieron luego á este socorro los capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos españoles, quince caballos y bastante número de tlascaltecas, entre los cuales fueron con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido : permision en que se consideró, que aguardándose nuevas tropas de la república, importaría llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables, trocado el nombre de soldados en el de indios de carga, con el bagage del ejército; y como reguló el peso la codicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento, de lo cual advertidos los mejicanos, que tenian emboscado en los maizales el ejército de la laguna, les acometieron en una de estas mansiones, no solo, al parecer, dara despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus escuadrones, con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente, que apenas hubo tiempo entre recibir el choque y volver las espaldas.

Dejaron muertos seis ó siete tlascaltecas de los que hallaron impedidos y desarmados, pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo; y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atrás aquellos inútiles, cuyo desabrimiento duró hasta que penetrando el ejército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascala, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban, dejando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba; y sabiendo que venian los españoles al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y formando un ejército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que parecieron necesarias, se fueron acercando, puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha. Pero se detuvieron á vista del enemigo los españoles con sosegada resolucion, y los tlascaltecas con mal reprimida inquietud para examinar desde mas cerca el intento de aquella gente. Hallábanse los mejicanos superiores en el número; y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos capitanes despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echaron delante los caballos, cuyo choque horrible siempre á los indios, abrió camino para que los españoles y los tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo; y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fue tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente deshecho el ejército de los mejicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reserváronse para tomar noticias ocho prisioneros que parecian

hombres de cuenta; y aquella noche pasó el ejército á la ciudad, cuyo cacique despues de habér cumplido con su obligacion en el obsequio de los españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente, sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido segun su costumbre al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los chalqueses enemigos de los tlascaltecas, como súbditos del emperador mejicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los chalqueses, que se hallaron obligados á los tlascaltecas, por lo que habian cooperado en su defensa; conociendo al mismo tiempo que para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los españoles en el tratado, y juntos los cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos: obligándose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortés, y los tlascaltecas á traer la ratificacion de su república.

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volvieron Sandoval y Lugo con su ejército á Tezcuco, llevando consigo al cacique de Chalco, y algunos de los indios principales que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcuco esta faccion; y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los cabos de Tlascala; y recibió con el mismo agasajo á los chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luego traer á su presencia los ocho prisioneros mejicanos, y los esperó en medio de sus capitanes, previniéndose para recibirlos de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos, con señas de ánimo abatido, y mal dispuesto á recibir el castigo, que segun su costumbre tenian por irremisible. Mandólos desatar; y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse mas considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta substancia.

« Pudiera segun el estilo de vuestra nacion, y segun aquella es- » pecie de justicia en que hallan su razon las leyes de la guerra, » tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchi- » llo y el fuego para usar con vosotros de la misma inhumanidad » que usais con vuestros prisioneros; pero los españoles no halla- » mos culpa digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su » rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delin- » cuentes: y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra » clemencia, os hago donacion á un tiempo de la vida y de la liber- » tad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe, y de-

» cidle de mi parte, pues sois nobles y debeis observar la ley con » que recibís el beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la » mala guerra que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosa- » mente los pactos con que me dispuse á ejecutarla; y sobre todo, » á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi » enojo. Que me hallo con un ejército en que no solo viene multipli- » cado el número de los españoles invencibles, sino alistadas cuan- » tas naciones aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente » le pienso buscar en su corte con todos los rigores de una » guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de » tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á polvo y ceniza » todos sus dominios, y anegada en la sangre de sus vasa- » llos la memoria de su nombre. Pero si todavía por escusar la » propia ruina y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la paz, » estoy pronto á concedérsela con aquellos partidos que fueren » razonables; porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto » los rayos celestiales, hieren solo donde hallan resistencia, mas » obligadas siempre á los dictámenes de la piedad, que á los im- » pulsos de la venganza. »

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de soldados españoles álos ocho prisioneros, ordenó que se les diese luego embarcacion para que se retirasen por la laguna; y ellos arojándose á sus pies mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta, ni Hernan Cortés hizo esta diligencia, porque le pareciese posible reducir entonces á los mejicanos, sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia : virtud que suele aprovechar á los conquistadores, porque dispone los ánimos de los que se han de sujetar, y amable siempre hasta en los enemigos, ó parece bien á los que tienen uso de razon, ó se hace por lo menos respetar de los que no la conocen.

## CAPITULO XIV.

**Conduce los bergantines á Tezcuco Gonzalo de Sandoval; y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna.**

Llegó en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines, y Martin Lopez avisó á Cortés que trataria luego de su conduccion; porque la república de Tlascala tenia prontos diez mil tamenes ó indios de carga, los ocho mil que parecian necesarios para llevar la tablazon, jarcias, herrage y demas adherentes, y los dos mil que irian de respeto para que se fuesen alternando y sucediendo enel trabajo, sin comprender en este número á los que

se habian de ocupar en el transporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra, con sus cabos que aguardaban esta ocasion para marchar al ejército, con los cuales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascala el convoy de los españoles que habia de salir al camino; porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra mejicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de Méjico, y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el ejército. Encargó luego el convoy á Gonzalo de Sandoval con doscientos españoles, quince caballos y algunas compañías de tlascaltecas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á cualquiera invasion de los mejicanos.

Antonio de Herrera dice que salieron de Tlascala con el maderámen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra: número que de muy inverisímil se pudiera buscar entre las erratas de la impresion. Quince mil dice Bernal Diaz del Castillo : mas fácil es de creer, sobre los que asistian al ejército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los señores ó caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecal, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenia por uno de los primeros capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez, de Tlascala, con ánimo de aguardar el socorro de los españoles en Gualipar, poblacion poco distante de los confines mejicanos. Disonó mucho á Chechimecal esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender aquella conducta de todo el poder mejicano; pero últimamente se redujo á observar las órdenes de Cortés, ponderando como hazaña la obediencia. Dispuso Martin Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagage, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia : con que llegó el caso de verse puesta en ejecucion la rara novedad de conducir bajeles por tierra; los cuales, si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas, que tal vez se hallan en la historia, se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos, entre aquellas hondas que al parecer se formaban de los peñascos y eminencias del camino : admirable invencion de Cortés, que se vió entonces practicada, y al referirse come sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Caminaba entretanto Gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascala, y se detuvo un dia en Zulepeque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de aquellos pobres españoles de la Vera-Cruz que pasaban á Méjico. Llevaba órden para castigar ó reducir de paso esta poblacion; pero apenas volvió el ejército la frente para torcer

la marcha, cuando los vecinos desampararon el lugar huyendo á los montes. Envió Gonzalo de Sandoval tres ó cuatro compañías de tlascaltecas, con algunos españoles en alcance de los fugitivos, y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon que decia: « en esta casa estuvo preso » el sin ventura Juan Yuste con otros muchos de su compañía. » Y se vieron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos españoles maceradas al fuego para defenderlas de la corrupcion: pavoroso espectáculo que conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Escitó entonces la piedad los espíritus de la ira; y Gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella execrable atrocidad con el último rigor; pero apenas se dispuso á ejecutarlo, cuando volvieron las compañías que avanzaron de su órden, con grande número de prisioneros, hombres, mugeres y niños, dejando muertos en el monte á cuantos quisieron escapar ó tardaron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lágrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojáronse todos á los pies de los españoles, y tardaron poco en merecer su compasion. Hízose rogar de los suyos Gonzalo de Sandoval para encarecer el perdon; y últimamente los mandó desatar, y los dejó en la obediencia del rey, á que se obligaron con el cacique los mas principales por toda la poblacion, como lo cumplieron despues, hiciéselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luego recoger aquellos despojos miserables de los españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su ejército, llegando á los términos de Tlascala, sin accidente de consideracion. Salieron á recibirle Martin Lopez, y Chechimecal con sus tlascaltecas puestos en escuadron. Saludáronse los dos ejércitos, primero con el regocijo de la salva y de las voces, y despues con los brazos y cortesías particulares. Diéronse al descanso de los recien venidos las horas que parecieron necesarias, y cuando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha Gonzalo de Sandoval, dando á los españoles y tlascaltecas de su cargo la vanguardia, y el cuerpo del ejército á los tamenes con alguna guarnicion por los costados, dejando á Chechimecal con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto mas avanzado, con tanta destemplanza que se temió su retirada, y fue necesario que pasase Gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado era el mejor del ejército, por ser el mas aventurado, respecto de lo que se debia recelar, que los mejicanos acometiesen por las espaldas; pero él no se dió por convencido, antes le respondió, que así como en el asalto de Méjico habia de ser el primero que pusiese los pies dentro de sus muros, queria ir siempre delante para dar ejemplo á los demas; y se halló Sandoval obligado á quedarse con él para dar estimacion á la retaguardia: notable punto de

vanidad, y uno de aquellos que suelen producir graves inconvenientes en los ejércitos; porque la primera obligacion del soldado es la obediencia: y bien entendido, el valor tiene sus límites razonables, que inducen siempre á dejarse hallar de la ocasion, pero nunca obligan á pretender el peligro.

Marchó el ejército en su primera ordenanza por la tierra enemiga; y aunque los mejicanos se dejaron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atrevieron á intentar faccion, ó tuvieron por bastante hazaña el ofender con las voces.

Hízose alto poco antes de llegar á Tezcuco por complacer á Chechimecal, que pidió algun tiempo á Gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas; y ordenó lo mismo á sus cabos, diciendo que aquel acto de acercarse á la ocasion, se debia tratar como fiesta entre los soldados: esterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortés fuera de la ciudad con el rey de Tezcuco y todos sus capitanes, este socorro tan deseado; y despues de cumplir con los primeros agasajos, y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda solemnidad, marchando en hileras los tamenes como los soldados. Ibanse acomodando la tablazon, el herrage y demas géneros, con distincion, en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegróse todo el ejército de ver puesta en salvamento aquella prevencion, tan necesaria para tomar de veras la empresa de Méjico, que igualmente se deseaba: y Hernan Cortés volvió su corazon al cielo, que premiaba su piedad y su intencion, con esperanzas ó poco menos que certidumbre de la victoria.

Trató luego Martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se le dieron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas y demas oficios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortés, que segun el informe de los maestros, serian menester mas de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera, observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de Méjico, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á sus capitanes; y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á ejecutarla, encargando á Gonzalo de Sandoval el gobierno de Tezcuco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallábale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba se conoce la estimacion que hacia de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los capitanes y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecal, y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso: « que los hombres como él, nacidos para la » guerra, se hallaban mal en el ocio de los cuarteles, particular- » mente cuando se habian pasado cinco dias sin ocasion de sacar la

» espada; y que su gente venia de refresco, y deseaba dejarse ver » de los enemigos; á cuya instancia y la de su propio ardimiento, » le suplicaba encarecidamente, que le señalase luego alguna fac- » cion en que pudiese manifestar sus brios y entretenerse con los » mejicanos, mientras llegaba el caso de acabar con ellos en el » asalto de su ciudad. » Pensaba Hernan Cortés llevarle consigo, pero no le agradó aquella jactancia intempestiva; y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de ironía: « que no solamente le tenia » prevenida faccion de importancia, en que pudiese dar algun alivio » á su bizarría, pero estaba en ánimo de acompañarle para ser » testigo de sus hazañas. » Cansábase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dejó de conocer que aquellos arrojamientos del espíritu eran ardores juveniles, propios de su edad, y vicio frecuente de soldados bisoños, que salieron bien de las primeras ocasiones, y á pocas esperiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía, y á la valentía como profesion.

## CAPITULO XV.

**Marcha Hernan Cortés á Yaltocan (1), donde halla resistencia; y vencida esta dificultad, pasa con su ejército á Tácuba; y despues de romper á los mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada.**

Pareció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocan, lugar situado á cinco leguas de Tezcuco, en una de las lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores; porque habiéndoles ofrecido la paz, llamándolos á la obediencia pocos dias antes, respondieron con grande desacato hiriendo y maltratando á los mensageros: escarmiento en que iba considerada la consecuencia para las demas poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortés á esta espedicion, despues de oir misa con todos los españoles, dando su particular instruccion á Gonzalo de Sandoval, y sus amigables advertencias al rey de Tezcuco, á Xicotencal y á los demas cabos de las naciones que dejaba en la ciudad. Llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóval de Olid con doscientos y cincuenta españoles y veinte caballos: una compañía que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcuco: y á Chechimecal con sus quince mil tlascaltecas, á que se agregaron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencal; y habiendo caminado poco mas de cuatro leguas, se descubrió un ejército de mejicanos, puesto en batalla, y dividido en grandes escuadrones, con resolucion al parecer de intentar en campaña la defensa del lugar

(1) Xaltocam.

amenazado. Pero á la primera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desórden, y se dió lugar para que cerrando el ejército, fuesen rotos y deshechos los enemigos con tanta brevedad, que apenas se pudo conocer su resistencia. Escaparon los mas á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocan, dejando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitieron luego á Tezcuco.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el ejército á ocupar unas caserías cercanas, donde se pasó la noche sin novedad; y á la mañana se halló mayor que se creia la dificultad de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se comunicaba con la tierra por una calzada ó puente de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los mejicanos que asistian á la defensa de aquel puesto, rompieron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formaron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso poco menos que imposible, ó posible solo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortés con ánimo de llevarse aquella poblacion del primer abordo; y cuando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las irrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le redujeron á que no era posible dejar el empeño sin desaire conocido.

Trataba ya de facilitar el paso con tierra y fagina, cuando uno de los indios que vinieron de Tezcuco le dijo, que poco mas adelante habia una eminencia, donde apenas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiase, y movió su gente hasta el parage señalado. Hízose luego la esperiencia, y se halló mas agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañías de hasta cincuenta ó sesenta españoles, con el número de indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se habia descubierto, y se quedó á la lengua del agua con el ejército puesto en batalla, para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campaña contra las invasiones de los mejicanos.

Reconocieron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir; y se acercaron á defender el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos y dando que hacer y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad que dejó descubierto la inundacion; y apenas salieron á tierra las bocas de fuego que iban delante, cuando se retiraron los enemigos al lugar; y en el breve tiempo que tardó en afirmar los pies el resto de la gente, le desampararon, arrojándose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fue corto el pillage, aunque se permitió como parte del castigo, porque solo se halló en las

casas lo que no pudieron retirar; pero todavía se transportaron al ejército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas y algunas joyuelas de oro, que no merecieron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los capitanes órden para ocupar el pueblo, sino para castigar á sus moradores; y así esperando lo que pareció bastante para mantener la faccion, repasaron el foso por el mismo parage, dejando entregados al fuego los adoratorios, con algunos edificios de los mas principales : resolucion que aprobó Hernan Cortés, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demas lugares.

Prosiguióse la marcha, y aquella noche se alojó el ejército cerca de Colbatitlan, villa considerable que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo término se dejaron ver los mejicanos; pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en Tenayuca, y despues en Escapuzalco, lugares de la ribera y de gran poblacion, que se hallaron tambien desamparados. En ambos se hizo noche, y Hernan Cortés iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender que solo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de allí poco mas de media legua la ciudad de Tácuba, émula de Tezcuco en la grandeza y en la vecindad, situada en los estremos de la calzada principal, donde padecieron tanto los españoles; y puesto de mucha consideracion, por ser el mas vecino á Méjico entre los lugares de la laguna, y llave del camino que necesariamente se habia de penetrar para el sitio de aquella corte. Pero no se iba entonces con ánimo de ocuparle, por quedar algo distante para recibir los socorros de Tezcuco, sino á reconocerle y considerar desde mas cerca lo que se debia prevenir ó recelar, castigando en el cacique la ofensa pasada, cuyo escarmiento seria tambien de consecuencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Fuese acercando el ejército prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad; y poco antes de llegar se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los mejicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad : los cuales no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantáronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus escuadrones, y acometieron con tanta ferocidad y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado, si no estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces, que siempre los espantaban mas que los ofendian, y despues en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del ejército para que rota la vanguardia penetrase á lo interior de la multitud, obligándolos á resistir como podian, desunidos y turbados, cuya obstinacion dilató

considerable tiempo la victoria; pero últimamente volvieron por todas partes las espaldas, retirándose los mas á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que restaba del dia en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana se dejó ver el ejército enemigo en el mismo parage, con ánimo de volver á las armas para enmendar el desaire padecido; y Hernan Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los españoles, y alguna parte de los indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que acercándose la noche retiró su gente al mismo parage donde tuvo antes su alojamiento; concediendo á los soldados que llevó consigo, el saco de las casas que se habian ocupado, y dejándolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y ejecutar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortés á vista de Tácuba, manteniendo aquel puesto donde le buscaba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza; y conociendo ya en su flojedad la falta de gente, llegó el caso de mover el ejército para el asalto. Pero al tomar los puestos y repartir las órdenes para los ataques, se reconoció que venia marchando por la calzada un grueso considerable de mejicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empresa de Tácuba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos cuando acabasen de salir á tierra y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos mejicanos traian órden, y dicen que fue arbitrio de su mismo emperador Guatimozin, para echar delante alguna gente, que dejándose cargar, cebase á los españoles en el alcance, y los procurase introducir en la calzada; lo cual ejecutaron con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblándose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dejó parte de su ejército para que le guardase las espaldas contra la gente de Tácuba, y marchó á la calzada, suponiendo que podria fácilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad. Pero los que habian salido á tierra sin aguardar la carga, huyeron á incorporarse con los demas, y todos se fueron retirando, al parecer temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dejándose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion, porque no estaba lejos el suceso

de Iztacpalapa, ni podia ignorar que aquellos indios tenian sus fugas artificiosas, con que solian llamar á sus celadas; pero la repeticion de sus victorias, peligro algunas veces de los vencedores, no le dejó distinguir entonces aquellas circunstancias, en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos (1).

Repararonse los enemigos, y empezaron á pelear cuando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada; y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de Méjico innumerables canoas que ciñeron por ambas partes la calzada, con que se hallaron brevemente los españoles combatidos por la vanguardia y por los dos costados; y conociendo aunque tarde su inadvertencia, fue necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Traian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas españolas, que adquirieron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera, porque al tiempo que duraba mas encendido el combate, cayó en el lago de un bote de pica el alferez Juan Volante, y abatiéndose á la presa los indios que se hallaron mas cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su rey. Dejóse conducir fingiéndose rendido; y al verse algo distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado con su bandera con igual dicha que valor.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dejando bastantemente vengado el ardid con que le llamaron á la calzada, porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallándose ya en conocimiento de que seria temeridad volver al empeño de Tacuba con aquella nueva oposicion de los mejicanos, que todavía se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcuco, y con parecer de sus capitanes, lo puso luego en ejecucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del ejército los animó á seguir desde lejos, contentándose con dar al viento grandes alaridos; á cuya inútil fatiga se redujo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los mejicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel parage que despues se habia de ocupar. Y por mas que la procure deslucir nuestro historiador, fue de tanta consecuencia para el intento principal, que apenas llegó Hernan Cortés á Tezcuco, cuando vinieron rendidos á dar la obediencia y ofrecer sus tropas militares, los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Au-

(1) La estratagema militar tan usada por los indios como conocida de Cortés, hace menos disculpable la imprevision de este capitan.

tlan (1) y otros pueblos de la ribera Septentrional: bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

## CAPITULO XVI.

**Viene á Tezcuco nuevo socorro de españoles: sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco; rompe dos veces á los mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque (2) y á Capistlan (3).**

La prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano, tan medidos con la necesidad y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera-Cruz un navío de mas que mediano porte que venia dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de tesorero por el rey: fray Pedro Melgarejo de Urrea, religioso de la órden de San Francisco, natural de Sevilla: Antonio de Caravajal: Gerónimo Ruiz de la Mota: Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasaron luego á Tlascala con las municiones sobre hombros de indios zempoales, y allí se les dió convoy que los encaminase á Tezcuco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice, que vino de Castilla este bajel; y Antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quién le remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla, encaminado á Cortés, sin traer cartas de su padre y de sus procuradores, particularmente cuando podian avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias; cuya noticia, segun estos autores, recibió mucho despues. Con menos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la isla de Santo Domingo; á cuyos gobernadores, como se dijo en su lugar, se dió noticia del empeño en que se hallaba Cortés; y no es argumento de que se induce lo contrario, el venir tesorero del rey: pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su magestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernan Cortés dejó de acertar con el orígen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente

(1) Pueden ser *Tizapan*, *Mexicalzingo* y *Naucalpan*.
(2) *Huastepec*.
(3) Tal vez *Guautithlan*.

la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vígor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia en su valor natural, la estrañaba como efecto de influencia superior.

Llegaron á esta sazon unos mensageros en diligencia, despachados á Cortés por los caciques de Chalco y Tamanalco, pidiéndole socorro contra un ejército del enemigo, que se quedaba previniendo en Méjico para sujetar los lugares de su distrito, que se conservaban en la devocion de los españoles. Tenia Guatimozin ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelábase continuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos; y habia discurrido en ocupar aquella frontera, para cerrar la comunicacion de Tlascala, y cortar los socorros de la Vera-Cruz: punto de tanta consecuencia, que puso á Hernan Cortés en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados, sobre cuya fé se mantenia libre de mejicanos el paso de que mas necesitaba. Despachó luego con este socorro á Gonzalo de Sandoval con trescientos españoles, veinte caballos, y algunas compañías de Tlascala y Tezcuco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Ejecutóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia, con que llegó á tiempo el socorro; y los caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que llevó Sandoval, formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo que se alojó la noche antes en Guastepeque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegase á penetrar los términos de Chalco. Pero los mejicanos con bastante satisfaccion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado españoles en defensa de los chalqueses, ocuparon anticipadamente unas barrancas ó quiebras del camino para esperar en parage donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer, y fue necesaria toda la resolucion de Gonzalo de Sandoval y todo el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos: faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida, porque murió peleando valerosamente un soldado español que se llamaba Juan Dominguez, sugeto que merecia la estimacion del ejército por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdieron gente los mejicanos en esta disputa; pero quedaron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano; y Gonzalo de Sandoval, vencido con poca detencion el impedimento del camino, volvió á cerrar con ellos tan ejecutivamente, que los tuvo rotos y deshechos antes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion; y pudiera llamarse batalla este combate si durara un poco mas su resistencia; pero desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcance, que se mandó seguir con toda ejecucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó Gonzalo de Sandoval señor de

la campaña, y eligió puesto donde hacer alto para dar algun tiempo al descanso del ejército, con ánimo de pasar antes de la noche á Guastepeque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

Pero apenas se pudieron lograr la quietud y el refresco de la gente de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, cuando los batidores que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volvieron tocando arma tan vivamente, que fue necesario apresurar la formacion del ejército. Venia marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil mejicanos, y tan cerca que tardaron poco en dejarse percibir sus timbales y bocinas. Tuviéronse por tropas que venian de socorro á los que salieron delante, porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabaron de romper; ni cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las espaldas. Pero los españoles se adelantaron á recibirlos, y dieron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las primeras tropas pudieron cerrar sin riesgo los caballos y acometer los demas como solian, ejecutando á los enemigos con tanto rigor, que se hallaron brevemente reducidos á volver las espaldas recogiéndose de tropel á Guastepeque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los españoles, siguieron y ensangrentaron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él se hallaron dentro de la poblacion, cuya entrada mantuvieron, hasta que llegando el ejército se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Murieron muchos porque fue porfiada su resistencia, y salieron tan atemorizados que se halló á breve rato despejada toda la tierra del contorno.

Era tan capaz este pueblo, que resolviendo Gonzalo de Sandoval pasar en él la noche, tuvieron cubierto los españoles y mucha parte de los aliados : hízoze mas festiva la victoria con la permision del pillage, concedida solamente para las cosas de precio que no fuesen carga ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el cacique y algunos de los vecinos mas principales que dieron la obediencia, disculpándose con la opresion de los mejicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Hallaron agasajo y seguridad en los españoles; y poco despues de amanecer, reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus capitanes, la retirada. Pero los chalqueses, que tenian mas adelantada la diligencia de sus espías, recibieron aviso de que se iban juntando en Capistlan todos los mejicanos de las rotas antecedentes, y le protestaron que seria el retirarse lo mismo que dejar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugitivos antes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Distaba Capistlan dos leguas de Guastepeque hácia la parte de Méjico, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo mas eminente

de una sierra difícil de penetrar, con un rio de la otra banda que, bajando rápidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse cuando llegó el ejército puesto en defensa; porque los mejicanos que le habian ocupado tenian coronada la cumbre; y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, dispararon algunas flechas, menos para herir que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dejar sin recelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad; y viendo que solo se descubrian otros caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascala que pasasen á la vanguardia y empezasen á subir la cuesta como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedecieron con la prontitud que solian, confesando, con lo mal que se disponian, que recelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto que Gonzalo de Sandoval, no sin alguna impaciencia de su detencion, se arrojó al peligro con sus españoles, cuya resolucion dió tanto aliento á los tlascaltecas y chalqueses que, conociendo á vista del ejemplo la disonancia de su temor, cerraron por lo mas agrio de la cuesta, subiendo mejor que los españoles y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies; y las piedras que dejaban caer de lo alto herian mas que los dardos y la flechas, pero las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas; y durando en los agresores el valor á despecho de la oposicion y del cansancio, llegaron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabaron de retraer á la poblacion, tan descaecidos que apenas se dispusieron á defenderla, ó la defendieron con tanta flojedad, que fueron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde murieron pasados á cuchillo todos los que no se despeñaron; y fue tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que segun lo hallamos referido afirmativamente, corrieron al rio por un rato arroyos de sangre mejicana tan abundantes, que bajando sedientos los españoles á buscar su corriente, fue necesario que aguardase la sed, ó se compusiesen con el horror del refrigerio.

Salió Gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos españoles: entre los cuales fueron de mas nombre, ó merecieron ser nombrados Andres de Tapia y Hernando de Osma. Las naciones amigas padecieron mas, porque tuvo gran dificultad el asalto de la sierra, y entraron con mayor precipitacion en el peligro.

Pero hallándose ya Gonzalo de Sandoval con tres ó cuatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los mejicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcuco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradiccion que le obligase á desnudar la espada.

Apenas se tuvo en Méjico noticia de su retirada, cuando aquel

emperador envió nuevo ejército contra la provincia de Chalco; bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascala. Supieron los chalqueses la nueva invasion de los mejicanos en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas; y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban y las que pudieron adquirir de su confederacion, salieron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo y en la disposicion de la gente. Buscáronse los dos ejércitos, y acometiéndose con igual resolucion, fue reñida y sangrienta la batalla; pero la ganaron con grandes ventajas los de Chalco, y aunque perdieron mucha gente hicieron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña, cuya noticia tuvo grande aplauso en Tezcuco, y Hernan Cortés particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que pelearon, siendo en aquellos ánimos de gran consecuencia el haberse hallado en otras victorias, perdido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los españoles el secreto de que sabian huir los mejicanos.

## CAPITULO XVII.

**Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque.**

Quisiera Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchimilco (1) á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepeque; porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz que se daba la mano con las principales de Méjico. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese una nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia: resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascala dando calor á los chalqueses, que al parecer no estaban seguros de nuevas invasiones. Ejecutóse luego esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Andres de Tapia y Julian de Alderete con trescientos españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcuco y Tlascala que parecieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al

(1) *Xochimilco.* La primera sílaba de este nombre, suplida por los españoles con la sílaba *Su*, declara aproximadamente la pronunciacion de la *X* entre los indios, y confirma lo dicho en otra nota sobre lo mismo.

cacique de Chalco y á las demas naciones amigas de aquel parage.

Dejó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al cacique don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia; y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á mas briosa ocupacion, tenia entendimiento para conocer que merecia mas obedeciendo.

Eran los cinco de abril de mil quinientos veinte y uno cuando salió Hernan Cortés de Tezcuco, y hallando el camino sin rumor de mejicanos, marchó en tanta diligencia que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los caciques amigos, porque no esperaban el socorro de los españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchimilco nuevo ejército de los mejicanos que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento iguales al conflicto en que se hallaban: arrojarse á los pies de los españoles y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dejándolos en la inteligencia de que venia solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido; y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria.

Tenian estos caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del pais enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del ejército enemigo; y por este medio se averiguó que los mejicanos, con noticia ya de que iban españoles al socorro de Chalco, habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion: ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retirase Cortés para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia mas probable, aguardar el ejército donde militaban de su parte las ventajas del sitio; y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones por no perder tiempo en el viaje de Suchimilco.

Marchó con esta resolucion el ejército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa y de buena calidad que dió cuerpo al ejército y aliento á las demas naciones, que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dejaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dejáronse ver en una y otra cumbre algunos mejicanos que venian á provocar desde lejos; y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvío de las sierras para volverse á estrechar poco despues, donde

se dobló el ejército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo mas eminente una gran fortaleza, cuyo parage tenian ocupado los enemigos con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto menos ventajoso. Era su intento irritar á los españoles para traerlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia y en la resistencia del camino.

Hirieron dentro del ánimo á Cortés las voces con que se burlaban de su detencion; ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para sufrir las injurias con que acusaban de cobardes á los españoles; y dejándose llevar de la cólera que pocas veces aconseja lo mejor, acercó el ejército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda menos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañías de arcabuces y ballestas á cargo del capitan Pedro de Barba, en cuya compañía subieron algunos soldados particulares que se ofrecieron á la faccion; y nuestro Bernal Diaz del Castillo que teniendo asentado el crédito de su valor, era contínuo pretendiente de las dificultades.

Retiráronse los mejicanos cuando empezaron á subir los españoles, fingiendo alguna turbacion para dejarlos empeñar en lo mas agrio de la cuesta; y cuando llegó el caso volvieron á salir con mayores gritos, dejando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras y peñascos enteros que barrian el camino, llevandose tras sí cuanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga; y fuera mayor si el alferez Cristóbal del Corral y Bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiéndose al cóncavo de una peña, no avisaran á los demas que hiciesen alto y se apartasen de la senda, porque ya no era posible pasar adelante sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortés que no era posible caminar por aquella parte al asalto; y no sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la órden para que se retirasen, como lo ejecutaron con el mismo riesgo. Quedaron muertos en esta faccion cuatro españoles : bajó maltratado el capitan Pedro de Barba, y fueron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortés en lo interior como inadvertencia suya : y para los otros como accidente de la guerra, escondiendo en las amenazas contra el enemigo la tibieza de sus disculpas.

Trató luego de adelantarse con algunos de sus capitanes á buscar senda menos dificultosa para subir á la cumbre : resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida y la conveniencia de no proseguir su viaje dejando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en ejecucion esta diligencia porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada que le puso mas cerca la ocasion de venir á las manos. Bajaron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda, y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia cuando viesen el ejército mas empeñado en lo pendiente de la

cuesta, y tenian avisados á los de arriba para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia: notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce cuánto enseña la malicia y el odio con estos magisterios de la guerra.

Movió su ejército Hernan Cortés con apariencias de seguir su marcha, y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos cuando á su parecer los tuvo asegurados; pero escaparon con tanta celeridad al favor de la maleza, que fue poco el daño que recibieron; y reconociéndose al mismo tiempo que algo mas adelante salian huyendo al camino de Guastepeque, avanzó la caballería en su alcance y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los mejicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra; con que cesó el inconveniente que se habia considerado en dejarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino sin mas ofensa que la importunacion de las voces, hasta que se halló, cosa de legua y media mas adelante, otra ortaleza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiéndose adelantado para ocuparla; y aunque sus gritos y amenazas irritaron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputas sin mayor exámen.

Alojó su ejército cerca de un lugarcillo algo eminente que se halló despoblado y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se hallaron á poca distancia; y Hernan Cortés ordenando que le siguiese puesto en órden el ejército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupaban los mejicanos, y la halló mas inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol descubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia que tenian sin guarnicion, mandó á los capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba y al tesorero Julian de Alderete, que subiesen á ocuparla con las bócas de fuego para embarazar las defensas de la otra cumbre: lo cual se puso luego en ejecucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron solo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion que se daba la mano con la misma fortaleza; cuya novedad se conoció abajo en la intermision de las voces: y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los mejicanos abandonaban su fortaleza y se iban desviando á lo interior de la tierra; con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto que no se habia de conservar, ni era de consecuencia faltando el enemigo que le defendia.

Pero antes de volver á la marcha se descubrieron en lo alto algunas mugeres que clamaron por la paz, tremolando y abatiendo

unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta bajó luego el cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia no solamente por la fortaleza en que residia, sino por la otra que se dejaba en camino, la cual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hombre que tenia de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los mejicanos, y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentia el cacique como disfavor que pasase por su distrito el ejército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle fue necesario que subiesen con él dos compañías de españoles á tomar por el rey aquel género de posesion que se practicaba entonces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el ejército á Guastepeque; lugar populoso que dejó pacificado Gonzalo de Sandoval; y se halló tan poblado y bastecido, como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los mejicanos.

Salió el cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia y con el alojamiento que tenia prevenido en su palacio para los españoles, y dentro de la poblacion para los cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demas con los víveres que hubiesen menester, y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Era el palacio un edificio tan suntuoso que pudiera competir con los de Motezuma; y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los españoles con bastante desahogo. Por la mañana los llevó á ver una huerta que tenia para su divertimiento, nada inferior á la que se halló en Iztacpalapa, cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entonces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su longitud mas de media legua: y poco menos su latitud, cuyo plano, igual por todas partes, llenaba con regular distribucion cuantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques donde se recogian las aguas de los montes vecinos; y algunos espacios á manera de jardines que ocupaban las flores y yerbas medicinales puestas en diferentes cuadros de mejor cultura y proporcion: obra de hombre poderoso con genio de agricultor, que ponia todo su estudio en aliñar, con los adornos del arte, la hermosura de la naturaleza.

Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad; y porque recibió al entrar en la huerta aviso de que le aguardaban los enemigos en Quatlabaca (1), lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luego en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido

(1) O Cuernabaca: su verdadero nombre era *Quaunahuac*.

mas que debiera: propia condicion del cuidado divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

## CAPITULO XVIII.

**Pasa el ejército á Quatlabaca, donde se rompió de nuevo á los mejicanos; y despues á Suchimilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.**

Era Quatlabaca lugar populoso y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaría de ocho estados, y servia de foso á la poblacion y de tránsito á los arroyos que bajaban de la sierra. Llegó el ejército á este paraje, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; y ya tenian los mejicanos cortadas las puentes de la entrada y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su ejército en distancia conveniente; y entre tanto que los españoles, con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas, procuraban entretener al enemigo con frecuentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra; y hallándola poco mas abajo considerablemente mas estrecha discurrió y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros cortados por el pie, los cuales se dejaron caer á la otra orilla, y unidos lo mejor que fue posible, dieron bastante, aunque peligroso camino, á la infantería. Pasaron luego los españoles de la vanguardia, quedando los tlascaltecas á continuar la diversion del enemigo, y se formó un escuadron del foso adentro que se iba engrosando por instantes con la gente de las otras naciones. Pero tardaron poco los mejicanos en conocer su descuido, y cargaron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido; y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, si no llegaran al mismo tiempo Hernan Cortés, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andres de Tapia, que habiéndose alargado mientras pasaba el ejército á buscar entrada para los caballos, la encontraron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los españoles.

Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas y lo consiguieron asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejándose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguiéronle algunos españoles de los que asistian á la diversion, y número considerable de indios, llegando unos y otros á in-

corporarse con los caballos al mismo tiempo que se disponian para embestir.

Pero los mejicanos, reconociendo el golpe que les amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se dieron por perdidos; y derramándose á varias partes, trataron solo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdieron alguna gente, así en la defensa del foso como en la turbacion de la fuga, y los demas se pusieron en salvo sin recibir mayor daño, porque los precipicios y asperezas del terreno frustraron la ejecucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos y algun despojo, en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llamaron desde la campaña al cacique, y los principales de la poblacion que venian á rendirse, pidiendo, con el foso delante, seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento; cuya permision se les dió por medio de los intérpretes: y fueron de servicio, mas para tomar noticia del enemigo y de la tierra, que porque se necesitase ya de sus ofertas ni se hiciese mucho caso de sus disculpas; porque la cercanía de Méjico los tenia en necesaria sujecion.

El dia siguiente por la mañana marchó el ejército la vuelta de Suchimilco; poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad, sobre la ribera de una laguna dulce que se comunicaba con el lago mayor, cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo mas dentro del agua donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto por estar cuatro leguas de Méjico; pero fue trabajosa la marcha, porque despues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra estéril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el ejercicio y con el calor del sol, cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Halláronse cerca del camino algunas estancias ó caserías ya en la jurisdiccion de Suchimilco, edificadas á la grangería ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el ejército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba. Dejólas el enemigo abandonadas para esperar á los españoles en puesto de mayor seguridad; y Hernan Cortés marchó al amanecer puesta en órden su gente, llevando entendido que no seria fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los mejicanos dejasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchimilco, lugar de tanta consecuencia y tan avanzado; particularmente cuando iban cargados hácia el mismo parage todos los fugitivos de los reencuentros pasados: lo cual se verificó brevemente; porque los enemigos, cuyo número pudo ser verdadero, pero se omite por inverisímil, tenian formados sus escuadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso que bajaba rápidamente á descansar en la laguna; cuya ribera estaba guarnecida con dupli-

cadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dejaron de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagina, suponiendo que si la perdiesen quedarian con el paso estrecho de su parte, para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera, y entretanto que se peleaba, con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los españoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion, cuya pérdida desalentó á los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga solicitada ya por los capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, deseando lograr el desabrigo de la otra ribera, se arrojaron al agua diferentes compañías de Tlascala y Tezcuco, y rompiendo á nado la corriente, se anticiparon á unirse con el ejército. Esperaban ya los enemigos, puestos en órden, cerca de la muralla; pero al primer avance de los españoles empezaron á retroceder, provocando siempre con las voces y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan ejecutivamente, que al primer choque se reconoció cuán cerca estaban del miedo las afectaciones de valor. Fuéronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente; y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas y á las provocaciones.

Dejó Hernan Cortés parte de su ejército en la campaña para cubrir la retirada y embarazar las invasiones de afuera, y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto, señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles inmediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza. Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada, porque se arrojó entre la muchedumbre con mas ardimiento que advertencia, y se halló solo con el enemigo por todas partes cuando quiso volver al socorro de los suyos. Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse, porque se abalanzaron á él los que se hallaron mas cerca: y antes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco menos que rendido, siendo entonces su mayor defensa lo que interesaban aquellos mejicanos en llevarle vivo á su príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor que se llamaba Cris-

tóbal de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su general, convocó algunos tlascaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus mismas manos á los que mas inmediatamente oprimian á Cortés, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad : con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua quedaron por los españoles todas las calles de la tierra.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y Cristóbal de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un tlascalteca, de quien ni antes se tenia conocimiento, ni despues se tuvo noticia, y deja el suceso en reputacion de milagro; pero Bernal Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á Cristóbal de Olea; y los de su linage, dejando á Dios lo que le toca, tendrán alguna disculpa si dieren mas crédito á lo que fué que á lo que se presumió.

No estuvo, entre tanto que se peleaba en la ciudad, sin ejercicio el trozo que se dejó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andres de Tapia; porque los nobles de Méjico hicieron un esfuerzo estraordinario para reforzar la guarnicion de Suchimilco, cuya defensa tenia cuidadoso á su príncipe Guatimozin; y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena calidad, salieron á tierra por diferente parage con noticia de que los españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas : pero fueron descubiertos y cargados con toda resolucion, hasta que últimamente volvieron á buscar sus embarcaciones, dejando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian capitanes de reputacion; y fue tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres cabos, y número considerable de soldados españoles y tlascaltecas.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra, y poniendo suficiente guardia en los surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su ejército en unos grandes patios, cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla bastante á resistir las armas de los mejicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio, y hallándole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, así del agua como de la tierra, con un cabo que atendiese á mudar las centinelas y cuidase de su vigilancia : prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de la tarde bajó noticia de que se ha-

bian descubierto á la parte de Méjico mas de dos mil canoas reforzadas que se venian acercando á todo remo, con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros, y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fue á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los muros, elijiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, y dejando buena parte de su ejército á la defensa del alojamiento. Diéronse vista los dos ejércitos, y fue de los mejicanos el primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demas con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto rigor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo mas de alcance que de victoria.

Cuatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchimilco para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos, porque la vecindad facilitaba los socorros de Méjico; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el recelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en ejecucion como estaba resuelta, sin que cesase la persecucion de los enemigos, porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha; cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida, reconocer á Suchimilco, puesto de consecuencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de Méjico. Pero en lo interior, venia desazonado y melancólico de haber perdido en esta jornada nueve ó diez españoles: porque sobre los que murieron en el primer asalto de la montaña, le llevaron tres ó cuatro en Suchimilco que se alargaron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada por haberse apartado inadvertidamente del ejército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos; cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, cuando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion, pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion trataba solo de prevenir las quejas del valor, dejando para despues los remordimientos de la prudencia.

# CAPITULO XIX.

**Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos españoles que intentaron matar á Hernan Cortés; y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos tlascaltecas.**

Estaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Ibanse adelantando las demas prevenciones que parecian necesarias. Hízose abundante provision de armas para los indios: registráronse los almacenes de las municiones: requirióse la artillería: dióse aviso á los caciques amigos, señalándoles el dia en que se debian presentar con sus tropas; y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interés de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede muchas veces de faltas ligeras, y pide prolijidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traía la imaginacion ocupada en estas dependencias; se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en ejercicio su valor, y dejó desagraviada su cordura. Díjole un español de los antiguos en el ejército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente; y conseguida su audiencia como lo pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto, en el tiempo de su ausencia, contra su vida y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamábase Antonio de Villafaña, y fue su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella conquista, repitiendo que no querian perderse por su temeridad; y hablando en escapar á la isla de Cuba, como en negocio de fácil ejecucion segun el dictámen de sus cortas obligaciones. Juntáronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascala con alguna órden supuesta de su general, tropezaban luego en el inconveniente de tocar en la Vera-Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo; ni escusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallábanse atajados, y volvian al tema de su retirada

sin elegir el camino de conseguirla, firmes en la resolucion y poco atentos al desabrigo de los medios.

Pero Antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurrir á todo, matando á Cortés y á sus principales consejeros para elegir otro general á su modo menos empeñado en la empresa de Méjico, y mas fácil de reducir: á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velazquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del rey. Aprobaron todos el arbitrio, y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luego un papel en que firmaron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado; y se manejó el negocio con tanta destreza, que fueron creciendo las firmas á número considerable; y se pudo temer que llegase á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera-Cruz, con cartas de Castilla, y dársele á Cortés cuando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretesto de la novedad, y cuando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion para matarle á puñaladas, y ejecutar lo mismo en los que se hallasen con él, juntándose despues para salir á correr las calles apellidando libertad: movimiento á su parecer bastante para que se declarase por ellos todo el ejército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demas que tenian por sospechosos. Habiande morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andres de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, Luis Marin y Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir por capitan general del ejército á Francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de Diego Velazquez, les parecia el mas fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo su condicion pundonorosa y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron á comunicarle sus intentos, hasta que una vez ejecutado el delito, se hallase necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta substancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad por hallarse comprendido en la sedicion; y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para convencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse ó el obscurecerse la verdad. No pedia menos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luego á ejecutar la prision de Villafaña, llevando consigo á los alcaldes ordinarios con algunos de sus capitanes, y le halló en su posada con tres ó cuatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma

turbacion, y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos con pretesto de hacer algun exámen secreto, y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado con las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándole de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo, y se retiró dejando su instruccion á los ministros de justicia para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible sin hacer diligencia que tocase á los cómplices, en que hubo pocos lances, porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luego el delito; con que se fueron estrechando los términos segun el estilo militar, y se pronunció contra él sentencia de muerte, la cual se ejecutó aquella misma noche, dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento, con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor, y en los demas el aborrecimiento de la culpa.

Quedó Hernan Cortés igualmente irritado y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados españoles en el principio de su empresa, y para escusar el castigo de los culpados sin desaire del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que á su parecer, tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traia en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes, y añadió: « que » tenia por felicidad suya el ignorar si habia tomado cuerpo el de» lito con la inclusion de algunos cómplices; aunque la diligencia » que logro Villafaña para ocultar un papel que traia en el pecho, no » le dejaba dudar que los habia: pero que no queria conocerlos; y » solo pedia encarecidamente á sus amigos que procurasen inquirir » si corria entre los españoles alguna queja de su proceder que ne» cesitase de su enmienda, porque deseaba en todo la mayor satis» faccion de los soldados, y estaba pronto á corregir sus defectos, » así como sabria volver al rigor y á la justicia, si la moderacion » del castigo se hiciese tibieza del escarmiento. »

Mandó luego que fuesen puestos en libertad los soldados que asistian á Villafaña; y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron por seguros de que se ignoraba su delito; y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad para desmentir los indicios de la culpa.

Fue importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas

para no perder aquellos españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos: ¡ primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á menos cordura el esceder en la confianza que suele adormecer el cuidado á fin de provocar el peligro, nombró entonces compañía de su guardia para que asistiesen doce soldados con un cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion como de pretesto para introducir sin estrañeza lo que ya echaba menos su autoridad.

Ofreciósele poco despues embarazo nuevo, que aunque de otro género, tuvo sus circunstancias de motin; porque Xicotencal, á cuyo cargo estaban las primeras tropas que vinieron de Tlascala, ó por alguna desazon, fácil de presumir en su altivez natural, ó porque duraban todavía en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el ejército, convocando algunas compañías que á fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle. Valióse de la noche para ejecutar su retirada; y Hernan Cortés que la supo luego de los mismos tlascaltecas, sintió vivamente una demostracion de tan dañosas consecuencias en cabo tan principal de aquellas naciones, cuando se estaba ya con las armas casi en las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance algunos indios nobles de Tezcuco para que le procurasen reducir á que por lo menos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensage, que fue no solamente resuelta, sino descortés con algo de menosprecio, le puso en mayor irritacion, y envió luego en su alcance dos ó tres compañías de españoles con suficiente número de indios tezcucanos y chalqueses para que le prendiesen; y en caso de no reducirse le matasen. Ejecutóse lo segundo, porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna flojedad en los que le seguian contra su dictámen; los cuales se volvieron luego al ejército quedando el cadáver pendiente de un árbol.

Así lo refiere Bernal Diaz del Castillo, aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcuco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamente dentro de la misma ciudad: lectura que parece menos semejante á la verdad, porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le mataron con órden secreta de Cortés los mismos españoles que salieron al camino, en que hallamos algo menos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada y tan sobre lo posible de los sucesos que tenia prevenido este lance de suerte, que ni los tlascaltecas del ejército, ni la república de Tlascala, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte; porque sabiendo al-

gunos dias antes que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de Méjico entre los de su nacion, participó á Tlascala esta noticia para que le llamasen á su tierra con pretesto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden; y el senado, en que asistió su padre, le respondió : que aquel delito de amotinar los ejércitos era digno de muerte segun los estatutos de la república; y que así podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecutarian si volviese á Tlascala, no solo con él, sino con todos los que le acompañasen : cuya permision facilitaria mucho entonces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere Bernal Diaz, porque no dejaria Hernan Cortés de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad; ó referirles el hecho despues de sucedido : siendo máxima evidente que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, así como pueden menos con el corazon las que se mandan por los oidos (1).

## CAPITULO XX.

**Échanse al agua los bergantines; y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tácuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas mejicanas.**

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines : obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Díjose antes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés con todos sus españoles. Bendijo el sacerdote los buques : dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico, y entre tanto que se introducian los adherentes que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las jarcias y velas, pasaron muestra en escuadron los españoles, cuyo ejército constaba entonces de novecientos hombres; los ciento y noventa y cuatro entre arcabuces y ballestas, los demas de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce con suficiente provision de pólvora y balas.

(1) Cortés en sus relaciones nada dice de la traicion ó mas bien disidencia de Xicotencal. La causa de ella tampoco se encuentra bastante expresa en los historiadores. Herrera y Bernal Diaz atribuyen aquel hecho á miras particulares de interés y de envidia. No se debe olvidar igualmente su poca aficion á los españoles.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco españoles con un capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, natural de Sevilla: García de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villa-fuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, aragonés: Francisco Rodriguez Magarino, de Mérida: Cristóbal Flores, de Valencia de don Juan: Antonio de Carabajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y Antonio Sotelo, de Zamora: los cuales se embarcaron luego cada uno á la defensa de su bajel y al socorro de los otros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó con parecer de sus capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tácuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por escusar la desunion de su gente, y tenerla en parage que pudiesen recibir menos dificultosamente sus órdenes: para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes, y encargó á Pedro de Alvarado la espedicion de Tácuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta españoles, y treinta caballos en tres compañías á cargo de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y Andres de Monjaraz, dos piezas de artillería y treinta mil tlascaltecas. El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo Cristóbal de Olid, con ciento y sesenta españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andres de Tapia y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería y cerca de treinta mil indios confederados; y últimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztacpalapa con otros ciento y cincuenta españoles á cargo de los capitanes Luiz Marin y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y cuatro caballos, y toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula, que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera, porque Bernal Diaz del Castillo dá solamente ocho mil tlascaltecas á cada uno de los tres capitanes, y repite algunas veces que fueron de mas embarazo que servicio, sin decir donde quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad: ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los españoles, y poco advertida en nuestro sentir; porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.

Partieron juntos Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval que se habian de apartar en Tácuba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblaba ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna; porque los vecinos que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de Méjico, y los demas se ampararon de los montes con todo lo que pudieron retirar de sus

haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas mejicanas, á poco mas de media legua que venian á cubrir los conductos del agua que bajaban de las sierras de Chapultepeque (1) : prevencion cuidadosa de Guatimozin, que sabiendo el movimiento de los españoles, trató de poner en defensa los manantiales de que se proveian todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Descubríanse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa, y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos capitanes salieron de Tácuba con la mayor parte de su gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto, y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones con que bajó la corriente, dividida en varios arroyos, á buscar su centro en la laguna; debiéndose á Cristóbal de Olid y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de Méjico, y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los convoyes.

Conseguida esta faccion partió Cristóbal de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacan, y Hernan Cortés, dejando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegase á Iztacpalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna para estar sobre todo, y acudir con los socorros donde llamase la necesidad. Llevó consigo á don Fernando, señor de Tezcuco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Cárlos, como súbdito del emperador. Dejó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la communicacion de los cuarteles, y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de las banderas, flámulas y gallardetes : esterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Iba con propósito de acercarse á Méjico para dejarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztacpalapa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua, eran contínuo receptáculo de las canoas mejicanas. Pero al tomar la vuelta descubrió á poca distancia de la ciudad una isleta ó montecillo de peñascos que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los españoles, provocándolos con injurias y ame-

(1) O Chapultepec, que significa *monte de conejos.*

nazas desde aquel puesto, donde á su parecer estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dejar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada; y hallando en el mismo sentir á sus capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre, y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados, y perecieron muchos, aunque fueron mas los que se perdonaron por no ensangrentar la espada en los rendidos, cuando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos mejicanos, volvieron los españoles á cobrar sus bergantines, y cuando se disponian para tomar el rumbo de Iztacpalapa, fue preciso discurrir en nuevo accidente, porque se dejaron ver á la parte de Méjico algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demas; y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de cuatro mil; cuya multitud con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos venia como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna para dilatar la frente y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los mejicanos para darles á entender que admitia la batalla; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros, porque la calma de aquel dia dejaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detúvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable providencia, que no se descuidaba en declararse por los españoles, dispuso entonces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones mejicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí cuanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse; y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos

á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique sin recelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demas fue todo confusion y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente: quedó rota y deshecha su armada, cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fue de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas, no por las que perdieron entonces, número limitado, respecto de las que tenian de reserva, sino porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los españoles el dominio de la laguna, y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de mejicanos que coronaban sus torres y azoteas á la esperacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña: complacencias de vencedores que suelen comprender á los mas advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

## CAPITULO XXI.

**Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacan, Iztacpalapa y Tácuba, y en todas fue necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes.**

Eligió parage cerca de Tezcuco donde pasar la noche y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, cuando se disponian los bergantines para tomar el rumbo de Iztacpalapa, se descubrió un grueso considerable de canoas que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacan, con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fue posible dar alcance á la flota enemiga, pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Cristóbal de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegaron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los mejicanos cuanto pudiera el arte de la guerra para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados há-

cia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna, y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dejaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los españoles, y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entretanto que pasaban de mano en mano las faginas para cegar el foso; y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Tenia ganado Cristóbal de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas; pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería; y porque no dejaban de pelear las que á su parecer estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia para dar paso á tres ó cuatro bergantines, de cuya primera vista resultó la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Descansó la gente aquella noche, sin desamparar el avance de la calzada; y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño, y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entretanto que trabajaba Cristóbal de Olid en cegar el foso y romper las fortificaciones de la calzada. Lo cual ejecutado, se arrojó á los enemigos que las defendian, haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercáronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fue valerosa por todas partes su resistencia; pero á breve rato perdieron alguna tierra, y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle principal de Méjico, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Tropezóse luego con otra dificultad, porque los mejicanos que iban huyendo habian ocupado un adoratorio, poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca esterior se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el

edificio. Desafiaban á los españoles con la voz tan entera como si acabáran de vencer: y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó cuatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligrò, y brevemente fue necesario bajar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel parage, porque los que peleaban desde las azoteas y ventanas, se movieron al paso que los demas; con que avanzó el ejército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Fue grande la pérdida de gente que hicieron este dia los mejicanos. Entregáronse al fuego los ídolos, cuyos horribles simulacros sirvieron de luminarias al suceso. Y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los pies dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de mas que ordinaria defensa, no solo determinó alojar su ejército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto para estrechar el sitio, y tener adelantado el cuartel de Cuyoacan: pensamiento que participó á sus capitanes, con los motivos que le dictaba entonces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: « que no sabiendo » el estado en que tenian sus entradas Gonzalo de Sandoval y Pe» dro de Alvarado, seria temeridad esponerse á perder el paso de » la calzada, y con él la esperanza de los víveres y municiones, de » que necesitaban para conservarse. Que su conduccion no se debia » fiar de los bergantines, porque no cabiendo en las acequias de » aquel parage, necesitaron de hacer su desembarco con bastante dis» tancia para que no fuese posible recibirlos ni trasportarlos, sin » disponerse á una batalla para cada socorro. Que los trozos del » ejército debian caminar á un mismo paso en sus ataques para di» vidir las fuerzas del enemigo, y darse la mano hasta en el tiempo » de acuartelarse dentro de la ciudad. Y finalmente, que las dispo» siciones resueltas, con parecer de todos los cabos, sobre la forma » de gobernar el sitio de Méjico, no se debian alterar, sin madura » consideracion, ni entrar en aquel empeño voluntario, sin mas » causa que dar sobrado crédito á la victoria de aquel dia; no siendo » totalmente seguras las consecuencias de los buenos sucesos, que » á manera de lisonjas solian muchas veces engañar la cordura, de» leitando la imaginacion. » Conoció Hernan Cortés que le aconsejaban lo mas conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes para enamorarse de la razon, y se retiró la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines; con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Habia ocupado los edificios de la tierra y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogieron á la parte del agua, procura-

ban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban : arruinó algunas casas : rompió dos ó tres socorros de Méjico, que intentaron atacarle por tierra; y aquel dia porque los enemigos habian desamparado una casa grande, que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla para mejorarse, y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apenas lo consiguió, cuando avanzaron las canoas que tenian puestas en celada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada, por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba cuando llegó Hernan Cortés, y descubriendo aquella multidud de canoas en las calles de agua, que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que así por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo, con ansia de salir á la laguna por las calles mas retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demas vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los mejicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas; y reconociéndose despues aquella parte de la ciudad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros y bastante despojo, no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia esperimentado Gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada, sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad : detencion que seria dañosa para el estado que tenian las demas entradas, y determinó que se desamparase por entonces aquel puesto, y pasase Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada mas estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que segun los avisos antecedentes, introducia por aquel parage los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luego esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel; y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tácuba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado, con que tuvo menos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Cristóbal de Olid; y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Mé-

jico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortés, ocho españoles: pérdida en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso: el camino de las calzadas tenia suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número escesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines; y uno y otro perdia nuevos medios que facilitasen la empresa (1).

(1) Si fuese lícito á los escritores del siglo XIX juzgar de la táctica empleada por Cortés en el sitio de la ciudad de Méjico; si no fuese tan aventurado el calcular los movimientos del ejército sitiador sin tener á la vista un plano muy circunstanciado de la topografía de aquella capital en su estado antiguo, sus medios de defensa y sus puntos de ataque, aun nos atreveríamos á hacer algunas observaciones sobre la inutilidad, á nuestro modo de ver, de las primeras tentativas, y de las repetidas y numerosas pérdidas que sufrieron los españoles por el sistema que desde luego adoptó su gefe para combatir la ciudad. Reducida toda su teoría á entrar por una de las calzadas hasta penetrar en la ciudad; precisados los conquistadores á ganar todas las cortaduras de la calzada y de las calles, defendidas por parapetos á cuyo amparo peleaban con doble tenacidad los mejicanos; precisados igualmente á retirarse á su cuartel general para ganar de nuevo al dia siguiente los mismos puntos que habian abandonado el anterior; y ofreciendo cada calle multitud de fortalezas naturales formadas por las azoteas de las casas, las torres de los ídolos, y los grandes canales formados por las aguas de las lagunas, cuyas cortaduras estaban defendidas por parapetos; imposible era en verdad consiguiesen por semejante medio la rendicion de una capital que contaba con sobrado número de combatientes para no economizar sus pérdidas y sostener esos combates diarios en los cuales tenian de su parte las ventajas del terreno. El corto número de españoles que llevaba Cortés debió darle á conocer la necesidad de economizar repetidos encuentros que necesariamente habian de ocasionarle disminucion sensible de sus fuerzas materiales. Por consiguiente estaba indicado el sistema de bloqueo, que era el mas seguro pero tambien el menos acomodado á la impaciencia de Cortés y de sus capitanes, acostumbrados en aquella guerra á arrollarlo todo á fuerza de armas. Sin embargo debió adoptarle; y la poblacion se hubiera rendido forzosamente antes de los tres meses que próximamente duró el sitio; porque cuanto menor hubiese sido la pérdida de los mejicanos en muertos, heridos y prisioneros, mas pronto hubieran consumido los víveres de que se proveyeron para la defensa. Contenia Méjico una guarnicion que algunos de nuestros historiadores hacensubir á 200,000 hombres, número escesivo en verdad. Situado en medio de dos inmensas lagunas, solamente se comunicaba con tierra firme por medio de unas espaciosas calzadas y de las canoas. Ahora bien, la primera diligencia de Cortés debió ser, antes de poner sitio en regla, concluir la obra que comenzó á su llegada; esto es, sojuzgar como luego lo hizo, todas las ciudades situadas en las calzadas y en las márgenes de las lagunas, estos preliminares le aseguraban la imposibilidad de que los indios condujesen de modo alguno bastimentos á la plaza. Los bergantines ausiliados por el crecido número de canoas amigas que Cortés llegó á reunir, y al abrigo de los parapetos ó albarradas de los puntos militares de la ribera, suficiente amparo contra las armas de los mejicanos, hubieran hecho inútiles las numerosas canoas de que estos podian disponer; y por consiguiente era físicamente imposible que la plaza recibiera el menor ausilio por su medio. Por otra

Mandó entonces que cesasen las entradas hasta otra órden, y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna; para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas, con las

parte los numerosos combatientes encerrados dentro de Méjico, carecian de terreno en donde desplegar su fuerza, pues solo tenian el de las calzadas: y dado caso que obligados de la necesidad hubiesen intentado una salida por las tres principales, en habiendo cortado estas y habiéndolas enfilado con los pedreros puestos en batería bastaban estas pequeñas piezas y los mosquetes para barrer á mansalva columnas enteras, cuyo frente no podia esceder de doce á catorce hombres; sin contar para ese caso con el daño que podian hacer los bergantines en aquellas cuando se hallasen encajonadas en terreno tan angosto. Esto es respecto del sitio de Méjico.

Si fijamos la atencion en su anterior entrada en la misma ciudad, no puede menos de sorprendernos el temerario empeño de encerrarse dentro de una poblacion tan numerosa y guerrera con un puñado de españoles, cuyo valor si bien heróico, era impotente contra la asombrosa fuerza material que podia cargar sobre ellos. Diráse á esto que entró de esa manera por la confianza y seguridad manifestadas por Motezuma y los mayores caciques de las inmediaciones de Méjico; pero si aquí puede tener alguna disculpa, á su regreso despues de la rota de Narbaez, y cuando ya los mejicanos habian comenzado las hostilidades contra Pedro de Alvarado, no tiene ninguna plausible: Cortés incurrió á nuestro modo de ver, en errores militares de gran cuantía que dieron por resultado los lastimosos sucesos de la siempre memorable *noche triste*. No formaremos como él sentimento alguno por haber dejado de visitar á Motezuma apenas llegó en socorro de Alvarado. En nuestro sentir aquel príncipe abdicó, aun para sus mismos súbditos, desde el momento en que se entregó á discrecion de los españoles; y si aquellos lo entendieron así, se deja conocer por el desenlace de tan terrible drama y la muerte que de su mano recibió el desgraciado Motezuma. Este, pues, desde que se levantó el estandarte de la sublevacion, era para Cortés una carga inútil, un amigo de cuya amistad ninguna ventaja podia prometerse; y si ya las circunstancias colocaban á Cortés en el caso de no guardar miramientos con un pueblo levantado en masa contra los españoles, menos debia guardarlos con un principe que, ó habia perdido el prestigio necesario para hacerse obedecer de sus súbditos y atajar la sublevacion en su orígen, ó la alimentaba secretamente con la esperanza de recobrar su libertad é inmolar á sus opresores. Cualquiera de los estremos de esta disyuntiva entraba en la jurisdiccion de la prudencia militar; y cualquiera de ellos pudo hacer palpable á Cortés la necesidad de aumentar sus fuerzas y precaverse contra los reveses de la guerra. Por consiguiente en nuestra opinion cometió el error militar de no haber llevado en su auxilio buena parte de las fuerzas de Zempoala y Tlascala, dejando en esta un presidio de españoles que con las restantes fuerzas de la república reprimiese las incursiones de los enemigos fronterizos: fue tambien otro error no dejar igual presidio de españoles y aliados en Tácuba para guarecer la calzada que vá por ese punto, y facilitar la retirada en caso necesario; y fue otro error mas grave disponer tan solo la construccion de un puente de campaña, para salvar tres cortaduras de la calzada en el caso de que los mejicanos rompiesen ó arrancasen como debian hacerlo los puentes levadizos que estas tenian. Lo único que aconsejaba la política prudente era que no entrasen en la plaza los aliados por no provocar el odio de los mejicanos; pero debieron quedar aquellos situados convenientemente para proteger la retirada.

Repetimos de nuevo la desconfianza con que hacemos estas observaciones, sin datos seguros en que apoyarnos, y con relacion á un guerrero que tan justos títulos tiene á la gloria que rodea su nombre. Pero si le admiramos como tal en el campo de batalla, en el sitio de Méjico solo nos es permitido considerarle como hombre de valor y serenidad incomparables.

cuales, y con las que vinieron de Tezcuco y Chalco, se juntó un grueso que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos; y formando su guarnicion de aquellos indios que sabian manejarlas, nombró capitanes de su nacion que las gobernasen por escuadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el maestre de campo Cristóbal de Olid.

Repitiéronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que mas embarazaban; y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna y corriesen el distrito de las tres calzadas para impedir los socorros de la ciudad; por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua, y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Cristóbal de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos ó primeras casas de la ciudad: Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques; con lo cual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas. Concibió el ejército nuevas esperanzas, y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

## CAPITULO XXII.

**Sírvense de varios ardides los mejicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacan.**

Fue notable y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los mejicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la malicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra, y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de mas que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas, y no fue menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en

otro arbitrio mas reparable, porque supieron obrar contra su costumbre cuando lo pedia la ocasion; y hacian de noche algunas salidas, solo á fin de inquietar los cuarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y habilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer buscándolos desunidos; á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas, y empavesadas con gruesos tablones para recibir la carga, y pelear menos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales ó bosques de cañas palustres, que producia por algunas partes la laguna tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas, impenetrables á la vista. Era su intencion provocar á los bergantines que salian de dos en dos á impedir los socorros de la ciudad; y para llamarlos al bosque, llevaron prevenidas tres ó cuatro canoas de bastimentos que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las cuales fijaron debajo del agua, para que chocando en ellas los bergantines, se hiciesen pedazos, ó fuesen mas fáciles de vencer: prevenciones y cautelas, de que se conoce que sabian discurrir en su defensa, y en la ofensa de sus enemigos: tocando en las sutilezas que hicieron ingenioso al hombre contra el hombre; y son como enseñanzas del arte militar, ó sinrazones de que se compone la razon de la guerra.

Salieron el dia siguiente á correr aquel parage dos bergantines de los cuatro que asistian á Gonzalo de Sandoval en su cuartel, á cargo de los capitanes Pedro de Barba y Juan Portillo; y apenas los descubrió el enemigo, cuando echó por otra parte sus canoas, para que dejándose ver á lo largo fingiesen la fuga y se retirasen al bosque; lo cual ejecutaron tan á tiempo, que los dos bergantines se arrojaron á la presa con todo el ímpetu de los remos; y á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado que ni podian retroceder ni pasar adelante.

Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargaron por todas partes con desesperada resolucion. Llegaron á verse los españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuvieron el combate para divertir al enemigo, entretanto que algunos nadadores saltaron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompieron ó apartaron aquellos estorbos, en que zabordaban los buques, cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta y jugar su artillería, dando al través con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema de los mejicanos; pero salieron de la ocasion maltratados los bergantines, heridos y fatigados los españoles. Murió peleando el capitan Juan Portillo, á cuyo valor y acti-

vidad se debió la mayor parte del suceso; y el capitan Pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de que murió tambien dentro de tres dias : pérdidas ambas que sintió Hernan Cortés con notables demostraciones, y particularmente la de Pedro de Barba, porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas, y un soldado valeroso sin achaques de valiente, y cuerdo sin tibiezas de reportado.

Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso, porque los mejicanos volvieron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas se ocultaron otra vez en el mismo bosque, fortificándole con nueva estacada, y creyendo menos advertidamente lograr segundo golpe sin dar otro color al engaño. Llegó dichosamente á noticia de Hernan Cortés este movimiento del enemigo, y procurando adelantar cuanto pudo la satisfaccion de su pérdida, ordenó que fuesen de noche á la deshilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaveral, que se descubria no muy distante de la celada enemiga, y que usando de su misma estratagema saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender con diferentes puntas que buscaba las canoas de la provision, y acercándose despues á las piraguas ocultas, lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entonces la vuelta, llamándolas con fuga diligente hácia el parage de la contra emboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto : salieron los mejicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzándose á la presa, que ya daban por suya, con grandes alaridos y mayor velocidad, hasta que llegando á distancia conveniente, les salieron al encuentro los otros bergantines, recibiéndolos antes que se pudiesen detener con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dejando á las demas en estado, que ni el temor encontraba con la fuga; ni la turbacion las apartaba del peligro. Perecieron casi todas á la reputacion de los tiros, y murió la mayor parte de la gente que las defendia; con que no solo se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo, pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los mejicanos el ardid ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Llegaban por entonces frecuentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas; y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los sitiados la hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas; y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozin : « convidándole con la paz, y ofreciéndole partidos ventajosos, en órden á dejarle con el reino, y en toda su grandeza, quedando

» solamente obligado á reconocer el supremo dominio en el rey de » los españoles; cuyo derecho apoyaba entre los mejicanos la tra- » dicion de sus mayores, y el consentimiento de los siglos. » En esta sustancia fue su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia, porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa que ya miraba como alhaja de su rey.

Oyó entonces Guatimozin, con menos altivez que solia, el mensage de Cortés; y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta: « el estado miserable á que se hallaba reducida la ciudad; la gente » de guerra que se perdia; lo que se congojaba el pueblo con los » principios de la necesidad; la ruina de los edificios; y última- » mente pidió consejo, inclinándose á la paz lo bastante para que » le siguiese la lisonja ó el respeto, » como sucedió entonces, porque todos los cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando para despues el discurrir sobre su proporcion ó su disonancia.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus ídolos, que aseguraban de nuevo la victoria, ó seria verdad en estos ministros la mentira de sus dioses, porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el celo de la religion, ó libre con el pretesto de piadoso, que se redujeron á él todos los votos, y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina, resolvió que se continuase la guerra; intimando á sus ministros, que perderia la cabeza cualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegase á ver la ciudad, sin esceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo mas interior de la ciudad, y enviando las órdenes á los capitanes de Tácuba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Cristóbal de Olid por Cuyoacan. Tenian los enemigos abiertos los fosos y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos, y pasó el ejército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se halló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada para ensanchar aquel foso, dejándole con setenta pasos de longitud, y cargando el agua de las acequias para darle

mayor profundidad. Tenian á la márgen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses, y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquelpaso. Pero á los primeros golpes de la batería cayó en tierra esta máquina; y los enemigos despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viéndose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad, sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dejaron con esto libre la ribera, y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luego los españoles, sirviéndose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban, por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Pero antes de cerrar con el enemigo, que todavía perseveraba en las trincheras, con que tenian atajadas las calles, encargó al tesorero Julian de Alderete, que se quedase á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por las acequias mayores. Trabóse luego la primera escaramuza, y Julian de Alderete, con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los españoles, aprendió que no era decente á su persona la ocupacion, á su parecer mecánica, de cegar un foso, cuando estaban peleando sus compañeros; y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía, el cual, ó no supo ejecutarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba, con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Fue valerosa en los primeros ataques la resistencia de los mejicanos. Ganáronse con dificultad y á costa de algunas heridas sus fortificaciones, y fue mayor el conflicto cuando se dejaron atrás los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo mas ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una flojedad repentina que pareció ejecucion de nueva órden; porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban: y segun lo que se presumió entonces y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozin el desamparo del foso grande, y ordenó á sus cabos que tratasen de guardarse y conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo, y porque se iba limitando el tiempo, de que necesitaba para llegar antes de la noche á su cuartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y diesen al fuego algunos edificios para quitar los padrastos de la entrada siguiente.

Pero apenas se dió principio á la marcha, cuando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *la*

*Bocina Sagrada*, porque solamente la podian tocar los sacerdotes cuando intimaban la guerra y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el ejército de la ciudad cayó sobre la retaguardia que llevaban á su cargo los españoles, una multitud innumerable de gente resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas; y Hernan Cortés con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entonces el embarazo del foso que impedia la retirada, quiso doblarse y no lo pudo conseguir, porque las naciones amigas, como traian órden para retirarse, y tropezaron primero con la dificultad, cerraron con ella precipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas, siendo mas los que se arrojaron al agua, donde hallaron tropas de indios nadadores que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose á socorrerle con el suyo el capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su cuartel herido, y poco menos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los mejicanos. Pasaron de cuarenta los españoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos: perdióse una pieza de artillería: murieron mas de mil tlascaltecas; y apenas hubo español que no saliese maltratado: pérdida verdaderamente grande, cuyas consecuencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon por no descubrir entonces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inescusable pension de los que gobiernan ejércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo (1).

(1) Bernal Diaz del Castillo atribuye esta derrota á falta de prevision de Cortés por no haber cuidado de que cegasen todos los puentes, con particularidad el de que hace mencion Solís; mas el segundo en sus relaciones, manifiesta el gran cuidado que tuvo en mandar se cegasen aquellos cuidadosamente; y que cuando fue á ver por sí mismo si lo habian ejecutado, era tarde para el remedio: puesto que ya volvian en derrota los españoles y aliados, que poco antes habian pasado la cortadura sobre unas tablas y carrizos con sumo tiento y cuidado, medio de que no podian ya valerse cuando retrocedieron cargados por el enemigo. Este incidente confirma lo poco precavido que anduvo Cortés en no prevenirse de puentes para la repetida operacion de salvar las cortaduras de las calzadas, tanto esteriores como del interior de la ciudad. Bernal Diaz añade que ese plan de ataque le consultó Cortés con sus capitanes, y de estos, varios fueron de parecer opuesto al de su gefe, por conceptuar que no teniendo guarnecidas las calzadas, ni pudiendo evitar completamente que las canoas enemigas dejasen de abrir sus puentes á causa de hallarse

# CAPITULO XXIII.

**Celebran los mejicanos su victoria con el sacrificio de los españoles: atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés: pero vuelven al ejército en mayor número, y se resuelve á tomar puestos dentro de la ciudad.**

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar los puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fue la pérdida menor, aunque llegarian á veinte los españoles que faltaron de ambas entradas, sobre los cuales hacen la cuenta los que dicen, que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacan.

El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprendió con severidad, dejándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que merecia (1). Fue preciso alzar por entonces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubrió entonces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Cathalan, que sin otra medicina que un poco de aceite (2) y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las

los bergantines imposibilitados de ayudarles por las muchas estacadas que los enemigos habian hecho en la laguna, resultaria ser ellos los sitiados y no los mejicanos. Repetimos ahora lo dicho en la nota de la página 429, respecto á no poder formar juicio exacto de las operaciones por carecer de los datos necesarios para ello. Así pues, será preciso abstenernos de formar nuevos juicios, y al propio tiempo de dar completo ascenso á lo que escribe Bernal, no muy indulgente á veces con los descuidos que Cortés tuvo en aquella guerra; puesto que su censura llega al estremo de dar por sentado que Cortés echase la culpa de aquel descalabro al tesorero Julian de Alderete; que este negase haber recibido órden alguna de cegar los puentes; y que reconvenido Cortés por Sandoval, hiciese el primero, *saltándosele las lágrimas de los ojos*, esta sentida y candorosa esclamacion: *¡ Oh hijo Sandoval! que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen.*

(1) No sabemos los fundamentos en que apoya Solís este relato. Véase lo que dejamos dicho en la nota precedente.

(2) Segun Castillo carecian de aceite, y curaban sus heridas con grasa de los indios muertos en combate: en otra parte se contradice el mismo Castillo sobre ese particular.

heridas que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirurgía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos, habilidad ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exámen. Pero en este caso no seria temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice, que fue una muger española, que se llamaba Isabel Rodriguez, la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo que se halló mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma tropezar con estas discordancias de los autores, no todas se deben apurar; porque siendo cierta la obra, importa poco á la verdad la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los mejicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Viéronse aquella noche desde los cuarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes; y en el mayor, dedicado al dios de la guerra, se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de menos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los españoles que prendieron vivos, cuyos corazones palpitantes, llamando al Dios de la verdad mientras les duraba el espíritu, dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los soldados á decir, que percibian las voces y conocian los sugetos. ¡Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lágrimas, ni dejar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian (1).

(1) Bernal Diaz asegura que los indios cogieron vivos á sesenta y dos españoles. Ademas, segun el mismo Cortés, murieron en la pelea de 35 á 40 de los mismos; resultando de pérdida unos cien españoles, sin contar los heridos: pérdida irreparable cuyas consecuencias pudieron ser aun mas funestas, si los mejicanos hubieran sabido aprovecharse de la falsa posicion de sus contrarios, y de la consternacion y espanto que en ellos produjo el horrible espectáculo del sacrificio de sus desgraciados compañeros de armas. Bernal Diaz y Cortés hacen la descripcion mas aterradora de la bárbara inhumanidad con que los mejicanos inmolaron aquellas víctimas en las aras de sus dioses. Puede formarse idea de la horrorosa sensacion que produjo en el alma de los españoles la vista de aquel sangriento espectáculo, que sin poderlo evitar contemplaban asombrados desde sus reales, por las siguientes palabras de Bernal Diaz. « Despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones, y sa-
» crificar aquellos sesenta y dos soldados, que dicho tengo que llevaron vivos de
» los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos.... y habia visto que les aser-
» raban por los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortalles pies y

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado el ídolo de la guerra con el sacrificio de los españoles, que aquella misma noche, pocas horas antes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los cuarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento, porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba tratando á manera de culto la desesperacion; y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dejó bastantemente castigado su atrevimiento.

El dia siguiente dió Guatimozin, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia; y últimamente divulgó, que aquella deidad suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los ejércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible: que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella cuantos despreciasen este aviso. Fingiólo así, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los españoles, y tuvo inteligencia para introducir en los cuarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios, entre las naciones de indios que militaban contra él: notable ardid para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los cabos.

Tenian tan asentado el crédito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadieron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas, haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por él término fatal de su vida, que se determina-

» brazos, y se los comieron á los sesenta y dos, que dicho tengo; temia yo que un » dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido » dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes; y por » esta causa desde entonces temí desta cruel muerte: y esto he dicho, porque » antes de entrar en las batallas, se me ponia por delante una como grima y tris- » teza grandísima en el corazon, y encomendándome á Dios, y á su bendita Madre » Nuestra Señora, y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba » aquel temor. » ¡ Qué confesion tan ingénua y franca! ¡ y qué bien sienta y cuan verdadera parece en un hombre que en ciento diez y ocho batallas jamás habia dado la menor muestra de cobardía!

ron á desamparar el ejército, y en las dos ó tres primeras noches faltó de los cuarteles la mayor parte de los confederados, siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprension, que hasta los mismos tlascaltecas y tezcucanos se deshicieron con igual desórden, ó porque temieron el oráculo como los demas, ó porque se los llevó tras sí el ejemplo de los que le temian. Quedaron solamente los capitanes y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fue menos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco menos que á desconfiar de su empresa; pero luego que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos cabos para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias, señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al ejército: diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus cuarteles con aquel género de nueva osadía que suele formarse del temor desengañado.

Don Hernando, el príncipe de Tezcuco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos y con nuevas tropas que halló formadas para socorrer el ejército. Los tlascaltecas desertores, que fueron de la gente mas ordinaria, no se atrevieron á proseguir su viage, temiendo el castigo á que iban espuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con un socorro que venia de Tlascala, y fueron mejor recibidos en el ejército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los españoles algunos pueblos que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los cuales vino á rendirse y á tomar servicio en el ejército la nacion de los otomíes, gente, como dijimos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes, que daban sus vertientes á la laguna: rebeldes hasta entonces al imperio mejicano, sin otra defensa que vivir en parage poco apetecible por estéril y despreciado por inhabitable; con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortes con mas de doscientos mil aliados á su disposicion (1); pasando en breves dias de la tem-

(1) Muy difícil, sino imposible, es formar juicio de las fuerzas de que constaban los ejércitos de los indios, y mas todavía calcular sus pérdidas. Ya hemos visto en las batallas con los de Tlascala el número inmenso de sus combatientes; y sobre ese punto y con especialidad acerca de su poblacion, hemos hecho las observacio-

pestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco menos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia

nes que naturalmente nacen de un cálculo prudente, fundado en datos al parecer verosímiles. Despues de aquella inmensa muchedumbre, hemos visto igualmente presentarse en el valle de Otumba un ejército de 200 mil mejicanos, y sufrir en su derrota la pérdida de 20 mil hombres muertos: de suerte que, sin contar los heridos, cada uno de los mil y cuatrocientos españoles y tlascaltecas, que próximamente componian la columna de Cortés, hubo de matar catorce indios y herir por lo menos á otros tantos, correspondiendo á cada uno 142 contrarios poco mas ó menos. Mas si estos hechos parecen increibles no solo por el número de combatientes y la inmensa poblacion relativa que debe suponerse, sino por la dificultad de reunir bastimentos para semejante muchedumbre en un pais en que, como dice con sobrada razon Mr. Robertson, se hallaba muy atrasada la agricultura, y carecia de animales domésticos; todavía es mas sorprendente, y por lo tanto mas dudoso, el crecido número de tropas que defendian á Méjico, y las no menos numerosas que le combatian á las órdenes de Cortés. Segun este, tenia 150 mil indios auxiliares: Herrera los hace subir á cerca de 200 mil; y Solis copiando á Gomara, sienta que pasaban de ese número. Ademas, por los datos que aparecen en los historiadores, resulta que dentro de Méjico se hallaban encerrados mas de 200 mil indios: y como debe suponerse que ese número solamente se refiera á la gente de armas, puesto que los historiadores dicen haber reunido allí los mejicanos sus principales fuerzas con anticipacion, hay que agregar á esa suma otras 200 mil personas que por lo menos habitarian la ciudad si su poblacion habia de ser proporcionada á la de las capitales subalternas de que ya hemos hablado en otra nota, y sobre todo á la estension y grandeza que los mismos historiadores conceden á la ciudad de Méjico; entiéndase que para este cálculo suponemos cierto el hecho indicado por varios autores, y que juzgamos verosímil, de haber salido de aquella capital antes de acercarse Cortés á ella, muchas familias que solamente servirian para consumir vitualla; y que salieron esas familias de la poblacion, mas no todos sus habitantes, lo prueban las relaciones de Cortés y Bernal Diaz, que dicen les hacian guerra hasta las mugeres, lanzando desde las azoteas piedras y otras armas arrojadizas. Ahora bien; aun haciendo un cálculo tan reducido, todavía aparecen dentro de Méjico 400 mil almas, á quienes era preciso alimentar. Cualquiera, pues, que haya tenido ocasion de tocar de cerca las inmensas dificultades que es necesario superar para proveer de víveres á un ejército igual de europeos, á pesar de ser tan cuantiosos los recursos agrícolas de los pueblos civilizados, podrá formar juicio de la casi absoluta imposibilidad de abastecer á Méjico para un largo asedio, no produciendo el pais mas fruto abundante que el maiz y los frijoles, y careciendo de animales domésticos. Asi es que aun cuando, como creemos, no fuese tan crecido el número de combatientes, tanto de una como de otra porte, no era posible pudiesen los mejicanos resistir mucho tiempo el asedio: prueba de ello que apenas Cortés estrechó el bloquéo interceptando las comunicaciones de la plaza con tierra firme, cuando al momento comenzaron sus defensores á esperimentar todos los horrores del hambre, y de las enfermedades que la acompañan, no obstante la considerable disminucion de consumidores, causada por las numerosas pérdidas que sufrieron en sus repetidos encuentros con los sitiadores. Resulta pues de todo lo dicho, la suma dificultad que hallamos en dar asenso á los historiadores cuando refieren el crecido número de indios que entraban en combate, así como el persuadirnos que dentro de Méjico hubiesen podido almacenar suficientes víveres para alimentar aunque fuese por poco tiempo, á 200 mil hombres. Esta misma dificultad la comprueba la penuria que sufrian los mismos sitiadores, sin embargo de ser dueños del campo, y de proporcionarles las provincias aliadas tortas de maiz, peces y algunas frutas del pais, como cerezas, tunas y quilites, que son unas yerbas de que hacian uso los indios para su alimento. En medio de tantas dificultades y dudas como á cada paso nos ocurren, y sin datos por otra parte para fundar una opinion que se acerque en lo posible á la verdad, solamente de los desahogos de

suele muchas veces permitir las adversidades para despertar el conocimiento de los beneficios.

No estuvieron ociosos los mejicanos el tiempo que duró esta suspension de armas, á que se hallaron reducidos los españoles. Hacian frecuentes salidas, dejándose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Súpose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la ciudad; porque la hambre y la sed tenia congojada la plebe y mal satisfecha la milicia. Enfermaba y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad (1). Llamó Hernan Cortés á sus capitanes para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del ejército.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos con que le fomentaba el demonio; y se inclinó á que seria conveniente volver luego á las armas por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados: gente de fáciles movimientos, y que así como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos, porque siempre deseaban la ocasion de llegar á las manos; y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entonces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Vinieron todos en que se continuara la guerra sin desamparar el

Bernal Diaz del Castillo contra el coronista Gomara, podemos sacar alguna luz, que si bien no tan clara como seria de desear, puede servir de mucho para que cada uno al leer las historias de aquella conquista, pueda formar juicio prudente de lo que en ellas vea referido. Las palabras de Bernal con referencia á Gomara, son ciertamente muy notables. « Y tambien dize este coronista, que iban tantos millares de indios » con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone; » y tambien dize de las ciudades y pueblos, y poblaciones, que eran tantos millares » de casas, no siendo la quinta parte: que si se suma todo lo que pone en su his- » toria, son mas millones de hombres, que en toda Castilla estan poblados, y » esso se le da poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy » apacible su historia á los oyentes, no diciendo lo que pasó. » Poco antes habia consignado Bernal Diaz estas notabilísimas palabras. « Y sepan que hemos tenido » por cierto los conquistadores verdaderos, que eso vemos escrito (la crónica), » que debieron de grangear al Gomara con dádivas, por que lo escribiese desta » manera. » Débese tener presente que los historiadores han copiado en mucha parte los errores de Gomara, por haber sido el primero que escribió de las cosas de Nueva España: con esta prevencion, nuestros lectores podrán formar el juicio que mas acertado les parezca.

(1) Segun Bernal Diaz, Cortés tomó el consejo que le dió Suchel, cacique auxiliar, de estrechar por hambre á los mejicanos. A esa arma poderosa se debió la rendicion de Méjico; y á ella debió acudir Cortés desde el principio para acelerar el éxito, y economizar la sangre de sus soldados.

asedio; y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, espuestas siempre á los últimos esfuerzos de los mejicanos, resolvió que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas para tomar puestos dentro de la ciudad : los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte hasta llegar á la gran plaza de los mercados que llamaban el Tlateluco, donde se unirian las fuerzas para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

## CAPITULO XXIV.

**Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlateluco; retírase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad, y los mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los españoles.**

Prevenidos los víveres, el agua y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres capitanes de sus cuarteles el dia señalado al amanecer; Pedro de Alvarado por el camino de Tácuba; Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla, y Hernan Cortés con el trozo de Cristóbal de Olid por el de Cuyoacan; llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fue posible, con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los mejicanos, desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada : corrió la voz engrandeciendo el peligro y apresurando los remedios : acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres desalentados ó animosos, segun obedecia el entendi-

miento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luego de poner en salvo la persona del rey sacándole á parage mas seguro; otros que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte, y otros que se intentase primero desalojar los españoles, obligándolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los mas valerosos; y escluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos. Para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al esterminio de los españoles. Y poco despues que se declaró la mañana se dejaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á ejecutar la órden que traian, antes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque dieron principio á la fuga con apariencias de retirada: cuyo movimiento, espacioso y remiso por la frente, dió lugar á los españoles para que avanzasen hasta medir las armas, y sin mas diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Entróse despues en mayor dificultad, porque fue necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en menos de cuatro dias se hallaron los tres capitanes á vista del Tlateluco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Fue Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga; y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra banda. Reconoció entonces Pedro de Alvarado que tenia cerca de sí un grande oratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo; y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que le asaltasen y mantuviesen; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los defensores trataban ya de retirarse con el ejemplo de los suyos. Redujo luego á un escuadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas para dar aviso á los demas capitanes del parage donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Cristóbal de Olid y mandaba Hernan Cortés; y la multitud que desembocó en la plaza huyendo el avance de su gente, dió en el escuadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos combatidos por ambas partes; y sucedió lo mismo á los que rechazaba

en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo parage.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los españoles, huyeron desalentados á guardar la persona de su rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion; y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dejaban atras para tener seguras las espaldas; y dispuso que los bergantines con sus canoas cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de cualquiera novedad que mereciese reparo.

Fue menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres mejicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua mas profundas, con cabos españoles que no los dejasen escapar con la carga miserable para celebrar aquellos banquetes de carne humana que daban la última solemnidad á sus victorias; y con todo este cuidado no fue posible atajar por la raiz el inconveniente, pero se redimió el esceso y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Vinieron aquella noche diferentes cuadrillas de paisanos, poco menos que difuntos, á dar su libertad por el sustento; y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos : y Hernan Cortés, que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos, ordenó que se les diese algun refresco para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Por la mañana se vieron llenas de mejicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido para defender la última retirada; y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta; porque deseaba repetir la instancia de la paz, teniendo entonces por verosímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo menos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embajada tres ó cuatro prisioneros de los mas principales, y se aguardó la respuesta, no sin otra esperanza de que hacia fuerza la proposicion, porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozin con sus nobles ministros y militares, un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco de Tlateluco, tenian cerradas todas las avenidas, con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las

calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los españoles á reconocer el parage que desamparó el enemigo, y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los españoles sin ofender ni provocar; y se conoció que tenian ellos la misma órden; porque bajaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo para que se creyese que les sobraba el bastimento; y salian de cuando en cuando algunos capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento como pudieran de la victoria.

Uno de estos se acercó al parage donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafío; y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete: « que trujese otros diez como él, y permitiria que » pasase á batallar con todos juntos aquel español, » señalando á su page de rodela. Conoció el indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfia con mayor insolencia; y el page, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y seria de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen; y pasando como pudo el foso, cerró con el mejicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus pies: accion que tuvo grande aplauso entre los españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido; y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces, y ciñéndole de su mano la espada que ganó por sus puños, le dejó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del ejército.

En los tres o cuatro dias que duró esta suspension de armas, hubo frecuentes conferencias entre los mejicanos sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los

tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos; y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su rey; pero aquellos sacerdotes inmundos que votaban, mandando como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos; por cuyo medio encendieron los ánimos haciéndolos partícipes de su furor: con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas; y Guatimozin lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que antes de romper la tregua saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la ciudad, para tener prevenida la retirada caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Ejecutóse luego esta órden, y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos: de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los españoles de la laguna, y él conoció luego que hacian aquella prevencion los mejicanos para escapar con la persona de su rey, dejando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por general de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiase á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida; y poco despues movió su ejército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse; y antes que llegase la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusiéronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo, porque al esperimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella frágil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro; y segun parece avisaron de él á Guatimozin, porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su príncipe; y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso cuatro mejicanos en trage de ministros, los cuales, hechas con afectada gravedad las humillaciones de su costumbre, dijeron á Cortés: « que la magestad
» suprema del poderoso Guatimozin, su señor, los habia nombrado
» por tratadores de la paz, y los enviaba para que, oyendo al capitan de los españoles, volviesen á informarle de lo que se debia
» capitular en ella. » Respondió Hernan Cortés: « que la paz era
» el único fin de sus armas; y aunque pudieran ellas dar entonces
» la ley á los que tardaban tanto en conocer la razon, venia desde
» luego en abrir la plática para que se volviese al tratado; pero
» que materias de semejante calidad se ajustaban dificultosamente

» por terceras personas; y así era necesario que su príncipe se de- » jase ver, ó por lo menos se acercase con sus ministros y conse- » jeros, por si hubiese alguna dificultad que necesitase de consulta; » puesto que se hallaba con ánimo de venir en cuantos partidos no » fuesen repugnantes á la superior autoridad de su rey : á cuyo fin » le ofrecia con empeño de su palabra, » y añadió la fuerza del juramento : « que por su parte no solo cesaria la guerra, pero se » procurarian lograr en su obsequio todas las atenciones que mi- » rasen á la seguridad y al respeto de su persona. »

Retiráronse con este mensage los enviados, satisfechos al parecer de su despacho, y volvieron aquella misma tarde á decir : « que su » príncipe vendria el dia siguiente con sus criados y ministros á » escuchar desde mas cerca los capítulos de la paz. » Era su intento entretener la conferencia con varios pretestos hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones para ejecutar la retirada que ya tenian resuelta : y así volvieron á la hora señalada los mismos enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozin hasta otro dia por un accidente que le habia sobrevenido : alargóse despues el plazo con pretesto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasaron cuatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernándose por el estado en que se hallaban, tanto que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozin; y cuando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire; y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

## CAPITULO XXV.

**Intentan los mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente se consigue su prision y se rinde la ciudad.**

Llegó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozin, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los mejicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortés; y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fue acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas en que venian los nobles y casi todos los cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra

los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su rey, entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo ejecutaron acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remo seis ó siete piraguas por lo mas distante de la ensenada; y ordenó al capitan García de Holguin que partiese á darlas caza con el bergantin de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

Nombró entre los demas capitanes á García de Holguin, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque mas obediente á los remos: circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse mas que á tomar la vuelta y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dejarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los mejicanos de la primera dijeron á grandes voces que no se disparase, porque venia en aquella embarcacion la persona de su rey; segun lo interpretaron algunos soldados españoles que ya sabian algo de su lengua, y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua se arrojaron á la presa García de Holguin y algunos de sus españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozin; y conociendo al capitan en el semblante de los otros, le dijo: « yo soy tu prisionero, y quiero » ir donde me puedes llevar: solo te pido que atiendas al decoro de » la emperatriz y de sus criadas. » Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su muger para que subiese á él, tan lejos de la turbacion, que reconociendo á García de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió: « no tienes que discurrir en esa gente de mi séquito, » porque todos se vendrán á morir donde muriere su príncipe: » y á su primer seña dejaron caer las armas, y siguieron el bergantin como prisioneros de su obligacion.

Peleaba entretanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas; y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza que tomó á su cargo la resolucion de facilitar á costa de su sangre la libertad de su rey. Pero duraron poco en la batalla, porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de mas apagado rumor. No solo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hicieron preten-

sion de pasar á los bergantines para seguir la fortuna de su príncipe.

Llegó entonces García de Holguin, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortes, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió como de paso cuenta del suceso; y viéndole inclinado á encargarse del gran prisionero, continuó su viage, temiendo que pasase á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Continuábanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad; y los mejicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento, hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozin, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con mas señas de asombrados que temerosos.

Conocióse luego la causa de aquella novedad, porque llegó entonces el aviso que adelantó García de Holguin, y Hernan Cortés levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luego á los cabos de su ejército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones sin pasar á mayor empeño hasta otra órden; y enviando al mismo tiempo dos compañías de españoles al surgidero para que asegurasen la persona de Guatimozin, salió á recibirle cerca de su alojamiento, cuya funcion ejecutó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron mas que las palabras las señas esteriores; y Guatimozin correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado para encubrir el despecho.

Cuando llegaron á la puerta se detuvo el acompañamiento, y Guatimozin entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentáronse luego los dos, y él se volvió á levantar para que tomase Cortés su asiento, tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática diciendo: «¿qué aguardas, valeroso capitan, que no me quitas la vida con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que me ha faltado la de morir por mi patria.»

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dijo lo demas el llanto, llevándose tras sí las cláusulas de la voz y la resistencia de los ojos: siguióle con menos reserva la emperatriz, y Hernan Cortés necesitó de negarse á las instancias de su piedad para no enternecerse. Pero dejando algun tiempo al desahogo de ambos príncipes, respondió á Guatimozin: «que no era su prisionero, ni habia caido en semejante indignidad su grandeza; sino prisionero de un príncipe tan poderoso que no tenia superior en todo el orbe de la tierra, y tan benigno que de su real clemencia podia esperar no solamente la libertad que habia perdido, sino el imperio de sus mayores, mejorando con el título de su amistad: que por el tiempo que tardase la noticia de sus órdenes, seria

» respetado y servido entre los españoles, de manera que no le hi- » ciese falta la obediencia de sus mejicanos. » Y quiso pasar á consolarle con algunos ejemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle, sin mortificarle, porque no se hicieron los consuelos para reyes desposeidos, ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo cuando faltaba Dios en el entendimiento.

Era Guatimozin mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordenada proporcion: alto sin descaecimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan lejos de la oscuridad, que parecia estrangero entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demas, daba señas de fiereza interior, tan enseñado á la estimacion agena, que aun estando afligido no acababa de perder la magestad. La emperatriz, que seria de la misma edad, se hacia reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, mas varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Motezuma, ó segun otros, su hija; y cuando lo supo Hernan Cortés repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel príncipe. Pero le tenia cuidadoso la necesidad de volver á su ejército para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos, y cortando la conversacion se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dejólos á cargo de Gonzalo de Sandoval con la guardia que pareció suficiente; y antes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozin, cuyo intento fue interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: « que no los maltratase ni ofen- » diese, pues bastaria para reducirlos la noticia de su prision. » Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés, cabiendo entre sus congojas este noble cuidado verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasage, dispuso tambien que le acompañase uno de sus ministros, mandando por este medio á la gente de guerra y al resto de sus vasallos, que obedeciesen al capitan de los españoles; pues no era justo provocar á quien le tenia en su poder, ni dejar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el ejército en la misma disposicion que le dejó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad; porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que les puso la prision de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin; y apenas les intimó la órden que llevaba, cuando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Ajustóse, por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados y sin llevar indios de carga: lo cual ejecutaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia ni mal pasage; y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados que tanto los aborrecian.

Entró despues el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad, y solo se hallaron lástimas y miserias que hacian horror á la vista y miedo á la consideracion, impedidos y enfermos que no pudieron seguir á los demas, y algunos heridos que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fue de mayor espanto á los españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exequias, de que resultaba un olor intolerable que atemorizaba la respiracion; y á la verdad tenia poco menos que inficionado el aire, cuyo recelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus cuarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel parage sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacan, llevando consigo el trozo de Cristóbal de Olid, entretanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso, como consecuencias de aquella felicidad (1).

Sucedió la prision de Guatimozin, y la total ocupacion de Méjico, á trece de agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de San Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir con título de patron. Duró el sitio noventa y tres dias, en cuyos varios accidentes prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey, hasta la última obligacion del espíritu y la paciencia.

Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opinion y otros á la diligencia de las armas; y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el Máximo Emperador Carlos V á Fernando Cortés no menos que otra corona

(1) Segun Cortés, los muertos y prisioneros mejicanos pasaron de 50 mil; y otros tantos ó mas murieron de hambre y enfermedades durante el sitio. La guarnicion, por lo que dice el mismo, se calcula próximamente en 200 mil hombres.

digna de sus reales sienes. ¡ Admirable conquista ! ¡ y muchas veces ilustre capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros ejemplos en la historia (1).

(1) Aun cuando la conquista de Méjico, con que Solís termina su obra, sea en efecto la joya mas brillante de la corona militar de Hernan Cortés, menester será sin embargo, que el lector recorra toda la historia de Nueva España hasta el final regreso de aquel guerrero á su patria, para poderle juzgar como militar y político, segun lo han hecho á su manera los estrangeros. Estos, tan propensos á la indulgencia consigo mismos, como dispuestos á encarecer los errores agenos, si bien no podian negar á Cortés ni el talento militar, ni el valor arrojado y perseverante que dejó atestiguado con la conquista de un vasto y poderoso imperio, han procurado en cuantas ocasiones se les han ofrecido, rebajar en lo posible las grandes cualidades que el mas ilustrado de los conquistadores de América reunia en su persona.

No es fácil en una nota, y sin podernos referir en todos los hechos al texto que para ello debia acompañarla, entrar en pormenores enojosos sobre los acontecimientos históricos que sirven de fundamento á los estrangeros para amortiguar la gloria del vencedor de Méjico. Sin embargo procuraremos, aunque lijeramente, indicar hasta dónde alcanza la solidez de los cargos hechos por aquellos á Hernan Cortés, y el verdadero punto de vista bajo el cual deben considerarse, para juzgarle con la posible imparcialidad. Reasumidas pues, las varias acriminaciones que en contra suya se han estampado por diferentes autores, y se hallan transcritas y compendiadas en la obra ya citada de Mr. Robertson, resultan como en primer término dos cargos de mucha gravedad y trascendencia, á saber la crueldad y la avaricia: examinemos atentamente el primero.

Los hechos sobre que mas se apoyan los historiadores para probar las crueldades autorizadas por Cortés, son el castigo de la traicion de Cholula, el de la sublevacion de la provincia de Panuco, y la muerte de Quautemoctzin, último emperador mejicano; el mismo que sostuvo el sitio de la capital. Del primero ya hemos hablado suficientemente en la nota de la pág. 183, y no es menester repetirlo de nuevo. Respecto del segundo advertiremos ante todo, que ni somos partidarios de la violencia ni de los castigos estremados; y que en ese acontecimiento condenamos con la misma severidad los escesos de los españoles, que las atrocidades cometidas por los indios de Panuco. Estos, segun refieren los historiadores, se rebelaron á causa de las tropelías que la soldadesca desmandada de Garay, cometió en el pais robando las haciendas y mugeres de aquellos habitantes; quienes no solo tomaron las armas en son de guerra, sino que asesinaron multitud de españoles de Garay así como á varios de Cortés que residian tranquilamente en las poblaciones, bien agenos de los desórdenes cometidos por los aventureros que habian llegado á la costa. Los soldados de Cortés, pocos en número para hacer frente á la muchedumbre, y ya muy apurados dentro del fuerte de Santisteban, debieron su salvacion al oportuno socorro de Sandoval; quien no solamente derrotó en dos encuentros las fuerzas reunidas de los naturales; sino que hizo prisioneros infinito número de los mismos despues de haber hecho quemar á cuatrocientos segun Cortés, ó á veinte, segun Bernal Diaz, de los principales que ejecutaron la rebelion y tuvieron parte activa en los asesinatos de quinientos españoles como asegura este último. He aquí el hecho conforme lo refieren los historiadores.

En nuestro modo de ver no pudieron ser tantos los españoles asesinados; antes bien su número debe mirarse como una exajeracion de la ira que procura dar mayor bulto á la ofensa: ó de lo contrario será preciso convenir en que fue mucho mayor la mortandad; porque asegurando Bernal Diaz que los restos del ejército regresaron á Cuba en un navío; sabiéndose que los buques á que daban entonces este nombre, no sufrian á bordo mas de 60 á 70 hombres; y habiendo dicho antes que el ejército de Garay se componia de 800 infantes y 136 caballos; se deduce naturalmente que rebajando esos 60 á 70 hombres y los 43 que fueron prisioneros al fuerte, perecieron 823 hombres y ademas los caballos. Pero conocido el estrago que estos últimos hacian en los indios, y lo fácilmente que pudieron reunirse unos y otros sabido el

riesgo comun, es increible que ese número de guerreros de á pie y de á caballo, no hubiera bastado para contener á lo menos el primer ímpetu de los indios. Lo mas probable es que la armada de Garay no fue tan numerosa como se dice: tanto mas cuanto que no era fácil pudiese hacer un armamento á sus espensas, tan crecido para aquel tiempo, despues de haber perdido otras dos espediciones al mando de Pineda y Ramirez. He aquí de que manera se contradicen en sus propios escritos los historiadores contemporáneos, y como vienen á quedar sus narraciones al arbitrio discrecional de la crítica sensata.

Respecto á la ejecucion jurídica de los 400 caciques y capitanes, queda destruida tan numerosa mortandad, ya se atienda por una parte al aserto de Bernal Diaz que solo señala *veinte*, ya por otra á que en una provincia reducida como la de Panuco, cuyas fuerzas no eran comparables á las de Tlascala, no podia haber 400 caciques y capitanes: á menos que no queramos prescindir de la organizacion civil y militar de aquellos pueblos.

Este juicio que acabamos de formar no es indiferente para conocer el fundamento de la calificacion de crueldad que se da á ese suceso; porque no es lo mismo resolverse á sacrificar, cuando la necesidad lo exige, á veinte individuos que á cuatrocientos. Hay mas: los españoles dieron libertad á las mugeres, niños y guerreros, y solamente buscaron y castigaron á los gefes promovedores de la sedicion. Esto hecho es una prueba de que los españoles en esa ejecucion siguieron á un mismo tiempo las leyes de la justicia y de la política: de lo contrario, vencidos los de Panuco en dos batallas, pudiera haber sido mas breve pasarlos á cuchillo. Vengamos ahora á la cuestion de derecho.

Si partimos del principio de que ninguna potencia tiene derecho para invadir y sojuzgar á otra, mientras esta no quebrante las leyes del derecho comun, indudablemente habremos de condenar como injusta la invasion de los españoles en América; de los portugueses en la del mediodia; de los ingleses en la septentrional y en la India; de los franceses en la Jamaica, etc.; así como tambien habríamos de condenar por la misma regla ese principio de legitimidad con que rigen sus estados los príncipes europeos, cuyo derecho no fue otro en su principio que el derecho de la espada. Por esa razon hay que prescindir de lo justo ó injusto de semejante derecho; porque ademas de que la posesion y el tiempo llegan á legitimarle; es por otra parte el único y mas generalmente temido y acatado. De ese derecho por todos condenado en teoría, y por todos aplicado á la práctica hasta en los sucesos mas comunes de la vida, nace otro como consecuencia inevitable, cual es el de imponer á los vencidos las leyes que al vencedor le dicta el instinto de su propia conservacion: de suerte que la necesidad de vigilar por ella, le autoriza para reprimir con mano fuerte todos los actos atentatorios contra el derecho que tiene á su conservacion. Toda esta doctrina de hecho, que produce sin embargo resultados legítimos por el transcurso del tiempo, si bien no es la mas ajustada á los rectos principios de la sana moral, es sin embargo, y á despecho de la razon y de la justicia, la mas comun y admitida desde que el hombre existe; y como no es fácil, ó mejor, es imposible que este sea otra cosa de lo que ha sido y es actualmente, será muy probable que aquella doctrina siga rigiendo el destino de las sociedades.

En el suceso, pues, á que nos referimos, Cortés y Sandoval no hicieron otra cosa que aplicar un derecho admitido en la práctica, sopena de renunciar al dominio de una provincia, que si tuvo el derecho de defender su independencia sin otra responsabilidad que los azares de la guerra, no podia resistirse despues de sometida, sin quebrantar las leyes que le impuso el vencedor, y sin incurrir en las penas que la infraccion de la misma supone. Quisiéramos, pues, preguntar á los estrangeros que tanto se lamentan de la invasion y crueldades de nuestros conquistadores de América, ¿si tuvieron otro derecho ó hicieron de él diversa aplicacion en la práctica, cuando fueron á hacerse dueños de varios puntos de aquel vastísimo continente? ¿si son los ingleses mas fieles observadores del derecho de gentes cuando oprimen con yugo de hierro á los infelices moradore de la India, haciéndolos gemir bajo la rapaz avaricia de sus compañías mercantiles? ¿ó si es una prueba del respeto que guardan á ese derecho cuando á una nacion pacífica como la China, la obligan á cañonazos á recibir en sus mercados un producto nocivo á la salud, y que en uso de

su derecho podian escluir del tráfico ordinario? Pasemos á examinar el último cargo.

La muerte de Quautemoctzin es un acontecimiento que no se halla suficientemente esclarecido en la historia. Háblase por los historiadores de no haberse probado suficientemente la conjuracion que aquel príncipe y sus amigos tenian premeditada para asesinar á Cortés en su expedicion á Honduras; y concluyen que le sentenció á muerte por leves sospechas y con sobrada lijereza. Repetimos que no podemos conocer por la narracion de los historiadores, la parte de razon ó de arbitrariedad con que pudo proceder Cortés en tan grave negócio. Pero es bien estraño en un hombre como este, que sabia disimular y prevenirse contra las asechanzas para sorprender los hechos: que toleró la compañía de Xicotental, cuya tibia adhesion le fue siempre sospechosa; en suma que habia distinguido siempre al vencido y último rey de los mejicanos, llevándole por último á su lado en la espedicion á Honduras; es singular volvemos á decir que *por una leve sospecha apoyada en disposiciones sin fuerza*, como dice Mr. Robertson, hiciese Cortés ahorcar á Quautemoctzin y á sus dos principales caciques. No obstante la obscuridad de la historia en este asunto, aparece en ella sin embargo, que estos caciques confesaron francamente la conspiracion y que solo su príncipe estuvo mas dudoso y equívoco en las declaraciones. Si en efecto no tuvo suficiente causa legal Hernan Cortés para proceder tan violentamente contra aquellos personages, no seremos nosotros los que tratemos de constituirnos defensores de la injusticia y de la tiranía para presentarle exento de defectos como lo procura Solís. Pero la oscuridad misma de ese asunto excluye juicios absolutos y dichos con aire de seguridad, cuando tan fácilmente pudiera aparecer algun documento olvidado entre el polvo de los archivos, que derramase nueva luz sobre la justicia ó la barbárie con que se procedió á la ejecucion de aquellos desgraciados. Sin embargo de todo, si lo que escribe Herrera es cierto, Cortés pudo y debió imponer la última pena á los conspiradores, ó suscribir á un levantamiento general en que pereciesen todos los españoles.

Los estrangeros ponen el grito en el cielo contra los suplicios que allí se empleaban, que no fueron otros sino la horca y la hoguera, olvidándose de que en aquellos siglos eran estos, el tormento y la decapitacion, los mas usados entre los cultos europeos. Consúltense las guerras civiles de Inglaterra en los siglos XVI y XVII; las de Alemania, Italia y Francia; véase que género de suplicio se aplicaba en todas partes á los disidentes en materias de religion: cual fue el que sufrió la doncella de Orleans; y en suma otros infinitos sucesos que por lo muy sabidos dejamos de enumerar; y dígase despues si debemos admirarnos de que se trasladasen á América las mismas atrocidades que se ejecutaban en Europa. Por otra parte, los indios estaban acostumbrados á suplicios tan horribles ó mas que estos; como puede verse en los bárbaros sacrificios que hacian de sus prisioneros: era preciso pues, si la necesidad obligaba á atemorizarlos con el castigo, que este estuviera á la altura de sus toscas sensaciones; de otro modo no hubieran producido efecto alguno.

Concluiremos, pues, asegurando que de ninguna manera aprobamos ningun acto repugnante á la buena moral, nada que rebaje en lo mas mínimo los sentimientos de humanidad que deben reinar entre los hombres. Pero entendemos al mismo tiempo, que los escritores de ciertas naciones en donde han sido tan horriblemente atropellados esos sentimientos de humanidad, no son los que mas derecho tienen para declamar hipócritamente contra los actos de crueldad de otra nacion que en ese punto les cede generosamente la palma.

El segundo cargo que se hace á Cortés, valiéndose del testimonio de Herrera y Bernal Diaz, es el de avaricioso: punto sobre el cual guarda Solís el mas profundo silencio, acaso porque careciendo de pruebas en contrario, y llevando el designio de presentar á su héroe como un caballero sin tacha, juzgó mas acertado tomar aquel prudente partido. Nosotros sin el mismo empeño que Solís, pero llevados del deseo de aclarar los hechos cuanto nos sea posible, alegaremos los que aparecen en oposicion con los asertos de aquellos historiadores, remitiendo al buen juicio de nuestros lectores la resolucion de tan delicado problema.

Hablando Mr. Robertson del regreso de Cortés á España para sincerarse de las acusaciones que sus émulos esparcieron contra él en la córte de Carlos V, pone una

nota que dice lo siguiente: « Segun Herrera el tesoro que Cortés llevó consigo,
» consistia en mil y quinientos marcos de plata labrada, doscientos mil pesos en oro
» fino; y diez mil de baja ley, muchos adornos y joyas, y diamantes de gran valor,
» entre estos uno que valia cuarenta mil pesos. (Cita en apoyo la Década 4, lib. III,
» p. 8; lib. IV, c. I.) Despues se obligó á dotar á su hija en cien mil pesos (Go-
» mara, crón. c. 237) y dejó á sus hijos muy considerable fortuna. Ya en otra parte
» hemos fijado la atencion sobre la pequeñez de la suma que habia repartido entre
» los conquistadores en la primera reduccion de Méjico. Motivo hay, pues, para
» creer que las acusaciones de los enemigos de Cortés, no estaban enteramente
» destituidas de fundamento. Estos le acusan de haberse apropiado injustamente
» una porcion exorbitante de los depojos de los mejicanos; de haber ocultado los
» tesoros de Motezuma y Guatimozin, de haber malversado el quinto del rey: y de
» haber privado á sus compañeros de lo que les era debido (Herrera, Déc. 3,
» lib. VIII, cr. 15; Déc. 4, lib. III, cap. 8): algunos, aun de los mismos conquis-
» tadores, concibieron iguales sospechas. (B. Diaz, cr. 157.) » Veamos pues, el fundamento de esta acusacion.

Las murmuraciones de la muchedumbre contra el que se halla en elevado puesto, adquieren tal carácter de permanencia que llegan á hacerse tradicionales y pasan por consiguiente á las mas remotas generaciones. Las que los mismos soldados suscitaban contra Cortés adquirieron mas valor, por lo mismo que los émulos de aquel se valieron de ellas para hacerle perder el favor del monarca. Herrera pudo conocer algunos de los conquistadores y tomar de ellos esa noticia, que apoyada en la residencia decretada contra Cortés, adquirió el carácter de evidente á sus ojos. Bernal Diaz no estraño se espresase del modo que lo hace contra su gefe; porque aunque capitan, por su escasez de conocimientos y rudeza pertenecia en realidad á la plebe de la milicia: y tan no es estraño en él cualquier errado juicio, cuanto que en la teoría de su profesion descubre la simplicidad de su entendimiento. Véase una prueba de ello: entre sus interminables quejas, nacidas de la envidia que tenia á Cortés, se lamenta de que este se llevase toda la gloria de la conquista, sin acordarse nadie de los que vencieron con él, y le salvaron la vida en los combates puesto que sin ellos no la hubiera llevado á cabo. Semejante queja, como se vé, es muy justa; pero está fundada en una observacion solo digna de Bernal Diaz, porque segun él lo entiende, nada hay mas natural que elogiar la ejecucion material de las manos cuando se trata de las operaciones del entendimiento. Mas como militar debió presumir fundadamente, que si bien Cortés no podia por sí solo verificar la conquista sin en el apoyo de las lanzas de sus compañeros, estos no la hubieran verificado por sí mismos de modo alguno, aun cuando hubieran sido en triplicado número, sin el conocimiento, tino y prudencia militar de aquel gefe, con la diferencia muy notable que el éxito, mandando Cortés, hubiera sido el mismo, fuese ó no ayudado en ella por el esfuerzo de Bernal Diaz; y acaso no se pudiera asegurar lo mismo colocando á la cabeza otro gefe de menos cordura, aun cuando Bernal Diaz hubiese reduplicado su bien conocido valor, como lo acreditaron las malogradas expediciones de Córdova, Garay, Ordaz y otros capitanes menos entendidos. He aquí la diferencia entre la importancia de la cabeza y las manos: diferencia harto delicada para la penetracion de ese estimable guerrero. Así pues no debemos admirarnos de que haya dado crédito á las hablillas de sus soldados, quien tan erróneos juicios formaba en la única materia en que debia ser mas entendido.

Antes de aducir pruebas en contra de esa opinion de los historiadores, debemos advertir que los españoles iban animados de una idea muy exajerada de la riqueza en oro y plata, que esperaban adquirir en Nueva España. El primer desengaño le recibió Velazquez bien á pesar suyo, viendo la poca importancia de los rescates hechos por Grijalva. No era posible sucediese otra cosa en pais donde se desconocia la ciencia metalúrgica así como el laboréo de minas; y donde la esplotacion estaba reducida á recoger en los rios y en las vertientes de los montes, los granos de oro que, por la accion de las aguas, naturalmente se desprendian de los criaderos. Por lo mismo es preciso leer con recelo las abultadas ponderaciones de los coronistas de América en este particular. Pasemos ahora á la vindicacion de Cortés.

Al hacer este su relacion de la conquista de Méjico, dice al rey lo siguiente:

« Nuestros amigos (los indios auxiliares) hubieron este dia muy gran despojo; el » cual en ninguna manera les podiamos resistir; porque nosotros éramos obra de » nuevecientos españoles; y ellos mas de ciento y cincuenta mil hombres: y nin- » gun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen; aunque de » nuestra parte se hacia todo lo posible. Y una de las cosas porque los dias antes » yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomán- » dolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua: y ya que no lo » hiciesen, nuestros amigos habrian de robar todo lo mas que hallasen. » Y mas adelante continúa diciendo: « Recojido el oro, y otras cosas, con parecer de los » oficiales de Vuestra Magestad, se hizo fundicion de ellos: y montó, lo que se » fundió mas de ciento y treinta mil castellanos (ducados), de que se dió el quinto » al Tesorero de Vuestra Magestad... Y el oro que restó, se repartió en mí y en los » españoles, segun la manera, y servicio y calidad de cada uno... Entre el despojo » que se hubo en la ciudad, hubimos muchas rodelas de oro (1), y penachos y plu- » majes... y parecióme que no se debian quintar ni dividir, sino que de todas » ellas se hiciese servicio á Vuestra Real Magestad; y que de la parte que á ellos » venia y á mí, sirviésemos á Vuestra Magestad, y ellos holgaron de lo hacer de » muy buena voluntad; etc. » Veamos si podemos verificar estos hechos por lo que los mismos historiadores deponen.

Todos ellos convienen y están de acuerdo en estos puntos esenciales y que no deben perderse de vista en esa grave cuestion. 1° : Que cuando Motezuma dió á Cortés el regalo ó presente para Cárlos V, le aseguró que en aquellas joyas consistia su principal riqueza: las de oro reducidas á barras subieron segun unos á 600,000 pesos, segun otros á 700,000 ducados: la diferencia por cierto es harto notable. 2° : Que todas estas riquezas se perdieron en la *noche triste* durante la batalla de la calzada. 3° : Que los indios auxiliares de Cortés entraron á saco la ciudad de Méjico. Y 4° : Que todos sabian la promesa hecha por Quautemoctzin, de arrojar á las lagunas sus tesoros para que no se utilizasen de ellos los españoles. Nadie ha desmentido tampoco, no la codicia de Cortés, sino la insaciable de sus mismos detractores, y el tormento dado por su causa al vencido emperador y á un primo suyo, para obligarlos á declarar el punto en donde suponian tener escondidos sus tesoros; y todos concuerdan en que se hizo contra la voluntad de Cortés y sin producir mas resultados que el mantenerse firmes aquellos en asegurar habian arrojado todo á las lagunas. Si esto sucedió así, ó lo que es mas probable, no eran tan cuantiosos los tesoros como los españoles se figuraban, es punto de difícil investigacion. Lo que no tiene duda es, que recordando el saqueo terrible hecho por los indios auxiliares, lo que en efecto pudo arrojarse á la laguna, lo cual no era fácil registrar de pronto, atendida su estension de veinte leguas de circuito, y las ocultaciones que se hacen en todo asedio de plaza fuerte, no es de admirar que el valor de lo recogido escediese poco de 130,000 ducados como dice Cortés, ó 380,000 pesos de oro segun dice Bernal Diaz; diferencia de sumas muy notables y que atendidas las quejas del Tesorero Real Alderete, por la escasez del botin, y su empeño en dar tormento al emperador, nos hace inclinar mucho á tener por mas cercana á la verdad la suma señalada por Cortés, que no la de Bernal Diaz, quien solo escribe lo que los soldados decian en sus corrillos. Este, á veces harto malicioso con aspecto de sencillez, deja correr la pluma refiriendo todo lo que contra Cortés se murmuraba relativamente á su integridad; y suelta, como al paso, la especie de haber distraido el quinto del Rey. En efecto le distrajo y por consiguiente no pudo llegar á su destino. Pero hubiera sido conveniente que Bernal Diaz nos hubiese dicho en que lo invirtió; cosa bien fácil de hacer si cuando escribió su historia hubiera tenido á la vista las relaciones de Cortés; entonces habria hallado que en una de ellas, despues de rendido Méjico, y hablando de la pacificacion de varias provincias, reclama del rey 50,000 pesos de oro que de su propio peculio habia gastado con ese objeto, ademas de otros 60,000 de la Real Hacienda; y añadiendo por último, para mas obligar á S. M., que habia contraido empeños con varias personas hasta en cantidad de 30,000 pesos de oro.

(1) Esas rodelas no eran de oro macizo, como puede entenderse por la frase, sino de madera, guarnecidas y chapeadas a trechos, con láminas de oro de diferentes dibujos.

Cuando los coronistas, y Bernal Diaz en particular, hicieron mencion de esos hechos verdaderos ó supuestos, juzgaron de ellos con escaso criterio; porque perdieron de vista todas las especiales circunstancias de aquella colosal empresa. Olvidáronse de que Cortés puso las dos terceras partes en buques y pertrechos para armar la espedicion: que á sus espensas se proveyeron en la Habana sus soldados de armas, municiones y vestidos, los que juntamente con las vituallas, se le vendieron á muy alto precio: que envió á comprar de su cuenta en la isla Española, antes de conquistar á Méjico, caballos, armas, ballestas y pólvora, y grangear gente para su empresa: auxilios que fueron llegando lentamente, la mayor parte despues de sojuzgada aquella capital: que los regalos á los caciques, ya cuando venian á prestar obediencia, ya cuando los despidió, concluida aquella conquista, de su parte de botin se hacian, no de la de sus tropas: que cuando antes de la retirada se hizo el reparto en Méjico de los presentes de los caciques súbditos de Motezuma, quejosos los soldados de la poca parte que les cupo, Cortés distribuyó de la suya lo suficiente para contentarlos. Por último perdieron de vista aquellos historiadores, que á Cortés, como gefe, se le originaban infinitos gastos de que no lleva cuenta la muchedumbre; y que ademas debia cubrir los que consumieron su fortuna, y el reintegro que de una parte de la armada debia hacer á Velazquez.

No intentamos con lo dicho poner completamente en salvo la probidad de Cortés respecto de algunas quejas que contra él se divulgaron. Pero no habiendo pruebas que las revistan de carácter legal, lícito es desviar esas pequeñas sombras de la brillante aureola con que ha llegado hasta nosotros el nombre de un guerrero, que en tan alto grado ennoblece las páginas de nuestra historia militar.

El mismo Cárlos V no dió desde luego crédito á semejantes vulgaridades; y así es que al disponer se le tomase residencia, le dirijió una carta fecha en Toledo á 4 de Noviembre de 1525 (Documentos inéditos ya citados), en que le aseguraba estar satisfecho de sus servicios; pero que por cumplir con las leyes, poner mas á cubierto su honra, y dar satisfaccion á muchas personas que sin duda por envidia le acusaban, habia mandado tomar la residencia. A esto se agrega que por el ruidoso y largo espediente instruido con este motivo en el consejo de Indias, nada resultó contra el buen nombre de Cortés, á pesar de lo mucho que para deshonrarle trabajaron los poderosos amigos de Diego Velazquez. Mas sin embargo si no lograron mancillar su nombre, con el tiempo consiguieron sus émulos entibiar el favor del rey, hacer que se le despojase violentamente por el consejo de los cargos y haciendas que tenia en Nueva España, complicar el malhadado espediente hasta el punto de que Cortés entablase demanda contra el fiscal del Rey; y por último lograron llenar de desengaños y amargura los últimos dias del conquistador de Méjico. Su carta al Rey desde Valladolid á 3 de Febrero de 1544, está escrita con aquel sentimiento noble y profundo de quien vé mal recompensados sus relevantes servicios. « Pensé » (dice en ella) que haber trabajado en mi juventud, me aprovechára para que en » la vejez tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las armas á cuestas, poner la » persona en peligros, gastar mi hacienda, y edad, todo en servicio de Dios,... » y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey, ganándole y » trayéndole á su yugo y Real cetro muchos y muy grandes reinos y señorios de » muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y espensas, » sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos y envidiosos que como sanguijuelas han rebentado de hartos de mi sangre.... Véome » viejo y pobre, y empeñado en este reino en mas de veinte mil ducados, sin mas » de ciento otros que he gastado de los que traje é me han enviado, que algunos » dellos debo tambien, que los han tomado prestados para enviarme, y todos corren » cambios, y en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa, no es mucho lo » que he gastado, pues nunca he salido de la córte con tres hijos que tengo en ella, » con letrados, procuradores y solicitadores: que todo fuera mejor empleado que » V. M. se sirviera dello, y de lo que yo mas hubiera adquirido en este tiempo, etc. »

He aquí los sentimientos y la espresion dolorosa del hombre grande que reconoce y estima su propio valor. Sirvan pues de respuesta á sus detractores, de oprobio á sus émulos, de satisfaccion á las censuras de los estrangeros y de generoso orgullo á su patria.

# RESUMEN HISTORICO

DE LA

# CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA,

**Desde la rendicion de Méjico hasta el fallecimiento de Hernan Cortés.**

---

Sometida la capital del vasto imperio mejicano, acontecimiento celebrado por los conquistadores con todo el entusiasmo que inspira la victoria, y desembarazados los ánimos de la lisonja del vencimiento, fijaron su atencion en otro punto no menos interesante á su objeto cual era el repartimiento del botin, principal estímulo de la soldadesca para arrojarse ciegamente á los peligros y la muerte. Mas las esperanzas de apoderarse de las inmensas riquezas que creyeron hallar en Méjico, salieron frustradas, ya por ocultaciones de que los soldados acusaban á sus gefes, ya porque Guatimozin hubiese estraido ú ocultado gran suma de ellas, ó arrojádolas á las lagunas como lo habia prometido en caso de sucumbir la ciudad. Lo cierto es, que la suma total en oro y plata, que cupo al ejército vencedor, no escedió de 120 mil pesos, si hemos de dar crédito á las relaciones del mismo Hernan Cortés: suma en verdad nada escesiva en comparacion de la que, sin emplear los violentos medios de la guerra, adquirieron los españoles durante su anterior permanencia en Méjico.

La escasez del botin suscitó murmuraciones en el ejército; y no pocos oficiales participaban del mismo espíritu de recelo, ya con respecto á la pureza de Cortés en asunto tan delicado, ya relativamente á Guatimozin, de quien sospecharon hubiese ocultado los tesoros que debió heredar de Motezuma. Uno de los que mas calor daban á las quejas de los soldados era el alferez Julian de Alderete, quien en calidad de Tesorero Real, clamaba porque se hiciesen

todas las indagaciones posibles, no solo para satisfacer las quejas de los soldados, sino principalmente porque subiese de valor el quinto que de los despojos pertenecia al Rey. Inútiles fueron los esfuerzos de Cortés para calmar el descontento y la irritabilidad de unos hombres que habian arrostrado la muerte en cien combates con la esperanza de hallar satisfecha su codicia en el saqueo de una ciudad reputada por la mas rica de Nueva España. Así fue que acosado por las instancias y aun conminaciones de Alderete y demas oficiales que ejercian jurisdicion en nombre del Rey, y temiendo sobre todo que el ejército rompiese el yugo de la subordinacion, y se diese á escesos que tan temibles son en la soldadesca entregada á su propio impulso, consintió, á despecho suyo, en que se diera tormento á Guatimozin, como aquellos con apremiantes instancias pretendian, á fin de que declarase el lugar en donde habia ocultado sus riquezas. Ningun fruto produjo ese bárbaro procedimiento, que Cortés lleno de indignacion mandó suspender, puesto que el desventurado emperador lejos de mostrar la menor señal de flaqueza en el tormento, conservó aquel valor de que dió tantas pruebas durante el sitio de la plaza, manteniéndose firme en declarar que todas cuantas riquezas poseía, habian sido arrojadas á las lagunas por órden suya. Su favorito, sometido igualmente á la tortura, y menos vigoroso que su señor, espiró en ella, no sin algun recelo por parte de los españoles, de ser sabedor del parage en donde se ocultaban los apetecidos tesoros.

Rendida Méjico, no tardaron mucho tiempo en someterse igualmente las provincias tributarias, por faltarles aquel centro de unidad, de apoyo y de concierto, que pudiera alentar su resistencia. Para consumar la obra, y particularmente con el designio de descubrir un camino mas corto para las Indias Orientales, siguiendo esactamente las indicaciones hechas de antemano por Cristóbal Colon, atrevida empresa que iba realizando el célebre Magallanes en el tiempo mismo en que Cortés sitiaba la capital de Nueva España, destinó este los mas distinguidos capitanes de su ejército con las fuerzas de que proporcionalmente podia disponer, para que llevasen á efecto ambos pensamientos, de los cuales se prometia por resultado estender indefinidamente el poderío español. La sumision de las provincias lejanas llevaba como consecuencia necesaria el establecimiento en ellas del gefe que mandaba la espedicion, á quien se concedian cuantiosas posesiones, y derecho y autoridad necesarios para exigir de los indios los servicios indispensables en calidad de súbditos del rey de España. Mas la autoridad de esos capitanes reconocia la dependencia de la superior de Méjico, centro del supremo gobierno, ciudad elegida por Hernan Cortés para residencia de las primeras dignidades de aquel nuevo estado.

Mientras que el talento, la actividad y el denuedo de tan ilustre caudillo, afianzaban para su patria aquellos vastos dominios, la fama de sus hechos volaba de boca en boca, despertando en algu-

nos de sus compatriotas ese género de venenosa envidia engendrada en las cortes, y que tan fácil senda suele hallar hasta el corazon de los reyes. El motivo principal de cuantos cargos dirigia la envidia contra Cortés, traia su origen del resentimiento y quejas de Diego Velazquez, quien jamás, mientras vivió, pudo perdonar á aquel el haberle arrebatado la gloria de ser el conquistador de Méjico. Fonseca, obispo de Burgos, y presidente del consejo de Indias, protegia abiertamente á Velazquez, y se declaró por consiguiente acérrimo enemigo de Cortés, á quien por medio de reiteradas intrigas logró hacer sospechoso, bajo pretesto de que la autoridad que ejercia en Méjico era una verdadera usurpacion del poder real. Por mas prevenido que se hallase el Monarca á favor de un guerrero que con tanta valentía como talento acababa de estender prodigiosamente los límites de su imperio; el temor de hallar un rebelde en quien admiraba como héroe, pudo lo bastante en su ánimo para consentir que Cristóbal de Tapia pasase á Nueva España con las correspondientes facultades para examinar la conducta de Cortés, destituirle, apoderarse de su persona y confiscar sus bienes, dando cuenta al consejo de Indias.

Pero afortunadamente el carácter blando é irresoluto de Tapia, y la destreza con que supo conducirse Cortés, pararon ese primer golpe; y Tapia regresó á España sin haber llevado á efecto su comision, y sin dejar satisfecha la venganza de Fonseca. Sin embargo de eso, conociendo Cortés que semejante tentativa contra su reputacion debia ser preludio de otras mas eficaces, procuró precaverse con tiempo dirigiendo al Rey una manifestacion clara y sincera de su conducta, é implorando al mismo tiempo la investidura de gobernador de aquella provincia, necesaria para ejercer legítimamente la autoridad que representaba. Esta esposicion fue acompañada de ricos presentes para Cárlos V con los cuales se proponia darle á conocer la importancia de su conquista.

La presencia en la corte de los dos comisionados que traian la esposicion y presente de Cortés, los términos respetuosos en que hacia patentes sus servicios y su firme adhesion y lealtad al Monarca, la grandeza de sus hazañas, y la vista de aquel rico presente, mudo pero elocuente testimonio de los tesoros que encerraba el nuevo mundo, todo hablaba en favor de Cortés, y escitaba el entusiasmo de sus muchos admiradores. Y de tal manera logró reunir en su apoyo el sufragio comun de sus compatriotas y aun del mismo príncipe, que á pesar de la incesante oposicion y contínuas demandas del obispo de Burgos y de los demas amigos de Velazquez, el Rey nombró en 1522 á Cortés Gobernador y Capitan General de Nueva España, acompañando el nombramiento con una carta autógrafa en que S. M. aprobaba su conducta y se daba por satisfecho de sus relevantes servicios.

Libre por entonces del temor de que sus émulos le inquietasen con nuevas intrigas, volvió Cortés toda su atencion á los objetos de buen

gobierno y de utilidad comun, á cuyo fin dió principio á la reedificacion de Méjico, arruinada en gran parte por los estragos de la guerra, al mismo tiempo que distribuyó por diversas provincias personas inteligentes para hacer nuevos descubrimientos de minas y dirijir las operaciones, que á la sazon se conocian, en las mas ricas de las descubiertas hasta entonces por los españoles.

Pero estas diligencias de su celo para acrecentar el poder y riqueza material de su pátria, exijian una condicion precisa, sin la cual todo lo demas debia mirarse como efímero y transitorio: esa condicion consistia en someter á toda costa las provincias distantes de la capital. Con ese objeto envió Cortés varios de sus capitanes á sojuzgarlas y poblar en ellas, como se ha dicho anteriormente, los cuales necesitaron de todo su valor y del conocimiento práctico que tenian del modo de guerrear de los indios para no perecer en la demanda, atendida la escasez de sus fuerzas comparadas con las muy superiores de sus contrarios.

Entre las expediciones mas notables de aquellos capitanes, ocupa el primer lugar la reconquista de la provincia de Panuco; no ya por las dificultades que hubieron de vencer los españoles para conservarla, sino por las escenas que tanto motivo han dado á los escritores estrangeros para declamar contra la crueldad y barbarie de los conquistadores. Habíase divulgado por las Antillas la riqueza en oro y plata de todo el país bañado por el rio que dá nombre aquella provincia, situada al nordeste de Méjico. Y aunque el territorio pertenecia al gobierno de Cortés, quien tenia en él por su teniente al capitan Pedro de Vallejo, vino en deseo de tenerla con igual título Francisco de Garay á la sazon gobernador de la Jamaica. Pidió para ello las correspondientes provisiones al consejo de Indias, cuyo presidente Fonseca valiéndose de una ausencia temporal del rey, halló ocasion oportuna de vengarse de Cortés, haciendo conceder á Garay los despachos que solicitaba de adelantado y gobernador de aquella provincia y demas paises que descubriese. Las dos primeras tentativas de Garay hechas por dos de sus capitanes se malograron, ya por falta de pericia en la navegacion, ya por carecer de la táctica necesaria para combatir con los indios de aquel país, de suyo feroces y valientes: de suerte que se vió precisado á preparar la tercera expedicion mandada por él mismo en persona, con objeto de indagar el paradero de los buques de que constaba la segunda, y con todas la fuerzas reunidas tomar posesion de la provincia de Panuco, despojando á Cortés del derecho que el mismo rey le habia otorgado. Tal y tan irreconciliable era el odio que le profesaban el Obispo de Burgos y Velazquez, verdaderos suscitadores de tan temeraria como costosa empresa.

Jamas se habia visto en las costas de Nueva España una armada tan respetable como la que mandaba Garay; porque si bien la de Pánfilo de Narvaez fue superior en número, era, sin embargo, inferior en el arma ventajosa para aquel género de guerra, puesto

que, ademas de 800 infantes, llevó Garay 136 caballos, fuerza muy considerable en razon del estrago espantoso que hacia la caballería en los indios, faltos de medios de defensa contra ese poder terrible que constantemente daba la victoria á los españoles. Pero Garay no era militar de capacidad para tamaña empresa; y sobre todo carecia del ascendiente necesario para hacerse respetar de sus soldados, y obligarles á observar la subordinacion y disciplina con que logró Cortés el triunfo completo de sus armas, hasta en los casos mas desesperados. Por otra parte la falta de conocimiento de las costas y del país que se propuso dominar, ocasionó mil azares á su gente, que no acostumbrada á salvar rios caudalosos y pantanos casi intransitables, y á carecer de bastimentos en tierra desconocida, comenzaron á quebrantar la subordinacion y á darse al pillage en los pueblos que hallaban en su marcha. Roto el freno militar que Garay no podia ni sabia mantener, y no hallando la soldadesca estímulo sobrado á su natural codicia, parte de ellos se dirijieron á Méjico, de cuyas riquezas tenian noticias mas aventajadas, y parte se diseminaron por el país para entregarse á todos los escesos de que es capaz la muchedumbre, cuando rotos los diques de la autoridad no reconoce mas ley que la de sus bárbaros antojos. Tales y tan nocivos llegaron á ser estos desmanes para la causa comun de los españoles, que Pedro de Vallejo teniente de Cortés en la villa de Santisteban del Puerto, única poblacion española hasta entonces en Panuco, ya por contener en lo posible esos desórdenes, ya tambien por sostener con las armas los derechos de Cortés, que Garay pretendia usurpar, dió de sorpresa sobre su gente, la desbarató no obstante la inferioridad de sus fuerzas, é hizo sobre cuarenta prisioneros, que Vallejo llevó consigo al fuerte aumentando con ellos su escasa guarnicion. Esta derrota; el naufragio de dos buques de su armada; el haberse declarado los restantes por Cortés; y el ver su gente huida y amotinada, dieron á conocer á Garay su incapacidad para tamaña empresa como era la de competir en autoridad y fuerza con todo un Hernan Cortés, cuyo nombre solo bastaba en aquellos momentos para desconcertar un ejército enemigo. Cedió en fin; y aconsejado y protegido por los amigos de Cortés, resolvió dirijirse á Méjico y poner su mala fortuna á merced del vencedor de aquel imperio. No salieron fallidas sus esperanzas. Cortés irresistible en el combate pero generoso en la victoria, recibió á Garay con muestras inequívocas de benevolencia y amistad, dispensándole todo género de distinciones hasta su fallecimiento, ocurrido por enfermedad natural en el mismo Méjico, año 1523. Sintió Cortés su muerte, porque Garay tenia buenas prendas morales, y solamente la idea equivocada que los amigos de Velazquez le habian hecho concebir del héroe de Nueva España, pudo excitarle á intentar aquella temeraria empresa, tan superior á su talento y esfuerzo.

Desde que los soldados de Garay se vieron abandonados de su gefe, llevaron el desórden y la licencia al último grado de la per-

versidad. Sus capitanes, incapaces de atajar el mal, y mas ocupados en la eleccion de gefe á que cada cual aspiraba, que á contener los desmanes de los soldados; tan solo procuraban ganar su voluntad con la condescendencia, poniéndose en la obligacion forzosa de no mostrarse rígidos y severos con los mismos de cuyo favor necesitaban; porque los sufragios de la multitud no se consiguen sino transigiendo con la licencia de sus deseos. Irritados los indios á vista de las tropelías cometidas por aquellos soldados, y alentados al propio tiempo por su desunion é indisciplina, tomaron nuevamente las armas, y en asombroso número cayeron sobre aquellos desmandados españoles, no perdonando su implacable furor ni aun á los soldados de Cortés, que establecidos ya pacíficamente en las mismas poblaciones indias y bien agenos de participar del desenfreno de los aventureros de Garay, fueron víctimas del rencor de los habitantes. Tan fácil victoria conseguida sobre gente diseminada que no podia oponer resistencia, llevó las masas guerreras de los indios hasta el pie de los reparos que servian de defensa á la nueva villa de Santisteban del Puerto, firmemente resueltos á dar fin de todos los españoles que la defendian. Hubiera sucumbido su escasa guarnicion á los repetidos ataques que dia y noche les daban los indios, en uno de los cuales pereció Pedro Vallejo, si la constancia y esperiencia de sus capitanes y soldados, acostumbrados á la táctica de Cortés, no tuviesen bien sabidos los medios de rechazar los ataques de aquella clase de enemigos, y el arte de reproducir sus fuerzas segun lo requeria la necesidad. Sin embargo el cansancio y la fatiga, la falta de víveres y las heridas recibidas, hubieran acabado al fin con sus fuerzas y valor, sin el oportuno auxilio que los envió Cortés.

No pudiendo acudir él mismo en persona, á causa de hallarse con un brazo estropeado de resultas de una caida, despachó á Gonzalo de Sandoval con una division compuesta de españoles, tlascaltecas y mejicanos, que todos compondrian sobre ocho mil hombres, para que redujese la provincia y la escarmentase, á fin de que no volviese á intentar nuevo levantamiento. Bien necesitó Sandoval de toda su táctica y valor para salir airoso de tan árduo empeño: porque la gente de Panuco animosa, feroz, y en muy crecido número, le disputó la victoria con teson y denuedo, y no sin ponerle en grave riesgo de perderse; pero la táctica europea superó al valor irreflexivo de aquellos naturales, y hubieron de suscribir nuevamente á ser dominados por los españoles. Hiciéronse informaciones jurídicas por el alcalde mayor Diego de Ocampo en averiguacion de los caciques y capitanes que tuvieron parte en los asesinatos de los españoles, cuyo número hace subir Bernal Diaz del Castillo á mas de seiscientos; y tomadas las declaraciones y confesos los que aparecieron motores de aquel levantamiento, fueron condenados á la última pena cuatrocientos segun algunos historiadores, y veinte segun Bernal Diaz. Y nótese de paso que los estrangeros al vituperar como cruel

la conducta de los españoles en aquel suceso, no se atienen al número designado por Bernal Diaz, sino al espresado vagamente por historiadores que escribian lo que oyeron; ni tampoco se atienen á este historiador testigo, para asegurar que los españoles hicieron presenciar el suplicio de aquellos gefes indios á sus parientes mas allegados, acerca de lo cual nada dice Bernal Diaz, sin embargo de no ser muy disimulado en cualquier esceso que se cometia por mandato de Hernan Cortés.

La otra espedicion que igualmente merece ser referida es la que este encomendó á Cristóbal de Olid, el Ayax de su ejército, con el fin de pacificar la provincia de Honduras, la cual dá su nombre al golfo que la baña. Motivaron esta espedicion por una parte las noticias mas ó menos ciertas de las muchas minas de oro de que esa provincia abundaba; y por otra el deseo de indagar si por aquel punto del continente americano seria fácil hallar paso para el mar del Sur por algun estrecho de cuya existencia tenian cierta idea vaga, ignorando como ya hemos dicho, que por entonces acababa de descubrirle el célebre Magallanes, dándole su nombre que ha conservado hasta el dia; así como tambien ignoraban que el apetecido estrecho está situado á una distancia extraordinaria del golfo de Honduras.

Es de advertir que ya en este tiempo se habia presentado á rendir obediencia el cacique de Mechoacan, provincia por donde dieron vista los españoles al mar del Sur, así como tambien por otras dos provincias distantes; por cuyo medio estendieron su dominacion á los dos mares contrapuestos.

Para abreviar y facilitar tan largo viage, y poder al mismo tiempo hacer reconocimientos con el fin de hallar el estrecho, dispuso Cortés una armada de cinco navíos y un bergantin bien artillados, con ciento setenta infantes y veinte y dos caballos, encargando á Cristóbal de Olid tocase en la Habana, y tomase varios caballos y bastimentos que de su cuenta habia mandado comprar. Con este motivo hubo de tener Olid relaciones con Diego Velazquez, el cual le persuadió á que se alzase con la armada; que á nombre de ambos tuviesen la provincia de Honduras por el Rey; y que él por su parte procuraria abastecerle de lo necesario como igualmente del nombramiento de gobernador que impetraria de S. M.

Tan lisongeras ofertas, las escitaciones de varios enemigos de Cortés, y la natural ambicion de mandar como independiente en vez de obedecer como subalterno, dieron lugar á que Olid, olvidando la gratitud que debia á su gefe, diese acojida á pérfidas sugestiones que al fin labraron su ruina. Por otra parte ninguna ocasion podia ofrecérsele mas ventajosa para sacudir el yugo de la obediencia: porque embarazado Cortés con la pacificacion de las provincias mejicanas, diseminadas por esa causa sus fuerzas, y mediando entre ambos inmensa distancia, no era fácil ni que Cortés acudiese á sofocar la rebelion con oportunidad, ni dado caso que

lo intentase, podria ser llano el conseguirlo sin fuerzas suficientes para contrarrestar las que obedecian á Cristóbal de Olid. Este, sin embargo de que sus cualidades personales eran mas aventajadas para subalterno que para gefe, tuvo sobrada prudencia en precaver los accidentes que pudieran sobrevenirle al principio de su conquista; y así, no quiso desde luego manifestar abiertamente su designio; antes bien al fundar la primera poblacion á que dió el nombre del Triunfo de la Cruz, tomó la posesion en nombre del rey y de Hernan Cortés, considerando que si se malograba la empresa ningun cargo fundado podia hacerle el segundo, y si lograba pacificar aquellas provincias, tenia ocasion y tiempo sobrado para declararse independiente de su gobierno.

Ocupábase Cortés á la sazon, como queda dicho, en la grande obra de reedificar á Méjico, sin perder de vista la pacificacion de todas las provincias de Nueva España; antes bien sacrificaba á tan elevado pensamiento, no solamente su sosiego, sino tambien sus mismas riquezas, tan agriamente censuradas por sus émulos, sin embargo del noble empleo que las dió en obsequio de su pátria, á la que no fue gravoso durante la conquista y pacificacion en la mas ínfima cantidad. Ocho meses transcurrieron sin haber llegado á noticia de Cortés el alzamiento de Cristóbal de Olid, merced á la estraordinaria distancia que los separaba. Profundo fue su sentimiento al saberlo, no solo por hallar desleal uno de los capitanes en quien tenia depositada su confianza, sino porque semejante ejemplo alentaria forzosamente la ambicion de los demas gefes espedicionarios, y la desunion y contrariedad de intereses acarrearia infaliblemente la pérdida de aquellas riquísimas posesiones debidas al valor y al heroismo, marchitándose la gloria adquirida á fuerza de estraordinarios sacrificios.

No obstante las sumas dificultades que ofrecia el sujetar á tan crecido número de rebeldes, capitaneados por un hombre muy señalado por su valor y audacia, debiendo hacer para ello largas y penosísimas marchas, ya fuese por tierra ya por agua, no vaciló Cortés sin embargo en acudir al remedio; y prefiriendo el viaje por mar, dispuso cinco navíos bien artillados y unos cien soldados al mando del capitan Francisco de las Casas, deudo de Cortés, recien venido de Castilla, hombre animoso y decidido por su pariente. Dióle instrucciones y poderes bastantes para obrar contra la persona de Cristóbal de Olid; y hecho á la vela, llegó las Casas á dar vista al pueblo del Triunfo de la Cruz, sin contratiempo alguno en su viage.

A vista de aquella escuadra puso en defensa la suya Cristóbal de Olid; y sin embargo de que las Casas arboló bandera de paz, hizo aquel arrancar dos carabelas bien pertrechadas para impedirle la entrada en el puerto. Salieron á su encuentro las fuerzas sútiles de las Casas; y despues de muy reñido combate, consiguió este echar á fondo una de las carabelas, matando é hiriendo á varios de sus

defensores. Hallábase Olid á la sazon con la mayor parte de sus fuerzas diseminadas, por haberlas dirigido á otras espediciones, y viendo la derrota de sus carabelas, y temeroso de que si las Casas echaba su gente en tierra seria muy dudoso el triunfo, movió tratos de paz con esperanza de reunir mientras tanto sus fuerzas para contrarrestar con plena seguridad á su contrario. Dió este oidos á aquellas pláticas, si bien no tan confiado que juzgase oportuno saltar en tierra á merced de un enemigo que tan fácilmente accedia á lo mismo que pocos momentos antes acababa de rechazar con todo su denuedo: y así resolvió las Casas permanecer en sus buques con designio de tomar tierra al dia siguiente en distinto parage, y obrar de concierto con los que, sin embargo de servir á Cristóbal de Olid, eran fieles á la causa de Cortés. Mas un accidente inesperado pero bastante comun en aquellas costas, frustró cuantas esperanzas habia concebido Francisco de las Casas, y cambió totalmente la suerte de su contrario. En la noche de aquel mismo dia un viento muy recio del norte arrojó contra la costa los buques de las Casas, perdiéndolos completamente y con ellos treinta ó mas soldados ahogados: los restantes, incluso el mismo Casas, quedaron prisioneros en poder de Cristóbal de Olid.

La seguridad y confianza que dió á este un triunfo conseguido sin esfuerzo alguno de su parte, le deslumbró hasta el estremo de admitir en su servicio, bajo juramento, á los soldados de Francisco de las Casas; y permitir anduviesen libres, aunque sin armas, este y otro capitan llamado Gil Gonzalez de Avila, á quien igualmente habia hecho prisionero en las inmediaciones del Golfo Dulce, adonde habia venido á poblar con título de gobernador de aquella tierra. De esta libertad y confianza tomaron ocasion los dos prisioneros para preparar una conspiracion, concertándose con los muchos apasionados de Cortés para llevarla á cabo, como en efecto lo verificaron. Una noche sentados á la mesa con Cristóbal de Olid, le acometieron de repente con unos cortaplumas, únicas armas de que podian disponer, y apellidando al Rey y á Hernan Cortés vinieron al auxilio sus parciales, sin que nadie osára hacer resistencia apenas oyeron los soldados invocar el nombre del monarca. Aunque Cristóbal de Olid, si bien herido, logró evadirse, merced á sus hercúleas fuerzas, y ocultarse por unos dias á las pesquisas de sus contrarios, al fin cayó en su poder; y juzgado y sentenciado como traidor, fue degollado públicamente en Naco pueblo del interior de Honduras, en donde habia situado su cuartel general para hacer entradas con su gente y sojuzgar la provincia. Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, reunieron en seguida todas las tropas, poblaron á Trujillo, y dejando los presidios convenientes, se pusieron en camino para Méjico con objeto de hacer sabedor á Cortés del resultado de aquella célebre expedicion.

Ignorábase en Méjico todo cuanto habia acontecido en Honduras; y á medida que transcurria tiempo sin recibir noticia alguna, se au-

mentaba el justo recelo de Cortés, quien presagiando algun accidente funesto, determinó acudir él mismo en persona; único medio de poner á cubierto su fama, el interés de la conquista, y los respetos de su autoridad.

Bien guarnecida y artillada la plaza, nombró por gobernadores ó tenientes suyos durante su ausencia al tesorero del rey Alonso de Estrada, y al contador Albornoz; y habiendo dado sus instrucciones así á estos como á las demas autoridades subalternas, para el mejor órden y gobierno de aquella tierra, emprendió su marcha no sin oposicion de los que temian se suscitasen peligrosas desavenencias en su ausencia, seguido de los principales capitanes que le habian ayudado en la conquista, igualmente que de Guatimozin, del señor de Tácuba y de otros varios caciques principales súbditos ya del rey de Castilla. Tan lucido acompañamiento tenia por único objeto el llevar á su lado á Guatimozin y sus allegados, poniéndolos de ese modo en absoluta imposibilidad de que pudiesen levantar el país durante su ausencia : política prevision que honra en gran manera el buen juicio de Cortés.

No salieron vanos los temores de los que presagiaban que la ausencia del único capaz de tener á raya la ambicion y la rivalidad de las personas á quienes habia encomendado el gobierno de Méjico, produciria necesariamente consecuencias desagradables. En efecto; á poco tiempo de haber salido Cortés de aquella capital, comenzó á recibir avisos exajerados acerca del mal gobierno de sus tenientes y del disgusto que se iba manifestando entre los habitantes. Inmediatamente, y creyendo prevenir los males á que tan fatales principios pudieran dar orígen, resolvió hacer regresar á Méjico al factor y al veedor de su ejército, con poderes reservados para que en el caso de ser ciertos los avisos recibidos, tomasen el mando en su nombre, y gobernasen por sí solos con exclusion de los anteriormente nombrados. Esta disposicion, hija de la necesidad, produjo un efecto contrario al que se habia prometido, y fue causa de los males y revueltas que hubo en Méjico, segun luego indicaremos.

Tomada, pues, la única determinacion posible en la crítica situacion en que se hallaba, y encomendando á la providencia y á su buena suerte el feliz éxito de tan complicados acontecimientos, continuó Cortés su marcha desde Guazacoalco, villa poblada por los veteranos de la conquista de Méjico, en donde á la sazon era *encomendero* Bernal Diaz del Castillo; esto es, gozaba del repartimiento que se hacia á los pobladores de una parte del territorio y de los indios que lo habitaban. En esa villa reforzó su pequeño ejército, haciendo ingresar en él buena parte de los españoles alli avecindados, con harta repugnancia de los mismos, segun lo refiere con su natural sencillez el mismo Bernal Diaz : pero ninguno osaba negarse á las poderosas insinuaciones de Cortés.

Fue esa marcha militar acaso la mas peligrosa de cuantas tuvieron lugar durante la conquista de Nueva España; no tanto por las

continuas acciones de guerra que diariamente sostenian los españoles con los naturales del país, cuanto por los obstáculos que la misma naturaleza oponia al esfuerzo y perseverancia de los conquistadores, cuyo número no escedia de trescientos infantes y ciento treinta caballos; porque los tres mil indios mejicanos que iban de auxiliares, no acostumbrados á tan penosas fatigas, ni dotados del necesario vigor para resistirlas, á veces servian mas bien de embarazo que de utilidad. Las quebradas del terreno; la multitud de pantanos que hallaban á cada paso; los muchos y caudalosos rios que por la inmediata costa desembocan en el oceano; la necesidad de valerse de las noticías, á veces insidiosas, que les daban los indios, para seguir su rumbo por un país enteramente desconocido; y la precision absoluta de variar de direccion con el fin de buscar los bastimentos de que con frecuencia carecian en terrenos inmensos, áridos y despoblados, todas esas circunstancias eran otros tantos obstáculos que desanimaban á los mas atrevidos, ocasionaban hambres y enfermedades peligrosas, fatigas, trabajos superiores al esfuerzo humano, suficientes en verdad para excitar el descontento y las murmuraciones en el ejército, cuyos individuos acomodados ya á la vida pacífica y al goce de lo que con tan penosos afanes habian conquistado, sufrian con harto disgusto las penalidades y peligros de aquella larga é inesperada marcha. Mas de quinientas leguas dice Bernal Diaz que anduvieron durante esa expedicion en la que emplearon mas de dos años: y no es de estrañar el dicho de ese veterano de la conquista, si se atiende á los forzosos estravíos de la marcha, y á mediar entre Méjico y el Golfo de Honduras al pié de trescientas leguas.

Nunca mostró Hernan Cortés mas grandeza de alma: ni mayor fecundidad de recursos en su talento, que durante ese largo tránsito en que á un mismo tiempo se veia precisado á luchar con los fenómenos de la naturaleza, con la ferocidad de los habitantes, con todo género de privaciones, y sobre todo con el descontento de sus tropas; á quienes el hambre, la crudeza de los temporales, el cansancio y las enfermedades que las diezmaban, habian hecho indóciles á las leyes de la subordinacion, aunque no tanto que llegasen á romper enteramente la disciplina militar: tal y tan grande era el ascendiente que tenia sobre los animos de aquellos soldados el esclarecido nombre de Cortés.

Llegó por fin con su ejército, venciendo obstáculos sin número, á un pueblo llamado por los indios Acala, no muy distante del Golfo Dulce. Allí recibió noticia de haber otros españoles, cuya procedencia no le era conocida: sin embargo, la risueña esperanza de verse muy pronto reunidos á otros compatriotas suyos, alentó el ánimo de sus soldados, y les infundió el valor necesario para concluir la obra comenzada. Mas un incidente inesperado vino á turbar por un momento las agradables sensaciones que comenzaban á experimentar. Dos caciques principales de la comitiva de Guatimozin dieron

conocimiento á Cortés de una conspiracion fraguada por aquel príncipe y algunos de sus allegados. Era su designio aprovechar la ocasion de algun mal paso para cargar de improviso con sus tres mil mejicanos sobre aquella tropa fatigada y hambrienta, asesinarla, regresar á Méjico, reunir sus fuerzas, hacer un levantamiento general, y exterminar á sus opresores. El proyecto era grande y temible en verdad; y sin duda que de haber correspondido el éxito á su arrojado pensamiento, infaliblemente hubiera Guatimozin arrancado á los españoles toda la gloria y el fruto de sus conquistas. Pero Cortés concibiendo desde luego lo crítico de su situacion acudió con presteza al remedio; y cerciorado de la verdad del intento por las declaraciones de los mismos culpables, á escepcion de Guatimozin que negó constantemente haber tomado parte en el proyecto, hizo ahorcar á este y á su primo el cacique de Tácuba en un pueblo inmediato á Acala, no sin grave riesgo de despertar el enojo de los soldados mejicanos viendo espirar á su señor en un suplicio: mas era tan escesivo su desaliento causado por la fatiga, el hambre y el cansancio, que solamente el espanto halló cabida en su ánimo abatido.

El rigor de Cortés en esta ocasion, altamente censurado por Robertson, tomando por pauta la reprobacion que de semejante acto de s everidadhizo Bernal Diaz en su historia, es uno de aquellos acontecimientos sobre los cuales no se puede formar juicio acertado; y por lo mismo nos referiremos únicamente á lo que en el particular hemos consignado en la nota de la pág. 453. Tan solo añadiremos que el proyecto apareció comprobado por confesion de los mismos delincuentes; que la situacion de Cortés era demasiado crítica para que pudiese dar oidos á sentimientos generosos, que en aquellos momentos y espuesto á mas peligrosos azares, pudieran ser funestos á su pequeño ejército; y por último que el voto de Bernal Diaz poco certero en materias de jurisprudencia militar, se descubre dirigido por el interés de afecciones personales, como se deduce de las siguientes palabras : « é yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su » primo, por avelles conocido tan grandes señores; y aun ellos me » hazian honra en el camino en cosas que se me ofrecian, especial » en darme algunos Indios para traer yerva para mi caballo. » Volvamos á tomar el hilo de la narracion.

Continuó su marcha el ejército creciendo de dia en dia los obstáculos materiales que presentaba la naturaleza, aumentándose la mortandad de hombres y caballos, en términos que el ánimo esforzado del mismo Cortés llegó á vacilar por algunos dias; pero volviendo sobre sí con nuevo aliento, y buscando en su ingenio nuevos medios de someter la misma naturaleza á la ley imperiosa de su voluntad, logró vencer cuantos obstáculos detenian su marcha, dejando en ella vestigios memorables de su audacia y tenacidad. Mucho tiempo despues de esa célebre jornada, permanecian todavía firmes y estables muchos de los puentes que Cortés habia echado en varios rios

y pantanos, conservándose con el dictado *de los puentes de Cortés*, segun lo atestigua Bernal Diaz del Castillo.

Despues de muchas penalidades, y siguiendo la vaga noticia que habian recibido de los habitantes, de haber españoles á muy corta distancia, y creyendo que estos no serian otros que los soldados de Cristóbal de Olid, tomó Cortés la direccion del Golfo Dulce, formado en la desembocadura del rio que lleva su nombre. Allí, con no poca sorpresa suya y de todo el ejército, halló una poblacion de españoles de quienes no tenia la menor noticia por ser los expedicionarios que desde Cuba arribaron á ese punto al mando de Gil Gonzalez de Avila, el mismo que fue prisionero de Cristóbal de Olid, juntamente con Francisco de las Casas. Entonces supo Cortés muy por menor todos los acontecimientos de Honduras, la muerte de Olid, y la marcha á Méjico de los dos capitanes nombrados para darle noticia de todo lo ocurrido.

Estas noticias le dispensaban al parecer de continuar tan desastrosa marcha; pero considerando cuán espuesta quedaba sin gefe la fuerza que encomendó á Cristóbal de Olid, y lo mucho que aventuraba el crédito de las armas españolas, si no llevaba á cabo la pacificacion de Honduras, resolvió continuar adelante hasta situar su cuartel en Naco, pueblo del que anteriormente hemos hecho mencion. Favoreció su designio el arribo casual de un navío procedente de Cuba, cargado de carne salada y de cerdo, y de una clase de pan, hecho del maiz en forma de tortas, que los indios llamaban *cazabe*, el cual se usa actualmente con ventajas entre los aldeanos de nuestras provincias litorales de occidente y norte. Este socorro oportuno debido á la generosidad de Cortés que compró todo el cargamento, satisfizo la estrema necesidad de sus soldados y los de Gil Gonzalez de Avila, de los cuales algunos perecieron por haber satisfecho inmoderadamente, con aquellas carnes saladas, la excesiva hambre que padecian. Con ese navío (1) un bergantin que en muy mal estado conservaban los de Gonzalez de Avila, un pequeño batel, ay lgunas canoas atadas ó trabadas unas con otras, emprendió Cortés el reconocimiento del rio Dulce, haciendo incursiones tierra adentro, sin otro fruto que la adquisicion de nuevos bastimentos para su gente. Regresó con ellos á la poblacion española que Bernal Diaz llama San Gil de Buena-vista; y bien persuadido de la inutilidad de conservarla á causa de la esterilidad del terreno, escaso ademas de poblaciones indígenas, ó situadas á distancias muy considerables, resolvió embarcarse con toda su gente y la de Gonzalez de Avila, para lo cual hizo habilitar otro de los buques que este trajo en su expedicion; y tomando el rumbo hácia una escelente bahía que hoy se llama de Puerto Caballos, fundó una villa á que dió el nombre de

(1) Ya hemos indicado en otra parte la idea que podia formarse de los barcos á que daban el nombre de navíos. Respecto del que se trata, baste saber que su tripulacion consistia en 8 ó 10 marineros.

Natividad, en donde dejó por su lugarteniente á un tal Diego Godoy, el cual hubo de abandonarla muy pronto por su insalubridad y falta de bastimentos, despues de haber perecido la mitad de su gente á manos de la miseria. Al mismo tiempo habia dispuesto Cortés que Sandoval, á quien antes de su partida envió al interior del pais en busca de víveres, siguiese adelante su marcha por tierra, señalándole á Naco por punto de reunion de ambas columnas. De este modo conseguia abarcar con sus armas el interior y las costas de la provincia que se proponia reducir á su obediencia.

Del Puerto de Caballos, y mientras Sandoval á fuerza de fatigas y combates sometia el territorio de Naco, emprendió Cortés su navegacion al puerto de Trujillo, poblacion ocupada por los soldados de Cristóbal de Olid y los que llevó en su espedicion Francisco de las Casas, fundador de esa poblacion. Aquella gente sin gefe que alentase el espíritu de disidencia que dió motivo á su alzamiento como lo habia hecho Olid, apenas entendieron que era Cortés quien se presentaba en el puerto, acudieron presurosos á tributar todo género de obsequios y rendimientos á su antiguo y nunca olvidado general. Era este sobrado prudente para emplear el rigor contra una multitud que siempre habia sido adicta á su persona, y que tan solo pudo hacerla desviar de su obligacion por un momento el engaño y la astucia de unos pocos ambiciosos, que alentaron y sostuvieron igualmente la ciega presuncion de Cristóbal de Olid. Así es que no contento con perdonarlos conservó en sus puestos á los capitanes, bien persuadido de que por ese medio le servirian con fidelidad, contentándose con nombrar gefe de toda la provincia á un primo suyo llamado Saavedra.

Dejemos á Cortés en la Nueva Trujillo dando disposiciones para pacificar completamente la provincia de Honduras, y volvamos la vista á los disturbios que durante ese tiempo tuvieron lugar en Méjico.

No es fácil discurrir las razones que tuvo Cortés para dejar encargado el gobierno de aquella capital y su provincia á Estrada y Albornoz, tesorero el uno y contador el otro de las rentas reales, habiendo en su ejército tan señalados capitanes y muy afectos á su persona, en quienes podia depositar su confianza; especialmente Sandoval y Alvarado le tenian dadas repetidas pruebas de su honradez y fidelidad. Sin duda el reciente desengaño del alzamiento de Cristóbal de Olid, le dió á entender el riesgo de encomendar á uno solo un mando tan delicado y espuesto á despertar ambiciones hasta entonces adormecidas; y acaso calculó que equilibrado el poder de la autoridad repartiéndola entre dos individuos de escasa opinion militar en el ejército, seria mas difícil que ninguno de ellos aspirase á un predominio absoluto que habia de ser neutralizado por su colega y por la falta de apoyo en las tropas; circunstancias que fácilmente podian hallarse combinadas en cualquiera de los dos célebres capitanes que acabamos de nombrar, á causa de su talento y reputacion.

Sin embargo, el juicio de Cortés salió fallido en esta ocasion, la mas crítica en que sin duda se halló durante sus conquistas; porque como acontece ordinariamente á los hombres constituidos en altas dignidades, con dificultad pueden conocer los ocultos pensamientos de aquellas personas que necesitando de su favor tienen sobrado interés en alejar de sí todo género de recelo. Así sucedió á Cortés: el contador Albornoz era enemigo suyo; y aun cuando lo habia llegado á presumir, ignoraba sin embargo que su rencor llegase hasta el estremo de escribir contra él una estensa carta al Rey, acusándole de déspota y concusionario, y sobre todo de llevar la siniestra intencion de declararse independiente de la monarquía. Un lance de galantería amorosa, anterior á la época de la conquista, en el cual cupo la peor parte á Albornoz, era el secreto motivo de su aversion á Cortés: mas adelante se verán las consecuencias de los ocultos manejos de este y demas enemigos suyos.

Desde el momento en que Cortés salió de Méjico en direccion á la provincia de Honduras, Estrada y Albornoz se concertaron para alzarse con el gobierno de aquella capital y por consiguiente de Nueva España. Veian lisonjeadas sus miras ambiciosas por la misma magnitud de la empresa que aquel iba á acometer; consideraban las inmensas dificultades que iba á encontrar en su dilatado tránsito por tierra, ya por haber de lidiar cada dia con los naturales del pais, ya por el poderoso enemigo que habia de disputarle á todo trance el usurpado mando, ya en fin porque las fatigas y privaciones mermarian necesariamente las cortas fuerzas que llevaba; en términos de juzgarse como imposible saliese ni aun con vida de aquel empeño, al parecer loco y temerario. Todo, pues, contribuyó á impulsar la ambicion del tesorero y el contador; porque no hay pasion alguna que no dé al ánimo como cierto lo que solo es probable, ó que no allane las dificultades que se opongan á la satisfaccion del deseo.

La circunstancia de carecer de opinion militar entre los conquistadores, por ser recien venidos de Castilla con los empleos de oficiales de la hacienda real, les obligó á discurrir sobre los únicos medios de poder llevar á cabo sus designios: medios reprobados é innobles, pero eficaces para el resultado que apetecian. Consistia, pues, el uno, en fomentar todas cuantas hablillas habia divulgado la codicia de la muchedumbre contra la buena opinion de Cortés: y consistia el segundo, en estender y dar por cierta la muerte de este y de cuantos le acompañaron á la expedicion. Por aquel medio lograban no tan solo destruir la nombradía de Cortés y aun hacer odiosa su persona, sino tambien dar un colorido legal al despojo que meditaban de sus bienes, y á un nuevo repartimiento de los pertenecientes á los demas expedicionarios; disposicion que habia de crear intereses nuevos y compromisos favorables á sus intentos. Por el segundo medio conseguian que los adictos á Cortés, aquellos que despreciando murmuraciones de la plebe, vieron siempre en

su capitan un héroe lleno de gloria y merecimientos, careciendo ya del objeto de sus adoraciones, se viesen precisados á tomar parte en la nueva situacion labrada por lo extraordinario de las circunstancias.

Preparados los ánimos de esta manera, y dado por indubitable el exterminio de Cortés y de los suyos, para lo cual no se perdonaron los medios mas violentos contra cualquiera que intentase propalar lo contrario, procedieron los gobernadores al proyectado despojo, á hacer repartimientos arbitrarios de los indios que pertenecian á los ausentes, favoreciendo en ellos, como era consiguiente, á sus amigos y parciales, y por último á vender en pública almoneda las haciendas restantes, para enriquecerse con sus despojos. Esos procedimientos tiránicos, y las violentas exacciones con que abrumaban á la poblacion indígena, tenian los ánimos en contínua fermentacion y muy dispuestos á un rompimiento, que de todas maneras podia ser funesto á los mismos conquistadores. Pero los intereses unidos de los que habian aumentado sus riquezas á espensas de los expedicionarios á Honduras, constituian una fuerza muy superior á la del mayor número, reducida á la individual y aislada, sin centro de unidad en sus intereses, y por consiguiente sin mas accion que la estéril y pasiva del disgusto y la queja: circunstancia esencial de la mayoría de todos los pueblos, y á la que es debido esclusivamente el singular pero constante fenómeno de que los mas se vean siempre tiranizados por los menos, y que la opinion é intereses de unos pocos ocupen el lugar de la opinion é intereses de la comunidad social.

En tan críticos momentos llegaron á Méjico el Factor y Veedor del ejército de Cortés, autorizados por este para tomar á su cargo el gobierno si en efecto el Contador y el Tesorero no le desempeñaban con arreglo á las instrucciones que les habia dado. Aquellos fueron sobradamente astutos, vista la preponderancia de los gobernadores, para no manifestar desde luego sus poderes, que indudablemente hubieran sido desairados: antes por el contrario procuraron granjearse la amistad del licenciado Zuazo, alcalde mayor, de Rodrigo de Paz, alguacil mayor, y de muchos capitanes y soldados, antiguos conquistadores que respetaban la memoria de Cortés, y se hallaban mal avenidos con la arbitrariedad y desafueros del Contador y Tesorero. Seguros entonces de hallarse con suficiente número de parciales y amigos para contrarrestar el efímero poder de los gobernadores, manifestaron los poderes de Cortés para gobernar aquellas provincias en su nombre durante su ausencia de la capital. A pesar de las anticipadas precauciones que los nuevos tenientes de Cortés habian tomado para asegurar el golpe, no pudo sin embargo verificarse sin remitir á las armas la razon de sus derechos; y aunque el Factor y el Veedor salieron airosos de su empeño, logrando reducir á prision al Contador y Tesorero, las parcialidades continuaban, y los disturbios se repetian, dando

cabida al desórden y la licencia, tan propensos á desencadenarse apenas se relajan por cualquier motivo las leyes protectoras de la sociedad.

El cambio de manos en la direccion del gobierno de aquellas provincias, no produjo efecto alguno ventajoso para sus habitantes; porque mas ineptos, viciosos y llenos de codicia los nuevos que los antiguos gobernadores, ni unos ni otros llevaban otra mira al disputarse el mando, que satisfacer sus vicios, abriendo ancho campo á la ruindad de sus pensamientos; puesto que no es posible que tenga cabida en ánimos plebeyos la noble ambicion de transmitir su nombre á la posteridad, rodeado del esplendor y gloria que siempre acompaña á las acciones ilustres.

La situacion moral y política de Méjico habia necesariamente de producir sus consecuencias naturales. Los indios, que como todos los pueblos de la tierra aman su independencia, hallaban en el desconcierto mismo de los gobernadores y en el estado de anarquía de las tropas, la ocasion mas propicia de sacudir el yugo estrangero. Favorecia por otra parte su intento la noticia mantenida con igual empeño por los nuevos gobernadores, del final exterminio de Cortés, único que gozaba entre ellos del necesario prestigio para mantenerlos sujetos á la dura ley de la obediencia, y único tambien terrible por su valor y por la fuerza de su autoridad: los mismos habitantes de Méjico espiaban el momento favorable de dar un golpe de mano para alzarse en masa y acabar con sus opresores. No contribuyó poco á dar pábulo á esas ideas el fallecimiento de fray Bartolomé de Olmedo, quien con su prudencia, persuasion y celo verdaderamente apostólico, habia logrado hacer dóciles á su voz los ímpetus feroces de aquellos naturales, haciéndoles soportable la penosa ley del vencedor. No bastó tan próximo é inevitable riesgo, para despertar del sueño de la ambicion al Factor, que ya entonces se hallaba solo con el cargo del gobierno por haber marchado el Veedor á someter los indios sublevados de la provincia de Zapotecas. Al contrario, seguro en su juicio de que en efecto habia perecido Cortés con los suyos, segun una equivocada noticia que mal informado le escribió Diego de Ordaz, despues de haber tributado á la memoria del héroe de Nueva España los últimos honores, se hizo aclamar por gobernador y capitan general, y comenzó á reunir todo el oro que pudo para remitirlo al Rey con sus cartas, esperando por aquel medio verse confirmado en un cargo que á toda prisa se le escapaba de las manos sin advertirlo.

Hecho el Factor, por sí y á su manera, gefe supremo de aquellos nuevos estados, soltó la rienda al villano despotismo que tan fácil cabida encuentra en almas ruines nacidas para la obediencia y no para el mando, tanto mas irascibles y bárbaras, cuanto eran mas endebles los cimientos de su efímero poder, antes debido á la ciega fortuna, que á sus escasos merecimientos. Redobláronse las persecuciones, los despojos: el suplicio y el destierro eran los extremos

entre que habian de optar cuantos intentaban refrenar sus demasías, ó tan solo murmurar de sus actos; de suerte que el malhadado gobierno del Factor hizo bueno el de sus antecesores: era para él un delito de muerte poner en duda el fallecimiento de Cortés; tanto aflijia su ánimo hasta un simple recuerdo de su célebre nombre.

Hallábase Hernan Cortés ocupado en la pacificacion de Honduras y en el descubrimiento de algunas minas de oro de que habia adquirido noticias, cuando llegó á sus manos una carta del licenciado Zuazo escrita desde la Habana, á donde habia ido desterrado por el Factor, en la que le referia extensamente todo lo ocurrido desde su salida de Méjico. Indignóse con la noticia de semejantes acontecimientos, y todos los de su ejército ardian en deseos de venganza viéndose despojados por la rapacidad de los gobernadores, del fruto de sus largos padecimientos, cuando precisamente acababan de arrostrar innumerables peligros y fatigas por asegurar á su patria la posesion de una provincia importante. El grito unánime de todo el ejército fue pedir á Cortés el pronto regreso á Méjico; pero no considerando aquel suficientemente asegurado el dominio español en la provincia de Honduras, se contentó por entonces con enviar por mar á un criado suyo llamado Martin de Orantes, hombre astuto y diligente, el cual llevó poderes de su amo para que gobernasen hasta su regreso Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas; ó si estos no se hallasen en Méjico, se volviesen á encargar del mando el tesorero Estrada y el contador Albornoz. Llegó felizmente Orantes á una bahía inmediata á Panuco; saltó en tierra, y disfrazado de labrador llegó de noche á Méjico, sin que nadie le hubiese conocido. Dirigióse inmediatamente siguiendo las instrucciones de Cortés, á una casa que servia de convento á unos frailes de la órden de San Francisco, muy adictos á la persona de Cortés, en donde halló ademas varios conquistadores, retirados allí para evitar las persecuciones del Factor; y despues de haberse entregado todos á la mas cordial alegría por hallar desmentida la noticia del fallecimiento de su general, concertaron los medios de llevar á efecto la prision del Factor y Veedor. Entraron en la conspiracion el Tesorero y el Contador, porque ademas de ser enemigos del primero de aquellos, habian de volverse á encargar del mando á causa de no residir á la sazon en Méjico ni Alvarado, ni Francisco de las Casas, quien habia marchado en direccion á Castilla en compañía de Gil Gonzalez de Avila, por mandado de Salazar, temeroso de la amistad que los estrechaba con Hernan Cortés, y bajo pretesto de juzgarlos por la muerte de Cristóbal de Olid. Todos los tratos y conciertos, así como las diligencias para reunir los amigos de Cortés y las armas necesarias para combatir los amigos del Factor y asegurarse de su persona, se hicieron durante la noche de la llegada de Orantes: de manera que al amanecer del dia siguiente salió el Tesorero á la cabeza de los con urados, dirigiéndose á la morada del Factor, victoreando al Rey y

á Hernan Cortés, á cuya voz de alarma se les agregó crecido número de vecinos. Ayudados de estas fuerzas, y apoyados en el descrédito en que habian caido el Factor y Veedor, acometieron la casa del primero, entrándola por las puertas y las azoteas, sin hallar resistencia en el aparato militar que la rodeaba; porque los artilleros y soldados de Salazar abandonaron su causa fácilmente, no hallando interés en defender á un usurpador tirano en competencia de la legítima autoridad de su antiguo general, cuya muerte veian en aquel momento desmentida. Cayó el Factor en manos de los del Tesorero, quien para hacer mas afrentosa su prision le hizo meter dentro de una jaula formada de gruesos maderos. Acudieron en seguida á verificar la prision del Veedor Chirinos, el cual se hallaba á la sazon al frente de un grueso de tropas que llevó consigo para someter los indios de Guaxaca: pero como recibiese con anticipacion la noticia de la malhadada suerte del Factor, y no tenia confianza en la fidelidad de sus soldados, dejó el mando á uno de sus capitanes, y corrió apresuradamente á ocultarse en un monasterio de franciscos de la ciudad de Tezcuco; en donde sin embargo fue descubierto y preso, llevado á Méjico, y destinado á otra jaula igual á la del Factor. A ese estado de miseria y oprobio vino á parar la ridícula presuncion y necio despotismo de dos hombres despreciables, que en fuerza de adular á Cortés, y de acalorar su imaginacion con los exajerados desórdenes que en parte atribuyó la murmuracion al Tesorero y Contador, lograron apoderarse de un gobierno de que eran indignas sus personas. Nò carecian sin embargo de amigos y parciales, partícipes inmediatos de sus rapiñas y desórdenes, los cuales era forzoso que procurasen por todos los medios posibles asegurar la fortuna que con la caida de aquellos gobernadores se les escapaba de las manos; y por lo mismo era natural tambien que fraguasen conspiraciones y promoviesen tumultos con el fin de reponer al Factor y al Veedor en la autoridad que habian perdido. Mas si bien fueron inútiles sus tentativas para conseguirlo, el Tesorero halló ser indispensable dar aviso de todo lo ocurrido á Cortés, rogándole acelerase su vuelta para poner término á tan repetidos desórdenes: á cuyo efecto despachó en una embarcacion á un fraile de la órden de San Francisco, llamado fray Diego Altamirano, deudo de Cortés, y muy entendido en todo género de negocios; el cual en pocos dias y ayudado de próspero viento, arribó á Trujillo, é informó á Cortés de lo que ya sabia por la carta que desde Cuba le escribió el licenciado Zuazo.

Confirmados plenamente los desórdenes de Méjico, no vaciló un momento Cortés en tomar la vuelta de aquella capital. Su primer designio fue emprender su marcha por tierra, temeroso de que las corrientes impetuosas de aquellos mares le arrojasen sobre la costa como le aconteció por dos veces cuando á consecuencia de la carta del licenciado Zuazo se embarcó en el puerto de Trujillo. Pero asegurado por los marineros de que en aquel mes (era el de abril

de 1526) cesaban las corrientes, ofreciéndose el mar bonancible, resolvió embarcarse, y lo verificó á pesar de hallarse muy enfermo, llegando felizmente á la Habana; en donde le dejaremos preparándose para hacer el viage á Nueva España, mientras referimos las intrigas de sus enemigos en la corte de Castilla, preludio de las desgracias que habian de seguir á su gloriosa fortuna.

Antes de salir Cortés de Méjico á sofocar la rebelion de Cristóbal de Olid en Honduras, habia remitido á Cárlos V un presente cuyo valor hacen subir los historiadores á ochenta mil pesos de oro : entre los objetos remitidos hacen mencion de una culebrina llamada el Fenix, que dicen llevaba el siguiente mote :

Esta ave nació sin par;
Yo en serviros sin segundo;
Vos sin igual en el mundo.

Ese cuantioso presente, así como el destinado á su padre don Martin, lo remitió Cortés con Diego de Soto, y Juan de Ribera conocido por el tuerto, á causa de tener una nube en un ojo, el cual habia sido secretario del mismo Cortés. Llegados á Castilla los comisionados, manifestó desde luego Ribera la maligna condicion de que tenia dadas pruebas entre los conquistadores de Méjico, segun lo espresa Bernal Diaz. Su primer atentado consistió en apropiarse el regalo que Cortés remitia á su padre, negando á este abiertamente haber recibido cosa alguna con semejante destino : y en seguida coligarse con los enemigos de Cortés, empleando todo su conato en desacreditarle y acriminar su conducta como militar y como político. Redobláronse con nuevo brio las murmuraciones y quejas de los cortesanos, sin perdonar medio alguno de cuantos bastasen á introducir la desconfianza en el ánimo del Monarca, ya presentando á Cortés como un gefe soberbio y despótico, ya como instigado de la ambicion y del orgullo para declararse independiente de su soberano en aquellas vastas regiones. Las deposiciones de Ribera como secretario que habia sido de Cortés, apoyadas por la influencia de Fonseca, Obispo de Burgos, á las que daban nuevo calor Pánfilo de Narvaez, Cristóbal de Tapia, y los procuradores de Diego Velazquez, fueron creidas fácilmente en la corte; y aun el mismo Cárlos V, no obstante el gran concepto que habia formado del héroe de Nueva España, concibió contra él aquel género de enojo que produce en los poderosos el recelo de hallar quien pueda disputarles la autoridad y la fuerza. Afortunadamente para Cortés, tenia muy en favor suyo al Duque de Béjar, persona influyente en la corte, el cual habia de casarle con una sóbrina suya; y pudieron tanto sus buenos oficios con el Monarca, apoyados á la sazon con la oportuna llegada del rico presente remitido por Cortés, que el enojo del rey se disipó, limitándose á ordenar á instancias del mismo Duque, se le

tomase residencia de los actos de su gobierno. Así se decretó á fines del año 1525, enviando á Nueva España al licenciado Luis Ponce de Leon con carácter de Gobernador, y poder suficiente para evacuar su encargo.

Mientras tanto habia concluido Hernan Cortés la grande obra de pacificar la provincia de Honduras; y haciéndose á la vela como queda dicho con ánimo de llegar cuanto antes á Méjico, aportó felizmente á la Habana, en donde solo descansó cinco dias, haciéndose nuevamente á la vela con direccion á Vera-Cruz, adonde llegó con toda felicidad. Desde allí emprendió su marcha á Méjico por tierra, siendo tan grande el regocijo de los españoles y de los pueblos al ver salvo al héroe que lloraron muerto, que su tránsito hasta la capital fue una marcha de triunfo en donde competia el amor con la fidelidad que le conservaban, así los vencedores como los vencidos. Su entrada en Méjico se solemnizó con todo género de regocijos públicos, subiendo á muy considerable suma las ofrendas que así en el camino como en la capital, recibió de las provincias sometidas. Entró en ella en el mes de junio del año 1526, y no del 25 como dice Bernal Diaz.

A este tiempo desembarcó tambien en San Juan de Ulúa el licenciado Luis Ponce de Leon, cuyo ánimo trataron de prevenir en contra de Cortés sus ocultos enemigos, persuadiéndole á que sin fiarse de las palabras de este, se preparase á obrar con la cautela y prevision que la seguridad de su propia persona exigia. Estos insidiosos avisos introdujeron el temor y la desconfianza en el ánimo del licenciado; quien juzgó por lo tanto muy oportuno acelerar su viage á Méjico antes de que Cortés pudiese preparar algun atentado contra su persona. Así lo hizo, llegando prontamente á aquella capital, donde fue honrosamente recibido y agasajado por su conquistador, con muestras muy sinceras de su conformidad á las órdenes superiores del monarca.

Pregonada la residencia general contra Cortés y contra los que habian servido oficios de justicia, ó eran capitanes de las tropas, comenzaron á desencadenarse sobre el primero todo linage de acusaciones, ya por desigualdad en el repartimiento de indios, ya por no haber hecho las indemnizaciones á que cada cual se juzgaba acreedor por los dispendios personales que les habia ocasionado la guerra. Desde luego conoció Luis Ponce de Leon que el principal fundamento de las querellas contra Cortés nacian de un principio poco noble, cual era la avaricia de unos soldados, que despues de haber tenido parte muy considerable en el botin de aquella conquista, no hallaban sobradamente satisfecha la sed de oro que los devoraba: y sin duda hubiera triunfado la causa de Cortés, á cuyo favor se hallaba muy dispuesto el ánimo del licenciado, si una muerte prematura no hubiera detenido el curso de las diligencias por este practicadas, dejando nuevamente espuesto al conquistador de Méjico á los enconados tiros de sus adversarios. Segun Bernal Diaz del Cas-

tillo, la enfermedad de Luis Ponce consistió en lo que vulgarmente llamamos modorra, ó propension invencible á dormir: circunstancia de que se valieron los enemigos de Cortés para propalar que él y Sandoval le habian envenenado; pero ni hay dato alguno que lo compruebe; ni la favorable disposicion del licenciado hácia Cortés, da motivo á creer que este necesitase valerse de tan reprobado medio para desembarazarse de una persona de quien nada podia temer: ademas habia reinado en América esa enfermedad en aquel año, con todas las apariencias de epidémica, segun el crecido número de los que la padecieron.

A su fallecimiento nombró Ponce por teniente de gobernador al licenciado Marcos de Aguilar, su compañero de viage desde la isla Española. Era Aguilar muy poco á propósito para dirigir con acierto los negocios de aquella numerosa colonia, dividida en bandos y parcialidades; porque ademas de hallarse en edad muy avanzada y lleno de dolencias y enfermedades que le tenian postrado, carecia del juicio y prudencia necesarios para tan espinoso cargo. Pero era ambicioso y de intencion dañada, y sobre todo estaba dispuesto á perseguir á Cortés en cuanto le fuese posible, para lo cual hallaba sobrado apoyo entre sus émulos. Mas no pudo llevar á cabo sus deseos, porque agobiado de sus perpétuas enfermedades, falleció tambien, dejando en su testamento encomendado el gobierno al Tesorero Alonso de Estrada. No dejaron los émulos de Cortés de atribuirle la muerte de Aguilar, no obstante ser tan patente la causa verdadera; puesto que, segun Bernal Diaz, consistia en una tísis que tan solo pudo sobrellevar alimentándose por espacio de ocho meses con leche de muger y de cabras.

Entró nuevamente Estrada en el gobierno aunque no con absoluto beneplácito del cabildo de Méjico y de los procuradores de otras ciudades, que quisieran se le asociara Cortés, como única persona de opinion y respeto capaz de contener los desmanes de ánimos turbulentos y ambiciosos, que á cada paso comprometian el éxito de la conquista. Pero no se pudo conseguir de Estrada un acomodamiento en que su autoridad habia de verse necesariamente menoscabada por el esplendor inseparable de la persona del héroe de Nueva España, y solo se convino en admitir por colega á Gonzalo de Sandoval como menos temible, ó mas dócil á las indicaciones de su voluntad. No podia, sin embargo, acomodarse la presuntuosa arrogancia del Tesorero Estrada á consentir un compartícipe de su poder; y así resolvió escribir al Emperador para que le confiriese exclusivamente el gobierno de aquella colonia, segun le habian tenido los licenciados Ponce y Aguilar. Acompañaron á su carta otras muchas en que se hacian fortísimas acusaciones contra Cortés, único estorbo de la ambicion de aquellos miserables tiranuelos, vindicándole de asesino de su muger doña Catalina Suarez, de Franscico Garay, Luis Ponce de Leon y Marcos de Aguilar, que, como asegura Bernal Diaz del Castillo, *eran maldades y traiciones*

*que le levantaron.* Llegó á la corte para dar mas fuerza á la acusacion el contador Albornoz; y no fue menester mas para que Cárlos V nombrase desde luego un nuevo juez que residenciase á Cortés dándole facultades para que si le hallaba culpado le hiciese cortar la cabeza. Afortunadamente el nombramiento que para ello se hizo de don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, se paralizó con el proyecto de establecer una real audiencia en Méjico, en cuya dilacion, resfriados ya los ánimos, pudo la intercesion del duque de Bejar alejar por segunda vez de la cabeza del conquistador de Méjico la desecha borrasca que le amenazaba: porque tan crédula é imprudente se manifestaba la corte en asuntos de tamaña gravedad, que no veia cuan fácilmente entregaba sin defensa á Cortés á las manos de sus mas encarnizados enemigos. Pero á pesar de lo buenos oficios del duque, jamas volvió á gobernar Cortés aquellas provincias; antes bien fué confirmado por el rey el nombramiento de Estrada para que gobernase por sí solo, mientras no se tomase otra resolucion.

Ensoberbecido con tamaña distincion, no halló Estrada límite capaz de contener su audacia; pero como le faltaba el tino y cordura que aun para obrar el mal son necesarios; dió ocasion á disturbios peligrosos nacidos de su violenta arbitrariedad, y de los cuales podia provenir fácilmente una guerra civil entre los mismos conquistadores. Súpolo Cortés, ausente á la sazon de Méjico; y con deseo de evitar mayores males, volvió á la ciudad, en donde reprendió agriamente al mismo Estrada su insensata conducta: mas como este no se hallase ya en el caso de tolerar reconvenciones de ninguna especie, llevó su petulancia hasta el estremo de desterrar de Méjico á Cortés: suceso que causó notable escándalo, y que sin duda habria acarreado su perdicion al tesorero, si Cortés hubiera querido valerse de la fuerza de su opinion y de los inmensos medios reaccionarios de que aun podia disponer segun se los ofrecian con reiteradas instancias sus amigos, hasta el punto de brindarle con la corona de aquel vasto imperio. Sin embargo, celoso de su propia reputacion, y no queriendo que en tiempo alguno pudiera decirse que por vengar sus ofensas habia sumido en los horrores de la guerra civil á sus mismos compatriotas, prefirió ausentarse de aquellos remotos países sujetos por su espada al dominio de Castilla, y venir á ella para demandar del monarca la satisfaccion de sus agravios. He aquí una de las muchas ocasiones en que Cortés desplegó toda la generosidad y nobleza de su alma, desmintiendo con su conducta leal cuantas calumnias lanzaba la envidia contra su bien merecida reputacion.

Conoció Estrada aunque tarde, que habia procedido con sobrada lijereza en desterrar á Cortés; y temeroso de las funestas consecuencias que podia acarrearle su imprudencia, hizo las mas vivas diligencias por desarmar su enojo despues de haberle alzado el destierro. Pero Cortés habia tomado ya su partido; y acelerando los

preparativos de viaje, se hizo á la vela desde Vera-Cruz, y en cuarenta y un dias, sin tocar en la Habana, llegó á Castilla por el mes de diciembre de 1527.

Apenas se tuvo noticia de su desembarco, mandó Cárlos V se le recibiese en todas partes con los honores y distinciones debidas al conquistador de un vasto imperio. Llegado á la corte fue muy bien recibido del monarca y de la nobleza, de cuyo favor comenzó á disfrutar y con particularidad del que le dispensaron el duque de Bejar, el conde de Nasao y el Almirante de Castilla.

Mas el favor de que Cortés gozaba en la corte, se fue entibiando lentamente por una casual incidencia que no estaba en su mano evitar. Sus relevantes prendas como galan y caballero; sus riquezas, no obstante la dilapidacion que sufrieron en Méjico cuando se divulgó su muerte en Honduras, de las cuales jamas logró reintegrarse; y en especial la fama que rodeaba su nombre, todo hacia que su persona fuese buscada con anhelo y que se le ofreciesen enlaces ilustres y ventajosos. Entre las personas que mas deseos mostraron de entroncarle con su familia, se cuenta doña María de Mendoza esposa del comendador mayor de Leon, que le ofreció una hermana suya en casamiento; pero como Cortés se hallase muy obligado á los favores del duque de Bejar, y habia tratado matrimonio con su sobrina doña Juana de Zúñiga, hubo de recusar forzosamente la honrosa invitacion de la esposa del comendador: incidente siniestro para el porvenir de Cortés, puesto que el extraordinario valimiento del comendador con Cárlos V y la emperatriz Isabel, hizo resfriar el aprecio que estos príncipes y la parte mas principal de la nobleza habian dispensado hasta entonces al conquistador de Nueva España. Verificáronse, por fin, las bodas de Cortés con la sobrina del duque; y desde aquel momento variaron completamente de semblante sus negocios. En vano reclamó diferentes veces se le devolviese el gobierno de Nueva España de que habia sido despojado sin causa legal: en vano hizo presente que revestido del doble carácter de gobernador y capitan general, podia llevar mas fácilmente á cabo nuevos é importantísimos descubrimientos para dar mayor esplendor á la corona de Castilla: sus ruegos fueron desoidos y sus esperanzas desvanecidas con la ausencia del monarca á Barcelona para pasar á Flándes. Sin embargo, como Cárlos V no podia olvidar enteramente el relevante servicio que Cortés habia hecho á su patria, si bien no se atrevió á devolverle el gobierno de Nueva España, se allanó, por no pasar la plaza de ingrato con sus buenos servidores, á nombrarle en 1529 capitan general de aquel vasto territorio, revistiéndole además del título y rentas de marqués del Valle: justísimas distinciones concedidas al verdadero mérito, y que honran en gran manera aun mas á quien las dispensa que á quien las recibe. Mientras que Cortés trataba de arreglar sus intereses en Castilla, habia llegado á Méjico la real au-

diencia compuesta de cuatro oidores y un presidente: de aquellos murieron dos, apenas llegaron á Nueva España; de suerte que la audiencia quedó reducida á solos tres individuos. Era el presidente Nuño de Guzman, persona de afable condicion y amante de la rectitud; pero tan flexible en sus juicios y tan dócil á estrañas influencias, que con semejante debilidad dió cabida al mayor desórden que se habia conocido en Méjico, aun en la época del gobierno del Factor y del Veedor. Dominado por los enemigos de Cortés y de los conquistadores, sufrieron estos no pocas vejaciones y molestias arbitrarias, en virtud de demandas caprichosas, en que frecuentemente se mezclaban la calumnia y la codicia; y hubo de llegar á tal estremo la anarquía, que sabedor de semejantes desórdenes el monarca, á consulta del consejo de Indias, depuso de sus cargos á los miembros de aquella audiencia; formó otra que pasó inmediatamente á Méjico; dió por nulo cuanto habia acordado la primera; y dispuso se tomase residencia al presidente y oidores por sus arbitrarias sentencias y despojos de bienes acordados contra Cortés y sus compañeros de gloria. Afortunadamente para estos, la nueva audiencia siguiendo una conducta enteramente opuesta á la observada por la anterior, restableció en lo posible el órden y la justicia en aquel país, que tanto necesitaba de esos elementos de sociabilidad.

Viendo Cortés cuan decaidos andaban sus negocios en la corte, resolvió regresar á Nueva España, si bien contratando antes con el consejo de Indias el proceder á nuevos descubrimientos en la mar del Sur. Desembarcó en Vera-Cruz; tomó posesion de los pueblos comprendidos en su Marquesado; y despues de arreglar en Méjico algunos asuntos de interés con la nueva audiencia, que era ya la tercera, y con el Virey, se estableció de asiento con su esposa en la villa de Cuernavaca propia de su señorío, y desde allí comenzó á tomar disposiciones para llevar á cabo las nuevas empresas que meditaba.

Cuantiosos fueron los gastos que hizo á sus espensas para armar y abastecer los dos buques espedicionarios que en 1532 envió á descubrir tierras por la parte del Sur, y los que nuevamente le ocasionó el armamento de otros dos buques, por haberse perdido desgraciadamente los primeros. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; porque habiendo encomendado el gobierno de ambas espediciones á capitanes mal avenidos é imprudentemente temerarios, no tan solo se malogró el fruto de ellas, sino que casi toda la gente, y buques en que iba, perecieron al furor de los indios ó de las tempestades. Resuelto pues, á no confiar á nadie la importancia de aquellas espediciones, preparó otros tres buques nuevos que habia mandado construir espresamente; y reuniendo la gente y bastimentos necesarios, se hizo á la vela desde el puerto de Guautepeque en 1536, arribando felizmente á la isla de Santa Cruz, descubierta por uno de sus capitanes, la cual suponia abundante en perlas. No fue mas pros-

pera su espedicion que las anteriormente encomendadas por él á otras manos; porque habiendo sobrevenido un recio temporal, arrojó la armada sobre un gran rio al que dieron el nombre de San Pedro y San Pablo. Repuesta de ella, y levada el ancla nuevamente, volvió á sufrir segundo temporal, mas recio aun que el primero, que departió los tres buques maltratándolos considerablemente, y ocasionando grandes penalidades y mortandad en las tripulaciones.

Reunidos por fin con indecible trabajo los tres buques, continuó Cortés sus tentativas logrando entonces descubrir la costa de las Californias; pero no pudo adelantar sus descubrimientos; porque sabedores del mal estado de la armada, su esposa y el virey, enviaron dos buques en busca de Cortés con cartas en que le rogaban encarecidamente regresase á Méjico; lo cual verificó desde luego, dejando la armada á cargo de Francisco de Ulloa, cuya gente descontenta y temerosa de empresa tan arriesgada, desampararon á su gefe y volvieron á tierra firme. A esta malograda espedicion siguió otra de dos buques al mando del mismo Ulloa, para hacer nuevos descubrimientos en el golfo y costas de las Californias, que igualmente se malogró, muriendo en ella el capitan á manos de uno de sus mismos soldados. Bernal Diaz del Castillo, refiriéndose á dicho verbal de Hernan Cortés, asegura que este gastó de su peculio en esas espediciones sobre trescientos mil pesos de oro; suma considerable que despues de tantas pérdidas como habia sufrido su fortuna, hace formar idea de las inmensas riquezas atesoradas por los conquistadores de Nueva España.

Esos cuantiosos gastos, de que debia indemnizarle en parte el Real tesoro; las diferencias habidas con la audiencia sobre el modo de entender la cobranza de tributos de su marquesado, y la necesidad de demandar en justicia á Nuño Guzman, antiguo presidente de la primera Audiencia, por el despojo y venta de sus bienes á que injustamente le sentenció; todas estas causas juntas le obligaron á regresar á Castilla.

Desembarcó en España á tiempo que el emperador Cárlos V disponia su grande armada contra Argel, y acompañóle á la espedicion con todo el séquito y aparato con que acostumbraba á emprender sus hechos militares. Pero un recio temporal deshizo aquella armada poderosa, y Cortés, que hubo de perecer en ella, se salvó milagrosamente. Aun entonces experimentó uno de los muchos desaires á que se veia espuesta la decadencia de su privanza en el ánimo del monarca: porque habiendo reunido los gefes de la armada para deliberar sobre lo que debian de hacer en vista del destrozo de los buques, no fue llamado á Consejo Hernan Cortés, lo cual sintió en gran manera, mucho mas juzgándose capaz, como él mismo decia, de tomar á Argel con las tropas que les quedaban si le permitian valerse para segundar su esfuerzo, de los antiguos soldados que con él fueron á Nueva España, acostumbrados á la fatiga y á despreciar los peligros

de la guerra. Pero hubo de contentar su amor propio con la lisonja de su noble pensamiento; puesto que la espedicion regresó á España sin sacar el menor fruto de los gastos hechos para tan poderoso armamento.

Este fue el último destello de la gloria de Hernan Cortés. Aquel astro militar que tan magestuosamente resplandeciera en uno y otro hemisferio, estaba próximo á desaparecer en el ocaso. Su mayor deseo era tornar nuevamente á Méjico si el rey le diera licencia para ello, pero no lo consiguió; y ya cargado de heridas y de años; lleno de achaques; sosteniendo enojosas demandas jurídicas, de que sentidamente se quejaba al emperador; y fatigado el ánimo por las persecuciones, los disgustos y desengaños que hubo de sufrir en la corte, comenzó á enfermar gravemente, y retirándose á Sevilla de donde se trasladó á un pueblo llamado Castilleja de la Cuesta, ordenó su testamento, preparóse á recibir la muerte con todos los auxilios espirituales, y falleció en dicho pueblo el dia dos de diciembre de mil quinientos cuarenta y siete, á los sesenta y tres años de edad. Fue enterrado con toda la pompa que á su persona correspondia, en la capilla de los duques de Medina-Sidonia, de donde se trasladaron sus huesos á un convento de religiosas, creado de órden suya en Cuyoacan, segun habia dispuesto en su testamento. En todas partes fue llorada su muerte por cuantos sabian apreciar á los hombres eminentes; pero se señalaron con particularidad los mejicanos; porque así los indios como los conquistadores, veian en Cortés el padre universal de aquella inmensa colonia.

Así terminó sus dias uno de los hombres grandes que en aquellos siglos honraron é hicieron temible nuestra patria: cuya fama recibida y acatada en todas partes, no han podido debilitarla las amargas censuras y diatribas con que algunos estrangeros han querido empañar la gloria del vencedor de Méjico: Segun Bernal Diaz del Castillo, fue Hernan Cortés de buena estatura, bien proporcionado y membrudo; el color de su cara tiraba algo á ceniciento y no muy alegre: el rostro pareciera mejor si fuera mas largo: su mirada era por una parte amorosa, por otra grave: tenia la barba recia, poca y rala, y lo mismo el cabello: su pecho alto y la espalda de buena forma; era cenceño y de poco vientre: sus piernas un poco estevadas pero de buenas formas. Fue gran ginete, diestro en todas armas así á pie como á caballo, sabia muy bien menearlas; y sobre todo tenia un ánimo muy valeroso. En la presencia, ademanes, mesa, trage, conversacion, y demas actos, así públicos como privados, manifestaba constantemente la grandeza y señorío de su alma, prendas que le hicieron dueño absoluto de cuantos sirvieron á sus órdenes, y que reconocian y confesaban públicamente hasta sus mas encarnizados enemigos. Ni esas grandes cualidades se oponian á las rudas tareas de soldado: Cortés era el primero en los combates, el primero que asia del azadon para abrir un foso; el primero en sufrir las privaciones y fatigas de la guerra; el primero tambien en acudir

á sus soldados, cuidar de sus personas, y aun curar sus heridas por sus propias manos. Solo así pudo sojuzgar en repetidas ocasiones la indómita fiereza de aquel puñado de gente, con que se atrevió á emprender y realizar uno de los acontecimientos mas gloriosos que embellecen las páginas de la historia antigua y moderna.

# TABLA

## De los Capítulos de este Volúmen.

## LIBRO PRIMERO.

Pag.

Capítulo primero. Motivos que obligan á tener por necesario que se divida en diferentes partes la Historia de las Indias para que pueda comprenderse. . . 25
Cap. ii. Tócanse las razones que han obligado á escribir con separacion la historia de la América septentrional ó Nueva España. . . . . . . . . . . . 27
Cap. iii. Refiérense las calamidades que se padecian en España cuando se puso la mano en la conquista de Nueva España. . . . . . . . . . . . . . . . 29
Cap. iv. Estado en que se hallaban los reinos distantes y las islas de la América que ya se llamaban Indias Occidentales. . . . . . . . . . . . . . . 32
Cap. v. Cesan las calamidades de la monarquía con la venida del rey don Cárlos: dáse principio en este tiempo á la conquista de Nueva España. . . . . . . 35
Cap. vi. Entrada que hizo Juan de Grijalva en el rio de Tabasco, sucesos della. . 37
Cap. vii. Prosigue Juan de Grijalva su navegacion, y entra en el rio de Banderas, donde se halló la primer noticia del rey de Méjico Motezuma. . . . . . . 40
Cap. viii. Prosigue Juan de Grijalva su descubrimiento hasta costear la provincia de Panuco: sucesos del rio de Canoas, y resolucion de volverse á la isla de Cuba. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 43
Cap. ix. Dificultades que se ofrecieron en la eleccion de cabo para la nueva armada, y quién era Hernan Cortés, que últimamente la llevó á su cargo. . . . 45
Cap. x. Tratan los émulos de Cortés vivamente de descomponerle con Diego Velazquez: no lo consiguen, y sale con la armada del puerto de Santiago. . . . 48
Cap. xi. Pasa Cortés con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente: consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligencias para detenerle. . . . . . . . . . 50
Cap. xii. Pasa Hernan Cortés desde la Trinidad á la Habana, donde consigue el último refuerzo de la armada, y padece segunda persecucion de Diego Velazquez. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 51
Cap. xiii. Resuélvese Hernan Cortés á no dejarse atropellar de Diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion, y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Habana. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 53
Cap. xiv. Distribuye Cortés los cargos de su armada: parte de la Habana, y llega á la isla de Cozumel, donde pasa muestra, y anima sus soldados á la empresa. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 57
Cap. xv. Pacifica Hernan Cortés los isleños de Cozumel, hace amistad con el cacique, derriba los ídolos, da principio á la introduccion del Evangelio y procura cobrar unos españoles que estaban prisioneros en Yucatan. . . . . . . . 61
Cap. xvi. Prosigue Hernan Cortés su viage, y se halla obligado de un accidente á volver á la misma isla: recoge con esta detencion á Gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatan, y se da cuenta de su cautiverio. . . . . . . . 64

Pág.

Cap. xvii. Prosigue Hernan Cortés su navegacion, llega al rio de Grijalva, donde halla resistencia en los indios, y pelea con ellos en el mismo rio y en la desembarcacion. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 67

Cap. xviii. Ganan los españoles á Tabasco: salen despues doscientos hombres á reconocer la tierra, los cuales vuelven rechazados de los indios, mostrando su valor en la resistencia y en la retirada. . . . . . . . . . . . . . . . . 70

Cap. xix. Pelean los españoles con un ejército poderoso de los indios de Tabasco y su comarca: descríbese su modo de guerrear, y como quedó por Hernan Cortés la victoria. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 73

Cap. xx. Efectúase la paz con el cacique de Tabasco, y celebrándose en esta provincia la festividad del Domingo de Ramos, se vuelven á embarcar los españoles para continuar su viage. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 77

Cap. xxi. Prosigue Hernan Cortes su viage: llegan los bajeles á San Juan de Ulúa: salta la gente en tierra y reciben embajada de los gobernadores de Motezuma: dáse noticia de quién era doña Marina. . . . . . . . . . . . . . . . 80

## LIBRO SEGUNDO.

Capítulo primero. Vienen el general Teutile y el gobernador Pilpatoe á visitar á Cortés en nombre de Motezuma: dáse cuenta de lo que pasó con ellos y con los pintores que andaban dibujando el ejército de los españoles. . . . . . . . 84

Cap. ii. Vuelve la respuesta de Motezuma con un presente de mucha riqueza, pero negada la licencia que se pedia para ir á Méjico. . . . . . . . . . 87

Cap. iii. Dase cuenta de lo mal que se recibió en Méjico la porfia de Cortés, de quién era Motezuma, la grandeza de su imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía cuando llegaron los españoles. . . . . . . . . . . . . . 90

Cap. iv. Refiérense diferentes prodigios y señales que se vieron en Méjico antes que llegase Cortés: de que aprendieron los indios que se acercaba la ruina de aquel imperio. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 93

Cap. v. Vuelve Francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislan: llegan los embajadores de Motezuma y se despiden con desabrimiento: muévense algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortés usa de artificio para sosegarlos. . 96

Cap. vi. Publícase la jornada para la isla de Cuba; claman los soldados que tenia prevenidos Cortés; solicita su amistad el cacique de Zempoala; y últimamente hace la poblacion. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 99

Cap. vii. Renuncia Hernan Cortés en el primer ayuntamiento que se hizo en la Vera-Cruz el título de capitan general que tenia por Diego Velazquez: vuélvenle á eligir la villa y el pueblo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 103

Cap. viii. Marchan los españoles, y parte la armada la vuelta de Quiabislan: entran de paso en Zempoala, donde los hace buena acogida el cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma. . . . . . . . . . . . . 105

Cap. ix. Prosiguen los españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan: refiérese lo que pasó en la entrada de esta villa, donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma. . 109

Cap. x. Vienen á dar la obediencia y ofrecerse á Cortés los caciques de la serranía: edifícase y pónese en defensa la villa de la Vera-Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 113

Cap. xi. Mueven los Zempoales con engaño las armas de Hernan Cortés contra los de Zimpacingo sus enemigos, hácelos amigos, y deja reducida aquella tierra. 116

Cap. xii. Vuelven los españoles á Zempoala, donde se consigue el derribar los ídolos con alguna resistencia de los indios y queda hecho templo de nuestra Señora el principal de sus adoratorios. . . . . . . . . . . . . . . . . . 119

Cap. xiii. Vuelve el ejército á la Vera-Cruz: despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado: sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes, y Hernan Cortés ejecuta la resolucion de dar al través con la armada. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 122

Cap. xiv. Dispuesta la jornada llega noticia de que andaban navíos en la costa: parte Cortés á la Vera-Cruz, y prende siete soldados de la armada de Francisco de Garay: dáse principio á la marcha, y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el ejército en la provincia de Zocothlan. . . . . . . . . . . . . . 126

Cap. xv. Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortés; pondera mucho las grandezas de Motezuma: resuélvese el viage por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Xacacingo. . . . . . . . . . . . 129

Pag.

Cap. xvi. Parten los cuatro enviados de Cortés á Tlascala : dáse noticia del trage y estilo con que se daban las embajadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los españoles. . . . . . . . . 132

Cap. xvii. Determinan los españoles acercarse á Tlascala, teniendo á mala señal la detencion de sus mensageros; pelean con un grueso de cinco mil indios que los esperaban emboscados, y despues con todo el poder de la república. . . 137

Cap. xviii. Rehácese el ejercito de Tlascala : vuelven á segunda batalla con mayores fuerzas, y quedan rotos y desbaratados por el valor de los españoles y por otro nuevo accidente que los puso en desconcierto. . . . . . . . . . . . . 141

Cap. xix. Sosiega Hernan Cortés la nueva turbacion de su gente : los de Tlascala tienen por encantadores á los españoles : consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su cuartel. . . . . . . . . . . . . . . 145

Cap. xx. Manda el senado á su general que suspenda la guerra, y el no quiere obedecer; antes trata de dar nuevo asalto al cuartel de los españoles : conócense, y castíganse sus espias, y dáse principio á las pláticas de la paz. . . . 150

Cap. xxi. Vienen al cuartel nuevos embajadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascala : persevera el senado en perdirla, y toma el mismo Xicotencal á su cuenta esta negociacion. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 154

## LIBRO TERCERO.

Capitulo primero. Dáse noticia del viage que hicieron á España los enviados de Cortés, y de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho. . . 158

Cap. ii. Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala : vienen los de aquella república á continuar su instancia, y Hernan Cortés ejecuta su marcha y hace su entrada en la ciudad. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 162

Cap. iii. Describese la ciudad de Tlascala : quéjanse los senadores de que anduviesen armados los españoles, sintiendo su desconfianza; y Cortés los satisface y procura reducir á que dejen la idolatría. . . . . . . . . . . . . . 166

Cap. iv. Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma : reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula. . . 170

Cap. v. Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula : marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad reforzado con algunas capitanías de Tlascala. . . 174

Cap. vi. Entran los españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo esterior buena acogida : descúbrese la traicion que tenian prevenida y se dispone su castigo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 178

Cap. vii. Castígase la traicion de Cholula : vuélvese á reducir y pacificar la ciudad; y se hacen amigos los de esta nacion con los tlascaltecas. . . . . . 182

Cap. viii. Parten los españoles de Cholula : ofréceseles nueva dificultad en la montaña de Chalco, y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 187

Cap. ix. Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcuco, su sobrino : continúase la marcha y se hace alto en Quetlabaca, dentro ya de la laguna de Méjico. . . . . . . . . . . . . . . . . 191

Cap. x. Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone la entrada de Méjico, refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los españoles. . . 194

Cap. xi. Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento : refiérese la oracion que hizo antes de oir la embajada, y la respuesta de Cortés. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 198

Cap. xii. Visita Cortés á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe; y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion. . . . . . . . . . . . . . . . 203

Cap. xiii. Describese la ciudad de Mejico, su temperamento y situacion, el mercado del Tlateluco y el mayor de sus templos, dedicado al dios de la guerra. . 206

Cap. xiv. Describense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerias, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuero de la ciudad. . . . . . . . . . . . . . . . . . . 211

Cap. xv. Dáse noticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio, del gasto de su mesa, de sus audiencias y otras particularidades de su economía y divertimientos. . . . . . . . . . . . . 215

Cap. xvi. Dáse noticia de las grandes riquezas de Motezuma, del estilo con que se administraba la hacienda y se cuidaba de la justicia, con otras particularidades del gobierno político y militar de los mejicanos. . . . . . . . . 219

Pag.

CAP. XVII. Dase noticia del estilo con que se median y computaban en aquella tierra los meses y los años: de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbres dignas de consideracion. . . . . . . . . . . . . . . . 224

CAP. XVIII. Continua Motezuma sus agasajos y dádivas á los españoles: llegan cartas de la Vera Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante, y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma. . . . . . . 229

CAP. XIX. Ejecutase la prision de Motezuma: dase noticia del modo como se dispuso, y cómo se recibió entre sus vasallos. . . . . . . . . . . . . . 235

CAP. XX. Cómo se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los españoles: traen preso á Qualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma mientras se ejecutaba la sentencia. 240

## LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Permitese á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones: trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias, y se duda que intentasen los españoles en esta sazon derribar los ídolos de Méjico. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 245

CAP. II. Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los españoles, ordenada por el rey de Tezcuco; y Motezuma parte con su industria y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba. . . 251

CAP. III. Resuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada: junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio, determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador. . . . . . . . . . . . . . . . . . 256

CAP. IV. Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes: dicele Motezuma con resolucion que trate de su jornada, y él procura dilatarla sin replicarle; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa. . . . . . . . . . . . . . . . . . 260

CAP. V. Refiérense las nuevas prevenciones que hizo Diego Velazquez para destruir á Hernan Cortés: el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narbaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los españoles de la Vera-Cruz. . . . . . . . . . . . . . . 264

CAP. VI. Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en órden á escusar el rompimiento: introduce tratados de paz: no los admite Narvaez, antes publica la guerra y prende al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon. . . . . . . . . . 269

CAP. VII. Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza, que atribuyen algunos á diligencias de Narbaez: resuelve Cortés su jornada, y la ejecuta dejando en Méjico parte de su gente. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 274

CAP. VIII. Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continúa su viage hasta Matalequita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra. . . . 280

CAP. IX. Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narbaez: sobreviene una tempestad y se retira; con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento. . . . 284

CAP. X. Llega Hernan Cortés á Zempoala, donde halla resistencia: consigue con las armas la victoria: prende á Narbaez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mando. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 289

CAP. XI. Pone Cortés en obediencia la caballería de Narvaez que andaba en la campaña: recibe noticia de que habian tomado las armas los mejicanos contra los españoles que dejó en aquella corte: marcha luego con su ejército y entra en ella sin oposicion. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 294

CAP. XII. Dáse noticia de los motivos que tuvieron los mejicanos para tomar las armas: sale Diego de Ordaz con algunas compañías á reconocer la ciudad: dá en una celada que tenian prevenida, y Hernan Cortés resuelve la guerra. . . . 298

CAP. XIII. Intentan los mejicanos asaltar el cuartel y son rechazados: hace dos salidas contra ellos Hernan Cortés; y aunque ambas veces fueron vencidos y desbaratados, queda con alguna desconfianza de reducirlos. . . . . . . . . . 303

CAP. XIV. Propone á Cortés Motezuma que se retire, y él le ofrece que se retirará luego que dejen las armas sus vasallos: vuelven estos á intentar nuevo asalto: habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido, perdiendo las esperanzas de reducirlos. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 308

Pág.

Cap. xv. Muere Motezuma sin querer reducirse á recibir el bautismo: envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exequias los mejicanos, y se describen las calidades que concurrieron en su persona. . . . . . . . . . . . . . 312
Cap. xvi. Vuelven los mejicanos á sitiar el alojamiento de los españoles: hace Cortés nueva salida: gana un adoratorio que habian ocupado y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse. . 317
Cap. xvii. Proponen los mejicanos la paz con ánimo de sitiar por hambre á los españoles: conócese la intencion del tratado: junta Hernan Cortés sus capitanes, y se resuelve salir de Méjico aquella misma noche. . . . . . . . . 321
Cap. xviii. Marcha el ejército recatadamente, y al entrar en la calzada le descubren y acometen los indios con todo el grueso por agua y tierra: peléase largo rato; y últimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al parage de Tácuba. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 325
Cap. xix. Marcha Hernan Cortés la vuelta de Tlascala: síguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniéndose con los mejicanos acometen al ejército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio. . . . . . . . 329
Cap. xx. Continúan su retirada los españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder mejicano. . . . . . . . . . . 334

## LIBRO QUINTO.

Capítulo primero. Entra el ejército en los términos de Tlascala, y alojado en Gualipar visitan á Cortés los caciques y senadores: celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas esperiencias. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 341
Cap. ii. Llegan noticias de que se habia levantado la provincia de Tepeaca: vienen embajadores de Méjico á Tlascala; y se descubre una conspiracion que intentaba Xicotencal el mozo contra los españoles. . . . . . . . . . . 345
Cap. iii. Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca; y vencidos los rebeldes que aguardaron en campaña con la asistencia de los mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera. . 349
Cap. iv. Envia Hernan Cortés diferentes capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y va personalmente á la ciudad de Guacachula contra un ejército mejicano que vino á defender su frontera. . . . . . . . . . . . . . . 354
Cap. v. Procura Hernan Cortés adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de Méjico. Hállase casualmente con un socorro de españoles. Vuelve á Tlascala y halla muerto á Magiscatzin. . . . . . . . . . . . . . 359
Cap. vi. Llegan al ejército nuevos socorros de soldados españoles: retíranse á Cuba los de Narbaez, que instaron por su licencia: forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos comisarios al Emperador. . 364
Cap. vii. Llegan á España los procuradores de Hernan Cortés y pasan a Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que mejorando las cosas de Castilla volvieron á la corte, y consiguieron la recusacion del obispo de Burgos. . . . . . . 368
Cap. viii. Prosíguese hasta su conclusion la materia del capítulo precedente. . 372
Cap. ix. Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones: pasa muestra el ejército de los españoles, y á su imitacion el de los confederados: publícanse algunas ordenanzas militares, y se dá principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcuco. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 377
Cap. x. Marcha el ejército no sin vencer algunas dificultades: previénese de una embajada cautelosa el rey de Tezcuco, de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia. . . 381
Cap. xi. Alojado el ejército en Tezcuco vienen los nobles á tomar servicio en él: restituye Cortés aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 385
Cap. xii. Bautízase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian prevenida los mejicanos. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 388
Cap. xiii. Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los mejicanos: encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador mejicano. . . . . . . . . . . . . 391

Pag.

CAP. XIV. Conduce los bergantines á Tezcuco Gonzalo de Sandoval; y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna. . . . . . . . . . . . . . . . . . . 394

CAP. XV. Marcha Hernan Cortés á Yaltocan, donde halla resistencia; y vencida esta dificultad, pasa con su ejército á Tácuba; y despues de romper á los mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada. . . . . . . . 398

CAP. XVI. Viene á Tezcuco nuevo socorro de españoles: sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco: rompe dos veces á los mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque y á Capistlan. . . . . . . . . . . . . . . 403

CAP. XVII. Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque. . . . . . . . . . . . 407

CAP. XVIII. Pasa el ejército á Quatlabaca, donde se rompió de nuevo á los mejicanos; y despues á Suchimilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse. . . . . . . . . . . . . . . . 412

CAP. XIX. Remédiase con el castigo de un soldado español le conjuracion de algunos españoles que intentaron matar á Hernan Cortés y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos tlascaltecas. . . . . . . . . . 417

CAP. XX. Echanse al agua los bergantines, y dividido el ejército de tierra en tres partes para que al mismo tiempo se acometiese por Tácuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna y rompe una gran flota de canoas mejicanas. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 421

CAP. XXI. Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacan, Iztacpalapa y Tácuba, y en todas fue necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes. . . . . . . . . 425

CAP. XXII. Sirvense de varios ardides los mejicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortés padece una rota de consideracion volviendo cargado á Cuyoacan. . . . . . . . . . . . . . . . . . . 431

CAP. XXIII. Celebran los mejicanos su victoria con el sacrificio de los españoles: atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés; pero vuelven al ejército en mayor número y se resuelve á tomar puestos dentro de la ciudad. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 437

CAP. XXIV. Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en Tlatelulco: retirase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad, y los mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los españoles. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 443

CAP. XXV. Intentan los mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente se consigue su prision y se rinde la ciudad. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 448

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, n. 28, cerca del Odeon.

